EL REINO DE LOS CUERVOS - I

LA CASA DE LOS ALETEOS

AUTORA SUPERVENTAS

OLIVIA WILDENSTEIN

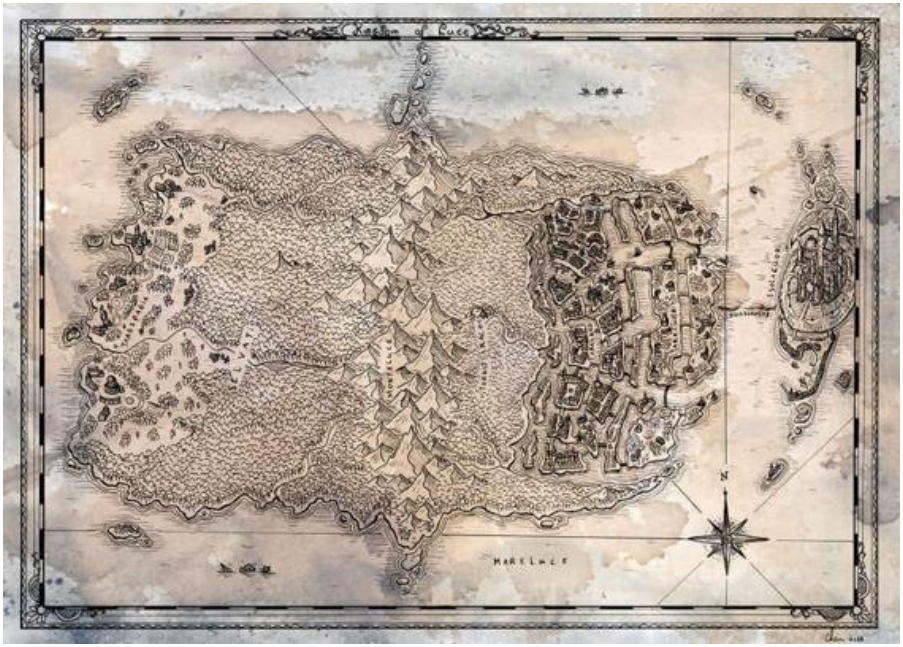
OLIVIA WILDENSTEIN

LA CASA DE LOS ALETEOS

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro

FAERIS

Extiende las alas y echa a volar,
Behach Éan.


N
MARELAKE

Glosario lucino

Altezza – alteza
Bibbina mia – mi cielo
Buondia – buen día/buenos días
Buonotte – buenas noches
Buonsera – buenas tardes
Caldrone – Caldero
Castagnole – masa frita cubierta de azúcar
Corvo – cuervo
Cuggo – primo
Cuori – corazón
Dolcca – pastelito
Dolto/a – tonto/a
Furia – furia
Generali – general
Goccolina – gotita
Grazi – gracias
-ina/o – sufijo que se añade a los nombres propios como muestra de cariño
Maezza – majestad
Mamma – mamá
Mare – mar
Mareserpens – serpiente marina
Merda – mierda
Micaro/a – cariño
Mi cuori – corazón mío
Nonna – abuela
Nonno – abuelo
Pappa – papá
Pefavare – por favor
Picolino/a – pequeño/a
Piccolo – pequeño
Princci – príncipe
Santo/a – santo/a
Scazzo/a – rata callejera
Scusa – lo siento

Serpens – serpiente
Soldato – soldado
Tare – tierra
Tiuamo – te quiero
Tiudevo – estoy en deuda contigo
Zia – tía

Glosario córvido

Adh [au] – cielo
Ah'khar [ukaur] – querida/o
Álo – hola
Beinnfrhal [benfrol] – fruto de la montaña
Bilbh [bilb] – bobo
Behach [beiock] – pequeño
Chréach [kreyok] – cuervo
Cúoco [cuocko] – coco
Éan [in] – pájaro
Focá – joder
Ha – yo
Ionnh [yon] – señorita
Khrá [krau] – amor
Mórrgaht [morrgot] – majestad
Mo – mi
O ach thati – ah, te equivocas
Rí – rey
Rahnach [raunok] – reino
Rih bi'adh [ribyau] – Rey de los Cielos
Siorkahd [shurkau] – círculo
Tà [tau] – sí
Tach [tock] – el/la
Thu [tu] – tú
Thu leámsa [tu leaumsa] – eres mía
Tach ahd a'feithahm thu, mo Chréach [tock ad a faizam zu, mo kreyok] – El cielo os aguarda, cuervos míos

Cronología

MAGNABELLUM

La Gran Guerra. Tuvo lugar hace quinientos veintidós años entre el reino patriarcal de Luce y el reino matriarcal de Shabbe. Costa Regio gana la guerra y se convierte en el primer rey feérico de Luce.

PRIMANIVI

Batalla que se libró hace veintidós años entre un clan lucino de las montañas y los fae. En ella muere el hijo de Costa, Andrea, que ostentaba el trono de Luce desde hacía un siglo. Su heredero, Marco Regio, ocupa su lugar, gana la batalla y se convierte en rey.

Prólogo

Diez años antes

Los canales son estrechos, pero a veces parecen infranqueables muros de cristal que separan dos mundos: la tierra de los fae de sangre pura y el territorio de los mestizos. Incluso las aguas que fluyen entre nuestras veinticinco islas ponen de manifiesto nuestras diferencias. En Tarecuori, son cálidas y brillan como las gemas turquesa, mientras que, en Tarelexo, son gélidas y de un turbio color zafiro.

Yo nací en el lado malo del canal, en el lado oscuro, el hogar de quienes solo somos fae en parte o mestizos, como a veces nos llaman. Aunque nunca lo hacen a la cara, ¡que el Caldero nos libre! La flor y nata de la sociedad feérica se enorgullece de ser demasiado refinada como para rebajarse a vilipendiar a los demás, pero yo los he oído hablar muchas veces porque, aunque los canales se abren entre nosotros como un abismo, al fin y al cabo, no son muros.

La voz de los mercaderes vuela por las arterias líquidas de Luce y se desliza por los puentes de cristal adornados con flores antes de flotar por el abarrotado mercado del puerto.

—Deme un kilo de ciruelas amarillas. —Mi *nonna* señala con la cabeza una caja de madera llena de frutas doradas no mucho más grandes que canicas—. De las más pequeñas que tenga.

Lleva la cesta a rebosar de productos importados con los que luego preparará conservas para dos semanas. A diferencia de los fae de sangre pura, nosotras no tenemos el dinero suficiente para comprar en el mercado tarecuorino dos veces a la semana.

—A *mamma* le gustan las verdes, *nonna*.

Aunque quiero dejar la pesada cesta en el suelo, sé que los duendes son un hatajo de ladronzuelos que se aprovechan de su diminuto tamaño y rapidez. Ya me ha tocado perseguir a un buen puñado de

ellos por las islas y puentes del reino, pero siempre se me escapan porque cuentan con una injusta ventaja: tienen alas. Aunque no puedan elevarse mucho del suelo, ellos siguen pudiendo volar y yo no.

—Pero a ti te gustan las pequeñas, Goccolina; además, así nos ahorraremos el azúcar.

Levanto la cabeza para mirar a mi abuela, que tiene la piel tan tersa como mi madre.

—¿Es por salud o por dinero?

Ella cierra los ojos por un instante y, cuando los vuelve a abrir, clava su mirada verde musgo en el violeta de la mía.

—Por salud, Goccolina.

Aunque no tengo un puñado de sal que hacerle tomar para que diga la verdad, sé que está mintiendo. Puede que la *nonna* sea una fae de pura cepa, pero su magia no logra ocultar los pequeños pero evidentes cambios en su expresión cuando intenta protegerme de la cruda realidad.

Una dama pasa a nuestro lado entre un susurro de faldas decoradas con esmeraldas, que se enganchan en mi vestido de algodón y le arrancan un hilo suelto. Equilibro con una mano la cesta que estoy sosteniendo y me atuso la tela hasta que queda lisa de nuevo contra mi huesudo muslo. Ojalá pudiese estirarla para cubrirme los tobillos, pero el algodón no es nada elástico.

Puede que sea liviana como una gota de agua, pero, con el verano, he dado el estirón y la melena castaña rojiza me ha crecido. Ahora la falda me llega a la altura de las rodillas, lo cual no es propio de una jovencita de doce años, como a mis compañeros siempre les gusta recordarme. Aunque la directora Alice castiga las risitas de las niñas y las miradas de los niños, ya se reunió la semana pasada con mi *nonna* para hablar del código de vestimenta.

¿Quién me iba a decir que mi plaza en la escuela privada tarecuorina pendería del largo de mi falda?

Le supliqué a mi *nonna* que me cambiase al colegio de Tarelexo, pero ella dice que es todo un privilegio estudiar en la misma institución que la familia real. Sospecho que tiene la esperanza de que se me pegue algo de los fae de sangre pura y consiga que la reputación arruinada de la familia mejore un poco, aunque ella insiste en que mi presencia en la Scola Cuori solo se debe a nuestro legado, ya que todos los miembros de la familia Rossi han estudiado allí antes que yo.

Lo que no me dice es que todos los Rossi que me precedieron nacieron con orejas puntiagudas y magia.

El filo de un arma me roza el pómulo, justo por encima de la curva de la oreja. Mi *nonna* da un grito ahogado y deja caer la cesta al suelo

adoquinado para rodearme los hombros con los brazos y atraerme hacia su alta y esbelta figura.

—¿Dónde se ha visto que un guardia amenace a una niña a punta de espada? —Su voz está cargada de veneno.

El hombre de uniforme blanco guarda su espada en un talabarte de cuero mientras estudia los afilados ángulos de las orejas de mi *nonna* con ojos ambarinos.

—Su nieta necesita un corte de pelo, Ceres Rossi.

—¿Eso era lo que pretendía hacer con la espada, comandante?

El guardia alza el mentón para tener un aspecto más amenazador.

—Créame cuando le digo que no quiere que lo intente. No destaco por ser buen peluquero.

—Pero ¿destaca en algo siquiera?

El severo susurro de la *nonna* agita los mechones que me enmarcan el rostro. Los mismos que, por lo que parece, son demasiado largos.

—¿Cómo dice?

El comandante la fulmina con la mirada porque la ha oído perfectamente.

Ni mi *nonna* ni yo nos dejamos achantar, pero trago saliva unas cuantas veces, sobre todo cuando otros dos guardias de servicio se unen al comandante Dargento.

—Le cortaremos el pelo esta noche.

Silvius Dargento aprieta su mandíbula triangular y rechina los dientes.

—Se lo pienso medir la próxima vez que nos veamos.

Las callosas manos de la *nonna* recorren mi espesa melena.

—No, no lo hará.

Sus miradas chocan, se baten en duelo.

Pese a que tiene que cargar con una hija tonta y una nieta medio humana, las miradas asesinas de mi abuela son tan afiladas como las joyas que adornan las puntiagudas orejas de los ciudadanos tarecuorinos.

El batir de unas alas llama mi atención. Dos duendes se han lanzado a por el botín que hemos dejado en el suelo. Me alejo de mi *nonna* y me dejo caer de rodillas para salvar apresuradamente la comida que ella no puede cultivar en Tarelexo. Los duendes agarran un manojo de ramas de serbal y se lo llevan volando.

—¡Ah, no! ¡Ni se os ocurra!

Me pongo en pie con torpeza. Las infusiones de serbal son lo único que consigue que *mamma* se tranquilice cuando se altera.

—¡Fallon, no!

Mi *nonna* grita mi nombre en vez del apodo con el que me bautizó

cuando nací, cuando mi madre, en un raro momento de lucidez, me tocó la frente y susurró: «Gotita».

Me abro paso entre la muchedumbre feérica pidiendo disculpas cuando golpeo algún brazo cargado con mercancías exóticas. Los ladrones se desvían hacia la derecha y yo los sigo a toda velocidad por un puente de cristal. Ellos giran y yo hago lo mismo.

Uno de los duendes se da un golpe en la cabeza con el toldo de una tienda de flores de caramelo. Farfullando entre dientes, la alimaña alada cae al suelo y arrastra a su compañero tras de sí.

Yo me abalanzo sobre ellos y les arrebato el aromático manojo de ramitas por el que hemos pagado una buena moneda de cobre.

—¡Os pillé!

Se me borra la sonrisa triunfal de la cara en cuanto me tropiezo con un poste de amarre y caigo de lado al canal, donde me llevo por delante una góndola con el hombro.

Los fae que viajan en ella profieren un coro de alaridos cuando el impacto sacude la embarcación.

—*Merda* —maldigo, aunque la grosería queda ahogada por el sonoro chapoteo de las aguas profundamente azules.

Una ola de pánico me embiste tan pronto como mis pies tocan el arenoso fondo de ese canal poco profundo. Por un segundo, me quedo paralizada, con los cabellos flotando alrededor de mi rostro como los radios de una rueda. Al entreabrir los labios, se me llena la boca de agua, así que vuelvo a cerrarla de golpe y mis pulmones abrazan el aire que albergan en su interior.

Aunque nunca he aprendido a nadar, puesto que nadie en su sano juicio se metería en las aguas infestadas de criaturas carnívoras que rodean el reino, mi sangre de elemental de agua toma el control de mis extremidades y hace que sacuda las piernas. Me agarro al lateral de la góndola y me impulso para salir del agua, pero, cuando ya estoy a punto de subir una pierna a la barcaza, un remo desciende sobre mis manos.

—¡Suéltate, *scazza,* o conseguirás volcarnos!

Contemplo asombrada al fae que me acaba de llamar rata callejera después de pegarme. La sangre se me acumula en los nudillos y se me escurre entre los dedos.

Cuando el hombre levanta de nuevo el remo, me aparto apresuradamente y vuelvo a hundirme en el agua. Me llevo las manos al pecho, donde mi corazón late desbocado, conmocionada ante semejante muestra de crueldad, conmocionada porque me haya hecho sangrar.

La corriente cambia y desvía mi atención de la silueta borrosa del

gondolero. Me arden los ojos por culpa de la intensidad del sol y la salinidad del agua, pero los mantengo abiertos, clavados en las brillantes escamas rosadas de una de las malévolas bestias que viven en los canales.

Pataleo y me desplazo hacia la orilla dando brazadas. Toco el borde justo cuando la serpiente ataca y me engancha el tobillo para arrastrarme a las profundidades.

Aunque se pueden contar con los dedos de una mano, veo una sucesión de todas las personas a las que quiero tras los párpados irritados por la sal: *nonna, mamma,* Sybille, Phoebus y Dante.

Agito los brazos para impulsarme por el agua mientras trato de zafarme del grillete de escamas rosas a patadas. La criatura me atenaza el tobillo con más fuerza, hasta que parece que va a arrancármelo de cuajo.

Con el corazón a punto de salírseme del pecho, me giro, me doblo hacia delante y le asesto un puñetazo en la cabeza a la serpiente, que ha empezado a reptar por mi cuerpo. Por fin, con un gimoteo casi humano, la bestia me suelta.

Aunque es dos veces más grande que yo, no es mucho más gruesa que mi muslo y el cuerno marfileño en lo alto de su cabeza apenas es más que una pequeña protuberancia. Es una cría, igual que yo.

Por favor, sé buena. Por favor, no me mates.

Levanto la vista hacia los rostros que salpican la cristalina superficie del agua y encuentro el brillo verde de los ojos de mi *nonna,* así como la negra cortina de sus cabellos, cortos como los míos, pese a que ella sí que tiene permitido llevarlos tan largos como quiera.

Abre la boca y grita, pero el agua que me oprime todo el cuerpo amortigua su voz. La serpiente nada hasta plantar el hocico equino ante mí, de manera que su mirada obsidiana queda a la altura de mis ojos violeta. Tal y como Dante me enseñó, coloco los puños a ambos lados de la mandíbula para protegerme los puntos más débiles del cuerpo.

El animal saborea las volutas carmesí que brotan de mis nudillos con una negra lengua bífida e inclina la cabeza mientras se le dilatan las delgadas fosas nasales.

Las *mareserpens* no nos tienen especial cariño, puesto que les damos caza sin descanso, las atrapamos en redes de metal, las quemamos con fuego feérico y las ensartamos con arpones. Siempre me ha dado mucha rabia pensar en la forma tan salvaje en que se las mata, aunque luego se aproveche absolutamente todo de ellas: su carne es comestible, su piel sirve para confeccionar accesorios de lujo y sus cuernos se machacan para utilizarlos en elixires o se exponen como si

fueran obras de arte. La muerte de cualquier animal hace que me hierva la sangre, independientemente de que sea grande o pequeño, peligroso o manso.

Daría lo que fuera porque la cría de serpiente comprendiese que no quiero hacerle daño. Quizá pueda convencerla de alguna manera. O convencerlo. Abro los puños y le muestro las palmas extendidas para demostrarle que no estoy armada. Puede que las *mareserpens* no tengan empatía, pero su inteligencia es innegable. Los sonidos, gritos agudos y voces alteradas hacen que el agua vibre. Los fae de sangre pura pueden resultar heridos, pero son inmortales. Sin embargo, nadie se ha tirado al agua a rescatarme. ¿Por qué habrían de hacerlo? Los hijos bastardos son escoria de la peor calaña, están tan solo un escalón por encima de los humanos. Estoy segura de que algunos de los curiosos que se han acercado están deseando que la serpiente me arrastre hasta las profundidades de la Filiaserpens, su guarida a miles de metros bajo el nivel del mar.

Cuando saca la lengua de ese hocico sin labios, un escalofrío me recorre de pies a cabeza y me arrebata el poco oxígeno que me quedaba en los pulmones, así que me impulso hacia arriba hasta que saco la cabeza a la superficie.

—¡Fallon, Fallon! —grita mi abuela.

Aunque hay dos guardias inmovilizándola, se los quita de encima con una sacudida, se deja caer de rodillas y se inclina hacia el agua, con las manos extendidas hacia mí.

—Agárrate, Goccolina. ¡Dame la mano!

Pero la serpiente rosada merodea entre nosotras y me impide nadar hacia mi abuela.

La mirada desencajada del guardia de pelo blanco que sujetaba a mi *nonna* vuela entre el escamoso cuerpo de la criatura y yo. Seguramente se pregunte cómo es posible que siga viva.

Yo también me lo pregunto.

—¡Haga algo, Cato! —le grita mi *nonna*.

Él desenvaina la espada y se pone en guardia. La serpiente me rodea la cintura y me arrastra hacia atrás, hacia el centro del canal, antes de levantar la cabeza y amenazar a Cato con un siseo.

—Fallon —gimotea mi *nonna*.

La serpiente se enrosca a mi alrededor y, aunque mi corazón late desbocado, no me atrevo a moverme. Casi no me atrevo ni a respirar.

—Por el amor del Caldero, ¿qué está haciendo? —exclama un hombre feérico desde el puente de cristal que se alza por encima de mi cabeza.

Una dama tarecuorina envuelta en brocados rojos y dorados se

protege los ojos del sol con la mano para ver mejor el espectáculo.

—Está jugando con su comida.

Hago un intento por zafarme de su agarre, pero la criatura gira la cabeza. Me quedo inmóvil. Aunque no me lanza ningún siseo, saca la lengua y me la pasa por la parte inferior de la mandíbula.

¿Me acaba…? ¿Me acaba de… dar un lametón?

La miro extrañada y levanto una mano para cogerla del cuello y alejarla de mí, pero vuelve a lamerme y su aterciopelada lengua viaja desde mi cuello hasta mi mandíbula. Cuando la toco, la criatura se queda quieta, me observa fijamente y me da otro lametón en la piel levantada de los nudillos. Siento unas punzadas y, ante mi atónita mirada, las heridas comienzan a cerrarse.

El animal presiona el montículo de su cuerno contra mi palma mientras sigue mimándome la piel.

—Está catando su cena —responde la dama que parece ir vestida con una cortina.

Yo no creo que sea eso lo que está haciendo.

Creo que la serpiente me está curando.

En vez de constreñirle el cuello, dejo que mis dedos le recorran las aletas dorsales retraídas. La criatura cierra los ojos lentamente y su largo cuerpo se sacude, de manera que la vibración me atraviesa la piel y hace que yo también me estremezca.

—Me has curado —murmuro, asombrada. La serpiente abre sus ojos negros—. ¿Por qué lo has hecho? Soy tu enemiga.

—¿Está hablando con la bestia? —pregunta la mujer de la cortina.

—¿En qué idioma? —inquiere el hombre que está a su lado.

Mientras ellos cuchichean, yo acaricio las escamas de la serpiente y ella sigue vibrando.

«Las *mareserpens* no tienen corazón, Fallon. Son animales. Peligrosos e insensibles.» La profesora que nos hablaba sobre la flora y la fauna del reino, la *signora* Decima, se aseguró de taladrarnos la cabeza con tales afirmaciones.

Pero esta criatura ha de tener sentimientos.

Por el rabillo del ojo, veo que se prende una llama.

—¡Mueve la cabeza hacia la derecha o te achicharraré junto a la bestia! —grita el comandante.

—¡NO! —exclamo con voz ronca pero lo suficientemente potente como para que el elemental de fuego que está en el puente con las manos abiertas me oiga.

La serpiente se pone tensa.

Yo le acaricio el cuello y susurro:

—Vete.

Pero no me hace caso.

La empujo y le vuelvo a pedir que se marche, pero sigue sin ceder. De pronto, su cuerpo se desenrosca de mis piernas y el animal chilla de dolor.

—¿Qué habéis…? —Mis palabras se desvanecen cuando veo que mi *nonna* está agitando los dedos como si estuviese manejando las cuerdas de una marioneta.

Está haciendo que unas enredaderas en flor que hay en el puente crezcan y se transformen en cuerdas que se arrastran por el cuerpo del inofensivo dragón y lo rodean. La serpiente gimotea cuando mi abuela la saca del agua.

—*¡Nonna,* no!

Mi abuela está tan pálida como la escarcha.

—¡Sal ahora mismo del agua, Fallon!

—No estaba…

—¡Que salgas! —explota. Su nerviosismo hace que mi corazón se desboque aún más.

Nado hasta la orilla. Los curiosos permanecen inmóviles, como si alguien hubiese lanzado un hechizo sobre el reino y los hubiese convertido en piedra.

Me agarro a los resbaladizos adoquines, me impulso hacia arriba y me dejo caer de espaldas, empapada, para recuperar el aliento.

—Ya estoy a salvo. Ya puedes parar, *nonna,* por favor.

La serpiente ha empezado a sangrar allí donde las enredaderas se le entierran en las escamas.

Ruedo hasta quedarme sentada.

—*¡Nonna,* por favor!

Mi *nonna* regresa a la realidad y los zarcillos liberan a la serpiente, que se lanza al agua con un quedo gimoteo.

Unas venas de fuego envuelven la palma del comandante.

—¿Qué tipo de magia alberga su nieta, Ceres?

—La amabilidad. Ese es su único poder. —Mi *nonna* se arrodilla junto a mí y acuna mis mejillas. Aunque no hay lágrimas en sus largas pestañas, en sus ojos hay un brillo aterrado—. Casi consigues matar a esta inmortal de un susto, Goccolina. ¿Y todo por qué? ¿Por unas ramas de serbal?

Unas ramas que no he conseguido recuperar.

Recorro el canal con la mirada en busca del manojo, pero luego clavo la mirada en la serpiente, que yace inmóvil en el fondo arenoso mientras la sangre oscura escapa de su cuerpo como si fuera tinta.

Mi *nonna* me agarra de la barbilla y guía mi mirada hacia la suya.

—Que sea la última vez.

¿Se refiere a lo de perseguir a los duendes, a lo de lanzarme al canal o a lo de acariciar a una serpiente? Sospecho que a las tres.

El comandante cierra el puño de golpe.

—Voy a tener que multarla por recurrir a la magia, Ceres.

Mi *nonna* no responde. Ni siquiera lo mira.

—A casa. Ya.

Ni su voz ni sus dedos ni el brazo con el que me ha rodeado la cintura después de que me haya puesto en pie aceptan un no por respuesta.

Sin mediar palabra, me arrastra por el mercado de vuelta a donde dejamos las cestas, que ahora están prácticamente vacías, desvalijadas por algún mestizo hambriento u otro grupito de duendes. Mete una dentro de la otra y se las cuelga del antebrazo. Yo hago intención de ayudarla, pero, después de recibir una mirada fulminante, no insisto más.

Cuando llegamos a nuestra casa, una vivienda de dos pisos en una de las islas a las afueras de Tarelexo, deja las cestas de golpe sobre la mesa de la cocina y apoya las manos sobre la gruesa superficie de madera. Está encorvada y su pecho sube y baja con cada respiración.

Me acerco a ella y coloco una mano sobre su espalda. Un sollozo desgarra el aire y se me clava en el alma.

—Estoy bien, *nonna.* Por favor, no llores. Estoy a salvo.

—Estás muy equivocada —me espeta antes de clavar la mirada en el techo, allí donde se encuentra el dormitorio del que *mamma* nunca sale.

—No me ha hecho daño. Me ha curado. Mira. —Agito los dedos ante sus ojos.

Aparta mi mano de su vista.

—No estoy hablando de la serpiente, sino del comandante. —Sus apresuradas palabras flotan en el ambiente como motas de polvo—. Va a venir a por ti.

—¿Por haber sobrevivido a un chapuzón en el canal?

—No, Goccolina. Por haber hechizado a esa bestia.

—Pero si solo la he acariciado, *nonna.*

—¿Alguna vez has oído que los fae acariciemos serpientes?

No. La verdad es que no.

—Soy una elemental de agua. A lo mejor mi magia por fin ha despertado.

—En ese caso, controlarías el elemento, pero no a las bestias que moran en él. —Inspira profundamente—. Cuando la guardia real llame a la puerta, deberás pedirles que te den sal…

—Me bastaría con lamerme los labios. —Esbozo una pequeña

sonrisa—. Estoy cubierta de…

—Insistirás en que te den un grano de sal y, una vez que se haya disuelto, les dirás que estabas aterrada. —Me agarra la cara con tanta fuerza que me clava los largos pulgares en los pómulos—. ¿Te ha quedado claro?

Saboreo el agua salada del canal al morderme el labio, noto el miedo de mi abuela en la tierna carne de mis mejillas y le doy a la mujer que me crio lo que quiere.

Le prometo que mentiré, porque, a diferencia de los fae, yo sí que puedo hacerlo.

Capítulo 1

Diez años después

Los cabellos de *mamma* son dignos de admirar, rojos como el atardecer que bruñe Monteluce, la cordillera que contempla día tras día desde la mecedora de la que solo se levanta para ir a la cama.

Esas cumbres rocosas, envueltas en un perpetuo manto de nubes, permanecen deshabitadas, pero los fae de sangre pura llevan una próspera vida al otro lado de la traicionera cadena montañosa, en la frondosa espesura que se extiende hasta la costa, famosa por sus calas idílicas, exuberantes selvas y playas de arena nacarada.

Yo nunca he estado en Tarespagia, pero mi tía Domitina vive allí con mi bisabuela Xema. Las dos dirigen una lujosa hacienda junto al mar que atrae a los fae acomodados desde todos los rincones de los tres reinos.

Aunque solo estamos a medio día de viaje por mar, Domitina y Xema nunca han venido a vernos a Tarelexo. Ni siquiera cuando viajan a Isolacuori para visitar a mi abuelo, Justus Rossi, el jefe de la guardia del rey.

Domitina, al igual que Xema y Justus, se avergüenza de mí.

Peino los rizos de *mamma,* cortados a la altura de los hombros, con cuidado de no tocarle la punta de las orejas. Aunque mi abuelo se las redondeó con el filo de un arma de acero cuando descubrió que estaba embarazada de mí hace veintidós años, *mamma* todavía se encoge cuando alguien se las toca. No sabría decir si es por dolor o por vergüenza. Tiene muy pocos momentos de lucidez, así que me temo que nunca sabré la respuesta.

La brisa salada se levanta del canal y acaricia las copas de las altas coníferas que colindan con la cordillera. A diferencia de las otras partes del reino, esa área boscosa no tiene un nombre oficial. Solemos referirnos a ella recurriendo a su paisaje: *racocci,* que significa «pantanos» en lucino. Coloquialmente, la llamamos la Rax. Es un lugar que se recomienda no visitar, puesto que está plagado de humanos, pobreza y corrupción.

—¿Alguna vez has estado en Racocci, *mamma?*

Como siempre, en vez de responder, se limita a contemplar la estrecha isla, su ejército de barracones y puestos de control, así como el territorio que se extiende más allá. Se aprecian luces parpadeantes entre el follaje verde grisáceo que se reflejan en las aguas marrones. Desde aquí, las antorchas y las velas le confieren al bosque un aura encantada, pero, por las historias que cuentan los guardias que patrullan la zona pantanosa, esas tierras letales son de todo menos encantadoras.

Dejo el cepillo sobre un pequeño tocador, junto a una tetera llena de té de serbal recién hervido.

—¿Tú crees que es tan horrible como lo pintan?

Una góndola de soldados pasa bajo su ventana. Sus puntiagudas orejas están engalanadas con unas pequeñas flechas doradas. Mientras que los ciudadanos de Tarecuori se decantan por las gemas, los soldados prefieren que sus joyas hagan juego con la empuñadura de sus espadas.

Les dedico una sonrisa, pero ellos no me la devuelven. Los altos cargos del ejército feérico siempre mantienen una expresión adusta, como si estuviesen a punto de partir hacia la guerra. Hasta donde yo sé —y estoy bastante bien informada, dado que trabajo en Lecho de Paja con Sybille—, nuestro reino lleva dos décadas disfrutando de un periodo de paz, así que está un poco fuera de lugar que se comporten como pájaros de mal agüero.

Mamma murmura algo que no alcanzo a oír, porque otra góndola pasa tras la de los militares y, en esta, a juzgar por el volumen de sus voces y las risas desenfrenadas, viaja un séquito de fae que disfruta de un buen vino feérico. Uno de ellos, un hombre con cabellos negros hasta la cintura, me guiña un ojo con descaro.

Yo sacudo la cabeza antes de volver a mirar a mi madre.

—¿Qué has dicho, *mamma?*

—Es la hora.

—¿De qué? —pregunto desconcertada.

Mamma abre tanto los ojos que sus pestañas le rozan las cejas cobrizas.

—Bronwen nos vigila.

Se me pone la piel de gallina.

—¿Bronwen?

Los iris azules de mi madre, cuatro tonos más claros que el violeta de los míos, bailan en un océano blanco.

—Bronwen nos vigila.

Comienza a mecerse de adelante atrás mientras esas tres palabras escapan sin cesar de sus labios temblorosos.

Le sujeto los hombros y me agacho ante ella.

—¿Quién es Bronwen, *mamma?*

Su respuesta no varía.

Le suelto la mano, le preparo una taza de té y se la llevo a los labios con la esperanza de calmar su repentino ataque de nervios. Es posible que mi *nonna* sepa de qué está hablando.

Como si hubiese notado que estaba pensando en ella, mi abuela entra con dificultad en el dormitorio de *mamma,* cargada con una pila de sábanas.

—¿Va todo bien?

Obligo a mi madre a beber otro sorbo y, como siempre, la infusión obra su magia y consigue tranquilizarla. Una vez que ha dejado de balancearse, dejo la taza a un lado y rodeo la mecedora para ayudar a mi *nonna* a colocar la ropa de cama de algodón, que huele a glicina y a sol.

—*Mamma* estaba diciendo que una tal Bronwen nos vigila. ¿Tú sabes quién es esa mujer, *nonna?*

A mi abuela se le escapa la sábana bajera de entre los dedos y la tela se enrolla hacia mi lado del colchón.

—No me suena de nada.

La rigidez de sus manos y el incesante movimiento de sus pupilas sugieren lo contrario. Sin mirarme a la cara, vuelve a coger la sábana, la estira y la engancha bajo el colchón con un restallido.

Lanzo un rápido vistazo a la ventana, a través de la cual se ven las volutas de humo lavanda que se alzan desde los pantanos a medida que los humanos encienden hogueras para calentarse durante la noche.

—¿Tú crees que vivirá en la Rax?

—Por lo que sabemos, bien podría ser alguien que vive en la cabeza de Agrippina.

Se me encoge el corazón de pena por la mujer de la mecedora, quien ha perdido el contacto con la realidad por culpa de sus orejas mutiladas.

Detesto al rey Marco por haber obligado a mi abuelo a castigarla, pero lo odio a él todavía más por no haberse negado a obedecer para proteger a su propia hija.

—Eso es verdad, pero es la primera vez que dice algo con sentido. —Me pregunto si Bronwen será de Luce o de algún reino vecino—. También dijo que había llegado la hora de algo.

Mi *nonna* mete un edredón de plumas que ha quedado amarillo y ha perdido relleno con el tiempo dentro de una funda color crema. La tela de la funda está tan remendada que casi parece un mapa

topográfico.

—¡Fallon Rossi!

Mi nombre se oye como un estruendo a través de la ventana abierta de la habitación de *mamma* y sacude las enredaderas de glicina que cubren tres de los cuatro muros de nuestra casa.

Me asomo apresuradamente al exterior con una incipiente sonrisa en los labios porque reconozco esa voz, pese a que llevo más de cuatro años sin oírla pronunciar mi nombre.

Apoyo los antebrazos en el alféizar y le dedico una sonrisa de oreja a oreja a mi visitante, que me mira desde abajo con esos ojos azules que brillan como el rocío de la mañana.

—¡Has vuelto!

Sueno entusiasmada y un poco sin aliento, lo que hace que a los acompañantes del príncipe se les escapen un par de sonrisillas. Sin embargo, me da bastante igual lo que sus amigos piensen de mí. Lo único que me importa es la opinión de Dante.

Cuando éramos pequeños, siempre pensaba que acabaría apartándome de su lado, pero no fue así.

—Estás aún más guapa de lo que recordaba.

Me río mientras el elemental de aire que maneja la góndola intenta evitar a duras penas que la embarcación se vuelque por culpa de los dos hombres adultos que no dejan de moverse en los asientos de terciopelo y el tercero que está de pie.

—¿Has venido para quedarte o solo estás de paso por el compromiso de tu hermano?

—Me quedo.

Los cuatro años que han pasado le han sentado de maravilla. Se le han ensanchado los hombros, se le han cincelado las facciones y le ha crecido el abundante cabello castaño, recogido en delgadas trenzas de raíz. Ahora le llega a la altura de la empuñadura de su espada, decorada con gemas y envainada en un lujoso talabarte de cuero. Lo único que no ha cambiado han sido sus ojos azules y su piel marrón.

Señala con el pulgar por encima del hombro.

—Mi barracón está justo en frente de vuestra casa, *signorina* Rossi.

—Qué oportuno.

Noto una presencia a mi espalda. Dado que *mamma* no es capaz de levantarse, solo puede ser mi abuela.

Dante hace una reverencia.

—*Signora* Rossi, está usted tan arrebatadora como siempre.

Se me escapa el aire por la nariz al oírlo dirigirse a mi *nonna* con tanto cariño.

—Bienvenido a casa, alteza. Espero que su viaje al norte haya sido

de lo más provechoso.

—Así ha sido, muchas gracias. Si algún día estalla una guerra, contamos con unos magníficos aliados a nuestro lado.

—Estallará, sin duda. —*Mamma* habla en voz baja, pero, a juzgar por la pequeña arruga que surca la frente del príncipe, este debe de haberla oído.

Los fae de sangre pura tienen un oído finísimo.

Se me encienden las mejillas a causa de la vergüenza que me produce el comentario de mi madre. Espero que Dante haya pasado por alto el fatídico susurro, pero, por si acaso, cambio de tema:

—Me encantaría oír tus aventuras, Dante.

Mi *nonna* chasquea la lengua.

—Discúlpeme, *princci* Dante. —Marco bien la erre y pongo los ojos en blanco, porque, aunque sea el príncipe, ante todo es mi amigo.

Es el muchacho que convenció a su hermano para que no me llevaran presa al palacio y me interrogaran cuando establecí un vínculo con una serpiente.

Es el hombre que me dio mi primer beso en un estrecho callejón la noche en que partió hacia el reino de Glace.

Una franja de luz blanca ilumina el rostro de tez oscura de Dante.

—Será un honor para mí contártelo todo, querida Fallon.

—Ven a verme cuando tengas un rato libre entonces.

—¿Dónde te encontraré?

El príncipe se agarra a la amurada de madera pulida de la góndola y saca tanto el cuerpo de la embarcación que esta se tambalea peligrosamente.

—Tendrás que averiguarlo. Todo Luce sabe dónde trabaja la infame Encantadora de Bestias.

Cierro la ventana de *mamma* justo cuando el elemental de aire aleja la góndola del borde del canal.

Uno de los amigos de Dante debe de contarle dónde me gano la vida, porque al príncipe se le borra la sonrisa de la cara. Seguro que se les ha olvidado apuntar que yo me encargo del estómago y el hígado de los clientes, no de sus partes bajas.

—Nunca se casará contigo, Fallon. —La voz de mi *nonna* me arrebata la sonrisa.

—No tengo intención de casarme.

—¿Es que quieres ser su fulana?

Echo la cabeza hacia atrás con una mueca de aversión. No tengo nada en contra de las mujeres que venden su cuerpo —soy amiga de muchas—, pero nunca podría… Nunca haría algo así. Bastante he avergonzado a mi familia ya con el mero hecho de nacer.

—Dante no es el rey.

Jugueteo con la manta de lana con la que le he cubierto las demacradas piernas a mi madre.

—Aunque sea así, un príncipe no puede casarse con una plebeya. No si quiere preservar su título.

Siento la mirada de mi *nonna* clavada en mí, pero no se la devuelvo. Estoy demasiado conmocionada y molesta y…

—Tienes que entregarle tu corazón a otro hombre, Fallon.

—No se lo he dado a nadie, *nonna*.

Ella deja escapar un suspiro cargado de significado. Estoy segura de que intenta decirme algo muy sensato, pero no estoy de humor para que me dé lecciones.

—Voy a llegar tarde al trabajo.

Le doy un beso a *mamma* en la mejilla, pero paso junto a mi *nonna* sin despedirme para bajar por la escalera de caracol y sumergirme en las sombras de Tarelexo.

Ella siempre dice que esa oscuridad me mantiene a salvo y tal vez tenga razón, pero también me hace ser invisible, y yo quiero que Dante se fije en mí.

Capítulo 2

Nacer siendo una elemental de agua sin una pizca de magia es una realidad deprimente cuando vives en unas islas salpicadas de charcos de suciedad. Sobre todo en los días de mercado.

El muelle occidental está abarrotado de marineros que descargan la mercancía que no consiguieron vender en el puerto real. La fruta llega golpeada; las verduras, podridas; la leche, cortada; el pescado, pasado, y los sacos de cereales, llenos de insectos. Sin embargo, los mestizos y los humanos se lo llevan todo antes de que caiga la noche. No se le dice que no a nada con el estómago vacío.

Rodeo un charco apestoso levantándome la falda para evitar meterla en alguna sustancia que me obligue a lavarla. Aunque me enorgullezco de contar con tres vestidos distintos, como no tengo poderes, me veo obligada a limpiarlos a mano.

La colada es una de las tareas que más detesto, junto a la de cambiar las sábanas en Lecho de Paja cuando la humana de la limpieza, Flora, tiene que quedarse en casa para cuidar de uno de sus doce retoños.

Los padres de Sybille, los dueños de la concurrida taberna —frecuentada por todo el ejército lucino, así como por muchos tarecuorinos de alta alcurnia—, han considerado la posibilidad de contratar a una segunda asistenta, pero los humanos tienen cierta tendencia a mentir y robar, así que los fae, incluso los mestizos, no nos fiamos mucho de ellos.

Paso junto a tres marineros que apilan cajas vacías en una embarcación que carece de la gracilidad de una góndola, pero que cuenta con la resistencia de un barco pesquero.

Uno de ellos silba y hace que los otros dos se giren.

—¿Cuánto tiempo más vas a tenerme con el corazón en vilo, Fallon Rossi?

Yo sacudo la cabeza ante el numerito de Antoni, pero su tenacidad me hace sonreír.

—¿Ya han vuelto Beryl y Sybille a darte calabazas?

Antoni va detrás de toda criatura con faldas. He oído que se ha

acostado con media Luce, que no le hace ascos ni a la población humana ni a la feérica y que es muy atento, pero yo soy una romántica que preferiría que mi primer amor también fuese el último, y dudo que yo fuera la elegida de Antoni.

—No le he pedido a ninguna de las dos que se case conmigo.

Claro. Porque ellas no se han negado a acostarse con él.

Trota hasta mí, se gira y camina de espaldas mientras yo me abro camino por el abarrotado muelle en dirección a la taberna de luces brillantes.

—Ya casi tengo suficiente dinero ahorrado para comprarme un estudio.

—Enhorabuena.

Antoni se detiene, obligándome a hacer lo propio, y se inclina hacia mí con los ojos tan brillantes como las estrellas.

—No estoy de broma, Fallon.

—Y yo tampoco. Me alegro de corazón.

—Me refería a lo de la propuesta de matrimonio.

Un olor a sal y escamas de pescado emana del triángulo de piel morena que se asoma por el cuello abierto de su camisa.

—Solo quieres casarte conmigo porque siempre te he rechazado.

Se pasa una mano por sus espesos mechones de pelo dorado como la miel, rizados por la sal del agua a la altura de sus orejas curvas.

—Quiero casarme contigo porque eres, con diferencia, la chica más guapa y amable de todo Luce.

Cierro los puños en torno a la pesada tela de mi vestido granate.

—Los halagos no van a hacerme cambiar de idea, Antoni.

—Entonces dime qué quieres. ¿Perlas? Me enfrentaré a las serpientes del Mareluce para traerte todas las joyas que quieras si eso es lo que hace falta para que me des tu mano.

Suena tan serio que pierdo la sonrisa.

—Preferiría no tener que ver cómo acabas atrapado en la guarida de esas bestias.

Aunque no he vuelto a meterme en el canal desde aquel fatídico día en el mercado del puerto, cuando nadie me ve, meto los dedos en el agua fresca y susurro el nombre que le di a la serpiente rosa a la que mi *nonna* hirió.

Y él siempre me responde.

Sí, él. Los machos son más grandes que las hembras, y Minimus es enorme, lo cual es una pena teniendo en cuenta el apodo que escogí para él.

—¿Quieres un vestido nuevo? Se lo puedo encargar a un mercader que vende las sedas más exquisitas de todo Tarecuori.

—Mi amor no está en venta, Antoni. Te lo tienes que ganar.

—¿Y cómo puedo hacer eso, Fallon?

Una góndola militar atraca en el muelle. No puedo evitar comprobar si Dante está entre los seis hombres que desembarcan, pero no hay suerte. Las guirnaldas de luces feéricas que iluminan el puerto se reflejan tanto en los botones dorados de sus uniformes como en los pendientes que decoran sus puntiagudas orejas. Mi mirada se topa con un rostro familiar: Cato.

El fae de cabello blanco suele visitarnos con regularidad. Creo que viene por mi *nonna,* puesto que la recorre de arriba abajo con los ojos siempre que puede, pero ella insiste en que solo se pasa por nuestra casa para servirle de espía a mi abuelo. Puede que Justus Rossi no quiera tener nada que ver con nosotras, pero nos tiene bien vigiladas de igual manera.

Antoni profiere un sonido grave desde lo más profundo de la garganta.

—¿Era un uniforme? Debería haberlo supuesto.

Me concentro de nuevo en el pescador.

—¿Qué pasa con los uniformes?

—Nada. —Retrocede con una expresión tensa en su atractivo y bronceado rostro—. Que tengas una buena noche, Fallon.

Entonces regresa apresuradamente junto a sus amigos.

Yo lo miro desconcertada. ¿A qué se refería con eso de los uniformes? ¿Cree que quiero casarme con un soldado? Porque no es así. No quiero desposarme con nadie.

Saboreo la mentira en la lengua con tan solo pensarlo, porque sí que hay un hombre al que le entregaría mi mano sin pestañear: Dante.

Dejo volar la mirada por las tiendas de campaña, que, según he oído, son más robustas y lujosas que cualquiera de las coloridas casas de Tarelexo. Aunque he recibido una buena dosis de atención desde que trabajo en Lecho de Paja, los soldados no tienen permitido meter a los civiles en los barracones. Sybille está convencida de que es porque allí hay secretos militares que no quieren que descubramos, pero ella adora las teorías conspirativas casi tanto como disfruta de meterse con Phoebus por ser un blando.

Cuando retomo el camino hacia la taberna, unos gritos me hacen clavar los delgados zapatos que llevo en la costra de sal de los adoquines. Una serpiente turquesa sale del canal y vuelca un cubo de pescado. Se me para el corazón cuando unos zarcillos de magia aparecen en las palmas de los hombres además de sus respectivas espadas. La escandalosa muchedumbre está preparada para despedazar y quemar al escamoso saqueador.

Dejo escapar un ahogado y áspero «no» que se pierde en el bullicio de la noche y me lanzo hacia el borde del muelle, aunque me detengo cuando no he dado más que dos pasos apresurados. La voz de mi *nonna* advirtiéndome de que mantenga mi amor por los animales en secreto me constriñe el pecho tanto como el armazón de mi corsé.

Me llevo una mano a la clavícula para tratar de tranquilizar mis desbocados latidos antes de que atraigan la atención de alguien. Se me pone el vello de la nuca de punta, lo que me dice que un reducido público se ha congregado a mi alrededor. Con un poco de suerte, no habré atraído demasiadas miradas.

Me doy la vuelta y me encuentro a Antoni, que me observa fijamente, además de dos mujeres que guardan sus verduras en unas bolsas de arpillera. Pronuncian mi mote en silencio: Encantadora de Bestias. Si no me preocupase tanto ganarme una visita a su guarida, me lo estamparía en la piel con letras bien grandes.

Me pregunto qué pensarían de mí si descubriesen que las serpientes no son los únicos animales que me tienen cariño. Cada felino y cada reptil de Luce sabe dónde vivo. Incluso los ratones, esas criaturas que prácticamente todos los fae y humanos echan de su casa a escobazos o recurriendo a una ráfaga mágica de aire, acaban encontrándome. Aunque yo no me deshago de ellos de tan malas maneras, sí que intento sacarlos a la calle antes de que la *nonna* me vea alimentándolos con miguitas o acariciándolos.

Los humanos suelen tener mascotas, pero pocos son los fae que cuidan de un animal domesticado. Por eso hay veces en que pienso que la Rax no debe de ser un lugar tan horrible.

Un chapoteo hace que vuelva a prestar atención al canal, pero solo ha sido un hombre vaciando un cubo en el agua.

Cuando levanto la vista, veo un movimiento en la costa de Racocci, más allá de los barracones militares. Hay una figura solitaria en las arenas negras a la que el viento le sacude las faldas. La mujer se lleva una mano al turbante con el que se cubre la cabeza, como si no quisiera que el aire se lo desatara.

Aunque nos separa una gran distancia, el extraño brillo de su piel y sus ojos no se me pasa por alto. La contemplo durante un buen rato y ella no parpadea ni una sola vez. ¿Será ciega? He oído que los humanos suelen tener ese tipo de problemas, ya que su cuerpo es mucho más frágil que el nuestro, pero su comportamiento me pone los pelos de punta de igual manera.

«Bronwen nos vigila.»

El susurro de *mamma* me acaricia el curvo pabellón de las orejas, como si estuviese justo a mi lado. Doy un respingo y lanzo una rápida

mirada por encima del hombro para asegurarme de que no está aquí.

Lo único que veo son sombras.

Cuando vuelvo a fijar la mirada en la otra orilla, la mujer ha desaparecido.

Capítulo 3

Lleno una jarra de vino feérico espumoso hasta arriba para el comandante Dargento, el hombre al que odio tanto como hacer la colada.

No. No es verdad. Lo detesto mucho más a él.

Giana, la hermana mayor de Sybille, desliza su bandeja por la barra de madera.

—Se lo puedo llevar yo en cuanto compruebe la disponibilidad de habitaciones.

Al igual que Sybille, Giana tiene los ojos plateados más claros que he visto nunca y su piel marrón oscuro hace que destaquen todavía más. Aunque se llevan seis décadas, las hermanas comparten tanto la misma madre como el mismo padre, lo cual es algo excepcional, puesto que en Luce la fidelidad no es una obligación. Hay que tener en cuenta que los fae de sangre pura viven entre seis y siete siglos, y los mestizos, la mitad de ese tiempo. Con una vida tan larga, seguramente yo también me acabaría cansando de mi pareja.

Clavo la vista en donde está el comandante.

—Puedo hacer de tripas corazón lo justo para dejarle la jarra en la mesa en vez de volcársela sobre el regazo.

Sybille sale de la cocina con una enorme y pesada olla que echa vapor con olor a tomillo.

—¿A quién quieres bañar en vino?

—A Silvius —farfullo sin apenas mover los labios.

Sybille ahoga una risa.

—Imagina lo rica que serías si le cobrases una moneda de cobre cada vez que te toca.

Giana lanza una mirada asesina a la mesa redonda donde el comandante, Cato y otros tres de sus altos mandos devoran la carne de jabalí que acaba de dejar ante ellos.

—¿Todavía sigue con esas?

Agarro el asa de la jarra.

—Si empezase a cobrar a todos tus clientes por tocarme, me compraría una mansión en Tarecuori en menos que canta un gallo.

Sybille se ríe entre dientes, pero a Giana no le hace ninguna gracia. Sigue fulminando con la mirada al comandante, que se está limpiando la grasa que se le ha escurrido por la afilada barbilla.

—No pasa nada, Gia.

—No, sí que pasa. —Clava sus ojos en mí—. *Caldrone,* odio este antro.

—No, solo le tienes asco a los clientes —apunta Sybille antes de marcharse serpenteando entre las alborotadas mesas.

Giana limpia su bandeja.

—Son como animales.

—Pobres animales.

Me lanza una mirada y me dan ganas de darme un pellizco. Aunque Giana nunca me ha juzgado, a los mestizos solo nos gustan los animales asados y embadurnados en salsa.

—Tienes razón. Los clientes son peores.

—No nos metas a todos en el mismo saco, Gia. Algunos somos unos especímenes dignos de estudio —interviene Phoebus, que apoya los antebrazos sobre la barra.

Le dedico una sonrisa a mi fae rubio favorito.

—Llevaba toda la semana sin verte, Pheebs.

Él entrelaza los dedos y se lleva las manos a la nuca para estirarse. Lo más seguro es que acabe de salir de la cama. Mi amigo vive solo para la noche.

—Mi familia me ha tenido ocupado.

Lo miro extrañada, porque Phoebus odia a su familia. Se mudó a Tarelexo desde Tarecuori en cuanto nos graduamos.

—¿Y eso?

Rodeo la jarra con la mano y la levanto.

—Flavia acaba de comprometerse.

—¿Tu hermana se va a casar? ¿Con quién?

—Con otro castizo.

—¿Quién?

No conozco a todos y cada uno de los habitantes de Luce, pero solo un veinte por ciento de la población tiene las orejas puntiagudas y, al haber estudiado en la única escuela de Tarecuori, estoy familiarizada con la gran mayoría de las familias de sangre pura.

—Victorius Surro. —Phoebus pronuncia el nombre con tanto desprecio que no puedo evitar sonreír.

Aunque sus propias orejas acaban en punta, Phoebus actúa como si los apéndices que enmarcan su rostro fuesen curvos. A veces temo que acaben castigándolo con hierro por su comportamiento, igual que hicieron con mi madre. Sin embargo, para eso tendría que cometer un

pecado grave y, pese a su descaro, Phoebus es puro de corazón y espíritu.

Señalo al techo con la cabeza.

—Tu futuro cuñado está ahora mismo en la habitación que está justo aquí arriba.

Phoebus sigue la trayectoria de mi mirada y sus ojos verdes se oscurecen.

—Me cago en el óxido del Caldero.

Se me escapa una sonrisa ante la moderada grosería antes de salir de detrás de la barra para llevar el vino a la mesa del comandante. Me aseguro de quedarme junto a Cato, puesto que confío en que protegerá mi integridad, a diferencia de lo que haría con mis secretos.

—¿Van a querer algo más?

El comandante me recorre con ojos ambarinos. Mataría por tirarme al canal para quitarme de la piel la sensación de su lujuriosa mirada, pero cuadro los hombros y esbozo una sonrisa.

El hombre se recuesta en su silla y hace que la madera cruja bajo su amplia y musculosa figura. Si no fuera un asqueroso lameorejas, admiraría su físico, pero a mí me importa más la personalidad, y la del comandante está tan podrida como la de la fruta que se vende en el muelle.

—¿Es usted consciente de que Justus cree que su trabajo no solo consiste en servir vino, *signorina* Rossi?

Cato se estremece.

Yo no.

—Mi abuelo piensa muchas cosas horribles de mí. Creo que es por mis orejas.

Le lanzo una sonrisa a Silvius porque es el mejor recurso para dejarlo desarmado. Los hombres nunca saben qué hacer con una sonrisa, pero enseguida se inventan un buen puñado de escenarios ante unas mejillas sonrojadas.

—Espero que le haya dejado bien claro que los únicos muslos que toco son los de los jabalíes que ustedes están ahora catando, comandante.

Aunque no estoy tratando de ser graciosa, a Silvius se le curvan las comisuras de la boca.

—Pues se nota que se le da bien trabajar la carne.

Me lo he buscado yo solita.

—Si no necesitan nada más…

—¿Ceres está de acuerdo con que trabaje en este establecimiento?

Inclina la cabeza hacia un lado, como si quisiese mirar detrás de mí, pero tiene los ojos clavados en los míos, así que es posible que lo

que trate de ver sea mi interior.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Marcello y Defne me tratan como si fuera su propia hija. Además, mi abuela siempre me anima a que me asegure cierta independencia económica.

Uno de los hombres que está sentado a la mesa se ríe para sus adentros. En Luce somos tan abiertos de mente que las mujeres somos ciudadanas de segunda.

—¿Y la has conseguido? —pregunta Silvius.

Le brillan los labios por la grasa de la comida.

Nunca me he hecho amiga de un jabalí, porque solo viven en los bosques de Tarespagia y los únicos que he conocido estaban despiezados y conservados en sal, pero estoy segura de que disfrutaría mucho más de la compañía de uno de esos animales que de la de este hombre.

—¿No responde, *signorina* Rossi? —Silvius se relame lentamente los labios—. ¿Disfruta usted de independencia económica?

Como él ya sabe la respuesta, no me molesto en contestar.

—¿Algo más? —Mi voz ya no suena dulce como la miel, sino ácida como las ciruelas amarillas.

—No. Gracias, Fallon. —Cato, tan educado como siempre, me ofrece un asentimiento de cabeza.

Una ráfaga de viento me acaricia la piel y anuncia la llegada de un nuevo cliente. Sé que es alguien importante porque las señoritas de compañía sentadas sobre el regazo de sus potenciales clientes dejan de regalarles los puntiagudos oídos con sus lisonjeros susurros.

—Nuestro querido príncipe ha regresado. —Silvius sigue recostado en la silla, pero, por suerte, ya no me mira a mí.

Me doy la vuelta y veo la oscura silueta de Dante recortada contra la puerta de la taberna; los adornos dorados que decoran aquí y allá su espesa melena trenzada brillan tanto como los pendientes que recorren sus orejas.

—Por favor —abarca la estancia con la mano—, que no decaiga la fiesta por mí.

El ruido regresa tan rápido como se me acelera el pulso cuando su mirada encuentra la mía y sonríe. Me abro camino hasta él y siento que el corazón me late al mismo ritmo frenético con el que los duendes baten las alas. Estoy a punto de decirle que me ha encontrado, pero ¿y si no ha venido a la taberna por mí?

Vuelvo a poner los pies en la tierra.

—Bienvenido a Lecho de Paja, *altezza.*

Sus amigos —Tavo, el pelirrojo perverso, y Gabriele, el rubio de carácter sereno— entran detrás de él y recorren la multitud con la

mirada; el primero busca pasar un buen rato y el segundo se asegura de que no haya ningún peligro.

Como todas las tardes, me he recogido el pelo para que no se me meta en los ojos ni me moleste en el cuello, pero ahora, estando frente a Dante mientras estudia mis facciones, me arrepiento de haberme peinado así, porque acentúa la curvatura de mis orejas.

Trato de controlar mi incomodidad. ¿Por qué habría de importarme? A mí no me molestan, y a Dante, tampoco, puesto que, si no, no habría venido a visitarme antes.

—¿Mesa para tres?

—Por favor.

Aparto la mirada a regañadientes de mi principal obsesión y los conduzco a la mesa libre que hay junto a la del comandante, al fondo de la taberna. Es la zona reservada para los clientes de mayor prestigio y se puede separar con una pesada cortina de terciopelo del resto del establecimiento si así lo desean.

—¿Desde cuándo trabajas aquí, Fal?

El calor que desprende el cuerpo de Dante se infiltra por mi piel desnuda.

—Desde que nos graduamos.

Mantengo la vista clavada en el suelo para evitar tropezar con las piernas extendidas de los clientes o con alguna prostituta.

Los hombres de la mesa del comandante se ponen de pie, incluido Silvius, y se inclinan ante el príncipe.

—Descansen. —Dante debe de estar justo detrás de mí porque noto su cálido aliento en la nuca cuando añade con un murmullo—: Espero que seas tú quien nos atienda hoy, Fallon.

Me giro para mirarlo.

—Claro, es mi trabajo.

—¿Tu único trabajo? —Arquea las cejas para dejarme claro lo que quiere decir.

—Sí, Dante. El único. Lo de seducir a los hombres se lo dejo a las profesionales.

—Bien. —Su respuesta es tan dulce como la sonrisa que la precede.

Los dos nos quedamos de pie, mirándonos a los ojos, y la muchedumbre se difumina hasta convertirse en un fragmentado caleidoscopio. Dante se humedece el labio inferior y esa imagen me devuelve al oscuro callejón donde los sueños de mi infancia se hicieron realidad.

Un brazo delgado me rodea la cintura.

—Nos vas a dejar ciegos con tanto brillo, Dante. —La voz de Sybille me devuelve al calor de la taberna sin ninguna piedad—. Me

sorprende que no se te hayan empezado ya a dar de sí las orejas por el peso de todos esos adornos de oro.

Dante libera mi mirada para desviar su sonrisa hacia Sybille.

—Y a mí me sorprende que no se te haya partido la lengua en dos como a una serpiente con todo ese veneno que llevas dentro.

Ella echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, mientras que a mí la presencia del príncipe todavía me tiene demasiado impactada como para dejar escapar más que una suave risita.

—¿Qué hay de cena hoy, Syb?

—Los platos principales son jabalí asado con membrillo, rodaballo estofado o tallarines con la famosísima salsa cremosa de berenjena de mamá.

Mira a sus amigos, que ya se han despatarrado sobre sus respectivas sillas.

—Tráenos una ración de cada, y que sean abundantes. El viaje de vuelta ha sido agotador.

Tavo silba a Beryl, una de sus prostitutas mestizas favoritas en Lecho de Paja, cuando esta pasa junto a su mesa. La agarra de la cintura y la arrastra hasta su regazo, donde se sienta con una sacudida de sus generosos senos. De haber intentado hacer algo así conmigo, yo le habría arrancado la cabeza de un mordisco, pero Beryl, tan dulce como siempre, solo profiere una risita nerviosa. Y continúa riendo cuando la mano de Tavo desaparece bajo la falda que lleva fruncida en la parte delantera para lucir sus esbeltas piernas.

—Os lo traeremos todo enseguida.

Sybille tira de mí para que la acompañe, pero yo me quedo clavada en el suelo cuando capto un intenso aroma a rosas.

Como una serpiente atraída por el olor de la sangre, Catriona se desliza hasta el príncipe. A diferencia del resto de las trabajadoras, ella es una cortesana. Eso quiere decir que su valor no se mide en piezas de cobre, sino en monedas de plata y que, en vez de pasearse por la taberna medio desnuda, ella no exhibe su mercancía hasta haber cobrado.

Sus uñas decoradas con gemas acarician el uniforme blanco que abraza el musculoso pecho de Dante, así como el borde dorado del cuello alto de su chaqueta.

—Bienvenido a casa, *altezza.*

Aunque admiro a Catriona por haberse labrado su propio camino, en este preciso instante, lo único que quiero es asfixiarla con la gargantilla de encaje que lleva a juego con el vestido granate.

Sybille me entierra los dedos en la cintura a modo de advertencia. Es una suerte que no tenga poderes, porque mi mente habría

encontrado la jarra de agua más cercana y la habría volcado sobre los brillantes rizos dorados de la cortesana.

Dante coge la mano errante de Catriona y la aparta de su pecho.

—Catriona.

Mi rabia se atenúa.

Aunque la chica se ha acostado con casi todos los habitantes de Luce, sé con seguridad que nunca ha estado con el príncipe, porque tiene la lengua tan larga como las manos. Teniendo en cuenta lo chismosa que es, a veces me sorprende que los hombres y mujeres de la ciudad sigan queriendo acostarse con ella, pero se la considera la mejor cortesana de Luce y los fae de sangre pura nunca se conformarían con menos.

Aprieto los dientes cuando susurra algo al oído de Dante y consigue captar toda su atención. Él baja la mirada hasta sus manos, que siguen entrelazadas. Puede que el príncipe no quisiera que Catriona lo toqueteara, pero, al parecer, no le importa ser él quien la toca a ella.

Una nueva oleada de celos me inunda el pecho.

—Fallon —ladra Sybille entre dientes—. A la cocina. Ya.

Esta vez, cuando tira de mí, no opongo resistencia.

Capítulo 4

—¡Fallon! ¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido de verdad! —Phoebus irrumpe en mi casa instantes después de oír sus gritos.

Aparto la vista de las mondaduras de nabo que hay esparcidas por la mesa de la cocina.

—¿Quién ha conseguido qué?

—¡Dante! ¡Dante ha cruzado el estrecho!

Mi corazón da un vuelco porque en las profundidades del estrecho que separa Isolacuori de Tarecuori se encuentra la Filiaserpens, la fosa submarina donde se abandona a cualquier disidente del sistema. Las serpientes que habitan en ella siempre se encargan de arrastrarlos hasta el fondo.

Ya que los fae solo pueden morir por causas naturales cuando alcanzan cientos de años o cuando son decapitados con un arma de acero, imagino que muchos yacen en la falla, inconscientes pero vivos, mientras las bestias se alimentan poco a poco de su carne, que se regenera solo para acabar siendo devorada de nuevo. Es una tortura inhumana a la que el rey amenazó con someter a mi *nonna* cuando ella escogió a mi madre antes que a mi abuelo.

Todavía no me ha contado cómo consiguió librarse de ese destino. De vez en cuando, intento sacarle el tema, pero se pone de tan mal humor que nunca insisto demasiado.

—*Dolto.* —La crítica de mi *nonna* escapa de sus labios al tiempo que raspa con más violencia la piel de una zanahoria escuálida y arrugada.

Me gustaría decirle que Dante no es ningún tonto, pero tal vez tenga razón. Ha arriesgado su vida por el trono que su hermano heredó tras la batalla de Primanivi hace dos décadas, un trono por el que Marco esperó todo un siglo. Me temo que no le cederá el poder mientras le quede un hálito de vida.

—Es un rito de iniciación para nuestros monarcas, Ceres —le recuerda Phoebus a mi abuela, aunque dudo que lo haya olvidado—. Ahora Dante es un legítimo heredero al trono.

Sus ojos verdes vuelan hacia la puerta abierta para asegurarse de que nadie nos está escuchando, ya que desearle el mal al rey se considera traición y con ello se ganaría un viaje al estrecho.

Dado que nuestra casa de paredes cerúleas está ubicada en el

extremo sudoeste de Tarelexo, solo tenemos dos vecinos, y todos los miembros de ambas familias están trabajando o en la escuela.

—Lo digo en caso de que le pasase algo a su hermano, claro —añade Phoebus—. El Caldero no lo quiera.

Hace tiempo prometí mediante un juramento de sal lanzarme a la Filiaserpens detrás de Phoebus o Sybille en caso de que cualquiera de ellos acabase abandonado en la fosa, porque eso es lo que hacen los amigos, sobre todo si cuentan con el poder de encandilar a las bestias marinas.

Phoebus tamborilea con los dedos en el marco de la puerta.

—Bueno, ¿vienes o qué?

Me levanto tan apresuradamente que me golpeo las rodillas con la mesa. Doy un paso hacia mi amigo, pero entonces miro a mi *nonna.*

—¿Tú vienes?

—¿Para ver cómo un muchacho orgulloso se convierte en un hombre prepotente? Creo que mejor me quedo en casa.

Mi abuela tiene la mirada clavada en las mondaduras de color óxido que caen sobre la mesa llena de agujeros.

—Venga, *nonna,* Dante no se parece en nada a su hermano. Marco nunca se haría amigo de una mestiza y Dante…

—Hubo un tiempo en que el rey Marco tenía muchos amigos y conocidos mestizos. El poder cambia a las personas. No lo olvides nunca, Fallon. Y tú tampoco, Phoebus.

—Por supuesto, señora.

No consigo imaginarme al adusto e implacable rey feérico siendo amigo de alguien con las orejas curvas, pero ella lleva tres siglos en este mundo y el rey Marco solo uno y medio. Lo conocía mucho antes de que la corona de rayos de sol dorados adornase su cabeza.

—Fa-llon. —Phoebus divide mi nombre en dos y da golpecitos en el suelo con la punta de una de sus botas marrones. Mi amigo tiene muchas virtudes, pero la paciencia no es una de ellas.

—¡Ya voy!

Me pongo los zapatos y corro tras él.

Recorremos las estrechas calles adoquinadas y cruzamos los puentes de madera de Tarelexo a toda velocidad en dirección a las amplias e iluminadas avenidas y los puentes de cristal de las islas de Tarecuori, donde las flores tienen colores más vivos y el aire es más puro.

Veinte minutos después, llegamos al puerto este y nos abrimos camino a codazos entre la multitud que ha venido a celebrar la valentía del príncipe. El ambiente está cargado de emoción y duendes. Algunos vuelan por encima de la cabeza de sus dueños, vestidos a

juego con sedas y cuero, mientras que otros, los que no le han jurado lealtad a nadie, zumban animadamente sobre la alborotada superficie turquesa del Mareluce, aunque se aseguran de volar lo suficientemente alto como para evitar convertirse en el almuerzo de alguna serpiente.

El hedor de la sangre caliente y las tripas de pescado se entrelaza con los perfumes florales y cítricos del distrito de los fae de sangre pura. A diferencia de nuestro triste muelle, aquí los adoquines están tan limpios que resplandecen como la plata, y eso, sumado al hecho de que hoy no esté puesto el mercado, hace que el repulsivo olor me deje desconcertada.

—¡Mira qué grande es, *mamma!*

Un niño humano sostiene con ambas manos un grueso pedazo de carne blanca que brilla tanto como su cráneo afeitado.

La madre se lleva la mano a los labios.

—Que los Dioses bendigan al *princci* Dante.

Yo también me cubro la boca con la mano, pero no en muestra de gratitud, sino en un gesto horrorizado. Porque la carne blanca está recubierta de escamas rosadas.

Sin ser consciente de dónde me encuentro, doy un paso atrás y piso a alguien sin querer. La persona farfulla algo y me da un empujón.

—¿Fallon? —Phoebus tiene el ceño fruncido. Retrocede hasta quedar a mi lado y me coge una de las manos con las que estaba estrujando la áspera tela de mi falda—. ¿Qué mosca te ha picado?

Trago saliva, pero no consigo aliviar el nudo de pena que siento en la garganta. Phoebus no sabe nada acerca de mi amistad con Minimus. Nadie sabe que salgo a buscar a la serpiente cada noche para alimentarla con sobras y acariciar sus escamas y su hermoso cuerno.

Nadie debe saberlo.

Y, ahora, ya nadie nunca se enterará porque…

Me tiembla el labio inferior, así que me lo muerdo.

Oigo a Phoebus pronunciar mi nombre otra vez, pero soy incapaz de contestar. Mi dolor es demasiado intenso, demasiado desgarrador.

—Fallon, ¿qué…?

—¿Quién ha sido? ¿Quién lo ha matado? —murmuro.

—¿Qué?

—Si ya tienen un pedazo de carne de la serpiente, por favor, apártense para que los demás reciban una parte de la ofrenda real —vocifera un guardia desde el centro de la muchedumbre.

A medida que la gente se dispersa, alcanzo a ver el brillo del oro en unas trenzas castañas, el balanceo de un brazo armado, cuya piel bronceada brilla por el sudor y el agua de mar, y el resplandor de un amplio machete de plata que cercena lo que queda del torso de la

bestia.

Quiero salir corriendo.

Quiero echarme a llorar.

Pero aparto la mano de mis temblorosos labios, me suelto de Phoebus y me abro camino entre los fae y los mestizos que tengo delante.

A lo largo de los años, he trazado un mapa de todas las cicatrices blanquecinas que cubren el cuerpo de Minimus. Tiene cinco marcas: cuatro se las hizo mi *nonna* con sus enredaderas y otra es del cuerno de otra serpiente.

Sabría ubicarlas con los ojos cerrados porque he acariciado la piel correosa y sin escamas de cada una de esas heridas todas las veces que nos hemos visto, deseando tener el poder de curarlo como él hizo conmigo hace ya tanto tiempo.

Cato se encuentra ante el príncipe para mantener a la multitud a raya. Cuando me ve acercarme, sacude la cabeza casi imperceptiblemente. ¿Creerá que voy a atacar a Dante por haber matado a un animal? Por muy dolida y disgustada que me sienta, herir a un hombre me parece tan terrible como maltratar a una bestia.

Phoebus apoya una mano sobre la parte baja de mi espalda y acerca los labios a mi oído.

—Vámonos.

Aunque agradezco contar con su apoyo, no puedo irme.

No sin antes comprobar si es Minimus o no.

Recorro los retorcidos restos de la serpiente con la mirada en busca de cualquier marca entre las escamas rosadas, pero no veo nada. Reviso el cuerpo tubular del cadáver una vez más, solo por asegurarme. Aunque la criatura es tan larga y gruesa como Minimus, no es él. Unas lágrimas de alivio y de vergüenza por haber reaccionado así corren por mis mejillas.

Me las seco apresuradamente con la esperanza de que nadie las haya visto, pero los ojos de Dante están clavados en mí.

Parpadeo para contener mis emociones y me doy la vuelta justo cuando una góndola atraca junto al príncipe y el sanador feérico de la corte, un hombre enorme vestido con su acostumbrada túnica negra, baja de la barca.

Dante le pasa el cuchillo de carnicero a uno de sus muchos guardias y se reúne con el sanador, que está tan cerca de donde yo me encuentro que podría contar el número de aros de oro que atraviesan el esbelto pabellón de su oreja. Lleva treinta pendientes. Cada uno está adornado con un cristal de sanación del que luego extraerá su esencia cuando tenga que curar a algún paciente.

Dante me observa y una arruga surca su frente. Al igual que Phoebus, ha debido de percibir mi dolor, porque sabe que no soporto los actos de crueldad hacia los animales. Poco a poco, se vuelve para mostrarle la espalda al sanador. La sangre brota de un profundo corte bajo uno de sus omoplatos y le escurre por la columna.

—La bestia atacó primero.

Dante no pronuncia mi nombre, pero sé que se dirige a mí.

Aunque me arden los ojos, los mantengo abiertos y clavados en su herida.

La serpiente lo hirió primero.

Lo hirió primero, me repito.

Cuando vuelvo a mirar el cuerpo sin vida de la serpiente, ya no siento tanto dolor. En realidad, el dolor remitió en cuanto me di cuenta de que no era Minimus.

Egoísta.

Soy una verdadera egoísta.

El sanador agarra un cristal rojo como el fuego y coloca una mano a escasos centímetros de la espalda de Dante hasta que la herida en la oscura piel broncínea de mi príncipe comienza a desprender vapor y a cerrarse. Una vez que lo ha curado, el descomunal sanador se inclina ante Dante, regresa a la góndola y posa su mirada errante en mí durante un buen rato.

¿Está buscando algo con lo que alimentar a Justus Rossi? ¿Algún detalle que me incrimine?

Aparto la mirada de la del hombre antes de que se salga con la suya y contemplo la joya de Luce: el castillo de mármol y cristal de los Regio, rodeado de canales cristalinos y puentes dorados, alzándose sobre su propia isla. Isolacuori. El corazón del reino.

—Phoebus, llévate a Fal de aquí. —Dante lo señala con la cabeza al tiempo que cierra los puños ensangrentados.

Mi amigo me rodea la cintura con el brazo.

—Esa era mi intención.

Mientras nos abrimos camino entre la hambrienta multitud, Phoebus deja escapar un largo y profundo suspiro antes de besarme la coronilla.

—Tu sensiblería nos va a acabar metiendo en problemas.

—¿Por qué hablas en plural? —Lo miro con ojos irritados por las lágrimas.

—Porque, para bien o para mal, nos afecta a ti, a mí y a Syb. Para el resto de nuestra larguísima vida, ¿recuerdas? Hicimos un pacto de sangre.

Dioses míos, adoro a este chico. Le paso el brazo por la cintura y le

doy un apretón.

—Mi *nonna* estaba equivocada —le digo cuando conseguimos salir de la muchedumbre.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de que cruzar el estrecho cambiaría a Dante. No lo ha convertido en un fanfarrón. En todo caso, parecía arrepentido, y eso reafirma mi posición: no todos los hombres cambian al ganar poder.

Capítulo 5

El día transcurre sin más serpientes asesinadas. Tampoco vuelvo a ver a Dante. Espero que lo que mantiene a mi príncipe alejado de mí sea el inminente compromiso de Marco o algún otro asunto real y no un encuentro romántico.

Mi mente reproduce el recuerdo de Catriona recorriendo la piel oscura de Dante con los dedos en un deprimente bucle cada vez que me quedo sin algo que hacer, así que me aseguro de mantenerme ocupada todo el tiempo. Cuando no estoy trabajando o ayudando a mi *nonna* con las tareas de casa, me sumerjo en un libro.

La lectura siempre fue uno de los pasatiempos favoritos de mi madre y puede que por eso también sea uno de mis predilectos. Sin embargo, en vez de leer para mí misma, leo en voz alta para mi madre.

—Y vivieron felices, libres como el viento.

Cierro la novela encuadernada en cuero que narra la historia de dos fae de reinos enfrentados que superaron sus diferencias y las dejaron a un lado para estar juntos.

Las hojas están desgastadas de haberlas pasado una infinidad de veces y el hilo de seda que las mantiene unidas a la cubierta ha comenzado a deshilacharse por la parte de abajo. Mi *nonna* dice que *Historia de dos reinos* era uno de los libros más queridos de *mamma.* No sabría decir si es verdad, porque mi madre nunca muestra emoción alguna, pero, sin duda, se ha convertido en mi favorito.

—¿Otra vez estás leyendo ese? —resopla mi *nonna* siempre que entra al dormitorio durante nuestro rato de lectura—. ¿Por qué no me sorprende que sea también tu preferido?

Ella dice que tengo la cabeza en las nubes, pero, sin sueños, ¿qué me queda? Una madre que le entregó su cuerpo a un hombre que no se lo merecía y una abuela que le dio su corazón a otro con una afición por los castigos. La realidad es demasiado descorazonadora. Al menos tengo a los padres de Syb. Su amor es una auténtica belleza.

Syb siempre critica mi obsesión por el amor romántico y asegura que tengo unas expectativas inalcanzables. Resulta irónico viniendo de

una chica que disfruta de una idílica vida familiar, pero quienes lo tienen todo no suelen ser conscientes de su suerte.

—Bronwen nos vigila —susurra *mamma* justo cuando dejo el libro en su modesta estantería, al lado de un guijarro en cuya superficie hay grabada una uve.

—¿Quién es Bronwen?

Paso el pulgar por las marcas de la piedra, me acerco a la ventana y contemplo el canal de aguas marrones que brilla con tonos dorados bajo el sol poniente. Dejo de mover el dedo de golpe cuando veo que hay alguien en nuestro campo visual: bajo las ramas caídas de un ciprés hay una mujer con un turbante y un vestido tan negro como las sombras que la envuelven.

¿Será la misma mujer que vi desde el muelle hace un par de noches?

Tiene la misma constitución y viste las mismas ropas. Entrecierro los ojos para tratar de distinguir sus facciones en la oscuridad, pero me distraigo con una góndola que pasa bajo la ventana. Noto la mirada de los hombres de la barca clavada en mí y oigo que uno me pregunta si estaré hoy en Lecho de Paja porque, por lo que parece, él sí que se pasará por allí.

Quiero hundirlos en el canal.

Para cuando desaparecen de mi vista, la mujer ya no está.

Aprieto el puño alrededor del guijarro que todavía sostengo.

—¿Era Bronwen la mujer que estaba en la costa, *mamma?*

Silencio.

—*¿Mamma?* —Agito la mano ante su rostro, pero ella ha vuelto a sumirse en su maltrecha mente.

Con un suspiro, vuelvo a acercarme a la estantería y dejo la piedra junto al libro. Durante unos minutos, contemplo el grabado y me pregunto qué significará esa uve o, mejor dicho, a quién hará referencia. La encontré en el bolsillo de uno de sus vestidos cuando mi cuerpo por fin se desarrolló y heredé su fondo de armario. Le dije a la *nonna* que era mía para que no se deshiciese de ella.

No es que mi abuela carezca de empatía, porque no es así. Simplemente cree que el pasado hará más mal que bien a *mamma,* así que se empeña en ocultárselo.

El guijarro se desdibuja mientras pienso en la mujer del turbante en la Rax. ¿Debería ir a hablar con ella? La idea de viajar al territorio de los mortales me resulta tan aterradora como tentadora. Mi *nonna* nunca me dejaría ir, pero tengo veintidós años. No necesito su permiso. Lo único que me hace falta es dinero y un billete para el ferri que viaja entre el muelle y los pantanos.

El dinero lo tengo, pero no va a ser fácil conseguir un pasaje para el ferri. Al fin y al cabo, necesitaría contar con una razón de peso para ir a Racocci, y explicarles a los guardias que estén a cargo de revisar los billetes que estoy buscando a una desconocida llamada Bronwen no es una opción.

Se lo contarían todo a mi abuelo y él no solo se opondría, sino que hablaría con la *nonna* para que me atase en corto.

Atisbo la cola de una serpiente amarilla y mis pulsaciones suben como la espuma del agua que ha agitado.

Podría llamar a Minimus y agarrarme a su cuerpo para que me ayudase a llegar hasta la zona pantanosa. Pero ¿y si me arrastra a su guarida? Supongo que podría nadar a su lado. Estoy segura de que se quedaría conmigo. Aunque ¿y si no es así? ¿Y si me deja abandonada a medio camino? ¿Me atacaría una de sus congéneres?

Se me ocurre una idea mejor. Una que calma mis latidos. Escribiré una carta y le pediré a Flora que se la entregue a Bronwen.

Después de redactar una pequeña nota para preguntarle de qué conoce a mi madre y qué quiere de mí, deposito un beso en la mejilla helada de *mamma,* le cubro los pecosos hombros con una manta de lana y la dejo disfrutando de la puesta de sol.

***

Entro antes a trabajar y me ofrezco a ayudar a Flora a limpiar las habitaciones del piso de arriba. Con ello me gano un ceño fruncido, pero la que es madre de doce hijos no rechaza la oferta. Al fin y al cabo, así podrá regresar antes a casa. Aunque la he oído comentar con los padres de Sybille que se alegra de poder descansar un poco de su prole, no creo que prefiera trabajar a encargarse de su familia.

Espero hasta que hemos acabado con la tercera habitación antes de preguntar:

—¿Tú conoces a una mujer llamada Bronwen, Flora?

Ella sisea como si la hubiese salpicado con aceite caliente.

—Sí que la conoces.

Sus ojos marrones vuelan hasta la puerta abierta.

—Qué va.

—¿Entonces por qué has hecho ese ruido?

Flora centra toda su atención en ahuecar las almohadas de plumas.

Meto la mano en el bolsillo en busca de la nota, pero saco una moneda de cobre.

—Solo quiero saber quién es, nada más.

Flora estudia mi ofrenda por un breve instante y aparta la mirada mientras recoge las sábanas sucias con dedos cansados.

—Nada de lo que me cuentes saldrá de aquí. Te lo juro por mi vida mortal.

Vuelve a contemplar la moneda y yo saco otra pieza de cobre. Sus ojos tienen un brillo hambriento cuando se señala la falda con la cabeza y deposito las dos monedas en su bolsillo con el corazón desbocado.

—Me llevaré esta conversación a la tumba, ¿me oyes, mestiza?

—Alto y claro.

Lanza una mirada a la puerta abierta de la habitación antes de posarla de nuevo en mí.

—Como te decía, yo no la conozco en persona. —Entre lo bajo que habla y el marcado acento racoccino que tiene, tengo que concentrarme por completo en seguir el movimiento de sus labios—. Pero he oído hablar de ella. Se dice que es adivina.

—¿Una adivina? ¿Puede predecir el futuro?

—¡Shh!

Flora, que por lo general suele tener la tez rubicunda, está tan blanca como las sábanas que sostiene contra su generoso pecho.

—Lo siento —musito.

—Su ceguera le da el don de la vista.

Resulta que el extraño brillo que veía en sus ojos no eran imaginaciones mías…

—¿Alguna vez ha acertado con sus predicciones?

El poco color que quedaba en las mejillas de Flora desaparece.

—Dijo que el chavalín de mi prima se ahogaría durante las fiestas de invierno. Nos turnamos para vigilarlo, porque nos daba miedo que se cayese al canal helado. Cuando quedaban dos minutos para la medianoche, mientras celebrábamos que la adivina se había equivocado, lo encontramos flotando boca abajo en la bañera que sus hermanos habían olvidado vaciar.

—Por todos los Dioses, lo siento muchísimo Flora.

—Yo creo que esa mujer es malvada. —Tuerce el gesto con amargura—. Por eso mi consejo es que guardes las distancias, Fallon.

Flora sale atropelladamente de la habitación antes de que pueda darle la nota. Regreso al comedor sin dejar de pensar en todo lo que me ha dicho.

Me tropiezo justo al mismo tiempo que mis pensamientos se topan con una idea. Me agarro al pasamanos con fuerza, con el corazón desbocado. ¿Cómo puede Bronwen vigilarnos si es ciega?

¿Es mi futuro lo que está controlando? ¿Es eso a lo que se refiere *mamma?* De ser así, la mujer que me trajo al mundo estaría al tanto de la clarividencia de Bronwen. ¿Cómo lo sabe?

Haberme quedado con más preguntas que respuestas tras la conversación me amarga la noche.

Capítulo 6

Lanzo otro furtivo vistazo más al pantanoso territorio de los humanos por el ventanuco de la taberna. Aunque a los cristales no les vendría mal un repaso y la luna está oculta tras las nubes, alcanzo a distinguir la costa de Racocci.

La costa desierta de Racocci.

Las patas de una silla arañan el suelo de madera y un siseo escapa de los labios del fae al que le estoy sirviendo el vino… o, mejor dicho, al que estoy bañando en vino.

—Ay, Dioses. Lo siento muchísimo, *signore* Romano.

El anciano es lo suficientemente comprensivo como para no gritarme o exigirme que le traiga una jarra de vino gratis para compensarlo por mi incompetencia. No es de extrañar, porque lleva viniendo a la taberna sin faltar ni un solo día desde que abrió hace doscientos años y sabe que no siempre soy tan patosa.

—No te preocupes, Fallon. No ha sido nada. —Me sonríe mientras limpio el desastre—. De estar en tu lugar, yo también tendría la cabeza en otra parte.

Me tenso hasta quedar tan rígida como los desgastados tablones de madera del suelo que piso.

—Ah…, ¿sí?

¿Acaso me ha oído hablar con Flora? Al fin y al cabo, es un fae y ya estaba aquí sentado cuando bajé.

La sonrisa alcanza sus cálidos ojos ambarinos.

—Estoy seguro de que habrás recibido una cinta.

Lo miro extrañada.

—¿Una… cinta?

Su arrugado ceño se ondula como el agua tras el paso de una embarcación, así que me doy una palmada en la frente para fingir que acabo de caer en la cuenta de aquello a lo que se refiere, pese a que no tengo ni la menor idea del motivo por el que debería preocuparme por una tira de seda.

—Ay. Claro. Las cintas.

He debido de resultar convincente, porque el anciano me guiña un

ojo en gesto de complicidad.

Me escabullo detrás de la barra y me pego a Sybille mientras aclaro el trapo empapado de vino.

—Oye, Syb, ¿tú sabes algo acerca de unas cintas?

Deja la hilera de jarras altas que está llenando con agua para mirarme con una ceja tan enarcada que casi le toca el nacimiento del pelo.

—¿Cómo es que no te has enterado?

—Um… —Me encojo de hombros—. He estado con la cabeza en otras cosas.

—No me digas.

Esboza una sonrisita traviesa porque asume que solo he estado pensando en Dante, en Dante y en más Dante.

Apoya la cadera contra la encimera de madera que se asegura de mantener siempre impoluta, pese a no estar a la vista de los clientes. Al igual que su padre, Sybille es una loca de la limpieza. Phoebus suele bromear con lo molesto que es, pero creo que en el fondo le da envidia, porque él es un auténtico desastre. Nunca recoge nada. La casa en el que vive, en la isla más cercana, es una verdadera leonera.

—La familia real está enviando cintas doradas a modo de invitación para la fiesta de compromiso del rey. Por lo que parece, fue idea de Dante. Todo Luce espera en vilo recibir una, pero son muy exclusivas.

¿Habrá una para mí? La idea de acudir a un baile real hace que mi mal humor, que se había adherido a mí como una telaraña, se esfume.

—También he oído que los guardias van a entregarlas casa por casa esta noche.

Caigo en la cuenta de que lo más seguro sea que mi *nonna* no me deje ir a una fiesta en Isolacuori, así que vuelvo a hundirme en la miseria.

—Alegra esa cara, mujer. Pensaba que te emocionaría acudir a un baile con tu príncipe favorito.

—¿De verdad crees que mi *nonna* me va a dejar ir?

—Adoro a tu abuela, Fallon, pero ya eres mayorcita. No debería decidir por ti lo que haces o dejas de hacer.

Sybille tiene razón, pero, en el fondo, sé que nunca le llevaría la contraria a mi abuela, porque esa mujer lo ha dado todo por mí. Lo justo es que yo haga ciertas concesiones por ella.

Catriona irrumpe en la taberna con un susurro de sedas de color topacio y se sienta en uno de los taburetes altos que hay bajo la barra. Tiene las mejillas cubiertas por una capa de polvos resplandecientes y los ojos delineados con kohl.

—Buenas noches, chicas. —Juguetea con su gargantilla dorada.

Los enormes ojos grises de Sybille resplandecen como dos monedas de plata.

—¿Eso es lo que creo que es?

Catriona esboza una sonrisa presumida.

—El príncipe me la dio anoche.

Siento un nudo en el pecho. ¿Se ha visto con Dante? El príncipe no estuvo ayer en la taberna y eso me hace preguntarme dónde se encontrarían. ¿Lo visitó en palacio? A veces invitan a las cortesanas a las fiestas privadas de los altos mandos de Luce.

Catriona le da un toquecito a uno de los extremos del lazo.

—¿Vosotras tenéis uno?

—De ser así, lo llevaríamos puesto —suspira Sybille.

Me aparto del camino de Giana cuando sale de espaldas de la cocina con una bandeja de queso.

—¿Vino Dante a la taberna ayer? —pregunto con fingida ignorancia.

—No. Nuestros caminos se cruzaron ante la casa del *signore* Lavano, que me había contratado para entretenerlo.

—Eh, vosotras tres. Cuando acabéis de cotillear, madre necesita que la ayudemos a quitarle las espinas al pescado, así que me vendría bien una mano en el comedor.

Los apretados rizos marrones de Giana crean un halo alrededor de su oscura tez. A diferencia de Syb, que lleva alisándose el pelo desde que aprendió a hacerlo, Gia lleva sus marcados bucles al natural.

—Ya voy yo —dice Sybille, que abre la puerta de la cocina de un empujón y libera una ráfaga de vapor con olor a hierbas aromáticas y mantequilla caliente.

Giana señala la escalera con la cabeza.

—El comandante te está esperando en la habitación granate, Catriona.

—Ah, Silvius. —La chica hace un gesto hacia el ánfora llena del líquido dorado que Marcello prepara a base de miel fermentada y trébol—. Sé buena y sírveme un trago, *micara*. Voy a necesitarlo para estar con ese hombre.

Como yo soy la única a la que Catriona llama «cariño», sé que me está hablando a mí y no a Giana.

Quito el tapón de corcho que sella el recipiente de cristal y vierto el líquido espeso en un vaso del tamaño de un dedal.

La cortesana se lo bebe tan pronto como se lo sirvo y le da un golpecito al borde del vaso vacío para que se lo rellene.

—¿No te apetece subir conmigo? Silvius habla de ti sin parar.

Giana se estremece como si Catriona la hubiese invitado a ella y no

a mí.

—Preferiría cruzar el estrecho a nado que acostarme con ese tipejo. —Vuelvo a colocar el tapón con un satisfactorio golpe seco.

—Ese «tipejo» es de lo más generoso. Estoy segura de que podría convencerlo de que te ofreciese una moneda de oro teniendo en cuenta que eres…

—No necesito su dinero.

—¿Estás segura, *micara?* —Su mirada viaja hasta los remiendos de mi vestido y me hace sentir incómoda.

A ti no te preocupan esas cosas, Fallon. Igual que no necesitas joyas o halagos.

—Fallon es demasiado inocente para meterse en tu profesión —dice Gina, que apila unas tazas de cobre sobre una bandeja y extiende una mano para que le alcance una jarra de agua.

—Hubo un tiempo en que yo también era inocente. —Catriona se lleva el hidromiel a los labios y se lo bebe de un trago—. En cuanto te desnudas ante uno o varios hombres, se te pasa.

—Ya vale, Catriona. —Giana fulmina a la cortesana con la mirada antes de alejarse con su bandeja.

—He visto cómo miras al príncipe.

La taza de cobre que estoy lavando se me cae al fregadero con un tintineo y desaparece bajo la espuma.

—He visto cómo él te mira a ti. —Miro a Catriona sin levantar la cabeza y añade—: Podría ayudarte a conquistarlo y no solo para una noche.

El corazón me late tan rápido que lo siento vibrar en la lengua.

—Soy una mestiza.

Arruga las cejas, que son mucho más oscuras que los rizos dorados que le caen alrededor del cuello.

—Y yo.

El calor me tiñe las mejillas cuando me doy cuenta de que no estaba hablando del matrimonio.

—Puede que Luce no nos permita tener grandes aspiraciones por la curvatura de nuestras orejas, pero el matrimonio no lo es todo, Fallon.

—¿Me vas a dar lecciones dedicándote a lo que te dedicas? —pregunto con aspereza.

Catriona, que está acostumbrada a ese tipo de opiniones, no se inmuta, pero su rostro se endurece.

—He visto muchas cosas a lo largo de mis cien años de vida, pero nunca me he topado con una pareja de nobles casados por amor. Si lo que quieres es lealtad y cariño, te recomiendo que evites a los fae de sangre pura.

No soy tan ilusa como para creer que ganarme el corazón de Dante será un camino de rosas, pero ¿qué posibilidades tengo de ganar la batalla si la doy por perdida desde el principio?

Capítulo 7

Las estrellas ya han comenzado a desdibujarse cuando regreso a casa, donde reina un silencio tan absoluto que oigo a la familia de pescaderos que vive en el edificio de al lado hirviendo té y preparándose para surcar el mar en calma antes de que se levante el viento.

Tras buscar una cinta dorada o una carta con el sello real por toda la cocina sin éxito, subo de puntillas por la escalera de caracol, encogiéndome cada vez que la madera cruje. La diminuta chispa de esperanza que me quedaba de encontrar una invitación se esfuma cuando llego a mi habitación y encuentro la cama y el escritorio vacíos.

Tanto Sybille como Giana recibieron una cinta hoy, al igual que sus padres y, por supuesto, Phoebus. Aunque él resida en Tarelexo y se corte los cabellos dorados en muestra de solidaridad, mientras su familia no lo desherede, seguirá siendo un tarecuorino y, por lo que he oído, todos los tarecuorinos están invitados al baile.

Me dejo caer en la cama todavía vestida y me hago un ovillo. Pese a que me niego a llorar, las lágrimas me inundan los ojos y caen sobre la funda de mi almohada. Estoy enfadada con mi madre. Todo esto es culpa suya.

Si tengo una reputación catastrófica en vez de un futuro, es por su culpa.

Me sorprende que todavía no nos hayan desterrado a la Rax a vivir con los bárbaros.

—Llegas tarde. —Mi *nonna* está ante la puerta, vestida con un camisón negro y un chal—. O tal vez debería decir pronto.

—Ha sido una noche intensa. Todo el mundo estaba emocionado con lo de las cintas. —No me giro para mirarla y mantengo la vista clavada en la ventana y en el cielo nacarado—. ¿Hemos recibido alguna?

Se hace un silencio tan sepulcral que llego a pensar que se ha ido a la cama, pero su olor a limón y glicina vuela hasta mí y se enrosca en torno a mi pecho como una enredadera.

—No.

—Qué sorpresa.

Si existe una lista negra de mestizos en Isolacuori, seguro que las mujeres de la familia Rossi estamos apuntadas en ella.

—Los bailes reales están sobrevalorados, Goccolina.

Un afilado dardo de tristeza se me clava en la garganta.

—Supongo que nunca podré comprobarlo por mí misma.

—*Mi cuori*…

No me apetece ser «su corazón» esta noche; tampoco su «gotita». Ni siquiera me apetece ser Fallon Rossi.

—Buenas noches, *nonna.*

Ella camina hasta mi cama, se sienta y me acaricia el pelo para apartármelo de la humedad que surca mis mejillas.

—He dicho que buenas noches.

Me muevo para apartar sus manos de mí.

—Te quiero —susurra tras un instante.

Espera a que yo también le diga que la quiero. Noto como su delgada figura hunde el colchón y su aroma floral embota mis sentidos. Al darse cuenta de que no obtendrá ninguna muestra de cariño por mi parte, se levanta y se va.

Los goznes oxidados chirrían cuando cierra la puerta de mi modesto dormitorio tras de sí. No es hasta que oigo el chasquido de la madera al encajar en el marco cuando entierro la cara en la almohada y dejo escapar un sollozo desgarrador.

***

La taberna, como casi todas las tiendas y negocios del reino, permanece cerrada el día del baile.

Góndola tras góndola, decoradas con flores blancas y envueltas en metros de brillante organza, atraviesan los canales y llevan a los invitados a Isolacuori. Cada vez que una pasa bajo la ventana del dormitorio de *mamma,* siento una punzada en el corazón.

Sigo con la mirada el camino que los elegidos trazan por el canal, engalanados con lujosas sedas y resplandecientes joyas. Todos charlan emocionados y aquellos que ya han comenzado la fiesta en su embarcación incluso cantan cancioncillas subidas de tono.

Como si las lagartijas que corretean por las enredaderas de glicina de nuestra casa hubiesen sentido mi tristeza, cuatro de ellas pasan corriendo por el alféizar de la ventana y escalan las paredes, de manera que sus escamas doradas refractan los rayos del sol y nos ofrecen un espectáculo a *mamma* y a mí. Una de ellas hasta se lanza al regazo de *mamma* y sube por sus manos entrelazadas hasta que

encuentra el recoveco perfecto para su diminuto cuerpecito. Las comisuras de los labios de mi madre tiemblan y eso hace que parte de mi tristeza se disipe.

El reptil cierra los ojos mientras leo palabras que rebotan sobre la superficie de mi mente como una piedra lanzada al agua. Espero que la narración esté calando más en mi madre. Cuando se queda dormida, devuelvo a su nuevo amiguito al alféizar y cierro la ventana antes de salir a dar un paseo. Es una idea pésima porque las calles están vacías y en silencio.

Sybille y Phoebus no saben que a mí no me han invitado y yo no me he atrevido a confesárselo por miedo a que modificasen sus planes o, lo que sería aún peor, a que no los cambiasen. Cuando el sol baña el cielo en tonos naranjas y rosados, llego al muelle, donde encuentro a Giana cerrando la puerta de la taberna. Intento meterme por un callejón antes de que me vea, pero no soy lo suficientemente rápida.

—Syb ya se ha marchado con mis padres hace más de una hora. —Estudia mi atuendo—. ¿Por qué no estás preparada todavía?

Bajo la vista y aliso mi modesto vestido. En vez de regodearme más en la autocompasión, abro los ojos de par en par en un fingido gesto horrorizado y susurro:

—¿Me he vuelto a poner el vestido invisible?

Giana tiene la decencia de dejar escapar una risita ante mi chiste tonto.

Señalo su vestido sencillo con la barbilla.

—¿Y tú qué?

—Dioses míos, ¿de verdad me creías capaz de ir a un baile isolacuorino? Ni en un millón de años.

Dado que ni siquiera los fae de sangre pura viven tantos años, entiendo que se niega en redondo a acudir a una de estas fiestas.

—¿A dónde vas entonces?

—A la Rax. Los humanos están celebrando su propia fiesta dado que las cintas ni siquiera llegaron a su lado del canal.

No me sorprende.

Los humanos ni siquiera tienen permitido navegar por las aguas que rodean la isla real.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí?

Aprieta los labios. Una vez. Dos. Por fin, suspira.

—En el barco de Antoni. Él y sus amigos no estaban invitados al baile.

—Yo tampoco.

Giana arquea una ceja.

—Resulta difícil de creer.

—Pues créetelo. —Me humedezco los labios—. ¿Puedo ir con vosotros?

El sol poniente delinea la silueta de Giana en oro y ensombrece su piel oscura hasta que parece negra como la tinta.

—Tu abuela…

—No tiene por qué enterarse.

—Fallon…

—Por favor, Gia. Te lo suplico. —Me acerco a ella y junto las manos como en una plegaria—. Haré lo que me pidas. Lo que sea.

La fae deja escapar un profundo suspiro.

—Me conformo con que me salves de convertirme en la cena de alguna serpiente cuando tu abuela me tire al canal.

—¡Por supuesto! —digo prácticamente en un grito, así que bajo la voz antes de añadir—: Pero ella no te haría algo así. Te lo juro por todos los Dioses feéricos.

Giana sonríe y sacude la cabeza, pero señala al muelle donde Antoni espera con la mirada clavada en nosotras.

La emoción por viajar hasta la Rax embarga cada centímetro de mi pecho. No solo me muero de ganas por soltarme el pelo y dejar atrás la melancolía, sino también por conocer a Bronwen.

Antoni me observa con el ceño fruncido.

—¿Por qué no estás en el baile, Fallon?

—Soy una Rossi, ¿recuerdas? —Me muerdo el interior de la mejilla, lo justo como para que el dolor me distraiga de las punzadas que vuelvo a sentir en el pecho, pero sin llegar a hacerme sangre—. Nuestra posición social está muy deteriorada hoy en día.

Aun así, no se hace a un lado para dejarme montar en su barca.

—Te pagaré el viaje.

Meto la mano en el bolsillo de mi falda.

—Fallon, por favor. —Me agarra del antebrazo—. Tu dinero no vale nada en mi barco.

Tomo aire y doy un paso atrás.

—Entiendo…

—Lo que sea que entiendas no es lo que yo trataba de decir.

Me ofrece una mano y yo la miro, confusa, antes de levantar la vista hasta su rostro.

—Nunca podría aceptar tu dinero, Fallon. —Lo dice con tanta delicadeza que su voz tranquiliza mis entrecortados latidos—. Las Rossi siempre serán bienvenidas en mi navío.

Trago saliva y acepto su mano para que me ayude a subir. Cuando me acomodo en la proa, Antoni suelta los cabos y alcanzo a ver como sus bíceps se flexionan bajo la holgada camisa de color azul marino

recién descolgada del tendedero.

Aunque no creo que le moleste que lo mire, desvío la vista hacia los barracones de los soldados, que esta noche permanecen tranquilos, puesto que la mayor parte de los miembros del ejército han tenido que acudir a palacio para ayudar a la guardia real. Pese a todo, unos cuantos hombres uniformados vigilan la estrecha isla que separa la Rax de Tarelexo.

Me alegro de que la oscuridad nos envuelva, pero me pregunto cómo vamos a pasar por el puesto de control.

—Yo no tengo un pase.

Antoni se coloca de un salto junto a mí y deja que sus amigos remen por él.

—No necesitarás uno en mi barco.

—¿Y eso?

—No solo me dedico a vender pescado.

No estoy segura de saber a qué se refiere y se me debe de notar en la cara, porque añade:

—Vendo secretos, Fallon. —Me guiña el ojo y yo me pregunto con qué tipo de secretos comerciará—. Son una magnífica moneda de cambio.

—¿Entonces ni siquiera nos van a parar?

—No.

La suave brisa salada juguetea con sus cabellos. Se aparta un par de mechones de la cara mientras una sonrisa se extiende por sus cinceladas facciones y le marca el hoyuelo que le divide el cuadrado mentón.

—No me puedo creer que Fallon Rossi esté viajando en mi barco en dirección a los pantanos. —Le devuelvo la sonrisa y yo también me aparto el pelo de la cara—. Y además pareces emocionada. ¿Se te ha meado un duende en el café del desayuno o algo?

—Puaj. ¿A qué ha venido eso? —pregunto arrugando la nariz.

—La orina de duende es famosa por hacer que los fae… se desaten.

—Punto número uno: eso es una asquerosidad. —Aunque está bien saberlo. ¿Cómo es que Phoebus, que ha vivido rodeado de duendes al servicio de su familia toda la vida, no me ha informado de ello?—. Y punto número dos: me preparo el café yo misma y no tengo ningún duende en casa.

Una serpiente azul emerge de debajo del barco, con el cuerno de marfil empapado de luz de luna. Se aleja nadando sin prestarnos la más mínima atención, pero Giana profiere un gritito ahogado y las olas que crea a su paso sacuden el navío. Pierdo el equilibrio.

Antoni pasa un brazo por mi cintura apresuradamente y choco con

su costado.

—Ya nos daremos un bañito cuando acabe la fiesta.

—¿Un bañito? ¿Sabes nadar? —Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos.

—El agua es mi elemento.

—Sí, pero a las *mareserpens* no las controla nadie.

Su mirada es tan intensa que me arden las mejillas.

—Salvo tú.

—Eso solo me ha pasado una vez. —Bajo la vista al canal y me pregunto si Minimus estará en algún lugar bajo las aguas iluminadas por la luna—. A lo mejor el resto me odian.

—No creo que haya una sola criatura en el mundo capaz de odiarte, Fallon.

Inspiro hondo y me lleno los pulmones de sal, viento y luz de las estrellas.

—Pues mi abuelo me odia.

—Él es un idiota.

Me quedo sin aliento, porque estamos a un barco de distancia del puesto de control y hay dos soldados feéricos junto a la compuerta.

—No digas esas cosas. —Antoni frunce el ceño y caigo en la cuenta de que debe de creer que lo estoy defendiendo—. Es un hombre muy influyente y tiene oídos por todas partes. Además, por muy bien que nades, no quiero que acabes en el estrecho.

Poco a poco, se le suaviza el gesto y su sonrisa desenfadada regresa.

Esperaba que los guardias nos obligasen a parar, pero Antoni inclina la cabeza y nos abren la compuerta. Noto que uno de ellos me observa con atención, así que entierro la cara en el cuello de Antoni para protegerme de su mirada.

—¿Crees que le contarán a alguien que me han visto en tu barco?

Antoni me agarra la cintura con más fuerza.

—No si quieren evitar que sus secretos salgan a la luz.

Cuando se oye un crujido de madera y metal a medida que la compuerta se cierra a nuestra espalda, dejo escapar todo el aire que estaba conteniendo.

—Suena a que esos secretos con los que comercias son terribles.

—Bastante.

Aunque creo que debería poner algo de espacio entre nosotros, me siento en deuda con Antoni y mentiría si dijese que me incomoda notar la firmeza con la que me sujeta la cintura. El único que me ha tocado aparte de él ha sido Dante y eso fue hace tantos años que ni siquiera recuerdo la sensación.

La proa del barco se abre camino a través de los desperdicios —

tablones rotos, botellas que flotan en la superficie, peces hinchados y excrementos— y hace que del agua mane un hedor que me obliga a respirar por la boca. No me sorprende que este tramo del canal sea tan turbio.

—¿Por qué no limpian el agua aquí los elementales de fuego? —Mi voz suena ligeramente nasal por lo mucho que me estoy esforzando en no tomar aire por la nariz.

—Porque el rey cree que los humanos deben vivir entre su propia basura y ha decretado que mejorar las condiciones de vida en la Rax con magia sea ilegal.

Aprieto los puños por la conmoción y la rabia.

—Eso es… es… una crueldad. Si Dante fuese rey…

—No retiraría la prohibición.

—Mentira.

Antoni se pone rígido y retira las manos de mi cintura al tiempo que esboza una sonrisa.

—Se me olvidaba que sois amigos.

—Él se preocupa por su pueblo sin hacer distinciones entre fae de sangre pura, mestizos y humanos.

—Pero ahora estás aquí conmigo en vez de con él en palacio, así que no debe de preocuparse lo suficiente.

Siento una punzada en el pecho.

—Es el baile del rey, no del príncipe.

Antoni actúa con sensatez y decide no insistir, pero, a medida que nos acercamos a las retorcidas raíces de la hilera de cipreses que hay en la costa, nuestra confrontación nos envenena como la basura que flota en el agua.

Capítulo 8

—Toma. —Giana me ofrece una tosca jarra de arcilla y se sienta sobre un barril oxidado que han aplanado hasta hacerlo parecer un banco—. Tienes pinta de necesitar un trago.

Olfateo el burbujeante líquido y eso basta para que me lloren los ojos.

—¿Qué lleva?

—Alcohol.

—Eso ya lo suponía. Pregunto que qué es.

—Cerveza casera. Tiene buen sabor pese a lo mal que huele.

Doy un sorbito para probarla, pero su amargura me provoca un ataque de tos con el que casi echo un pulmón.

Los amplios labios de Giana dibujan una sonrisa.

—Le acabarás cogiendo el gusto.

—¿Cuánto tardaste tú en cogérselo?

—Un poco —ríe.

Así que esta no es la primera vez que viene a la Rax…

—Antoni está de un humor de perros. Por todos los malditos canales de Luce, ¿qué ha pasado en el barco?

Lanzo una mirada a Antoni, que está sentado sobre un tronco caído junto a uno de sus amigos, al otro lado de la crepitante hoguera.

—Hablamos de política.

—¿Y no tenéis las mismas ideas? —Se lleva su jarra a los labios y da un trago.

Yo intento hacer lo mismo. Esta vez, consigo beber sin destrozarme los pulmones, pero la cerveza sigue teniendo un sabor asqueroso.

—No cree que Dante fuera a ser un mejor monarca que Marco.

—Ah. —Esa simple interjección está cargada de un complejo significado.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

Baja la jarra y la rodea con ambas manos.

—Que tal vez cambies de opinión cuando hayas vivido tanto tiempo como Antoni y yo.

—Pero yo conozco a Dante, Gia.

—Y yo conocía a Marco. Puede que no haya estudiado con él, pero solía venir mucho a la taberna. Decir que éramos amigos sería un poco exagerado, pero nos llevábamos muy bien.

Durante un buen rato, intento imaginar sin éxito a Marco sentado en una de las mesas de Lecho de Paja, pero entonces una idea suscita mi curiosidad.

—¿Él y tú…?

—Santo Caldero, no. Él nunca me atrajo, ni siquiera cuando todavía estaba tratando de averiguar si me gustaban más los hombres o las mujeres. Tenía un ego tan grande como Tarelexo. Tan grande como Tarecuori, si me apuras.

Las llamas de la hoguera bailan sobre el pálido color gris de sus ojos, el mismo tono que comparte con toda su familia de elementales de aire. Pese a que parece tener la misma edad que una humana que acaba de entrar en la treintena, Giana tiene casi un siglo. Ha sido testigo de muchas cosas.

—Además, después de la Primanivi, se volvió todavía más insoportable. Volvió de aquella batalla comportándose como si fuese un dios.

Contemplo los corrillos de humanos calvos y ataviados con turbantes que se ríen y bailan como si no tuviesen una sola preocupación en el mundo, como si los cinco medio fae que se han colado en su fiesta no tuviesen la misma sangre que el hombre que truncó su levantamiento hace dos décadas.

—¿Cómo es que los humanos no nos echan de aquí?

Giana observa los alrededores y encuentra un par de miradas cautelosas y otras tantas curiosas. Me embarga la misma sensación que experimenté cuando llegamos a la fiesta: que los demás lucinos marginados están más familiarizados con estos humanos de lo que me han hecho creer.

—Por nuestro dinero. —Se echa el rizado cabello hacia atrás y se toca la punta curvada de una de sus orejas con el índice—. Y por estas.

Suspiro.

Justo por culpa de *esas* estoy sentada aquí y no en una silla tapizada de Isolacuori. Me deshago de ese lúgubre pensamiento antes de que eche raíces y me arruine aún más la noche.

—¿Cuánto?

—¿Qué?

—Has dicho que los humanos reciben un dinero por nuestra parte. Entiendo que alguien ha pagado para que nos dejen estar aquí. ¿Quién ha sido y cuánto le debo?

—Fallon…

—Ya me conoces. No me gusta deberle nada a nadie.

—Antoni se ha encargado de ello. Nos ha invitado a todos, así que no tienes por qué sentirte en deuda con él. —Giana me toca la muñeca —. En cuanto a la discusión de antes… Sé que te preocupas por Dante y te juro que me encantaría pensar que, de encontrarse en una situación de poder, él cambiaría las cosas, pero he aprendido que los fae no luchan por nada salvo que obtengan algo a cambio.

—¡Pero es que para Dante sería muy provechoso!

Lanzo los brazos al aire y derramo parte de mi cerveza, así que consigo atraer las miradas de unos cuantos humanos. Me seco la muñeca con la falda y aprieto los labios, arrepentida por haber llamado la atención.

—Dime una sola recompensa que la familia real obtendría al ayudar a los fae de segunda y a los humanos.

—Nuestra lealtad.

—Ya son nuestros dueños. —Giana da un trago sin apartar la vista del rutilante fuego.

—Una cosa es adueñarse de algo y otra muy distinta recibirlo libremente.

—A mí no me tienes que convencer —dice habiendo clavado la mirada en mí.

—¿Seguro? Pareces resignada.

Sus ojos vuelan de nuevo al fuego y la plata se endurece como el metal frío.

—Estas muy equivocada, *dolcca*.

Giana no me llamaba «pastelito» desde que era pequeña e iba a la taberna a por los caramelos que nos compraba a Syb y a mí cada viernes. Recuerdo recorrer las mellas en los pétalos de azúcar con los deditos y preguntarme en voz alta por qué no eran tan bonitas como las del escaparate. Giana me explicó que las imperfecciones reducían el precio de las cosas.

El viernes siguiente, trajo una espiga de lavanda perfecta y otra imperfecta y me ofreció las dos. «Dime si el caramelo bonito sabe más dulce que el que está dañado, *dolcca.*»

Tenían el mismo sabor. Esa lección me afectó tanto y a un nivel tan fundamental, que pasé días sin pisar la taberna y, cuando por fin volví, con la excusa de que ya era demasiado mayor para comerlos, nunca más acepté sus caramelos.

Estudio las burbujas que flotan en la superficie de mi cerveza.

—Tú eres quien me enseñó que el valor de las cosas se mide por su apariencia. —Cuando una arruga en forma de uve aparece en su

frente, añado—: Fue el día en que me compraste la lavanda de caramelo.

Su ceño fruncido desaparece.

—Aquel día estaba furiosa —continúo—. No por ti, sino por lo injusto que era todo.

—Siempre me pregunté qué fue lo que te pasó…

—¿Sabes lo que hice? Arrastré a Dante hasta la tienda de caramelos y le obligué a comprar una flor perfecta y otra defectuosa. He de decir que la tendera se negó a venderle la que tenía taras al príncipe y se la regaló directamente. ¿Sabes lo que dijo Dante al final? Que no sabía qué diferencia había entre los dos caramelos, ni por su aspecto ni por su sabor. Ahí te demuestra el tipo de hombre que es, Gia: justo y con conciencia.

—Y lo admiro por ello, pero eso no le bastará para tumbar el sistema. No sin que opongan resistencia. Esa será una lucha que se cobrará la vida de quienes no sean conscientes de lo que se avecina. ¿Quién crees que morirá, Fallon? ¿De quién será la sangre que empapará las calles adoquinadas de nuestro reino? ¿De verdad crees que Dante mataría a su propio hermano por hacer lo correcto? ¿Por mejorar las cosas?

Aunque habla entre susurros, suena como si estuviese gritándome a mí en vez de al mundo. Me siento más pequeña que un duende y no mucho más mayor que el bebé que una humana sostiene atado con un pañuelo contra su pecho.

—Sé que me consideras una ingenua, pero…

—Lo tuyo es idealismo, no ingenuidad. Por todos los Dioses, Fallon, ojalá pudiese yo también seguir soñando despierta. —Me da un apretón en la muñeca, me suelta y se levanta—. Voy a servirme más cerveza y a disfrutar al máximo de la noche. —Echa a andar, pero se detiene y añade—: Y lo siento.

—¿Por qué?

—Por haberte causado semejante angustia a una edad tan temprana.

—Yo no cambiaría nada.

—Aun así, yo sí lo haría. —Giana esboza una sonrisa, pero es tan sutil que resulta casi imperceptible—. Ahora, ve a divertirte.

Deja volar la vista por la multitud. No creo que tuviese intención de señalar a Antoni, pero su mirada se posa sobre el mestizo cascarrabias, que contempla el fuego como si fuese el peor de todos los elementos.

Me muerdo el labio. Lo deslizo entre los dientes. Sigo enfadada por la mala imagen que tiene de Dante, pero entiendo que no lo conoce tan bien como yo. Me termino la cerveza, hasta la última y amarga

gota, y me pongo en pie.

Antoni me mira y, pese a que sus atenciones no hacen que se me desboque el pulso como me pasa con Dante, sí que consigue que note un calorcillo en el cuerpo.

Me acerco hasta donde ahora está sentado solo. Es evidente que Riccio y Mattia ya han encontrado compañía.

—¿Me puedo sentar?

Sus ojos azules arden bajo la luz del fuego, pero, por lo demás, parece tan frío que estoy segura de que me va a rechazar, sobre todo cuando baja la mirada hasta su jarra de cerveza. Sin embargo, me demuestra lo contrario asintiendo con la cabeza.

Me dejo caer junto a él y apoyo la jarra vacía junto a mi pie cubierto de barro.

—¿A ti también te costó cogerle el gusto al sabor?

Me mira con cara de profunda confusión.

Señalo con la barbilla su jarra, que es de metal en vez de arcilla.

—Siempre me ha gustado, pero soy fácil de conquistar.

Las palabras «a diferencia de ti» empapan el aire.

—Gia me ha dicho que has sido tú quien ha pagado para que pueda estar aquí.

—Ah, ¿sí?

—No te enfades con ella. —Apoyo una mano sobre su rodilla—. La he obligado a confesar.

—No sabía que tuvieses el poder de manipular a las personas. —Blande su voz como un arma y el filo separa mi mano de su pierna.

—Yo no tengo ningún poder, Antoni. —Entierro los dedos en los pliegues de mi vestido, asqueada por lo mezquino de su comentario—. Ni una gota. Ni siquiera tengo la poca magia de la que tú y los demás mestizos gozáis.

Debería haberme quedado en mi banco. Me dispongo a levantarme cuando unos dedos me rodean la mano. Antoni me clava su encallecido pulgar en la palma y me obliga a curvar los dedos sobre los suyos, pese a que no estoy segura de querer sostener su mano.

—¿Me perdonas? —La tirantez ha desaparecido de su voz.

—¿Por qué? ¿Por recordarme lo inútil que soy?

—Por comportarme como un hijo de duende. Además, no eres ninguna inútil.

Miro con disgusto el cenagoso barro que me mancha el bajo del vestido. Si tuviese poderes, podría darle vueltas a la ropa dentro del jabonoso barreño que usamos para hacer la colada. Pero, como no es así, tengo que frotar a mano cada prenda hasta que me arden las uñas.

—A lo mejor yo puedo ayudarte a encontrar la manera de

manipular el agua.

—Tengo veintidós años, Antoni. Si fuera capaz de hacerlo, mi poder debería haber despertado hace una década.

—Quizá alcances la madurez un poco más tarde que el resto.

—O, tal vez, nunca me desarrolle del todo.

Las yemas de sus dedos son ásperas, al igual que las mías, y, aunque a él no parezca importarle, a mí me da vergüenza. Intento apartar la mano, pero Antoni no me deja. Entonces empieza a recorrer con el pulgar la línea que, según Syb, marca cuánto viviré, aunque espero que sea pura superstición, porque se rompe casi al principio.

—Te has desarrollado como de verdad importa, Fallon.

Dejo escapar un resoplido de risa. No puedo evitarlo.

—Por no mencionar que has sobrevivido a un encontronazo con una *mareserpens*. Puede que no puedas manipular el agua, pero eres capaz de llegar al corazón de las criaturas que lo habitan, tanto serpientes como elementales de agua.

Sacudo la cabeza, pero sus palabras carcomen mi mal humor.

—Eres incansable.

—Por lo general, eso me lo suelen decir después de haber recorrido el cuerpo de una mujer con mis labios, pero eres la primera que me lo dice antes.

Lo fulmino con la mirada mientras el estómago me da vueltas por la cerveza, por el tacto de sus manos y por la imagen de sus labios contra mi piel. Tira de mi mano con suavidad, como si quisiera comprobar si voy a oponer resistencia. Cuando ve que no se lo impido, tira más fuerte y me sienta sobre su regazo.

—Sé que yo no visto un uniforme y que puedes aspirar a más que a un pescador, pero no me rechaces sin darme una oportunidad, Fallon Rossi.

Se lleva nuestros dedos entrelazados a los labios y me besa los nudillos antes de colocar mi mano en su nuca. En cuanto se asegura de que no me apartaré, me rodea la curva de la cintura, acentuada por mi corsé.

Los remordimientos, la gratitud y la cerveza forman un remolino en mi interior. Aunque no tengo intención de casarme con Antoni, llego a la conclusión de que no me importaría besarlo.

He debido de hablar en voz alta, porque se le tensa la mandíbula.

—Yo también quiero besarte, Fallon. En cuanto a lo del matrimonio…, puedes estar tranquila.

Recorro los montículos de sus vértebras con los dedos e inhalo el salado sabor de su piel tostada por el sol.

—Solo he besado a una persona en toda mi vida y tú habrás besado

a miles.

No sabría decir por qué le confieso ese detalle. Le echaría la culpa a la cerveza, pero lo más seguro es que sea cosa de una profunda inseguridad.

—Me da igual la experiencia que tengas. Y no te preocupes por las demás, ninguna me había hecho sentir como me siento contigo, Fallon.

—¿Inseguro?

—Loco de deseo —dice con voz ronca antes de posar su boca sobre la mía.

Puede que muchas otras hayan sido dueñas de esos labios, pero, esta noche, son solo míos.

El beso es lento y perezoso; no se parece en nada al apasionado beso que compartí con Dante. No siento ninguna prisa y no va acompañado ni de un torrente de lágrimas ni de un corazón roto. Ninguno de los dos nos vamos a ir a ningún lado. Aunque siento que no estoy haciendo lo correcto, imagino que estoy sentada sobre el regazo de Dante, besando los labios de Dante. Pienso que el duro miembro que se me clava en el muslo es el de Dante.

Separo los labios para que el beso sea más profundo. Antoni acepta la invitación con cuidado, como si temiese asustarme al ir más rápido. Puede que su técnica consista en ser cuidadoso. Trato de recordar lo que Syb me contó, pero pensar en que mi mejor amiga ha estado antes en esta posición hace que se me revuelva el estómago.

No pienses en Sybille.

O en Dante.

No pienses en nada. Punto.

Me obligo a concentrarme en sentir a Antoni, en lo suave que es su lengua en comparación con el resto de su cuerpo. Entierro los dedos en su pelo suelto y atraigo su rostro contra el mío hasta que consigo que el beso deje de ser tierno.

No quiero que me trate con dulzura. Quiero un beso de esos que dejan sin aliento. De esos que iluminan las nubes de tormenta y calientan las noches de invierno. Un beso de los que describen los libros de *mamma*.

Antoni se aparta y pronuncia mi nombre en un jadeo. Intento besarlo otra vez, pero él desliza sus labios lejos de los míos. Sigo notando su miembro contra el muslo, así que doy por hecho que todavía me desea, pese a que no quiera seguir besándome.

—Aquí alquilan habitaciones.

No estoy lista para dar el siguiente paso, pero se me viene la imagen de Catriona tocando a Dante a la mente. Y después la de Beryl.

Aunque el príncipe no sentó a ninguna de las dos sobre su regazo ni las siguió escaleras arriba, permitió que le tocaran los hombros y el cuello. ¿Estará dejando que otras lo acaricien esta noche? Muchas lo desean y, aunque pensaba que yo era su elegida, estoy sentada en la Rax, sentada en el regazo de otro hombre, así que no debe de desearme tanto como creía.

—Pero no tenemos por qué… No debería haber… —Antoni me aparta un mechón de la cara—. Me basta con besarte, Fallon.

Echo un vistazo a la taberna de madera, que tiene unas ventanas tan pequeñas que imagino que el interior permanece envuelto en sombras tanto de día como de noche, y luego valoro la miseria que nos rodea. No creo que cambien las sábanas muy a menudo. Quizá eso me convierta en una clasista, pero no quiero acostarme con un hombre en una cama sucia y barata.

Y mucho menos cuando va a ser mi primera vez.

—Aquí no.

Mi respuesta hace que deje las manos quietas y me doy cuenta de que esperaba que me negase en redondo a llevar nuestra aventura más lejos.

—Dame un segundo para ir a por los demás y…

Apoyo la yema de los dedos sobre sus labios enrojecidos. No estoy lista para volver a casa.

—Deja que se diviertan. La noche es joven, Antoni.

Sustituyo mis dedos por mi boca para demostrarle que sigo interesada y así evitar que nos saque de la Rax antes de que tenga oportunidad de encontrar a Bronwen.

Capítulo 9

Mientras beso a Antoni, me da vueltas la cabeza y noto la vejiga a punto de estallar. Lo segundo es cosa de la cerveza, pero ¿lo primero también? ¿Tendré la mente descontrolada por el calor que Antoni ha inyectado en mis venas?

Sea cual sea la razón, necesito ir al baño. Aparto los labios de los de él a regañadientes, con la respiración tan acelerada como cuando conocí a Minimus en el mercado del puerto.

—Dime que los humanos tienen cuarto de baño.

Le brillan tanto los ojos como los labios hinchados.

—Tienen agujeros excavados en el suelo rodeados por cubículos de madera —ofrece. Cuando arrugo la nariz, pregunta—: ¿No te aguantas?

Sacudo la cabeza para decirle que no y luego la vuelvo a sacudir cuando Antoni insiste en acompañarme hasta la letrina que hay detrás de la taberna. Hay ciertos lugares a los que una chica debe ir sola. Me sigue con la mirada mientras me encamino hacia la pequeña estructura de madera, que desprende un hedor mucho peor que el del canal de Racocci.

El impulso de cruzar las piernas y aguantarme hasta regresar a la parte más civilizada del reino es difícil de ignorar, pero la necesidad de aliviar el dolor que me atenaza el abdomen le gana la partida. Tiro de la desvencijada puerta de madera y me veo embestida por otra ráfaga de intensos vapores. Me sobreviene una arcada y me apresuro a pellizcarme la nariz antes de buscar un pestillo a tientas en la oscuridad, aunque sin éxito.

Sujeto la manilla de la puerta con una mano y me aparto la otra de la nariz para levantarme la falda y bajarme el calzón antes de agacharme sobre el barril conteniendo la respiración.

Si mi *nonna* me viese…

Ay, Dioses, ¡nonna!

Debe de estar muerta de preocupación. Espero que haya dado por sentado que he ido a la taberna. ¿Y si es así? Irá y la encontrará cerrada y se imaginará algo todavía peor…: que me he colado en

alguna góndola que se dirigiese hacia Isolacuori.

Rezo para que no se le ocurra salir a buscarme. Casi nunca suele dejar sola a *mamma* cuando cae la noche. Espero que hoy no sea diferente.

El dolor de vejiga se mitiga, pero sigue dándome vueltas la cabeza cuando salgo con torpeza del apestoso cubículo. Me apoyo contra uno de los muros de la taberna y cierro los ojos.

Sale un aroma a grasa caliente de la ventana abierta que hay junto a mi cabeza y, pese a que hace un momento tenía el estómago revuelto, ahora me ruge. Estoy a punto de regresar a la fiesta para preguntarle a Antoni si podemos comprar algo de comer, cuando una voz desconocida me llama por mi nombre, me hace parar en seco y me pone la carne de gallina.

Busco a la persona que ha hablado, pero la oscuridad de donde surge la voz es tan densa que apenas alcanzo a distinguir la hilera de cipreses que rodea la zona.

—¿Bronwen?

Las sombras se disipan.

—Sabes mi nombre.

—Mi madre dijo que me vigilabas —respondo, pese a que no era una pregunta—. Y entonces te vi…

—¿Te ha contado algo más?

—Nada. Apenas puede articular palabra, así que una frase con sentido es casi un milagro. —Escudriño la oscuridad en busca de la mujer, pero sigo sin verla—. ¿La conoces? ¿Y ella a ti?

—Eso no importa.

—A mí sí.

—No tenemos mucho tiempo, Fallon.

Se me ponen los pelos de punta una vez más, como si una nueva oleada me hubiese salpicado la piel.

Una ráfaga de viento peina las ramas que se alzan sobre nuestra cabeza y permite que la luz de luna se cuele entre el follaje. Alcanzo a distinguir los pliegues de un turbante, un parche de piel arrugada que recuerda a la cera derretida y unos ojos lechosos que brillan con un resplandor blanquecino.

Doy un paso atrás y siento que se me va a salir el corazón por la boca. Flora me advirtió de que Bronwen era ciega, pero se le olvidó mencionar que estaba desfigurada. ¿Qué le habrá ocurrido?

—Libera a los cinco cuervos de hierro y entonces serás reina.

Me quedo paralizada. ¿Que haga qué para qué? ¿Cuervos de hierro? ¿Reina? El semblante apático de Marco desfila ante mis ojos y hace que me recorra un escalofrío.

—El rey ya está prometido (y no conmigo, como es evidente), por no hablar de que yo no siento nada por ese hombre.

—Soy consciente de que el Regio al que amas es otro.

Esta vez, el miedo que me había puesto la carne de gallina se entierra bajo mi piel y me hiela la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo veo, niña.

Un escalofrío me recorre la espalda porque, si de verdad ve, no es con esos ojos maltrechos.

—¿Lo que quieres decir es que si encuentro cinco… estatuas, Dante se convertirá en rey y me escogerá como su reina?

—Lo que digo es que Luce pronto será tuyo, Fallon Báeinach.

—¿Bannock? —intento repetir la extraña palabra que le ha añadido a mi nombre—. ¿Por qué me has llamado así? ¿Qué significa?

Bronwen empieza a retroceder.

—Libera a los cuervos, Fallon.

—¿Que los libere? ¿Alguien tiene atrapadas a esas estatuas?

—Así es.

—¿Dónde?

—Están ocultas, repartidas por todo el reino.

Lanzo las manos al aire en gesto de frustración.

—Por el amor de los Dioses, entonces, ¿cómo se supone que voy a encontrarlas?

Bronwen se detiene.

—La primera te mostrará dónde encontrar las demás.

—Genial. ¿Y dónde está la primera? —La mujer permanece en silencio durante tanto tiempo que dejo escapar un resoplido por una de las comisuras de mi boca—. Por favor, sigue alimentando el suspense. Es divertidísimo.

—Veo una en el palacio.

—Vaya, pues es una pena, porque ni se me permite entrar ni soy bienvenida en la isla real. —Entre dientes, añado—: Estaría allí esta noche si pudiese, créeme.

—Estás aquí porque era la hora. —Se funde con la oscuridad como si su cuerpo careciese de solidez—. No le hables a nadie de mí o de tu empresa porque, si lo haces, nos condenarás a todos.

—¿Condenar a todos? —farfullo—. ¿A quién te refieres con «todos»?

Silencio.

—¿Quién eres? ¿Y por qué me has elegido a mí?

Otro silencio.

—¿De qué te conoce mi madre?

Un viento fresco me revuelve el pelo y trae hasta mis oídos otro inquietante susurro:

—Te está esperando, Fallon.

—¿Quién? ¿Dante? ¿Antoni?

Mi frustración retumba contra los troncos y las raíces retorcidas de los cipreses y contra el mismísimo cielo negro.

Quiero desgarrar la oscuridad con un rugido hasta alcanzar a la exasperante mujer que se niega a hablar claro.

—¿Te encuentras bien? —La voz de Antoni hace que me dé la vuelta.

Suelto una estridente exhalación y me paso los dedos por mi espesa melena con un movimiento brusco.

—Sí —miento.

—¿Con quién hablabas?

—Con una humana.

En realidad, no sé si Bronwen es humana. Se me ponen los pelos de los brazos de punta al pensar que quizá ni siquiera lo sea.

Antoni me rodea y le grita a la mujer para que se deje ver. Como era de esperar, Bronwen no le hace caso.

Mientras Antoni se adentra más entre las sombras, me doy cuenta de que he alcanzado el objetivo con el que había venido a la Rax, pero, aun así… Aun así, me ha dejado tan confundida que quiero tirarme de los pelos y arrancármelos de raíz. Sin embargo, aprieto los puños y me concentro en seguir la amplia figura de Antoni, que se abre camino por la densa oscuridad para regresar a mi lado.

—No debería haberte dejado venir hasta aquí sola —murmura.

Le doy un apretón en el brazo para tranquilizarlo.

—Estoy bien, Antoni.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta apretando los dientes—. ¿Qué quería?

—Dinero —miento.

—¿Le has dado algo?

—Solo una moneda de cobre para que pudiese alimentar a su hijo.

Hoy soy una fuente inagotable de mentiras.

Sacude los brazos y oigo un tintineo metálico.

—Toma.

Pese a que todavía le estoy sujetando los antebrazos como si mis dedos fuesen una cincha, Antoni se las ha arreglado para sacar una moneda del saquito de piel que lleva sujeto al cinturón.

—Ya te debo lo de esta noche —replico negando con la cabeza.

—Fallon…

Le suelto los brazos para cerrarle los dedos sobre la moneda.

—Por favor, Antoni. Puede que no nade en oro tarecuorino, pero tampoco vivo en la indigencia.

Al final se rinde y devuelve el dinero al monedero.

—Deberíamos volver a casa.

Esta vez, acepto sin dudarlo. Y no es porque tenga intención de irrumpir en el baile real para encontrar una estatua, sino porque necesito alejarme de este lugar…, de la mujer ciega que me acaba de informar de que seré reina si libero cinco cuervos de metal.

¿Por qué habría alguien de encerrar a una estatua? Y no solo una, sino varias. ¿Porque están hechas de hierro? ¿Y por qué demonios las forjarían a imagen y semejanza de las mascotas del clan de las montañas que nos atacó hace dos décadas?

Capítulo 10

Estoy tan enfrascada en mis pensamientos que apenas me doy cuenta de que hemos atravesado el canal hasta que estoy en el muelle y Giana me agarra del antebrazo para quitarme de en medio mientras los otros tres hombres amarran el barco.

—¿Qué mosca te ha picado?

Me encantaría contárselo todo, pero parece ser que le arruinaría la vida a un hatajo de desconocidos.

Dejo de ensañarme con mi propio labio.

—Estaba pensando en… otras cosas.

—¿Con «otras cosas» te refieres a Antoni?

Se le ilumina la mirada. No sé si es por la preocupación o porque le divierte la situación, pero, aunque soy consciente de que son dos emociones totalmente opuestas, hoy no estoy en uno de mis días más lúcidos.

—Si no quieres que la situación vaya a más, díselo. Es uno de los pocos hombres que te hará caso.

Mi escarceo amoroso era la última de mis preocupaciones, pero, ahora que me lo ha recordado, la imagen del beso que hemos compartido asola mi mente desde todas direcciones y una avalancha de teorías sobre las expectativas que Antoni tendrá sobre nuestra relación le pisa los talones. Por encima del hombro de Giana, veo como el hombre sale del barco con la gracilidad experta de quien está acostumbrado a vivir entre la tierra y el mar. Su mirada encuentra la mía, pero no sonríe. A diferencia de mí, él ha estado de los nervios desde que nos hemos marchado de la Rax.

Vuelvo a centrarme en Giana.

—No sé qué quiero.

Aparte, claro está, de viajar atrás en el tiempo y deshacer toda esta noche. La semana entera.

Desearía que *mamma* nunca hubiese mencionado a Bronwen y que nunca hubiese ido en su busca, porque la mujer ciega se las ha arreglado para dejarme confundida e inquieta. ¿Podría yo, una mestiza, convertirme en la legítima esposa de Dante gracias a una caza

del tesoro?

Bronwen me pidió que no le hablase a nadie de mi búsqueda o de nuestra conversación, pero no dijo explícitamente que no pudiese hablar sobre estatuas con forma de pájaro.

Levanto la vista para contemplar el cielo estrellado.

—Gia, ¿sabes si hay algún forjador en el reino que trabaje el hierro?

Ella hunde la barbilla.

—Solo el herrero de Isolacuori, que es quien forja las espadas de acero para el ejército.

Me da un vuelco el corazón. Bronwen dijo que había un pájaro de hierro en la isla real. ¿Estará en la forja de ese hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

Cuando caigo en la cuenta del detalle que no me encaja, frunzo el ceño. Solo los seres feéricos de sangre pura tienen permitido vivir en Isolacuori, pero estos no toleran el hierro.

—¿El herrero es fae?

—No. Es humano. Los fae no podrían manipular el metal.

—¿Hay un humano viviendo en Isolacuori?

—A cuerpo de rey. Generación tras generación. —Me lanza una mirada suspicaz—. ¿De dónde sale este repentino interés por los herreros?

Una bandada de patos de plumas turquesa sale volando a su espalda. El agua cae de sus alas como diamantes y salpica a las serpientes que han importunado el descanso de las aves.

—A lo mejor quiero un arma. Una chica debería ir siempre protegida, ¿no crees?

—¿Dargento te ha hecho daño? —pregunta Giana, que ha bajado la voz hasta convertirla en un seco susurro.

—No, te prometo que no me ha hecho nada —respondo, sorprendida porque haya sacado esa conclusión.

—¿Qué está pasando aquí? —Antoni se une a nosotras.

—Nada —murmuro.

—Fallon quiere un arma. Una de hierro —explica Giana al mismo tiempo.

Me muerdo el interior de la mejilla. ¿Por qué ha tenido que decírselo?

—Vale, sí. Me haría sentir más segura —digo para no montar un numerito.

Antoni mira a Giana. Tras un silencio cargado de significado, vuelve a posar la vista en mí.

—Estar en posesión de cualquier objeto hecho de hierro te

condenaría instantáneamente a la pena de muerte. Además, teniendo en cuenta tu historial con las serpientes, ni siquiera te tirarían al estrecho.

—Lo sé. Ha sido una tontería. —Una que me ha dejado en un callejón sin salida. O, mejor dicho, en Isolacuori, adonde tendría que ir de igual manera—. Olvidadlo, ¿vale?

Intercambian otra larga mirada que me hace enarcar una ceja, puesto que no solo parece estar cargada de preocupación. Rezuma complicidad y secretos.

Riccio y Mattia se acercan sin prisa hasta nosotros mientras alardean de sus conquistas humanas. Riccio le da un manotazo en la espalda a Mattia. Debe de estar picando a su primo, porque el pecoso y eternamente quemado rostro de Mattia está más rojo de lo normal.

—¿Qué os parece si entramos a tomar una copa? —Giana pesca la cadena dorada que pende de su cuello y saca la llave de la taberna que llevaba guardada en el corpiño del vestido.

Riccio y Mattia no dudan en aceptar su propuesta y seguirla.

Antoni inclina la cabeza.

—¿Tú qué quieres hacer, Fallon?

Si me voy ahora a casa, me encontraré con mi *nonna,* percibirá mi agitación y me hará preguntas, porque me conoce como si hubiese sido ella la que me trajo al mundo. Si me quedo otra hora o dos, la probabilidad de que ya se haya ido a dormir será más alta.

Un momento… Antoni no estaba ofreciéndose a acompañarme a casa, ¿verdad?

Me seco el sudor de las manos contra la falda.

—Todavía no estoy lista para irme. —Ni a su casa ni a la mía.

—Pues adelante —dice señalando la taberna con la cabeza.

Paso por delante de él; el barro que se me ha pegado al dobladillo del vestido hace que la falda pese mucho más.

—Cerrad la puerta con llave —nos pide Giana mientras Riccio, el único elemental de fuego del grupo, se encarga de encender un par de lámparas de aceite.

Tarelexo está tan desierto y silencioso que casi da la sensación de que somos los únicos cinco fae con vida de todo el reino. Incluso los duendes, que suelen pulular por el muelle, están desaparecidos.

Porque todo el mundo está en palacio.

El palacio que podría llegar a ser mío.

Yo, una reina…

No tiene ni pies ni cabeza.

Aun así…, aun así, me imagino junto a Dante y no me disgusta la idea.

Mis ensoñaciones alcanzan proporciones estratosféricas mientras ayudo a Giana a llevar cinco vasos hasta una mesa redonda que hay al fondo de la taberna, detrás de la cortina que nos oculta de las ventanas y el resto de la estancia. Me siento entre Antoni y Riccio.

Aunque llegó dando tumbos al barco, el fae de cabellos negros arrastra un vaso lleno de vino feérico hasta él y se lo bebe de un trago.

—Menudos modales, Riccio. —Antoni agarra el asa de otra jarra y la deja frente a mí—. Las damas primero.

—Y luego se pregunta por qué todas acaban complacidas contigo y con él siempre se quedan a medias. —No se me escapa el comentario con doble sentido de Mattia, pero el asunto de los pájaros de metal y mi futuro con Dante me tiene demasiado distraída como para llegar a sonrojarme.

Cuervos de hierro. Cuervos de hierro. Cuervos…

Se me ocurre algo.

—Todos luchasteis en la batalla de Primanivi, ¿no es así?

Mi pregunta les arrebata a todos el aliento y la sonrisa. Se miran entre sí, lívidos, con el cuello rígido y la espalda recta.

—Yo no. —Giana es la primera en recomponerse y se inclina sobre la mesa para servir tres copas más—. A las mujeres no nos permiten alistarnos, ¿recuerdas? Somos demasiado débiles.

Ni su sarcasmo ni su crítica social caen en saco roto. La desigualdad de género es tan ridícula como la racial. Sin embargo, aunque me gustaría hablar de ambos temas largo y tendido, hay algo más importante.

—Pero tú ya habías nacido, ¿no?

—Sí. —Su mirada es tan cautelosa como su voz.

—En la escuela nos enseñaron que los hombres del clan reforzaban las garras y el pico de sus aves con hierro para convertirlas en armas.

Nadie responde.

—¿Alguna vez llegaron a crear trajes de hierro para ellos?

Antoni frunce el ceño, confundido, y esa misma emoción le alcanza los labios.

—¿Trajes?

—Armaduras. —Me señalo el torso—. De cuerpo entero.

—¿Armaduras para pájaros? —pregunta Mattia, que se apoya en los antebrazos cubiertos de vello rubio. Juro que el tipo es mitad jabalí.

Riccio esboza una sonrisa socarrona.

—Y yo que pensaba que lo único que habías probado en la Rax era la saliva de Antoni.

Me arden las mejillas.

—Déjala en paz, Riccio. Y no. —Antoni inclina la cabeza de lado a

lado y su cuello chasca y cruje como si todo su cuerpo estuviese en tensión—. Solo les revestían las garras y el pico.

¿Se referiría Bronwen a ellos como «cuervos de hierro» por sus partes metálicas o lo que busco son estatuas talladas para representar a esos pájaros letales?

—¿Sobrevivió alguno?

—Los que escaparon con vida volaron a Shabbe —dice Riccio.

—¿Shabbe? —pregunto sorprendida.

—Ya sabes…, esa isla diminuta al sur de nuestro reino que nuestro querido y justo rey mataría por conquistar.

Supongo que a Riccio no le cae muy bien Marco.

—Conozco el reino perfectamente.

Rodea el respaldo de su silla con un brazo y se gira para mirarme.

—¿Sí?

—Sí. De verdad. Sé que son unas salvajes que detestan a los fae y usan a los humanos como esclavos, y que eso fue lo que llevó al rey Costa a levantar hechizos de contención alrededor de la isla, para mantenerlas alejadas de Luce.

Aquellos hechizos pusieron un victorioso fin a la Magnabellum, la Gran Guerra que se fraguó hace cinco siglos entre Luce y Shabbe.

—Sé que practican la magia de sangre y que esta les tiñe los ojos de rosa —continúo—. Y también que solo las mujeres ostentan puestos de poder. —Me mojo la punta de los dedos con mi vino y los paso por el borde de la copa—. He de admitir que no sabía que los cuervos volaron hacia sus costas. —El cristal emite un suave murmullo que serpentea por el siniestro silencio—. Entiendo que quedarse en Luce no era una opción para ellos, pero ¿por qué no migraron al este? He oído que en Nebba hay unos bosques y zonas montañosas increíbles.

—Los cuervos volaron a Shabbe porque allí veneran a los animales. —Los ojos grises de Giana adquieren un brillo plateado a la luz de la lámpara de aceite.

Dejo de recorrer el borde de la copa a medio camino. Aunque esa revelación no me hace sentir una repentina afinidad con las shabbíes, sí que consigue que cuestione que se las tache de bárbaras.

La silla de Riccio cruje cuando se reclina sobre ella. Le da vueltas a su vino y el dulce licor burbujea.

—¿Por qué estás tan interesada en los cuervos?

Aparto el dedo del cristal de mi copa y me lo seco con la tela del regazo.

—Porque esta ha sido la primera vez que he estado en la Rax y, como hubo humanos que ayudaron al clan de las montañas que nos atacó —le sostengo la mirada para darle más credibilidad a mi

mentira—, me ha hecho pensar en la Primanivi.

Riccio asiente despacio.

—Y todos los que los ayudaron… cayeron junto a los hombres del clan, Fallon. Literalmente.

—¿En qué sentido?

Mattia da un golpe con los nudillos en la arañada superficie de la mesa.

—Tras la Primanivi, Marco encerró a todos los disidentes en un galeón y lo hundió en la costa sur de Luce, en el cementerio de barcos.

—¿En el cementerio de barcos? —Mi corazón choca con todas y cada una de las ballenas de mi corsé.

Riccio observa a Giana mientras le rellena la copa, pero parece estar a kilómetros de la taberna, a la deriva en el Mareluce.

—Las aguas allí están tan embravecidas que destrozan cualquier embarcación que las surque.

—¿Marco los echó a las serpientes? —pregunto con un grito ahogado.

—¿De qué te sorprendes? —Riccio sale de su trance—. Los Regio siempre se han deshecho de sus enemigos así.

No hay ventanas en esta parte de la taberna, pero Mattia mira hacia la pared que da al muelle. Al principio me parece que le da miedo que alguien nos esté escuchando hablar, pero entonces dice:

—Me pregunto si las serpientes te arrastrarían hasta su guarida, Fallon.

Giana lo manda callar con un siseo

—No digas esas cosas, Mattia. No deberían ni pasársete por la cabeza. —Empapa el pulgar por un charquito de vino derramado y le sella los labios con una gota de color rubí, de acuerdo con la tradición feérica para evitar que algo que se ha dicho ocurra.

—Sé que todo el mundo piensa que puedo manipular a los animales, pero no es verdad. —Como siempre, perpetúo la mentira de mi *nonna*—. Aquel día en el canal, la serpiente me atacó.

Mattia me señala.

—Pero sigues viva.

—Porque era una cría. Esa es la única razón por la que no morí.

Antoni mete una mano bajo la mesa y me agarra la rodilla para que deje de sacudir la pierna.

—Dejemos ya de hablar de serpientes, cuervos o guerras, ¿vale?

—Sí, mi capitán. —Mattia levanta su copa.

Antoni no aparta la mano y, aunque no tiene ningún efecto en mí, sí que parece tranquilizarlo a él, así que no le digo nada. Mientras los

dos primos debaten sobre zonas de pesca y mujeres, Giana desaparece en la cocina para preparar algo de comida.

Aunque intento prestar atención, no dejo de pensar en la profecía de Bronwen. ¿Por qué son cinco cuervos en concreto? ¿Es posible que cinco de ellos quedasen atrapados en Luce?

En cualquier caso, han pasado más de dos décadas. ¿Cuánto vive un cuervo? Santo Caldero, espero no estar buscando cadáveres.

Me encantaría tener dónde apuntar todo lo que he aprendido, pero dejar pruebas escritas sería una pésima idea. Por eso, repito todo una y otra vez en mi cabeza. Cuando voy por la que debe ser la duodécima vuelta, me doy cuenta de algo.

Los cuervos que sobrevivieron escaparon a Shabbe.

A las shabbíes les gustan los animales.

Me doy un golpe en la rodilla con la mesa. ¿Y si las reliquias tienen alguna conexión con Shabbe? ¿Y si Bronwen es shabbí?

Antoni se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—¿Voy demasiado deprisa?

Me giro para mirarlo, aliviada porque dé por hecho que la razón por la que he dado una sacudida haya sido porque él me estaba acariciando el muslo.

Aliviada porque no esté tratando de leerme la mente.

Aliviada porque no tenga ese poder.

Esbozo una sonrisa tímida.

—Un poco.

Me besa una de las comisuras de los labios, me vuelve a poner la mano sobre la rodilla y la deja ahí hasta que Marcelo y Defne regresan de Isolacuori maravillados.

Su efusiva descripción del baile consigue que se me pase el mareo.

De nuevo sobria, me pongo en pie y les doy las buenas noches con un susurro.

Antoni también se levanta e insiste en acompañarme a casa. Dado que todavía es de noche, no opongo mucha resistencia. La verdad es que agradezco su compañía. Puede que Antoni no sea Dante, pero confío en él.

Mientras caminamos tranquilamente junto al canal, le pregunto algo que me ha estado reconcomiendo desde hace una hora.

—Sé que las barreras mágicas que se erigieron alrededor de Shabbe evitan que sus gentes entren en nuestras aguas, pero ¿qué pasa con las shabbíes que ya estaban aquí?

Mi pregunta hace que sus botas queden clavadas a los adoquines del suelo y que la mano que tiene apoyada sobre la parte baja de mi espalda se ponga rígida.

—Las protecciones las habrían sacado del reino. La magia que se utilizó magnetiza su sangre, de manera que se ven arrastradas de vuelta a su isla.

Queda descartado que Bronwen fuese shabbí.

—Marco debería haber enviado a Dante a Shabbe en vez de a Glace —digo cuando retomamos nuestro camino.

—Si lo que quería era deshacerse de él, sí —gruñe Antoni.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con un grito ahogado.

—Porque Costa mató a la hija de la reina y utilizó su sangre para crear la barrera mágica que separa su isla del resto del mundo.

Abro tanto la boca por la sorpresa que estoy segura de que acabaré tocándome la clavícula con la mandíbula.

—Las shabbíes odian tanto a los Regio como los Regio odian a las shabbíes.

Entonces las shabbíes no ayudarán a Dante a quedarse con la corona.

He vuelto a la casilla de salida. Lo único bueno es que cuento con más información de la que tenía cuando me enfrenté a la primera pieza del rompecabezas. Aunque tampoco ha servido de mucho para entender cómo cinco pájaros conducirán a Dante al trono.

Antoni me estrecha la muñeca.

—Seguro que pronto recuperaremos la paz.

Lo miro confundida, porque no sabía que estuviésemos en guerra.

Capítulo 11

Antoni se ha comportado como un perfecto caballero toda la noche, así que ¿por qué me siento como si le estuviese siendo infiel al príncipe con este apuesto pescador? ¿Porque Bronwen me ha metido en la cabeza la idea de que Dante y yo estamos destinados a casarnos, quizá?

Las estrellas desprenden un brillo tan intenso hoy que las enredaderas en flor que trepan por los muros laterales de mi casa azul parecen hechas de los espumillones que se cuelgan por todo Luce desde que cae la primera nevada hasta que se abren las primeras flores en primavera. Las fiestas de invierno son unos de mis días favoritos, y no porque naciese en el mes más corto del año, sino porque el espíritu festivo empapa a todos los lucinos e incluso el canal de aguas más sucias brilla.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Antoni, que no ha despegado la mano de la parte baja de mi espalda desde que hemos salido de la taberna, recorre mi columna vertebral hasta llegar a la nuca. Me la sujeta con suavidad y me inclina la cabeza hacia arriba. Aparto a Dante de mis pensamientos por milésima vez, porque él no es quien ha hecho que esta noche sea especial.

Respiro lentamente, a la espera de que Antoni pose sus labios sobre los míos, pero no me besa, sino que me observa con una mirada tan intensa que consigue que me arda la piel.

Trato de interpretar su expresión, pero está tan concentrado, tan serio, que no logro imaginar qué estará pasando por su cabeza. Al final, me rindo y murmuro:

—¿Qué te pasa?

—Estoy tratando de asimilar que he probado los labios de Fallon Rossi esta noche y que no ha sido un sueño.

Se me acelera el corazón.

—¿Sueles soñar conmigo, Antoni?

—Cada noche desde que te tiré todo aquel pescado encima.

Ah, nuestro primer encuentro romántico tuvo poco de romántico y mucho de apestoso. En cuanto apenas hube puesto un pie en Lecho de

Paja, Syb arrugó la nariz y me mandó subir a su casa, en el último piso de la taberna, para que les hiciese una visita a la bañera y el armario.

—Eso fue hace tres años… Estoy segura de que no he invadido todos y cada uno de tus sueños.

—No los invades, sino que los haces encantadores.

Debe de estar exagerando, puesto que se acostó con Sybille el año pasado. Por no hablar de las decenas de mujeres con las que le he visto. Es imposible que estuviese pensando en mí mientras estaba con todas ellas. Ni siquiera mientras dormía.

—No hace falta que me regales los oídos con mentiras, Antoni. Ya tienes mi atención.

—No te miento —dice, y su sonrisa torcida pierde intensidad.

Es porque lo he rechazado muchas veces. Los retos desembocan en obsesiones. Lo sé de primera mano. Sin embargo, según esa mujer loca de la Rax, ahora Dante estaría a mi alcance.

Separo mentalmente las letras que componen el nombre del príncipe y las lanzo a la cálida brisa de verano antes de agarrar el cuello de la camisa de Antoni y atraerlo hacia mí. Me hace retroceder hasta la puerta y presiona todas las duras protuberancias de su cuerpo contra todos los suaves valles del mío.

—Dioses, no sabes las cosas que me gustaría hacerte, Fallon Rossi.

Me acaricia la curva del cuello con los nudillos hasta alcanzar la cumbre de mi clavícula y luego desliza la mano que ha cerrado en un puño flojo de vuelta por mi cuello hasta que la deja bajo mi barbilla y me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás para alinear nuestros labios.

Me arde la sangre al oír sus palabras. Quiero saber qué es lo que me haría. Quiero experimentarlo todo, pero no puedo subirlo a mi cuarto, no con mi madre y mi abuela en casa. Las paredes son demasiado finas y Antoni es demasiado grande como para pasar inadvertido.

Aunque tenga veintidós años, siento que al meter a un chico en casa estaría cruzando una línea terrible. Me pregunto si alguna vez desaparecerá esa sensación. Quizá cuando mi edad sea de tres dígitos…

Antoni apoya la mano en la puerta de madera, junto a mi cabeza, y coloca la frente sobre la mía. Tras una respiración entrecortada, nuestros labios se encuentran y, ah, qué sonidos arranca de mi garganta con esa lengua tan bien entrenada. Mueve las caderas contra mí en una danza lenta y sensual que desata una ola de calor tras mis costillas y entre mis muslos.

Está siendo una noche surrealista. Un sueño delicado que se evaporará como el rocío con la primera luz del alba.

Antoni me roza el labio inferior con los dientes, juega con la piel sonrojada, la mordisquea, como si quisiese recordarme que es real. Que esto está pasando de verdad. Que no es un sueño.

Tras otro lujurioso momento, deslizo mis labios lejos de los suyos.

—Antoni, tenemos que…

La puerta contra la que estoy apoyada cede y ambos caemos. Por suerte, es decir, gracias a la mano de Antoni, no nos estrellamos contra las baldosas hexagonales.

—*Buonsera, signora* Rossi. —El rubor corre por el cuello de Antoni y llega hasta su mandíbula.

Mi *nonna* lo fulmina con la mirada y luego sus ojos verdes vuelan hasta el brazo con el que Antoni me sujeta la cintura, haciendo que me suelte como si fuese un niño al que han pillado con la mano metida en un tarro de caramelos.

—Buenas noches, *signor* Greco.

Antoni se pasa una mano por la cara, como si quisiese mitigar el rubor de sus mejillas.

—Solo ha venido a acompañarme a casa, *nonna.* —Puede que sea porque es mi abuela o porque Antoni está tan rojo como Mattia, pero no logro evitar sonreír—. No hay necesidad de interrogarle.

—¿Que te ha acompañado a casa? —Sigue mirando al pobre Antoni con la misma dureza—. ¿Es que acaso no encontrabais el pomo?

Mi sonrisa se hace más amplia.

—No nos has dado tiempo a buscarlo.

La *nonna* le lanza a mi acompañante una mirada asesina tan cargada como el té que se prepara para el desayuno y la cena.

Ya no sonrío.

—Para ya, *nonna.* Antoni no ha hecho nada malo.

Por fin deja tranquilo al pobre hombre y se centra en mí.

—¿Dónde has estado toda la noche, Fallon?

Sus ojos son tan oscuros como el bosque del continente y la piel bajo sus pestañas tiene un tono lavanda más intenso de lo normal.

Me giro hacia Antoni.

—Vete —susurro apresuradamente.

Él no se mueve. No de inmediato. Sin embargo, al final debe de haberse dado cuenta de que huir es la mejor opción —la única—, porque se acaba dando la vuelta sobre sus talones llenos de barro.

Se detiene junto a la puerta.

—Gracias por esta noche.

Ya no está sonrojado. Si acaso, parece tremendamente sobrio e inmensamente consternado por dejarme lidiando sola con mi abuela.

—Nos vemos mañana.

Se sucede otro silencio atronador por un segundo.

Dos.

Y entonces la puerta se cierra con un chasquido amortiguado.

—¿Dónde estabas?

Mi *nonna* se ciñe el chal sobre los hombros para protegerse del frío que mana del canal durante la noche.

—Con Antoni.

—¿Dónde?

—Ya no tengo trece años, *nonna*.

—¿Dónde?

—En la taberna.

Baja la vista a mi falda.

—No sabía que hubiese tanto barro allí.

Siento que me quedo sin aire mientras intento encontrar una mentira que vaya a creerse.

—Antoni me ha dado una vuelta en su barco, y los barcos pesqueros no es que sean muy limpios.

—¿Acaso pesca barro en vez de peces?

Me pongo a la defensiva. Mi abuela siempre se ha mostrado protectora conmigo, pero esto ya es pasarse.

—No estaba en Isolacuori, si es eso lo que te preocupa.

—Allí no hay barro, así que no, eso no era lo que me preocupaba. El único lugar donde hay barro por aquí cerca es en la Rax. —El silencio que cae entre nosotras es tan atronador que me retumba en los oídos—. Dime que no habéis ido allí.

Podría seguir mintiendo, dado que no conseguiría que mi sucia lengua me delatase ni con toda la sal del mundo, pero prefiero no hacerlo:

—Sí, he estado allí. Y me ha abierto los ojos. ¿Sabes qué más he hecho esta noche? Besar a Antoni. Y dado que estás tan interesada en saber todo lo que hago o dejo de hacer, te informo de que, después de regresar de las tierras mortales, fui a la taberna a beber con Giana y los compañeros de Antoni antes de que me acompañase a casa y me volviese a besar.

Los labios de mi *nonna* se retuercen en una mueca a medida que le cuento los sucesos de la noche con pelos y señales.

—Hala. Ya estás al día con la vida de Fallon. ¿Me dejas irme a la cama ya o necesitas que te informe de algo más?

El corazón me aporrea las costillas, como si una parte de mí fuese consciente de que estoy faltándole al respeto y otra me recordase que merezco tener algo de privacidad.

—¿Has mantenido relaciones con él?

Aunque mi abuela tiene muy pocas arrugas, su frente está tan crispada que de pronto aparenta los trescientos cuarenta y siete años que tiene.

—Eso no es de tu incumbencia, *nonna,* pero no, no me he acostado con él.

—Ese muchacho no tiene una buena reputación.

Hasta este momento, solo había rozado el límite de la insolencia. Ahora, ya no me contengo:

—Pues como todas las mujeres de la familia Rossi. Supongo que Antoni y yo estamos hechos el uno para el otro. En especial porque no es un príncipe. Al menos ahora ya no estoy apuntando demasiado alto, ¿no?

Veo como el rostro de mi abuela se contorsiona con cada palabra antes de subir a mi dormitorio pisando fuerte y cerrar de un portazo, sin preocuparme por haber herido sus sentimientos con mi arrebato o haber despertado a mi madre.

Desearía tener los medios para independizarme y poder vivir mi vida como yo quiera, no según lo que complazca a los demás.

Pienso en Antoni y en el momento en que sugirió que nos casásemos, y luego en Bronwen y su profecía. Aunque en ambos casos me libraría del yugo de mi abuela, quedaría atada de igual manera.

Detesto lo limitadas que son las opciones a disposición de las mujeres. Tal vez debería enfrentarme a los mares del sur y huir al reino de Shabbe.

Me imagino a mí misma abriéndome camino a través de las barreras mágicas y atracando en la isla de arenas rosas.

Hasta que recuerdo el motivo por el que son de ese color…

Según los marineros que frecuentan Lecho de Paja, Shabbe es una tierra ruinosa donde las playas de arena blanca se han teñido de rosa tras siglos de derramar sangre feérica y humana; donde la gente vive en chabolas sucias y se castra a los hombres por los delitos más insignificantes.

Esa imagen me revuelve el estómago y mitiga mi ansia por escapar. Puede que Luce deje mucho que desear, pero es mi hogar.

Y aquí está mi gente. Mis amigos. Mi serpiente.

Y, tal vez…, solo tal vez, mi trono.

Capítulo 12

Los ganchos de la cortina de mi habitación tintinean y me sacan de golpe de mis sueños intranquilos. Al principio pienso que ha sido mi *nonna* quien me ha despertado para hablar de la discusión de anoche, pero me encuentro con volantes rosas, lentejuelas doradas y piel de ébano.

—Más te vale darme una buena razón para habernos dado plantón a Phoebus y a mí anoche.

—Déjame tranquila, Syb —murmuro cuando los rayos del sol se me clavan en los párpados que he cerrado con fuerza—. Es muy pronto.

—No me voy a ir.

—¿Por qué nunca me haces caso?

—Anoche te hice caso con lo de encontrarnos en la góndola y ¿sabes qué? Tú. No. Apareciste.

Abro los ojos con un gruñido.

—Lo sé.

La intensa luz de la mañana recorta la silueta de brazos cruzados de Syb, el mohín en su rostro y su voluminoso vestido.

—¿Acabas de volver?

—No, es que he añadido un camisón de gala a mi colección —bromea con sequedad—. Por los tres reinos, ¿cómo es que no has venido al baile?

Mi cerebro, al igual que mis párpados, arde.

—Porque no me invitaron, ¿vale?

—¿Cómo que no? Por supuesto que te invitaron.

Ahueco mis dos delgados cojines y me incorporo mientras me pregunto si se habrá tragado una trompeta antes de salir del palacio, porque su voz suena más estridente que nunca.

—No hace falta que grites.

—Estoy hablando normal —exclama.

Me masajeo las sienes.

—He debido de beber demasiada cerveza.

—¿Saliste a beber? ¿A dónde fuiste? Espera, nos estamos desviando del tema.

Pasar la noche despierta siempre le ha dado a Syb una dosis extra de energía. Hasta que apoya la cabeza en una almohada. Entonces cae como un tronco.

—Estoy segurísima de que estabas invitada, Fall —continúa—. Se lo pregunté a Dante y me dijo que había enviado una cinta a tu casa por duende.

—Bueno, pues debió de confundirse al darle la dirección.

Me lanza una mirada divertida.

—Todo el mundo sabe dónde vive la familia Rossi y, dado que los duendes se juegan las alas al incumplir una orden real, estoy convencida de que la cinta llegó a su destino.

—La busqué. —Mi corazón ha despertado—. La busqué por todas partes, Syb. ¿Cómo no iba a querer ir al baile?

Sybille por fin guarda silencio, pero sé que está dándole vueltas a lo que le he dicho y, a juzgar por la trayectoria de su mirada, todos sus pensamientos convergen en las mujeres que comparten este techo. O, mejor dicho, una de ellas, puesto que la otra no está del todo anclada a la realidad.

—¿Por qué te sabotearía la noche? —La voz de Syb suena al mismo volumen que mi pulso.

—Para protegerme.

—¿De qué?

De suspirar por un hombre tan fuera de mi alcance.

Sustituyo una verdad por otra, una que le dará a mi *nonna* la imagen de una abuela preocupada en vez de entrometida.

—Ya sabes lo que piensa sobre el general del ejército del rey.

—¿Qué tiene que ver tu abuelo con el baile de ayer?

Anoche estaba enfadada con mi *nonna,* pero, ahora, solo estoy dolida. Y no porque me arrebatara la oportunidad de ir al baile, sino porque me hizo sentir como una paria. Aun así, la estoy defendiendo porque, si bien sus métodos no fueron los más acertados, sé que no actuó con maldad. Además, una cosa es que *yo* la critique, y otra muy distinta, que lo hagan otras personas… Eso es algo que no pienso tolerar.

Me froto los ojos para despejarme, pese a que parece que me estoy lijando los párpados hinchados con sal.

—A mi *nonna* le preocupa que me haga o me diga alguna crueldad.

—¿Alguna vez ha hecho algo así?

—No. Al menos, no delante de mí —digo con el ceño fruncido.

Aunque no me cabe duda de que sabría reconocerme, igual que yo sabría reconocerlo a él, nunca nos hemos visto cara a cara.

Las palabras de Sybille hacen que me pregunte si mi *nonna* también

me habrá mentido en lo que respecta al carácter de mi abuelo. ¿Y si no es tan malo como ella lo pinta? ¿Y si no me odia? ¿Y si la única razón por la que nunca ha venido a verme es porque ella no deja que se acerque a mí?

Combino todas esas incógnitas hasta que dan lugar a una única y dolorosa realidad: si me guardase algún cariño, habría intentado ponerse en contacto conmigo. Al fin y al cabo, ¿qué clase de general llevaría a un ejército a la batalla, pero temería entrar en la casa de su exmujer?

Dejo escapar otro suspiro y me incorporo hasta quedar sentada.

—Cuéntame cómo fue el baile.

Syb se acerca a mi modesta cama y se deja caer sobre las sábanas arrugadas.

—Mágico. Majestuoso.

Sus enormes ojos grises brillan tanto como si las lentejuelas que decoran sus prominentes pómulos se le hubiesen enredado entre las pestañas. Un instante después, cambia de parecer.

—Horrible. Fue una pesadilla.

Le doy un capirotazo porque sé que está mintiendo para hacerme sentir mejor. Eso es lo que hacen los amigos.

—No me das envidia. Yo también me lo pasé bastante bien anoche.

—¿Bebiendo cerveza?

—Bebiendo cerveza.

—Pero en compañía, ¿no?

—Sí. ¿Se te olvida que hicimos un juramento de sal? ¿Que no beberíamos solas hasta que tuviésemos, como mínimo, doscientos años y estuviésemos arrugadas como uvas pasas?

Ella pone los ojos en blanco.

—Teníamos nueve años.

—Aun así, te juro que no estaba sola. Gia también vino.

—¿Y…? O sea, adoro a mi hermana, pero es una estirada.

—Eso no es verdad.

—Em… —Sybille enarca una ceja—. Lo único que hace es trabajar, trabajar y trabajar. Nunca hace planes con amigos, y mucho menos si hay alcohol de por medio.

—Bueno, ayer estaba conmigo y ambas bebimos.

—¿Cerveza? ¿De verdad bebisteis eso? —Sybille arruga la nariz, porque esa es la bebida alcohólica más barata de Luce y, por tanto, la que cualquiera con una gota de sangre feérica rechaza.

—La cerveza ni siquiera es lo peor que he probado. ¿Te acuerdas de esos moluscos blandengues que Phoebus nos retó a comer?

Ella finge tener arcadas.

—Dioses de mi vida, no me lo recuerdes. ¿Por qué le seguimos el juego con aquel reto?

—Para que dejase de suspirar por Plimeo y le pidiese salir.

—Ah, es verdad. Nosotras tan… altruistas como siempre.

Me río al recordar las manchas rojas que coloreaban las mejillas de Phoebus cuando, a sus quince años, se acercó al muchacho que lo tenía loquito para preguntarle si quería ver las estrellas con él en el tejado obscenamente grande de la casa de sus padres.

—¿Quién más te acompañó en esa fiesta de la cerveza, además de mi hermana?

Adopto una expresión más reservada. Aunque sé que ni está ni ha estado nunca enamorada de Antoni, los remordimientos se arrastran por mi delgado camisón y se entierran en mi esternón.

—Antoni, Mattia y Riccio.

Casi se toca las cejas con las pestañas.

—¡Ajá! Ya va cobrando sentido la cosa. —Inclina la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados, como si tratase de descifrar un enigma—. Apuesto por Mattia.

—¿Qué quieres decir con que apuestas por Mattia?

—Que él es el culpable de que tengas las mejillas coloradas y un chupetón en el cuello.

Me toco el parche de piel que está señalando con una elocuente sonrisa.

—No ha sido él.

Su expresión flaquea.

—¿Riccio? —Sacudo la cabeza y su sonrisa se marchita—. Espero que haya sido Giana.

—¿Por qué?

—Porque a Antoni le gusta más el ligoteo que a un duende una moneda de oro.

—Tú misma te acostaste con él.

—Por eso precisamente lo digo. Medio Luce se ha acostado con él, y eso solo porque la otra mitad de la población son hombres y Antoni no siente atracción por ellos. —Tras una pausa, añade—: Para la tremenda desgracia de Phoebus.

—Sigo sin entender por qué es un crimen que me guste. A no ser que estés celosa. Si es por eso, te lo dejo todo para ti.

—Cielo, te prometo que no es por eso. —Me da una palmadita en la pierna—. Tráeme un poco de sal y te lo demuestro.

—Te creo. —Doblo las piernas y me llevo las rodillas contra el pecho, molesta porque mi mejor amiga, al igual que mi *nonna,* no me apoye en esto—. Soy consciente de que Antoni tiene una mala

reputación, pero sigo sin ver por qué está tan mal que yo me aproveche de sus dotes.

Sybille suspira.

—Porque tú, mi queridísima Fallon, te enamoras enseguida, y sé que te ha propuesto matrimonio, pero nunca va a cumplir esa promesa.

—Yo no quiero casarme con él.

—¿De verdad que no te importa ser otro nombre más en su lista de conquistas?

—Sí —gruño molesta. Y cansada. Pero, sobre todo, molesta.

—Muy bien —susurra tras un instante de silencio.

—¿Qué?

—Que apoyaré tu decisión.

—Eres mi mejor amiga. Estás obligada a apoyarme en todo, incluso en las peores decisiones.

Sybille se deja caer de espaldas, arquea la columna y estira los brazos por encima de la cabeza.

—Ya, ya.

Por fin bajo las piernas por el lateral de la cama y me pongo en pie.

—Ahora haz el favor de describirme el baile con todo lujo de detalle.

Sybille me cuenta su experiencia con pelos y señales y, cuando termina, tengo la sensación de haber estado allí, metida entre Phoebus y ella y otros miles de glamurosos fae.

—No habrás visto, por casualidad, alguna estatua en forma de pájaro en palacio, ¿verdad? —pregunto sin apartar la mirada del espejo sobre mi cómoda.

—¿Una estatua de pájaro?

Aunque mi cabello ya está suave y brillante, me paso el cepillo de cerdas de jabalí por los ondulados mechones.

—Alguien mencionó que había una estatua muy bonita y, como sabes lo mucho que me encantan los animales…

—No vi ninguna, pero nos metieron a todos en la plaza del jardín y había, literalmente, cientos de fae y otros tantos duendes por centímetro cuadrado, así que estaba todo lleno de gente. Seguramente se me haya pasado por alto.

Sybille suele fijarse en todo. Al menos, hasta que se toma una tercera copa de vino feérico. Lo que su respuesta me dice es que la estatua de cuervo que estoy buscando no está en los jardines, por lo que solo me quedaría mirar en, ah…, el resto del palacio.

Pienso en quién podría tener una idea de su paradero.

¿Mi abuela?

Preguntárselo no es una opción.

¿Cato?

Mi curiosidad llegaría a oídos de alguien de la corte, ya sea de mi abuelo, de alguno de los dos soberanos o, peor aún, de mi *nonna*.

Dejo el cepillo sobre la cómoda cuando mi mente localiza a una persona que ha estado en los aposentos del rey.

—Catriona…

—¿Te has enterado? Fue muy vulgar.

—¿El qué?

—Que estuvo toda la noche toqueteando a Marco. —Arruga la nariz.

Yo frunzo el ceño, porque Sybille no había juzgado jamás a una cortesana.

—Es su trabajo.

Sybille se tumba sobre el estómago y se apoya en los antebrazos.

—Sí, pero era su fiesta de compromiso. La pobre chica que se va a casar con él estaba tan hecha polvo que casi me dieron ganas de darle un abrazo, y ya sabes lo mucho que odio abrazar a personas que no conozco.

—No me refería a lo de anoche en concreto, pero coincido en que es de bastante mal gusto.

Supongo que la prometida de Marco debería ir acostumbrándose. Sin detenerme mucho en ello, me pregunto si Dante sería capaz de serle infiel a su futura esposa, pero la mera idea hace que se me revuelva el estómago, así que destierro ese pensamiento de mi mente.

—He de decir que admiro a Eponine por mantenerse impasible toda la noche —suspira Sybille con la mirada clavada en el cielo azul y despejado—. Y pensar que muchas mujeres sueñan con casarse con un rey. Yo creo que la vida como reina tiene que ser deprimente.

—No si se casan por amor.

—¿Alguna vez has oído hablar de un monarca que se haya casado por amor? —pregunta mirándome con escepticismo.

Nunca, pero eso cambiará.

Eso espero.

Cuadro los hombros.

No, nada de esperar. Cambiará cuando yo me convierta en la reina de Dante.

Sybille pone los ojos en blanco.

—Lees demasiadas historias.

—Y tú lees muy poco.

Un colibrí pasa volando por delante de la ventana para calmar su sed con nuestra glicina y agita tan rápido las alas que su cuerpecito

parece estar suspendido en el aire. Me recuerda a los cuervos de hierro que me cambiarán la vida.

—Yo vivo y tú sueñas.

Porque los sueños me hacen sentir segura y la vida… no. Además, está a punto de volverse todavía más peligrosa si tengo que reunir las reliquias que albergan el poder de destronar a un rey.

—Syb, si alguien te diese una llave para abrir la puerta que siempre has soñado cruzar, ¿la abrirías?

Se le forma una arruguita entre las delgadas cejas negras.

—Llamaría antes de entrar.

—Es una puerta hipotética.

—Entonces llamaría hipotéticamente antes de entrar.

No sé muy bien cómo aplicar su consejo.

¿Debería investigar más acerca de los cuervos de hierro?

La única manera de acceder a la gran biblioteca de Tarecuori es pinchándote un dedo en la rueca que hay a la entrada del edificio y presionando la huella ensangrentada en un libro de registro para dejar constancia de la visita.

Por muy enfadada que esté con mi *nonna,* no voy a romper la promesa que le hice acerca de no dejar rastro de mi extraña sangre en ningún lado.

Capítulo 13

Estoy secando un par de vasos cuando Catriona entra en Lecho de Paja vestida con un nuevo vestido azul como el océano y con unas mangas diminutas que solo le cubren los hombros. Cuando se da cuenta de que la observo embobada, gira lentamente en el sitio.

—Cortesía de nuestro rey, que también me regaló estas bellezas.

Se echa el cabello rubio a un lado para mostrar unos pendientes trepadores con zafiros engastados que acaban en punta y disimulan la curvatura de sus orejas.

No le pregunto qué hizo para merecer tales obsequios, puesto que ya sé la respuesta, pero ella me lo explica de igual manera y con todo lujo de detalle. No habría conseguido tanta información acerca de la anatomía y los fetiches de Marco ni espiándolo yo misma en sus aposentos a través de un agujerito.

Hablando de aposentos…

—Siempre me he preguntado cómo sería el dormitorio de un rey.

Sus ojos brillan tanto como sus pendientes.

—Ah, es digno de ver. Tiene una cúpula de cristal en el techo a través de la cual se ve el cielo y las paredes de la estancia están revestidas de teselas de espejo, de manera que da la sensación de que estás suspendida en el aire. Y no me hagas hablar de su cuarto de baño. Estoy enamorada de ese baño, te lo juro por los Dioses. Tiene todo un sistema de tuberías y agua caliente.

Se me ocurre decirle en broma que el agua no era lo único que estaba caliente en esos aposentos, pero decido no irme por las ramas.

—¿Y tiene algún cuadro o alguna estatua?

—Pues tiene un mapa del reino. Los territorios sobre los que gobierna son impresionantes. ¿Sabías que Tarespagia tiene cuatro veces el tamaño de Tarelexo y Tarecuori juntas?

—No lo sabía, pero ahora sí. ¿Algo más?

Llevo limpiando el mismo vaso desde que ha entrado, pero Catriona está demasiado ensimismada como para notarlo.

—No que yo recuerde.

Entonces el cuervo no está en los aposentos del rey. Ya tengo otra

zona del palacio que tachar en mi mapa del tesoro.

Sale del trance con un parpadeo.

—¿Por qué no viniste?

—Perdí mi cinta.

—Que perdiste… —Una risita cantarina escapa de sus labios, pero, cuando se da cuenta de que yo no me estoy riendo, se pone seria—. Lo siento. Vaya pena.

Aprieto los dientes y noto como en mi interior vuelve a aflorar el enfado que siento hacia mi *nonna*. No estaba en casa cuando me marché con Sybille, pero tengo intención de plantarle cara cuando vuelva del trabajo.

Catriona juguetea con la punta de sus nuevos pendientes.

—¿Te quedaste en casa entonces?

—No, salí por ahí con unos amigos que no habían recibido invitaciones.

—Qué bonita muestra de compasión por tu parte —bosteza, dejándome claro lo que piensa de mi compasión.

A no ser que esté cansada.

Prefiero pensar eso. Mantengo la mirada pegada al vaso que estoy secando.

—¿Viste a Dante anoche?

—Sí. Tuvo un comportamiento ejemplar. Pero porque la princesa de Glace estaba presente, claro.

Levanto la vista rápidamente.

—¿Qué tiene que ver la princesa glacita con su comportamiento?

—Porque la está cortejando, tonta. Es bastante estirada. Y pálida. Tanto que parece un fantasma. Cualquiera diría que no brilla el sol en el norte.

Antes de poder recoger de la barra de la taberna mi mandíbula desencajada por la sorpresa, la puerta se abre y Antoni entra cargado con una caja de madera llena de pescado y hielo. En cuanto posa la mirada en mí, una sonrisa se adueña de sus labios y se acerca contoneándose con su pescado.

—Fallon. Catriona. —Nos saluda a las dos, pero solo me mira a mí.

Rodea la barra y entra en la cocina para entregarle su botín a la madre de Sybille, que estaba ocupada cortando cebollas y ajos la última vez que la vi.

Catriona contempla la puerta batiente de la cocina, que todavía no ha dejado de oscilar.

—Atraes todas las miradas, *micara*.

—¿Qué?

—Antoni por poco atraviesa la pared en vez de la puerta. Marco me

hizo un montón de preguntas sobre ti. Y Silv… —Abre los ojos de par en par—. Tu flor permanece intacta, ¿no es así?

Una ola de calor me embiste pese a que mi mente ha quedado atrapada en lo que me ha dicho sobre el rey. ¿Por qué pregunta por mí si ni siquiera me conoce en persona?

—¿Te gustaría ganarte una moneda de oro?

Mi corazón se ensaña con las ballenas de mi corsé. Una moneda de oro cubriría el alquiler de un piso durante un año, como mínimo.

—Con un rey de por medio, podrían ser hasta tres… —reflexiona la cortesana.

Dejo el vaso, pero no paso al siguiente.

—¿Qué tendría que hacer?

—Lo mismo que hice yo hace ochenta y dos años.

Se me acelera el pulso, porque creo que ya sé por dónde va.

—¿Qué hiciste?

—Subastar mi virginidad.

—Que subastaste… —Arrugo la nariz y sacudo la cabeza—. No, no podría.

Antoni sale de la cocina e inunda el aire con el olor salado de las escamas nacaradas y el intenso aroma de las cebollas cortadas. Pienso que me va a agarrar de la cintura cuando veo que se acerca a mí, pero, en realidad, se dirige al fregadero.

Mete la mano en el agua espumosa, coge la pastilla de jabón y la frota entre las palmas.

—¿Qué estás tramando, Catrolas?

Ella levanta el dedo índice y corazón bien juntos en un vulgar gesto que es muy popular entre los mestizos y los humanos.

—No es de tu incumbencia, Antoni.

—Si tiene algo que ver con Fallon, me encargaré de que lo sea. —Me quita el paño de cocina que estoy sujetando con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos y se seca las manos—. Hablo en serio. No intentes llevarla por mal camino.

Catriona resopla.

—¿Y me lo dices tú, que te has acostado con más personas que yo, pese a que te dedicas a… la pesca? —Coge una nuez tostada con romero de un cuenco que acabo de rellenar y se la mete en la boca. Tras masticarla a conciencia, añade—: Y no me refiero a tirar la caña, precisamente.

Antoni y Catriona se lanzan miradas asesinas y por un segundo me pregunto si se habrán acostado, aunque prefiero no saberlo.

La cacofonía del muelle se cuela en el interior de la taberna y resquebraja el muro de tensión que se ha erigido sobre la barra de

madera.

—¡Ahí estás!

Phoebus se pasa una mano por los rizos rubios y, con el ceño fruncido, clava su resplandeciente mirada esmeralda en mí.

No podía haber sido más oportuno.

—Aquí me tienes.

Apoya uno de sus antebrazos en la barra y coge un puñado de nueces.

—Ayer Syb y yo estuvimos toda la noche buscándote y… —Su voz se apaga cuando Antoni entrelaza sus dedos con los míos.

Yo no cierro la mano en torno a la suya, pero tampoco la aparto.

—Ya retomaremos la conversación cuando la taberna se haya despejado un poco —dice Catriona.

Se come otra nuez y, en un remolino de sedas azul cobalto, se gira y sube por la escalera de madera que yo misma me he encargado de fregar antes, porque Flora ha tenido que quedarse cuidando de uno de sus hijos —otra vez— y Sybille se ha ido a echar una siesta. En realidad, encargarme de una tarea mecánica tampoco ha sido ningún suplicio.

Antoni me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿A qué hora termina tu turno?

—No lo sé.

Phoebus se mete unas cuantas nueces en la boca mientras contempla fascinado nuestra interacción.

—Da igual. Les he dicho a Mattia y Riccio que viniesen a buscarme cuando terminasen de repartir la mercancía.

Aparto la mirada del bobo de mi amigo y la poso en Antoni, que toma el gesto como una invitación para inclinarse hacia mí y besarme. Sus labios saben a sal, a luz del sol y a promesas pecaminosas. Estoy tan nerviosa que soy incapaz de relajar los labios, y lo mismo me pasa con el resto del cuerpo. Hasta noto el corazón tan sólido como mis propios huesos.

Apoyo las palmas sobre su pecho para separar su boca de la mía enseguida.

—Aquí no.

—Lo siento. —Recorre el perfil de mi angulosa mandíbula con uno de sus callosos pulgares antes de alejarse—. Nos vemos luego, *signorina* Rossi.

Phoebus se gira con una sonrisa socarrona bailándole en la comisura de los labios para seguir a Antoni con la mirada cuando este se aleja.

—Y así se resuelve el misterio de por qué Fallon nos dio plantón.

Cuéntamelo t-o-d-o. —Se las arregla para descomponer la última palabra en más sílabas de las que tiene.

—No fue por eso por lo que no fui a la fiesta. —Siento los pinchazos del rubor en el rostro—. No fue por él.

—Ajá.

—Te lo juro. Pensaba que no había recibido una cinta, así que salí a pasear.

—¿Y acabaste en la cama de Antoni?

Cojo una nuez y se la tiro al sonriente Phoebus a la cara.

—Cállate la boca.

Cuando termina de reírse a mi costa, vuelve a hablar, aunque con tono mucho más serio:

—¿Por qué creíste que te habían dejado sin cinta? Eres una de las personas favoritas de Dante.

—Por la reputación de las Rossi y todo eso —digo con un encogimiento de hombros.

—Pues que sepas que Dante estaba desconsolado. —Phoebus lanza una mirada por encima del hombro a las ventanas que dan a parar al muelle; muestra una expresión tensa muy poco propia de él—. Y lo estará todavía más cuando se entere de cómo pasaste la noche.

Sus puntiagudas orejas sobresalen de entre sus sedosos mechones de pelo cortados a la altura de los hombros.

—Sabes que me encantan las peleas de gallos —añade—, pero no sé yo si en concreto esta será muy buena idea, Picolina.

Pongo los ojos en blanco al oír que me llama por su apodo favorito.

—Se te olvida que tenemos la misma edad, Pheebs.

—Te llamo así porque eres muy chiquitita.

—No, lo que pasa es que tú eres altísimo.

Nos sonreímos por un momento, pero lo que ha dicho vuelve a caer enseguida sobre nosotros como las nubes que siempre se ciernen sobre nuestras montañas.

—No tienen motivos para pelearse por mí —digo.

—¿Segura?

—Lo de Antoni… no es nada serio. Solo nos besamos. Y Dante… Bueno, he oído que va detrás de una princesa.

Phoebus resopla.

—Porque es su deber. Créeme, no saltó ni una sola chispa entre ellos. No como os pasa a vosotros dos. —Mastica otro puñado de nueces—. Debería pedirte consejo, porque todavía no le he robado el corazón a ningún hombre con mis besos.

—A lo mejor es porque tú apuntas por debajo de la cintura y el corazón está un pelín más arriba.

—¿De verdad acaba de hacer mi doncella favorita un chiste verde?

—¿Queréis dejar todos de mencionar mi *doncellidad* de una vez?

—Esa palabra no existe. Además, ¿a quién te refieres con «todos»?

—Catriona me ha propuesto subastarla.

Sostiene la nuez que ha recogido de la barra después de que no acertara a metérsela en la boca y le rebotara en los labios.

—Dice que podría ganarme un par de monedas de oro.

Me muerdo los labios mientras imagino lo fácil que sería mi vida con tanto dinero.

—No.

—¿Que no qué? ¿No crees que valga tanto?

—Vales mucho más, pero no lo digo por eso, sino porque te arrepentirías de esa decisión. —Tras una pausa, añade—: Mi dinero es tu dinero si lo necesitas.

—Tus padres te han desheredado.

—Pero no han cambiado ni la cerradura de su puerta ni la combinación de su cámara acorazada. Deberías ver la cantidad de oro que almacenan ahí dentro. Y no solo en monedas.

—Nunca me aprovecharía del dinero de tus padres, Pheebs. —Me estiro para darle un apretón en la mano—. Pero gracias.

Alejo la conversación de mi virginidad y mi situación económica para centrarnos en su último enamorado, un fae tarecuorino llamado Mercutio, que, pese a no estar muy bien dotado, lo compensa con una boca y unos dedos que Phoebus describe como «celestiales». Gracias a que Syb, Catriona y él adoran entrar en detalles escabrosos, estoy segura de que, llegado el momento de acostarme con alguien por primera vez, sabré exactamente dónde va cada cosa.

—Si te hacen una proposición, no te estás aprovechando de nada —sentencia antes de marcharse—. Solo para que lo sepas.

Tardo un segundo en comprender que no está hablando de las relaciones sexuales.

He de admitir que lo de pedirle dinero prestado no suena mal, pero, por suerte, Phoebus se marcha antes de que pueda caer en la tentación.

Pero, santos Dioses, la idea se adueña de mi mente y se vuelve tan ensordecedora que consigue ahogar el bullicio de la taberna. Tanto que incluso bajo voluntariamente a la bodega, pese a que mi aversión por los espacios húmedos y estrechos hace que suela evitarla.

Me presiono las sienes con la palma de las manos para acallar la oferta de Phoebus. Cuando tengo la sensación de haber recuperado el control tras ese momento de debilidad, cojo una garrafa de vino.

—¿Te estás escondiendo de mí, *signorina* Rossi?

Mi corazón sufre una sacudida al mismo tiempo que mi cuerpo, y la garrafa, que se me escapa de entre los dedos, cae al suelo con un preocupante golpe seco. Milagrosamente, el corcho no se ha salido y el grueso cristal permanece intacto. No puedo decir lo mismo de la tranquilidad que acababa de conseguir.

Me agacho para recuperar la garrafa.

—¿Por qué te escondes de uno de tus más antiguos y mejores amigos?

Capítulo 14

—¿Amigos? ¿Es eso lo que somos según tú?

Dante se encuentra ante la entrada de la bodega de la taberna, con los brazos cruzados sobre su uniforme militar blanco, con el cuello dorado de la chaqueta suelto y las largas trenzas sobre un hombro. Las cuentas doradas que atraviesan su oscura cabellera refractan la luz de una única lampara de aceite.

Me devora con esos ojos de un líquido color azul que me tienen hechizada desde el día en que un grupo de chicas tarecuorinas me empujaron en clase y me tiraron al suelo de rodillas. Aquel día, Dante no solo me ayudó a recoger mis libros, sino que también me ofreció su mano y su protección. Nadie más volvió a empujarme, aunque luego se metieran conmigo de otras maneras.

—Te estuve esperando toda la noche en mi solitario y minúsculo trono.

—Con una princesa a tu lado. Creo que eso de solitario tiene poco.

—Alyona solo es una amiga. Marco quiere que forjemos una alianza con el norte y, dado que Eponine es de Nebba y él solo puede casarse con una mujer, quiere que yo corteje a la otra princesa. No es más que eso.

—¿Y qué pasa con lo que tú quieras? —pregunto al recoger la garrafa.

—Soy el príncipe, Fal. Mis responsabilidades se anteponen a mis deseos.

El problema es que yo no quiero ser un segundo plato.

—Pero no pasó nada entre nosotros anoche —añade.

Mi desbocado corazón sacude el vino de la garrafa que estoy sosteniendo.

—¿Y antes de eso?

—He estado fuera cuatro años. —Su nuez sube y baja cuando traga saliva y entonces se aparta del marco de la puerta y me arrebata la garrafa. Yo necesitaba usar la mano entera, pero él la sujeta con dos dedos—. No me lo puedes tener en cuenta. Y menos cuando tú trabajas en el burdel.

—Es una taberna, Dante.

—Que también es un burdel —suspira—. Tú habrás tenido tus

escarceos amorosos, y yo, los míos. Lo pasado pasado está.

Estudio con atención la barba incipiente que le oscurece la mandíbula para que no vea el dolor en mi mirada. Puedo contar mis escarceos con los dedos de una mano —con uno me basta—, mientras que él seguro que se queda corto con las dos manos.

—Mira, no he bajado aquí a discutir. He venido porque te eché de menos anoche y temía que te hubiese pasado algo. ¿Por qué no acudiste al baile?

—Perdí la cinta.

Si piensa que estoy mintiendo, no me dice nada.

—¿Te gustó el vestido que te regalé al menos?

Ahora tiene toda mi atención.

—Que me…

Me humedezco los labios para deshacerme de la expresión sorprendida que ha estado a punto de escapar de mi boca. Voy a tener que volver a mentir, ¿qué otra opción me queda? Si admito que no recibí su regalo, mi *nonna* o el mensajero alado que envió se meterán en problemas.

—¿No lo recibiste?

—No, sí…, sí que me llegó. Es precioso.

—Violeta como tus ojos.

—El color exacto. Casi parece que lo tengas grabado en la memoria.

—Y así es, pero el vestido no era morado, sino dorado. ¿Qué tal si empiezas a decirme la verdad para no tener que llegar al extremo de recurrir a un juramento de sal?

Arrugo la nariz al sentirme como una araña atrapada en su propia telaraña.

—No recibí nada.

—¿Por qué me has mentido?

—Porque creo que mi abuela me los ocultó.

Las palabras de Bronwen resuenan en el interior de mi cráneo: «Estás aquí porque era la hora».

¿Cabe la posibilidad de que fuese ella quien se quedara con mi vestido y mi cinta? No me lo había planteado. La rabia se extiende como ampollas por mi pecho. Si la mujer ciega está detrás de esto, entonces ya puede ir olvidándose de que continúe con su estúpida caza del tesoro. Que vaya ella a buscar esos malditos cuervos.

Sin embargo, cuando recuerdo que esos pájaros me darán la oportunidad de convertirme en la reina de Dante, el resentimiento que me embarga se amortigua. Ojalá hubiese escogido una noche más apropiada para meterse en mi vida.

—¿Crees que podría participar en esa conversación que estás

manteniendo contigo misma? —pregunta Dante tras ser testigo del desfile de emociones que pasa por mi rostro.

—Estaba pensando en que tal vez mi abuela no tenga nada que ver con lo ocurrido.

Los labios de Dante se retuercen en una mueca.

—Haré que le arranquen las alas al duende mensajero si olvidó…

—Por favor, no. Un castigo no solucionará nada. —Le apoyo una mano en el hombro, tan definido que cada músculo parece un tallo de glicina—. Además, solo fue una noche. Ahora que ya estás en casa, ya tendremos tiempo de tener otra noche. O incluso varias.

Esa promesa lo pone de mejor humor, pero a mí me lo agria. Con profecía o no, si Dante se entera de que anoche besé a otro hombre, se arrepentirá de haberme enviado ese vestido. Tengo la confesión en la punta de la lengua, pero, antes de poder obligarme a pronunciar las temibles palabras, él me apoya la mano con la que no sujeta la garrafa en la espalda y su boca aterriza sobre la mía.

La húmeda bodega desaparece y me veo catapultada cuatro años atrás, cuando, entre las sombras de Tarelexo, este mismo hombre —que por aquel entonces era un muchacho— posó los labios allí donde ningún otro los había posado antes.

Este beso me resulta familiar pero diferente, como una segunda primera vez. Me clava el corazón contra el pecho y canaliza sus latidos hacia mis pezones. Los rosados capullos están tan duros que me da miedo que atraviesen la resistente tela del vestido y desgarren el uniforme de seda de Dante.

Llevo las manos al cuello del príncipe, le toco la cálida piel y noto como sus músculos se contraen bajo mis caricias. La lengua de Dante se adentra en mi boca, restalla contra la mía, exigente e implacable, y se adueña de cada recoveco, como si me estuviese recordando que es mi príncipe y que todo lo que hay en Luce, incluido mi cuerpo, es suyo.

—Vaya. Pues… —La voz de Giana me devuelve a la bodega húmeda y de techo bajo.

Aunque la amplia figura de Dante me oculta de su vista, no me atrevo a moverme. Le doy gracias a todos los Dioses por su tamaño, pese a que seguramente debería dárselas a sus padres. La verdad es que no le tengo mucho cariño a su madre, ya que cree que quienes tenemos las orejas curvas no merecemos respeto, así que siento que agradecérselo a una divinidad es más adecuado.

—Siento interrumpirle, *altezza.* Tenía que bajar a por vino.

Me arden las mejillas. Dante sonríe y no sé si es porque le divierte que nos hayan pillado o porque se siente orgulloso de haber hecho

que mi cuerpo tuviese una reacción tan intensa. Tenía la esperanza de que Gia diese por hecho que Dante estaba besando a otra mujer, pero entonces el príncipe se hace a un lado para entregarle la garrafa que me quitó hace un momento y ya no me da tiempo a esconderme tras las estanterías de madera.

Los ojos grises de Giana se posan en los míos y adquieren un brillo de reprobación tan penetrante que consigue que se me retuerzan las entrañas. Quiero decirle que no fui yo quien fue a buscar a Dante o quien lo besó primero, pero la fae ya está saliendo de la bodega con el vino. Me tapo la cara y dejo caer la cabeza.

—Oye… —Dante pasa una mano bajo mi muñeca para acunarme la mejilla—. Sé que estás trabajando, pero soy el príncipe. No te meterás en líos por besar a un miembro de la realeza.

El violento ataque de remordimientos que me embarga me impide abrir los ojos para mirarlo.

—Si te dice algo… —apoya el pulgar sobre mi anguloso pómulo—, le cortaré la lengua.

Eso hace que abra los ojos de golpe y que una repentina bocanada de aire me inunde los pulmones.

—Dante, no —siseo al tiempo que sacudo la cabeza y me deshago de la mano que ha dejado contra mi mejilla.

—No permitiré que nadie te haga daño, Fal. Me da igual que sea con palabras o con acciones.

—Giana nunca me haría nada.

—He visto cómo te ha mirado.

—Es como una hermana para mí, Dante. Me quiere y se preocupa por mí.

Me observa con los ojos entrecerrados, que han adquirido un color más parecido al de la tinta derramada que al de los cielos del mediodía.

—Bueno, pues no tiene de qué preocuparse, porque yo nunca te haría sufrir.

—Eres un príncipe. *El* príncipe. Y yo…, yo soy la chica de orejas curvas que vive en el lado malo del canal. Eso es lo que ella ve. Lo que el mundo ve.

Entierra la barbilla en su cuello.

—Eres la chica con la que quiero pasar todas mis noches, Fallon.

Mi corazón se desboca, vuelve a arremeter contra mis costillas y se lleva por delante mis remordimientos y mi nerviosismo. ¿Y si lo que Bronwen hizo exactamente no fue predecir que me casaría con él, sino conseguir, de alguna manera, que Dante me desee?

—Hablas de las noches, pero ¿qué hay del resto del día? ¿No te

interesa pasarlo conmigo?

Vuelve a invadir mi espacio y me pasa sus largos dedos por el pelo.

—Si no lo he mencionado ha sido porque ambos estamos ocupados.

—¿No es porque tu hermano o mi abuelo no aprueben nuestra relación entonces? ¿O por tu princesa?

—Me importa un bledo su aprobación, Encantadora de Serpientes. —Me aparta un mechón de la mejilla y me vuelve a besar—. Me necesitan en palacio tanto esta noche como el resto de la semana, pero, tan pronto como haya cumplido con mis deberes de príncipe, tendremos una cita. —Da un paso atrás—. Y quiero que te pongas el vestido nuevo.

Me pregunto si Antoni estará arriba y si Giana habrá hablado con él de ser así.

—¿Fallon?

Oculto mis remordimientos bajo una gran sonrisa, porque, mientras que yo estoy destinada a ocupar el trono en vez de un barco pesquero, Dante está destinado a casarse conmigo y no con la princesa de otro reino.

—Dime dónde y cuándo y allí estaré.

Esboza una sonrisa.

—Contaré cada hora hasta que volvamos a vernos. Cada minuto. Cada segundo.

El corazón me apalea el pecho con sus latidos cuando se aleja guiñándome el ojo. Me siento fatal. Pienso sin parar en todo lo ocurrido y en lo que me queda por hacer: para mi gran pesar, tengo que hablar con Antoni. Decido que lo mejor será ir al grano y ser sincera. No creo que vaya a echarme en cara lo que siento por Dante.

Además, nunca le prometí nada.

Todos los posibles desenlaces de la conversación desfilan por mi mente cuando regreso por fin al comedor.

«Era la hora.»

Las palabras de Bronwen resuenan una vez más en mi cabeza y aceleran todavía más mi desbocado corazón.

Si me lleva a palacio para nuestra cita y consigo encontrar la estatua del pájaro…

Pensar que alguien está dirigiendo mi destino es mucho más aterrador que reconfortante. Sobre todo cuando los fae no tienen la habilidad de predecir el futuro y los humanos no disponen de magia alguna.

Por todas las bestias del inframundo, ¿qué clase de criatura es Bronwen?

Capítulo 15

—¿Te lo pasaste bien anoche, Beryl?

El lord cuyo plato estoy retirando le da una palmadita a Beryl en su generoso trasero y la sienta sobre su regazo.

—Como todo el mundo, *signore* Aristide. —Está tan acostumbrada a flirtear que su alegre sonrisa parece real.

Ese hombre tiene una reputación de lo más desagradable, pero, como paga muy bien, nadie se queja.

—No irás a seguir los pasos de Catriona inflando tus precios ahora que te has metido en el bolsillo a un miembro de la familia real, ¿verdad?

Apilo los platos de cerámica poco a poco. Antes de pensarme mejor si debería revelar que he estado escuchando su conversación, espeto:

—¿También ha contratado tus servicios el rey Marco?

Aristide levanta la vista hacia mí.

—Esa belleza se escapó del baile con el príncipe.

Los cubiertos que he estado recogiendo se me escapan de entre los dedos y repiquetean contra los platos. Dante dijo que estuvo preocupado por mí, pero ¿cuándo exactamente? ¿Mientras se acostaba con Beryl o mientras entretenía a su princesa?

El lord sonríe con suficiencia.

—Me parece que has puesto celosa a la moza, querida.

Me imagino a mí misma apuñalándolo. Con un tenedor. En la cara.

Beryl le da un golpecito en la punta de su larga nariz.

—Déjala tranquila, Aristide.

Cuando el hombre entierra el rostro en el escote de Beryl, ella deja escapar una risita y me lanza una mirada rápida antes de mover los labios de un color rosa oscuro para articular un «lo siento».

¿Por qué se disculpa? ¿Por haberse acostado con Dante o por las groserías de Aristide?

—¿Disfrutando del espectáculo, *signorina* Rossi? —La piel aceitada de la chica amortigua la voz del hombre.

Salgo de mi estupor con una sacudida y me marcho antes de que Aristide tenga la oportunidad de pisotear aún más mi orgullo. El mal humor me engulle por completo y siento un escozor tan intenso en los ojos que me obliga a mantenerlos clavados en el suelo. Estoy tan

concentrada en contener las lágrimas que casi me llevo por delante al cliente que entra en la taberna justo en ese momento.

Y, como no podía ser de otra manera, ese cliente es Antoni.

La delicadeza con la que me ayuda a estabilizarme es tal que quiero aferrarme a sus manos y tirar de él para que salga conmigo fuera. Quiero aislarme del mundo y perderme en Antoni. Una nueva ola de remordimientos me embiste porque usarlo me haría ser igual que el resto de los presentes.

Mattia y Riccio entran detrás de él y, aunque me saludan, estoy demasiado alterada como para contestar. Después de tragar saliva, les pido que se sienten en los tres huecos libres que hay ante la barra y me abro camino hasta la cocina para dejar la pila de platos sucios.

En vez de salir enseguida, me quedo en la cocina. Necesito un minuto.

O diez.

Necesito recomponerme y ordenar mis ideas.

Los padres de Sybille están trabajando codo con codo, emplatando las raciones y removiendo los pucheros. Bailan en impecable sincronización; dos siglos de vida en pareja han conseguido que estén en perfecta sintonía el uno con el otro.

Sus movimientos son hipnóticos y, cuando quiero darme cuenta, el nudo que sentía en la garganta se ha soltado.

Marcello enarca una de sus espesas cejas.

—¿Va todo bien ahí fuera, Fallon?

Aunque él sí que puede dejarse crecer el cabello hasta los hombros, desde que yo lo conozco, siempre lo ha llevado rapado al cero. A diferencia de Defne, que siempre está experimentando con la largura y el estilo de sus cortes de pelo.

—De maravilla. ¿Os puedo ayudar en algo por aquí?

Marcello y Defne intercambian una mirada porque suelo mantenerme alejada de la cocina. No me gusta ver cómo despluman a las palomas o aporrean la carne de algún animal. Se me revuelven las tripas solo con oler la sangre.

—No te preocupes, querida. Lo tenemos todo controlado. —Defne me dedica una sonrisa que es como un fogonazo de dientes blancos en contraste con su piel marrón, un par de tonos más oscura que la de su marido.

Estoy a punto de coger una espátula y meterla en el caldero que burbujea en el fuego para demostrarles lo útil que puedo ser, cuando Giana entra apresuradamente con una fuente vacía. La deja en el fregadero lleno de agua jabonosa y se recoge las mangas, pero yo la aparto con un empujoncito y meto las manos en el agua antes que

ella.

—Yo me encargo de fregar —anuncio casi a voz en grito.

Giana aprieta los labios y un músculo se tensa en su delgada mandíbula. Aunque cede, antes de marcharse, dice:

—No vas a poder pasarte aquí escondida todo el turno.

—No me estoy escondiendo.

—Fallon…

Me cosquillea la nuca al notar la mirada de sus padres clavada en mí, puesto que está claro que nuestro discreto intercambio no ha pasado desapercibido.

—Cuando dejes de no estar escondida, tómate un descanso. No has parado desde que llegaste al mediodía.

—No necesito descansar.

Mi dolor de pies dice justo lo contrario, pero no me veo capaz de quedarme sentada. Además, si salgo al muelle a tomar un poco el aire, seguro que Antoni vendría detrás, y ya no sé cómo sentirme ni respecto a él ni respecto a nada.

Giana sacude la cabeza antes de salir de la sofocante cocina de madera y pizarra con una bandeja de queso tierno, uvas y una humeante hogaza de masa madre.

Friego los platos hasta que se me arruga la piel, se me quedan los dedos doloridos y ya no hay nada más que limpiar porque han apagado los fogones.

—¿Quieres hablar de lo que sea que te pase? —pregunta Defne, que coge un paño de cocina limpio de una repisa para ayudarme a secar todos los platos que he ido dejando en el escurridor.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Cómo supiste que Marcello era el indicado?

Sus ojos grises estudian mi perfil, ya que sigo mirando el fregadero. Lo estoy vaciando con los cubos que luego Marcello sacará a la calle para tirar el agua sucia al pilón y que los elementales de fuego encargados del tratamiento de residuos la purifiquen.

—Compartíamos los mismos sueños. Y me hacía reír. Todavía lo hace siempre que puede.

Sigo tratando de abrirme un agujero en la mejilla con los dientes.

—Además, me dice que soy la mujer más hermosa de todo el reino —añade—. Sé que es una tontería, pero me hace sentir especial al recordármelo todos los días.

—No es ninguna tontería. Es admirable.

Dante me hace sentir atractiva. También me hace sonreír. Y, desde luego, nuestras aspiraciones van a la par, dado que él ha cruzado el estrecho para ser merecedor del trono y yo me he medio

comprometido a recuperar unas reliquias de hierro para estar a su lado.

—En cualquier caso, Fallonina, lo más importante es que no hay secretos entre Marcello y yo.

Tengo que aprender ya de ya a controlar mis facciones para que dejen de mostrar todos y cada uno de los pensamientos que se me pasan por la cabeza.

—Vete a casa, anda. He preparado unas cuantas sobras para tu madre y Ceres. Dales recuerdos de mi parte y dile a tu abuela que se pase algún día por aquí a saludar. Hace muchísimo que no la veo.

—Descuida.

Doblo el paño húmedo y lo dejo sobre la isla de madera a regañadientes, cojo la fuente con tapa que me ofrece y abro la puerta batiente de la cocina con la cadera.

El comedor está algo más calmado, aunque sigue habiendo cierto alboroto, puesto que los comensales han dado paso a los clientes que vienen a beber. Unas cuantas partidas de cartas están teniendo lugar al fondo de la taberna y hay un flujo continuo de clientes subiendo y bajando la escalera de la mano de su señorita preferida.

Cuando por fin dirijo la vista hacia la barra, no veo a Antoni, sino solo a Mattia y Riccio, que toman chupitos con Sybille, quien les da conversación. El nudo de nervios que me atenaza el pecho crece todavía más. ¿Se ha marchado de la taberna o solo ha salido del comedor? Clavo la mirada en el techo. Si ha subido con alguna chica, al menos así podré librarme de la responsabilidad de decidir qué hacer.

—Está en el muelle, lanzando piedras al canal. —Giana pasa a mi lado con una bandeja de vasos vacíos—. Eres la primera chica por la que se muestra interesado de verdad.

—Por favor, para, Gia. Ya me siento lo suficientemente mal.

—Esa no es mi intención, Fallon. Es solo que me da pena.

—No debería haberlo besado —murmuro con una mueca.

—¿A quién te refieres de los dos?

La verdad es que no estoy segura.

Nuestra discusión entre susurros llama la atención de Sybille, que se acerca a nosotras y pregunta:

—¿Qué me he perdido?

—Nada —farfullo.

—Ya se ve —replica poniendo los ojos en blanco.

—Me encantaría quedarme charlando hasta tarde, pero me marcho a casa.

Sybille bate sus rizadas pestañas negras.

—Conque a casa, ¿eh?

El comentario jocoso hace que la expresión de Giana se endurezca. Coge una jarra llena y se aleja para llevarla a su correspondiente mesa.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Piensa en cómo nos sentimos nosotras con respecto a Phoebus. Pues lo mismo le pasa a Gia con Antoni.

Sybille frunce el ceño.

Señalo con la cabeza uno de los gruesos pilares de madera que mantienen la taberna en posición vertical. Al menos, tan vertical como resulta estructuralmente posible en una isla donde las violentas corrientes y el viento todavía más implacable erosionan el terreno.

—Dante me ha besado.

—Hace cuatro añ…

—Hoy. Me ha abordado en la bodega hace un rato, me ha besado y me ha pedido una cita.

Abre tanto los ojos que la punta de las pestañas le roza el arco de las cejas.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Ah… —Abre la boca—. Por eso estaba Antoni de tan mal humor entonces.

—No creo que se haya enterado.

—Bueno, pues… *Merda.*

Sí, «mierda» es la palabra más apropiada.

—¿Algún consejo?

—No se me ocurre nada, cielo, pero te apoyaré mientras decides con quién te quedas.

No esperaba menos.

Le doy un abrazo de buenas noches con un solo brazo, cuadro los hombros y salgo a la oscuridad iluminada por las estrellas mientras me recuerdo que algo así no se puede considerar una infidelidad porque no nos habíamos comprometido a nada ni nos habíamos jurado amor eterno.

Por eso no tengo motivos para enfadarme con Dante o sentir que he hecho mal al haber besado a Antoni.

Capítulo 16

Antoni está sentado en el amarradero, con los pies apoyados en la popa de su barco. Se pone recto cuando me acerco. Mis delgados zapatos apenas hacen ningún ruido al recorrer el muelle, así que no sé cómo se habrá percatado de mi presencia.

—¿Por fin dejas de esconderte de mí, Fallon?

Sus palabras me transportan de vuelta a la bodega donde Dante me hizo la misma pregunta, pese a que no me estaba escondiendo de él en concreto.

—Sí.

Antoni lanza un rápido vistazo por encima del hombro con las cejas arqueadas. Supongo que no esperaba que fuera a ser tan sincera. Dejo la fuente de Defne en el suelo y me siento a su lado.

Al haber huido de él, he apagado el perenne brillo de sus ojos.

—¿Por qué lo has hecho?

Sigo con la mirada a una enorme serpiente amarilla que se ondula bajo las apretadas embarcaciones y asusta a una bandada de patos que graznan mientras salen a la carrera del agua azul oscura, casi negra.

—Dante ha venido a verme antes. —Me mordisqueo el labio inferior—. Me ha besado y me ha pedido una cita.

Estoy harta de guardar secretos. Puede que Antoni no sea el amor de mi vida, pero quizás Dante tampoco resulte serlo.

La profecía puede decir lo que quiera.

Por el rabillo del ojo, veo como una sombría emoción cruza el rostro de Antoni.

—Ni siquiera te invitó al baile.

Por fin lo miro.

—Sí que me envió una cinta, pero mi abuela me la escondió para que no pudiese ir. —Todavía no estoy segura de que fuese cosa suya, pero, como no puedo hablarle de Bronwen, mantengo mi primera teoría—. He aceptado salir con él.

Las pupilas de Antoni se contraen hasta quedar del tamaño de cabezas de alfiler.

—¿Y le has contado lo nuestro?

—No. No ha sacado el tema.

—¿Y de haberlo hecho?

—Se lo habría contado. No tengo nada de lo que avergonzarme. Y menos teniendo en cuenta…, teniendo en cuenta que… —Mi voz se transforma en un dolorido resuello.

—¿Que solo nos besamos?

—No. O sea, sí, pero no lo decía por eso.

Antoni me pasa un brazo por la cintura y me atrae hacia su costado. Apoyo la mejilla en su hombro cálido y firme, reconfortante y seguro.

—¿Teniendo en cuenta que se acostó con Beryl? —pregunta en un susurro tan suave como la brisa que agita las velas replegadas de los barcos atracados.

Levanto la cabeza.

—¿Tú también te has enterado?

—Pocos secretos permanecen ocultos en Lecho de Paja.

—Santos Dioses, Antoni, soy una puta ilusa —grazno.

—Creo que nunca te había oído decir una palabrota. —Pasa la yema callosa de su pulgar por mi brazo desnudo hasta que llega al codo y vuelve a subir—. No eres ninguna ingenua, Fallon. Solo eres joven e idealista.

Tomo una firme determinación. Quería independizarme para demostrarle a mi *nonna* que soy una mujer adulta, pero para eso necesito curtirme. Necesito ganar experiencia. ¿Qué otra cosa tengo salvo sueños tontos y expectativas poco realistas?

—Ayúdame a deshacerme de ella.

Antoni deja de acariciarme el brazo.

—¿Perdón?

—Deshazte de mi ingenuidad. —Ante su expresión desconcertada, añado—: Acuéstate conmigo, Antoni. Demuéstrame qué me estoy perdiendo. Enséñame que el amor y el sexo no tienen por qué ir de la mano.

Aparta los dedos de mi brazo y, al echar la cabeza para atrás, unos cuantos mechones del color de la miel se le sueltan del moño en el que lleva recogido el cabello y juguetean con su mandíbula cuadrada.

—No soy un gigoló sin corazón, Fallon. Yo también tengo sentimientos.

—No lo decía en ese sentido. Te lo pido a ti porque ya lo has hecho un millón de veces y nunca te has enamorado de nadie.

—Eso tú no lo sabes.

—Ah, ¿no?

Aprieta los labios y confirma lo que parece querer negarse a

admitir. Sin previo aviso, se pone en pie, como si se hubiese hartado de la conversación.

Como si se hubiese hartado de mí.

Duele, pese a que me lo merezca.

Aprieta la mandíbula y los puños.

—¿Quieres saber lo que se siente al follar? Pues follemos.

Capítulo 17

La idea me tienta, no lo voy a negar.

Pese a que ha hablado de una forma bastante soez, no puedo evitarlo.

Sin embargo, en el fondo, no quiero que sean la rabia y la envidia las que me lleven a acostarme con alguien por primera vez y, en lo más profundo de mi ser, sé que no quiero que sea con Antoni. Aunque Dante no sea mi pareja y yo no signifique mucho para él —al menos a juzgar por la gente con la que se relaciona—, mi estúpido corazón lo considera una persona muy importante en mi vida.

Puede que Antoni y Dante sepan separar los deseos de su cuerpo de los de su corazón, pero yo no.

—Me tomaré tu reacción como un no.

La frustración cae a plomo sobre la dura línea de los hombros de Antoni cuando sube de un salto a su barco.

—Te va a romper el corazón —me advierte cuando se dispone a desaparecer tras la puerta de la cabina.

Puede. Pero elijo creer lo contrario. Elijo creer que la única razón por la que le presta atención a otras mujeres es porque piensa que no podrá escogerme a mí.

—¿Y a ti qué te importa lo que le pase a mi corazón, Antoni?

Tiene la mano en el pomo de la puerta y se detiene cuando está entreabierta. Se pone rígido.

—Tienes razón. Me da igual. Ya habíamos llegado a esa conclusión antes, ¿no es así? —Odio ser la razón de su amargura—. Lo único que me importa son el pescado y los coños.

—No digas eso, porque no es verdad. Te preocupas por los demás y, un día, encontrarás a una chica digna del amor que albergas en tu interior.

Sus ojos azules se abren un camino abrasador hasta los míos.

—Te deseo lo mismo.

Pese a que parece una despedida cordial, con sus afiladas palabras me recuerda que no considera a Dante para nada digno de mi afecto.

Se mete en la cabina y cierra la puerta con tanta fuerza que el barco se balancea. Alzo la mirada al tapiz de estrellas que brilla sobre

Luce, a la espera de que la quemazón que siento en los párpados y la garganta se mitigue.

He hecho lo que debía.

Si Dante no hubiese regresado… Si Bronwen no me hubiese dicho que nuestro futuro estaba ligado, me habría rendido ante los encantos de este pescador, pero la realidad es que Dante es mi hogar.

Antes de ponerme en pie, me asomo al borde del muelle y meto las manos en el agua. Pese a lo turbia que está, el anhelo por deslizar la mano bajo la superficie me sacude hasta la médula.

El agua se arremolina alrededor de mis manos y la escudriño con atención porque me parece ver…, me parece…

Un hocico cubierto de escamas rosadas se asoma de las profundidades, seguido de un largo cuello rodeado de tonos blancos.

—Pero qué criaturita más extraña estás hecha.

Minimus me olisquea la palma para ver si le traigo algo de comer y yo me echo a reír. Le rasco bajo la mejilla, levanto la tapa de la fuente de sobras y pesco un puerro tierno. Cuando se lo ofrezco, enseguida me lo arrebata de entre los dedos.

El cascabeleo que profiere cuando está contento agita el agua y sus aletas dorsales se doblan sobre sí mismas.

Tras lanzar un rápido vistazo al embarcadero para asegurarme de que nadie nos está viendo, le hago una última caricia y luego me levanto, cojo la fuente de Defne y me encamino hacia el primero de los seis puentes que he de cruzar en dirección sur para llegar a mi isla.

Camino junto al agua y capto breves destellos de las escamas de la serpiente. Minimus me está siguiendo, al igual que la mayoría de las noches, como si quisiera asegurarse de que estoy a salvo. Quizá intente protegerme. O, tal vez, solo nada a mi lado porque disfruta de mi compañía.

Sea cual sea el motivo por el que me sigue, agradezco su presencia. Cuando estoy a medio camino, me cruzo con una góndola cargada de fae que cantan canciones obscenas. Uno de ellos se ofrece a acompañarme hasta casa, pero yo lo rechazo, porque sé que no es la caballerosidad lo que lo mueve. Repite su oferta en voz más alta. De nuevo, la rehúso.

Ante mi respuesta negativa, me insulta.

—Botarate barrigudo —murmuro entre dientes, deseando que el agua se revuelva y vuelque la barca lacada en la que navega.

Cuando unas olitas empiezan a levantarse en la superficie, me paro en seco y contengo la respiración.

—¡Malditas llamas del inframundo! —exclama el hombrecillo, que se agarra a los bordes de la barca junto al resto de sus amigos, quienes

ahora permanecen en silencio—. ¿Acabas de usar la magia contra mí, *scazza?*

Ah, ¿sí? Me miro las manos. No veo ninguna chispa azul correteando por mis palmas, pero tal vez ya se han desvanecido.

El misterio se resuelve un segundo después, cuando una larga cola rosa chapotea junto a la barca y la arroja contra los muros de contención del canal.

«Ay, Minimus.» Sonrío a mi mascota con cariño. Pero mi expresión cambia en cuanto veo que uno de los hombres desenfunda una daga y otro —el que se ofreció a llevarme a casa— levanta las palmas envueltas en fuego.

Una ola de rabia me inunda tan súbitamente que contemplo la posibilidad de saltar al canal para ahuyentar a Minimus, pero la imagen de mi *nonna* cuando establecí el vínculo con el animal aparece en mi mente en primera plana.

Puede que los lucinos sospechen de mi afinidad con las serpientes marinas, pero nadie tiene pruebas de ello. Si me meto al agua ahora, desvelaré mi secreto y solo los Dioses saben cómo podría acabar la situación para mí.

Te llevarían a palacio, susurra una voz en mi cabeza.

Santo Caldrone. ¿Estará Bronwen creando todo este caos para que no me desvíe de la misión?

Minimus vuelve a golpear la barca y la madera cruje. Los dos hombres sin armas trepan atropelladamente por el muro de contención como un par de arañas, mientras que el elemental de fuego y el que está armado se quedan en la góndola.

El de la daga ataca. La fuente de cerámica se me escapa de entre los dedos y cae al suelo ante mí.

Cuando el sonido los sobresalta, aprovecho la oportunidad, me quito un zapato y se lo tiro a la cabeza. Aunque apuntaba al otro hombre, acierto a golpear al elemental de fuego y consigo desviar sus llamas lejos de Minimus. La serpiente profiere un alarido estremecedor que se abre camino entre mis costillas y se me entierra en el corazón.

La daga sobresale de la mejilla de Minimus como un horrible percebe, tan cerca de su ojo que rujo como si el arma me hubiese herido a mí.

—¡Niñata chiflada! —exclama el elemental de fuego con un grito agudo.

Valoro la posibilidad de lanzarle uno de los pedazos de la cacerola rota y hacer que se dé un bañito en el canal.

—¡Clyde, ve a por los guardias! —le ladra a un duende vestido con las mismas sedas rojas que él.

Otro alarido, más suave esta vez, hace que se me revuelvan las entrañas.

Pese a que el agua está oscura, alcanzo a ver la figura de Minimus, que se retuerce para intentar quitarse la daga de la mejilla. Temiendo que así solo consiga que se le entierre más en la carne, trepo por la barandilla y salto al canal.

Mi *nonna* me matará si el rey no se le adelanta.

El agua está helada y mis piernas se hunden como palillos mientras mis faldas se hinchan como una medusa. Aporreo el material hasta que consigo sumergir todo el cuerpo. Giro sobre mí misma con los ojos bien abiertos en busca de Minimus.

Su alargado cuerpo aparece junto a mí sin dejar de retorcerse con movimientos espasmódicos. Le toco el cuello y él sisea. Se me va a salir el corazón del pecho. Cuando su mirada encuentra la mía, por fin se queda quieto y flota como si fuera un pedazo de alga.

Un alga que gimotea de dolor.

Agarro la daga con una mano, le sujeto el cuerno con la otra y tiro. Cuando el arma cae al lecho cenagoso del canal, la sangre tiñe todavía más el agua, acompañada de un alarido estremecedor.

Ojalá pudiese suturarle la herida, pero, a diferencia de la suya, mi saliva no tiene unas milagrosas propiedades curativas. Los Dioses saben que lo he intentado tras el incidente del mercado. Lo único que he conseguido es que Sybille y Phoebus se pregunten si me di un golpe en la cabeza nada más nacer.

Minimus serpentea entre mis piernas y mi abdomen mientras pataleo y le acaricio las aletas dorsales, aliviada al descubrir que la daga no lo ha dejado ciego de un ojo.

Voy a tener que salir a respirar pronto, pero aprovecho hasta la última gota de oxígeno para abrazar a este extraño animal mientras sueño con poder protegerlo de la crueldad de los hombres e instaurar la paz entre las dos especies.

Cuando las punzadas de dolor de mis constreñidos pulmones se vuelven insoportables, señalo a la superficie con la cabeza y la inteligente criatura me ayuda a salir a tomar aire. Antes de que atravesemos el agitado oleaje, lo aparto de mi lado, pero no se aleja. Lo vuelvo a empujar. Permanece a mi lado.

Muevo los labios en silencio para pedirle que se marche, pero me lleno los pulmones de agua salada sin querer, así que cierro la boca y lo separo de mí. Sus ojos completamente negros se clavan en los míos. Debe de percibir mi agonía, porque por fin se estira y se da la vuelta.

Rezo para que no haya malinterpretado el motivo por el que le he obligado a alejarse de mí, nado hacia la superficie y escupo el agua

que he tragado cuando consigo sacar la cabeza. Una vez más, el vestido que llevo puesto se arremolina a mi alrededor, así que lo vuelvo a empujar hacia abajo y pataleo en dirección a la orilla opuesta a la del cerdo fae. Llego hasta la escalerilla fijada al muro de piedra y trepo por ella con manos y pies.

Cuando llego a tierra firme, escupo la sal que se me ha quedado en la garganta y me escurro el agua del pelo. Al echar un vistazo por encima del hombro, veo que una embarcación militar se dirige hacia nosotros por el canal. El cabello de Cato se agita como una bandera blanca, tan brillante como sus ojos. El duende se aparta apresuradamente del sargento y vuela hasta su amo.

—¡Esa muchacha me ha atacado! —proclama el elemental de fuego.

Las orejas del hombre son largas y están recubiertas de rubíes tan grandes como la uña de mi dedo gordo. Más gemas rojas resplandecen en la melena castaña que le llega a la cintura y decoran el chaleco que lleva sobre una camisa blanca suelta. Sin duda, es un miembro de la alta nobleza.

La barca de Cato se detiene entre nosotros.

—¿Por qué le ha atacado, marqués Timeus?

Como no podía ser de otra manera, el encontronazo ha resultado ser con un marqués. Solo un escalón por debajo de un duque y dos de la familia real.

—¿¡Que por qué!? —Al marqués se le desencaja la mirada ambarina—. Creo que lo que quería preguntar era cómo lo ha hecho.

—No, le he preguntado por qué. ¿Por qué le atacaría a usted una muchacha?

—Porque el castizo me ha llamado puta —resoplo.

Cato se vuelve y me lanza una mirada que me insta a cerrar el pico.

—Deberían darte una azotaina por tu insolencia —ladra el marqués.

—Y a usted deberían…

Antes de que pueda concluir con un «castrarlo», Cato brama mi nombre.

Vuelve a girarse para dirigirse al noble, que me fulmina con la mirada.

—¿Cómo le ha atacado, marqués?

—Con un zapato —murmuro.

—Con su serpiente mascota —aúlla Timeus al mismo tiempo.

El miedo se abre paso por mi garganta.

—¿Qué? No…, yo… —Si exige que sacrifiquen a Minimus, iré a buscar una daga de acero y le atravesaré ese ponzoñoso corazón yo

misma. Antes de que mi temperamento me meta en más problemas, rectifico—: Yo no tengo una serpiente mascota.

—¡Fallon! —Cato pronuncia mi nombre con la violencia del viento que me zurce la piel.

—Fallon. Por supuesto… —El marqués levanta la puntiaguda barbilla—. La rata del mercado, más conocida como la Encantadora de Serpientes.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Estoy cubierta de sal, Timeus. —Omito el título de marqués a propósito—. Me es imposible mentir. —Me relamo para consumir con teatralidad otro poco más del mineral que induce a los fae a decir la verdad, pero que a mí me ayuda a mentir mejor—. Confieso que he golpeado al caballero con mi zapato porque ha intentado herir a una criatura marina inocente. Disculpadme por tenerle más cariño a las bestias que a los hombres.

—Puta traicionera. —Las mejillas del marqués adoptan un intenso tono borgoña.

—¡Trate a la muchacha con respeto! —ruge Cato.

—Me ha llamado…

—Castizo. —El sargento aprieta la ya de por sí tensa mandíbula—. Ni siquiera se puede considerar un insulto.

—¡Exijo que informe al rey del crimen de esta joven inmediatamente!

Cato permanece en silencio mientras sigue tratando de controlar la ira que le endurece las facciones. Está muy muy enfadado conmigo, pero eso no será nada en comparación con la forma en que reaccionará mi *nonna* cuando se entere de que me he dado un chapuzón a medianoche.

—¡Clyde! —El duende de Timeus da un respingo—. Ve a Isolacuori e informa a…

Cato se gira para encarar al marqués.

—Le arrancarán las alas a su duende si entra en palacio sin que se le haya concedido una audiencia.

El duende retrocede con un siseo que reverbera por el canal como el zumbido de una abeja.

Timeus se cruza de brazos.

—Mi barca ha sufrido numerosos daños. Mis cojines de seda están empapados de la apestosa agua del canal. Exijo que la muchacha cubra todos los gastos.

Esta vez, soy yo quien sisea.

—Yo no le he hecho nada a su góndola.

El marqués me lanza una mirada suspicaz.

—Tienes los ojos azules, niña. No hagas como si no pudieses controlar a la serpiente con tu magia para que me atacase.

—No tengo poderes. —Me aparto el cabello mojado de la cara para que vea la forma de mis orejas—. No soy una fae de sangre pura como usted, *señor*.

—Los mestizos también tienen magia.

—No todos.

—De igual manera, me has hecho algo. No hemos chocado con el muro de contención por…

—Usted es quien ha recurrido a sus poderes.

—¡Para defenderme! Es algo que está permitido. Además, como muy bien has señalado, como marqués y fae de sangre pura, dispongo de una serie de permisos para utilizar la magia como me plazca.

—Fallon… —suspira Cato.

—Juro que no he usado la magia.

—Eso es irrelevante, *scazza,* quiero que el rey se entere de que has puesto a una bestia por delante de un congénere. También exijo que se me recompense con dos monedas de oro para sustituir el tapizado y reparar los daños en el casco de mi góndola.

Me quedo helada, porque no tengo tanto dinero. Dioses míos, ¿en qué lío me he metido?

Escudriño las casas con la luz apagada y las calles adoquinadas en busca de un rostro con quemaduras y ojos lechosos.

Por favor, que todo esto sea cosa de Bronwen. Por favor, necesito ayuda.

Sin embargo, en vez de un oráculo ciego, es Cato quien intercede por mí y consigue que el marqués se conforme con solo una pieza de oro tras negociar con él el precio de las reparaciones.

Una vez cerrado el acuerdo, Cato dirige el barco hacia mí y hace un movimiento para que me monte.

—Puedo ir andando…

—Sube ahora mismo, Fallon. —Su tono de voz es tan pétreo como su mandíbula.

Timeus no me quita ojo y tiene los brazos cruzados sobre esas ropas caras que dejan su pecho tan al descubierto que parece un pelandrusco. Me sorprende que no se esté frotando las manos.

Ya verás cuando sea tu reina…

Le lanzo una mirada que espero que transmita todo el desprecio que siento por él y tomo la mano que Cato me ofrece para subir a la barca.

—¿A dónde vamos? ¿A palacio o a mi casa? ¿Sabes qué? Mejor

vayamos a palacio.

Prefiero enfrentarme antes al rey que a mi abuela.

Una de las comisuras de la boca de Cato se curva hacia arriba.

—Sonríe, sonríe. Sé que a ti también te aterra —murmuro.

Cato resopla, divertido.

Le aterra y le fascina.

Por un momento, imagino cómo sería mi vida con un hombre en casa. Y no cualquier hombre…, sino Cato.

Estaría bien, decido.

Ojalá tuviese el valor de decirle lo que siente, pero Cato es mucho más joven que ella y eso, añadido a su posición, sin duda disuadiría a mi *nonna* de aceptar salir con él.

Me muerdo el interior de la mejilla y rezo porque haya tirado al agua el vestido que Dante me ha regalado para así tener un as en la manga si se enfada conmigo. Porque estoy segura de que se va a poner furiosa. Solo espero que no haga que las glicinas estrangulen los muros de casa, porque, por mucho que me guste mirar al cielo, prefiero mil veces tener un techo sobre mi cabeza.

Pensar en casas que se desmoronan me recuerda a Timeus, y este, a su vez, me lleva hasta Catriona y el precio de venta de la virginidad.

—¿Ha dicho el marqués cuánto tiempo tengo para pagar la deuda?

—Me he tomado la libertad de negociar con él para que te permita saldarla a plazos.

—De…

—Diez monedas de plata al mes.

Se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Diez? Solo cobro dos al mes en la taberna.

Y la mitad la destinamos a comprar comida. La otra va al tarro de las emergencias con el que cubrimos las reparaciones en casa, la ropa y el calzado.

Hablando de calzado… Me miro los pies descalzos y me doy cuenta de que he perdido el único par de zapatos que tenía.

Las palabras de Catriona se agolpan en mi mente, tan atractivas como repulsivas. Al final, el asco que me da manchar las sábanas de un desconocido con mi sangre le gana la partida a la tentación. No he rechazado a Antoni para acabar abriéndome de piernas ante otro que no sea Dante.

Pero ¿y si el mejor postor acaba siendo él?

El pensamiento que le pisa los talones al primero me vuelve a poner los pies en la tierra: ¿y si el mejor postor resulta ser el comandante? Se lo pasaría en grande haciéndome daño y humillándome.

No correré ese riesgo. Por no hablar de que no soportaría que Dante

me ofreciese dinero por acostarse conmigo. ¿Cómo podría convertirme en una mujer digna de ser reina —*su* reina— si actúo como una buscona?

Nunca había contemplado la opción de robar, pero no se me ocurre otra manera de conseguir diez monedas de plata al mes. Supongo que podría buscarme un segundo empleo.

—¿Cuánto ganará un soldado? —me pregunto en voz alta.

—Las mujeres no tenéis permitido entrar en el ejército.

—Claro. Porque somos demasiado volubles.

Cato estudia mi vestido empapado de reojo.

Ya lo pillo.

—Admito que hoy he actuado de una manera un poco impulsiva, pero por lo menos no me he quedado de brazos cruzados. Imagine lo que podría hacer en el campo de batalla con semejante arrojo.

Cato lucha por reprimir una sonrisa.

—Sentiría lástima por el bando contrario. —Cuando sonrío de oreja a oreja, añade—: Y también por tus compañeros de batallón.

Mi sonrisa se hace más amplia, pero se desmorona en cuanto veo que las luces de mi casa de fachada azul no están apagadas como deberían a estas horas de la noche.

Capítulo 18

Cuando el gondolero atraca, mi *nonna,* que sigue vestida de calle bajo el chal, aparece en la ventana de la sala de estar.

Dioses, me estaba esperando.

Se muerde los labios cuando me ve y luego traga saliva al ver al fae de cabellos blancos que me ayuda a salir de la góndola. Cierra la ventana y se da la vuelta, avergonzada, decepcionada.

Escondió la cinta y el vestido que te envió Dante, me recuerdo.

Puede que yo la haya humillado, pero ella me humilló primero a mí.

Con la cabeza bien alta, rodeo el edificio para alcanzar la puerta principal. Unas pisadas resuenan tras de mí, así que me detengo y clavo la mirada en Cato.

—¿Me estás siguiendo porque no confías en mí o porque te preocupa que mi *nonna* me estrangule con sus enredaderas?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Entonces…

—Será mejor que hablemos dentro.

—Veo que estás decidido a participar en la conversación… —suspiro.

Me sorprendo al encontrarme a mi abuela esperándome con la puerta abierta de par en par.

Sigue con los brazos cruzados y los labios apretados, pero el brillo en sus ojos me aplaca. Mi *nonna* nunca llora, así que no creo que sea cosa de las lágrimas, pero… Pero tiene las pestañas apelmazadas y la piel tan blanca como los cabellos de Cato.

—Prepararé un té.

Se da la vuelta y entra en la cocina. Camina encorvada, con los hombros hundidos, pese a que siempre mantiene la espalda tan recta como el mástil de un navío.

—Por favor, dime que te has caído en una alcantarilla —dice sin girarse.

—¿Tan mal huelo? —respondo arrugando la nariz.

Aunque ya ha colocado la tetera sobre el fuego y ha conseguido

avivar la trémula llama del fogón, sigue dándonos la espalda.

—¿En qué lío se ha metido mi nieta ahora, Cato?

El suspiro que deja escapar el sargento es tan sonoro que hace que mi *nonna* se dé la vuelta.

—Ha habido un incidente que, con suerte, se resolverá con dinero.

—¿Con suerte? —Mi *nonna* habla con una monotonía muy poco propia de ella.

—Fallon se ha metido al canal porque un grupo de fae ha atacado a una serpiente.

Ella cierra los ojos. Articula mi nombre, aunque no profiere sonido alguno.

—También me llamaron puta, *nonna.* Esa es la razón por la que Min…, la serpiente los atacó.

—¿Min?

Me hago la tonta y jugueteo con un rizo empapado.

—¿Eh?

—¿Estamos hablando de la misma serpiente a la que das de comer y con la que juegas cuando vuelves a casa de noche?

Mis dedos se congelan mientras me retuerzo el mechón y miro a mi *nonna,* boquiabierta.

—Cato está al tanto de tu… amiguito.

Deslizo mi mirada estupefacta hacia Cato y luego vuelvo a posarla sobre mi abuela.

—No sabía que tú lo sabías.

—Goccolina, solo me hago la tonta para no discutir —suspira.

—¿Solo te relacionas con esa serpiente? —pregunta Cato—. ¿O tienes alguna amiga más?

—Solo con Minimus.

Me tapo la boca con la mano. No es más que un nombre, pero siento que le acabo de dar a mi *nonna* y a Cato control sobre el animal. ¿Y si lo usan para llamarlo? ¿Y si…?

—Por favor, no le hagáis daño —suplico.

El silbido de la tetera atraviesa la tensión que reina entre nosotros.

Mi *nonna* vierte el agua caliente sobre una mezcla de hojas secas y pétalos amarillos y lleva el recipiente a la mesa junto a dos tazas. ¿Será una señal para que Cato se vaya? Sirve el té y empuja una de las tazas hacia el sargento.

Parece que no.

Ella se queda con la otra.

Supongo que no me merezco un té esta noche. Soy demasiado orgullosa como para pedir que me sirva una taza, así que me levanto y me encamino hacia la escalera.

—Siéntate, Fallon.

Cada una de mis vértebras se pone rígida al oír la voz de mi abuela.

—Daba por hecho que no estoy invitada a tomar el té —digo señalando a la mesa.

—Sí que lo estás. Ahora, siéntate.

Aunque es lo que menos me apetece ahora mismo, saco una silla de malas maneras y me dejo caer sin ninguna delicadeza sobre ella.

Mi *nonna* deja otra taza ante mí. Está llena de un líquido tan marrón que parece haber salido del mismísimo canal. Olisqueo el brebaje. Además, huele exactamente igual que el agua del canal.

—Bébete eso primero y luego te daré algo un poco más apetecible.

—¿Me va a hacer daño?

—A ti, no.

—Eso no me da ninguna tranquilidad.

—Bebe. —Se sienta frente a Cato, con el chal cayéndosele de los hombros—. ¿A qué fae tarecuorino has enfadado?

—A Ptolemy Timeus —interviene Cato, que envuelve sus largos dedos alrededor de la delicada asa de la taza. Es uno de los pocos objetos que mi *nonna* se trajo consigo de su antigua casa.

—Ay, Goccolina…

Entiendo que es un hombre conocido en Luce.

—Es un cerdo, *nonna.* Bueno, lo retiro. No es justo para los pobres cerdos.

Cato suelta aire por la nariz.

Pero ella permanece seria.

—Aunque sea un malnacido, él es poderoso y nosotras no. —Tras una pausa, pregunta—: Habéis hablado de dinero. ¿Te ha pedido que compres su silencio?

—No, es para reparar su barca.

—¿Cómo dices? —balbucea.

Clavo la vista en el apestoso brebaje de mi taza que todavía no he tenido el valor de probar.

—Se podría decir que Minimus… lanzó la góndola del marqués contra uno de los muros de contención del canal.

El rostro de mi *nonna* se tiñe de color.

—¿Y por qué debemos encargarnos nosotras de pagar los daños?

—Porque Minimus no tiene nada de dinero ahorrado.

Mi comentario no debe de haberle hecho mucha gracia porque me fulmina con la mirada.

—Hablo en serio, Fallon.

—Dice que yo le ordené a Minimus que atacara.

—¿Lo hiciste?

—No. Minimus estaba intentando protegerme porque debió de sentir que Ptolemy Timeus —me obligo a recordar su nombre— me estaba acosando.

Mi *nonna* permanece en silencio un buen rato. Soy consciente de que está furiosa, pero no sé si es conmigo, con Minimus o con Ptolemy.

—No tiene forma de demostrar que la serpiente actuó por voluntad de Fallon, ¿verdad?

—Yo no hice…

La alta posición de sus cejas negras me dice que mi respuesta no será bienvenida. Quiere oír lo que Cato tenga que decir.

—No, no la tiene, pero estaba con otros tres fae y todos vieron como le tiraba un zapato a la cabeza.

Pongo los ojos en blanco.

—Era un zapato de tela fina, no un dardo de hierro.

Por desgracia.

—No puedes ir por ahí atacando a otros ciudadanos, Fallon —dice Cato con calma.

—Él me atacó a mí con sus palabras.

—¿Acaso no te fijaste en la forma de sus orejas o en el largo de su melena? —Cato tamborilea en la tosca mesa de madera con los dedos.

—No es nada justo. —No tengo la costumbre de hacer pucheros, pero la ocasión lo merece.

—Si quieres justicia, vete a otro reino. —Cato da un sorbo de té antes de secarse la boca con el dorso de la mano y reclinarse contra la silla—. He oído que las mujeres de Nebba sí que pueden alistarse al ejército.

Mi *nonna* arruga el ceño.

—¿Debería preguntar a qué ha venido eso?

—Mejor no —digo.

Por fin me llevo la taza a los labios y me bebo el té de un trago. Sabe tan mal como huele, igual que el agua caliente de los pantanos. La mera comparación me produce unas intensas arcadas. Me cubro la boca con la mano para no vomitar.

—¿Estás segura de que no intentas envenenarme?

Mi *nonna* hace caso omiso de la pregunta.

—¿Cuánto pide el marqués?

—Una moneda de oro —responde Cato mientras yo compruebo que todos mis órganos siguen funcionando.

—Una moneda de oro… —Se atraganta con el final de la frase.

Cato le lanza una mirada.

—Tengo un poco de dinero ahorrado. —Contemplo boquiabierta al

sargento—. Puedo prestaros al…

—No. No aceptaremos tu dinero, Cato.

—¿Por qué no? —me descubro preguntando.

—Porque… —Mi *nonna* sujeta la taza con más fuerza—. Porque encontraremos otra manera de pagar la deuda.

—Ceres… —suspira Cato.

—No.

—¿Cuánto hace que somos amigos?

—No somos amigos —le espeta.

Él se estremece.

—*¡Nonna!* —jadeo.

—Los amigos son personas en quienes puedes confiar. —Se pelea con su chal y evita la mirada de Cato, que se ha quedado mudo—. Tú solo eres un hombre al servicio de Justus Rossi.

—Todos tenemos que ganarnos la vida de alguna manera, Ceres.

Dado que ninguno de los dos añade nada más, el sargento se levanta.

—Gracias por la bebida caliente.

Mi *nonna* lo ignora y tampoco lo mira cuando el hombre se retira.

Yo le dedico una sonrisa.

—Buenas noches, Cato. Y gracias.

Lanza un último vistazo a mi abuela antes de salir de casa.

Cuando la puerta se cierra, me vuelvo como un rayo hacia mi *nonna*.

—Has sido una maleducada.

—Cato es un niño, Fallon.

—¡Tiene ciento siete años!

—Como he dicho: un niño. Y, como también he dicho —coloca los antebrazos sobre la mesa—: trabaja para tu abuelo. ¿Quieres que se meta en problemas?

—¿Lo rechazas para protegerlo? —Abro tanto los ojos que las pestañas me rozan las cejas—. Entonces, si no trabajase para…

—Una moneda de oro —dice contemplando las hojas y pétalos que bailan en el interior de la tetera de cristal, hinchados por el agua hirviendo.

Me recuesto contra la silla y cruzo los brazos.

—Seguro que conseguirías un buen pellizco si vendes el vestido que Dante me envió. Eso si no le has pedido a uno de los vecinos que lo incinere con sus poderes de fuego, claro está.

Mi *nonna* traga saliva.

Conque sí que era ella la culpable.

—Me ha pedido una cita, por cierto. —Eso hace que levante la vista

del té, así que continúo—: Le he dicho que sí. Tal vez consiga que pague a Timeus lo que…

—Ni se te ocurra deberle nunca nada a un hombre, Fallon. Jamás. Y no, no quemé el vestido. Está en el armario de tu madre. Lo llevaré mañana al mercado para ver cuánto me dan por él. —Tras una pausa, añade—: ¿Qué pasa con Antoni?

—Hemos decidido ir cada uno por nuestro lado. —Veo que se asoma a la taza que ha dejado frente a mí—. Bueno, ¿me vas a revelar por fin el secreto de este brebaje asqueroso? Si era un castigo por haber ido a la Rax…

—Es un tónico para asegurar que tu útero permanece vacío durante un ciclo lunar.

Pese al vestido empapado, una ola de calor me sube por el cuello.

—Ah.

—¿No te alegras de que no diese más detalles delante de Cato?

Hay un brillo en su mirada que llevaba años sin ver.

—Bueno, no me hacía falta.

—Esta noche tal vez no. —Evalúa mi expresión—. Pero estoy segura de que pronto te aliviará haberlo tomado.

El color inunda mis mejillas y revela lo mucho que he fantaseado con acostarme con Dante.

—Asegúrate de que el elegido sea cuidadoso y no vele solo por su propio placer —continúa—. Pocos son los amantes desinteresados.

Aunque no quiero hablar de sexo con mi abuela, acepto su consejo como una invitación:

—Estoy segura de que Cato…

—Yo ya he tenido bastante.

—Ah, ¿sí? ¿Justus también era atento y desinteresado?

El brillo en sus ojos se apaga.

—Lo siento, *nonna*.

Permanecemos en silencio por un largo momento, a la espera de que las nubes de tormenta que he desatado en nuestro humilde hogar se alejen.

—¿Por qué cogiste mi cinta? ¿Por qué me hiciste creer que no era digna de acudir a Isolacuori?

Sus ojos verdes como el musgo se clavan en mí cuando extiende las manos y las cierra en torno a las mías.

—Porque tengo miedo, Goccolina. Tengo miedo de que descubran que eres diferente. Tengo miedo de que… —Su voz se apaga de golpe.

—¿De que intenten matarme?

—No. De que intenten utilizarte, porque tu inmunidad al hierro y a la sal y tu afinidad con las fieras te convierten en un arma sin igual.

Yo sonrío, porque se está olvidando de algo esencial.

—Pero yo soy una persona, *nonna,* no un objeto. No pueden blandirme en contra de mi voluntad.

Deposita mis manos sobre la mesa y se recuesta contra la silla.

—Entonces asegúrate de que tu juicio no se deja llevar por tu corazón.

—¿Qué le pasa a mi corazón?

—Que late por el hombre equivocado.

Retrocedo ante sus palabras. Es *mi* corazón. Como si quiero dárselo a un puñetero duende. ¿Quién es ella para decidir qué hombre me conviene o no?

Decido ignorar su comentario y ponerme de pie.

—Al menos mi corazón sigue latiendo, *nonna.* Ya es más de lo que se puede decir del tuyo en ciertas ocasiones.

Capítulo 19

Me ato el único par de zapatos que me queda: unas botas de invierno. El cuero negro desentona tanto con mi vestido morado que sin duda atraerá unas cuantas miradas indeseadas, aunque seguro que no tantas como caminar descalza por Luce. La realidad es que verán mi elección de calzado como una excentricidad y prefiero parecer peculiar que pobre.

Después de intentar pasar un cepillo por las voluminosas ondas que me han quedado en el pelo al dormir con él mojado, me paso por el dormitorio de *mamma* para hablarle de la noche de ayer. Nunca le oculto nada, en parte porque es una tumba y en parte porque quiero que me conozca bien en caso de que despierte de su estupor.

Su mirada permanece clavada en la costa de Racocci mientras le describo la agitada noche.

—Bata —murmura.

Hace un calor sofocante y la ausencia de nubes lo empeora aún más, pero cojo la prenda doblada a los pies de la cama y se la echo por los hombros.

Ella sacude la cabeza y eso hace que se le mueva el torso, de manera que la delgada lana se desliza por sus brazos.

—Bata.

—Ya te la he puesto, *mamma.*

Empieza a inquietarse.

—Plata. Plata. Plata.

Ah…, plata.

Con un suspiro, le quito la bata y me regaño por haberla preocupado.

—Ya encontraré la manera de conseguir el dinero.

—Acolti. —La cálida brisa que corre por el canal amplifica su murmullo—. Acolti. Plata.

Abro los dedos de golpe por la sorpresa y la bata cae a mis pies. Le he contado miles de historias sobre Phoebus y lo ha visto unas cuantas veces a lo largo de los años. Y digo que se han visto en el sentido más literal de la palabra. Él y Syb han venido muchas veces a casa y han

pasado un rato con nosotras, pero los ojos de *mamma* solo pasaban por encima de ellos, como si no fuesen más que un detalle en el fresco agrietado que el anterior propietario de la casa —un artista que pudo permitirse mudarse a Tarecuori gracias a su fama— dejó atrás.

Por lo que he oído, una vez consiguió nada más y nada menos que cuatro piezas de oro por un cuadro. Por un solo cuadro. Es una pena que mis dotes artísticas brillen tanto por su ausencia como la elegancia de Ptolemy Timeus.

Me agacho para recoger la bata.

—Phoebus Acolti hace años que no tiene relación con su familia, *mamma*.

—Acolti. Plata.

Frunzo el ceño al dejar la bata sobre la cama de mi madre. ¿Está diciendo que acepte su ayuda? Si todavía está dispuesto a prestarnos…

Lanzo una mirada al armario, me acerco hasta él y lo abro de un tirón. El interior está abarrotado, lleno de sábanas desparejadas, toallas gastadas y las ropas sencillas de *mamma*.

No hay ningún resplandeciente vestido de lujo colgando de las perchas. Mi *nonna* debe de habérselo llevado ya. Se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que ya no tendré oportunidad de verlo, de tocarlo, de olerlo. Nunca he tenido un vestido que no hubiese abrazado antes el cuerpo de otra persona ni hubiese absorbido su olor.

Dioses santos… ¡Mi cita! Con todo lo que ha ocurrido, me había olvidado de que Dante espera que lleve el vestido en nuestra cita. Ahora no solo es imposible, sino que tendré que llevar botas. Mi rostro se retuerce en una mueca. Nunca me llevará a palacio si voy vestida como una mendiga.

Valoro pedirle prestado un vestido a Catriona. Aunque ella es ligeramente más voluptuosa que yo, somos de la misma altura. Me aferro a un diminuto rayo de esperanza y rezo porque acepte prestarme un vestido cuando le explique que es por una buena causa. Estoy segura de que querrá apoyarme. Le encanta hacer contactos de valor.

—Acolti. Plata —repite *mamma*.

—Vale, vale. Hablaré con Phoebus. —Le doy un beso en la frente—. ¿Quieres que te traiga algo antes de marcharme?

Cierra la boca y me deja sin respuesta, como siempre.

Lleno un vaso de agua y se lo pego a los labios. Casi toda le corre por la barbilla, pero la veo tragar, así que asumo que algo ha conseguido beber.

—*Tiuamo, mamma*.

Espero oírle decir algún día que ella también me quiere.

Echo el pestillo de la ventana que la *nonna* instaló con sus propias manos por temor a que *mamma* se levante y se escape si se queda sola. Aunque es una elemental de agua de sangre pura, de caerse al canal, solo el Caldero sabe cómo y dónde acabaría. ¿En la guarida de las serpientes o mar adentro?

Tardo quince minutos en llegar a casa de Phoebus y, aunque trato de caminar siempre por la sombra para no achicharrarme bajo el sol del mediodía, me sudan los pies y, como no llevo calcetines, el cuero de las botas me provoca rozaduras. Noto como se me van formando ampollas en la parte superior de los dedos y en los talones. Malditos sean los tres reinos, ¿cómo narices voy a sobrevivir hoy a mi turno en el trabajo?

Al cruzar el último puente, recorro el canal con la mirada con la esperanza y el miedo de captar algún destello de escamas rosas. Por mucho que me muera por ver a Minimus y asegurarme de que se ha recuperado, no quiero que se acerque a la superficie. Y menos a plena luz del día.

Pese a que hay cierto movimiento bajo las aguas azuladas, no son más que bancos de pececillos plateados y algún que otro pez un poco más grande. Dos duendes ataviados con ropas elegantes pasan volando a toda velocidad junto a mí y me dan un golpe en la frente con un pergamino enrollado que cargan entre los dos.

—Mira por dónde vas, mestiza —sisea uno de ellos.

—¡Oye! Habéis sido vosotros los que me habéis llevado por delante.

Sin disculparse —los duendes nunca piden perdón—, se alejan revoloteando.

—Sabandijas —farfullo entre dientes cuando doy la vuelta a la esquina de la calle de Phoebus.

Me agacho para pasar por debajo de la rama de la achaparrada higuera que cubre el lado derecho del edificio de fachada color bermellón y cruzo sin llamar a la puerta principal, que nunca está cerrada con llave. La escalera de madera que conduce a su piso es estrecha y cruje con cada pisada, de manera que anuncia mi llegada incluso sin haber llamado.

Aunque Phoebus no me espera con la puerta abierta. Teniendo en cuenta su tendencia a dormir durante todo el día, lo más seguro es que esté durmiendo como un tronco. Llamo y espero. Tras un instante, llamo un poco más fuerte. Esta vez, oigo movimiento, acompañado de un gruñido.

Phoebus abre la puerta con un chirrido, con ojillos adormilados y el pelo alborotado. Sigue estando guapísimo. Como siempre. Cuando éramos pequeños, Sybille se ofreció a tener hijos suyos si él deseaba

descendencia en algún momento. Más vale que sus respectivos futuros maridos sean abiertos de mente.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas? El sol apenas acaba de empezar a asomar las nalgas, Picolina —pregunta frotándose los ojos para desperezarse.

Suelto un resoplido.

—Es más de mediodía. Y, en cuanto a la razón por la que estoy aquí…, ¿recuerdas cuando te dije que nunca aceptaría un préstamo? Bueno, pues he cambiado de idea. Si la oferta sigue en pie, claro.

Deja caer la mano, puesto que mis palabras lo han despertado del todo.

—¿Qué ha pasado?

—Es largo de contar y los pies me están matando. ¿Puedo pasar?

—Claro. Adelante. —Baja la vista y ve mi elección de calzado—. ¿Me explicas por qué vas con botas de invierno?

—Porque he perdido los zapatos finos.

—¿Cómo es eso posible?

Se acerca al cubo de agua limpia que siempre tiene sobre la encimera de madera de su cocina a tamaño duende. La verdad es que Phoebus no cocina nunca. Solo enciende el horno de carbón en los días más crudos del invierno, cuando las gélidas temperaturas convierten el agua del canal en hielo.

La cortina que separa la zona donde duerme del resto de la casa se agita y aparece un hombre como los Dioses lo trajeron al mundo. Aunque mis ojos vuelan directos a su pequeño y firme miembro, enseguida subo la mirada hasta su rostro. El recién llegado se sonroja y se apresura a cubrirse con las manos.

Phoebus nos señala alternativamente.

—Fallon, Mercutio. Mercutio, Fallon.

Así que este es Mercutio, el fae con la… ¿Cómo la había descrito Phoebus? ¿Boca celestial?

Tomo el vaso que me ofrece mi amigo y me muerdo el labio.

—Siento haber interrumpido vuestro descanso.

—Yo, eh… Debería…

—¿Irte? —ofrece Phoebus.

—Vestirme. E irme. Por supuesto —farfulla Mercutio al mismo tiempo.

Aunque la larga melena castaña le oculta el rostro, no disimula el intenso rubor que le inunda las mejillas.

—Puedo volver más tarde —le digo a Phoebus cuando Mercutio se marcha a por su ropa.

Phoebus aparta una camisa arrugada y un plato lleno de migas para

hacerse un hueco en el sofá y aposentar el trasero enfundado en un par de pantalones.

—Él también.

—No creo que le apetezca después de la forma tan encantadora en que lo has echado.

—Confía en mí, volverá —dice con una sonrisa.

—Relájate, que tu ego va a acabar ocupando los tres reinos.

Se ríe entre dientes.

—Bueno, cuéntame cómo perdiste los zapatos.

Para cuando Mercutio vuelve a aparecer, peinado y vestido, ya he puesto a Phoebus al día sobre mi chapuzón nocturno en el canal.

Se despide con un movimiento incómodo de la mano y las mejillas sonrosadas antes de salir.

Phoebus se bebe su agua de un trago y deja el vaso sobre una inestable pila de libros encuadernados en cuero.

—Tú siempre canal abajo y sin remos.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —le pregunto extrañada.

—Que tienes una habilidad pasmosa para meterte en líos.

—El marqués atacó a Minimus —replico con un mohín.

Phoebus se inclina hacia delante y apoya los antebrazos sobre los muslos.

—No te estoy juzgando por lo que hiciste. Sabes que yo siempre seré el primero en apoyarte, Fal. Simplemente describía el desenlace.

Le doy vueltas a mi vaso medio lleno y veo como el agua brilla bajo los rayos de sol que se cuelan por la ventana.

—En cuanto a lo del préstamo, por supuesto que te ayudaré. Mejor dicho, los Acolti están encantados de ayudar a una pobre muchacha desfavorecida.

Mis ojos vuelan hasta los suyos.

—No puedo pedírselo a tus padres, Pheebs.

—¿Quién ha hablado de tener que pedírselo? —Me guiña un ojo al tiempo que se levanta y desaparece tras la cortina de su dormitorio—. Dame diez minutos.

Recorro la caótica estancia con la mirada, presa de la imperiosa necesidad de poner algo de orden.

—Qué novedad, ¿no?

—¿El qué? —pregunta desde donde está.

—Que te hayas acostado con un castizo.

Nunca había salido con un fae de sangre pura; ni siquiera mientras todavía se hablaba con su familia.

Empiezo a apilar algunos libros. Sybille estaría orgullosa de mí.

—Mercutio es diferente. —Phoebus regresa metiéndose por dentro de los pantalones una camisa verde que resalta el color de sus ojos—. A diferencia del resto, él no es un arrogante.

—Sí que parece agradable.

Phoebus sonríe.

—Solo habéis coincidido durante treinta segundos.

—Habría hablado algo más con él si no le hubieses despachado enseguida.

—Mi amiga me necesitaba. Los amigos siempre van por delante de los novios.

—Conque novios, ¿eh?

—Puede. —Se encoge de hombros—. Ya veremos.

—Te gusta de verdad.

—Me encanta su boca.

—Tiene los labios bonitos.

Phoebus sonríe mientras rebusca entre una pila de zapatos que hay junto a la puerta principal hasta que encuentra un par de mocasines de satén esmeralda que hacen juego con la camisa.

Cuando me uno a él en la puerta, suspiro.

—Ojalá calzásemos el mismo número.

—De ser así, tendrías los pies tan largos como las pantorrillas. Dudo que a algún hombre le resultase atractivo.

—Pero es que tú tienes los pies como dos barcos de grandes.

Phoebus se ríe.

—Al menos a Mercutio no le parece que mis pies, o cualquier otra parte de mi cuerpo, sean ridículos en ningún sentido.

—Puedes sacar al castizo de Tarecuori, pero no sacar a Tarecuori del castizo —sentencio poniendo los ojos en blanco.

Deja escapar otra risita cuando salimos, agarrados del brazo, hacia el extremo noroeste de Tarecuori.

***

En medio de un acalorado debate sobre si los duendes son dignos de confianza o no —en el que Phoebus defiende que sí son fiables y yo que todavía no me he topado con uno que lo sea—, confieso:

—Anoche rompí con Antoni.

Phoebus arquea las cejas rubias.

—¡Joder! Había hecho una apuesta con Syb para ver con quién te quedabas.

Aparto la mirada del puesto de control al que nos acercamos.

—¿Pensabas que escogería a Antoni?

—En realidad, yo aposté por un *ménage à trois*.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Apostaste que haría un trío con un príncipe y un pescador?

—Soñar es gratis —dice con una sonrisa pícara.

—¿Sueñas conmigo acostándome con dos hombres?

—En mi sueño, soy yo quien ocupa tu lugar.

—Créeme que ahora mismo odiarías estar en mi lugar, tanto en sentido figurado como literal. Mira qué zapatos tendrías que llevar.

Lanza una mirada al par de trampas mortales de cuero.

—Mi hermana tiene una buena colección. A lo mejor podemos encontrarte unos que te valgan.

—No voy a robarle unos zapatos a Flavia.

—Seguro que ni se entera.

—Pero yo sí.

—Vale. Entonces déjame comprarte unos.

—Phoebus…

Me da una palmadita en la mano cuando llegamos a la franja militarizada que separa Tarelexo de Tarecuori.

Un guardia se interpone en nuestro camino.

—¿Qué los trae a Tarecuori?

Los ojos le brillan como los pendientes de plata que adornan sus puntiagudas orejas.

Phoebus se retira un sedoso mechón de pelo para mostrarle la forma de sus propias orejas.

—Me llamo Phoebus Acolti. Mis asuntos no son de su incumbencia en absoluto, pero vengo a comer a la finca de mi familia con mi gentil amada.

Yo le pellizco el brazo, pero solo consigo hacer que su sonrisa burlona se haga más amplia.

—Desde luego. Perdóneme, *signore* Acolti. —El guardia se hace a un lado para dejarnos pasar.

—¿«Gentil amada»? —susurro—. ¿En serio?

—¿Preferirías que te hubiese llamado «mi lujuriosa yegua de cría»?

Pongo los ojos en blanco.

—Claro, porque solo hay dos maneras de describir a una mujer en Luce.

Phoebus se ríe entre dientes antes de ponerse pensativo.

—No me creo que hayas cortado con el tercer seductor feérico más sexi de Luce.

—¿El tercero?

—A ver, es que primero estoy yo y, luego, van Catriona y él —dice con un guiño para demostrar que está bromeando.

Reprimo una sonrisa.

—Me alivia saber que, cuando te deshiciste de tus inseguridades, no nos mandaste a paseo también a Syb y a mí.

—Si me libré de ellas fue gracias a vosotras dos.

Me agarra del brazo y me da un apretón.

Y pensar que solía ser más bajito que yo y tan flaco que Syb y yo podíamos jugar a las canicas entre sus costillas.

—¿Se lo has contado ya a Syb?

—No, todavía no.

—Me va a restregar su victoria de lo lindo.

—¿Qué os apostasteis?

—Que intercambiaríamos vidas por un día.

—No… —digo con una sonrisa.

—Sí…

Me duelen las mejillas de lo mucho que estoy sonriendo.

—¿Te has comprometido a levantarte antes del mediodía para limpiar la taberna y atender a todo tipo de clientes desagradables? Madre mía, Pheebs. Te. Vas. A. Morir.

—No esperaba perder.

—Ya lo veo —bufo divertida—. ¿Quién no iba a querer perder la virginidad con dos hombres a la vez?

—Exacto. ¿Para qué elegir?

Intercambiamos una sonrisa durante unos segundos.

—En mi opinión, Antoni es una mejor opción como amante.

Me giro a mirarlo. No me creo que piense eso. Pero, sobre todo…

—¿Por qué lo dices?

—Es más mayor, tiene más experiencia y no es un príncipe.

—¿Qué tiene que ver un título con tener talento en la cama?

—Todo. Los hombres malcriados sienten que los demás se lo debemos todo y que te hacen un favor al acostarse contigo.

—Dante no es un malcriado.

Phoebus me lanza una mirada escéptica.

—Es de la realeza, corazón mío.

—¿Y?

—Que no vayas con tantas expectativas, nada más.

—Da igual. No importa que no sea tan bueno como Antoni.

Phoebus enarca una ceja y seguro que se pregunta a quién trato de convencer, si a él o a mí misma.

Capítulo 20

Para cuando llegamos al porche de la mansión de los Acolti, he hecho una lista de mis preocupaciones de más a menos urgentes: saldar la deuda con Timeus, encontrar los cuervos porque sí que quiero ocupar el trono de Luce (aunque solo sea para incordiar a los idiotas de orejas puntiagudas) y descubrir el talento de Dante en la cama.

Me aliso el vestido pensando en lo mucho que me gustaría que fuese de seda en vez de lino.

—¿Debería contarles a tus padres lo que pasó con Timeus cuando les pida el préstamo o me invento alguna otra historia?

Phoebus esboza una sonrisa tan cegadora como las rosas blancas que decoran las columnas de la entrada.

—¿Quién ha hablado de préstamos?

Le lanzo una mirada.

—No voy a robarles dinero a tus padres.

—No se puede considerar un robo si le cedo una pequeña parte de mi herencia a mi mejor amiga.

Me deja boquiabierta y me da un golpecito en la barbilla con un dedo para que la cierre.

—Prepárate para quedarte ciega, Picolina.

Mientras sea la fortuna de sus padres y no su ira lo que me ciegue, por mí, encantada.

No nos cruzamos con ningún Acolti por el camino. Me parece un milagro hasta que Phoebus me explica que su familia se ha ido de vacaciones a la mansión en primera línea de playa de Victorius Surro, en Tarespagia, un viaje al que mi amigo estaba invitado, pero que rechazó encantado. Como tienen por costumbre, se llevaron a todos sus duendes y a unos cuantos miembros del servicio y dejaron atrás solo a los jardineros, al encargado de mantenimiento, a la chef privada y a la anciana ama de llaves.

Todavía recuerdo la primera vez que vine a la casa de los Acolti. La visita me dejó muda, impactada por el esplendor de la finca y la cantidad de personas que trabajan en ella. Aunque ya no me deja sin

palabras, todavía me roba el aliento.

Mientras recorremos los cuidados caminos flanqueados por frondosos arbustos y elegantes árboles, Phoebus se para a charlar con cada persona con la que nos cruzamos. Mi amigo es una fuente inagotable de un encanto natural que nunca ha tenido que forzar. Se preocupa de verdad por los ciudadanos de orejas curvas.

—Serías un magnífico rey —le digo sin soltarme de su brazo.

—Estoy de acuerdo.

Le doy una palmadita en el pecho.

—Ten cuidado, que se te ve la punta de las orejas.

Ahoga una carcajada y rodeamos un estanque cuya superficie está cubierta de nenúfares y llena de las ranas que siempre nos atacaban cuando nos tirábamos a descansar en la hierba.

Cada vez que sus padres me veían jugar con alguna, sonreían con afectación y decían: «Qué criatura más desagradable».

Todavía creo que se referían a mí cuando hablaban así, aunque Phoebus insiste en que lo decían por los anfibios.

Al entrar en la casa, nos quitamos los zapatos y yo dejo escapar un suspiro de alivio cuando la frescura del mármol y el aire me acaricia los dedos inflamados.

—Dioses santos, cómo tienes los pies. Hagas lo que hagas, asegúrate de mantenerlos lejos de la vista de Dante cuando tengáis esa cita que te ha prometido.

—¡Oye! Se supone que tu deber es hacer que me sienta mejor conmigo misma, no señalar mis imperfecciones.

—Las ampollas no son imperfecciones.

Unos pasos resuenan contra el suelo pulido.

—¿En qué puedo…? ¡Ah, Phoebus! No sabía que iba a venir a visitarnos.

Gwyneth, la anciana ama de llaves que ha cuidado de dos generaciones de Acolti —y sigue haciéndolo, puesto que todos viven bajo este mismo techo—, mira a Phoebus como si llevase años sin verlo.

A mí me ofrece un escueto asentimiento de cabeza. Aunque ella también es mestiza, le es tan leal a los Acolti que cualquier persona no grata para la familia tampoco lo es para ella.

—¿Se van a quedar su amiga y usted a comer?

¿Su «amiga»? Solía llamarme por mi nombre. He debido de escalar unos cuantos puestos en la lista negra de la familia.

—No, nos marcharemos enseguida.

Phoebus me coge la mano y tira de mí para subir por la amplia escalera de mármol. Pese a que la casa tiene dos pisos, como todas las

residencias de Luce, estos no se parecen en nada a los de los edificios de Tarelexo.

—La vida aquí tiene que ser…

Mi sobrecogido susurro asciende hasta el tragaluz abovedado y rodeado por tallas de yeso con forma de uvas y querubines, recorre las paredes de piedra color crema decoradas con retratos al óleo de la familia y rebota contra el escudo de armas, compuesto de enredaderas doradas que forman una elegante letra A.

—Fría y sin alma —responde mientras me arrastra por un amplio pasillo para girar a la derecha—. La odiarías.

—Lo dices solo porque tú la tienes manía.

—No, estoy señalando un hecho.

Decido no insistir más, puesto que vivir aquí ni siquiera es una opción. Me asomo a la enorme ventana que hay al final del pasillo y observo los vastos jardines que acaban justo en las aguas turquesas del Mareluce.

—¿Se celebrará la boda de Flavia aquí o en la residencia de Surro?

—Aquí.

—¿Cuándo?

—He oído que será durante las fiestas de invierno, pero como no tengo intención de asistir a la celebración…

—¿Qué? —Me detengo en seco por la sorpresa y Phoebus se para también—. Tienes que ir. Es tu única hermana, Phoebus.

—Te equivocas. Tengo dos más.

—¿Y no me habías hablado de ellas?

Me da un capirotazo en la frente.

—Sois Syb y tú, bobalicona. El bañito a medianoche te ha congelado unas cuantas neuronas, ¿eh?

—Idiota —replico con una sonrisa.

Phoebus también sonríe y me conduce a una habitación tan amarilla que me siento como si hubiese acabado dentro de un tarro de miel.

—¿De quién es este dormitorio?

—De Flavia.

—¿Y por qué estamos en la habitación de tu hermana? —susurro.

—Porque necesitas unos zapatos. Sé que te dije que te compraría unos y eso haré, pero sería criminal por mi parte dejar que te pongas esas botas otra vez, aunque solo sea para ir hasta la zapatería. No quiero arriesgar mi oportunidad de recibir un ducado.

—Eh, ¿qué tienen que ver mis botas con lo de convertirte en duque?

—Si le echas el lazo al príncipe, espero que me consigas un pasaje

de ida a Isolacuori.

—Por supuesto —coincido con una sonrisa de complicidad.

Lo sigo hasta un armario tan grande como mi casa que está a reventar de piezas de seda y satén de todos los colores. Al verme rodeada de semejante opulencia, casi ni me atrevo a respirar por temor a que el aire de mis pulmones mancille las prendas de Flavia.

Phoebus se aparta de mi lado para rebuscar entre los estantes de los zapatos.

—Ya verás cuando Sybille se entere de que va a ser duquesa.

Doy una vuelta lentamente en el sitio.

—¿Qué te parece si esperamos a contárselo después de la cita con Dante? Como bien has dicho, cabe la posibilidad de que me rechace al verme los pies.

—En ese caso, él se lo pierde. Mejor para Antoni.

—No creo que quiera darme una segunda oportunidad —digo sacudiendo la cabeza.

—Igual que no creo en la obligación de elegir, tampoco creo en la palabra «nunca».

El problema es que, si quiero ser reina, Antoni no tiene lugar en mi futuro. Mataría por poder contárselo todo a Phoebus, pero este secreto tendré que llevármelo al trono.

—¿Qué tienes pensado ponerte?

—¿Para qué?

—Para tu coronación —dice con total seriedad.

Me quedo blanca. ¿He hablado en voz alta?

—Para la cita, tonta —explica al final, después de poner los ojos en blanco.

—Estaba pensando en pedirle un vestido prestado a Catriona —digo con un mohín.

—Se me ocurre algo mejor.

Cuando empieza a descolgar unos cuantos vestidos del armario, pronuncio su nombre en un siseo y me giro a mirar la puerta del dormitorio por miedo a encontrar el rostro ceñudo de Gwyneth.

—¿Te quieres relajar un poco, coño? Lo traeré todo de vuelta antes de que mi familia regrese del viaje.

Me lanza un vestido que parece estar tejido con cielos y nubes. La seda es del azul del alba y las mangas son blancas y vaporosas.

Es lo más bonito que he visto y tocado nunca.

Pero no es dorado. Dante a lo mejor se siente ofendido por no llevar su regalo.

Cuando me lo coloco debajo de la barbilla ante el espejo de cuerpo entero, me suelto el pelo y me permito fantasear con que tengo las

orejas puntiagudas, que la melena caoba me llega a la cintura y que este armario es mío.

—Fallon, deja de soñar despierta.

Me alejo del espejo y encuentro a Phoebus sosteniendo dos pares de zapatos: unos con tacón y otros planos. Señalo con la cabeza los segundos y contengo el aliento cuando me los pruebo, rezando para que me valgan.

La suave piel se amolda a mis dedos inflamados y yo dejo escapar un suspiro.

—No sabía que los zapatos pudiesen llegar a ser tan cómodos.

—Es una de las trampas de la riqueza. —Phoebus se pasa una mano por el pelo—. Una vez que experimentas lo que es tener una fortuna, resulta casi imposible vivir de otra manera.

—Pero tú lo has conseguido.

—Me llevé conmigo todo lo que pude.

—Hablando de eso… ¿Cómo esperas que salga de aquí con el vestido? No es algo que pueda llevarme como un fardo bajo el brazo precisamente.

Agarra las correas de una bolsa de piel grande que hay sobre un estante y la deja caer a mis pies.

—Eso es todavía peor, Pheebs. Gwyneth pensará que lo he robado.

—Tranquila. Yo la llevo.

No me tranquilizo, pero doblo el vestido, lo meto en la bolsa y dejo los zapatos encima. La mera idea de atarme las botas me produce urticaria y nuevas ampollas en los dedos de los pies. Decido caminar descalza hasta el porche para ponerme allí los zapatos prestados.

—Y, ahora, vayamos a la cámara acorazada.

Phoebus se echa la bolsa al hombro y me hace un gesto para que lo siga.

Regresamos al corazón abovedado de la mansión y atravesamos otra área repleta de puertas cerradas, que, según Phoebus, conducen a los aposentos de sus padres y abuelos. Sus bisabuelos y tatarabuelos se han mudado permanentemente a Tarespagia, como la mayor parte de los fae de más edad, que prefieren disfrutar de temperaturas tropicales durante todo el año.

Yo solo tengo una bisabuela con vida, puesto que los otros tres murieron durante la Magnabellum o justo después, como fue el caso de la madre de mi *nonna.* La que me queda, que vive en Tarespagia con mi tía Domitina, es la formidable Xema Rossi y, según dice mi abuela, tiene una lengua tan afilada como sus orejas. Nunca he conocido a la anciana, y tampoco me preocupa demasiado, teniendo en cuenta la opinión de mi *nonna,* pero supongo que nuestros caminos

acabarán cruzándose tarde o temprano, a no ser que su corazón deje de latir tras ocho siglos de vida.

Phoebus me conduce a una sala de estar oval, decorada en tonos blancos y crema y con paneles dorados en las paredes que representan enredaderas en flor. Es fastuosa.

—Estridente, lo sé.

—Es preciosa.

—Mi tatarabuelo mandó construir esta habitación después de visitar la sala de trofeos del palacio, que es otra monstruosidad chabacana y ovalada.

—Me encantaría ver esa monstruosidad.

Phoebus se detiene ante un panel de metal y recorre una enredadera con los dedos antes de pasar a otra y toquetearla de abajo arriba y vuelta a empezar.

—¿Por qué estás manoseando la pared?

—Estoy abriendo la cerradura de la cámara.

Enarco las cejas.

—¿Metiéndole mano al bajorrelieve?

Se ríe entre dientes, pero el chasquido de un cerrojo y el quejido del metal al deslizarse sobre la madera ahogan sus carcajadas.

El panel cede cuando lo presiona con la yema de los dedos.

Parpadeo y vuelvo a parpadear. La luz del sol cae como la lluvia a través de una celosía de estantes de madera que ocupan la altura completa de la mansión; apenas iluminan la estancia, pero, al mismo tiempo, consiguen que resplandezca. Cada estante brilla gracias a las baratijas de oro, las bandejas llenas de piedras preciosas, los bustos de mármol de hermosos fae, pulidos hasta casi quedar convertidos en espejos, los libros encuadernados en cuero y de lomo dorado y las armas engastadas de esmeraldas. Sujetas a la pared, hay unas largas lanzas de punta de ébano junto a unas extrañas dagas de filo negro que nunca le he visto blandir a nadie en Luce.

Supongo que serán meramente decorativas. Igual que el pájaro plateado con dos estacas negras atravesándole las alas. Una obra de arte de lo más macabra.

Cuando Phoebus coloca la bolsa entre la pared y el panel para evitar quedar encerrados, un escalofrío me recorre la espalda. Es una sensación similar a la fascinación, salvo porque se me ha puesto la piel de gallina y se me ha entrecortado la respiración.

Es pavor.

Estoy en una cámara repleta de riquezas, pero me siento como si me hubiese adentrado en un mausoleo abarrotado de huesos.

Capítulo 21

Dejo volar la mirada por la estancia, intentando descubrir qué es lo que me causa tanta incomodidad. El pájaro con las alas extendidas es horripilante, pero hay algo más. Emite un zumbido inquietante que me acelera los latidos y me crea un nudo en el estómago.

—¿Sabes si ha muerto alguien aquí?

¿O si hay algo viviendo en la cámara? Un fantasma, por ejemplo. Mis ojos escudriñan cada rincón oscuro en busca del más mínimo movimiento.

Phoebus se pone recto y estudia mi rostro mientras se le curva una de las comisuras de la boca.

—Todavía no, pero me preocupa lo blanca que te has quedado, Fallon. ¿Es más riqueza de la que puedes soportar?

Vuelvo a posar la vista sobre el pájaro, sobre las puntas negras que atraviesan el metal…

Santo Caldrone. ¿Es ese uno de…, uno de…?

Busco el brazo de Phoebus con la mano y me agarro a él en busca de apoyo.

—¿Intentas arrancarme un brazo? A ver, me volverá a crecer, pero le tengo bastante cariño.

—Plata. Acolti.

Me da tantas vueltas la cabeza que, en parte, temo que se me vaya a desencajar del cuerpo.

No me doy cuenta de que he repetido los murmullos de mi madre en voz alta hasta que Phoebus chasquea la lengua.

—No, aquí casi todo es oro. ¿Estás a punto de desmayarte? Tienes muy mal aspecto.

«Bronwen nos vigila.»

«Encuentra los cinco cuervos de hierro.»

Dioses, Dioses, Dioses. *Mamma* no me mandó ir a buscar a Phoebus por el dinero, sino por el cuervo. ¡Ella lo sabía! ¿Cómo? ¿Se lo susurró Bronwen al oído? Imposible. Bronwen dijo que solo conocía el paradero de uno de ellos.

No me percato de que he soltado el brazo de Phoebus para

adentrarme más en la cámara hasta que estoy justo ante el pájaro de metal macizo.

—Ah. Conque eso es lo que ha hecho que se te vaya la pinza. —Se acerca a mí—. No es de plata y, antes de que digas nada, no se le hizo daño a ningún animal para crear esta estatua tan vulgar, Picolina.

Se me pone la piel de gallina al ver el intenso brillo de los ojos citrinos del ave.

—Casi parece estar vivo, ¿verdad? —Phoebus traza con la mirada la cola extendida del pájaro.

Contengo el aliento sin saber muy bien por qué. No es que las estatuas puedan graznar o dar picotazos, que digamos.

—Muchísimo —murmuro hipnotizada ante la nitidez conseguida por el artista.

Es como si hubiesen momificado un pájaro de verdad en metal. Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar.

—¿Qué tipo de pájaro crees que representa?

Noto los latidos de mi corazón en la lengua y mi voz tiembla al unísono, porque ya sé cuál será su respuesta.

—Un cuervo. —Encuentro su mirada al percibir la seguridad con la que ha hablado, así que continúa—: Mi madre me lo dijo. Cuando era niño, la seguí hasta aquí. Yo debía de ser muy pequeño, porque recuerdo que me cogió en brazos para que pudiese ver a este bicharraco de cerca. Dioses, no sabes las cosas que me contó sobre ellos. Harían que te replanteases ese amor que profesas por los animales.

Dante va a ser rey de verdad y yo seré su reina. No sé si celebrarlo o sentirme disgustada porque al final resulta que no soy dueña de mi propio destino.

—He oído esas historias. —Mis latidos me siguen deformando la voz—. Me sentaba a tu lado en clase, ¿recuerdas?

—La directora Alice nos contó una versión descafeinada de lo que pasó. Créeme. —Señala el pico del pájaro y las garras curvadas que brillan como espinas—. Estos bichos estaban entrenados para matar y les encantaba el sabor de los corazones feéricos.

Me presiono los costados para tratar de calmar los temblores que me sacuden.

—¿En qué pensaban para esculpir una efigie así?

—A lo mejor querían que fuese un recordatorio de todo por lo que tuvimos que pasar. De la experiencia a la que sobrevivimos. —Se encoge de hombros, como si no estuviese seguro de ello—. Según parece, las garras y el pico son de un cuervo de verdad.

—¿Quién podría hacer algo tan perverso?

Phoebus me mira con suspicacia.

—¿Te sorprendes porque les cortaran las extremidades después de contarte que estos depredadores se zampaban los corazones de nuestros congéneres?

Cierro los ojos por un instante. Phoebus tiene razón. Y además está empezando a sospechar de mí. Si he de salir de aquí con una estatua que ni en sueños me cabría en el bolsillo, tengo que ganarme la confianza de mi amigo.

Tengo el corazón en un puño. ¿De verdad tengo la esperanza de que Phoebus me deje quitarlo de la pared? ¿Me daría tiempo a bajarlo y meterlo en la bolsa sin que me vea? ¿Y si las estacas están tan profundamente enterradas en la pared de piedra que necesito alguna herramienta para sacarlas?

Tengo dos opciones: volver yo sola otro día, lo cual supondría tener que esquivar al servicio y recordar el baile de dedos de Phoebus con el cerrojo, o contarle que tengo una manera de que Dante se convierta en rey. Phoebus es tan amigo de Dante como yo. Estoy segura de que me ayudaría a robar la estatua. Pero ¿qué pasa con lo de condenar a todo el mundo?

Uf. Uf. Uf.

—Pareces estar a punto de echar hasta el *cornetto* del desayuno.

—No he comido ninguno esta mañana.

—Es una expresión, Fal. ¿Por qué estás tan alterada?

Poso la mirada en sus preocupados ojos verdes.

—Ya sabes cómo soy con los animales.

—Ya. Bueno, será mejor que salgas de aquí. —Me pone una mano en el hombro y me da un suave apretón—. Cogeré un par de monedas y nos…

—Esa figura no forma parte de tu herencia, ¿verdad?

No aparta la mano de mi hombro, pero deja de hacer presión.

—Mis padres se enterarían si lo birlas.

—No, no era por… No tenía intención de robarla.

—Ah —dice con una diminuta sonrisa.

—¿Ah? —El corazón me apalea las costillas.

—Ya sé qué es lo que pensabas hacer con ella.

Lo dudo mucho, pero arqueo una ceja para animarlo a compartir su teoría antes de que la verdad escape de mis labios.

—Ibas a tirarla al canal para que no vuelva a ver la luz, ¿verdad?

Trago saliva. Es una idea de lo más tentadora.

—¿La ibas a fundir para forjar un arma con la que amenazar al comandante sobón?

—Hum —musito.

Considero seriamente esa opción, tanto que hasta me acaricio la barbilla mientras pienso, lo que consigue que la sonrisa de Phoebus se haga más amplia.

Me lo he tomado a broma, pero ¿y si resulta que así es como Dante se hará con el trono? ¿Y si tiene que fundir los cuervos para forjar un arma con la que matar al rey? Hubiese agradecido muchísimo que Bronwen hubiese sido más directa. Una guía con indicaciones me habría venido de maravilla.

—¿Entonces qué?

—Ni siquiera sabría dónde fundir el hierro.

Visitar la forja de Isolacuori o meter el pájaro en el fogón de casa no es muy factible, que digamos.

—Estoy seguro de que habrá un buen puñado de herreros en la Rax dispuestos a quitártelo de las manos y pagarte una buena cantidad por él. —Con una mirada tan resplandeciente como la del cuervo, Phoebus añade—: ¿Sabes qué? ¡Hagámoslo!

Se me queda el aliento en la garganta y dejo escapar una tos.

—Mis padres se subirán por las paredes y así me desharé de la encarnación de mis pesadillas. Será como una especie de ritual de purificación.

Se dispone a quitar una de las puntas negras mientras yo lo miro como si una ola me hubiese azotado la cara.

Me va a dar el pájaro. Ha sido demasiado fácil. Nada sale tan bien a la primera. Bronwen debe de estar manipulando esta cacería profética.

Me estiro para quitar la otra estaca, pero me freno en seco cuando Phoebus sisea.

—Es de obsidiana. Es tóxica para los humanos.

—Pero yo no soy humana.

—Eres medio humana, así que aparta esas zarpas.

Phoebus ha apoyado un pie sobre la pared y, a juzgar por el color que está adquiriendo su sien, entiendo que lo necesita para hacer palanca.

—¿Cuándo vuelve tu familia de Tarespagia?

—El mes que viene.

Otra bendición caída del Caldero. O un regalo de Bronwen…

—Por cierto, el cuervo está todo hecho de hierro, así que ni se te ocurra tocarlo o te abrasarás la piel. No quiero que vayas a tu cita con las manos tan destrozadas como los pies.

Mi cita con mi futuro marido. Es surrealista, pero…, pero los cuervos de hierro existen, al fin y al cabo.

—¿Pero hasta dónde están enterradas estas puntas? —masculla Phoebus con la frente empapada de sudor.

Lo más seguro es que no pueda sacarlas, porque es a mí a quien han elegido para reunir los cuervos. Me pican las manos por lo mucho que me gustaría desenterrar la estaca de la pared yo misma. Pero ¿y si…? ¿Y si me envenena de verdad?

Phoebus gruñe y resopla.

—Suenas como un jabalí al copular.

Se queda tan callado que tengo que asegurarme de que no se ha desmayado por el esfuerzo.

—Como un jabalí al copular —repite con un bufido de risa.

Sonrío y me libero del nudo de nervios que llevaba inmovilizándome desde que entramos en la cámara.

—Mira el lado positivo: si Gwyneth pasa por aquí, imaginará que estamos echando un polvo. Es la tapadera perfecta.

Tras pasar otro largo minuto buscando por toda la cámara algo con lo que cortar la punta Phoebus exclama con un canturreo:

—¡Aleluya, hostia!

Ha hecho brotar un tallo de enredadera tan grueso como mi antebrazo y ha sacado la estaca de la pared como si fuera un corcho.

El pájaro, que, por suerte, no se ha doblado ni se ha roto en el proceso, se balancea en mi dirección con el dardo de ébano todavía atravesándole el ala extendida.

—¡Cuidado! —grita Phoebus justo cuando las garras de hierro del cuervo impactan con mi antebrazo desnudo y la obsidiana me roza los nudillos.

Capítulo 22

Retrocedo de un salto, pero el daño ya está hecho. Y no hablo de la sangre que se acumula en la superficie de mi herida.

El rostro de Phoebus brilla pálido como la nieve bajo una película de sudor. Contempla boquiabierto la piel desgarrada y los regueros de sangre que corren por el brazo que he levantado para detener la hemorragia.

—Madre del Caldero. ¡Tenemos que llevarte a un sanador! —El nerviosismo hace que su voz suene estridente—. Madre del Caldero. —Ahora los ojos, anegados en lágrimas, le brillan tanto como el rostro, porque cree que me ha condenado a muerte—. Fallon… Madre del Caldero.

La enredadera que ha hecho crecer cae al suelo como una serpiente muerta antes de regresar al interior de su palma, mientras que el cuervo de hierro continúa balanceándose como el péndulo de un reloj que marca mis últimos segundos de vida.

—Shh. No pasa nada, Phoebus.

—Sí que pasa. Sí que… —De su interior brota un sollozo acompañado de un grave graznido—. Ay, Picolina, no conseguiremos llevarte a un sanador a tiempo.

Se aparta un mechón de pelo rubio de los ojos y coge uno de los mandobles que hay colgados de la pared.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto al tiempo que retrocedo.

—Te voy a cortar… a cortar el… el brazo.

Me quedo con la boca abierta.

—No. Nadie le va a cortar nada a nadie.

Alejo el brazo levantado de manera que quede lejos de su alcance, por si decide lanzar una estocada de igual manera.

—Si el hierro… Si te alcanza el corazón… Y la obsidiana. ¡Dioses del cielo, la obsidiana! —Toma una entrecortada bocanada de aire—. Es solo un brazo, Fal, por favor. No puedo perderte.

Se me había olvidado lo de la obsidiana.

Me miro los nudillos. No sangran pese a las heridas superficiales y tampoco se me han puesto los dedos negros. Quizá sea un diagnóstico

precipitado, pero no parece que la obsidiana me afecte.

Pese a que le prometí a mi *nonna* que nunca se lo contaría a nadie, cuando a mi amigo le empiezan a temblar los labios, decido revelar mi secreto. Al fin y al cabo, ahora tengo uno mucho más horrible y sé que lo de guardar demasiados secretos acabará envenenándome, a diferencia del hierro.

—Soy inmune. —Aunque he hablado en voz baja, tengo la sensación de haberlo gritado a los cuatro vientos desde los tejados de Luce.

—¿Qué? —La punta de la espada de Phoebus repiquetea contra el suelo de piedra.

—Soy inmune al hierro.

Deja de gimotear.

—Que eres in… Eres…, eres… ¿inmune? Pero tú…, tú eres… —Su mirada totalmente derrotada se transforma en una de absoluta confusión—. ¿Cómo? —Abre tanto los ojos, todavía húmedos por las lágrimas, que se le quedan igual de redondos que los de Minimus—. Ah.

Debe de estar sopesando todo tipo de explicaciones retorcidas, pero lo cierto es que ni mi *nonna* ni yo tenemos la más remota idea de por qué yo soy inmune tanto al mortífero metal como a la sal que les suelta la lengua a los fae.

—Eres…, eres una… niña humana cambiada.

—¿Cómo? —espeto, porque… ¿qué dice?—. Mi *nonna* me trajo al mundo con sus propias manos. Me vio nacer.

Sin embargo, ahora que lo dice…, ¿y si…?

No. Me parezco a mi madre y a mi abuela. Lo único que me diferencia es que el color de mis ojos no es exactamente igual al de ninguna de las dos.

Se me hiela la sangre y queda congelada en un bloque alrededor de mis tobillos.

—Ay, madre mía, ¿y si tienes razón? —Me miro los nudillos otra vez. Pero entonces, si soy humana, ¿por qué no me afecta la obsidiana? ¿Me estará envenenando sin que me dé cuenta?

—Explicaría por qué no tienes poderes.

—Pero tengo los ojos azules —murmuro.

—Violeta. Ahora que lo pienso, nunca he conocido a otro fae con ese color de ojos.

—También me parezco a mi *mamma* y a mi *nonna*.

—No mucho.

—Una niña cambiada… —Me toco la curva de la oreja con la mano del brazo que tengo levantado mientras la estancia se enfoca y se

desenfoca.

Humana.

Eso significa…, significa que moriré en siete décadas. O incluso antes.

—A lo mejor por eso tu madre perdió la cabeza.

Phoebus tensa el lienzo de su hipótesis hasta que no queda ni un solo agujero en la estrechamente tejida tela.

¿Lo sabrá mi *nonna?* El mero hecho de preguntármelo me deja conmocionada. ¿Por qué estoy dando por hecho tan rápido que me cambiaron al nacer por una niña feérica?

A Phoebus se le marcan unos hoyuelos al mordisquearse el interior de las mejillas mientras piensa.

—A lo mejor le ocurría algo terrible a la Fallon real y por eso tu abuela te secuestró de la Rax.

—Pero mi *nonna* se quedó tan impactada como tú al darse cuenta de que era inmune al hierro y a la sal.

—¿También a la sal? Todos nuestros juramentos…

—No la necesito para mantener mis promesas, Pheebs. Y menos cuando se las hago a mis amigos. —Noto la gélida sensación de un témpano de hielo derritiéndose gota a gota por mi espalda—. Sigues siendo mi amigo, ¿verdad?

Phoebus pone los ojos enrojecidos e hinchados en blanco.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —inquiere, y mi corazón da un suave vuelco de alivio—. Sigo sin poder creer que seas inmune a la sal. Dioses del cielo, Syb se va a… Espera. ¿Ella lo sabe?

Niego con la cabeza.

—Nadie más lo sabía salvo mi *nonna* y, bueno, mi *mamma,* pero no estoy segura de que ella se haya enterado.

Phoebus me observa y contempla la sangre que me corre por el brazo antes de chasquear la lengua y soltarse el nudo del cuello de lazo de su camisa. Arranca un pedazo de tela, me limpia el brazo con él y luego me lo ata bien fuerte para detener la hemorragia.

—Menos mal que no te he dejado tocar la obsidiana.

—Me ha rozado los nudillos. —El poco color que había recuperado vuelve a desaparecer de su rostro, así que me humedezco los labios y pregunto—: ¿Cuánto tarda en hacer efecto?

—La sangre humana se vuelve negra en cuestión de minutos.

Estudia mi brazo desde todos los ángulos y comprueba la unión entre cada uno de mis dedos.

—Creo… —Traga saliva—. No parece…

—¿Que sea humana?

—No lo sé. —Me sostiene la mirada durante un par de segundos—.

A no ser… Sí, debe de ser eso. Seguro que no están hechas de obsidiana. Deben de ser de ébano o mármol. —Se encoge de hombros —. Son materiales muy parecidos.

No sé yo. ¿De verdad que no se nota la diferencia entre la piedra y la madera?

Mientras me venda la herida, dejo mis preocupaciones a un lado para pensar en la suerte que tengo de contar con un amigo como Phoebus.

Mete el extremo de la tela bajo el improvisado vendaje con una arruga surcándole la piel tersa entre las pálidas cejas.

—A lo mejor estamos equivocados y resulta que tampoco eres humana.

—¿Y entonces qué soy?

Me mira entre sus largas pestañas rubias.

—¿La hija de una serpiente?

—De una serpiente… —repito con tono burlón—. ¿Cómo iba a tener mi madre relaciones sexuales con un puñetero animal?

—Puede que Agrippina tuviese gustos peculiares. —Una de las comisuras de la boca de Phoebus se curva hacia arriba.

—Puaj, Pheebs. Puaj.

Imagino con desagrado a una serpiente montando a una humana y me estremezco.

—Deberías verte la cara —se ríe Phoebus.

—Acabas de insinuar que mi madre se tiró a una serpiente, pedazo de burro cabezacaldero —digo con mala cara—. ¿Cómo pensabas que iba a reaccionar?

Se ríe echando la cabeza hacia atrás mientras yo sacudo la mía, desesperada por borrar la imagen que ha dibujado en mi mente.

Entre carcajada y carcajada, Phoebus hace crecer una nueva enredadera que se enrosca en torno a la estaca que queda. Como hizo con la otra, hace que la planta gane más y más grosor hasta que desencaja la obsidiana de la pared.

—Una de las ventajas de ser medio serpiente es que vivirías más que un humano —ofrece cuando consigue calmarse un poco.

Antes de que la efigie golpee el suelo, agarro el pájaro por las alas, con cuidado de no tocar las puntas.

—No soy medio serpiente.

—Podría ser peor.

Bajo el cuervo para fulminarlo más cómodamente con la mirada.

—Mi madre no tuvo relaciones con un animal.

—Hum…

—Para. Deja de imaginártelo. —Arrastro la pesada reliquia hacia la

puerta y murmuro—: Que no se te olvide la moneda de oro.

Phoebus se acerca a una estantería, coge un puñado de monedas —entre las que hay unas cuantas de oro— y se lo mete en el bolsillo.

—Te has pasado. ¿No se darán cuenta?

—¿Tú qué crees, *picolo serpens?* —pregunta abarcando con la mano todas las estanterías.

—Lo que creo es que más te vale no aficionarte a usar ese nuevo apodo.

—¿O qué? ¿Llamarás a tu *pappa* con un silbidito para que me arrastre a la falla del estrecho?

Aunque no creo en absoluto que esté emparentada con una serpiente, levanto la barbilla y digo con total seriedad:

—Llamaré a mi hermano serpiente y haré que te lleve muy muy lejos de aquí.

Phoebus esboza una sonrisa pícara, mete el pie en el hueco entre la puerta y el marco y le da una patada a la bolsa para abrir la puerta de par en par y que así yo pueda maniobrar con el pájaro.

—¿De verdad piensas que soy mitad serpiente?

—No.

—¿Humana entonces?

—Espero que no —suspira—. La vida no sería ni la mitad de interesante sin ti.

—Porque tus días de saquear cámaras acorazadas llegarían a su fin demasiado pronto, ¿no?

Sus ojos brillan tanto como la estatua que he conseguido meter a presión en la bolsa.

—Exactamente. —Se pasa las correas por el hombro y me sujeta la puerta bien abierta—. El latrocinio es mucho más divertido *à deux*.

Casi le digo que tengo que encontrar cuatro cuervos más, pero me muerdo la lengua. Ya le he metido en suficientes problemas y, aunque sus orejas puntiagudas confirman que es un fae de sangre pura, incluso los castizos pueden sufrir heridas físicas, y, de pasarle algo por culpa de mi desesperación por sentarme en el trono junto a Dante, no me lo perdonaría nunca.

—No me puedo creer que estuvieses dispuesto a cortarme el brazo —le digo mientras nuestras pisadas resuenan contra los suelos pulidos de su ridícula mansión.

—No me lo recuerdes. —Arruga la aquilina nariz, me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia su costado—. Pero lo habría hecho solo porque me preocupo mucho por ti, Fallon Rossi, sin importar qué clase de criatura salida del inframundo seas.

Pero ¿qué clase de criatura soy exactamente?

Capítulo 23

Cuando nos acercamos al puesto de control entre Tarecuori y Tarelexo, Phoebus estrecha el brazo contra la bolsa para ocultar lo que se esconde en su interior. Aunque hemos puesto el voluminoso vestido azul sobre el cuervo y colocado las botas junto a las alas para disimular la extraña forma de la figura, el sudor me perla el nacimiento del pelo y me cae por la nuca.

De haber cruzado el puente sola, cargando con una pesada bolsa que en teoría solo va llena de telas bonitas, me habrían parado para registrarme. Phoebus, por el contrario, seguro que pasa entre los guardias lucinos con la fluidez de un pez que nada por el agua.

Al menos tengo la esperanza de que así sea.

Baja la cabeza para hablarme al oído.

—Sé que te dije que no habría dudado en cortarte el brazo si te hubieses contaminado con el hierro, Fallon, pero te agradecería que no intentases sacarme de cuajo el mío ahora.

—¿Qué?

—Me estás estrujando, Picolina. —Me señala con la cabeza el puño con el que me aferro a la manga recogida de su camisa.

—Lo siento —digo al tiempo que abro la mano como si tuviese un resorte.

—Me encantaría invitar a otro hombre a compartir nuestro lecho esta noche, caramelito mío. ¿Tienes a alguien en mente?

Contemplo a mi amigo con perplejidad hasta que me fijo en el brillo de su mirada.

El guardia que vimos antes sale a nuestro encuentro con los ojos grises clavados en la bolsa.

—Qué comida más rápida. —Aunque tengo el brazo malherido alrededor del de Phoebus, un extremo de la venda ensangrentada queda a la vista—. Ha debido de ser brutal, además.

Phoebus le lanza una sonrisa tensa.

—¿Haciendo el seguimiento?

—Es parte de mi trabajo.

La mirada del guardia vaga por la abultada forma de la bolsa de

piel.

—Si necesita más detalles, resulta que toda mi familia se ha ido a Tarespagia sin avisar, así que he llevado a mi chica de tiendas y se ha raspado con un gancho oxidado y… Em… —Phoebus recorre al hombre con la mirada, desde el cuello alto dorado hasta las botas lustradas—. ¿Estaría interesado en unirse a nosotros esta noche? Estábamos buscando una polla más para darle un poco de vidilla a nuestra relación.

El guardia levanta la mirada apresuradamente del voluminoso bolso mientras el rubor se extiende por su mandíbula.

—Yo no… Yo… —Sacude la cabeza como si quisiese librarse del sofoco que lo inunda—. Cruzad y ya.

Phoebus se ríe entre dientes ante la turbación del hombre y le lanza un guiño cuando tira de mí para dejarlo atrás.

Creo que he estado conteniendo el aliento desde que el guardia se ha interpuesto en nuestro camino.

Phoebus también debe de haberse dado cuenta, porque murmura:

—Respira hondo, Fal.

Entreabro los labios y tomo una profunda bocanada de aire.

—No te ofendas, pero eres una pésima ladrona.

—Yo no tengo las orejas puntiagudas —le recuerdo con un codazo.

—Cierto, pero la lengua la puedes llegar a tener muy afilada. Deberías sacarle partido. Y no solo para lamerle el pecho a Dante.

No logro reprimir la risa entrecortada que brota de mis labios cuando la tensión por fin desaparece de mis hombros.

Hemos conseguido cruzar.

El plan ha salido bien de verdad.

***

Cuando subimos a mi habitación, Phoebus se ofrece a ayudarme a encontrar a alguien que nos lleve hasta la Rax para fundir la estatua del cuervo cuanto antes. Lo mando callar poniéndome el dedo índice sobre los labios y sacudiendo la cabeza.

Mi *nonna* no está en casa, pero *mamma* sí. Está profundamente dormida en su mecedora, con el cuello y la cabeza apoyados en una almohada raída que no estaba ahí cuando me marché. Mi abuela debe de haberse pasado por su habitación.

Me alegro de que no esté. Así tendré tiempo de limpiarme el brazo y decidir qué hacer con mi botín.

—Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

Phoebus me lanza una moneda de oro, que vuela dando vueltas por el aire y trazando un arco hasta donde estoy. Ahueco las manos y la

atrapo por los pelos.

—Y no tienes que devolvérmelo —añade, y se encamina hacia la puerta hasta que se fija en mis pies—. *Merda,* se nos ha olvidado ir al zapatero.

—No te preocupes. Bastante has hecho ya por mí. En cuanto a lo de la moneda…

Se tapa los oídos mientras yo insisto en devolverle el dinero, me lanza un beso y se va.

Cuando la puerta principal se cierra y hace que las paredes decoradas con frescos se estremezcan, me dirijo hacia el cuarto de baño para limpiarme la sangre seca del brazo con el agua limpia del cubo que llenamos cada día. Me cambio rápidamente el vendaje con una tira de gasa que encuentro en la cesta de mimbre donde guardamos las pomadas y los aceites hechos con hierbas medicinales y, luego, me escabullo a mi dormitorio y cierro la puerta.

La bolsa descansa sobre mi cama y el vestido azul sobresale de la abertura como una espumosa ola. Me acerco con cuidado y retiro la prenda de ropa pare revelar el cuervo que resplandece como un suculento señuelo en la oscuridad de las profundidades. Lo cojo de las alas, evitando tocar el pico y las garras, lo coloco sobre la colcha de flores desgastada y estudio su grueso cuerpo, la amplia envergadura de sus alas y la garra derecha, que tiene un resplandor cobrizo allí donde mi sangre mancha el hierro.

—Uno menos. Faltan cuatro.

Me muerdo el labio mientras paso la yema de un dedo por las delicadas barbas de las plumas, por el cuello erizado y el perfil perfectamente esférico de su cabeza. Trazo la forma de uno de sus ojos y me fijo en el diminuto puntito negro que el artista añadió bajo el cabujón de citrino para crear la ilusión de una pupila.

—¿Cómo le consiguen el trono a un príncipe una estatua y sus copias? —me pregunto en voz alta al tiempo que paso la punta del dedo por el protuberante pecho del pájaro.

Una tenue vibración hace que me detenga en seco. Benditos sean los tres reinos, ¿qué…? Alejo la mano enseguida y retrocedo con un nudo en el pecho y el corazón tan rígido como las alas del cuervo.

¿Eso era su pulso?

Imposible.

Resoplo ante lo tonta que estoy siendo y mi mente trabaja a toda velocidad para encontrar una forma de explicar lo que he sentido. Un razonamiento prevalece sobre los demás: debe de haber algo dentro de la estatua. Un arma o un reloj mecánico o algo…, algo mágico.

Me aproximo de nuevo al cuervo, lo agarro de las alas, lo pongo

bocabajo y escudriño cada centímetro de su espalda en busca de alguna costura casi imperceptible o un minúsculo pasador. Nada. Me inclino hacia delante para investigar entre sus patas y se me desboca el corazón cuando veo una pequeña concavidad. Enseguida paso el dedo por encima y lo retiro a toda prisa, pensando que la efigie va a explotar.

Cuando no ocurre nada, en parte me siento decepcionada. Me acerco sigilosamente una vez más e inspecciono la diminuta muesca. La sangre se me sube a las mejillas al darme cuenta de lo que debe de ser lo que acabo de tocar.

Yo, Fallon Rossi, acabo de manosear la entrepierna de una estatua.

Ni siquiera yo había caído nunca tan bajo. Gracias a todos los Dioses feéricos, Phoebus no estaba aquí conmigo para verme toquetear al cuervo.

Dejo escapar un profundo suspiro y llego a la conclusión de que he debido de imaginarme el repiqueteo. Toco lo que queda de las estacas de obsidiana con los pulgares. Su superficie es dura y fría y se desmenuza un poco ante mi contacto. Una de ellas se suelta fácilmente y cae sobre la colcha de mi cama. Con la otra tengo que pelearme un poco más, pero también acaba saliendo.

Estoy a punto de darle la vuelta al cuervo cuando los enormes orificios que tiene en las alas se reducen hasta desaparecer por completo.

Santa madre de todos los Calderos… Me froto los ojos. Cuando dejo caer los puños, ya no es solo que los agujeros hayan desaparecido, sino que el cuerpo de hierro ha adquirido color. La estatua es completamente negra, salvo por las garras y el pico plateados.

Un suave susurro vuela por la habitación cuando las alas extendidas del cuervo se retraen como un abanico al cerrarse de golpe.

Me aparto de la efigie con torpeza, me tropiezo con mis propios pies y aterrizo de culo con un golpe seco. El cuervo planta las garras sobre mi cama para ponerse derecho y, luego, gira la cabeza y clava sus fríos ojos dorados en mí.

Dioses…

Del…

Cielo…

Cuando sacude las alas, un alarido se abre camino por mi garganta, pero choca con mis dientes apretados, así que brota como un siseo.

Todo lo que sé sobre los cuervos me taladra el cerebro y acelera los frenéticos latidos de mi corazón. Retrocedo como un escarabajo sin perder de vista a la criatura, pero me piso el vestido y vuelvo a caer sobre mi dolorido trasero. Además, calculo mal las distancias y me

doy un coscorrón en la cabeza con la puerta.

El cuervo bate las alas con desesperación y remueve el aire de la habitación y el oxígeno que tengo en los pulmones. Tras dar otra agitada vuelta por mi pequeño dormitorio, decide buscar un punto más alto y se posa sobre mi armario.

Busco el pomo a tientas mientras el pájaro me fulmina con la mirada.

Trago saliva y me pongo en pie con movimientos lentos.

La criatura ladea la cabeza y me observa como si fuera un ser de lo más peculiar. Como si hubiese sido yo quien ha cambiado de color y ha cobrado vida.

—¿Qué clase de criatura del inframundo eres? —siseo.

Genial. Ahora estoy hablando con esta… cosa. Sí, vale, suelo hablar con Minimus, pero él es real.

El cuervo no grazna. Se limita a observarme con una mirada tan intensa que me pone los pelos de punta.

Giro el pomo.

El pájaro extiende las alas.

Cierro la puerta de golpe por miedo a que salga volando y se meta en la habitación de *mamma* o, lo que es peor, que escape al exterior.

¿Qué acabo de liberar?

¿Qué he hecho?

Capítulo 24

No sabría decir cuánto tiempo pasamos mirándonos el uno al otro, pero me empiezan a picar los ojos por no parpadear, me arden los pulmones por no tomar el aire suficiente y mi sangre fluye como un torrente submarino.

—¿Qué clase de criatura del inframundo eres? —siseo con los dientes apretados.

El cuervo no responde.

Pero ¿por qué habría de hacerlo? Es un pájaro.

¿No?

—¿Vas a matarme de un picotazo o a arrancarme el corazón con las garras?

La criatura no pone los ojos dorados en blanco, pero parece entrecerrar los párpados, como si me juzgara intensamente con la mirada.

Me paso los dedos por el pelo y me sujeto los temblorosos mechones lejos del rostro mientras intento encontrarle el sentido a un sinsentido como este.

—¿Qué se supone que debo hacer contigo?

El cuervo no deja de observarme, como si él se preguntase lo mismo respecto a mí.

—¡Una jaula! —exclamo.

Se le erizan las plumas al oírme y retrocede hasta que toca la pared con la cola para dejar tanto espacio entre nosotros como sea posible.

Vaya.

—¿Me entiendes?

¿Por qué estaba dando por hecho que no comprende lo que le digo? Minimus sí que me entiende.

Al pensar en mi amigo, por fin alejo la mirada del cuervo y la poso en la ventana, en el canal. ¿Se habrá recuperado de las heridas? ¿Me habrá perdonado por la forma tan brusca en que le pedí que se marchara?

El suave repiqueteo de unas garras hace que vuelva a clavar la vista apresuradamente en el armario. El cuervo se ha girado a mirar con

atención las aguas del Mareluce, una agitada masa oscura pese a la brillante luz del sol. El pájaro vuelve la cabeza hacia mí, como si hubiese sentido mi mirada.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Siempre y cuando no me ataques ni a mí ni a ninguna de las otras personas que viven en esta casa, yo no te encerraré. —Tampoco es que tenga una jaula a mano—. Mi madre y mi abuela no son inmunes al hierro.

Le señalo con la cabeza las garras y el cuervo se las mira. Se le erizan las plumas del cuello cuando levanta la que tiene manchada de sangre hasta conseguir ponérsela a la altura de los orificios nasales. Luego, la olisquea. Al menos, esa es la sensación que me da, porque la verdad es que no llego a vérselos desde aquí.

Lo que sí veo es que saca la lengua y saborea el hierro. La criatura se queda inmóvil, me mira por encima de la resplandeciente punta de esa uña convertida en arma y deja caer la pata con violencia. Aunque ya no está hecho de metal, el golpe sacude la madera.

Su reacción me recuerda a la de Minimus cuando nos conocimos. Nunca se me ha ocurrido pensar que mi sangre tenga un olor extraño, pero debe ser el caso si los animales reaccionan de una manera tan visceral a ella. Me llevo el brazo vendado a la nariz y lo olfateo. Unos toques de cobre y calidez se desprenden de la gasa, pero no huele ni a miel ni a sal ni a lo que solo el Caldero sabe qué será lo que atraiga tanto a los animales.

—Bueno… ¿Trato hecho?

Siento una presión tan intensa por culpa de los nervios que el cerebro me zumba. Quiero cerrar los ojos hasta que se mitigue, pero me niego a apartar la mirada de esa cosa.

—Si estás de acuerdo y entiendes lo que digo, asiente con la cabeza.

El cuervo se queda inmóvil como una estatua. Como era de esperar, estaba equivocada. Solo porque las serpientes sean inteligentes no significa que…

El pájaro baja y sube la cabeza.

Se me debe de escapar un jadeo, porque un mechón de pelo se separa de mi rostro y se me enreda en las pestañas mientras lo miro con los ojos abiertos de par en par. Pasa un minuto. Dos.

—Dioses, sí que me entiendes… —Me humedezco los labios—. ¿No hablarás también por un casual? Me vendría muy bien saber de primera mano cómo vais a conseguir que Dante ascienda al trono.

El cuervo no muestra ninguna reacción, pero ¿qué esperaba? ¿Pensaba que me iba a responder?

—Tengo una cita con él. Intentaré que me lleve a palacio para así

poder encontrar a tu amigo.

El cuervo entrecierra los ojos dorados. ¿Acaso lo habré ofendido por haberme referido a la segunda estatua como a «su amigo»?

La moneda que Phoebus me lanzó me arde en el bolsillo.

—Tengo que hacer un recado.

Voy a por la bolsa que todavía está abierta sobre la cama y saco el sedoso vestido azul que se asoma desde el interior. La tela tiene un par de enganchones por el roce con las puntas, pero no se notan mucho.

—Voy a colgar esto.

Camino hasta el armario y coloco la palma sobre el tirador. Contengo la respiración por temor a que el pájaro me ponga en su punto de mira y se lance a por mí como una de esas grullas carmesíes que cazan en el canal. Aunque sea inmune al metal, si me clava ese pico de hierro en la sien, seguro que le pone fin a mi vida.

Giro el pomo y las bisagras dejan escapar un quejido.

El cuervo no se inmuta; tampoco me ataca.

Abro la puerta de par en par y busco a tientas una percha sin quitarle ojo al pájaro negro que se cierne sobre mi cabeza. No es tan pequeño como un pato, pero no es ni la mitad de grande que las bestias sobre las que la directora Alice nos habló en clase, esas que tenían fama de secuestrar pueblos enteros.

Después de colgar el vestido, señalo el armario con la cabeza.

—Dejaré el armario abierto para que te metas dentro. Mi abuela no suele entrar en mi dormitorio si la puerta está cerrada, pero a lo mejor entra a ver qué pasa si oye ruido.

Retrocedo para estudiar mejor al protagonista de la profecía de Bronwen. Ojalá me hubiese explicado qué hacer con los cuervos una vez que los haya encontrado. ¿Volverán todos a la vida? ¿Se convertirá mi habitación en una pajarera? Un cuervo no es difícil de esconder, pero ¿cinco? Seguro que mi *nonna* los descubre.

Una embarcación militar pasa bajo mi ventana y yo contengo la respiración porque el comandante Silvius Dargento navega en ella.

Agarro la cortina de flores que pende lacia junto al postigo cerrado y tiro de ella.

—Hagas lo que hagas —apenas muevo los labios—, no muevas ni una pluma.

Silvius ladra mi nombre y luego brama una orden al hombre que dirige la barca.

Se me pone la piel de todo el cuerpo de gallina.

Ha visto al cuervo.

Ay, madre del Caldero, ha visto al cuervo.

No debería haber tardado tanto en cerrar la cortina. Puede que la

tela sea fina, pero nos habría ocultado de su vista.

—¿*Signorina* Rossi? —Hace un movimiento para indicarme que abra la ventana.

Mi corazón late a toda velocidad y bombea tanta sangre por mis venas que siento un dolor palpitante en la herida y la venda se me empapa.

Abrir la ventana es una pésima idea.

—¿*Signorina* Rossi? ¡La ventana!

—Le oigo perfectamente, comandante —bramo.

La irritación hace que se le marque más la puntiaguda barbilla.

—Me han ordenado que venga a buscarla para llevarla a palacio. —Con cierto tono de burla, añade—: Tiene una cita con el rey.

—Ah…, ¿sí? —Pensaba que Dante no iba a tener tiempo de verme hasta la semana que viene. Además, solo es media tarde—. ¿No es un poco pronto?

—Son las dos de la tarde —replica Silvius con el ceño fruncido.

—¿No está Dante ocupado… haciendo cosas de soldado? —O lo que sea que haga últimamente.

Lo único que sé sobre la vida militar es que los soldados entrenan por las mañanas. Los he visto ejercitarse en numerosas ocasiones a lo largo de los años desde las ventanas de casa y he admirado el brillo del sudor en su piel, la turgencia de sus músculos y la fluidez con la que blanden sus espadas.

La embarcación se acerca a la delgada franja de tierra firme que rodea nuestra casa.

—¿Cosas de soldado? —gruñe Silvius—. Querrá decir perdiendo el tiempo con una princesa extranjera.

El fuego de los celos arde en mi vientre.

—¿Me va a hacer sacarla a rastras de su dormitorio o bajará por su propio pie?

—¡Ya voy! ¡Deme cinco minutos!

Cierro la cortina de golpe.

Desperdicio un minuto intentando recuperar el aliento y otro más estudiando toda la habitación para encontrar una manera de atrapar al pájaro, porque no me fío de ese animal. ¿Podría volver a meterlo en la bolsa? Si lo consigo, podría cerrarla y esconderla bajo la cama.

Siento otra punzada de dolor en la cabeza. Pensaba que tendría más tiempo para familiarizarme con el cuervo y encontrar una manera de comunicarnos. Siento la imperiosa necesidad de cancelar la cita, pero entonces recuerdo que una de las reliquias está dentro del palacio.

Esto debe de ser cosa de Bronwen de nuevo. Si Dante me conduce hasta el cuervo, entonces confirmaré al cien por cien que la mujer está

ejerciendo una influencia sobrenatural sobre los acontecimientos.

—Vale, cuervo, ya es hora de bajar de ahí. Tienes dos opciones: o te escondes en el armario o te metes en la bolsa. Tú eliges.

No me hace ni caso.

Mientras me desato el vestido, intento idear un plan para capturar al bicharraco. Si empieza a revolotear por la habitación, los hombres de la embarcación amarrada verán sus movimientos a través de la delgada cortina.

Al quitarme el vestido, juraría que la mirada del cuervo cae sobre mis tobillos desnudos y sube poco a poco por mi cuerpo. Casi siento la necesidad de cubrirme, pero los cuervos son pájaros, no hombres. Ni siquiera los machos lo son.

¿Será macho? Supongo que no. No tiene nada entre las patas. Aunque, ahora que lo pienso, nunca he visto nada sobresaliendo de entre las patas de las grullas, los patos o cualquier otro animal con alas. ¿Por qué estoy pensando en los genitales de los pájaros? Ah, ya…, porque este pervertido me está mirando de arriba abajo.

Aprovechando que está distraído, levanto un brazo por el lateral del armario y lo agarro.

El animal se queda inmóvil entre mis dedos. Y entonces…

Y entonces se desvanece en una nube de humo negro.

Capítulo 25

Aparto tan rápido la mano, que me doy un golpetazo en un pecho.

Un humo negro se extiende por el pálido techo de mi habitación cuando la cosa que he liberado sale disparada y se posa sobre el cabecero de la cama. La vaporosa criatura se condensa y recupera el nítido plumaje, que adopta un brillo azul oscuro bajo la luz amarillenta que se cuela a través de la cortina.

Aunque hace calor, un escalofrío se filtra por mis poros y me pone la piel de gallina. Me abrazo a mí misma.

—Por el amor del Caldero, ¿qué narices eres? —murmuro—. Primero estás hecho de metal, luego, de plumas y, ahora, ¿de humo? ¿Cuál será tu próximo truquito de feria, cuervo? ¿Te transformarás en un hombre?

El animal me lanza una mirada asesina y yo se la devuelvo.

—Para tu información —continúo—, no estaba tratando de hacerte daño. Solo quería esconderte. Ese hombre de ahí abajo es el comandante de las tropas del rey. Si se entera de que estás aquí, volverá a dejarte clavado a la pared. —Señalo las estacas de obsidiana que hay sobre la cama—. Y puede que me haga lo mismo a mí.

No solo he entrado a robar en un hogar tarecuorino, sino que me he llevado una legendaria criatura asesina. Cuando el peso de lo que he hecho cae sobre mí como un torrente de aguas oscuras, me estremezco.

A través del delgado cristal de la ventana, veo articular mi nombre a uno de los soldados, pero no alcanzo a oír lo que dice de mí. Lo que sí escucho es la risa que sigue a sus palabras y, dado que no se me conoce por ser la reina de la comedia, imagino que lo que ha dicho no ha sido un cumplido.

—¡Soy un hombre muy ocupado, Fallon Rossi!

La voz del comandante me pone de nuevo en marcha. La paciencia no es una de sus cualidades. De hecho, odia esperar, ya sea por la comida, el vino, sus hombres o las prostitutas.

Y pensar que Catriona sugirió que me acostase con él. El asco eclipsa mi angustia y me produce un escalofrío cuando descuelgo el

vestido azul de la percha donde lo acababa de dejar y me envuelvo en la suave seda.

—Quédate en mi dormitorio y ya está —susurro—. Y, si oyes llegar a mi abuela, escóndete o te delatará.

Desafío con la mirada a mi nuevo inquilino mientras me abrocho el vestido.

—Como se te ocurra hacerle daño, te quedarás sin tus amiguitos. —Al oír eso, se pone tenso—. ¿Ha quedado claro?

Las líneas de su cuerpo se vuelven todavía más rígidas y sus ojos adoptan un gélido tono dorado que compite con el de la moneda que saco de los bolsillos del vestido que me acabo de quitar para guardarla en el nuevo.

El cuervo inclina la cabeza y me deja boquiabierta. Sí que me entiende.

—No me obligue a cobrarle por mi tiempo, Fallon Rossi. No podría permitírselo —brama Silvius cuando todavía estoy tratando de encontrar los bolsillos del vestido azul.

—Moscardón —refunfuño después de dar un respingo.

Tras otra meticulosa búsqueda entre las sedosas capas de tela, llego a la conclusión de que el vestido que me ha prestado Phoebus no tiene bolsillos y por fin entiendo por qué los tarecuorinos suelen cargar con bolsitos y bolsos de mano. Los bolsillos están reservados para la gente que no puede permitirse comprar accesorios adicionales.

Levanto una de las esquinas del colchón y coloco la moneda de oro sobre uno de los tablones de madera y, después, cojo las puntas de obsidiana, las meto en la bolsa y la escondo bajo la cama. Cuando la habitación queda recogida, me pongo de pie y me aliso el vestido, aunque no lo necesita. El material es demasiado fino como para arrugarse.

Al pasar por delante del espejo lleno de manchas que hay sobre mi escritorio, me fijo en que tengo todo el pelo enmarañado, así que cojo el cepillo que descansa sobre la mesa.

—Y no me robes esa moneda, por favor.

El cuervo entrecierra un ojo, como si le hubiese molestado que lo crea capaz de algo así.

Vuelvo a mirarme en el espejo mientras fuerzo las cerdas cortas del cepillo a pasar entre los mechones enredados. El cansancio me ha coloreado la piel debajo de los ojos de tonos grises y tengo el rostro demacrado por el estrés. Dejo el cepillo, me pellizco las mejillas y me pinto los labios de rojo carmesí para desviar la atención de mi socavada apariencia.

De camino a la puerta del dormitorio, le lanzo un último vistazo a

mi nuevo inquilino. No me puedo creer que esté a punto de dejar a un animal salvaje, potencialmente rabioso y con extremidades de hierro en casa.

Caldrone, *protege a* mamma *y a la* nonna. *Y protégeme a mí de la ira de la* nonna *en caso de que descubra lo que he liberado.*

Caigo en la cuenta de una aterradora realidad cuando ya estoy rodeando los muros azules de casa: el cuervo es capaz de transformarse en humo y podría colarse bajo las puertas.

—Por fin. —La mirada ambarina de Silvius se desliza por mi cuerpo al tenderme la mano—. Veo que tiene intención de recurrir a la seducción para reducirse la condena.

—¿Qué condena? —Doy un paso atrás.

—¿Cómo que…? —Enarca una de sus cejas negras—. Por el delito que ha cometido.

Un bloque de hielo se desliza por mi torso y me cae en el estómago, aunque no debe de rozarme el corazón, porque no se me congela como el resto del cuerpo, sino que se calienta y late con un ritmo errático que me sacude los dientes y los huesos.

Silvius no ha venido a llevarme hasta Dante, sino hasta Marco.

Alguna de las personas presentes en la casa de Phoebus ha debido de delatarme.

Me giro rápidamente a mirar a los hombres de la embarcación para buscar los cabellos pálidos y las ropas estridentes de mi amigo en un mar de uniformes blancos.

—Le aconsejo que no intente huir, *signorina,* dado que no querría tener a un hombre como yo persiguiéndola.

La queda amenaza de Silvius me sacude las entrañas y hace pedazos el hielo.

No podría haberlo dicho mejor. Por fin levanto la mano, petrificada junto a mi costado, y la coloco sobre la de él.

—He cometido muchos delitos, comandante. ¿Le importaría decirme cuál de todos ha hecho que me gane un viaje a palacio acompañada de la mano derecha de mi abuelo?

Silvius sonríe, ajeno o, lo que es más probable, indiferente ante mi sarcasmo.

—El de tener compañías diabólicas. —¿Está hablando de Phoebus? —. Ptolemy Timeus está que echa humo.

Ni siquiera me esfuerzo en reprimir una exhalación.

—La aristocracia feérica tiene un ego delicadísimo.

Las comisuras de la boca de Silvius se curvan hacia arriba cuando me conduce hasta el asiento que hay en el centro de la barca. Pese a que no quiero sentarme, una ola errante, acompañada de la

proximidad del comandante, me obliga a doblar las rodillas y dejarme caer.

—Y la plebe feérica tiene la lengua muy afilada —replica Silvius.

Se cierne sobre mí mientras su mirada ambarina recorre mis labios pintados. Espero que no se esté imaginando mi boca en contacto con su cuerpo, porque, si hay algo que mi afilada lengua jamás exploraría, es la piel de este tipo.

—Como muy bien ha comentado antes, su abuelo me tiene en muy alta estima.

Espero a ver a dónde quiere llegar.

—Gozo de una gran influencia en Isolacuori. De interceder por usted, su pena se reduciría considerablemente.

—Yo pensaba que las penas se decidían después de celebrar un juicio.

Una vez que entramos en el canal más meridional que comunica las veinticinco islas, el elemental de agua que controla nuestra velocidad y trayectoria propulsa la embarcación y hace que dejemos una profunda estela a nuestro paso. El viento juguetea con los largos cabellos negros de Silvius y me inunda las fosas nasales con el perpetuo e intenso aroma a incienso de las habitaciones privadas que hay en el piso superior de la taberna. O ha venido directo a por mí nada más salir de la cama de una de las prostitutas o no se ha duchado esta mañana.

—Así es, se deciden después del juicio —dice con expresión confundida.

—Entonces se está adelantando a los acontecimientos al asumir que necesitaré que rebajen mi condena.

La mano de Silvius aterriza sobre el asiento y se inclina hacia mí, de manera que me veo embestida por otra oleada de ese aroma tan nauseabundo.

—Esta no es la primera infracción que comete con una serpiente, Fallon Rossi.

Echo la cabeza para atrás con la intención de alejar la nariz de él.

—¿Qué otra infracción he cometido con uno de esos animales?

Se endereza hasta quedar totalmente erguido.

—En el puerto real. Hace una década. No piense que la gente lo ha olvidado.

—No sabía que la torpeza fuese en contra de la ley en Luce.

El comandante separa los pies para mantener el equilibrio cuando la barca sale a mar abierto, en camino a la amenazadora isla donde reside el rey y, paradójicamente, también el segundo de los cinco cuervos que tengo que reunir.

—No es eso lo que le preocupa al rey.

—¿Es porque me gustan los animales?

—Desde luego, su humanidad es preocupante.

—A lo mejor es porque soy preocupantemente humana.

—Solo en parte. —Si Silvius lo afirma con semejante rotundidad, ¿significa que Phoebus se equivocaba al pensar que soy una niña humana cambiada?—. ¿Me permite darle un consejo, jovencita?

—Ahórreselo, comandante.

Ya había entreabierto los labios, listo para iluminarme con su sabiduría, pero cierra la boca de golpe y expulsa una gran cantidad de aire caliente por la nariz. Me mira fijamente por un momento y sus pupilas laten de rabiosa estupefacción. Entonces se inclina de nuevo y me agarra por la nuca.

—Estás jugando con fuego, Fallon.

Un escalofrío me recorre la piel ante su cada vez más férreo contacto.

—A diferencia de ti, yo no tengo fuego con el que jugar, Silvius. Ahora, suéltame.

—Llámame comandante. —Me da un brusco apretón en el cuello para transmitirme su desaprobación antes de apartar la mano e incorporarse una vez más—. No soy ni tu amigo ni tu igual.

—Que el Caldero me libre.

Un nervio se tensa en su sien. Tiene razón. Estoy jugando con fuego. Con *su* fuego. Y, dado que yo no dispongo de agua con la que extinguirlo o una corona sobre mi cabeza, es un juego de lo más peligroso.

Un quedo lamento, seguido de un sonoro chapoteo, me hace girar la cabeza hacia un lado. Paralelo a la embarcación, un enorme cuerpo rosado entra y sale de la resplandeciente superficie del agua, como una aguja que se desliza por una tela. Tengo el corazón en un puño y noto como late todavía más deprisa cuando veo las franjas blancas de piel entre las escamas rosas.

Minimus.

Niego de manera casi imperceptible, con un «escóndete» en la punta de la lengua.

Silvius sigue mi mirada hasta el cuerno de marfil que entra y sale de las extensas aguas azules del océano.

—Eso es. Tú solo juegas con serpientes. —Se me entrecorta la respiración cuando posa su petulante mirada en mí y añade—: Con serpientes rosas y llenas de cicatrices.

Capítulo 26

Al acercarnos a la isla dorada, con su embarcadero de metal y su verde flora, la amenaza de Silvius resuena entre mis sienes. Como se le ocurra ponerle un solo dedo encima a Minimus…

—La joya de Luce. —La mirada ambarina del comandante por fin deja de escudriñar el agua que oculta a mi fiera rosada—. Hogar de nuestro venerable monarca y su apreciado general.

Mis pensamientos pasan de un odioso hombre a otro. Nunca me he considerado una persona particularmente rencorosa, y menos cuando se trata de extraños, pero me reconcome la rabia cuando veo aparecer ante mí al hombre que le mutiló las orejas a mi madre y destruyó la fe de mi abuela en los hombres.

Justus Rossi aguarda en el lustroso muelle, con las manos a la espalda y acompañado de seis guardas envueltos en la sombra de su rígido cuerpo. Al contemplar al monstruo ataviado en tonos borgoña y dorados, deseo más que nunca ser una niña cambiada.

Silvius se inclina hacia mí para susurrar:

—Mira quién te está esperando, Fallon.

—*Signorina* Rossi. Como usted mismo dijo, no soy ni su amiga ni su igual —le espeto sin romper el contacto visual con mi abuelo.

Veo perfectamente como traga saliva, estupefacto, cuando unas olitas rompen contra el casco del barco.

—Piensa en tu monstruo, Fallon. Piensa en él la próxima vez que te dirijas a mí de una forma tan impertinente.

Aprieto los dientes ante la amenaza y me muerdo la lengua por el bien de Minimus. No veo la hora de que llegue el día en que mi posición social sea superior a la suya. Me vengaré de lo lindo. Primero, ordenaré que lo desnuden en medio del muelle de Tarelexo para que la gente lo mire y lo toque de forma inapropiada, como si fuera otra caja de mercancía más, y, una vez que lo haya humillado lo suficiente, se lo echaré de comer a Minimus.

El elemental de agua que dirige la embarcación reduce la velocidad y gira antes de deslizarla con pericia hasta la zona de amarre, sin que la amurada toque en ningún momento el muro de contención de

piedra. Ojalá tuviese el poder de controlar mi elemento… Podría alejar la barca del muelle. Tal vez incluso volcarla.

Justus me evalúa de pies a cabeza y yo hago lo propio.

Es mucho más alto y fornido de lo que esperaba después de haberlo visto en contadas ocasiones a lo largo de los años. Tiene unas facciones que muestran una aterradora severidad y el cabello del color de la piel de las naranjas asadas, un tono más oscuro que el de *mamma,* entrelazado con mechones plateados que demuestran el siglo de vida que le saca a la *nonna.* Lleva la melena peinada en una adusta cola de caballo trenzada y, aunque no puedo comprobarlo porque está de frente a mí, no me cabe duda de que las puntas le llegan hasta el extremo inferior del talabarte dorado donde porta una espada con joyas engastadas.

Mi abuela no es una mujer dulce, ni en lo que respecta a su carácter ni en lo referente a su forma de comportarse, pero es una criatura hecha de pétalos y azúcar en comparación con este hombre, pese a que ni siquiera ha hablado.

—Buenas tardes, general. —Silvius se aparta de mí y sube al muelle sin que apenas se le arruguen los pantalones blancos.

Justus no le devuelve el saludo. Ha depositado toda su atención en mí, aunque a mí me encantaría que la repartiera entre los demás.

Otros dos soldados suben a la plataforma y me dejan sola con el elemental que maneja la embarcación.

Justus y Silvius me observan y me instan en silencio a levantarme, así que yo no me muevo. Puede que sea una bastarda mestiza, pero no soy una súbdita pusilánime. Si quieren que me levante, tendrán que pedírmelo. E, incluso entonces, me levantaré solo si yo quiero.

Nuestra lucha de miradas solo dura cuarenta y tres segundos. He llevado la cuenta.

Silvius es el primero en ceder.

—*Signorina* Rossi, por favor, suba al muelle.

Aparto la mirada de mi abuelo para posarla en el comandante, que está tan tieso como un palo, pese a que en su rostro se ve que está hecho un manojo de nervios. Resulta fascinante cómo la presencia de un superior puede hacer que hasta la compostura del peor matón se tambalee.

—¿Es que no ha oído la orden que le he dado, *signorina* Rossi? —ruge Silvius.

—Hum. ¿Cuál de todas? Ha dado muchas.

Pese a que las fosas nasales del comandante son más estrechas que las de mi serpiente, la respiración de Silvius es tan estruendosa como la de Minimus.

—La de que baje del barco.

—Ah. Sí que le he oído, pero no estaba del todo segura de ser bienvenida en Isolacuori.

Las pupilas de mi abuelo se contraen hasta que no son más que dos puntitos del tamaño de los pendientes de oro y rubíes que recorren los pabellones de sus orejas.

—¿Espera que se la juzgue en el embarcadero?

—Claro. El juicio. Me había olvidado de él por un momento.

Un maravilloso momento.

Ambos hombres aprietan la mandíbula mientras los soldados que los rodean miran de reojo a sus compañeros y a mí. Al final, me pongo en pie, esforzándome todo lo que puedo por ocultar la satisfacción que siento al haber causado semejante revuelo. El capitán de la embarcación me ofrece su mano, pero no se la acepto, ni siquiera la miro. Todos los demás salieron de la barca sin ayuda, así que yo haré lo mismo.

Me recojo la falda, contenta de haberme puesto un vestido caro y elegante pese a las circunstancias, y subo al embarcadero dorado.

—He oído hablar mucho de usted, general Rossi.

La nuez le sube y baja por su largo cuello.

—No me sorprende.

Tiene una voz tan… normal —no es ni demasiado grave ni demasiado aguda— que tardo un segundo en asimilar su respuesta. Sin embargo, cuando caigo en la cuenta de lo que ha dicho, me pregunto si habrá hablado desde la arrogancia o la socarronería. Por el canal se dice que es tan soberbio como Marco.

Su mirada se posa sobre la venda que se oculta bajo una de las delicadas mangas blancas de mi vestido antes de dirigirse a Silvius.

—¿Por qué le sangra el brazo?

¿Espera que el comandante le responda o piensa que ha sido él quien me ha hecho daño? ¿Qué le haría si Silvius hubiese sido el culpable? ¿Lo castigaría o le daría una palmadita en la espalda? Me siento tentada de insinuar que me ha maltratado para ver qué destino le depara al despiadado comandante, pero no quiero poner la vida de Minimus en riesgo.

—Porque soy una torpe. —Me encojo de hombros—. Es la carga con la que los pobres mestizos tenemos que lidiar.

Permanece con el rostro totalmente inexpresivo.

—Vaya a buscar a Lazarus. Quiero que le curen eso antes de su audiencia con el rey.

Por un instante, pienso que Justus ha llamado a un sanador porque se preocupa por mi bienestar, pero sus siguientes palabras no tardan

en borrar de un plumazo esa endeble teoría:

—No queremos que su sucia sangre mancille el terreno más sagrado de todo Luce.

Touché, nonno. Touché.

Qué ingenua he sido al pensar que un padre capaz de rebanarle las orejas a su hija sería capaz de sentir afecto por su nieta.

El general separa las manos de la espalda y apoya una sobre la empuñadura de su espada.

—No te pareces en nada a Agrippina.

¿Es una mera observación o es esta su manera de señalar lo poco que destaca mi parte feérica?

—Supongo que me asemejo más a mi padre.

El sanador llega con su larga túnica negra agitándose ante la lánguida brisa que arrastra un aroma cítrico. Es el mismo hombre que curó a Dante después de que atravesara el estrecho a nado.

—¿Me ha llamado, general Rossi?

—Cúrale el brazo a la chica —dice Justus con un movimiento en mi dirección.

La… ¿chica?

Incluso Silvius abre los ojos como platos al oír cómo mi abuelo se ha referido a mí, aunque enseguida se asegura de devolverlos a su tamaño normal.

El sanador feérico me señala el brazo con un asentimiento de cabeza.

—¿Me permites?

Me concentro en la hilera de aros que decoran las orejas del hombre e ignoro la gélida mirada azul de Justus cuando levanto el brazo y me subo la manga. Por suerte, no me he manchado las vaporosas mangas de sangre.

Lazarus retira el vendaje con gesto extrañado y frunce más el ceño cuando la herida queda a la vista.

—¿Con qué te has cortado, chiquilla?

—Con un anzuelo. —Cuando veo que arquea las cejas canosas, añado—: Era bastante grande.

Después de darle la tira de tela manchada a uno de los soldados de Silvius, Lazarus me levanta el brazo, lo olisquea y desliza la nariz por mi muñeca, hasta mis nudillos, donde se detiene durante un incómodo momento que se me hace eterno.

¿Me olerán los dedos al cuervo? Los sentidos de los fae son más agudos que los de los humanos, pero ¿de verdad pueden los fae de sangre pura diferenciar el olor de las plumas de una criatura legendaria de las de un pato?

Se me acelera el pulso y noto como me vibra en el cuello. Dado que las orejas feéricas no son solo afiladas, sino que también cuentan con un oído muy agudo, disimulo mi inquietud con un comentario sarcástico.

—¿Voy a morir, sanador?

Al erguirse, Lazarus clava sus iris ambarinos en mí.

—Hoy no, *signorina*.

No sabría decir si es una amenaza o una mera observación. Soy consciente de que no soy inmortal —ninguna criatura en este mundo lo es—, pero ¿viviré mi vida hasta el final?

El hombre se lleva la mano al pendiente más alto de su oreja derecha y frota una gema translúcida y amarilla como la savia hasta que se le impregnan los dedos de un ungüento que luego me aplica sobre la herida. Su contacto hace que dé un respingo.

Mientras me cura, mantiene los ojos cerrados y su pecho sube y baja con cada respiración como el oleaje que rompe contra los acantilados que hay a ambos lados de Monteluce. Nunca he navegado alrededor del continente, pero he oído las historias que cuentan los pescadores, que no se alejan demasiado de las costas lucinas para no tener que pagar el desorbitado peaje que Glace impone a quienes opten por surcar sus aguas tranquilas.

Me quito el sudor que se me acumula sobre el labio superior con la lengua y trato de centrarme en cualquier cosa menos en el dolor agudo que se abre un violento camino por mis venas.

—Ya casi está.

El fae de cabellos plateados debe de haberse fijado en la película de humedad que cubre mi piel, porque trata de reconfortarme con sus palabras.

Trago saliva. Aunque ha dicho que ya casi está, tengo que soportar el dolor durante otro largo minuto. ¿Tardó tanto en curar a Dante o es que mi cuerpo cicatriza más lentamente al ser solo mitad fae? Seguro que la explicación correcta es la segunda.

Cuando Lazarus aparta las manos, mi piel está impoluta. El único rastro que queda de la herida es un poco de sangre seca, pero envuelve todo mi brazo en una llama de fuego feérico y se deshace de ella.

Doy otro respingo.

—¿Tan necesario era achicharrarme el brazo?

Baja la peluda barbilla.

—Sí, chiquilla.

Mi corazón, que se había hecho un hueco en uno de mis puños cuando el sanador pasó la nariz por los nudillos, se coloca en el

estrecho espacio entre mi lengua y mi paladar y late desde ahí.

¿Será el olor del cuervo o el del hierro que corre por mis venas el que ha captado?

Si le habla a mi abuelo del primero, el sanador me estará condenando a muerte. Yo negaría una acusación como esa, claro, pero ¿y si registran mi casa? Aunque el cuervo pueda transformarse en humo, lo atraparían. Al fin y al cabo, ya lo cazaron una vez con esas puntas de obsidiana.

—¿Qué has percibido en su sangre para estar tan alterado, Lazarus? —La voz de mi abuelo interrumpe bruscamente mis divagaciones.

El sanador me estudia una última vez antes de levantar la mirada hacia Justus.

—Me pareció oler el aroma de la cúrcuma y me preguntaba qué se le habría pasado por esa cabecita tarelexina para tratar una herida abierta con un anticoagulante.

—Seguramente haya sido idea de Ceres. Le encanta preparar remedios naturales.

Aunque su comentario me molesta, la mentira de Lazarus me irrita aún más, porque el sanador ha descubierto uno de mis secretos —quizá los dos que guardo— y, como bien dijo Antoni, los secretos son las armas más peligrosas de este mundo.

¿Qué pensará hacer ese hombre con lo que ha averiguado?

Capítulo 27

Recorro las islas concéntricas que conforman Isolacuori flanqueada por el general, el comandante y seis soldados. A diferencia de Tarecuori y Tarelexo, las franjas de tierra aquí no son rectas.

Cada vez que el estrecho camino se curva, me preparo para encontrarme unas vistas espectaculares, pero solo veo más ramas y flores. No es hasta que alcanzamos los canales que separan las islas que la espesura da paso por fin a las cristalinas aguas que fluyen bajo los puentes dorados.

Dante una vez me contó que hay unas rejas soldadas a los cimientos sumergidos de Isolacuori para cortarles el paso a las serpientes y embarcaciones y así convertir los canales en zonas de baño reservadas para la familia real y los más distinguidos miembros de la sociedad feérica. Me dijo que incluso tratan el agua a diario con un compuesto que reduce la salinidad y que se elabora en Nebba.

Ojalá pudiesen hacer nuestros canales más seguros también, pero que los Dioses libren a la aristocracia feérica de hacer algo en beneficio de quienes ocupamos los estratos más bajos de la sociedad. Ahora que lo pienso, las serpientes necesitan la sal, así que lo mejor será que no echen esa misteriosa solución salina nebbana en nuestro lado del estrecho.

Los altos arbustos salpicados de flores exóticas se convierten en setos bien cuidados y empiezan a verse algunos edificios. El primero es una enorme construcción de mármol sostenida por pilares: el sagrado templo feérico. Aunque nosotros contamos con dos lugares de culto, ninguna de las dos estructuras es tan inmensa o deslumbrante como esta.

Vale que el templo tarecuorino es espléndido y de grandes proporciones, pero la piedra con la que está construido está estriada y ha perdido el brillo tras años de verse expuesta a la bruma marina. El de Tarelexo, por su parte, es sencillo, angosto y de madera pintada para que parezca piedra, con bancos astillados y vigas al descubierto.

Pese a que mi comitiva no me conduce al interior del templo, alcanzo a ver por un breve instante su techo de cristal, una única hoja

que se extiende por el inmenso tejado y que supone una verdadera hazaña de arquitectura mágica.

Al recordar que esto no es una visita de cortesía, vuelvo a prestar atención al camino que se abre ante mí y a los quedos susurros de los guardias que me rodean.

—Cato se encargó de todo —le explica Silvius a mi abuelo.

El general aprieta los labios. Asumo que Cato no le cae demasiado bien, lo cual hace que aprecie todavía más al generoso fae de cabellos blancos.

—¿Todavía sigue rondando a Ceres?

—Sé de buena mano que ella no ha correspondido ninguno de sus avances.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría y me ponen los pelos de punta. ¿Son conscientes de que estoy oyendo todo lo que están diciendo? ¿Están hablando tan abiertamente porque tienen la esperanza de que los oiga? No imagino al general o al comandante manteniendo una conversación privada en público, así que su intención es que preste atención a lo que dicen, pero ¿por qué? ¿Para demostrar hasta dónde llega su poder? Con la suerte que tengo últimamente, descubrirán lo del cuervo antes de que me dé tiempo a encontrar los cuatro restantes.

—Su informe deja a Ptolemy en pésimo lugar —está diciendo mi abuelo.

—Timeus es una deshonra —parece murmurar Silvius, y la mirada fulminante que le lanza mi abuelo me confirma que he oído bien. Enseguida, añade—: Mis disculpas. Eso ha estado fuera de lugar.

—Asegúrese de no sacar a pasear esa lengua viperina en su presencia.

—¿Va a acudir al juicio? —pregunta Silvius—. Pensaba que Cato se había encargado de saldar la deuda de su nieta con…

Me inclino tanto hacia delante que me tropiezo con la unión entre los adoquines y el puente dorado que nos disponemos a cruzar. Muevo los brazos en todas direcciones y le doy un manotazo en la espalda al guardia que camina ante mí, quien se gira y saca una aterradora daga de su talabarte.

Retrocedo de un salto y pongo las manos en alto.

El silbido de una espada corta el aire. Pensaba que el filo iba a apuntarme a mí, pero Justus lo dirige hacia el guardia.

—Guarde esa arma o le dejaré sin mano, *soldato*.

Ante la amonestación del general, al soldado se le desencaja la mirada y su nuez da un vuelco por encima del cuello alto de su uniforme.

—*Scusa, generali.* —Baja tanto la cabeza como los ojos grises.

—Sería muy poco profesional por nuestra parte cortarle el cuello a la chica antes de que tenga oportunidad de expiar sus pecados.

Ya es la segunda vez que confundo la desaprobación de mi abuelo con la amabilidad.

Aunque los torcidos olivos no me han hecho nada, fulmino sus ramas de frutos dorados con la mirada. En nuestro lado del estrecho, las olivas tienen un tono verde amarillento, no amarillo puro. Imagino que seleccionaron estos árboles para que su fruto hiciese juego con los puentes y las columnas de la estructura que se alza tras sus retorcidos troncos.

Dante una vez comentó que su hogar tenía muros de piedra y estaba rodeado de columnas doradas. Incluso me enseñó su ubicación desde el tejado de la escuela, pero la densa vegetación hacía que resultase difícil ver nada. ¿Es este su hogar?

He debido de hablar en voz alta, porque toda la comitiva se ha detenido y los dos hombres que la encabezan me miran por encima del hombro.

—Sí, este es el hogar del príncipe Dante —dice Justus—, aunque he oído que prefiere dormir en ese sucio burdel donde tú trabajas tan duro.

Capítulo 28

Me muero por corregir a Justus Rossi y decirle que lo que él llama burdel es, ante todo, una taberna, pero me muerdo la lengua porque me da igual lo que piense de mí o de mi trabajo.

—Se equivoca. Dante nunca pasa la noche en Lecho de Paja.

—¿Dante? —Una de las cejas de mi abuelo trepa por su frente.

—Estudiamos juntos, así que me resulta difícil referirme a él por su título.

—Para ser una persona que ha recibido la mejor educación que se puede obtener en el reino, hablas y te comportas como una *scazza* tarelexina, querida.

Madre del Caldero, qué joya de hombre. El nombre de mi abuelo sube hasta la primera posición en la lista de personas a las que dejaré sin poder cuando me convierta en reina.

Tres puentes después, no solo he preparado una lista de candidatos perfectos para ocupar su puesto, sino que también hemos llegado al corazón de Isolacuori. Aquí hay más guardias que en las islas de los barracones, un regimiento entero de hombres vestidos de blanco lucino. Todos llevan un talabarte dorado cruzado sobre el amplio pecho y de él asoma una empuñadura, resplandeciente pese a que sus espadas son mucho más sencillas que la de Justus.

Los soldados, que no se mueven ni nos siguen con la mirada cuando pasamos ante ellos, parecen más estatuas que hombres. Me pregunto si su papel es meramente decorativo o si alguno rompería filas para atacarme si me pasase de la raya.

El impacto de una mano en el cuello de alguien me hace posar la mirada de nuevo sobre mi abuelo, que acaba de espachurrar un insecto en vez de perdonarle su efímera vida.

No es que me gusten absolutamente todos y cada uno de los animales que habitan nuestro mundo —al fin y al cabo, algunos nos dejan picaduras—, pero no puedo evitar odiarlo un poquito más por ser tan implacable, igual que no puedo evitar desear que todo un ejército de abejas descienda sobre él y deforme su esbelta figura. Estoy segura de que las ahogaría a todas antes de que pudiesen picarlo, pero

al menos daría un buen espectáculo.

Al final de la muralla de puro músculo, hay unas puertas doradas y descomunales, talladas con rayos de sol, a juego con la corona de Luce.

—¡Abrid las puertas! —grita Justus.

El elemental de aire que quiso pincharme antes con su daga abre las manos y lanza sendas ráfagas de viento que empujan el denso metal. Las puertas rechinan al abrirse y revelan una entrada decorada con mosaicos que representan al sol rodeado de la imagen de las cuatro divinidades feéricas, todos ellos hombres.

Cuando era más pequeña, le pregunté a mi *nonna* por qué no había ninguna diosa. Ella me explicó que era porque se nos quería hacer creer que las mujeres somos inferiores para amedrentarnos y ayudar a los hombres a considerarse superiores a nosotras. Tardé años en comprender qué era lo que había querido decir.

A medida que me adentro en la estancia, estudio el sol teselado antes de levantar la mirada hasta el estrado y contemplar a su encarnación. Marco está sentado sobre un trono tan grande y dorado como todo lo demás en Isolacuori. Se parece mucho al hombre que amo. Pero también es muy distinto.

Tiene la mandíbula más cuadrada, el cabello más oscuro y la mirada más afilada. Al acercarme a él, recorre la comitiva con la mirada hasta posar los ojos en mí. Mientras que los de Dante son tan azules como el cielo estival, los de Marco tienen el oscuro tono ambarino del fuego que crepita en el centro de la estancia cuadrada, tan alta como ancha; un cubo de oro pulido y techos de cristal. Dado que la sala está bañada por el sol y no hace falta calentarla, asumo que el fuego es puramente simbólico. Una vez que hemos rodeado el sibilante ramillete de llamas, el comandante y el general se colocan junto a mí, uno a cada lado.

Dejo escapar un suspiro de alivio cuando Justus ordena que nos detengamos. Aunque con estos zapatos me siento como si caminara sobre una nube, las ampollas que ya tenía han empeorado con el roce de la tela. No me atrevo a comprobar el deplorable estado de mis pies por miedo a que la seda azul celeste esté manchada de un rojo carmesí, así que mantengo la vista clavada en el rey, que inclina la cabeza para mirar más allá del marqués.

Mi verdugo está pegado al estrado y sus muslos rozan la dorada plataforma elevada.

—¿Esta es la joven que le ha causado tantos problemas, Ptolemy?

Aunque tiene la voz tan grave como la de Dante, el timbre de la de Marco hace gala de una arrogante indiferencia, ausente en la de su

hermano.

Ptolemy se da la vuelta y se ruboriza hasta que su piel adopta un tono idéntico al del lazo que surca su trenza.

—La Encantadora de Serpientes —sisea.

Dante me bautizó con ese apodo hace una década y no me molesta, pero detesto la forma en que Timeus lo pronuncia.

Marco inclina la cabeza hacia un lado.

—Justus, ¿tú qué opinas?

—Con el debido respeto, *maezza,* el general no estaba presente durante el altercado.

El duende de Ptolemy revolotea sobre la cabeza de su dueño, vestido con la misma seda carmesí de la camisa del marqués.

Marco agita los dedos.

—Usted ya ha contado su versión, Ptolemy. Con pelos y señales, además. Ahora me gustaría saber qué tiene que decir el abuelo de la joven al respecto.

—¿A-abuelo? —Timeus se queda blanco.

Me alegro de que no sea consciente de lo mucho que Justus Rossi me desprecia, porque ver al marqués temblando como una hoja engalanada en seda es fascinante.

—Justus Rossi. Fallon Rossi. —Marcus nos señala—. Me sorprende que no haya atado cabos, Ptolemy. —Tras una pausa, vuelve a recorrer el empalidecido rostro del marqués con la mirada—. Justus, ¿tu opinión?

—Evalué personalmente los daños que sufrió la barca del marqués cuando me informaron del incidente. Una moneda de oro cubrirá las reparaciones de la estructura y de sus llamativos accesorios.

Timeus frunce los labios igual que Syb cuando chupa una de esas bayas de serbal recubiertas de azúcar que su padre prepara a final de año, siguiendo la tradición lucina de endulzar los momentos amargos que hemos vivido y estamos por vivir.

—¿Y qué hay de los daños inmateriales que me ha causado? No hemos llegado a un acuerdo en ese aspecto.

Abro los ojos y la boca al mismo tiempo.

—¿Daños inmateriales?

—A mi persona.

Lo miro de arriba abajo en busca de alguna herida. Cuando no encuentro ninguna, vuelvo a posar la vista en su rostro.

—Ah…, ¿se refiere a su ego?

—Cierra el pico, niña —gruñe mi abuelo.

El rey se pasa el dedo índice y anular por los labios, curvados en una sonrisilla de suficiencia.

—Aceptó la moneda de oro, Ptolemy. Dado que mi general considera que es una cantidad justa, no voy a reabrir el procedimiento. Tendrá que bastar para recomponer tanto la barca como su honor. Puede retirarse.

No lo habría creído posible, pero a Timeus le arde el rostro todavía más, como si se le hubiese subido la magia de fuego a la cabeza.

—Todavía falta por tratar el tema de la serpiente.

—Sí, así es. —Los ojos ambarinos de Marco parecen ponerse tan rojos como el rostro del marqués.

—¿Y qué castigo le…?

—¿Usted puede transformarse en serpiente, Ptolemy? —pregunta el rey.

—¿Disculpe, *maezza?*

—Salvo que sea capaz de convertirse en una bestia escamosa o esté emparentado con la *signorina* Rossi, el resto de la audiencia no es de su incumbencia.

El marqués cierra la delgada boca de golpe.

—Estuve allí. Puedo testificar…

—Ya lo ha hecho mientras esperábamos a la acusada. Ahora, márchese.

Esa última palabra resuena por la sala del trono y rebota sobre cada tesela dorada.

Con las mejillas surcadas de manchas rosas, Ptolemy da media vuelta y azota a su duende en la cara con la trenza. Aunque la derriba, la diminuta criatura se apresura a alzar el vuelo de nuevo mientras sacude la cabeza para recuperarse del golpe.

El airado marqués avanza hacia mí y, aunque no creo en absoluto que los dos hombres que me flanquean actúen movidos por el cariño que me tienen, Silvius se acerca a mí y Justus acaricia las gemas que decoran la empuñadura de su espada.

—Recibirás una visita de mi duende el primer día de cada mes para reclamar lo que se me debe, Fallon Rossi.

La saliva sale disparada de los labios de Timeus cuando marca la erre y sisea la ese de mi apellido. Por suerte, está a suficiente distancia como para no salpicarme.

—Lo tendré en cuenta.

Siento que parte de la tensión que me agarrota se alivia al saber que no vendrá en persona a por el dinero.

Debería haberlo supuesto, porque ¿cómo iba a desplazarse un marqués hasta Tarelexo? Los castizos pisan las calles de Tarelexo en contadas ocasiones. Solo se desplazan por los canales, a la caza de alguien con quien pasar la noche, puesto que, en sus refinados barrios,

donde se ven obligados a cortejar a las mujeres para acostarse con ellas, no consiguen encontrar compañía.

Aunque me gustaría explicar el motivo de nuestra trifulca, recuerdo que, cuando lo intenté con Cato, este me suplicó que guardase silencio. Imagino que los hombres que me rodean no serán tan considerados. Además, necesito acelerar la audiencia, no alargarla.

Un cuervo me está esperando. Uno que rezo para que mi *nonna* no haya descubierto todavía.

Una vez que Ptolemy abandona la sala del trono y las puertas de metal se cierran con un estrépito, el rey Marco se levanta y baja del estrado. Está envuelto en oro de pies a cabeza y resplandece con cada paso que da.

Yo levanto la cabeza, en parte porque el rey es más alto que su hermano y en parte porque mi *nonna* me enseñó que mantener una postura orgullosa ayuda a ganar aplomo, y una buena dosis de seguridad me vendría bien ahora mismo.

Marco extiende una mano hacia mi abuelo. Mi actitud estoica flaquea y doy un paso atrás.

Silvius me agarra del brazo.

—¿No le dan miedo las serpientes ni los marqueses, pero sí una pizquita de sal?

Se me para el corazón tan inesperadamente que me siento desfallecer. Pensaba que estaban a punto de cortarme la cabeza.

Debo de tambalearme, porque Silvius entierra los dedos en mi piel cuando Justus abre con el pulgar una cajita dorada decorada con rubíes tallados.

Marco coge del interior un pellizquito de gruesos granos blancos.

—Abra la boca, *signorina*.

Aunque preferiría tomármela yo misma, obedezco al monarca y dejo que me ponga un poco de sal sobre la lengua, como si me estuviese sazonando para meterme al asador.

—¿Cómo es que ninguna de esas alimañas la ha aplastado ni la ha arrastrado a su guarida, *signorina* Rossi? —pregunta una vez que he tragado.

Aprieto los labios mientras trato de decidir cómo responder.

—Tal vez sea porque, a diferencia de ciertos caballeros, yo no supongo una amenaza para esas bestias, *maezza*.

Marco deja escapar un resoplido divertido. Aunque hay una corona sobre su cabeza y la magia fluye bajo su piel, ese sonido me recuerda que el monarca es una persona de carne y hueso, igual que yo.

—He visto a niños caer al Mareluce, tanto humanos como fae, y dejar un reguero de sangre tras ellos mientras esos monstruos los

arrastraban a las profundidades. Dudo mucho que las serpientes se sientan amenazadas por nuestros infantes.

Entrecierra los ojos y su color naranja ambarino se sumerge en sombras.

—A lo mejor aquellos niños atacaron a las serpientes y las asustaron. Al fin y al cabo, aprendemos antes a odiarlas y temerlas que a caminar.

—Y, aun así…, usted no las teme.

Marco entrelaza las manos a la espalda y los intrincados bordados de la túnica que lleva se tensan sobre sus cincelados pectorales.

La única serpiente que conozco y en la que confío es Minimus. No descarto que sus congéneres lleguen a atacarme.

—Se equivoca.

—Si las teme, ¿por qué salta tan alegremente al canal para protegerlas? —Lanza su ardiente mirada hacia mi abuelo—. ¿Le has dado azúcar en vez de sal, Justus?

—No, *maezza*.

—¿Y cómo es que tu nieta puede mentir?

—¿Me permite intervenir, majestad? —El cálido aliento de Silvius levanta los mechones sueltos que me enmarcan el rostro.

—Adelante, comandante.

—Solo he visto a la *signorina* Rossi interactuar con una serpiente en particular. Una criatura monstruosa de escamas rosadas y con el cuello lleno de cicatrices. —Mi sangre se transforma en un torrente helado—. Tal vez sí que les tiene miedo a las otras.

Marco se acerca tanto a mí que me veo obligada a levantar la cabeza.

—Conque tiene una mascota.

Aunque mentalmente doy rienda suelta a mi instinto homicida, intento que no se me note en la cara.

—El comandante se equivoca. No tengo ninguna mascota.

—Aliada. Compañera. —Silvius agita una mano—. Llámela como quiera, *signorina* Rossi. Siempre es la misma criatura la que la acecha. La que la sigue allí donde va. Y usted también va detrás de ella.

—Yo no voy detrás de ninguna criatura. —Giro la cabeza hacia él y, antes de tener oportunidad de pensar bien si debería dejar en evidencia a Silvius, espeto—: No puedo decir lo mismo de usted, comandante.

La sorpresa le desencaja la mirada.

Puede que yo esté buscando la manera de destruirlo, pero ahora él hará lo mismo conmigo. Sin embargo, sigo cavándome mi propia tumba:

—¿Fue usted quien le ordenó al comandante que me vigilara tan de cerca, *maezza?*

Una arruga nace entre las cejas del rey y me confirma que él no ha tenido nada que ver con ello.

—Fui yo —interviene mi abuelo.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Por qué?

—Quien te crio es una enemiga de la Corona.

—Es la madre de tus hijas. —Podría haber dicho «esposa», pero no quiero pensar en mi *nonna* compartiendo casa con este hombre. Bastante tiene ya con compartir su apellido. Clavo la mirada en el rey antes de añadir—: Y, si me lo permite, es una mujer que le guarda un profundo respeto, *maezza.*

Es una suerte que mi lengua no se vea afectada por la sal.

La piel y los ojos de Marco no están bañados en oro, pero brillan como si tras ellos bailasen llamas.

—Aunque me alegra oír que su abuela no le guarda rencor a la Corona, el juicio que nos compete no es el suyo, sino el de usted. Cuénteme más sobre esa escamosa compañera suya. ¿Cómo controla a esa cosa?

Minimus es macho y no es ninguna cosa.

—No sé de qué me habla.

El rey mira a Silvius con una ceja arqueada y el comandante tiembla por culpa del odio que apenas es capaz de disimular, porque sabe que estoy mintiendo.

Me aseguro de parecer ingenua y sincera.

—Si duda de mi palabra, le invito a hacerme tomar un poco más de sal.

El rey clava la vista en mi cuello.

—¿Por qué le late tan rápido el corazón?

Trago el nudo de pánico que se está formando en mi garganta.

—Porque miente —murmura Silvius.

—Porque me siento intimidada —lo corrijo al tiempo que trato de relajar la voz y el ritmo de mis latidos—. Deme más sal. Y que la traiga otra persona, dado que Silvius no confía en su general.

Lanzo ese último comentario con la esperanza de que me convierta en la aliada del hombre cuya sangre corre por mis venas.

Mis palabras golpean de lleno el ego de Justus, exactamente donde yo quería.

—Muchos hombres sacrificarían la punta de sus orejas por estar en su lugar, comandante Dargento.

—No pretendía… —El rubor tiñe la marcada mandíbula de Silvius

—. Su nieta ha puesto esas palabras en mi boca. Nunca insinuaría algo así, general.

Justus vuelve a abrir la cajita con un chasquido y luego la cierra y la vuelve a abrir. Tras intercambiar una larga mirada con el rey, este asiente con la cabeza y Justus le ofrece la caja a Silvius.

—Póngase un poco en la lengua.

Silvius abre los ojos de par en par, de manera que sus iris se mecen en un mar de blancura. Extiende la mano, coge unos pocos granos y los ingiere apresuradamente.

—¿A quién le debe lealtad, comandante?

—Al rey Marco y a usted, general.

El rey estudia el ardiente rostro del comandante.

—Pregúntale a tu subordinado algo que no quiera responder, Justus.

—He oído que está pensando en sentar la cabeza. ¿Qué mujer le ha llamado la atención?

El sudor se acumula en la línea del pelo de Silvius y le cae por las sienes.

—Preferiría no decirlo.

—¿Por qué? —Marco parece estar pasándoselo en grande a costa de la incomodidad del comandante—. ¿Tan poco agraciada es?

—Porque…, porque… —Silvius aprieta los dientes—. Es porque no es de sangre pura.

—Ah… Entiendo que es una de las señoritas de Lecho de Paja, ¿me equivoco? —El rey esboza una sonrisa cruel—. La cortesana que trabaja allí comentó que suele visitarlas a menudo cuando vino a atender mis necesidades la otra noche.

Contemplo a Marco boquiabierta, sorprendida porque hable de sus escarceos tan alegremente, hasta que recuerdo que, si va a contraer matrimonio no es por amor, sino por deber. No descartaría que su prometida tenga su propio séquito de amantes también.

—El suspense me está matando, comandante. ¿Quién es la afortunada mestiza con la que tiene intención de casarse? ¿Con Catriona, quizá?

—No. —Silvius clava la vista en la reluciente punta de sus botas, presa de una profunda vergüenza por la dirección que ha tomado la conversación.

—¿Otra ramera? —insiste Marco.

Silvius está a punto de pronunciar un «sí», pero sus labios enseguida dibujan un «no» porque, a diferencia de mí, él no es inmune al suero de la verdad.

Hago una lista de todas las personas que se encargan de llenarle el

buche a los cliente: los cuatro miembros de la familia Amari y yo. Y Flora, pero dudo que Silvius se dignase a relacionarse con una humana. Tacho a los padres de Syb y Gia, que están felizmente casados, y también me quito a mí misma de la lista, puesto que el comandante lo único que quiere es profanar mi cuerpo. Así que solo quedan las hermanas. No puedo evitar arrugar la nariz, puesto que estoy segura de que Giana y Sybille estarían dispuestas a raparse la cabeza e irse a vivir a la Rax antes que a casarse con este hombre.

—Supongo que al final sí que resultaba ser sal lo que guardaba en mi caja, Dargento.

Mi abuelo cierra la tapa de golpe y se guarda la cajita en los pantalones.

Casi siento lástima por el comandante, pero es un espécimen repugnante que me ha pellizcado el trasero tantas veces que ya he perdido la cuenta. Le vendrá bien que le hayan bajado los humos.

A medida que el color abandona sus mejillas, Silvius levanta la cabeza.

—Por favor, *maezza,* ¿le importaría si volvemos al asunto de la chica y su serpiente?

El rey cede con un profundo suspiro.

—Supongo que será lo mejor. Mi futura esposa me espera en Tarespagia para otra celebración. Así que, bueno, *signorina* Rossi, dígame…, ¿cómo controla a esas bestias?

—Yo no las controlo. Juro por el Caldero y por la Corona que soy una elemental de agua sin magia. No tengo poder sobre mi elemento ni sobre las criaturas que habitan en él.

Silvius profiere un grito ahogado.

—¡Es humana! Totalmente humana. Por eso puede mentir.

Dioses, ¿tendrá razón? El miedo a ser una niña humana cambiada vuelve a despertar en mi interior.

—¿Estás seguro de que es de tu sangre, Justus? —pregunta el rey.

—Sí. —No hay ni rastro de duda en su voz—. Yo estaba presente cuando salió del vientre de su madre.

Ah, ¿sí? ¿Estaba con mi *nonna?* ¿Por qué nunca me lo dijo?

—¿Por qué? —pregunto.

—Mi intención era acabar con tu vida. —Se me desencaja la mirada y añade—: Pero Ceres se obcecó en que se te diese una oportunidad.

—¿Y qué? ¿Accediste… sin más?

—No, hicimos un pacto y yo todavía tengo que cobrarme mi parte.

Se da una palmadita en el brazo derecho. Aunque la tela de su chaqueta es opaca, imagino la resplandeciente franja de piel que le permitiría invocar a mi *nonna* solo con rozársela con los dedos y

mencionar el nombre completo de mi abuela.

¿Han pasado veintidós años de eso y me entero ahora? ¿Cómo no me he parado a pensar nunca en el resplandeciente puntito grabado en el pecho de mi abuela? Es el mismo que, según se dice, llena de ampollas el corazón de quien haya solicitado el pacto desde que este se acuerda hasta que se completa. Me siento engañada, pero también una egoísta.

—Yo la he visto interactuar con esa bestia —ruge Silvius, que sigue erre que erre con el tema—. ¡Tiradla al Mareluce! Estoy seguro de que la serpiente irá a por ella.

Mi corazón da un vuelco ante la sugerencia del comandante, pero no temo por mi bienestar, sino por el de Minimus. ¿Y si viene a por mí?

¿Qué le harán entonces a él?

Capítulo 29

Me llevo una mano al vientre, que parece estar a reventar de crías de serpiente.

—Creía que esto era un juicio, no una ejecución.

—¿Una ejecución? —La mirada ambarina del rey cae sobre mí—. ¿No dijo que las serpientes eran inofensivas, *signorina* Rossi?

Este es mi castigo por difamar a un hombre ante sus superiores.

—No conozco a todas y cada una de las serpientes del Mareluce, *maezza.*

—Entonces admite conocer a alguna.

Acabo de caer de bruces en la pegajosa telaraña de Silvius. Maldita sea.

Ojalá pudiese lanzarlo de una patada al reino de Shabbe.

Y que se pudra allí. La castración sería una venganza más satisfactoria que la muerte.

Dado que seguir negándoselo ya no es una opción, me acojo a las medias verdades.

—Las serpientes que merodean por los canales de Tarelexo suelen ser siempre las mismas.

—¿Y eso cómo lo sabe? —pregunta Marco.

—Por su tamaño, su color…, la largura de su cuerno. Trabajo en Lecho de Paja, así que paseo a menudo por el muelle.

Marco enarca sus espesas cejas negras.

—¿Trabaja en el burdel?

Es una taberna, no un burdel. Me contengo para no corregir al rey.

—Yo me encargo de servir la comida y bebida a los clientes.

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro del monarca cuando su mirada baila entre Silvius y yo. Tardo un instante en darme cuenta de que tal vez esté tratando de atar dos cabos que ni siquiera están en el mismo puerto.

Me acerco a mi abuelo, que ha permanecido excepcionalmente callado durante el intercambio; me resulta tan extraño que tengo que echar un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que nadie ha venido a pedirle que abandone la sala del trono.

El general peinado con una coleta trenzada está junto a mí y traza las facetas de los rubíes de su espada con uñas romas. Ojalá intercediese por mí, pero lo más probable es que se ofreciera a tirarme al Mareluce él mismo.

Dado que no hay ningún cuervo de metal decorando la sala del trono, imagino que no ha sido la profecía de Bronwen lo que me ha traído a Isolacuori.

A no ser que el cuervo esté clavado a los cimientos sumergidos de la isla…

Ay, Dioses, estoy empezando a perder el norte. A perderlo por completo. Estoy atando cabos que no existen, igual que el rey.

No estoy aquí por Bronwen, sino por mí. Porque me tiré a las aguas del canal para proteger a mi bestia.

—Venga conmigo, Fallon Rossi.

La orden del monarca, seguida del repentino sonido de sus pisadas, me hace dar un respingo.

Madre del Caldero, seguro que ha decidido lanzarme al estrecho. Una súplica trepa por mi garganta, pero se me queda atascada detrás de la lengua, que está hinchada por culpa del miedo y descansa como una babosa, inmóvil e inútil, entre los dientes que me castañetean.

—El rey tiene menos paciencia que yo, Fallon. —Me pitan los oídos, pero la voz de mi abuelo se entierra en ellos—. Más te vale seguirlo. Y cuanto antes.

Me pongo en marcha con una sacudida, con los pies y las piernas dormidos, de manera que casi no puedo doblar las rodillas siquiera. El monarca camina en dirección contraria a la entrada, hacia otro par de puertas doradas más pequeñas que las que conducen al exterior.

—¿A dónde…? —Trago saliva y lo intento de nuevo—: ¿A dónde…?

No consigo terminar la pregunta, igual que tampoco logro calmar el ritmo de mis latidos.

¿Me estará llevando a las mazmorras?

¿Al agujero azul que conduce derechito al Mareluce?

Carraspeo, abro la boca y vuelvo a intentar preguntar a dónde nos dirigimos, pero mis palabras se evaporan cuando dos elementales de aire, situados a cada lado de las puertas como un par de gárgolas, las abren con sus poderes. La estancia al otro lado no tiene ventanas y es tan negra como un cielo sin luna o estrellas.

Me detengo y clavo los pies al suelo. A través de las suelas de piel, noto la forma de cada tesela, la quemazón de cada ampolla.

El rey dibuja un arco con la mano y de su palma brota una llamarada que enciende la mecha de las velas de un descomunal

candelabro de rueda hecho de…

Se me cae el alma a los pies al contemplar los círculos superpuestos de cuernos de marfil unidos por medio de bandas de oro y coronados con velas negras. El candelabro está compuesto por diez niveles y la rueda que más cerca está del suelo tiene el mismo diámetro que la mesa de madera barnizada que hay bajo él. Las ruedas se van haciendo más pequeñas con cada nivel, pero no es porque hayan usado menos cuernos de serpiente, sino porque estos cada vez son más cortos, al habérselos arrancado a las crías.

Pese a que el marfil está limpio y no hay sangre de serpiente goteando de cada rueda, la espantosa lámpara hace que se me revuelva el estómago de igual manera.

—Bienvenida a la sala de trofeos de Isolacuori.

¿De trofeos? ¿¡Cómo se atreve a llamar trofeos a unos huesos!?

Cruzo los brazos ante el pecho y clavo los ojos llenos de lágrimas en el suelo.

Será hijo de…

—No parece que mi candelabro le guste mucho, *signorina* Rossi. —La voz de Marco vaga por el aire, que apesta a moho y a cobre—. Es un diseño de mi abuelo. Era un hombre tan perfeccionista que, si los cuernos no eran del tamaño y forma exactos a los que ya había colocado previamente, los descartaba y salía a cazar otro animal. Por cada pieza de marfil que hay ahí arriba, tengo un arcón lleno de cuernos desechados. Muchos ya los he vendido, sobre todo al reino de Glace. A los norteños les encanta tallar pulseras y muebles con ese material.

—No me extraña que las serpientes nos teman.

Aunque he endurecido mi postura, mi voz tiembla cuando rebota sobre la tela carmesí que se extiende por la pared oval de la estancia.

Marco cruza lentamente el sol dorado del mosaico, cuyos rayos se extienden también por las paredes curvas. Cuando sus botas oscurecen las teselas que tengo ante mí, por fin alzo la vista.

—Han sido nuestras enemigas desde los albores de Luce. Nos roban el pescado. Se comen a nuestros ciudadanos. Destrozan nuestros navíos y nuestros canales. Solo tú has salido ilesa de un encuentro con esas criaturas.

Sostengo su mirada fría con ojos húmedos; me niego a mirar el recargado botín que se cobraron de una guerra injusta.

—A diferencia de mi abuelo, yo disfruto de los tiempos de paz, *signorina* Rossi. De la paz entre reinos, pero también entre especies.

Esa declaración hace que el veneno que me empapa la lengua se reduzca.

—Entonces, ¿por qué no ha desmontado ese horrible trasto?

—¿Traería eso de vuelta a la vida a las serpientes sacrificadas?

No…, no serviría de nada.

—Si quiere que haya paz, *maezza,* entonces prohíba la caza de serpientes.

—¿Y cómo les prohíbo a ellas que nos cacen a nosotros? Por favor, ilumíneme.

—Aprenderán. Con el tiempo, lo acabarán haciendo. —Mi corazón todavía late a toda velocidad, aunque ahora es por un motivo totalmente distinto. Tras el miedo y la rabia, ahora me embarga una chispa de esperanza—. Pasarán décadas o tal vez un siglo entero antes de que consigamos revertir el daño, pero se puede hacer.

—O tal vez…, tal vez solo baste con contar con una joven dispuesta a aportar su granito de arena. —La corona resplandece y envuelve la cabeza de Marco en un halo, como si fuese el mismísimo dios Sol—. Siempre y cuando mi hermano no se equivocase al afirmar que tienes el poder de encantar a las serpientes.

Se me escapa un abrupto jadeo; me sorprende que mencione la apelación que Dante hizo hace diez años para evitar que se me sometiese a juicio. Dante aseguró que él también había quedado atrapado por mi encanto, pese a no ser una serpiente. Por si fuera poco, hizo un juramento de sal para afianzar sus palabras, que, al mismo tiempo, afianzó su lugar en mi corazón.

Marco araña mis facciones con una mirada tan afilada como las garras del cuervo de la cámara de los Acolti. Me curo cada uno de los rasguños que sus ojos dejan sobre mi piel antes de que algún pensamiento pasajero brote de ellos como la sangre.

¿De verdad busca la paz o solo intenta sonsacarme una confesión?

Intento leer su expresión igual que él está leyendo la mía, pero sus rasgos son tan impenetrables como los muros dorados de su palacio.

—Yo también deseo que haya paz, *maezza.*

—¿Qué le parece si la instauramos juntos?

Un estruendo metálico me obliga a apartar la mirada del rostro del rey. Echo un vistazo por encima del hombro, más allá de mi abuelo, que se ha puesto detrás de mí y ha desenvainado la espada. Sus ojos deben de posarse sobre el recién llegado al mismo tiempo que los míos, porque devuelve el arma a su funda.

Dante se acerca dando grandes zancadas, con el uniforme manchado y la piel oscura brillante por el sudor.

—¿A qué se debe esta audiencia? —exige saber con una evidente indignación.

Quiero correr hacia él y enterrar el rostro en su pecho. Quiero que

me saque de la sala del trono y de Isolacuori, que me aleje de estos hombres que quieren obtener algo de mí que yo no estoy dispuesta a ofrecer.

—Buenas tardes, hermano. —La voz de Marco me acaricia el cuello agarrotado.

—¿Por qué motivo has arrestado a Fallon?

Los orificios nasales de Dante aletean como si hubiese cruzado corriendo todos los puentes de Isolacuori hasta llegar hasta mí.

—Yo no he arrestado a nadie.

—Eso no es lo que se comenta por Luce.

—Ya deberías saber que no hay que creerse las habladurías que circulan por mi reino.

—Se lo he oído decir a algunos de tus guardias.

—Justus, pensaba que teníamos soldados a nuestro cargo, no chismosos. Averigua quiénes han sido y expúlsalos del cuerpo.

—No merecen perder su trabajo por un poco de cháchara inofensiva, *maezza* —apunto conmocionada.

En todo caso, debería darles las gracias a esos hombres, porque han traído a Dante hasta mí.

—¿Es suyo el ejército, *signorina?* —me espeta el rey.

Cierro la boca con fuerza. *Todavía no.*

—Si no has arrestado a Fallon, entonces, ¿qué hace aquí?

Dante se cierne sobre mi abuelo, tan decidido a llegar hasta mí como Justus a mantenernos alejados el uno del otro.

—Es una audiencia, hermano. Estoy escuchando lo que tiene que decir.

—¿La escuchas o la interrogas? —pregunta Dante con los dientes apretados.

Los hermanos se retan con la mirada y la tensión crepita entre ellos como el fuego en la sala del trono. Mientras que Giana y Sybille son como dos duendes gemelos, a los hermanos Regio los separa un siglo de vida, un abismo que ninguno de los dos parece poder o querer cruzar.

—¿Cuenta al menos con alguien que la defienda?

Marco señala a Justus.

—Su abuelo está presente, ¿no?

Dante resopla y su reacción arranca el mismo sonido de mi garganta.

—Su abuelo está a tu servicio, Marco. El deber es más fuerte que los lazos de sangre… Eso fue lo primero que me enseñaste.

Marco entrecierra los ojos y lo mira por encima de su aguileña nariz.

—No es que este asunto sea de tu incumbencia, pero me voy a tomar la molestia de explicártelo. Tu amiguita y yo estamos barajando estrategias con las que alcanzar la paz entre nuestro pueblo y las serpientes. Aunque asegura no tener ningún control sobre esas bestias, ya van dos veces que nada con una serpiente y sobrevive para contarlo. Es todo un misterio, ¿no te parece?

—¿Dos veces?

—La *signorina* Rossi se metió anoche al canal para proteger a una serpiente de la ira de Ptolemy Timeus. Me sorprende que las noticias de su chapuzón nocturno no hayan llegado a tus puntiagudos oídos.

Es el veneno que empapa cada una de las palabras de Marco lo que me hace tomar una decisión. Aunque nada me gustaría más que reinase la paz en Luce, no ayudaré a este rey en concreto a conseguir esa hazaña.

—Supongo que estabas tan enfrascado en los gemidos de la fulana que te llevaste a la cama que no te enteraste de nada —dice Marco con una sonrisa cruel, como si supiese que el comentario no le va a hacer daño solo a Dante, sino también a mí.

Y vaya si duele.

Hasta que Dante responde a su hermano sin apartar su mirada de la mía.

—Puedes enviarme a tantas prostitutas como desees para tratar de mantenerme alejado de tus intrigas políticas, pero jamás les pondré un solo dedo encima.

Pero Beryl dijo…

Y lord Aristide…

La sonrisa de Marco flaquea.

—No mientas. Todas entran en tus aposentos y salen apestando a sexo con una expresión de moderada satisfacción.

Dante saca una cajita de uno de los bolsillos de sus pantalones, coge un puñado de granos de sal y deja que se le disuelvan en la lengua.

—Las mujeres que me envías son prostitutas, por eso huelen a sexo. Y discrepo en cuanto a lo de que salgan moderadamente satisfechas, porque diría que salen más que contentas, Marco. Al fin y al cabo, se marchan con los bolsillos llenos de monedas de oro a cambio de seguir difundiendo el rumor de que el príncipe es un borracho y un mujeriego.

Ay, mi corazón.

Me llevo una mano al pecho, sacudido por cada latido.

Cada pulsación está dedicada a este hombre, quien no solo ha demostrado ser digno de mi amor, sino también del trono de Luce.

Capítulo 30

Dante deja a su hermano atrás para acercarse a mí con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Por qué te metiste en el canal?

Me tomo un segundo para admirarlo y me odio a mí misma por haber dudado de su palabra, pese a que quien sembró la semilla de la duda fue él mismo.

—¿Fallon? —me anima a hablar.

Debería haber mentido bajo el juramento de sal. Debería haber insistido en que me caí del puente. Ojalá hubiese sido más hábil a la hora de usar mis cartas. Si bien es cierto que, sin contar al duende de Timeus, hubo cuatro testigos de lo ocurrido, de haber asegurado que fue todo un accidente, al menos habría ganado algo de tiempo.

—*Maezza,* si no salimos ahora, bajará la marea y tendremos que pagar por cruzar las aguas de Glace —interviene Justus.

—¿La marea? —El tono de Marco es tan estridente como el color que tiñe las paredes de su sala de trofeos—. Si no contamos con los suficientes elementales de agua y aire, Justus, entonces ¡convoca a unos cuantos más! La naturaleza no nos controla a nosotros, ¡sino al revés! En cuanto al peaje, ten en cuenta que la hija de Vladimir está aquí. Imagino que, si el príncipe se lo pide, nos lo rebajaría. —Aprieta tanto la mandíbula que parece estar a punto de fracturarse un diente —. A no ser que mi hermano no la esté tratando como es debido…

—Yo siempre trato bien a mis amigos, Marco.

—Demasiado bien, por lo que parece.

Las pupilas de Marco se contraen y se dilatan al tiempo que habla, como si se le hubiese ocurrido algo. Miro a los demás para comprobar si soy la única que se ve afectada por su voluble estado de ánimo.

La expresión de mi abuelo es indescifrable, mientras que el rostro de Silvius es la viva imagen de la irritación y la confusión, pero creo que eso tiene más que ver conmigo que con Marco. Dante, por su parte, está demasiado concentrado en mí como para fijarse en su hermano.

—Me metí en el canal porque le habían clavado una daga a la

serpiente en la mejilla, y ya sabes lo poco que tolero la crueldad animal —le respondo por fin en un susurro.

—Podrías haber muerto, Fal. —Habla en voz tan baja como yo.

—Pero no fue así.

—Porque sabe cómo comunicarse con esas malditas bestias —farfulla Silvius.

Dante lo mira por un instante mientras mis ojos revolotean por toda la estancia y se posan en todos lados salvo en el fuego.

Estoy a punto de girarme cuando mi mirada se posa en la decoración central de la mesa —un cuenco de oro y peltre— y me quedo paralizada. Aunque la sala está iluminada por un millar de velas, las sombras del recipiente me calan hasta los huesos, porque el metal gris como el acero tiene la forma de un ala curvada.

Un ala conectada a una cabeza del tamaño de un puño.

Esa monstruosidad de cuernos de marfil que pende del techo me ha alterado tanto que no me había fijado en el cuervo convertido en cuenco.

Se me pone la piel de gallina. No sé muy bien cómo funcionan las profecías; no sé si Bronwen le susurra cosas al oído a los hombres y estos obedecen o si prepara una mezcla de ingredientes extraños y la revuelve en un caldero, pero que haya venido a Isolacuori…, que haya descubierto el segundo cuervo…, no puede ser una mera casualidad.

Aunque, si ha sido una coincidencia, espero que no sea la última.

Si sigo encontrando dos al día, me habré hecho con la corona lucina antes de que Marco regrese de Tarespagia.

Los latidos de mi corazón ahogan todos los sonidos que me rodean mientras me adentro más en el mausoleo oval del rey hasta detenerme ante el cuervo. Le brillan tanto los ojos como al primero. Miento: solo uno brilla. El otro está cubierto por una capa de cera tan espesa como la masa de *castagnole*.

Siento el impulso de limpiárselo, pero, por suerte, tengo las uñas cortas y romas por pasar tantas horas limpiando cacerolas y ropa de cama. Aunque no sabría decir con seguridad si el cuervo siente dolor en este estado —o en cualquiera—, no quiero arriesgarme a arañarle toda la córnea.

—¡Fallon, quieta! —grita Dante antes de que llegue a rozar el metal.

Me sobresalto y retiro la mano de golpe para enterrarla en la vaporosa tela de mi vestido.

¿De verdad he estado a punto de tocar el cuervo de hierro? Dioses del cielo… ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—Este cuenco es exquisito. Y muy realista —comento.

¿Sabrá alguno de ellos que hay un pájaro de verdad —o algo así— bajo el hierro?

—No está permitido tocar nada sin el consentimiento del rey —interviene mi abuelo, cuyos ojos son dos pozos de brillante tinta azulada.

—Ah, no, Justus. Deje que lo toque. —El rey sacude la mano con una sonrisa alegre de lo más escalofriante tirando de la comisura de sus labios.

—Le pido mis más sinceras disculpas por mis terribles modales.

Vuelvo a girarme hacia el cuervo y me devano los sesos para tratar de dar con la manera de salir de Isolacuori con él, dado que metérmelo debajo de la falda, por muy voluminosa que sea la tela, no es un plan muy sensato.

Contengo la respiración cuando caigo en la cuenta de que el rey quiere algo de mí. Tal vez considere la posibilidad de hacer un trueque: el cuenco por mi poder para encantar a las serpientes. Me vuelvo para plantearle la oferta y dejo escapar un grito ahogado cuando me doy de bruces con su pecho.

Poso la mirada sobre el Regio que tengo más cerca.

—Me encanta su cuenco.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que le gusta de él?

¿Es otra trampa?

¿Pregunta por verdadero interés?

—Aunque solo soy mitad fae, soy una mujer de pies a cabeza, y ya sabe lo mucho que nos gustan las baratijas brillantes. Por no mencionar que me encantan los animales. —Estoy segura de que se me están marcando las venas del cuello, pero no tengo manera de disimular los desbocados latidos de mi corazón—. ¿Fue alguno de sus ancestros quien lo mandó hacer o se lo regaló algún otro dirigente?

—Fui yo quien lo encargó tras la batalla que yo mismo gané.

Solo hay una batalla que Marco haya ganado, y esa es la de Primanivi, aquella que, según Giana, lo cambió por completo y apagó la chispa de su mirada. Aunque, en mi opinión, sus ojos parecen estar bastante vivos. Los iris le brillan con un fogoso orgullo, y una peligrosa suspicacia hace que se le dilaten y se le contraigan las pupilas.

Si fue él quien mandó convertir el cuervo en un cuenco, eso significa que fue él mismo quien lo cazó. Me pregunto en qué forma estaría el pájaro antes de acabar siendo un cuenco. ¿Sería ya metálico y rígido o conservaría su plumaje negro?

—Es un cuervo, ¿no? —Marco asiente y yo sigo hablando—: La directora Alice los describió como unas bestias gigantes, pero son

bastante pequeños.

Me esfuerzo por hacer que mis facciones sean una máscara de perfecta inocencia.

Todas las miradas vuelan entre Marco y yo.

—Esta no es más que una miniatura que conmemora los monstruos contra los que luchamos —explica.

—No logro imaginar lo aterrador que debió de ser.

El monarca inclina la cabeza.

—¿No? Lo dice alguien que ha nadado con serpientes.

—Nunca había visto una pieza con tanto detalle —comento sin morder el anzuelo.

—Nuestro herrero tiene mucho talento. No sabía que estuviese tan interesada en la escultura, *signorina* Rossi.

—Hay muchas cosas que no sabe de mí, *maezza*.

Aunque ese está lejos de ser el peor comentario que he pronunciado hoy, la afilada observación está fuera de lugar.

—Ahora sí que deberías zarpar, Marco. No querrás dejar a Eponine sola con nuestra madre más tiempo del necesario. Se comerá viva a tu prometida. —Dante me agarra del codo con una mano cálida—. Me aseguraré de que Fallon regresa sana y salva a casa.

—Ya le he encargado al comandante Dargento… —comienza a decir mi abuelo, pero Dante lo interrumpe.

—Estoy aquí, Rossi. Así que ya me encargo yo.

Justus aprieta los labios, que se convierten en una línea tan fina como el espacio que queda entre las teselas doradas del mosaico de la estancia. Contempla fijamente a Dante y luego mira al comandante, que permanece tan inmóvil como el resto de los guardias que hay en la sala del trono.

—Muy bien, *altezza*. —Las botas de Justus chirrían cuando gira sobre sus talones—. Acompañaré al comandante hasta su embarcación y me aseguraré de que la suya está lista, *maezza*.

Quedo atrapada bajo la mirada de Justus Rossi.

Asumo que va a decirme adiós.

O a despedirse con un asentimiento de cabeza.

Pero no es así.

No logro comprender por qué sigo albergando alguna esperanza en lo que respecta a este hombre.

Sin decir una palabra y con Silvius pisándole los talones, se encamina hacia la brillante expansión azul que hay al otro lado de las descomunales puertas doradas de la sala del trono.

Marco apoya una mano sobre el hombro de su hermano.

—Te dejo al mando de Isolacuori mientras yo no esté. —La tela de

la chaqueta de Dante se arruga cuando el monarca le da un apretón—. Intenta no mandarla a pique.

—Haré lo que pueda, Marco.

La tensión que reina entre los dos se podría cortar con un cuchillo romo.

Marco sonríe, pero la mueca que esboza no se parece en nada a una sonrisa.

—Ya veo que te encanta la idea.

—Si lo prefieres, yo me vuelvo a mi barracón y que se encarguen tus guardias de proteger tu territorio…

—Confío en ti. —Marco dirige la mirada hacia mí para dejar claro que no puede decir lo mismo en mi caso—. ¿Se quedará en Isolacuori mientras yo no esté, *signorina* Rossi?

—Tengo un trabajo y una familia de la que encargarme, así que no.

Su sonrisa se hace más amplia y tan desagradable como una mancha de aceite.

—Qué muchacha más responsable.

—¿Me permite preguntarle algo antes de que se marche?

—Por supuesto.

—Si me presto a intentar domar a las serpientes y todo acaba saliendo bien, ¿se prestaría a darme ese cuenco en forma de pájaro?

El reflejo del grotesco candelabro de rueda hace que sus iris ardan.

—Amanse a esas serpientes y entonces hablaremos de su recompensa.

¿Significa eso que está dispuesto a considerarlo?

Señala la entrada de la sala de trofeos con la cabeza.

—Estoy seguro de que sus clientes la esperan en el burdel, *signorina* Rossi.

Me pongo rígida ante su insinuación.

Además, odio con toda mi alma que hable de Lecho de Paja como de un burdel. Es mucho más que eso.

—¿Quiere que le dé recuerdos a Giana de su parte? He oído que antaño fueron buenos amigos.

—No sé de qué Giana está hablando, pero dele recuerdos de mi parte a quien le plazca si eso le alegra el día a la otra persona.

Dioses del cielo.

—Hasta dentro de una semana. —Se da la vuelta en un remolino resplandeciente y se aleja de nosotros, con dos hombres armados precediéndole y otros dos a su espalda—. ¡Guardias, apagad las velas y cerrad las puertas con llave!

—Si me permiten, *altezza, signorina* —dice un soldado de ojos plateados con una larga cola de caballo castaña mientras hace una

floritura con la mano y nos invita a salir de la estancia.

Le echo un último vistazo al cuenco, muriendo por extender la mano y llevármelo, pero robar delante del príncipe y de un regimiento de fae armados sería una pésima idea.

Dante me da un apretón en el codo y comienzo a caminar.

El guardia feérico agita la mano y apaga el fuego del rey, así como mi esperanza de conseguir un doblete.

Capítulo 31

Dante y yo no hablamos durante el tiempo que tardamos en llegar al embarcadero. No se rompe el preocupante silencio hasta que hemos montado en la góndola militar y nos hemos alejado del muelle de oro macizo.

—¿Por qué? —pregunta sin apartar la mirada de las aguas revueltas y el oscuro estrecho donde moran las serpientes.

—¿Qué?

—¿Por qué arriesgas la vida por una serpiente? Te hace quedar a ti como una loca y a mí como un traidor.

Me apoyo sobre el respaldo del banco barnizado que comparto con Dante, con los ojos tan abiertos como la boca.

—¿P-perdón?

—Una cosa fue que te cayeses al canal y sobrevivieses, y otra muy distinta es que te tires al agua. —Su nuez le sube lentamente por la garganta y vuelve a bajar a un ritmo todavía más pausado—. ¿Cómo crees que reaccionaría Marco si yo viajase hasta Shabbe y le jurase fidelidad a su reina?

La irritación entra de puntillas en mi mente y ocupa el lugar de la sorpresa.

—No puedes comparar el hecho de proteger a una serpiente con jurarle lealtad a otro monarca.

—Para Marco, serpientes y shabbíes son criaturas igual de despreciables.

—Estás comparando personas con animales.

—Dice la chica que las considera nuestras iguales.

Cierro la boca y clavo la mirada en el horizonte, donde veo una figura que se retuerce bajo las olas. Por suerte, las brillantes escamas son naranjas y no rosas. No quiero que Minimus se acerque a un barco abarrotado de poderosos elementales.

—¿Por qué habrían de afectarte a ti mis acciones? —escupo tras una larga pausa.

—Porque te defendí, Fall. —Coge mi mano de entre los pliegues de mi vestido y la acuna entre sus cálidas palmas—. Porque quiero seguir

defendiéndote, pero no podré hacerlo si sigues exponiéndote con semejante deliberación.

Intento apartar la mano, pero él me agarra con firmeza.

—Yo nunca te he pedido que te impliques.

Se levanta viento cuando llegamos a la mitad del estrecho y el aire me revuelve el cabello.

Dante atrapa un mechón y me lo coloca detrás de la oreja y, pese a que él me conoce mejor que nadie, me estremezco cuando su pulgar roza la punta curva.

—Hay muy pocas personas en este reino que no se relacionen conmigo sin esperar algo a cambio y las valoro a todas de corazón.

Aunque mi pulso no se ralentiza, adopta un ritmo diferente.

—El problema es que yo sí que espero algo, Dante.

Frunce el ceño, confundido.

Antes de que la desconfianza eche raíces en su mente, añado:

—Quiero esa cita que me prometiste si todavía estás dispuesto a salir con la asilvestrada Encantadora de Serpientes.

Una sonrisa le curva las comisuras de los labios que acerca para susurrarme al oído:

—En cuanto Marco vuelva y no tenga que encargarme de Isolacuori, le pediré que me dé unos cuantos días de permiso. —Baja más la voz—. Si no te metes en más líos, podremos pasar todo ese tiempo juntos, ¿te parece bien?

Me da un vuelco el corazón.

—¿Los dos solos?

—Sí, los dos solos —dice mientras me dibuja círculos en los nudillos con el pulgar.

Teniendo en cuenta que hay un cuervo en mi dormitorio, que necesito encontrar tres más y llevarme el que decora la sala de trofeos, concluyo que lo mejor será no prometerle nada.

Coloca otro mechón suelto detrás de mi oreja.

—Nada de líos, ¿vale, Fallon la Encantadora?

—Haces que parezca una hechicera.

—Eso explicaría por qué me tienes hechizado.

Pongo los ojos en blanco.

—Hace un minuto querías estrangularme.

—Y ahora quiero besarte.

Miro en todas direcciones, estupefacta, para asegurarme de que nadie a bordo nos está prestando atención. Los dos fae que dirigen el barco no apartan la vista de las islas tarecuorinas que se avecinan y los otros dos que van en la popa nos dan la espalda, demasiado ocupados vigilando las aguas en busca de posibles amenazas.

—Olvídate del resto.

Por encima de su hombro, veo otra barca. Es la de Silvius.

—El comandante nos está mirando.

Le echa un vistazo antes de volver a centrarse en mí.

—Pervertido.

Esa solo es una de las muchas maneras de definir al comandante… Otras son: asqueroso, grosero y adulador.

Dante me agarra de ambos lados de la cara y me la inclina hacia arriba para que quede perfectamente alineada con la suya.

—No te preocupes por él, Fal.

Ojalá fuese tan sencillo.

—¿Y qué pasa con tu reputación?

—Eres mitad fae y, además, la nieta del general. Nadie te consideraría una acompañante poco apropiada.

—¿Entonces no voy a ser tu sucio secretito?

Él esboza una sonrisa que enseguida acerca hacia mí. Me roza los labios con ella.

—¿Quieres serlo?

—No.

Se ríe con suavidad y ese sonido me deja con los pezones erectos y la respiración entrecortada. Cuando inclina la cabeza y me persuade para separar los labios, me arranco los grilletes sociales y el decoro y los tiro por la borda antes de rendirme ante él.

Al fin y al cabo, estoy besando al hombre de mi vida, quien atrapó mi corazón entre las sombras de Tarelexo.

Cierro los ojos y mi cuerpo se deja llevar por el suyo. Aunque no se acerca más, él es todo cuanto siento, saboreo y huelo. Su aliento se convierte en el aire que respiro y sus manos son lo único que evita que caiga contra él. Acuna mi mandíbula entre sus mullidas palmas.

Tiene la piel muy suave.

Mucho más suave que la mía.

Mucho más suave que la de Antoni.

Me arde la sangre y se me acelera el pulso cuando el recuerdo de lo que casi hice la noche pasada inunda mi mente. Doy gracias al Caldero por haber rechazado a Antoni, porque, de lo contrario, los remordimientos me estarían reconcomiendo la conciencia. Decido contarle lo del beso antes de que nos separemos, porque no quiero que haya secretos entre nosotros.

Más de los necesarios, quiero decir.

Aunque mi cuerpo sigue con Dante, mi cabeza se va con los cuervos. Más concretamente, hasta el que hay en palacio. ¿Me traería el cuervo transformado en cuenco si se lo pidiese?

Cuando una ola rompe contra la embarcación, nos chocamos con un golpe en la cabeza y un castañeteo de dientes. Nos separamos riendo como dos colegiales que acaban de compartir un incómodo primer beso.

Tiene los ojos de un azul intenso, los dientes blanquísimos y los labios rosados y carnosos. Es el culmen de la perfección masculina, el rasero con el que mido a todos los hombres que hay y habrá en mi vida.

No me puedo creer que sea mío.

Me acaricia la curva de la mejilla.

—Marco no zarpará hasta dentro de una hora. ¿Te gustaría ver dónde vivo?

Inocente de mí, tardo un instante en comprender qué tiene que ver la partida de Marco con una visita al barracón de Dante. Me arden las mejillas mientras sopeso su oferta. Por un lado, tengo que pasar a comprobar cómo está mi nuevo inquilino antes de ir a trabajar, pero, por otro, esta será la última vez que vea a Dante hasta dentro de una semana. Aunque quizá sea más tiempo.

No estoy preparada para despedirme de él.

—Pensaba que los soldados no tenían permitido meter a civiles en las islas de los barracones.

La lenta sonrisa que se extiende por sus labios me libera de toda responsabilidad.

—Sí, pero yo no soy un soldado, Encantadora de Serpientes.

Capítulo 32

Dante le pide al gondolero que cambie de rumbo.

De camino hacia la isla de tiendas de campaña blancas, echo un vistazo por encima del hombro a las cortinas corridas de mi dormitorio en el primer piso de nuestra casa.

—Ese llamativo cuenco… ¿Crees que tu hermano estaría dispuesto a regalármelo?

Dante aparta la mirada de una embarcación militar que pasa a nuestro lado, cargada con baúles y soldados.

—No. Les tiene mucho cariño a sus trofeos. Alimentan su ego.

Me siento tentada de pedirle directamente que me lo consiga, pero insistir solo me dará problemas. Esperaré a encontrar el resto de los cuervos antes de saquear la sala de trofeos.

Tan pronto como atracamos, Dante se pone en pie y extiende una mano para ayudarme a bajar. Luego, salta al embarcadero de madera con elegancia y entrelaza los dedos con los míos.

Los soldados que patrullan la costa de la guarnición nos miran con expresión sorprendida. Me alegro de que la imagen del príncipe caminando con una mujer cause esa reacción en ellos. Al fin y al cabo, lo que sugiere es que no tiene por costumbre traer a otras aquí.

—¿Qué estáis mirando? —La voz de Dante los saca a ellos de su estupor y me sobresalta a mí.

El poder que tiene sobre los otros, sobre mí, sobre Luce… es formidable.

Caminamos por el estrecho sendero adoquinado que llega hasta una calle más amplia flanqueada por tiendas de campaña a ambos lados. Algunas están abiertas, y otras, cerradas a cal y canto. La gente se gira a mirarnos cuando pasamos a su lado y las conversaciones se apagan.

Me cruzo con unos cuantos clientes habituales de Lecho de Paja, pero ninguno me saluda. ¿Acaso temen que Dante los amoneste por mirarme o es que verme aquí ha puesto su mundo patas arriba?

Dante saluda con un asentimiento de cabeza al duende que vigila la entrada de una tienda el doble de grande que las que tiene a su alrededor. El hombrecillo alado agarra una esquina de la lona de la

entrada y sube la tela impoluta volando para dejarnos pasar.

—Asegúrate de que no nos moleste nadie, Gaston.

Por alguna razón, me pregunto si este será el duende que se encargó de entregar la cinta y el vestido de Dante.

—Por supuesto, *altezza*.

Al entrar en la tienda, me veo invadida por una oleada de inquietud que crece cuando el pesado material de la entrada cae y bloquea la luz del sol. Me pongo una mano sobre el vientre para calmar los nervios y me concentro en la austera decoración de la tienda.

Todo —desde los tablones de madera color miel del suelo hasta las sábanas almidonadas y la bañera de cobre batido— es práctico y está impecable. Hay una mesa junto a la bañera vacía, equipada con una pila de toallas limpias y una jofaina de porcelana. Aunque no hay ventanas, la luz se filtra a través de las paredes de tela y hace que el metal y el suelo encerado brillen.

La estancia tiene un sutil atractivo, si bien es un poco fría.

Me giro lentamente hacia Dante.

—¿Cómo es vivir aquí en comparación con Isolacuori?

Está de pie, de espaldas a la entrada, y sus ojos azules resplandecen como el mobiliario de la tienda.

—Muy distinto. En la isla real, vivo rodeado de ostentación, mientras que aquí cada cosa tiene un propósito.

—¿Qué prefieres?

—¿Ahora mismo? —Da un paso adelante—. Me gusta mucho más la tienda, porque tú estás en ella.

Una bandada de mariposas se lleva volando los últimos resquicios de duda.

Dante me rodea la cintura y baja la cabeza hasta que apoya la frente sobre la mía.

—No me extraña que las mujeres de sangre pura te desprecien.

Retrocedo. Sé que no soy la más popular entre los fae, pero no sabía que causase un rechazo tan fuerte…

Su agarre se vuelve más rígido, al igual que otra parte de su cuerpo.

—Es usted una mujer de belleza inconmensurable, *signorina* Rossi.

Me derrito ante sus palabras. Si Dante me considera hermosa, aunque esté lejos de serlo, ¿quién soy yo para contradecirlo? Acepto el cumplido y lo guardo en el corazón, junto a todos los que me ha ido regalando a lo largo de los años, y, luego, me apoyo en sus hombros y me pongo de puntillas para alcanzar sus labios.

—Deja de trabajar en el burdel —murmura cuando estoy a punto de besarlo.

Vuelvo a apoyar los talones, perpleja.

—No puedo dejar mi trabajo en la taberna. —Hago hincapié en la última palabra para dejar bien claro que Lecho de Paja es, ante todo, un lugar donde comer y beber—. Mi familia necesita el dinero.

—Te pasaré un estipendio.

—No, no quiero que haya dinero de por medio en nuestra relación —le digo negando con la cabeza.

—No te estaría dando dinero para llevarte a la cama; solo quiero hacerte la vida un poco más sencilla. En cuanto a lo de Lecho de Paja, ¿te das cuenta de que la mayoría de los clientes van allí a satisfacer su apetito sexual?

—La mayoría, pero no todos. Hay quien va por la bebida y la deliciosa comida.

La indecisión oscurece el azul de su mirada cuando esta recorre mi rostro.

—¿Alguna vez… —traga saliva— te has acostado con un hombre por dinero?

—No.

Noto el calor de su aliento en la punta de la nariz cuando deja escapar una profunda exhalación.

—Bien.

—¿Te habría hecho replantearte nuestra relación?

Separa los dedos con los que me agarra de la cintura hasta que entierra los pulgares e índices entre mis costillas.

—No, pero prefiero ser el único lucino que conoce las curvas de tu cuerpo y el aroma de tu… —me acaricia la delicada piel tras la oreja con la nariz— coño.

Se me pone la piel de gallina. Nunca habría imaginado que mi cuerpo tuviese una reacción que no fuese el rechazo ante una palabra tan ordinaria, pero, en boca de Dante, suena tremendamente sensual.

Mientras traza un camino de besos por los marcados huesos de mis hombros, le confieso:

—Besé a otra persona la noche del baile porque pensaba que no me habías invitado. —Cuando sus labios dejan de moverse, añado—: Eso sí, no fue más que un beso.

—¿A quién?

—No lo conoces.

Levanta la cabeza.

—Entonces no es lucino.

—¿Es que conoces a todos y cada uno de los hombres que viven en Luce? —Le tiembla un músculo a un lado de los labios apretados y me defiendo—: ¿A cuántas mujeres has besado tú?

—No es lo mismo. —Me suelta la cintura.

—¿Por qué? ¿Porque tú eres un hombre? —Su mejilla vuelve a agitarse—. ¿Acaso has perdido la cuenta?

—Nunca la he llevado.

—¿Y tienes la desfachatez de juzgarme por una experiencia tan insignificante?

—Tienes razón. No es justo. —Tras una pausa, añade—: Perdóname. —Vuelve a rodearme la cintura y me pasa las manos por la espalda—. Dejemos de hablar de otros hombres.

Le lanzo una mirada penetrante.

—O de otras mujeres.

Una sonrisa le suaviza la expresión.

—O de otras mujeres. Solo importas tú.

—Y tú.

Me atrae hacia él y me da un largo e intenso beso con dientes y lengua, como si quisiera borrar todo rastro de la presencia de ese otro hombre. Cuando nos separamos para tomar aire, habla con voz ronca:

—Me gusta tu vestido, aunque habría preferido verte con el que compré para ti.

Por suerte, como tiene la vista clavada en mi cuello, allí donde se me marca el pulso, no ve la mueca de disgusto que se me escapa. Me aparta el pelo y descubre el chupetón que me hizo Antoni. Esperaba que se fuera a enfadar, pero Dante posa los labios sobre el descolorido cardenal y me succiona la piel.

¿Es malo que disfrute de esta pequeña muestra de dominancia?

Me hace caminar de espaldas hasta que mis pantorrillas tocan el catre mientras me suelta los botones del vestido con manos diestras. Un silencioso instante después, la prenda cae al suelo y me quedo en ropa interior, tan fina que revela el triángulo de vello castaño cobrizo que se oculta bajo la tela.

Dante se me queda mirando, sin apenas respirar y con una expresión hermética. Me asaltan las dudas. Por mucho que me haya dicho que mi belleza es inconmensurable, estoy segura de que habrá visto a decenas de mujeres mucho más hermosas que yo.

Mujeres de orejas puntiagudas, lengua diestra y curvas exuberantes.

Lanzo una mirada a la entrada cerrada de la tienda.

—¿Fal? —Dante inclina la cabeza y atrae mis ojos hacia los suyos —. ¿Te estás arrepintiendo de haber venido?

—¿Y tú?

—No.

Habla con tanta seguridad que consigue reforzar mi propia convicción.

Si Bronwen no hubiese predicho mi futuro, habría hecho que Dante

se esforzase más por llegar a este momento, por seducirme, pero, pase lo que pase, sé que acabaremos juntos.

—Mi amor por ti es demasiado grande como para arrepentirme.

Sus apuestas facciones quedan iluminadas por la elegante curva de sus labios cuando toma mis manos y las coloca sobre el cuello de su chaqueta.

—¿Qué tal si ahora me desvistes tú a mí?

Tengo el pulso tan desbocado que me tiemblan los dedos. Tras unos cuantos intentos fallidos, Dante me agarra las manos y las guía para desabrocharle los botones de la chaqueta. Una vez hecho eso, se la quita y conduce mis dedos hasta su camisa. Se la saco de los pantalones y se la paso por la cabeza. Aunque no pierde ni un minuto en guiarme hasta la cinturilla de sus pantalones, yo me detengo a admirar los músculos que se le marcan entre la cincelada cintura y los firmes hombros.

—No tenemos mucho tiempo —murmura.

—Lo sé, pero dame un segundo para que te vea.

Libero las manos de su agarre y le acaricio el fuerte abdomen, la curva de los pectorales, los oscuros pezones y la marcada mandíbula. Un evidente escalofrío le recorre el cuerpo cuando deslizo los dedos por su hermoso torso hasta llegar a la cinturilla de los pantalones para desabrochárselos.

La tela almidonada se desliza por sus estrechas caderas y yo aparto las manos y vuelvo a posar la mirada en la suya. Aunque nunca pensé que perdería la virginidad a plena luz del día y en una tienda de los barracones, siempre soñé con perderla con este hombre. Supongo que el momento y el lugar importan poco cuando estás con la persona adecuada.

Dante atrapa mis labios y me da un beso que envía las mariposas que siento en el estómago hacia mi pecho, arrastra mi cuerpo contra el suyo y traza un sendero de calidez hasta la parte baja de mi vientre. Sin interrumpir el beso, entrelaza nuestros dedos y los lleva hasta su rígido miembro.

—Mira cómo me pones —dice con voz ronca antes de mordisquearme el labio y mover nuestras manos por su extensión.

Palpita contra mi palma y su piel, tan suave como el satén, está surcada de venas protuberantes. Sin que me diga nada, deslizo el pulgar por la punta resplandeciente y él separa la mano de la mía para rodearme el cuello con ella.

Lo estrecho entre mis dedos. He debido de hacer más fuerza de la cuenta, porque se le retuerce la boca en una mueca.

—¿Te he hecho daño? —le pregunto tras apresurarme a abrir la

mano.

Su expresión se transforma en una sonrisa.

—Para nada, Fal. —Me da un rápido beso—. Es agradable, pero sería mucho mejor si movieses la mano de atrás adelante.

Yo pensaba que sabría exactamente lo que hacer gracias a Catriona, Phoebus y Sybille, pero es evidente que estoy completamente perdida.

Cuando sigo sus indicaciones y lo oigo gemir, asumo que voy por buen camino.

Hago un poco más de presión y acelero mis movimientos.

—¿Así?

—Justo así. —Su pecho se estremece—. Sí, justo así.

Cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás, de manera que sus largas trenzas caen sobre su cincelada espalda. Cada centímetro de él es hermoso. Me permito admirar su miembro mientras lo acaricio hasta que la mano de Dante me atrapa la muñeca y me detiene.

Mis ojos vuelan hasta su rostro, que ya no está contraído en una expresión de éxtasis.

—¿He hecho algo mal?

—Has estado de maravilla. Ha sido perfecto.

—Entonces ¿por qué me paras?

—Porque no quiero correrme en tu mano. —Me acaricia el labio inferior con el pulgar antes de pasarlo por el carnoso arco del superior —. Quiero hacerlo dentro de ti.

Avanza conmigo hasta que mis rodillas ceden y mi trasero encuentra el colchón. En vez de recostarse sobre mí, se quita las botas y se deshace con una patada de los pantalones antes de subirse a la cama, separar las piernas y colocarse ante mi rostro.

Contemplo su hambrienta mirada y el rubor se extiende por mis mejillas cuando comprendo qué parte de mí quiere penetrar: mi boca.

Capítulo 33

Dante se toca mientras espera, con la punta empapada a escasos centímetros de mis labios entreabiertos. Hago de tripas corazón, saco la lengua y le doy un lametón a su hinchado glande. Se sacude de placer igual que mi serpiente cuando le acaricio las aletas dorsales.

Dos especies distintas, pero una misma reacción. Dante me odiaría por hacer semejante comparación.

Muevo la lengua alrededor de su piel, que es tan suave como la seda tarecuorina y tan salada como el Mareluce. Dante profiere un gruñido gutural y juro que el sonido sacude las paredes de la tienda. Me lo meto en la boca, alentada por su reacción.

—Las manos, Fal. —Deja caer el mentón contra el pecho, con los ojos entrecerrados—. Usa las manos, Fal.

Señala con la cabeza los puños que tengo apretados sobre los muslos desnudos.

Le rodeo el pulsante miembro con una mano y los pesados testículos con la otra.

Mientras lo masajeo y acaricio, él me agarra del pelo y comienza a mover las caderas. Se entierra tan dentro de mi boca que se me contrae la garganta. Me ahogo e intento apartarme, pero su mano me lo impide.

Le doy unos cuantos manotazos en los tonificados muslos y, aunque no consigo que se aparte, sí que me las arreglo para echarme hacia atrás y sacármelo de la boca.

—No me sujetes la cabeza.

—Lo siento. —Se queda inmóvil, con la mano todavía en mi pelo, pero enseguida vuelve a la vida y me pasa los dedos por la cabeza.

—Y no me acaricies como si fuera un animal.

No esperaba tener una opinión tan contundente sobre una práctica que apenas acabo de probar.

Dante levanta las manos y las deja en el aire.

Al darme cuenta de que me estoy cargando la magia del momento, murmuro:

—Lo siento. Es mi primera vez y…

—No hay de qué disculparse, Fal. —Se cierne sobre mí y me recorre el cuello y la curva de los hombros con una caricia—. Nada de nada.

Roza mis labios con los suyos y me hace ceder más y más a medida que desliza la lengua en mi boca. Cuando la tensión que agarrota mis hombros por fin se desvanece, Dante se separa y se agazapa ante mí.

—¿Has explorado tu propio cuerpo alguna vez? —Trago saliva cuando sus manos viajan hasta mis pechos desnudos—. ¿Te has tocado alguna vez hasta correrte?

Masajea los dos blandos montículos de piel y electrifica hasta la última célula que corre por mis venas.

—Sí.

—Enséñame cómo lo haces.

Me muerdo el labio; me arden las mejillas.

—¿Por qué? ¿Crees que mis zonas erógenas están en algún punto fuera de lo común?

Una suave carcajada le sacude el pecho.

—Te sorprendería descubrir las cosas que les gusta hacer a ciertas personas. —Aparta las manos de mis pechos y las desliza por mis muslos antes de agarrarme las rodillas y separármelas—. Yo creo que te tocas… —Me pasa la base de una mano por encima de la ropa interior y se le dilatan las pupilas al descubrir lo húmeda que estoy—. Justo. Aquí.

Contengo el aliento antes de proferir un jadeante «sí».

Vuelve a hacer lo mismo y me deposita un beso en el interior de uno de los muslos.

—Caderas arriba, Fal.

Apoyo las manos en el colchón y me levanto lo suficiente para permitir que me baje la ropa interior. Una vez que la tira al suelo, Dante desliza un dedo hasta mi sexo y me acaricia en círculos antes de enterrarlo hasta los nudillos en mi interior. Dejo escapar un aliento entrecortado ante la intrusión.

Es increíble que un dedo —y uno bastante esbelto, además— me haya arrancado semejante reacción.

Lo desliza hacia dentro y hacia fuera hasta que mis paredes se constriñen a su alrededor.

—Mira las ganas que tienes de que entre en ti.

Mi corazón y mis piernas se sacuden al mismo ritmo frenético.

Tras un par de embestidas más, saca el dedo de mi interior y lo desliza por mi hendidura. Muy a mi pesar, pasa directamente a acariciar el valle de mi vientre, mi abultado ombligo y el borde de mis costillas sin prestarle ninguna atención a mi clítoris. Cuando me toca los pechos, juguetea con los pezones, los frota y los pellizca.

Aunque me resulta incómodo, he soñado tantas veces con las manos de Dante que me niego a pedirle que se detenga. Acerca la boca a la sensible piel que está mesando y baña la turgente protuberancia con la lengua.

No prende ningún fuego en mi interior, pero es una sensación tolerable. Me lame el otro pecho y luego traza un camino de besos casi imperceptibles por mi clavícula y se cierne sobre mi cuerpo hasta que me destenso.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué, Dante?

Se coloca sobre mí y su pene se balancea entre nuestros cuerpos.

—Por reservarte para mí.

—Nunca he querido estar con nadie más.

Espero a que él diga lo mismo, pero, a diferencia de mí, Dante no es ni virgen ni mentiroso.

Sin apartar los ojos de los míos, me empuja suavemente los muslos para que los separe y se introduce en mi interior. Mi cuerpo no cede. Con un grito ahogado, me contraigo a su alrededor, al tiempo que un «para» se me clava en la garganta cuando entierra su miembro hasta el fondo.

Noto unos pinchazos de dolor allí donde su cuerpo y el mío se encuentran, pero lo único que soy capaz de pensar es: *Ya está hecho.*

—¿Estás bien?

Trago saliva y, como buena mentirosa que soy, asiento con la cabeza.

Mientras mueve las caderas contra mí y halaga entre susurros lo maravillosamente prieta que estoy, el sudor me corre por el nacimiento del cabello. En los libros de *mamma,* las heroínas experimentan un tremendo placer al acostarse con alguien y, todas y cada una de las veces, consiguen alcanzar el orgasmo. Empiezo a pensar que esas novelas anónimas están escritas por hombres, porque estoy más cerca de romper a llorar que de correrme.

A medida que la quemazón se extiende por mi cuerpo como el fuego feérico, yo intento recuperar el aliento, pero Dante desliza su lengua entre mis labios entreabiertos. Pese a que no tenemos mucho tiempo, le doy unas palmaditas en las caderas para que reduzca el salvaje ritmo que está marcando, pero no sirve de nada y acabo limitándome a aguantar como buenamente puedo.

Por suerte, no dura mucho más y, para cuando por fin derrama su semilla en mi interior, el ardiente dolor se ha reducido hasta convertirse en un molesto calorcillo.

Con la respiración entrecortada, Dante entierra la frente en la curva

de mi cuello y se queda totalmente inmóvil. El alivio que siento es tan intenso que se me escapa un jadeo. Mientras se le va bajando la erección en mi interior, yo paso los dedos por las cuentas que decoran sus gruesas trenzas, por sus fuertes hombros y los pabellones aterciopelados de sus elegantes orejas.

Dante inspira hondo y levanta la cabeza para mirarme.

—Recordaré este día hasta que tome mi último aliento, Fallon la Encantadora.

Cierra las manos en torno a una de las mías y me besa los nudillos como el buen caballero que es siempre que la lujuria no se apodera de su cuerpo.

Me descubro preguntándome distraídamente por Antoni, por cómo será el sexo con él, pero enseguida mando ese pensamiento lejos de mi mente. ¿Cómo me atrevo a mancillar el valioso momento que acabo de compartir con Dante al pensar en otro hombre?

—Yo también lo recordaré siempre.

Le doy las gracias a la *nonna* para mis adentros por haberme obligado a beber ese asqueroso tónico suyo. Aunque quiera tener hijos con Dante, espero que ese día tarde todavía mucho tiempo en llegar.

Me besa en el punto donde mi mandíbula conecta con el cráneo, se separa de mí y se acerca a la jofaina. Mientras se asea, sus ojos me recorren el cuerpo con la mirada y se detienen en las sábanas que se me han pegado al trasero.

Bajo la mirada y, aunque ya esperaba encontrar una mancha roja, me muerdo el labio, avergonzada por haberle ensuciado las impecables sábanas. Estoy a punto de disculparme cuando sus rasgos se ven embargados por una expresión de orgullo. Sybille me advirtió de que algunos hombres consideran que es un gran honor desflorar a una mujer. No entiendo muy bien por qué, pero, si Dante está contento, yo también.

Sin embargo, al incorporarme, recuerdo con una sacudida que mi *nonna* siempre ha insistido en que nunca deje rastros de mi sangre por el reino, así que agarro la sábana y me envuelvo bien el cuerpo con ella antes de ponerme en pie. Por suerte para mí, la sangre solo ha empapado la primera capa de algodón blanco.

Mientras mi amante se pone los pantalones, yo me contoneo hasta la jofaina para mojar una de las esquinas de la sábana y limpiarme el interior de los muslos con ella antes de hacerla un gurruño.

Dante posa una mano sobre mi antebrazo cuando estoy a punto de sumergirla en el agua.

—Déjalo, Fal. Ya me encargaré yo de que la limpien.

El problema es que no puedo dejarla sucia. Puede que Dante no

tenga malas intenciones, pero tal vez ese no sea el caso de sus empleados.

Antes de que tenga oportunidad de detenerme, meto la tela manchada en la jofaina. Dante aprieta los labios, pero no me reprende por no haberle hecho caso.

Recojo mi ropa interior del suelo, me la pongo y luego pesco el vestido. Dante me ayuda a abrocharme los botones observándome con una mirada tan intensa que resulta incómoda.

Me froto la mejilla por miedo a tener alguna mancha de baba seca o de algún otro fluido corporal, pero no noto nada bajo la yema de los dedos.

—¿Qué pasa?

—Estoy pensando en lo mucho que te voy a echar de menos, nada más.

Una embriagadora emoción trepa sigilosamente por mi columna.

—Invítame a palacio, entonces.

Así no solo pasaríamos tiempo juntos, sino que estaría más cerca del cuervo que hay en la sala de trofeos. Sería una situación provechosa para los dos.

Parece estar barajándolo, pero, cuando acuna mis mejillas y suspira, sé que tendré que encontrar otra manera de entrar a la isla.

—Me distraerías demasiado.

¿Es esa la verdadera razón por la que rechaza la idea o porque le preocupan los motivos que pueda haber tras mi proposición?

Se inclina sobre mí y me besa con dulzura antes de soltarme el brazo para abrir la lona de la entrada.

—Gaston, tráeme a Gabriele. Quiero que acompañe a la *signorina* Rossi a casa.

—No necesito un acompañante, Dante. Con una barca me basta.

—Te conseguiré ambos.

Dejo escapar un suspiro.

No han debido de contarle a Gabriele en qué consistía la tarea que se le ha encargado, porque abre los ojos como platos al entrar en la tienda.

—Fallon —dice en una especie de saludo.

Apartarme de Dante es desgarrador pero indispensable para que yo pueda retomar mi caza del tesoro y él practique el papel de rey del reino que pronto será suyo.

Nuestro.

Cuando salgo de la tienda, me encuentro al comandante parado a un lado del camino adoquinado, con las manos entrelazadas a la espalda en una postura rígida y la mirada fulminante clavada en mí.

La aversión mana de él como mi sangre manó de las sábanas de Dante cuando las sumergí en el agua.

Madre del Caldero, me odia a muerte. Y más ahora que no ha podido tirarme al Mareluce para ver cómo me hundo. Tendré que andarme con más cuidado de lo normal, porque tengo la sensación de que este malnacido vigilará todos y cada uno de mis movimientos mientras espera a que su rey regrese a casa.

Capítulo 34

Unos escandalosos sollozos reverberan por las paredes decoradas con frescos de nuestra casa y hacen que me olvide del dolor sordo que siento entre los muslos. Al comprender que quien llora es *mamma,* subo corriendo la escalera con el corazón martilleándome en el pecho por miedo a lo que me vaya a encontrar.

¿Y si el cuervo ha enterrado las garras en mi *nonna?*

¿Y si…?

Cuando alcanzo la puerta de su dormitorio, encuentro a mi abuela agachada junto a la mecedora de *mamma.*

—Mira, Agrippina. Ha vuelto y está bien. Nuestra Goccolina está bien.

Me arrodillo frente a la silla de mi madre y tomo su rostro entre las manos para inspeccionar cada milímetro de su piel desnuda en busca de alguna herida.

—Estoy aquí, *mamma.* Mírame. Estoy aquí. Estoy bien.

—Fallon. Fuera. Fallon. Fuera. Fallon.

¿Es un comentario o una advertencia? ¿Pensaba que me había marchado o es que acaso me está pidiendo que me vaya?

—Estoy aquí, *mamma.*

Ella sacude la cabeza y sus rizos cobrizos se esparcen por sus pecosos y encorvados hombros.

—Fallon. Fuera.

—Sí, estaba fuera, pero ya he vuelto.

—Fuera. Fuera. Fuera. —Sumado al resuelto brillo en sus ojos azules, el nerviosismo que ensombrece su voz me deja sin aliento.

—¿Me estás diciendo que me tengo que ir, *mamma?* —susurro, aunque no tengo forma de evitar que la *nonna* lo escuche. Está ahí mismo, con el esmeralda de sus ojos tachonado de preocupación.

Mamma deja de sacudir la cabeza, pero solo para comenzar a asentir sin parar.

Miro a mi abuela, confundida.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Cuando llegué a casa del mercado, la encontré de rodillas dando

golpes a la puerta de su habitación. Se arrastró hasta allí. Por suerte, estaba cerrada.

¿La cerré yo antes de marcharme? Sé que estaba dormida cuando fui a ver cómo se encontraba, pero apenas recuerdo nada más, al haber estado presa del pánico por el pájaro y mi «arresto».

¿Y si se encerró ella sola porque le daba miedo el pájaro de mi habitación? ¿Y si el cuervo se convirtió en humo y atravesó la pared que separa nuestros dormitorios? ¿Y si se ha ido?

Se me pone la piel de la clavícula de gallina y la sensación se extiende por mi pecho.

—¿Qué ocurre?

Aparto la mirada de la pared con un parpadeo.

—¿Q-qué?

—Pareces alterada.

Me acuno el cuello y noto las manos húmedas y pegajosas contra la piel caliente.

—He tenido un día movidito.

Mi *nonna* le acerca una taza de infusión de bayas de serbal. Mi madre niega con la cabeza.

—Tienes que beber un poco, *bibbina mia*.

Creo que nunca había oído a mi abuela llamar a *mamma* «mi cielo» y sus palabras me atraviesan el corazón como una dolorosa flecha. Debe de ser horrible para una madre tener que presenciar el deterioro de su hija sin poder hacer nada.

Por fin, *mamma* deja de balancearse y de repetir la misma palabra una y otra vez. Levanta la vista hacia su madre y abre la boca. Mi *nonna* la ayuda a beber la amarga infusión y le pasa un nudillo por la barbilla para secarle las gotas que se han escapado de sus labios.

Como si tuviese propiedades mágicas, el brebaje consigue calmar a mi madre y hacer que le pesen los párpados. Sus pestañas, del mismo color siena que sus delgadas cejas, caen. Cuando parece que está a punto de quedarse dormida, abre los ojos de golpe y clava la mirada en mí.

—Que los vientos te lleven de vuelta a casa sana y salva.

Entonces se le cierran los ojos y apoya la mejilla contra el almohadón que la abuela le ha puesto detrás de la cabeza.

Mi *nonna* y yo nos miramos. Es la primera vez que *mamma* articula una frase completa. O, al menos, la primera vez que lo hace delante de mí.

—¿Acaba de…? ¿*Mamma* ha…? —Mi mente trabaja a toda velocidad ante su extraña bendición.

Porque eso es lo que era, ¿verdad?

—Así es.

—¿Alguna vez ha dicho algo… así?

—Cuando estaba embarazada de ti, una vez la encontré susurrándoselo al cielo. Di por hecho que estaba deseándole a tu padre que llegara seguro al lugar hacia dondequiera que hubiese zarpado. Una vez le pregunté por el tema y ella me dijo que todos tenemos derecho a guardar secretos.

Mi *nonna* aprieta los labios y deja volar la mirada entre su hija dormida y yo.

Pienso en el pacto que hizo con mi abuelo y, aunque quiero hablar de ello, sé que tendré que explicarle cómo me he enterado de ese detalle, y parece haber sufrido ya suficientes disgustos por hoy.

—¿Crees que mi padre era marinero? Bueno, ¿que *es* marinero?

—No lo sé, Fallon. Tu madre nunca me habló de él. Lo único que sé es que lo conoció durante uno de sus viajes a la Rax. Solía ir allí todos los días a ayudar a los necesitados. —Mi *nonna* acaricia el cabello de *mamma*—. Tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Siempre quiso salvar a todo hombre, mujer y duende.

—Tiene. Tiene un corazón que no le cabe en el pecho. No se ha muerto, *nonna*.

—Una parte de ella sí —suspira con la vista clavada en la taza, como si quisiera leer el futuro de *mamma* en los posos de té, igual que hace Beryl cada vez que le preparo una taza de café.

Aunque las historietas que se inventa siempre son de lo más entretenidas, nunca me ha visto como una reina. Pero ¿por qué habría de hacerlo? No soy más que una pobre mestiza. No podría alegrarme más de que sea una sirena confabuladora y no una demoniaca.

—¿Por qué te ha traído hasta aquí uno de los amigos de Dante?

Beryl desaparece de un plumazo de mi mente ante la pregunta inesperada de mi *nonna*.

¿Sabrá también desde dónde he zarpado? Guardo silencio para ver si dice algo más. Y no tengo que esperar demasiado.

—¿Qué hacías en los barracones?

—Dante me invitó.

—¿Y tú aceptaste? —pregunta al tiempo que se masajea el puente de la nariz.

—Sí.

Su desaprobación es tan intensa como el aroma de las bayas de serbal.

—Goccolina…

—¿Sabes dónde he estado hoy también? —suelto antes de que tenga oportunidad de decirme que soy una necia o cualquier otra

lindeza—. En Isolacuori.

A mi abuela se le resbala la taza de las manos y se rompe en pedazos gruesos y afilados. El poco líquido rosado que quedaba dentro fluye entre la cerámica y sus zapatos. El sonido hace que *mamma* dé un respingo, pero no llega a despertarla.

Mi *nonna* abre la boca. La cierra. La abre. Su mirada se oscurece tan súbitamente como el bosque de Racocci durante la temporada de tormentas.

—Ptolemy… —Pronuncia el nombre del marqués en voz tan baja que apenas se distingue del susurro que emite el vapor que mana de la tetera.

Como sigo de rodillas, recojo los pedazos de la taza, con cuidado de no manchar la preciosa tela azul pastel de mi vestido con los restos de la infusión.

—Le habló al rey de mi afinidad con las serpientes y este solicitó que acudiera a una audiencia con él.

—¿Y…?

Apilo los trozos de cerámica en una mano, como si fueran los pétalos caídos de una rosa, y alzo la mirada hacia ella.

—Y el rey Marco quiere que utilice mi don para instaurar la paz entre criaturas terrestres y acuáticas.

Una expresión horrorizada deforma sus bonitas facciones y hace que parezca mayor.

—¿Le has hablado de tu don?

—Por supuesto que no, *nonna.* Además, ni siquiera estoy segura de tener uno.

—¿Estaba Justus…?

—Sí.

—¿Te ha hecho daño? —Tiene los puños tan apretados que se le marcan los nudillos.

—No, *nonna.*

Todavía, susurra una vocecilla en mi cabeza, aunque no dejo que ese arrebato de inseguridad vaya a ningún lado. Mi *nonna* ya está lo suficientemente nerviosa.

Al final, me pongo de pie y me giro hacia la ventana, hacia las tiendas de campaña blancas que el sol poniente baña en oro y hacia la ordenada hilera de embarcaciones militares que oscilan en el agua junto a la estrecha isla.

La barca de Silvius está vacía, pero ¿significará eso que ha dejado de vigilarme?

—Justus ha ido a acompañar al rey a Tarespagia para continuar con la celebración de su compromiso, así que retomaremos la

audiencia cuando regrese la próxima semana.

Me vuelvo hacia ella. Su mirada tiene un brillo lejano, como si hubiese regresado a la corte, a casa de Justus, a un tiempo en que las orejas y la mente de mi madre estaban de una pieza, cuando yo todavía no existía.

—*Nonna,* ¿crees que de verdad busca la paz o que intenta engatusarme para que revele mi naturaleza?

Con un parpadeo, mi abuela vuelve al presente, a la casita azul en Tarelexo que nos ha mantenido a salvo hasta ahora.

—Los Regio odian a los animales casi tanto como a los humanos, así que no le cuentes nada. Y, Fallon, no vuelvas nunca a la corte sin mí, ¿me oyes? Nunca.

Aunque le aseguro que no lo haré, sé que no mantendré la promesa. No puedo. Porque la única razón que tengo para volver a Isolacuori es hacerme con el cuervo y me niego a involucrar a mi *nonna* en ese asunto.

Capítulo 35

Cuando mi *nonna* se va a la cocina a dejar la taza rota y empezar a preparar la cena, yo subo a mi habitación. Me da un vuelco el corazón al llegar a la puerta, puesto que las palabras de *mamma* resuenan en mi cabeza.

«Fallon. Fuera.»

¡El cuervo ha debido de irse volando mientras no estaba! Por eso insistía en que saliese de casa.

Abro la puerta tan bruscamente que me precipito hacia el interior de mi dormitorio y solo consigo mantener el equilibrio porque me agarro al pomo como si me fuera la vida en ello. Como ya está anocheciendo y he dejado las cortinas echadas, no hay demasiada luz, pero lo veo todo con claridad: el armario, el escritorio, el jarrón de peonías mustias y el cuervo posado sobre una de las patas de la cama.

Mi teoría se viene abajo y da paso al alivio y la preocupación. Me siento aliviada porque perder un pájaro con alteraciones de hierro habría supuesto un buen problema y preocupada porque verlo aquí me ha devuelto a la casilla de salida en lo que respecta a intentar descifrar el funesto mensaje de *mamma*.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella en un intento por calmar los desenfrenados latidos de mi corazón. El cuervo me observa con esos espeluznantes ojos de citrino.

—Pensaba que te habrías marchado.

Aunque no le debo ninguna explicación, decido comentarle el motivo de mi reacción solo porque sé que me entiende.

La criatura no inclina la cabeza.

—Mi madre parece estar convencida de que debo marcharme. Dado que fue ella quien me condujo hasta la cámara donde estabas oculto, supongo que su mensaje tiene algo que ver contigo.

¿De verdad estoy pensando en voz alta ante este animal? ¿Qué es lo que espero conseguir exactamente? ¿Algún consejo? ¿Una directriz? Lo de la cámara bien podría haber sido un golpe de suerte. Al fin y al cabo, mi madre no está bien de la cabeza.

Pero ¿qué estoy diciendo? No fue ninguna coincidencia. Ella me

avisó de que Bronwen nos vigilaba y así fue. Mencionó el oro de la cámara de los Acolti y allí había montañas de él.

Algún ser superior está utilizando a mi madre como su heraldo.

¿Será Bronwen ese ser superior?

¿Qué clase de criatura es Bronwen?

Las paredes de mi dormitorio desaparecen. El techo y el suelo también. De pronto, me encuentro ante un desfiladero. Extiendo los brazos y me golpeo en los nudillos con algo rígido: un muro de piedra gris. Abro los dedos de la otra mano, pero no encuentro resistencia.

Me lanzo hacia un lado y me agarro a la roca pese a que no estoy cayendo.

Estoy…, estoy flotando.

¿Qué narices me está pasando? Miro a todos lados, desesperada por encontrar algo…, a alguien, pero estoy sola aquí en… ¿Dónde estoy? ¿En Monteluce?

El estruendo de un riachuelo resuena bajo mi cuerpo.

Muy pero que muy por debajo de mí.

Aunque la gravedad no me está arrastrando hacia el suelo, me aferro a la piedra, más como una lagartija que como una mujer.

Estoy a punto de gritar para pedir ayuda cuando algo brilla en un estrecho saliente más abajo, con una flecha negra sobresaliendo de su pecho. Un alarido muere en mis labios antes de nacer y parpadeo.

El desfiladero desaparece y vuelvo a estar dentro de los confines de mi habitación, de cuclillas ante mi cama y agarrada al dosel de madera, con los nudillos blancos y los músculos de las piernas temblando tanto como los de los brazos.

Mis labios se estremecen con cada respiración.

¿Eso ha sido una visión?

¿Es que ahora veo cosas?

¿Es esto lo que asola la mente de mi madre y le destroza los nervios?

Aunque ya no estoy colgando sobre una garganta de metros y metros de profundidad, me incorporo con precaución. Odio tener que admitirlo, pero clavo la vista en el suelo para asegurarme de que sigue ahí. Los tablones de madera brillan como la miel, como debe ser.

Al final, levanto la mirada y suspiro.

—Creo que sé dónde encontrar al siguiente de tus amigos.

Me paso los dedos por el pelo, me lo aparto del rostro y miro por la ventana. Llego hasta ella de dos zancadas y aparto la cortina para estudiar las cumbres envueltas en un manto de niebla.

—Creo que está en algún lugar de esas montañas, dentro de un desfiladero.

Un escalofrío me sacude hasta la médula. Si Racocci tiene fama de ser un sitio peligroso, la cadena montañosa que separa las dos partes del reino es famosa por tragarse vivos a todos aquellos que se atreven a aventurarse entre sus riscos.

—Tal vez Bronwen pueda asignarle la misión a otra persona. —Me vuelvo hacia el cuervo y escudriño los citrinos engastados en su cabeza antes de trazar el rechoncho cuello y las alas negras con la mirada—. En realidad, se me ocurre algo mejor. ¿Por qué no vuelas tú hasta allí y vas a socorrer a tu amigo?

El cuervo parece entrecerrar los ojos, así que hago lo propio.

—No sé qué he dicho para merecerme una mirada fulminante. No es una sugerencia tan descabellada. Por si no lo has notado, yo no tengo ni alas ni magia.

Siento un hormigueo en la frente, como si se me hubiese dormido la piel. Me froto la zona en un intento por mitigar la extraña sensación y me descubro en medio de un bosque envuelto en las sombras de la noche, ante Bronwen y un caballo ensillado.

Doy un respingo. Cierro los ojos de golpe y, cuando los vuelvo a abrir, estoy de nuevo en mi habitación, agarrada a las cortinas como si fueran un salvavidas.

Santo Caldero, ¿qué ha sido eso? ¿Otra visión más?

De ser así, ¿quién me la ha enviado? ¿Uno de los Dioses? ¿Bronwen? ¿Acaso es Bronwen una Diosa? ¿Un oráculo? ¿Una hechicera? ¿Es un espíritu maligno? Desde luego, con la cara derretida y los ojos ciegos, parece un ser de otro mundo, algo maligno.

Dioses del cielo, ¿y si es un espíritu malvado que ha venido a destruir el mundo y me está utilizando para llevar a cabo su plan?

La historia de la Primanivi vuela por mi mente y pone mis emociones patas arriba. ¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo?

Capítulo 36

Echo un vistazo a la cama. Miro al cuervo y él me devuelve la mirada. Me tiro al suelo, me agacho a por la bolsa de piel que he dejado escondida y la saco de debajo de la cama para coger las estacas de obsidiana y ponerme en pie con una en cada mano.

Antes de que el cuervo pueda echar a volar, levanto los brazos y lo ataco. Una y otra vez. Y, siempre que creo que voy a conseguir darle, lo único que las puntas atraviesan es una nube de humo negro.

El sudor me cubre la nuca y me empapa el vestido, los músculos me tiemblan y el dolor que siento entre los muslos ha empeorado hasta límites insospechados, pero no cejo en mi empeño de empalar al maldito cuervo.

Nunca le he hecho daño a un animal, ni siquiera le he llegado a desear el mal a uno, pero ahora estoy más segura que nunca de que el pájaro que he despertado no es un animal.

—¿Qué eres? —gruño entre jadeo y jadeo, con las armas en ristre.

El mezquino bichejo tiene el descaro de poner mala cara. Lo que no logro entender es por qué no se ha ido volando, por qué se burla de mí. ¿Es que acaso el humo no pasa por debajo de las puertas?

Exasperada, quito el pestillo de la ventana y la abro de par en par. La brisa que se cuela en la habitación enfría la capa de sudor que me perla el labio superior.

—¡Fuera! ¡Vete y busca a Bronwen! Dile que no soy su marioneta. No os necesito a ninguno de los dos para ganarme el corazón de Dante. Acabaremos juntos, con trono o sin él.

Sigo aferrándome a los pedazos rotos del mineral negro, pero tengo los dedos laxos y temblorosos.

—¡Márchate!

El cuervo me observa desde la parte superior del armario.

Madre mía, debe de ser el espíritu maligno más inútil de toda la historia. Le estoy ofreciendo una vía de escape y no me hace ni caso.

Tiro las estacas al Mareluce sin pensar. Una vez que las oscuras aguas del canal se las tragan, levanto la vista, preparada para girarme hacia el pájaro de nuevo, pero entonces veo una figura de pie en la

negra costa de la Rax.

Puede que esté imaginando el turbante y las faldas sacudidas por el viento, pero eso no me impide gritar:

—¡Búscate a otra! Estoy harta de encargarme de tu absurda misión.

Me arden los ojos. Por el sudor. Por las lágrimas. Por la arrolladora frustración que me embarga. *¿Por qué a mí?*

—¿Por qué a mí? —susurro.

Porque eres una tonta sin magia que tiene una voluntad tan fácil de manipular como su corazón, por eso te eligió a ti. Mi cabeza es una crítica despiadada.

Me obligo a apartar la iracunda mirada de Bronwen o de quien sea que esté al otro lado del canal, si es que es una persona siquiera, y escudriño los ensombrecidos rincones de mi dormitorio. Esperaba toparme con el brillo calculador de unos ojos dorados, pero no veo ningún resplandor.

Nada se mueve.

El cuervo se ha ido.

Ha salido volando.

Por fin.

A los fae les encanta advertir a sus hijos de los peligros de entablar amistad con un fae de orejas curvas mediante una antigua leyenda. Trata sobre cómo los mestizos perdieron las orejas puntiagudas. Yo nunca me creí ni un solo detalle de la tan popular historia. Me resultaba imposible que una muchacha impulsiva fuese capaz de sentenciar a toda una raza por abrir una caja sagrada repleta de secretos feéricos y esparcirlos por los tres reinos. Pero, en cierto modo, ¿no es eso lo que yo acabo de hacer?

¿No he liberado algo con el poder de destruirnos?

—Fallon, por el amor del Caldero, ¿qué rayos está pasando aquí?

Me giro hacia la puerta del dormitorio.

Pese a que la silueta alta y esbelta de mi *nonna* está a contraluz, veo los surcos que cruzan su rostro y la trayectoria de su mirada con claridad cuando se fija en la silla caída, el armario abierto de par en par, las sábanas arrugadas y el jarrón de las peonías volcado y goteando agua.

—Estás… ¿redecorando?

Ahogo una carcajada y me seco las lágrimas que se entrelazan con mis pestañas.

—¿Qué te ocurre, Goccolina?

—¿Alguna vez has hecho una tontería por amor, *nonna?*

—Me casé con tu abuelo.

—¿Tú…, tú lo querías?

—Hubo un tiempo en que sí. ¿A qué viene todo esto?

Contemplo el cielo azul cobalto tachonado de estrellas mientras el deseo de contárselo todo a mi abuela me inflama la lengua.

—¿Qué has hecho? —insiste.

Ha debido de acercarse con pasos silenciosos hasta mí, porque su aroma floral me envuelve, aunque ella no me toca.

Y es que estoy segura de que nunca volverá a abrazarme una vez que se entere de lo ingenua que he sido al ser cómplice de Bronwen.

Es ese temor a que deje de mirarme como si fuese uno de sus bienes más preciados lo que hace que me hormiguee la lengua y reprima el creciente anhelo que siento por desahogarme.

—Dante se va a tomar unos días de descanso la semana que viene —murmuro, porque sé que está esperando a que diga algo.

Mi *nonna* frunce el ceño mientras me estudia y recorre la habitación con la mirada, y resulta evidente que no consigue encontrar la conexión entre las vacaciones de Dante y el desastre en que he convertido mi dormitorio.

—Me ha pedido que pase un tiempo con él. Los dos solos. —Me humedezco los labios—. Le he dicho que sí.

Nunca me habría creído capaz de contarle algo así a mi abuela, pero prefiero compartir con ella ese detalle que explicarle el verdadero motivo por el que estoy tan nerviosa.

—No te estoy pidiendo que me des tu bendición, porque sé que no me la darás, pero quería que lo supieras.

Me encantaría que me acariciara el brazo y me dijera que haga lo que me dicte el corazón. Que recurriera a una mentira piadosa como cuando era pequeña y que intentase protegerme de la cruda realidad. El problema es que lleva años sin mentirme.

—El príncipe nunca se casará contigo, Goccolina. No importa cuántos viajes hagáis juntos —suspira.

Dejo escapar un grito ahogado, como si me hubiese atravesado con una de esas estacas de obsidiana.

—¡Tú no sabes nada de él! ¡Es completamente opuesto a Marco!

Mi *nonna* aprieta los labios con fuerza.

—Eres muy insensible, *nonna.* Eres… eres… —El calor que hace que me ardan los ojos distorsiona sus severos rasgos—. Te odio.

No reacciona, así que supongo que o no le importa o no cree que hable en serio.

—Te demostraré que estás equivocada. —Empiezo a caminar hacia la puerta, pero retrocedo, levanto el colchón y cojo la moneda de oro —. Toma. Asegúrate de pagar al marqués.

—¿De dónde has…?

—Me la han dado.

—¿Quién? ¿A quién le has pedido dinero?

—Yo no lo he pedido. Me lo han dado.

—¿Quién?

—Un hombre que no me considera una idiota por amar a un príncipe y que no cree que esté destinada a la miseria por haber nacido en ella.

El viento me mete el cabello en los ojos irritados, así que lucho por apartármelo de la cara.

«Que los vientos te lleven de vuelta a casa sana y salva.»

De pronto, caigo en la cuenta de que tal vez esa haya sido la manera de *mamma* de decirme que esta decrépita casa azul ya no es mi hogar. Que tengo que extender las alas como un cuervo y volar hacia mi verdadero hogar, a Isolacuori, pasando primero por la Rax y Monteluce.

«Fuera. Fallon.»

Contemplo la oscura costa, ahora desierta, y la espesura verde como la esmeralda que se extiende más allá de los pantanos.

Eso haré, mamma. *Partiré esta noche y reuniré los cinco cuervos.*

Me muero por ver la cara de mi *nonna* cuando esté sentada en el trono lucino.

Imaginarme a mí misma con una corona me da la fuerza necesaria para salir de mi jaula y dejar atrás a la mujer que me ha mantenido encerrada en ella durante los últimos veintidós años.

Capítulo 37

Aunque barajo la idea de partir hacia la Rax de inmediato, paso primero por la taberna. Como bien dijo el rey, soy una chica responsable y no dejaré a la familia Amari en la estacada solo porque mi abuela me haya herido el orgullo.

Además, quiero cobrar para llevar algo de dinero encima durante mi viaje a través de los territorios indómitos de Luce, y de paso informar a mi mejor amiga de que me marcho para que no se preocupe.

Cuando llego a Lecho de Paja, la taberna está hasta los topes y ambas hermanas parecen haberse disparado a la cara con una ráfaga de su magia elemental de aire. Tienen los cabellos alborotados y las clavículas empapadas de sudor.

—¡Por fin! —Syb pasa a toda prisa junto a mí, cargada con una bandeja de bebidas que deposita sobre una mesa—. Válganme los tres reinos, ¿dónde has estado?

El remordimiento se hace un hueco en mi pecho al pensar en dejarlas atrás.

Me reemplazarán.

Soy reemplazable.

Esa vocecilla, la que tantas veces me hizo actuar de forma impulsiva en el pasado, ahora me anima a ceñirme al plan. Ya no puedo volver a casa. No después de haber salido hecha una furia.

Echo un vistazo por encima del hombro, un gesto que he repetido alrededor de cien veces desde que me he ido dando un portazo por miedo a que mi *nonna* viniese siguiéndome. La única persona que me está mirando es el pescador con barba que está limpiando la cubierta de su embarcación.

Mi abuela es tan orgullosa como yo. Esperar que venga a por mí es como esperar la nieve en pleno verano.

Trago saliva para aliviar el nudo que tengo en la garganta, me arremango y me pongo a trabajar. Como es una tarea mecánica, puedo planificar mis próximos pasos. Una parte de mí está convencida de que Bronwen me estará esperando con un caballo, pero, si me

equivoco, ¿debería partir a pie?

Es justo ahora cuando me doy cuenta, además, de que las prendas que llevo no son nada prácticas. Por mucho que odie mis botas y mi ropa desgastada, no voy a poder subir a Monteluce con unos zapatos de seda y un vestido tan delicado como las alas de una mariposa.

En la Rax, la ropa está hecha para ser resistente. Haré un trueque con alguien. Seguro que no tardaré mucho en encontrar a una persona que quiera darles una segunda vida a unas prendas tan bonitas.

Sybille me da un golpe en el hombro con el suyo.

—Primero: ¿dónde has conseguido ese vestido? Es una monada. Y segundo: ¿qué te preocupa?

—Me lo ha prestado la hermana de Phoebus.

Syb se muestra sorprendida.

—¿Flavia Acolti? ¿La misma Flavia que odia a los mestizos? ¿Esa Flavia te ha prestado un vestido?

—Me lo ha prestado Phoebus.

—¿Y tenía uno de los vestidos de su hermana por ahí tirados porque…? Ah.

No sabría decir a qué conclusión ha llegado, pero dejo que piense lo que quiera. A lo mejor Phoebus se lo acaba contando, pero yo no lo haré. Y menos estando en un lugar donde las paredes tienen oídos.

—En cuanto a lo que me preocupa… Me he acostado con Dante.

Aunque lo de mi desfloramiento vespertino no es una de las prioridades entre mis pensamientos, quiero que Sybille se entere por mí y no por un cliente cualquiera.

La taza de cobre que ha venido a rellenar se le escurre de entre los dedos y cae con un estrépito sobre la barra, de manera que atrae la atención de unos diez o doce clientes encorvados ante sus respectivas bebidas y tablas de carne curada y queso.

—Madre. Del. Caldero. —Me agarra del codo y me lleva hasta uno de los rincones más apartados de la taberna, con la boca todavía abierta—. ¿Y?

—Y ya me podrías haber avisado de que dolía.

Las molestias que sentía entre los muslos han remitido hasta convertirse en pinchazos esporádicos.

—No me puedo creer que te hayas acostado con Dante.

En realidad, ni yo misma me lo creo. Es como si lo hubiera soñado.

—Lo sé.

—¿Ha sido todo tal y como imaginabas o mejor?

Vacilo por un segundo, porque no se ha parecido en nada a lo que esperaba. Por mucho que quiera contárselo a Syb, Dante y yo acabaremos casados algún día. Sería de mal gusto por mi parte criticar

las dotes en la cama de mi futuro marido. Además, hemos tenido muy poco tiempo; estoy segura de que la próxima vez saldrá mejor.

—Me marcho.

Syb echa la cabeza hacia atrás.

—¿Por el polvo? ¿Tan horrible ha sido? ¿O es porque ha sido espectacular?

—No es por el polvo.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque necesito alejarme de Tarelexo por un tiempo. El comandante Dargento me tiene en el punto de mira y las cosas en casa están un pelín tirantes.

Me observa con atención.

—¿Con tu madre?

—No, con mi *nonna*.

Me da un apretón en el brazo.

—Lo siento, Fal. —De pronto, su compasión se transforma en entusiasmo—. Vayámonos juntas.

Nada me gustaría más, pero no me parece justo arrastrarla a este desaguisado. Además, me preocupa mucho que la profecía no se cumpla si alguien me acompaña y necesito sí o sí que se haga realidad.

—No puedo llevarte conmigo, cielo. Es algo que tengo que hacer yo sola. Además, tus padres y tu hermana nunca me lo perdonarían si te alejase de aquí. Y luego Phoebus también querría venir y ahora que tiene nuevo novio…

—¿Qué? Será sabandija. Me dijo que no iba en serio con Mercutio.

—Creo que le gusta más de lo que está dispuesto a admitir. Ni siquiera él mismo quiere verlo.

Sybille esboza una sonrisilla pícara.

—Deberías haberlos visto en el baile la otra noche. Estaban tan…

—Cuando hayáis acabado de chismorrear, me vendría bien algo de ayuda. —Giana se seca el sudor de la frente con la muñeca.

—Lo siento, Gia. Dime qué hago —Me seco las manos en la preciosa falda de mi vestido.

—La mesa diez ha pedido una jarra de vino y el comandante quiere un plato de jamón.

¿El comandante está aquí? Mi mirada vuela hasta el hombre de mandíbula prominente vestido de blanco, sentado junto a otro hombre de uniforme que no reconozco.

No ha venido a espiarte, Fallon. Está aquí para comer algo.

—Yo me encargo de la mesa diez.

Vuelvo a la barra, cojo una de las jarras listas para servir que

dejamos preparadas en fila y me encamino hacia los seis tarecuorinos que juegan a las cartas.

Mientras relleno sus vasos, Catriona, que acaba de bajar por la escalera, corre hacia Silvius. En la taberna hay mucho ruido y la mesa del comandante está pegada a la pared del fondo, así que no oigo lo que dicen, pero supongo que la cortesana está intentando averiguar si le apetece pasar un rato con ella. Rezo para que le diga que sí, porque prefiero que no esté presente cuando por fin pueda huir de aquí.

Estoy sirviendo la última gota del espumoso vino feérico cuando los escurridizos ojos del comandante abandonan a la cortesana y se clavan en mí. Catriona me echa un vistazo por encima del hombro con un suave suspiro. ¿Significará eso que ha rechazado su proposición? En ese caso, ¿habrá sido porque está «trabajando» o porque por fin ha comprendido que acostarse con otra no lo ayudará a ganarse el respeto de la mujer a la que quiere conquistar?

Cuando me estoy abriendo camino para llegar junto a Sybille, me planteo contarle que Silvius quiere casarse con ella o con su hermana, pero entonces tendría que darle un montón de explicaciones sobre cómo he obtenido esa información y todavía no le he hablado de mi desafortunado encuentro con el rey. La verdad es que me sorprende que no se haya enterado ya. No hay una mejor historia para alimentar el ansia de cotilleos típica de los lucinos que la de una mestiza arrestada por manipular a las serpientes.

—*Pappa* necesita que alguien le eche una mano para emplatar. —Giana señala la cocina.

Abro la puerta batiente con el hombro y estoy a punto de ofrecerle mi ayuda a Marcello cuando me fijo en que está abriendo unos pichones sobre una tabla de cortar. Las aves están desplumadas, pero todavía no les ha cortado el cuello. Se me revuelve el estómago y me mareo. Me agarro al marco de la puerta y espero a que mi visión vuelva a la normalidad y mis entrañas se tranquilicen antes de intentar dar un paso adelante.

No es la primera vez que veo a Marcello preparar un asado, pero, por alguna razón, los pichones me han recordado por un momento al cuervo. Y sí, no negaré que yo he intentado atravesarlo hace apenas unas horas, pero solo para que volviera a convertirse en una bagatela, no para servirlo como un pincho de carne a la brasa.

—¿Te encuentras bien, Fallon? —Defne aparece a mi lado y me envuelve la cintura con un brazo para sostenerme.

—Lo siento. Sí, es que, eh…, se me ha olvidado comer hoy.

Me doy cuenta de que es la verdad, que llevo todo el día sin comer.

Me ayuda a llegar hasta un taburete de madera que se encuentra

demasiado cerca de la tabla de cortar y saca un pedazo de *pecorino* de su envoltorio. Tras cortarlo en pedacitos finos, abre un tarro de verduras encurtidas y coloca las dos cosas frente a mí.

Mastico la comida sin apartar la vista del sucio suelo bajo el taburete. No me siento mejor cuando termino, seguramente porque lo he engullido todo demasiado deprisa, pero me alegro de haber comido algo.

Mientras limpio el plato en el agua jabonosa del fregadero, le cuento a Defne y a Marcello que me ha surgido un viaje de improviso y que «No, no le ha pasado nada malo a nadie, pero no podré venir a trabajar hasta nuevo aviso».

Defne esboza una suave sonrisa.

—Ya era hora. Marcello y yo nos preguntábamos cuándo abandonarías el nido.

Qué expresión más apropiada…

—Deberías animar a Syb a que haga lo mismo. —El comentario de Marcello me deja muda por la sorpresa—. ¿Y si te acompaña? Juntas siempre os lo pasáis en grande y…

—No puedo. —Las palabras escapan de mi boca con más brusquedad de lo que pretendía—. No puedo llevármela conmigo. Pero una vez que me haya asentado…

Los dos se miran con expresión extrañada.

—¿Asentado? —repite Defne.

—Voy al encuentro de un amigo. Y, bueno, primero quiero ver a dónde me lleva la situación, pero no le he contado nada a Syb.

—Ahh… —Defne relaja el ceño—. Conque es un tema de chicos. ¿Es el muchacho del que me hablaste el otro día?

—Exacto —miento.

Marcello no baja la guardia. De hecho, cuando descubre que voy a irme con un hombre, parece sentirse profundamente decepcionado conmigo. Por un instante, me pregunto cómo se sentiría si se enterase de que ese hombre tiene alas y plumas y que puede que ni siquiera sea macho.

—¿Ceres ha conocido ya a ese amiguito tuyo? —pregunta con voz tensa.

—¿De verdad crees que él querría que siguiésemos viéndonos de haberla conocido? Es casi más terrorífica que Justus.

Eso hace que a Defne se le escape una risita entre dientes.

—Bueno, me quedaría más tranquilo si me dices su nombre —refunfuña Marcello—. En caso de que…

Defne le da una palmada en el brazo a su marido.

—Deja a la pobre chica en paz. ¿Te acuerdas de cómo nos

escabullíamos para vernos a espaldas de nuestros padres?

Le daría un beso a Defne ahora mismo. Y eso hago.

—Gracias —susurro después de darle un besito en la mejilla.

—No hay de qué.

Defne saca su monedero, pero le digo que vendré a recoger mi paga cuando acabe el turno y que me descuente del total lo que cueste un pedazo de queso curado y un poco de fruta deshidratada.

—¿Es que acaso no te va a dar de comer ese muchacho? —Marcello se está dando golpecitos en la palma de la mano con el lomo de su cuchillo de carnicero, como si estuviese listo para destripar a mi enamorado ficticio.

Defne chasquea la lengua.

—Estoy segura de que lo hará, *mi cuori*. Ahora deja ese cuchillo antes de que te hagas daño y te desangres sobre la comida del *signore* Guardano. Puede que el pichón a la sangre sea una exquisitez en Nebba, pero no en un reino civilizado como el nuestro.

—Preferiría salir preparada en caso de que la situación se tuerza y tenga que irme por mi cuenta —digo al ver que no suelta el cuchillo.

—Chica lista —dice Defne

Luego, le dedica una ceja arqueada a su marido, que sigue refunfuñando tras la barba sobre cómo los muchachos ya no reciben la misma educación que antaño, y añade:

—Te lo prepararé todo antes de que te marches.

Le doy las gracias unas cuantas veces, cojo una bandeja de comida que está lista para salir y regreso al comedor. Cruzo los dedos para que el comandante se haya acabado su copa y se haya marchado, pero sigue ahí. Y lo que es peor: no me quita ojo mientras zigzagueo entre las mesas.

Regreso a la barra deseando arrancarme la piel a tiras para deshacerme de la desagradable sensación que me ha dejado al ponerme los pelos de punta. Aunque técnicamente no estoy huyendo, no voy a conseguir zafarme de ese cretino avasallador.

Y menos cuando Catriona se sienta ante mí y dice:

—Ese hombre está obsesionado contigo, *micara*. ¿Estás segura de que no quieres que me encargue de ponerle un precio a tu himen por ti?

Me pongo roja de pies a cabeza porque ha hablado en voz muy alta.

—Antes preferiría mudarme a la Rax y volverme célibe para el resto de mis días —murmuro sin apartar la vista de la jarra de agua que estoy secando.

También podría haberle confesado que ya no tengo un himen que romper, pero no es asunto suyo ni de nadie.

Catriona me mira con atención, pese a que no es la primera vez que he mostrado que el comandante me desagrada.

Mi alborotado sistema nervioso me planta una sonrisa en los labios.

—Pero gracias por pensar en mí y mi virginidad.

—Es una pena —suspira—. Una verdadera pena.

Al contrario. Seguro que el comandante me estrangularía mientras me folla para sacarme una puñetera confesión a la fuerza.

Paso el resto del turno intentando obligarlo mentalmente a marcharse antes de que llegue la hora de cerrar, pero el muy cabezota no se mueve de su silla y, aunque no me está mirando fijamente, sus ojos se clavan en mi nuca de forma intermitente y me pone los pelos de punta.

¿Y si está esperando a que termine mi turno? ¿Cómo se supone que voy a conseguir un pasaje a la Rax con un oficial de alto rango pisándome los talones?

Me acerco a su mesa cuando el penúltimo de los clientes se marcha.

—Serán una moneda de plata y quince de cobre.

Señala con la cabeza a su compañero, que parece más un señuelo que una persona de carne y hueso por lo quieto que está. El hombre más joven saca dos monedas, ambas de plata.

—Ahora mismo le traigo el cambio.

Giro sobre mis doloridos talones. No quiero ni pensar en todo lo que me queda por hacer hoy…

—No hace falta, *signorina* Rossi.

—Me aseguraré de comunicarle a los Amari lo generoso que ha sido —le digo por encima del hombro.

Antes de que pueda retirarme, el comandante vuelve a llamarme.

—Seducir al príncipe no le servirá de nada.

No quiero hablar con este hombre. Tengo sitios a los que ir, cuervos que encontrar. Sin embargo, no logro reprimir un suspiro exagerado.

—Vaya por Dioses. Se ha cargado mi ingenioso plan. Por favor, dígame a quién tengo que seducir entonces. ¿Al rey? ¿A usted?

Creo —o, al menos, espero— que mi sarcasmo va a conseguir cerrarle el pico de una vez por todas, pero el comandante decide azuzarme un poco más.

—¿Sabe qué está haciendo su príncipe azul en este preciso instante? —La voz de Silvius suena tan cerca que me hace darme la vuelta. Se cierne sobre mí, con las manos a la espalda, como tiene por costumbre, y una sonrisa de suficiencia en los labios—. Está cenando con la princesa de Glace. —Silvius se desliza a mi alrededor como una serpiente—. Por lo que he oído, tuvieron una relación cuando el príncipe estuvo de misión en el norte.

—Me alegro por él.

—Veo que no piensa que sienta nada por ella.

—Porque así es. No alberga sentimientos románticos por ella.

—¿Usted besaría a un hombre sin mantener una relación sentimental con él?

—No.

—Ahí lo tiene.

—¿Qué es lo que intenta decir?

—Antes de venir aquí, he acudido a una reunión en Isolacuori. Cuando he llegado, Dante tenía la lengua enterrada en la garganta de la princesa.

—Miente.

Saca una cajita esmaltada de uno de los bolsillos del pantalón, coge un único grano de sal y se lo pone en la punta de la lengua. Una vez que se lo ha tragado, repite las mismas palabras y cada una de ellas se me clava en la frágil envoltura del corazón como una dolorosa puñalada.

—No se acuesta con putas porque, si lo hace, la princesa glacita no le deja meterse entre sus sábanas. Supongo que Dante no le habrá hablado de usted.

Me pasa la cajita y, pese a que no quiero seguirle el juego, pellizco unos cuantos granos y los olisqueo.

Es sal. Es sal de verdad.

Cierra la cajita de golpe y se la vuelve a guardar.

—Parece que se ha llevado un buen varapalo ante la noticia.

Aprieto los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en la palma hasta dejarme marcas en forma de medialuna.

—Ya hemos cerrado, comandante Silvius. —La voz de Giana resuena como el metal al chocar con el metal.

El hombre le lanza algo resplandeciente.

—Quiero una habitación. Sin cucarachas, a ser posible.

Las fosas nasales de Giana restallan mientras ve como la moneda de plata cae dando vueltas al suelo, sin hacer siquiera un intento por atraparla.

—Me temo que estamos completos.

El comandante deja de caminar en círculos.

—Ah, ¿*sí*? Catriona me ha comentado que hoy no tenían mucho ajetreo cuando ha venido a proponerme que pasara la noche con ella.

Giana no le da el gusto de responder.

—No se olvide de recoger su moneda al salir.

—Ándese con cuidado, *signorina* Amari. Podría arruinar la reputación de su establecimiento en un abrir y cerrar de ojos —dice

chasqueando los dedos para demostrar lo rápido que podría destrozarlas a ella y a su familia.

—No me gusta nada que me amenacen, comandante. Deje de hostigar a mi empleada y lárguese. Y considere no volver a poner un pie aquí. Como usted ha dicho, ya hay demasiadas alimañas correteando por nuestro establecimiento. Creo que va siendo hora de que nos deshagamos de ellas.

La mirada asesina que el comandante le lanza es aterradora, pero Giana permanece impasible. Por mucho que quiera darle un abrazo y agradecerle su apoyo, me siento tan culpable por haber metido a su familia en este lío que los pies se me quedan clavados al pegajoso suelo y los brazos, apuntalados a las costillas.

Aunque no haya ningún dios detrás de mi partida, que me vaya va a ser una bendición divina para quienes me rodean.

—Lo siento —susurro cuando el comandante y su amigo por fin salen de la taberna.

—¿Por qué, Fallon?

—Ha sido culpa mía que te haya amenazado.

Pasa un trapo por la barra.

—Nunca vuelvas a culparte por lo que haya hecho algún idiota, *dolcca*. Ahora echa la llave y ven a ayudarme a recoger este antro antes de que te embarques en tu nueva aventura.

—¿Ya te lo han contado?

—Lo he oído todo.

—Conque todo, ¿eh? ¿Te has enterado de cómo he pasado la tarde?

Sybille sale de la cocina.

—Por fin. Pensaba que ese hijo de duende no se marcharía nunca. —Solo le basta echar una mirada entre su hermana y yo para fruncir el ceño—. ¿Qué me he perdido?

—Fallon estaba a punto de hablarme de sus aventuras en Isolacuori.

Dioses, Giana tiene oídos en todas partes.

—¿Fuiste a Isolacuori sin mí? —pregunta Syb en un grito ahogado.

—No habrías querido apuntarte a ese viaje, créeme.

A medida que les cuento lo de Justus, el rey y la sugerencia que hizo el comandante sobre tirarme al Mareluce, Syb va abriendo más y más la boca, hasta que sus perlados dientes quedan a la vista. Su hermana, por otra parte, no se muestra sorprendida en absoluto.

—¿Crees que será verdad lo de la princesa de Glace? —le pregunto a Giana cuando estamos bajando el brillo de las lámparas que hay colgadas de las redes de pesca desperdigadas por la estancia.

Ella me mira de reojo.

—Como no protejas ese corazón tan dulce que tienes, Fallon, nuestro mundo acabará devorándolo como si fuera un tarro de miel.

Por muy poético que suene su comentario, no responde a mi pregunta.

—¿Eso es un sí?

—No, no he oído nada sobre ese supuesto escarceo. ¿Me sorprende? No. Eponine viene de Nebba. Es normal que Marco intente forjar una alianza con el reino restante.

—Marco no puede obligar a su hermano a casarse si él no quiere.

—Tal vez, pero ¿y si Dante sí que quiere casarse con ella?

La rabia devora mis entrañas como un animal famélico y absorbe todo lo bueno hasta que solo me deja con el deseo rabioso y retorcido de destronar a Marco de inmediato.

Puede que Dante no acabe quedándose conmigo, pero al menos me aseguraré de que tiene la libertad de elegir por sí mismo.

Capítulo 38

Una vez que Defne y Marcello me dan sendos abrazos que casi me parten en dos, salgo con Syb al muelle iluminado por la luna, con la nota que sus padres han escrito y sellado con cera metida en el morral que me he atado al pecho, donde mi corazón late desbocado.

Mis latidos se suceden a un ritmo tan acelerado que sacuden el puñado de monedas de cobre, la comida y el agua que me sustentarán en mi viaje a través de la montaña. Al menos, espero que la comida y el agua sean suficientes. Puede que me quede sin dinero mucho antes de volver si la visión de Bronwen esperándome con un caballo ha sido el producto de una mera bajada de azúcar. Cruzo los dedos para que no haya sido una alucinación, sino un presagio.

Aunque el muelle sigue tranquilo a estas horas, ya hay varios pescadores trabajando, preparando el cebo y las redes. Mientras caminamos hacia el embarcadero del ferri, la luz de la luna se enreda en la melena cortada a la altura de los hombros de Mattia. Está agazapado en la cubierta del barco de Antoni, quitándole los percebes a una jaula. Sus movimientos se ralentizan cuando alza la cabeza y nos ve.

Lo saludo con la mano. Antoni no debe de haberle contado que ya no tenemos nada, porque me ofrece una sonrisa tímida y me devuelve el saludo.

—¿Crees que sería raro si le pido una cita? —susurra Syb, que se ha inclinado hacia mí.

—¿Por qué iba a ser raro?

—Porque me acosté con Antoni —explica con una ceja arqueada.

—Pero eso fue hace un año. —Estudio las delicadas líneas del perfil de mi amiga, las espesas pestañas, la nariz respingona y los labios carnosos de un tono más oscuro que el resto de su piel, de un intenso color marrón—. Yo te diría que fueses a por él.

—¿Y si me rechaza? ¿Quién me sostendrá la mano cuando tú no estés?

—Phoebus.

Hace un puchero.

—¿Y qué pasa con mi otra mano?

—Volveré antes de que te des cuenta —digo poniendo los ojos en blanco.

—Ojalá me dijeses a dónde vas exactamente.

—A donde me lleve el viento.

—¿Y si el viento te tira desde un precipicio?

—Me aseguraré de no acercarme a ninguno.

—Te lo digo en serio, deberías ir a Tarespagia por mar. He oído que la gente que intenta cruzar Monteluce desaparece.

—Hay un único camino y patrullas recorriéndolo en todo momento. Hay que tener muchísima mala suerte para perderse.

—A ti se te da de perlas tentar a la suerte.

Con una sonrisa, le doy un empujoncito en el hombro con el mío. Cuando llegamos a la altura del ferri, le doy al capitán de ojos azules la carta de Marcello en donde explica la razón por la que quiero cruzar hacia la Rax —comprar suministros para la taberna por él— y luego le ofrezco una moneda de cobre para pagar el pasaje.

—El ferri está lleno —dice el hombre.

—Hum. —Sybille observa los bancos vacíos de la cubierta con el ceño fruncido—. Pues a mí me parece que hay sitio de sobra.

—El ferri está lleno.

Me devuelve la carta y yo la despliego para leerla rápidamente, temiendo que Marcello le haya pedido al hombre que no me deje subir a bordo, pero el texto escrito en sinuosa caligrafía reza exactamente lo que me ha prometido.

—Esto es ridículo. —Sybille hincha las mejillas de rabia.

—¿Por qué no me deja montar? —le pregunto.

Me fijo en que su mirada vuela hacia algún punto por encima de mi hombro y me doy la vuelta. Aunque no veo a nadie vigilándonos, está claro que, si no me deja montar, es porque alguien se lo ha ordenado. ¿Habrá sido el comandante?

—Más te vale volver a casa, Encantadora de Serpientes, porque nadie arriesgará su sustento para ayudarte a escapar.

Aprieto los dientes y me giro de nuevo, obligando a Sybille a hacer lo propio.

—Silvius está detrás de esto.

—¿Por qué iba a…? Ah. Será mierdecilla.

No podría haber encontrado un mejor mote para él. A lo mejor empiezo a llamarlo comandante Mierdecilla de ahora en adelante. Suena bien.

Sybille tira de mí para que me detenga.

—Deberías hablar con Antoni. Estoy segura de que él te llevaría.

La voz del capitán del ferri resuena en mi mente, así que sacudo la cabeza.

—No quiero meterlo en líos.

—Supongo que siempre puedes cruzar a nado. Ya has tenido un día de mierda. Ya da igual que te caiga encima otro zurullo.

—Tu humor no conoce límites, Syb.

Aunque la idea de nadar por esas aguas sucias hace que se me revuelva el estómago, barajo la posibilidad de llamar a Minimus con un silbido y lanzarme a las oscuras y agitadas profundidades. Sin embargo, hay dos cosas que me detienen: a) puede que Minimus no se dé cuenta de que no soy una serpiente, y b) quizá acabe cayendo de bruces en las garras de Silvius.

Levanto la cabeza y observo las esponjosas nubes que se retuercen alrededor de la luna menguante mientras pienso en lo bien que me vendría que Bronwen me ofreciera una tercera opción. Cuando no caen del cielo ni una cuerda ni un cuervo de hierro y tampoco aparece un pájaro negro volando por encima de nosotras, bajo la mirada y escudriño el oscuro bosque salpicado de antorchas más allá de la isla de los barracones.

Soy consciente de que no es más que una ilusión, pero Racocci parece estar alejándose a la deriva de Tarelexo.

—Vuelvo enseguida. No te muevas de aquí. —Sybille me suelta el brazo.

Una vez que me ha dejado a solas en el muelle para asimilar cómo se desmorona mi futuro, cierro los ojos y me pongo a pensar, pero, en vez de buscar soluciones, mi mente viaja hasta Isolacuori y la princesa que, según parece, Dante está cortejando. Y yo que pensaba que había rechazado a Beryl y las demás por mí.

¿Por qué estoy a punto de arriesgar el cuello y la cordura por conseguirle el trono si tiene intención de sentar a una princesa a su lado? Me prometió que no había ninguna mujer más en su mente. Un torrente de celos me asalta una vez que la ira remite, pero una segunda oleada de rabia se lleva por delante mi ardiente rencor.

¿Por qué habría de creer nada de lo que diga el comandante Mierdecilla? Puede que también sea inmune a la sal. Puede que los haya visto besarse y por eso pudo pronunciar esas palabras bajo el…

—Ven conmigo, mujerona a la fuga. —Un brazo delgado se enrosca en torno a mi cintura—. Te he solucionado el problema.

Abro los ojos y contemplo a Sybille.

—¿Cuál de todos?

—Ya verás.

Cuando veo lo que ha hecho, me detengo en seco.

—Te he dicho que no meteré a Antoni en esto.

—Y por eso se lo he pedido a Mattia. Te he conseguido un trato y todo.

—Sybille, no.

—Ay, de verdad, relájate un poco. Yo también saco algo de esto. Además de ayudar a mi amiga a cumplir su sueño, voy a tener una cita con un rubio cañón.

Me arrastra consigo mientras yo enumero todas las razones por las que no pondré un pie en ese barco.

—Deja de rezongar y sube de una vez.

—Sybille.

—Fallon.

—Siempre he soñado con hacer un trío con vosotras dos.

Mattia habla en voz tan alta que llama la atención de un guardia que pasaba por el muelle, así como la de un par de marineros. Extiende las manos. Syb se agarra a una y me anima con la cabeza a que tome la otra.

—Antoni se va a morir de la puta envidia.

—¿Por qué? —pregunta el capitán de ojos azules que sale a cubierta vestido solo con un par de pantalones.

Como atraídos por una fuerza magnética, mis ojos recorren su pecho desnudo y se me desencaja la expresión al ver hilera tras hilera de franjas luminiscentes alrededor de sus cincelados bíceps. ¿Es que acaso hace pactos por diversión? He contado veinte marcas en un brazo y otras tantas en el otro.

Antes de que me pille mirándolo, me fuerzo a desviar la vista hacia el capitán con barba que coloca una caja llena de aparejos en un barco vecino.

—Menuda sincronización, señoritas. El camarote es todo nuestro.

Syb me coge la mano que he dejado colgando a un costado y la coloca sobre la palma de Mattia. Antes de que pueda apartarme, tira de nosotras para subirnos a la embarcación.

Capítulo 39

Antoni se coloca entre Mattia y yo y le retuerce el brazo a su amigo para que me suelte.

—No.

—Antoni —sisea Syb con los dientes apretados—. Está bien. ¡Haremos un cuarteto!

Una vez que ha anunciado eso a voz en grito, me agarra de la mano y me mete a la fuerza en el camarote que hay bajo la cubierta.

Antoni aprieta más los labios, pero nos sigue.

En cuanto estamos dentro, Sybille cierra de un portazo.

—Santos Dioses, la sutileza no es lo tuyo.

—¿Qué coño está pasando? —gruñe Antoni.

—Te acabas de despertar, ¿no? —Syb lo evalúa y se detiene a contemplar su torso escultural.

Antoni se pasa una mano por la cara.

—Ya puedes ir empezando a explicarte.

Syb abre la boca para hablar, pero yo me adelanto.

—El comandante Dargento ha sugerido que me tiren al Mareluce para demostrar que sé domar a las serpientes.

Le contaré a Antoni la misma historia que a Sybille, la cual no coincide con la que le he contado a sus padres. Últimamente no paro de mentir. Lo único que quiero es proteger a las personas que me importan, pero, aun así… Las mentiras salen de mis labios con tanta facilidad que me atormentan los remordimientos.

—El rey Marco ha tenido que partir hacia Tarespagia, así que ha pospuesto el chapuzón hasta que regrese la semana que viene. Supongo que mi abuelo o él han decidido que alguien debe vigilarme.

—Sigo sin entender por qué habéis venido a hacer un trío con mi segundo de a bordo. —La voz de Antoni permanece inflexible.

—Ahí es a donde está intentando llegar… —resopla Syb—. Dioses, estás de lo más gruñón esta mañana.

Me humedezco los labios con la punta de la lengua y paso los dedos por la tira de mi improvisado morral.

—No quiero que me tiren al Mareluce, Antoni. No quiero

comprobar si lo que dice Silvius es verdad, y menos delante del rey. Solo los Dioses saben qué me hará si resulta que tengo afinidad con las serpientes y solo esas bestias saben lo que me harán si al final el comandante se equivoca.

—¿Entonces intentas huir?

—Exacto. —Ahí es donde empiezan las mentiras—. Le he dicho a los padres de Syb que voy a visitar a un hombre al otro lado de Monteluce y que esa es la razón por la que me marcho, pero me lo he inventado. Estoy intentando escapar antes de que me conviertan en un muñeco mordedor para serpientes o en una nueva arma para la armería del rey.

—¿Y tu príncipe azul no te puede ayudar?

No sé cómo consigo mantener la calma, pero bendito sea el Caldero.

—Él ya sacó el as que tenía en la manga cuando me caí en el canal hace diez años.

Por un dilatado momento, nadie dice nada.

Entonces Antoni rompe el silencio.

—¿Así que tu plan es pasar el resto de tu vida huyendo?

—No, mi plan es llegar a Tarespagia. Mi bisabuela, Xema Rossi, vive allí y es una mujer muy influyente. Tengo la esperanza de que ella me proteja.

—¿Cómo que «tienes la esperanza»? —El tono burlón de Antoni hace que apriete el puño en torno a la carta de Marcello.

Mientras que Sybille se ha tragado la mentira y me ha asegurado que acudir a la madre de Justus es una idea brillante, es evidente que a Antoni no le convence en absoluto.

—Es un plan terrible, Fallon.

—No he pedido que me des tu opinión.

—Puede ser, pero está claro que has venido aquí a pedirme algo.

—Esto ha sido una mala idea.

Me giro para abrir la puerta, pero Sybille se desliza pegada a la pared para cortarme el paso.

—No dejaré que mueras solo porque el orgullo de alguien se ponga en nuestro camino.

Aunque el camarote está oscuro, veo como a Antoni se le crispa la mandíbula.

—Sé que te estamos pidiendo un favor enorme, Antoni, y claro que puedes decir que no, pero Fallon necesita cruzar el canal. Quiero tomar tu barco prestado y te pagaré por ello, por supuesto.

—Sybille —susurro al descubrir lo que ha planeado.

—Quieres… —farfulla Antoni—. ¿Sabes navegar acaso?

—Tampoco puede ser tan difícil —dice ella con un encogimiento de hombros—. Vosotros dos sabéis.

Mattia ahoga una risa.

—¿Y cómo esperas conseguir exactamente que los guardias te dejen cruzar la presa con una delincuente en busca y captura?

—No soy una delincuente… —trago saliva— todavía.

Syb me quita de la mano la nota que ha escrito su padre y se la da a Antoni con brusquedad. Como el barco está embutido entre otros dos, por el único ojo de buey que hay en el camarote entra muy poca luz. Antoni entrecierra los ojos para poder leer el mensaje.

—Sé que sabes leer, así que debes de haber visto que aquí solo pone el nombre de Fallon. —Da un golpetazo en el punto exacto donde aparece en el pergamino.

—No hay nada que un borroncito de tinta no pueda arreglar. Además, está firmada por mi padre.

—¿Y si te piden que les dejes registrar el barco?

—Por eso mismo quiero llevarme *tu* barco prestado, Antoni —insiste Syb, que da golpecitos con el pie en una pequeña alfombra redonda.

Hay un largo silencio. No sé muy bien por qué nos hemos quedado todos tan serios y callados, pero entonces me fijo en que Mattia se mordisquea el labio y Antoni arruga el entrecejo.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta Antoni al final.

—¿De qué? —replico con expresión confundida.

Antoni traga saliva.

—¿Quién te lo ha contado?

—Até cabos —explica Sybille—. Sé que mi hermana y tú no estáis saliendo y que tampoco tenéis nada con ningún humano, pero los dos pasáis un montón de tiempo yendo y viniendo de la Rax. Apoyo lo que hacéis, por cierto.

—¿Qué es lo que hacéis? —me descubro preguntando.

La mirada de Antoni encuentra la mía tan violentamente que doy un paso atrás y cierro la boca.

—No es de tu incumbencia en absoluto. Y, en cuanto a lo de tomar prestado mi barco, la respuesta es no.

—¡La vida de Fallon está en juego! ¿De verdad quieres verla morir?

Antoni le lanza una mirada fulminante a Sybille.

—Si digo que no os presto el puto barco es porque seré yo quien os lleve hasta allí.

—No creo que eso sea una buena idea, capi. —Mattia se pasa los dedos por su melena dorada y me señala con la barbilla—. Se rumorea que lanzarán a la Filiaserpens a quien se atreva a ayudarla a cruzar.

—¿Entonces te parece bien dejar que Sybille nade con las serpientes? —pregunta Antoni.

—Es una chica. A ella no la pillarán.

—¿A qué viene esa estúpida conjetura?

Mattia baja la mano y la deja colgando a un lado.

—¿De verdad crees que a Dargento le temblaría el pulso a la hora de castigar a una mujer, Mattia? Por no hablar de que Sybille es la mejor amiga de Fallon. Todo Luce lo sabe. Ella será la primerísima persona a la que investiguen. Por esa misma razón, Syb no vendrá con nosotros. Y Riccio y tú tampoco. —Antoni por fin posa en mí sus ojos azules, ensombrecidos por un motivo muy distinto a la falta de luz ambiental—. Yo la llevaré al otro lado.

Me gustaría protestar, pero ¿qué otra opción me queda?

—Partiremos al anochecer.

Me da un vuelco el corazón.

—Tengo que irme ya —susurro.

—Acabas de decir que el rey no probará la teoría de Dargento hasta que regrese.

—Lo sé, pero…, pero no puedo volver a casa. Me he peleado con mi *nonna* por lo de pedirle ayuda a su suegra.

Como las mentiras sigan saliendo de mis labios con tanta soltura y sonando tan creíbles, voy a acabar creyéndomelas yo también.

—Puedes quedarte conmigo —ofrece Sybille—. Te vendría bien dormir un poco.

Estoy segura de que parezco estar tan hecha polvo como me siento por dentro.

Syb me pasa una mano por la curva del brazo.

—¿Nos vemos aquí cuando caiga la noche entonces?

—No hables en plural. Solo llevaré a Fallon. Pídele a Giana que la prepare para el viaje. Ella sabrá qué hacer.

Dioses del cielo, ¿qué tipo de actividades clandestinas están dirigiendo estos dos en la Rax?

Syb abre la puerta.

Antes de que pueda tirar de mí para que la siga, Antoni me señala con la cabeza.

—Quiero hablar un segundo con Fallon. —Cuando ni Mattia ni Sybille se mueven, añade—: A solas.

Me muerdo el labio pensando que me va a pedir que me humille o que le pida perdón por haberme lanzado a los brazos de Dante en cuanto me he separado de los de él, dado que imagino que lo sabe todo. A fin de cuentas, he besado al príncipe bajo el sol abrasador, a la vista de todo Luce.

—Si de verdad crees que tu bisabuela puede ayudarte, te llevaré directamente a Tarespagia —dice una vez que la puerta se cierra a la espalda de los otros dos.

Me humedezco los labios.

—Tardaríamos días en llegar. Aunque me escondieses, sería un riesgo demasiado grande.

—¿En serio estás pensando en llegar allí a pie?

—Voy a conseguir un caballo.

—Aun así, tardarías más de una semana en llegar al otro lado del continente.

—Lo sé.

—¿Y prefieres hacer eso que pasar un par de días en mi barco? —Suena dolido y no estoy segura del motivo hasta que añade—: No voy a pedirte que te abras de piernas si eso es lo que te preocupa.

—Sé que nunca te aprovecharías de mí, Antoni.

—Entonces ¿por qué no aceptas mi oferta?

—Porque no. No puedo. Por mucho que insistas, no voy a cambiar de opinión.

—No le tengo miedo al comandante.

Recuerdo lo que sentí cuando fuimos a aquella fiesta, la familiaridad entre mis cuatro compañeros marginados y los humanos. Ahora todo tiene sentido.

—Teniendo en cuenta vuestros tejemanejes en Racocci, no me sorprende.

Sea lo que sea lo que hagáis…

El aire que abandona nuestros pulmones y las olas que rompen contra el casco del barco se convierten en los únicos sonidos que se oyen en el camarote durante un interminable momento.

—¿Qué harás si tu bisabuela se niega a ayudarte?

—Partiré hacia Shabbe. Con lo mucho que odian a nuestro rey, estoy segura de que me acogerán con los brazos abiertos.

—Ningún barco te llevará hasta allí.

—Entonces iré nadando —replico con una creciente frustración.

—Creía que el motivo por el que haces esto es para evitar meterte en el agua.

Alzo las manos en gesto de exasperación.

—Entonces escaparé a Monteluce y viviré allí oculta para el resto de mis días mortales.

Los tendones del cuello de Antoni están tan tensos como los cabos que mantienen amarrado el barco.

—Monteluce es uno de los lugares más peligrosos del reino.

—No me da miedo.

—Pues debería.

Su tono abrasado debe de estar caldeándole la piel, porque el olor que desprende a agua salada y sol inunda el pequeño camarote.

Agarro el pomo de la puerta.

—Bueno, yo elijo vivir en la más ingenua ignorancia y de momento me ha ido bien.

Antoni profiere un ruidito entre un resoplido y una risa ahogada.

—Tengo que preparar el barco para el viaje —dice con la mirada clavada en el diminuto ojo de buey por el que se cuela la insípida luz del alba—. Nos vemos al anochecer.

—Lo siento.

Él no responde, ni siquiera me mira, pero sé que me ha oído. ¿Cómo no iba a hacerlo? El camarote es muy pequeño y no he hablado en voz baja.

Suspiro y salgo del barco de Antoni sintiéndome como una boñiga pisoteada y replanteándome si es buena idea meter a un hombre bueno como él en este embrollo. En especial cuando no tengo nada más que ofrecerle salvo mi amistad.

«Serás reina.» Las palabras de Bronwen resuenan en mi cabeza y me recuerdan que, si consigo lo que me he propuesto hacer… No. *Cuando consiga* lo que me he propuesto, podré recompensárselo como se merece. Le compraré ese apartamento que tanto desea.

Le regalaré una casa entera.

Me aseguraré de sacarlo conmigo de la miseria.

Capítulo 40

Me quedo ante el espejo rectangular que cuelga de una de las paredes de la habitación de Giana mientras me ajusto el cinturón de un par de pantalones.

Pantalones. Pantalones de verdad. De esos que las mujeres tienen prohibido vestir. La última mujer que se atrevió a llevar pantalones por las calles de Tarelexo acabó haciéndole una visita a las serpientes todavía ataviada con ellos.

La moda puede llegar a ser letal en Luce cuando va en contra de las normas de la monarquía.

Por mucho que adore la belleza de los vestidos, no negaré que los pantalones son la libertad hecha prenda.

—Ya no voy a querer ponerme un vestido nunca más.

—Gracias a tu plan a medio cocer, a lo mejor no tienes que volver a usar uno jamás. Solo se te ocurre a ti cruzar Monteluce sola. Es una tontería y una irresponsabilidad y…

—Eres una experta en infundir confianza.

—¡Estoy preocupada, Fallon! —Giana tira tan fuerte de la tela con la que me está envolviendo los pechos que me deja sin aliento.

Me giro hacia ella y le apoyo una mano en el hombro.

—Sé que te enfadas conmigo porque me quieres, pero, por favor, Gia, no me hagas reconsiderar mi decisión. He pasado la mitad de la noche machacándome y la otra mitad hiperventilando con tanta violencia que Syb ha tenido que abrirme los ojos a la fuerza para asegurarse de que no me había convertido en una elemental de aire. Después ha construido un muro de almohadas entre las dos.

Un músculo se contrae en la grácil mandíbula de Gia. Seguro que se está mordiendo la lengua para no regañarme más.

—Además, yo podría decirte lo mismo a ti —añado, y sus pupilas se dilatan y devoran casi por completo el iris gris—. Mira, preferiría que tus padres siguiesen creyendo que he huido para encontrarme con un hombre a espaldas de mi abuela.

Ella deja escapar el suspiro de una guerrera que depone las armas antes de hacer algo muy poco típico de Giana. Da un paso adelante y

me atrapa en un abrazo.

—Intenta no morirte, cabra loca.

—Lo mismo te digo, Gia.

Otra profunda exhalación me revuelve los mechones sueltos tras las orejas antes de que me suelte.

—¿Así es como vas a conseguir meterme en el barco de Antoni sin que nadie se dé cuenta?

Me paso el morral por el pecho plano y repaso mi imagen en el espejo. Se las ha arreglado para hacer que parezca un preadolescente.

—No. La función de este modelito es que no llames la atención de las patrullas que recorren la Rax. Además, hará que cabalgar sea mucho más fácil.

Habla como alguien que ha vivido algo así, porque lo más seguro es que ese haya sido el caso.

Al ver que arqueo una ceja, un brillo divertido le ilumina la mirada y le pone una sonrisa en los labios.

—Espero que no te marees con facilidad.

***

Resulta que sí me mareo con mucha facilidad. De todas maneras, me apostaría las pocas monedas de cobre que tintinean en el saquito que llevo atado al cinto a que cualquiera al que pusiesen a rodar por el suelo adoquinado dentro de un tonel de vino acabaría echando hasta la primera papilla.

Lamento haberme zampado ese cuenco de polenta con pasas que Sybille me ha traído cuando me he despertado a media tarde. Se supone que la harina de maíz reblandecida te ayuda a crecer, pero lo único que se está beneficiando de ello es el nudo que siento en la garganta.

Aprieto los dientes mientras recorremos otro tramo lleno de baches. Los tarelexinos tienen que nivelar sus caminos con urgencia.

—*Signorina* Amari. —La repelente voz de Silvius se cuela entre los tablones curvos tras los que me oculto.

Me da un vuelco el corazón. Como estoy boca arriba, entrecierro los ojos para tratar de ver algo, pero el manto de oscuridad que ha descendido sobre el mundo exterior es casi tan denso como el que hay dentro del barril.

—Comandante. —Giana habla con voz tensa pero firme y no revela ninguna emoción salvo la palpable aversión que siente por el hombre al que echó de la taberna anoche.

—Estamos buscando a su amiguita de orejas curvas porque no regresó a casa ayer.

Pongo todo mi empeño en respirar lo más silenciosamente posible, agradecida por el alboroto que reina en el muelle. Ahora entiendo por qué esperaron a que cayese el sol para llevarme rodando hasta Antoni. Todos los pescadores y mercaderes están aquí fuera, deshaciéndose de lo que no han podido vender en Tarecuori.

—Tengo muchas amigas de orejas curvas. Tendrá que darme más detalles.

Estoy viendo a Silvius apretar los dientes como si lo tuviese delante.

—Fallon Rossi.

—Fallon se quedó a dormir con mi hermana anoche. Estaba agotada después del día tan… agitado que tuvo, así que supongo que sigue en brazos de Morfeo.

—¿Supone? ¿Acaso no vive con su hermana?

—Los hogares tarelexinos son humildes, pero tenemos habitaciones propias, comandante. Ahora, si me disculpa, tengo que tirar esta barrica de vino que se ha picado.

Un silencio.

—¿Y cómo pretende deshacerse de ella?

—Como siempre.

—¿Le importaría explicármelo?

—Irá a la Rax, con el resto de la basura que se genera en Tarelexo.

Espero que el temblor que he notado bajo las manos de Giana no sea más que un producto de mi desbordante imaginación.

—¡Que alguien me traiga un vaso! —grita el comandante.

Se me para el corazón.

—Quiero probar ese vino picado suyo, *signorina* Amari.

Ay, Dioses… Ay, Dioses.

Se oye el estruendo de la bocina de un barco, seguido de gruñidos, resoplidos y el sonido de la madera al astillarse. Oigo a un hombre gritar que va a matar a otro. Noto el temblor de las pisadas de quienes corren a interponerse entre ellos.

—Por el amor del Caldero, los mestizos son todos unos delincuentes —bufa Silvius—. Tíralo al canal.

Debe de tener un guardia cerca, porque el comandante no da la orden a voz en grito.

El muelle se ha sumido en el silencio, salvo por un par de gruñidos ahogados.

—Es evidente que ese hombre está borracho, comandante. —Gia habla con una voz ligeramente aguda—. Eso está lejos de ser una razón de peso para sentenciarlo a muerte.

—No hay nada como un buen baño de agua fría para despejar la

mente.

—No lo haga —le pide Gia entre dientes.

—¿O qué, *signorina* Amari?

—O perderá el respeto y la obediencia de todos. —Ya no me cabe duda de que el tonel está temblando—. Piense en que les ha ordenado a estos hombres que no dejen viajar a Fallon. Si lanza a Mattia al canal y las serpientes se lo llevan, ¿de verdad cree que alguno de ellos dudaría ni por un momento en volverse en su contra la próxima vez que necesite que colaboren con usted?

—Con la flota de guardias que tengo a mi cargo, los animaría a intentarlo.

—Y yo que pensaba que disponía de un mínimo sentido de la diplomacia… Supongo que no es necesario para dirigir a los soldados.

Me late el corazón tan deprisa que me han empezado a pitar los oídos.

—Quizá a ti también te venga bien un bañito para despejarte, Giana.

Me da vueltas la cabeza, como si la madera empapada de vino hubiese liberado sus vapores espirituosos, y el aire se ha vuelto tan opresivo que me está haciendo entrar en pánico, porque siento que me quedo sin oxígeno.

Dioses míos de mi vida, me voy a asfixiar. Las manos, apoyadas contra los laterales del tonel, se me ponen pegajosas y la columna se me empapa de sudor.

Rezo para que el comandante se aleje y deje tranquilo a Mattia.

Rezo para que Giana vuelva a ponernos en marcha.

Rezo para que las serpientes salgan de las profundidades del canal y den un buen espectáculo empapando a los guardias de agua sucia.

Rezo para que Minimus no forme parte de ese ataque marino.

El comandante profiere un grito ahogado. O a lo mejor es Giana. Tal vez los dos.

—¿Qué rayos es eso? —pregunta Silvius, cuya voz ya no suena afilada, sino asustada.

Los Dioses han debido de escuchar mis plegarias, porque está claro que algo se avecina.

—Parece un nubarrón de pájaros —murmura Giana como si hubiese notado mi miedo y estuviese tratando de calmarme al narrar con pelos y señales lo que está ocurriendo al otro lado de mi estrecho escondite.

Unos graznidos atraviesan la oscuridad húmeda y asfixiante que me rodea. A juzgar por el alboroto que están montando los animales y la descripción de Gia, imagino que debe de haber cientos de pájaros.

—Santo Caldero. ¡Guardias, a las armas! —Aunque la voz de Silvius sigue sonando fuerte, parece que se hace más débil cuando da la orden.

De repente estoy rodando otra vez y me doy contra los laterales del tonel con la cabeza y el trasero alternativamente. Giana ha echado a correr, sin preocuparse por mover el barril con cuidado. Como sé que no tiene otra opción, cierro los ojos con fuerza y tenso el cuerpo.

—Joder, por los pelos. —La voz de Antoni se adentra en mi escondite y abro los ojos con las pestañas empapadas por el aluvión de emociones.

—Quería tirar a Mattia al canal —explica Giana, que está hecha un manojo de nervios.

—Me lo he imaginado al ver como lo ha puesto al borde del muelle. Riccio, deja de mirar a esos pájaros con cara de bobo y échame una mano.

—¿Alguna vez habías visto tantos patos y garzas y…?

—Concéntrate, Riccio. —Antoni suena como si estuviese a punto de estallar, tan enfadado como para reventar el tonel con las manos—. Vuelve a la taberna, Giana.

Un minuto después, por fin me dejan quieta.

—Suelta las amarras y baja del barco —sisea Antoni antes de que el nivel de ruido se reduzca considerablemente.

Con dos golpes secos superficiales, el aro que sujetaba la tapa del tonel sale como si fuera un corcho. Una bocanada de aire, de dulce y delicioso aire, entra en mis drenados pulmones. Inspiro profundamente unas cuantas veces mientras Antoni se agacha y me pasa los brazos por debajo de las axilas para ayudarme a ponerme en pie.

Me observa de arriba abajo rápidamente. Mi aspecto y mi respiración agitada deben de evidenciar cómo me siento porque trata de tranquilizarme:

—Lo peor ya ha pasado.

¿Seguro? ¿No tendré que meterme en otro agujero estrecho? Odio los espacios cerrados.

Señala la escotilla abierta.

—Entra.

Me trago otra oleada de pánico junto a un inminente sollozo.

—No creo que pueda…

—Por favor, Fallon. Si no entras ahí, el riesgo que Giana y Mattia han corrido por ti será en vano.

Esbozo una mueca de dolor, porque los remordimientos me azotan como un látigo.

Como si los pájaros hubiesen despertado a las serpientes, el barco se zarandea y choca con las embarcaciones vecinas.

—Tengo que subir a tomar el timón —susurra Antoni al tiempo que me choco con él. Me sujeta la cabeza con ambas manos y apoya la frente sobre la mía—. No sé si crees en presagios y dioses, Fallon Rossi, pero yo creo que todo ocurre por una razón, y esos pájaros… han aparecido por un motivo. A lo mejor no tienen nada que ver contigo, pero ¿y si están relacionados con esto? ¿Y si han venido a ayudarte a escapar?

Se me seca la boca y se me detiene el corazón en seco.

Por supuesto.

¡Ha sido cosa de Bronwen!

¡O de los cuervos!

Los ásperos pulgares de Antoni me acarician los pómulos con suavidad.

—Puede que las serpientes no sean los únicos animales a los que puedes encantar.

Trago saliva y me siento como si estuviese tratando de engullir una estaca de obsidiana. ¿He sido yo quien los ha invocado? ¿Habrá sido mi miedo el que ha atraído a todos los pájaros de Luce hasta mí?

Asiento con la cabeza, aparto la frente de la de Antoni, giro la cara y me meto en el agujero. Es el doble de grande que el tonel de vino, pero es tan bajo que tengo que permanecer tumbada. Me coloco en posición, animada por las palabras de Antoni.

Él se queda ante el agujero y desperdicia un par de valiosos segundos en mirarme. Parece que le brillan los ojos, como si estuviese viendo a otra persona en mi lugar.

O, quizá, como si no viese a nadie en absoluto.

El barco se inclina hacia un lado, de manera que el tonel se vuelca y a Antoni se le escapa la escotilla de entre los dedos. La placa de madera se cierra con un golpe ensordecedor y me deja envuelta en una total y asfixiante oscuridad.

No entres en pánico, me digo mientras coloco las manos a ambos lados del reducido espacio. *No entres en pánico. Bronwen te vigila y el cuervo te está ayudando.*

O el Caldero.

O alguno de nuestros Dioses.

Me siento como una marioneta desconcertada y, al mismo tiempo, como un resplandeciente cebo de pesca, saltando de aquí para allá, atada a un sedal a punto de partirse que está en manos de hombres manipuladores y bestias astutas.

Sea quien sea quien esté al mando de mi destino, debería haberse

asegurado de no hacerme tan deseable para evitar que otros escogieran a su elegida como prisionera.

Capítulo 41

Después de lo que se me antoja un siglo, el barco de Antoni se detiene. Pienso que hemos llegado hasta que oigo un coro de voces hurañas por encima de mí. La puerta cerrada del camarote y la alfombrilla que cubre el suelo amortigua sus palabras, pero capto un suave golpe sordo y comprendo que alguien se ha subido al barco.

El crujido de la madera hace que se me entrecorte la respiración. Y entonces los goznes de la puerta chirrían y las voces se oyen con tanta nitidez que sé que hay alguien en el umbral estudiando el camarote desde lo alto de los tres escalones que conducen hasta él. ¿Qué pensará cuando vea el barril vacío? Espero que Antoni se haya deshecho de él o lo haya vuelto a cerrar.

—El comandante cree que la chica es quien está detrás de lo de los pájaros —dice una voz que no reconozco.

—El comandante es un hombre con mucha imaginación.

—¿Tan imposible te parece? Se dice que se relaciona con serpientes.

—Como casi todas las mujeres que trabajan en Lecho de Paja. —Si no conociese a Antoni, lo habría matado por hacer esa insinuación obscena y meterme en el mismo saco que las prostitutas—. Si Fallon Rossi no tuviese preferencia por las orejas puntiagudas y las coronas, la habría llevado conmigo la próxima vez que me tocase hacer una entrega de polvo feérico, así hubiese podido escapar.

Me he quedado tan enfrascada pensando en qué será eso del polvo feérico que ni siquiera me preocupo porque Antoni se dedique a hablar de lo que siento por Dante.

—Yo tengo las orejas puntiagudas —dice el hombre.

—Solo te falta la corona, Simonus.

El tal Simonus refunfuña.

—El forjador que trabaja para el ejército me debe un favorcillo. Puedo convencerle para que me prepare alguna baratija parecida a una corona.

—Haz eso, envíame un duende con tu oferta y yo me encargaré de negociar con Catriona por ti, que es ella quien se encarga de todas las

chicas de la taberna.

—Ni una palabra al comandante.

—¿Alguna vez le he contado algo que tenga que ver contigo a Dargento?

—No, pero he oído que está obsesionado con la chica.

—Arde en deseos de matarla.

—No solo es ese tipo de deseo el que siente. —Me da tanto asco que dejo escapar un agudo ruidito—. ¿Has oído eso?

La escalera cruje.

Merda. Merda. Merda.

Aprieto los labios y aguanto la respiración.

—¿Si he oído qué, Simonus?

—Ese ruidito. —Su voz se cuela entre los tablones que tengo justo encima. Aunque nos separa el suelo, se me constriñe el pecho como si estuviese pisándome a mí directamente—. Ha sonado como algún tipo de alimaña.

—Pues espero de corazón no tener ratones, porque te enviaré a ti la factura.

—¿Cómo dices?

El hombre se mueve y sobre mí cae una lluvia de polvo.

No me atrevo a respirar por miedo a que se me escape un estornudo.

—Tuve que quedarme atracado en la Rax durante horas mientras esperaba a que Vee cumpliera tus órdenes el otro día.

—No es culpa mía que tus amiguitos humanos sean un hatajo de vagos.

Antoni deja escapar un profundo suspiro.

—Vale. Te lo perdono si me dejas irme ya. Vee me habló de una nueva técnica para preparar el polvo con la que se consigue que el subidón dure el doble. Voy a recoger unas cuantas muestras.

—¿Al precio de siempre?

—Puede que incluso sea más barato.

—Tráeme un poco cuando vuelvas.

—Eso está hecho. —Tras una pausa, Antoni pregunta—: Ya que estás ahí, ¿te importaría levantarme el colchón?

—¿Por qué?

—Para ver si hay ratones. No es que me apasionen los roedores.

—Compruébalo tú mismo —refunfuña Simonus.

Los tablones del suelo crujen cuando sale del camarote y luego la puerta se cierra de golpe.

Aunque me arden los pulmones, espero a notar como el barco oscila antes de soltar el aliento y tomar una nueva bocanada de aire.

Sigo respirando con avidez cuando la embarcación vuelve a detenerse.

Lo único que aplaca mi impaciencia por salir del oscuro agujero en el casco es el miedo de que alguna patrulla me encuentre. Así que espero.

Los segundos se convierten en minutos antes de oír por fin el susurro de la alfombra y ver como la escotilla circular se levanta. Tomo una bocanada de aire tan limpio que sabe a pura luz después de tanta oscuridad. Me incorporo y casi me doy un golpe en la cabeza con la de Antoni, que está agazapado junto a la abertura. Se pone en pie con una expresión crispada que le arruga cada una de las superficies lisas del rostro.

Jadeo como si acabase de emerger de las profundidades del Mareluce.

—Lo siento —jadeo de nuevo—, he hecho ruido.

Antoni me ofrece una mano que yo acepto con avidez, harta de estar metida en espacios reducidos.

—Yo también habría gritado de terror si me hubiese enterado de que le gusto a Dargento.

Me estremezco, presa de la sensación de estar cubierta de telarañas.

Recorro la estancia vacía con la mirada y Antoni —que, por lo que parece, ha sido listo y ha tirado el tonel por la borda—, dice:

—Dijiste que tenías pensado cruzar el Monteluce a caballo. ¿Dónde piensas conseguir uno?

—Pues… Eh… En el bosque.

Arquea una ceja que se pierde tras un mechón de cabello ondulado.

—En el… —farfulla—. ¿Te das cuenta de que la Rax es todo bosque? Y uno bastante grande, además.

Trago saliva y asiento con la cabeza mientras rezo para que la visión que tuve de Bronwen y el cuervo se haga realidad. Y pronto. Solo los Dioses saben qué monstruos acecharán en esos bosques…

Coloca la alfombra en su sitio con el pie.

—¿Piensas vagar por el bosque hasta que mágicamente aparezca un caballo ante ti?

Me giro para protegerme de su tono cortante.

—Giana ya se ha asegurado de dejarme muy claro lo ridículo que suena.

Cuadro los hombros y subo afanosamente los escalones, pero me detengo para sacar una moneda de cobre del bolsillo y ofrecérsela a Antoni.

—Agradezco que hayas corrido este riesgo por ayudarme. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Antoni estudia la moneda y clava la mirada en mí.

—¿Qué coño es eso?

—Mi pago por haberme traído al otro lado del canal.

—Guárdatelo.

—Me has hecho un favor. Uno muy peligroso. Es lo mínimo que puedo hacer.

Y también lo único. No tengo nada más que ofrecerle. Bueno, aparte de la comida, pero dudo que la necesite.

Aunque…

Sí que tengo algo que darle. Mi *nonna* me advirtió que nunca se lo ofreciera a nadie, pero confío en que Antoni no lo usará en mi contra.

Bajo los tres escalones y apoyo una mano sobre su brazo.

—*Tiudevo,* Antoni Greco.

Toma un brusco aliento causado, supongo, por el dolor que le inflige mi pacto al grabarse en su piel. Sin embargo, frunce el ceño.

—¿Duele al aparecer?

Me miro el pecho mientras me pregunto si el puntito resplandeciente del pacto habrá aparecido bajo la tela que me aplasta los pechos. No siento nada.

Su ceño fruncido se hace todavía más pronunciado.

—Suele hacerlo, pero…

—Pero ¿qué?

—No se me ha grabado tu pacto en la piel.

—¿Cómo es posible?

Engancho el índice en la asfixiante tela que me rodea el torso. Aunque no consigo separármela mucho de la piel, sí que alcanzo a verme el escote. No hay ningún punto brillante.

—¿Estás segura de que eres fae, Fallon?

Aprieto los puños al sentir que la duda vuelve a despertar en mi interior. Hago que se esfume de un plumazo. Al fin y al cabo, tanto mi abuela como mi abuelo me vieron salir del vientre de *mamma*.

—A lo mejor no he heredado ese poder porque hay algo que no está bien en mí.

Antoni da un paso hacia mí; se acerca tanto que su aroma me inunda la nariz.

—¿Y si no es por eso? ¿Y si no eres fae? ¿Y si tu abuela secuestró a una niña humana porque tu madre perdió a su hija a raíz del trauma que le produjeron al cortarle las orejas?

Odio tanto esta teoría sobre la niña cambiada que retrocedo para alejarme de él.

—Mi abuela nunca se llevaría el bebé de otra persona —aseguro con los dientes apretados al tiempo que me doy la vuelta.

Antoni me agarra de la muñeca y me obliga a mirarlo.

—No pretendía ofenderte, pero uno se pregunta si…

—Uno no tiene por qué preguntarse nada.

Tiro del brazo para soltarme.

—¿Por qué no acudiste a Dante?

—Porque no quería causarle problemas con su hermano —miento.

Antoni resopla, pero no voy a morder el anzuelo. Saldré de aquí con la cabeza bien alta y la confianza que tengo en Dante intacta.

—¿Sabes qué creo? —pregunta cuando pongo un pie en el primer escalón.

—No me interesa.

Escudriño la oscuridad para asegurarme de que no hay duendes patrullando la zona. Aunque los fae apenas confían en esas alimañas aladas, todavía se fían menos de los humanos. Además, prefieren sacrificar a los duendes que tener que poner un pie en las zonas más problemáticas de Luce.

Cuando el único movimiento que veo es el suave vaivén de las hojas, salgo a cubierta y trepo por la borda.

—Creo que te daba miedo que Dante se negase a ayudarte.

No. Te equivocas.

No entro a discutir con él, sino que me limito a saltar a la orilla. Las suelas de las botas de caña alta que me ha prestado Giana se deslizan por el revoltijo de raíces resbaladizas y nudosas que salen del suelo húmedo. Me agarro al tronco más cercano para recuperar el equilibrio y luego avanzo dando saltos con cuidado hasta alcanzar una zona donde el terreno se nivela.

—Fallon, espera.

No le hago caso, así que me sigue.

—Lo siento.

—Odias a Dante, así que permíteme que lo dude. —Lo animo mentalmente a que me contradiga, pero, a diferencia de mí, Antoni no es un mentiroso—. No tienes que acompañarme por el bosque. Estaré bien.

—Tengo que llevarle suministros al teniente.

—¿Y da la casualidad de que tienes que ir por el mismo camino que yo a por ellos?

—Sí.

Aprieto los dientes.

—Entonces supongo que lo mejor será que me vaya en otra dirección.

Me giro y me alejo de él.

Espero oír sus pisadas, pero no oigo nada a mi espalda. Tras haber

recorrido un buen trecho, echo un vistazo por encima del hombro y todo cuanto veo es la tenebrosa legión de árboles que me rodea.

Me veo embargada por una ola de alivio, pero la sensación enseguida desaparece. En el bosque hay miles de sonidos extraños, sombras que se mueven y ni una sola gota de luz.

Un suave lamento reverbera por la oscuridad y me pone los pelos de la nuca de punta. Me detengo e intento estimar de dónde viene exactamente para continuar en sentido contrario. Lo vuelvo a oír y me doy la vuelta con el corazón a punto de salírseme por la boca. Rebusco en mi morral hasta dar con el cuchillito que Giana me ha dado antes de salir. Tiene el filo corto pero afilado. Dudo que pudiese clavárselo a ninguna criatura. En realidad, tenía pensado utilizarlo para cortar el queso y la pasta de fruta seca.

Cuando mis dedos por fin encuentran la madera del mango, saco el cuchillo de un tirón y hago un agujero en el morral.

Genial. Bravo, Fallon.

Seguro que acabo clavándomelo a mí misma. Aun así, lo sostengo ante mí y entrecierro los ojos para estudiar la profunda oscuridad.

—¿Antoni? —murmuro, aunque lo mejor habría sido permanecer en silencio.

Por el amor de los Dioses, espero que sea él. Por supuesto, le echaría la bronca por seguirme, pero, en secreto, me sentiría aliviada al descubrir que ha decidido no hacerme caso cuando le he pedido que me dejase tranquila.

No obtengo respuesta.

Entre que tengo las manos resbaladizas y que me tiembla el brazo, el cuchillo se me escapa de entre los dedos y cae al suelo. Me agacho a recogerlo justo cuando oigo el susurro de unas ramas por encima de mí. Levanto tan rápido la cabeza que me chasca el cuello. Me parece oír el batir de unas alas, así que rezo para que sea un pájaro y no un pelotón de duendes.

Escudriño el follaje centímetro a centímetro, pero es muy espeso y bloquea la poca luz que se derrama de la velada luna creciente. Ojalá fuese una elemental de fuego… Me valdría con cualquier poder, en realidad. El suelo está tan empapado que, de contar con los poderes de una elemental de agua, podría manipular esa humedad y crear una pantalla de niebla espesa tras la que ocultarme o reblandecer el terreno para dejar a un atacante atrapado en el lodo.

Una rama se rompe a mi derecha y me da un vuelco el corazón. Giro sobre los talones con el brazo extendido y rebano la noche con el cuchillo a la velocidad del rayo.

Un suave graznido me hace echar la vista atrás.

Unos ojos dorados brillan entre el revoltijo de ramas.

El cuervo extiende las alas, salta de donde está posado y se aleja volando. Yo corro tras él, con el corazón tan enloquecido que la boca me sabe igual que una moneda de cobre. Aunque me tropiezo una y otra vez, además de arreglármelas para mantener el equilibrio, también consigo seguirle el ritmo al explorador alado.

El cuervo vira bruscamente y para seguirlo tengo que abrirme camino por un arbusto salpicado de un millar de espinas. Maldigo como un marinero borracho a medida que me desgarran las mangas y los pantalones, me arañan la piel y me hacen heridas en las zonas del cuerpo que quedan al aire. Levanto las manos para protegerme el rostro.

La sangre me corre por la frente y las mejillas, pero no me molesto en limpiarla hasta que el arbusto me libera en una parcela del bosque mejor iluminada.

Mientras trato de recuperar el aliento, me paso una de las mangas de la camisa por el rostro y estudio los alrededores. Hay una choza apoyada contra un árbol grueso como un apéndice lleno de bultos, con el tejado de paja, ramitas y hojas y las paredes hechas de una mezcla de barro de color claro y zarzas.

Un suave relincho atrae mi atención hacia el árbol grueso y veo un caballo negro que emerge de entre las sombras, cuyas riendas están nada más y nada menos que en manos de Bronwen.

Si todavía albergaba alguna duda sobre profecías y visiones, estas se borran de un plumazo de mi mente.

Me quedo ahí de pie con los pulmones ardiendo, pinchazos en el costado y sudor corriéndome por las sienes y metiéndoseme en las comisuras de los ojos. Al secarme bien la cara una vez más, me mancho la camisa blanca.

Bronwen señala al caballo con la cabeza.

—Monta en Furia, Fallon. No hay ni un segundo que perder.

¿En serio se llama Furia? Genial.

—Te llevará a donde tienes que ir —dice cuando me acerco.

Parece estar listo para llevarme derechita al inframundo.

—Nunca he montado a caballo. —Le ofrezco una mano vacilante al animal.

—Aprenderás enseguida.

El caballo acerca su aterciopelado hocico a mi palma y la olisquea, de manera que sus delicados ollares se dilatan igual que los de Minimus el día en que nos conocimos durante mi inesperado chapuzón en el canal.

Dioses, espero que mi amigo permanezca oculto mientras yo no

esté. Estoy a punto de pedirle a Bronwen que use sus poderes mágicos para protegerlo cuando una voz grave sisea:

—¿Es ella? Tienes que estar de broma.

Me doy la vuelta. Aunque tengo una explicación creíble para justificar mi presencia aquí, mi propio pulso me deja con la excusa atascada en la garganta.

Justo cuando la tengo en la punta de la lengua, Antoni añade:

—Es lucina, Bronwen.

Capítulo 42

Antoni conoce a Bronwen.

La conoce de verdad.

Entonces ¿por qué se desvaneció el oráculo cuando Antoni vino a buscarme aquella primera noche en la Rax?

Los ojos blancos de la mujer brillan como los cuernos de las serpientes.

—Monta, Fallon. Has de partir ya…

—¿Cómo coño va a ser ella la elegida?

Antoni tiene una mirada asesina, pero la dirige hacia mí en vez de hacia Bronwen.

Madre del Caldero, no me gusta esta versión de él. ¿Dónde está el amable capitán que me conquistó con caricias y palabras bonitas? ¿Existe de verdad o era simplemente uno de los papeles que interpreta para engañar a la gente?

Para engañarme a mí.

Cuadro los hombros y me apoyo una mano en la cadera.

—¿Qué problema hay en que sea yo?

Se pasa una mano por los cabellos decolorados por el sol y se quita un par de ramitas espinosas. No obstante, a diferencia de mí, él no debe de haber atravesado el arbusto rallador de carne, porque no tiene ni un solo rasguño.

—¿Había algo de verdad en esa historia lacrimógena que me contaste sobre tu bisabuela y el comandante Dargento?

—Silvius sí que va tras de mí, pero la parte sobre encontrar a mi bisabuela es mentira. —Coloco un pie en el estribo y me impulso como uno de los caballeros de los libros de *mamma*. Como llevo pantalones, el proceso es ágil y sencillo—. Me dijeron que no le hablase a nadie de la profecía. De haberlo sabido… ¿Por qué no me dijiste que Antoni lo sabía todo? —pregunto mientras trazo un círculo en el aire para abarcar al cuervo que, curiosamente, ha desaparecido.

Bronwen me ofrece las riendas.

—Gracias por ayudar a Fallon a cruzar el canal, Antoni. Recibirás una cuantiosa recompensa por tu valor y lealtad.

¿Está evadiendo mi pregunta porque hay algo que Antoni no sabe?

—Resulta gracioso que hables de lealtad teniendo en cuenta a quién se la debe Fallon.

Bronwen posa su espeluznante mirada en él.

—¿Qué es lo que intentas decir, Antoni?

—Que quizá no sea la persona más indicada para confiarle la tarea de recuperar los cuervos del rey.

Entonces sí que lo sabe todo…

—El destino la eligió a ella. Asúmelo y cíñete a tu papel. —Bronwen nunca ha hablado con delicadeza, pero, ahora mismo, su voz suena del todo crispada.

—Fallon está coladita por Dante Regio. ¿En serio crees que…? —Antoni se interrumpe y echa la cabeza hacia atrás para estudiar la oscuridad que se agita por encima de nosotros.

El cuervo ha regresado de donde los Dioses quieran que vayan los cuervos.

—Lore —jadea Antoni.

—Resulta que no era solo una leyenda.

Paso los dedos por la larga crin de Furia y le acaricio el resplandeciente pelaje negro como el ébano mientras espero a que Bronwen me dé sus órdenes. A lo mejor no me pide que siga al cuervo, pese a que parece saber a dónde ir.

—¿Cómo? —Antoni traga saliva—. ¿Quién lo ha liberado?

¿Será que el cuervo es macho? Puede que Antoni solo haya hablado en masculino por defecto.

—Fue Fallon quien lo ayudó.

Supongo que sí que es un macho.

Bronwen tiene la cabeza inclinada, con los ojos clavados en el cielo. ¿Será capaz de ver al cuervo o es que solo siente su presencia?

—¿Por qué iba a prestarse una sierva de los Regio a recuperar los cuervos de Lore? —Antoni observa al pájaro cuando se posa sobre el tejado de paja de lo que imagino que es el hogar de Bronwen—. Además, ¿cómo lo hizo? La obsidiana es tóxica para…

—¿Sierva? —Aparto la mano de la crin de Furia y la apoyo sobre la perilla de la silla de montar. ¿Cómo se atreve a compararme con una fanática descerebrada? Yo soy una persona con dos dedos de frente—. Aunque le tenga cariño a Dante, no puedo decir lo mismo de Marco en absoluto y, justo por esa razón, Antoni, voy a ir a buscar a los cuervos de la leyenda.

—Te das cuenta de que destronar a Marco Regio no te hará ganar puntos con su hermano, ¿verdad?

Supongo que Bronwen no le ha contado la parte de la profecía que

dice que acabaré siendo reina. Imagino que, tarde o temprano, se enterará de ese detalle.

—Dante y su hermano no es que sean uña y carne. Atenderá a razones.

—*Tà, Mórrgaht.* —Bronwen asiente con la blanquecina mirada clavada en el lugar que ocupa el cuervo.

¿Morrgot? ¿Se llamará así la criatura?

Parece que he debido de hablar en voz alta, porque Antoni pregunta:

—¿Cómo que «criatura»?

—El cuervo. —Como permanece con el ceño fruncido, añado—: El mítico bicharraco alado que está ahí posado. ¿Se llama Morrgot?

—¿Cómo que «bicharraco»?

¿Es que no le llega la sangre al cerebro?

—Por el amor del Caldero, Antoni. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no dejas de repetir todo lo que digo?

Aunque Antoni abre la boca, Bronwen se le adelanta.

—Sí, ese es su nombre.

Es un nombre rarísimo.

—Es muy… exótico.

—Es bastante común en la lengua de los cuervos.

Antoni habla con un tonillo sarcástico que me lleva a creer que me está tomando el pelo, pero ¿por qué?

—¿No es así, Bronwen? —añade cruzando sus voluminosos brazos sobre el pecho.

Los miro a ambos con suspicacia y le pregunto a Bronwen:

—Entonces ¿puedes… comunicarte con él y los suyos?

Desde luego, si dice que sí, haría que mis interacciones con las serpientes no resulten tan descabelladas.

Aunque su turbante de color gris acero ensombrece la irregular topografía de sus facciones, no le apaga el brillo lechoso de la mirada.

—Así es. Ahora…

—¿Tú también puedes comunicarte con los cuervos, Antoni?

—Fallon. —Bronwen tiene los ojos muy abiertos y posados en mí, como dos montículos de nieve gemelos—. Debes partir de inmediato. Antes de que los duendes que vigilan…

—Me parece un poco cruel dejar que vaya a ciegas. —Antoni sigue teniendo los brazos firmemente cruzados sobre el pecho, la mirada firmemente clavada en el cuervo y el ceño firmemente fruncido—. Yo la acompañaré.

—No. Tú tienes otro camino que recorrer, Antoni. —La rotunda negativa de Bronwen es tan cristalina como las aguas de Isolacuori en

un día de verano.

—Él no podrá protegerla en su actual… —Se estremece como si alguien lo hubiese abofeteado.

¿Le habrá hablado Bronwen telepáticamente? De ser así, ¿cómo es que Antoni no ha apartado la mirada del cuervo?

—En su actual… ¿qué? —pregunto.

Ninguno de los dos me responde.

—¿Qué me estáis ocultando? —insisto con una ceja enarcada.

—Iré con ella y después zarparé hacia…

—No. —La voz de Bronwen no admite discusión alguna—. No podemos retrasarnos más.

Aunque él no está entre los primeros puestos de la lista de personas con las que elegiría viajar, estaría bien tener compañía en el trayecto.

—Pero ¿cómo vas a dejar que vaya sola? Es demasiado peligroso, hostia.

—No irá sola. —Bronwen apoya la mano sobre el cuello del caballo, por si Antoni no se ha fijado en el mastodonte sobre el que estoy subida—. ¿Te recuerdo de qué están hechos las garras y el pico de Mórrgaht, Antoni?

Ah… Estaba hablando de mi compañero alado, no del cuadrúpedo.

Antoni aprieta los dientes.

—Además, tengo un cuchillo. —Meto la mano en el morral para sacarlo y enseñárselo.

Antoni ni siquiera se digna a mirar el arma de hoja achaparrada.

—Es una mortal y no tiene poderes. Además, por si fuera poco, tres de los hombres más poderosos de Luce van detrás de ella.

Bronwen se estremece y hace que Furia dé una sacudida. Guardo mi cuchillo de nuevo en la bolsa y me echo hacia delante para agarrar las riendas y la crin del caballo con las manos empapadas de sudor.

Estoy montada sobre un caballo.

Un caballo descomunal que podría lanzarme por los aires en cualquier momento.

—No puedes acompañarla, Antoni, porque, si te desvías de tu camino, alterarás el destino de Fallon y, en consecuencia, también el de Luce.

—¿Cómo?

—Ahora no —sisea Bronwen.

Antoni mira al cuervo con mala cara y el animal entrecierra los ojos para devolverle el gesto.

—Dime por qué es ella la elegida y me marcharé.

—Antoni, por favor…

—¿Por qué ella? —Bronwen aprieta los labios y Antoni insiste—:

No me he dejado los cuernos y he arriesgado mi vida por la causa de Lore para que ahora se me trate como a un idiota que no es digno de confianza.

Los gritos hacen que Furia corvetee hacia un lado y hacia atrás. Me agarro a él con brazos y piernas tan fuerte como mis pulmones se aferran al aire que respiro.

—Porque es inmune a la obsidiana y al hierro —dice Bronwen, y su tono de voz golpea a Antoni como si lo hubiese azotado con una rama.

—¿Es Cathal…?

—Antoni…

—¿Kahol? —repito como buenamente puedo—. ¿Qué o quién es Kahol?

—¿Cómo es posible? —farfulla Antoni.

Antes de que pueda descifrar qué es lo que ha dejado a Antoni tan perplejo, el cuervo llama mi atención con un sordo graznido gutural tan parecido a una advertencia que resulta escalofriante.

—Se acerca una patrulla de duendes. —El tono susurrante de Bronwen me pone la piel de gallina.

Y yo que pensaba que estaba advirtiendo a Antoni para que cerrase el pico y así seguir teniéndome a ciegas. Estoy harta de ir a ciegas. Quiero respuestas.

El cuervo abandona el tejado. Como si una cuerda ligase las garras de hierro del ave a la brida de Furia, mi montura da la vuelta y sale al galope. Doy un grito ahogado cuando las riendas se me escapan con un siseo de entre las manos y me queman la piel, pero enseguida aprieto los dientes y me aferro a la melena al viento del caballo.

Antes de que el bosque se me trague por completo, echo un vistazo por encima del hombro al diminuto claro y a la silueta cada vez más pequeña del capitán. Pese a la creciente distancia que nos separa y las abundantes sombras, veo con claridad que tiene los labios apretados en un tenso mohín y las cejas fruncidas en un ceño que le ensombrece la mirada.

No está nada contento.

¿Será por lo que ha descubierto sobre mí o porque Bronwen le ha prohibido acompañarme?

Suspiro y vuelvo a centrarme en el camino que se abre ante mí mientras pienso en las nuevas palabras que he aprendido.

Lore. El amo de los cuervos que he de encontrar.

Morrgot. El primer cuervo.

Kahol. ¿Una etnia? ¿Un objeto?

Ojalá hablase córvido. Puede que Morrgot me enseñe mientras vamos rescatando a sus amigos.

Levanto la cabeza hacia el dosel de hojas, en busca de mi centinela alado. Tras escudriñar las copas de los árboles durante unos segundos, por fin veo el batir de unas alas.

Unas alas diáfanas y sin plumas.

Cuento dos pares.

No es que la patrulla de duendes se esté acercando…

Es que ya están aquí.

Capítulo 43

Los dos duendes se dejan caer desde los árboles ante Furia como sendas piñas aladas y lo sobresaltan. El caballo se pone a dos patas.

Ay, Dioses. Ay, Dioses…

Cierro los ojos con fuerza y me agarro a la crin del animal como si me fuera la vida en ello. Cuando sus patas delanteras aterrizan en la tierra, milagrosamente, consigo no caerme.

Uno de los duendes engancha la brida de Furia con un brazo y lo reta con la mirada, de manera que lo deja clavado al pegajoso suelo del bosque. Ha sido una asombrosa muestra de osadía, puesto que la cabeza de Furia es dos veces más grande que el diminuto duende y podría hacerlo salir disparado o darle un mordisco con facilidad. En realidad, estos duendecillos están más en sintonía con los animales que sus amos de tamaño estándar.

Otro duende revolotea junto al largo cuello de Furia y clava sus resplandecientes ojillos verdes en los míos.

—¿A dónde vas con tanta prisa, chiquillo?

¿Me ha llamado chiquillo?

Su evidente escaso conocimiento de fisionomía me habría hecho reír de no ser por lo aliviada que me siento al descubrir que me ha confundido con un chico.

Por temor a que mi voz revele mi carente hombría, me señalo los labios y articulo palabras en silencio para fingir que soy muda.

—Habla.

Está claro que este no es el más avispado de los dos.

Sacudo la cabeza y me vuelvo a señalar la boca.

—Creo que intenta decir que no puede hablar. —A diferencia de su compañero, el duende que sujeta la brida de Furia tiene un marcado acento racoccino.

—Así que eres mudo, ¿eh?

Asiento con entusiasmo y mi melena, cortada a la altura de los hombros, revolotea alrededor de mis mejillas. De haberme cortado el pelo, habría llamado menos la atención. Tal vez habría pasado por completo desapercibida. Se me encoge el corazón al pensar en

raparme la cabeza. ¿Qué pensaría Dante al verme calva? Le horrorizaría. Además de parecer humana, tendría un aspecto… muy impropio de una dama. Mi vanidad acabará siendo mi ruina.

Rezo para que Bronwen intervenga. O Morrgot. ¿Dónde estará, ahora que lo pienso?

Miro más allá del duende que gesticula con la esperanza de vislumbrar unas alas negras, hasta que me doy cuenta de que si el cuervo se deja ver solo conseguirá que los duendes vuelen hasta Silvius, quien seguramente arruine mi caza de pájaros ilícita.

—Bueno, ¿qué hace un mestizo cabalgando en plena noche?

«Abuela enferma», articulo.

—Por el amor del Caldero, ¿qué está diciendo?

Hago como si escribiese.

—Me parece que intenta pedir papel y pluma.

—¿Tengo cara de llevar una pluma y un tintero encima, chaval? —El duende de ojos verdes extiende los brazos como para demostrar que no tiene los instrumentos de escritura que le pido.

O tal vez quería mostrarme el tubito hueco que lleva atado al talabarte. He oído que los dardos de los duendes están impregnados de un veneno que puede dejar inconsciente a un fae de sangre pura durante varias horas.

—Podríamos llevarlo a la choza de la adivina. Seguro que ella le puede dejar algo para escribir.

—Lo único que esa bruja tiene que ofrecer son unos ojos de loca y una mente más chiflada aún —murmura el otro—. Lo llevaremos al cuartel.

Maldita la hora en que se me ocurrió hacerme la muda. Casi me doy por vencida y les digo que puedo hablar, pero así solo me habría ganado un viaje de ida a los barracones tarelexinos en vez de a los de Racocci.

«Debo irme. Tengo prisa», articulo al tiempo que señalo el bosque.

Retuerzo las riendas sin parar con dedos sudorosos mientras mantengo los talones bien alineados con el acelerado cuerpo del caballo. Si espoleo a Furia con firmeza, echará a correr y el impulso lanzará contra los arbustos al duende que está agarrado a la brida. Aunque nos siguiesen, estoy segura de que mi montura sería capaz de dejarlos atrás, y más al arropo de la noche. Pero ¿y luego qué?

Los duendes informarían a sus superiores de un muchacho rebelde montado sobre un caballo negro y tendría todo un batallón de soldados feéricos respirándome en la nuca.

Detesto que Bronwen me haya puesto en esta tesitura. Ojalá hubiese dejado que Antoni me acompañase. Si algo podría sacarme de

este aprieto, es la labia del capitán. Al fin y al cabo, lleva años maquinando en contra de la Corona y nadie se ha enterado.

Pasa un minuto y nadie viene a rescatarme; ni Morrgot ni Antoni ni Bronwen.

Piensa, Fallon. Piensa.

Mi mirada se detiene en la cerbatana enganchada al cinturón del duende. Antes de que me arrepienta, suelto las riendas de Furia, agarro al hombrecillo desprevenido por el torso y le sujeto los brazos y las alas contra el cuerpo.

Me sudan tanto las manos que casi se me escapa de entre los dedos, pero lo sujeto con más fuerza para quitarle la cerbatana y llevármela a la boca. Tengo que hacer un par de intentos hasta conseguir colocarme el instrumento, que es del tamaño de un palillo, entre los labios.

El duende cautivo se sacude y grita, lo que hace que su compañero suelte la brida de Furia y salga volando hacia arriba.

—No quiero haceros daño —farfullo con la cerbatana en la boca—, pero tengo que seguir adelante.

—El muchacho sí que habla —dice el duende racoccino, que deja de subir hacia el entramado de ramas.

—No es un muchacho —gruñe su compañero.

—Me has pillado. Por favor, si prometes no… —me interrumpo con un siseo cuando el hombrecillo que se retuerce me clava los dientes entre el pulgar y el índice y me hace abrir la mano por la sorpresa.

Sale disparado hacia arriba.

—¡Cógela, pedazo de idiota! ¡Cógela!

Furia retrocede y luego se lanza hacia delante. Me apresuro a aferrarme a su crin con las manos ensangrentadas, miro hacia atrás y disparo un dardo en dirección a los duendes con la esperanza de que, por lo menos, roce a alguno de los dos, pero mi proyectil los pasa de largo.

Vuelvo a soplar a través de la cerbatana, pero ya no le quedan más dardos. Furia da un respingo y pienso que han debido de darle con un dardo, pero entonces un zumbido sordo pasa junto a mi oído. ¿Cómo? ¿Cómo ha sabido cuándo apartarse y, por lo tanto, apartarme a mí de la amenaza?

—¡Trae aquí! —ruge el duende de ojos verdes, que carga otro dardo en su cerbatana.

Lanzo la pieza de madera que cuelga de mis labios al punto donde se han reunido. Pese a que no he conseguido acertar a darles con el dardo, consigo atizar a uno de ellos en toda la cabeza con la propia cerbatana. La pena es que no he golpeado al que tiene el arma.

—Haber atacado a un miembro de la guardia del rey te costará caro, *scazza.* —Cuando su compañero retoma el vuelo mientras se frota la cabeza, le ladra—: Informa al comandante Dargento de…

Un humo negro se arremolina en torno a ellos y el duende se interrumpe. La polenta que he comido hace unas horas sube por mi garganta al darme cuenta de que la frase no es lo único que el humo ha cortado.

Contemplo absolutamente horrorizada el cuerpo partido en dos de los duendes y luego levanto la vista al humo que adopta la forma de un cuervo. Me llevo una mano a la boca.

Santo Caldrone, Morrgot acaba de matar a dos duendes inocentes.

—¿Qué has hecho? ¿Qué narices has hecho? —Mi voz está tan agitada como mi corazón.

¿De qué clase de monstruo estoy siendo cómplice?

Antes de que tenga oportunidad de bajarme del caballo y huir del cuervo asesino, Furia rompe a galopar. Me estoy debatiendo entre tirarme de la silla o no cuando una visión me embiste y me deja sin aliento.

Tengo las muñecas atadas a la espalda y se me sacude el pecho mientras sollozo ante Silvius, que apunta al tembloroso cuello de mi *nonna* con un arma de acero. Aunque el cielo tiene un color azul pálido, el océano está teñido de negro y un montón de pedazos de la piel rosada de una serpiente flotan por la superficie.

Vuelvo a la realidad tan repentinamente que se me escapa otro sollozo ahogado de los labios. ¿Qué narices ha sido eso? ¿Una muestra de lo que habría sido mi futuro si los duendes hubiesen vivido para delatarme?

Me estremezco al recordar el rostro espectral de mi *nonna* y el cuerpo despedazado de Minimus. Aunque la bilis baña mi paladar, la determinación me corre por las venas y ahoga el residual deseo de mandar al inframundo esta misión.

Solo podré regresar a mi casa del color de los ruiseñores azules una vez que Dante esté sentado en el trono, puesto que solo entonces tendré el apoyo y el estatus necesarios para proteger a las personas que amo. Sin embargo, eso no implica que apoye la forma en que Morrgot ha decidido intervenir.

—Podrías haberlos dejado aturdidos o inconscientes —digo con la esperanza de que mis palabras lleguen a oídos del cuervo, que ha vuelto a desaparecer.

Veo el rostro de mi *nonna,* con los ojos abiertos de par en par, dos iris verdes que suben y bajan en un mar de blancura. Silvius ha enredado los dedos en su pelo negro y le clava el arma en el cuello

esbelto. «Sus manos están manchadas de la sangre de su abuela, *signorina* Rossi. Las suyas y las de nadie más.» Pero es él quien las tiene manchadas. La sangre cae por sus nudillos y empapa la tela de su inmaculado uniforme blanco.

—Basta —gimoteo.

Aunque apenas distingo el cuerpo de Morrgot en la opaca oscuridad de los bosques racoccinos, veo el resplandor dorado de la mirada fulminante que me dedica. Es como si me estuviese retando a quejarme de nuevo sobre su forma de lidiar con los duendes.

¿Es él quien está haciendo que imagine estas cosas tan espantosas?

¿Tendrá este pajarraco homicida tanto poder?

Capítulo 44

Las estrellas se desvanecen y el sol sigue su ciclo por el cielo que se extiende sobre nosotros, pero ni Furia por tierra ni Morrgot por aire aminoran la marcha. La adrenalina de zigzaguear entre los árboles a caballo me mantiene despierta. Aunque me duelen las manos y noto la garganta tan seca como el pergamino, no suelto las riendas ni busco mi cantimplora.

No hemos vuelto a toparnos con nadie desde que vimos a los duendes, lo cual no me sorprende al considerar lo peligroso y espeso que es el bosque racoccino. Dudo que nadie en su sano juicio se aventure a seguir el mismo camino que nosotros. El terreno es escarpado e irregular y, además, el entramado de ramas y el dosel de hojas hacen que la poca luz que llega sea todavía más escasa.

Cuando se pone el sol, tengo el trasero dormido y me han salido más ampollas en las ampollas. Monteluce siempre me ha parecido que estaba muy lejos, pero, en este instante, tengo la sensación de que ni siquiera se alza en este reino.

—¿Falta mucho?

Si Morrgot me oye, no me responde.

Supongo que no debería distraerlo mientras traza la ruta que debemos seguir. Acabar empotrada contra un tronco no me haría ninguna gracia.

Ojalá Bronwen hubiese permitido que Antoni me acompañase…

Daría lo que fuera por tener a alguien con quien hablar. Y una cama mullida. Un baño caliente. Helado de fresa. Agua fría. Una bolsa de hielo para calmar los moratones que me están saliendo en el interior de los muslos.

La lista es larga.

Paso las horas siguientes pensando en las cosas que echo de menos para distraerme del dolor y el cansancio, pero también para mantenerme alerta.

Furia cambia bruscamente de dirección e inclina tanto el cuerpo hacia la derecha que empiezo a escurrirme hacia el mismo lado. Aprieto los dientes y me agarro al caballo con cada fibra de mi ser. El

bosque desaparece y da paso a una pared de roca que parece elevarse hasta los cielos.

Por mucho que tire de las riendas, Furia no se detiene y tampoco cambia de dirección. Sigue adelante al galope. Intento tranquilizarme pensando que, si no se ha chocado con ningún tronco, no hay motivo para creer que se lanzará contra la ladera de la montaña.

Aun así, el miedo burbujea en mi estómago cuando el acre hedor de la Rax se ve sustituido por el aroma calcáreo de la roca iluminada por el crepúsculo. Tiro de las riendas y me arden las ampollas recién formadas, pero Furia no flaquea. Echo la cabeza hacia atrás y le pido ayuda a Morrgot mientras me pregunto si se le habrá pasado por la cabeza pensar que ni el caballo ni yo nos podemos transformar en humo.

A no ser que Furia sí que pueda…

El cuervo tuerce hacia la derecha y, por suerte, mi montura lo sigue, pero entonces el pájaro gira bruscamente hacia la izquierda y Furia hace lo propio. Noto el corazón paralizado por el miedo y cierro los ojos.

Estoy harta de esta caza del tesoro.

Odio todo lo que tiene que ver con ella.

¿Por qué me presté a ello? ¿Por una tiara dorada y el amor de Dante? Si muero, no tendré ni corona ni corazón que entregarle al príncipe.

Debería haber saltado de este caballo enajenado cuando tuve la oportunidad.

Furia cuadra la poderosa cruz y salta. Cuando toca la piedra con los cascos, entreabro un ojo.

Estamos subiendo por un pasaje estrecho y empinado, recubierto de musgo y asfaltado en piedra. ¿Es este el camino del que hablan los viajeros mientras disfrutan de una pinta de vino feérico en Lecho de Paja? Esperaba que fuese más amplio y repleto de duendes. A juzgar por lo que me dicen mi vista y mi oído, aquí solo estamos el caballo, el cuervo y yo.

El mundo enmudece y se va oscureciendo más y más a medida que nos adentramos en la zanja y el silencio solo se ve interrumpido por el rítmico sonido de los cascos de Furia, así como por el ocasional roce del viento contra las rocas frías y húmedas. Cada vez que siento que las paredes se estrechan y están a punto de rozarme las rodillas, levanto la cabeza para contemplar las estrellas y recordarme que no estoy encerrada en una caja.

Soy libre.

Más o menos.

—¿Cuánto falta para llegar a donde está tu amigo? —pregunto.

El cuervo me mira desde arriba, pero no responde.

Espero un par de segundos antes de hacerle otra pregunta:

—Oye, Morrgot, no sabrás tú por casualidad que significa «Kahol», ¿no?

Me lanza otra mirada. Se vuelve a hacer el silencio.

Cuando empiezo a pensar que lo de que ha sido el cuervo quien me ha enviado esas visiones han sido todo imaginaciones mías, las paredes de roca que me rodean comienzan a estirarse y estirarse, Furia desaparece y el rutilante firmamento queda oculto tras unas vigas de madera.

Unos pasos resuenan al otro lado de una puerta de madera decorada con arandelas de plata incrustadas. Cuando se abre, retrocedo sobresaltada. Luego, doy otro paso atrás al ver que un hombre aparece en el umbral de la puerta, tan descomunal que toca los tres lados del marco con los hombros y la cabeza.

Aunque hay muchos detalles que asimilar, son sus ojos los que atraen mi atención. Son tan negros como boca de lobo, y esa negrura solo se ve acrecentada por la suciedad que se ha esparcido en torno a ellos, como si se hubiese untado los dedos de barro y se los hubiese pasado por los párpados y las mejillas.

Me estremezco ante la intensidad con la que la mirada del hombre me atraviesa. Estoy a punto de darme la vuelta para ver a quién está mirando cuando jadea:

—Han encontrado muerto al rey.

—¿Al rey? —pregunto con un grito ahogado y el corazón desbocado. ¿De qué rey habla? ¿Es esto una visión del pasado o del futuro?

El atribulado desconocido no reacciona ante mis palabras, lo que significa que no me oye, al igual que no me ve.

—Dicen que has sido tú. Pensaba…, pensaba…

—¿Qué pensabas, Cathal Báeinach? ¿Que mataría a la única persona en Luce dispuesta a ayudar a nuestro pueblo?

Esa segunda voz es tan grave y aterciopelada que casi no me doy cuenta de que ha pronunciado dos palabras que no conozco.

Kahol Bannock.

Kahol es un hombre.

—Reúne al Siorkahd, Cathal.

Aunque apenas ha hablado en un susurro, esa orden me sacude hasta la médula.

Me doy la vuelta para echarle un vistazo al interlocutor de Kahol, pero salgo de la visión.

En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a estar montada sobre Furia, recorriendo la zanja bajo una cúpula de estrellas que solo las alas extendidas de un cuervo negro interrumpen.

No dejo de pensar en lo que me acaba de mostrar. Ya no me cabe duda de que ha sido cosa del cuervo. Al fin y al cabo, le he preguntado qué significaba esa palabra y me ha dado una respuesta.

Cuando conocí a Bronwen, me llamó Fallon Bannock. Y antes, Antoni dijo…

Apenas logro completar ese pensamiento, pero mi mente ata cabos y me deja con un enigma mucho más desconcertante que el de las estatuillas que se convierten en animales.

Aunque no han mencionado en ningún momento la palabra «hija», ¿de qué otra manera podría estar relacionada con ese hombre?

—¿Kahol Bannock es mi padre?

Trato de asimilar la impactante revelación que es que mi padre ausente sea un terrorífico gigante al que le gusta maquillarse los ojos. Pienso en mi madre, en sus suaves curvas y vivos colores. Cuanto más me la intento imaginar con el hombre de la visión, más imposible me parece que *ella* en concreto haya mantenido relaciones íntimas con un hombre que podría aplastarle la laringe y arrancarle la cabeza a alguien tan solo con recurrir al meñique.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Y si no fueron sus orejas mutiladas lo que le hizo perder la cabeza, sino este hombre? ¿Y si es un monstruo y la tomó por la fuerza? ¿Y si la destrozó al depositarme en su útero?

—¿Lo conociste en persona? —le pregunto al cuervo con los ojos entornados clavados en él.

Los ojos citrinos de Morrgot, que vuela por encima de mi cabeza, me devuelven la mirada.

—¿Era… —me humedezco los labios—, era un buen hombre?

Espero a que el cuervo transporte mi mente a otro lugar. A que Monteluce se desvanezca y Kahol reaparezca ante mí. Pero no es eso lo que ocurre.

Puede que mis palabras se hayan perdido en el espacio que nos separa.

—¿Le hizo daño a mi madre?

No soy capaz de pronunciar la palabra «violación». Tiene un sabor demasiado desagradable. Y la idea de ser el producto de semejante unión…

Madre del Caldero, preferiría mil veces ser una niña cambiada.

Pruebo con otro enfoque:

—¿Me has mostrado el pasado o eso era el futuro?

Rezo para que Morrgot me envíe otra visión, pero mi mente permanece en blanco sin importar cuantas preguntas le haga. ¿Habrá agotado el número de imágenes que puede mostrarme?

A no ser que no sepa qué rey murió…

A solas con mis pensamientos y el rítmico repiqueteo de los cascos de Furia, rememoro la visión y, aunque es a Kahol a quien veo, la persona a la que escucho es al hombre a quien se ha dirigido, el de la voz tenebrosa que me ha sacudido por dentro.

«¿Qué pensabas, Cathal Báeinach? ¿Que mataría a la única persona en Luce dispuesta a ayudar a nuestro pueblo?»

Nuestro pueblo.

¿Quiénes serán? ¿Rebeldes lucinos? ¿Fae de un reino en guerra?

Mi padre llevaba el cabello mucho más corto que los mestizos, pero más largo de lo que se les permite a los humanos. ¿Será mestizo o humano, como siempre me han hecho creer? Si es un mestizo, entonces ¿cómo es posible que mi magia no haya despertado?

Dejo escapar un grito ahogado.

La batalla de Primanivi se libró contra un clan de las montañas que contó con la ayuda de unos cuervos provistos de garras y picos de hierro.

Morrgot tiene esos mismos apéndices de hierro.

Morrgot me está llevando hasta la montaña para encontrar a otro cuervo como él.

Los cuervos de Lore.

Santa merda…

Estoy colaborando con los enemigos de mi pueblo.

Capítulo 45

El corazón me late desbocado desde que he descubierto la relación de Morrgot con la Primanivi.

¿Y si no me está guiando hasta el otro cuervo? ¿Y si me está llevando directamente hasta su amo? ¿Y qué pasa si el líder rebelde me toma como rehén y me utiliza como un peón en su guerra contra la dinastía Regio? ¿Y si no tiene ninguna intención de ayudar a Dante a conseguir el trono? ¿Y si busca quedárselo él?

Dioses, ¿en qué lío me he metido?

¿Por qué a mí?

Que esté emparentada con un hombre que sirve a la causa de Lore no significa que yo también lo apoye. No es la primera vez que me reprendo a mí misma por precipitarme y no pararme a pensar.

Echo un vistazo por encima del hombro a la zanja sinuosa como una cinta que llevamos horas recorriendo. Podría bajar de Furia y salir corriendo. No hemos tomado ningún desvío, y la verdad es que me resulta sorprendente. Lo más lógico sería que el clan de rebeldes se asegurase de que el camino hasta su territorio fuese lo menos accesible posible. Aunque también es cierto que no nos hemos cruzado ni con un solo guardia, así que no debe de ser un camino muy concurrido.

Miro a Morrgot, una mancha de tinta en el cielo que ya clarea. ¿Me atacará con sus mortíferas garras si me retracto y decido no continuar con la búsqueda de sus compinches metálicos o me dejará ir sin hacerme daño? ¿Y si me parte en dos como a los duendes de antes?

Recuerdo los cuerpos destrozados de los guardias y me estremezco. Ojalá se me hubiese ocurrido traer conmigo una de las estacas de obsidiana. Palpo el morral que llevo pegado al pecho en busca de mi cuchillo, pero tengo las manos tan irritadas y llenas de ampollas que apenas aprecio el tacto de las cosas. Al no notar nada punzante, suelto las riendas y abro la bolsa.

Meto una temblorosa mano dentro y encuentro la cantimplora, y la humedad que la cubre por la condensación supone un alivio para mis doloridas manos. Revuelvo en busca del resto de mis provisiones: una

pastilla de jabón que birlé del cuarto de baño de Giana, rollitos de queso de cabra, un pedazo de *pecorino,* galletas saladas, pasta de fruta y el cuchillo. Solo toco la áspera tela de yute del morral y el frío metal de la cantimplora.

Miro dentro con la esperanza de que el motivo por el que no encuentro mis provisiones sea que tengo los dedos demasiado entumecidos como para sentirlas. Pero no. Todo se ha esfumado. No hay nada.

Un hormigueo alarmado me recorre la piel y meto el brazo entero hasta el fondo del morral. Cuando mis dedos se cuelan por un agujero del tamaño de mi puño, doy un grito ahogado.

Aunque me gustaría ponerme furiosa conmigo misma, eso no hará que mi morral vuelva a llenarse milagrosamente.

A lo mejor es una señal para que abandone la misión ahora mismo, antes de morirme de hambre y acabar en una grieta de Monteluce, tirada junto al segundo cuervo que debería rescatar.

Pero ¿y luego qué?

¿Vuelvo a Tarelexo y me comporto como una ciudadana modelo para que Silvius no me meta entre rejas o me tire antes de tiempo a la Filiaserpens?

Me hormiguea la frente al sentirme observada. Dado que Furia está concentrado en la ardua pendiente que asciende ante nosotros y que ninguna otra criatura recorre esta parte del reino, deduzco que quien me mira es Morrgot. Efectivamente, cuando levanto la vista, ahí lo encuentro observándome.

Ahora mismo me alegro de que no sea un hombre, porque me estaría juzgando. Sin embargo, por muy calculador que parezca, no deja de ser una efigie que ha cobrado vida. Ni siquiera es un animal de carne y hueso, lo que significa que resulta imposible que cuente con una verdadera consciencia o que piense de forma lógica.

Saco la cantimplora del morral y tomo un pequeño sorbito con la esperanza de que calme mi enfado. Me ruge el estómago, como si quisiese burlarse de mí. Guardo la cantimplora y examino el musgo amarillo que salpica las paredes de la zanja.

Me siento tentada de extender la mano y arrancar un pedazo, pero muchas de las plantas feéricas tienen efectos secundarios y no me apetece experimentarlos ahora mismo.

Además, no tengo tanta hambre.

***

Horas más tarde, pese a que Furia es quien está haciendo todo el esfuerzo físico, un sudor frío me cae entre los pechos aplastados, noto

espasmos en el estómago y siento molestias en ciertas partes del cuerpo en las que no sabía que podía sentir dolor.

Antes de desmayarme por el cansancio y los bajos niveles de azúcar, doy otro trago de agua y arranco un pedazo de musgo de la pared. Está húmedo y tiene una textura fibrosa, como el pelo mojado, y también el olor rancio del pelaje de un animal. Se me cierra la garganta.

A lo mejor no sabe tan mal como huele.

Arrugo la nariz al llevármelo a la boca. Antes de poder darle un lametón para probarlo, un ala me azota el rostro. Morrgot se lleva el musgo arañándome con las garras las yemas de los dedos llenas de ampollas y se aleja volando para tirarlo por ahí.

—¡Oye…, que eso era mi comida!

De los arañazos que me ha hecho brota sangre y suero. Contemplo el líquido rosado y me pregunto si podría alimentarme de mi propia sangre. Madre del Caldero, he perdido la cordura junto con el queso.

Mi estómago aúlla como un animal herido. Cuando extiendo el brazo para coger otro puñado de musgo, Furia desaparece y me encuentro en una pradera junto a un arroyo. El agua baja de las montañas tan rápido de la corriente es ensordecedora, pero no ahoga los gritos y gruñidos de un niño de orejas curvas. El pequeño se da palmaditas en el abdomen, tan hinchado que encajaría más en el cuerpo de un adulto demasiado indulgente.

Cuando su rostro comienza a llenarse de pústulas, se me escapa un grito ahogado. Se le ponen los ojos en blanco y, al caer de bruces sobre la hierba, sus dedos, rollizos como salchichas, quedan laxos y revelan un puñado de musgo amarillo.

Vuelvo al lomo de Furia con otro jadeo. Aunque el prado y el niño han desaparecido, solo lo veo a él.

Al niño y el puñado de musgo.

El mismo musgo que habría ingerido de no haber sido por el cuervo. Caigo en la cuenta de que el pájaro me ha salvado la vida.

—Gracias —susurro, ya sin apetito.

Decido dar otro trago de agua antes de guardar la cantimplora y contemplar la niebla que cada vez se hace más espesa y se traga los escasos rayos de luz que llegan al interior de la zanja.

De pronto, la oscuridad, la quietud y el silencio —a excepción del sonido de los cascos de Furia contra la roca y el susurro de las alas de Morrgot— son tan absolutos que se me cierran los ojos.

Se me cierran.

Se me cie…

***

Me despierto con el sonido de unas gotas cálidas que caen por mis dedos. Al principio pienso que debe de estar lloviendo, pero el líquido está localizado en un punto concreto. Mi espalda se queja cuando me separo del cuello de Furia y las manos me duelen al extenderlas. A juzgar por lo atenazados que tengo los nudillos, he debido de pasar toda la noche aferrada a la áspera crin de Furia.

Cuando me fijo en la mancha de sangre que me tiñe los dedos de rojo, la mirada se me desencaja tanto como se me acelera el corazón. Me giro para ver qué es lo que se está desangrando sobre mí y encuentro a Morrgot planeando a unos pocos centímetros con un conejo sin vida entre las garras.

Arrugo la nariz al comprender que está a punto de zamparse al animalito. Baja más y señala al conejo con la cabeza. ¿Está…, está ofreciéndome su presa?

Se me revuelve el estómago solo con olerlo, así que niego con la cabeza.

—Lo siento, no… —La bilis me sube por la garganta y trago saliva para que regrese por donde ha venido. Grazno el resto de la frase, concentrada en no vomitar la polenta que comí hace dos días—: No como carne ni pescado.

Supongo que esto le resultará ridículo a un cuervo. Ni siquiera sé por qué le estoy explicando lo que como o dejo de comer.

Morrgot no suelta el conejo sobre mi regazo ni pone los ojos en blanco —¿podrán hacer eso los cuervos?—, pero percibo su exasperación. Seguro que piensa que soy una humana boba. Al fin y al cabo, necesito el sustento. Yo lo sé. Él lo sabe. Y, aun así, me niego a comer un alimento que me daría energía.

—¿Falta mucho para llegar hasta donde está tu amigo?

El cuervo agita las alas una vez, dos, y luego se aleja volando. Tengo la sensación de que pasa una hora entera antes de que su oscuro cuerpo surque la blancura del cielo. A lo mejor sí que ha pasado una hora. O dos.

Aunque el sol apenas logra atravesar la niebla, el ambiente parece más luminoso, como si fuese casi mediodía.

Morrgot agita las alas y, al adentrarse en el desfiladero, interrumpe la conversación unilateral que estaba manteniendo con Furia. Para mi desgracia, los caballos son criaturas de lo más distantes. Me pregunto si Morrgot podrá hacerle ver cosas en la mente.

El cuervo desciende un poco más y extiende una de sus garras metálicas.

Estudio la rama decorada con jugosas bayas antes de clavar la mirada en sus resplandecientes ojos.

—¿Son para mí?

Inclina la cabeza.

Acepto la rama y, sin perder un solo segundo, arranco una baya y me la meto en la boca. Es dulce, muy dulce, como los caramelos que Giana solía traernos de Tarecuori. Su zumo me empapa la lengua como un charquito de puro placer. Puede que sea porque estoy muerta de hambre, pero declaro estas bayas El Cultivo más Delicioso de todo Luce.

Me como todos los frutos rosados, incluso los que están arrugados, e incluso me planteo mordisquear la rama, con la esperanza de que la savia sea tan dulce como el néctar de sus bayas. Al final, me abstengo de comportarme como un animal rabioso con un hueso. Lo que sí hago es tirar de las riendas de Furia y ofrecerle las hojas y la rama. El caballo las olisquea por un instante, las coge con la boca y empieza a masticar.

Aunque le he pillado un par de veces chupando las altas paredes de la zanja para atrapar las gotitas de humedad que se acumulan entre las rocas, no le he visto comer nada. A no ser que Morrgot lo haya alimentado mientras yo dormía.

No me creo que me haya quedado dormida montando a caballo.

No me creo que esté montando a caballo.

Es algo que solo los soldados y los castizos tienen permitido hacer.

Era uno de los pasatiempos favoritos de mi madre cuando era pequeña y vivía en Tarespagia. Salía a recorrer la playa o el vergel de la familia, famoso en todo el reino, montada en su querido caballo capón.

Furia se detiene de una forma tan abrupta que me lanza hacia delante. Contemplo la zanja artificial con el ceño fruncido e intento ver más allá del borde, pero para eso tendría que ponerme de pie sobre la silla de montar.

El cuervo vuela en círculos vertiginosos sobre mi cabeza mientras Furia sacude las puntiagudas orejas de atrás adelante. Está claro que algo pasa.

Algo que solo los animales han podido captar gracias a sus inigualables sentidos.

—¿Qué ocurre?

La visión del desfiladero irrumpe en mi mente junto al rumor de una corriente de agua, el aroma mineral de la tierra mojada y el resplandor de un cuervo de hierro.

Hemos llegado.

Capítulo 46

Morrgot se posa a un lado de la zanja. Debe de llamar a Furia porque el caballo se acerca a él y pega su enorme cuerpo contra la pared húmeda y salpicada de musgo. Entiendo que tengo que ponerme de pie sobre la silla y salir de la zanja por mi propio pie.

Es una verdadera pena que Furia no tenga alas.

Y más cuando intento sacar la pierna de entre su flanco y la pared y las agujetas me agarrotan todos y cada uno de los músculos del muslo.

Gruño al levantar la pierna poco a poco y vuelvo a gruñir todavía más alto cuando tiro de mi otra pierna y apoyo el pie sobre la silla. Saboreo la sal del sudor en mi labio superior. No me puedo creer que todo este dolor venga de estar sentada.

Ayudándome de la pared, me giro para quedar frente a ella y me humedezco los labios. Entonces aprieto los dientes y obligo a mi dolorido cuerpo a ponerse de pie. Si tan solo he comido un puñado de bayas, ¿cómo es que me siento como si pesase lo mismo que una serpiente centenaria varada en la playa?

Furia y Morrgot no mueven ni un músculo ni profieren un solo sonido mientras intento agarrarme mejor a la pared de rocas apiladas para evitar que desfallezca y acabe en lo más profundo de la zanja. No me veo capaz de volver a levantarme si me caigo.

Válganme el Caldero y todos los Dioses de Luce, ¿cómo esperan que me adentre más en el desfiladero en este estado? Me voy a caer dentro de ese arroyo y me va a arrastrar hasta hacerme desandar todos los kilómetros que hemos recorrido. Con la suerte que tengo, acabaré apareciendo justo ante las relucientes botas negras de Silvius.

Me muerdo el labio y recorro la pared de rocas con la mirada en busca de algún recoveco que me sirva de punto de apoyo. Una vez que lo encuentro, levanto una pierna y, santo Caldero de todos los fae, veo las estrellas. Resplandecen en los márgenes de mi visión y opacan todos los colores salvo el blanco y el gris.

¿Se podrían considerar colores?

Inspiro y espiro hasta que el musgo recupera la tonalidad de la caléndula y mis puños apretados vuelven a ser de un rojo melocotón, a

excepción de los nudillos, que los tengo blancos como la nieve. Mientras me mordisqueo el labio como si me fuera la vida en ello, entierro mi otro pie en un recoveco más elevado y trepo más y más alto.

Tengo la sensación de haber tardado una década en salir a rastras de la zanja y llegar a un terraplén arcilloso y frío al tacto. Podría quedarme un par de semanitas aquí tirada. Sin embargo, como era de esperar, Morrgot no me lo permite. Se acerca hasta mí saltando y se queda justo al lado de mi cara, con la mirada resplandeciente clavada en la mía.

—Ya voy, ya voy —suspiro.

Ruedo hasta quedarme boca arriba y me chascan los huesos igual que la madera del suelo de Lecho de Paja.

Tengo tantas ganas de levantarme como de ayudar al misterioso cuervo del desfiladero.

—Se me ha ocurrido algo, Morrgot. Es una idea brillante. ¿Y si vuelas hasta allí abajo, coges a tu amigo y me lo traes hasta aquí para que le quite la flecha de obsidiana que lo derribó?

Cuando no me responde con ninguna visión, aparto la vista de la delicada capa de nubes que cubre el cielo y la poso sobre el enorme cuerpo negro que hay junto a mi cabeza. Me parece que la sugerencia no le ha hecho mucha gracia.

—¿Debería tomarme esa indiferencia total como un «no»?

Por mi mente pasa la imagen fugaz de una mano, una preciosa mano masculina que roza una estaca de obsidiana y se transforma en hierro.

Frunzo el ceño ante la visión. Si está tratando de demostrar que se convertirá en hierro al tocar la obsidiana, ¿por qué ha usado la imagen de una mano? Es evidente que los cuervos no tienen extremidades humanas, pero podría haber tocado la estaca con un ala y lo habría entendido perfectamente.

Dejo escapar un profundo suspiro y me embarco en la ardua tarea de ponerme en pie. Ruedo hasta ponerme de costado y me apoyo en el suelo para incorporarme, pero me tiemblan los brazos tanto como los cristales de las ventanas de casa cuando las borrascas desencadenadas por la repentina bajada de las temperaturas asolan Luce. Tardo casi un minuto entero en sentarme entre jadeos y con los dientes apretados y otro buen par de minutos en depositar todo el peso del cuerpo sobre las piernas.

Me asomo a la zanja para mirar a Furia, que está inmóvil y con los ojos cerrados. Aunque esta parte del trayecto no me apetece nada, me alegro de que mi montura tenga oportunidad de descansar. Lo que sí

que me preocupa es la comida, así que decido recoger unas cuantas hojas y algún puñado de hierba para él. ¿Qué se supone que comen los mastodontes equinos capaces de viajar durante dos días seguidos sin descansar como él?

Puede que Bronwen le diese algún tipo de avena mágica con la que resistir una semana. Cuanto más lo pienso, más me encaja esa explicación. Ojalá yo también pudiese comer avena mágica… o unas pocas bayas más.

Me giro a mirar al cuervo, que ha vuelto a alzar el vuelo y traza círculos sobre mi cabeza.

—Muéstrame el camino, Morrgot.

El pájaro echa a volar y surca el cielo jaspeado con gracilidad. Caigo en la cuenta de que seguramente él tampoco haya dormido nada, pero, como es un cuervo mágico, imagino que no necesitará dormir.

A medida que lo voy siguiendo a través de verdes prados de flores silvestres y hierba que me llega a la altura de las rodillas, las agujetas que siento en las piernas se van mitigando. Pienso recoger una buena cantidad de hierba a la vuelta. Unas mariposas tan amarillas como el dormitorio de Flavia Acolti revolotean en torno a mis manos. Una de ellas incluso se me posa en la punta de la nariz y me arranca una carcajada.

Yo pensaba que Monteluce sería una montaña yerma e inhóspita, pero resulta que está llena de vida y de color. ¿Por qué se han empeñado tanto los castizos en pintarla como un territorio hostil cuando es todo lo contrario?

Estiro el cuello para ver en qué dirección vuela el cuervo y lo encuentro trazando lánguidos círculos sobre mi cabeza, con los ojos dorados fijos en mí.

—¿Llegamos ya?

Sigue adelante. Un rato después, la hierba empieza a clarear y el estruendo de una corriente de agua inunda el aire. Aminoro el paso sin apartar la mirada de la tierra anaranjada, a la espera de encontrar el inminente precipicio, que llega mucho antes de lo que habría supuesto.

Parece que Morrgot cree que no lo he visto, porque se lanza contra mi cuerpo con una fuerza impresionante para un pájaro tan pequeño. Yo me tambaleo hacia atrás, me tropiezo con una piedra y acabo cayendo de culo al suelo. Magnífico. Justo lo que necesitaba.

—Tengo ojos en la cara, Morrgot. —Cuando me vuelvo a poner en pie con torpeza, añado—: Pero agradezco que te preocupes por mí.

Mis palabras no evitan que el cuervo se mantenga cerca. Cada vez

que agita las alas, me alborota los mechones de pelo que me enmarcan el rostro. Me paso una mano por la melena cortada a la altura de los hombros, tan enredada que el cuervo podría llegar a confundirla con un nido. Decido preocuparme de eso más tarde.

Dejo una buena bota de distancia con el borde y me asomo al precipicio. No consigo ver la estatua enseguida, porque tengo la mirada clavada en el fondo del desfiladero, tan profundo que trago saliva por el vértigo.

Si me resbalo, ya me puedo ir despidiendo. De los cuervos. De la corona. De Dante.

Teniendo en cuenta la capa de piedras que sobresalen de las agitadas aguas, ni siquiera caer en el arroyo me salvaría.

—Más te vale tener a alguien que me releve y reúna los cuervos si me pasa algo, Morrgot, porque esto es una misión suicida.

El pájaro no responde, para variar. Se limita a planear junto a mí mientras observa a su gemelo ensartado en un saliente.

A lo mejor puedo fabricar alguna especie de instrumento con el que pescar al pájaro sin tener que bajar por una pared de roca tan lisa como el embarcadero de Isolacuori.

Podría atar unas cuantas briznas de hierba, pero, aunque consiguiese atraparlo, la improvisada caña no aguantaría el peso de su cuerpo macizo. Sin embargo, como no pierdo nada por intentarlo, dejo atrás el desfiladero y salgo en busca de unos cuantos tallos resistentes.

Con las manos insensibles por las ampollas, trenzo un buen montón de tallos y voy atando cada trenza hasta que he conseguido fabricar una cuerda lo suficientemente gruesa y larga.

Morrgot me ha estado observando en silencio. Me pregunto qué estará pasando por esa cabecita suya, si me considera un curioso o ingenioso espécimen bípedo. Una vez que he preparado un lazo corredizo como el que mis vecinos me enseñaron a hacer cuando era pequeña e intentaba pescar cangrejos en el canal que separaba nuestras casas, regreso al borde del desfiladero, me acuclillo y lanzo la cuerda al vacío.

—Deséame suerte, Morrgot.

No dice nada. Ni siquiera me envía una visión para darme ánimos. ¿Sabrá ya si funcionará o no? ¿Puede ver el futuro como Bronwen?

Me lleva cuatro intentos pasar el lazo por el cuello del cuervo. Me gustaría agitar el puño en el aire, pero no cantaré victoria ni me daré una palmadita en la espalda hasta que la estatua toque tierra junto a mí.

Sin apenas respirar, cierro el lazo. Y entonces, solo entonces, empiezo a tirar.

Despacio.

Despacio.

El plan tiene tantas probabilidades de funcionar como que Phoebus salga con una mujer, pero esta es una misión mágica y yo soy la profetizada rastreadora de cuervos, lo cual —con un poco de suerte— debe aumentar las probabilidades de éxito.

Cuando el torso de la criatura comienza a elevarse, también lo hacen mis ánimos. Si esto funciona, espero que me den una medalla.

Pongo una mano sobre la otra una y otra vez. Las garras de la efigie rozan contra la pared de roca y, pese a que seguramente sean imaginaciones mías, el ruido del metal contra la piedra parece reverberar por todo Monteluce.

Me detengo a respirar. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Ha llegado la hora. El momento clave que decidirá si me convertiré en reina, en un amasijo hecho papilla en lo más profundo del desfiladero o en la futura prisionera de Marco.

Contengo el aliento y tiro.

La estatua sube.

Un centímetro.

Dos.

Tres.

Empiezo a sonreír y el aliento que estaba conteniendo trepa por mi garganta.

El cuervo cuelga a medio camino entre el saliente de piedra y yo.

Envalentonada, tiro más rápido de él.

Me encantaría que Phoebus y Sybille me viesen ahora mismo. Estarían orgullosísimos de…

¡Crrrr!

Me detengo en seco.

Una de las secciones trenzadas se está deshilachando.

Con el corazón en la boca, tiro con suavidad.

Uno de los tallos se rompe.

Me escuecen los ojos por culpa del sudor, pero no me atrevo a parpadear.

Ya casi está, Fal.

Deslizo una mano sobre la otra poco a poco y repito el movimiento hasta que la cabeza del cuervo queda a mi alcance. Sujeto la cuerda con la rodilla y me inclino hacia delante, hasta que rozo la parte superior de la cabeza metálica de la criatura con los dedos.

Noto los latidos de mi propio corazón en la garganta. Cierro el puño en torno a la cuerda otra vez, tiro y extiendo la mano para agarrarlo, pero el cuervo se balancea y solo consigo atrapar el

emplumado turquesa de la flecha entre el índice y el anular.

¡Crrraaaack!

La cuerda se rompe.

Cierro los dedos alrededor del emplumado y noto el sabor salado del sudor en los labios mientras me aferro a la flecha con todas mis fuerzas. Mis nudillos aúllan de dolor y el brazo me tiembla cuando el cuerpo de hierro macizo del cuervo comienza a resbalarse, llevándose la flecha consigo.

Aprieto los dientes, clavo las rodillas en el suelo para mantener el equilibrio y lanzo el otro brazo hacia delante. Consigo agarrar el cuerpo de la flecha justo cuando el emplumado se me escapa de entre los nudillos y me dejo caer sobre los talones.

El cuervo se precipita al vacío, choca con el saliente sobre el que estaba y sigue cayendo. Hasta. Abajo. Del. Todo.

Empapada y temblorosa, me acerco la flecha a los ojos y la estudio antes de asomarme al desfiladero, donde el cuervo de color peltre se balancea sobre la punta de un pedrusco alargado. ¿Por qué no se ha vuelto negro todavía? ¿Se le habrá quedado un pedacito de obsidiana dentro? Me quito el sudor de los ojos y escudriño el arma tan detenidamente que empiezo a ver doble. Parpadeo para recuperar la visión.

La reluciente punta negra de la flecha está partida.

Si se le ha quedado la más mínima astillita dentro…

Con un alarido de frustración, echo el brazo hacia atrás y lanzo tanto la flecha como la cuerda rota al desfiladero. Sigo su trayectoria con la vista, incapaz de encontrar la mirada de Morrgot.

El desfiladero se enfoca y se desenfoca mientras un calorcillo me inunda los párpados, pero el cuervo de metal permanece perfectamente nítido. Me recuerdo que es un animal mágico y no uno de verdad. Que no se abollará ni acabará hecho picadillo.

¿Hecho o hecha?

¿Y si es una hembra? ¿Y si acabo de tirar al vacío a la amada de Morrgot?

La estatua vuelca y cae de bruces a la agitada corriente, pero sus alas extendidas impiden que se deslice entre las rocas y se hunda o, lo que es peor, que se vea arrastrada hasta el Mareluce.

Me paso los nudillos por debajo de la línea de las pestañas para atrapar las lágrimas que se me han escapado.

—Lo siento, Morrgot. Lo siento en el alma.

Evito mirarlo directamente e inspecciono las paredes del desfiladero para tratar de encontrar un camino que me conduzca hasta el fondo. El aleteo de plumas negras que capto junto a mi córnea me

hace bajar la mirada todavía más.

No puedo mirarlo. No hasta que haya ideado un nuevo plan.

Sin embargo, el cuervo no me permite ignorarlo. Bate las alas tan cerca de mi cara que me roza la mejilla. Dado que sus plumas son tan suaves como la seda, no me da la sensación de que haya sido un tortazo, aunque estoy segura de que esa era exactamente su intención.

Suspiro profundamente y por fin levanto la vista hacia él.

Se lanza en picado al interior del desfiladero y, aunque no baja tanto como para tocar a su compañero, me basta para darme cuenta, con aprensión, de que no hay ningún cuerpo de resplandeciente color peltre entre la espuma y las rocas.

Capítulo 47

¿Dónde…?

De la espuma sale una nube de hollín. Me froto los ojos y parpadeo a toda velocidad, porque es imposible.

¿Ha salido la flecha entera? ¿Me he imaginado esa pequeña imperfección? A lo mejor ha sido la corriente la que le ha sacado los restos de obsidiana del interior.

La voluta de humo asciende hasta la parte superior de la enorme roca y se transforma en una criatura de plumas y hueso. Es el segundo cuervo de Lore.

Madre del Caldero. ¡He conseguido liberar al segundo cuervo de Lore!

Dado que Morrgot no puede tocar la obsidiana, solo hay dos posibles explicaciones: o la flecha negra se ha roto durante la caída o la corriente le ha sacado el pedazo que le quedaba en el pecho.

De cualquier manera, me veo embargada por una ola de felicidad y alivio tan grande que me hormiguean los brazos y las piernas.

Lo he conseguido.

Lo. He. Conseguido.

La reliquia mágica pliega las alas y gira el cuello antes de inclinarlo hacia arriba. En vez de mirar a su amigo, el cuervo clava la mirada, tan luminosa y del mismo color dorado que la de Morrgot, en mí.

Tras un par de segundos, extiende las alas y echa a volar.

Dos menos. Quedan tres.

—¿Ahora a dónde vamos, Morr…? —La última sílaba de su nombre muere en mis labios cuando los cuervos se desvanecen y sus respectivas sombras se encuentran para engendrar una mancha negra mucho más grande.

Cuando vuelven a hacerse sólidos, ya no son dos, sino uno.

Hay un solo cuervo, el doble de grande… en todos los sentidos. Las garras de hierro son casi del tamaño de mis dedos y el pico ahora es tan largo que podría atravesarme el cuello y asomarse por la nuca.

Pese a que vivo entre personas que manejan la magia, me quedo sin palabras.

Después de encontrar a Morrgot, me di cuenta de que Bronwen había sido bastante parca en detalles. Pero ahora…, ahora me

pregunto qué más me habrá ocultado. Y por qué. ¿Se dará esta especie de simbiosis entre todos los cuervos? Y, de ser así, ¿qué tamaño alcanzará Morrgot? ¿Será tan grande como los cuervos que mataron al padre de Dante y atacaron a nuestro pueblo? ¿Acabará haciéndome parecer minúscula?

Lo único que tiene un poco más de sentido ahora mismo es la parte en que los cuervos ayudarán a Dante a ascender al trono. Cualquier fae que se enfrente a un pájaro monstruoso con el pico y las garras de hierro acabaría temblando de miedo, incluido el rey de Luce.

Morrgot sale del desfiladero y vuela hacia mí. Me pongo de pie con torpeza y retrocedo tan deprisa que me tropiezo con mis propios pies. Muevo los brazos en todas direcciones para tratar de mantener el equilibrio, pero, al final, es la presión que el cuerpo del cuervo ejerce sobre mis hombros la que evita que me caiga. Una vez que recupero la estabilidad, Morrgot vuela en círculos a mi alrededor, agitando las alas para permanecer a la altura de mi rostro.

Mientras observo al cuervo negro, me pregunto una vez más si lo que estoy haciendo condenará al reino o si, por el contrario, mejorará su situación. Sin embargo, enseguida me recuerdo que, una vez que Dante sea rey, él me convertirá en su reina. Aunque en este prado desierto no hay nadie ante quien hacer un juramento, pronuncio uno en voz baja.

—Cuando esté ocupando el trono lucino, juro que sentaré precedente en lo que a la justicia se refiere.

—¿El trono? Menuda mujer más ambiciosa estás hecha.

Me quedo de piedra y contemplo boquiabierta a Morrgot antes de girar sobre los talones y recorrer el prado con la mirada en busca del dueño de esa voz que acaba de retumbar por el aire.

—¿Quién anda ahí?

Mi corazón ha huido del pecho y me trepa poco a poco por la garganta. Si alguien me pilla con los cuervos mágicos, no llegaré al trono ni viviré para contarlo, sin importar lo ambiciosa que sea.

La luz se ha atenuado y convierte el prado en un mosaico de grises plomizos y lavandas cenicientos. Entrecierro los ojos para ver si encuentro alguna silueta humana, pero aparte del cuervo y algún que otro insecto alado, ninguna otra criatura cruza el apagado paisaje.

¿Me habré imaginado la voz? A lo mejor era mi conciencia, que trataba de ponerme los pies en la tierra. Si resulta ser mi propia voz interior, es tremendamente ronca. Bastante masculina.

A no ser que quien ha hablado no fuera una persona, sino un…

—Esa voz… ¿Has sido tú?

El cuervo no responde, pero interpreto su silencio como una

confirmación.

—¿Cómo…, cómo es que ahora sí que hablas?

—Me has devuelto la voz.

—Que te he… —Me humedezco los labios—. ¿Cómo?

—Al reunir dos de mis cuervos.

Se me pone la piel de la clavícula de gallina.

—Esto es una locura.

—Entiendo que Bronwen no te habló mucho de mí.

—Bronwen ni siquiera te mencionó. Yo pensaba que estaba buscando estatuas, no unos pájaros mágicos que pueden lanzar visiones y hablar. —Trago saliva para tranquilizar mi cada vez más acelerado pulso—. Si no mueves el pico al hablar, ¿cómo estás emitiendo sonidos? ¿Eres…? ¿Cómo se llamaban esos artistas de la corte? ¿Un ventrílocuo?

¿Un ventrílocuo? Un resoplido resuena en el interior de mi cráneo. ***Te equivocas por completo.***

—Entonces ¿cómo lo haces?

Te estoy hablando telepáticamente.

La sorpresa me deja ligeramente boquiabierta, pero luego se me desencaja la mandíbula del todo.

¿Te ha comido la lengua el cuervo, Ionnh Báeinach?

Es una tontería, pero no me hace ninguna gracia que me hable con ese tono o que me llame Bannock.

—No me trates como a una niña, y mi apellido es Rossi, no Bannock.

Por un instante, se hace un silencio que solo se ve interrumpido por el susurro de las alas de Morrgot al mover el aire.

Eres la hija de Cathal y eso te convierte en una Báeinach, pero usaré contigo el apellido de ese severo general si es lo que deseas.

Frunzo los labios.

—Prefiero usar el apellido de mi madre.

Se impone otra larga pausa. Una que está cargada de palabras que no llegamos a pronunciar.

—¿Va a pasar lo mismo con el resto de los cuervos que con esos dos?

Sí.

—¿Y todos se llaman Morrgot?

Sí.

—¿Y Lore es vuestro amo?

Permanece en silencio por un momento y luego repite la misma respuesta:

Sí.

—¿Y también vamos a ir en busca de ese tal Lore? No me digas que él también está convertido en una estatua y está escupiendo agua en el cuarto de baño del rey.

El cuervo no esboza una sonrisa, pero siento que sonríe. ¿Cómo? No sabría explicarlo. A lo mejor se debe a la mirada que tiene clavada en mí, a la lánguida agitación citrina que le rodea las pupilas. Puede que sean imaginaciones mías.

No está escupiendo agua en la bañera de nadie, no.

Aunque tengo mil y una preguntas que hacerle, me las reservo todas para un momento en que mi cabeza no esté dando vueltas ante el sonido de la voz dentro de mi cráneo.

Mientras estudio el paisaje bañado por la opacada luz de las estrellas para trazar un camino de vuelta a Furia, hago una última pregunta:

—Bueno y ¿dónde está tu próximo cuervo?

En Tarespagia. Enterrado en el vergel de tu familia.

Sus palabras arrastran mi mirada hasta él.

—¿En serio?

Qué conveniente.

Una ola de nervios me empapa las manos de sudor, así que me las paso por los pantalones para secármelas.

—Dime, Morrgot, ¿de verdad es real la profecía? Porque me da la sensación de que la «cacería» que ha orquestado Bronwen tiene bastante que ver con mi familia.

Pasa un segundo. Dos.

Empiezo a preguntarme si habrá oído la pregunta cuando dice:

Tu principito te espera al pie de la montaña junto a todo un escuadrón.

—¿Un escuadrón? ¿Por qué?

Pues… para detenerte.

Capítulo 48

El corazón me late tan deprisa que me deja la boca seca.

—L-lo sabe… Sabe que te he l-liberado.

Recorro el prado con la mirada como si esperase encontrar a Dante avanzando hacia mí, con las largas trenzas adornadas con resplandecientes cuentas doradas restallando contra su uniforme impoluto.

Está en el valle, me recuerdo.

Subo apresuradamente a lo alto de una pendiente y echo un vistazo desde ahí. Lo único que alcanzo a distinguir a través de las delgadas nubes son unas manchas de colores, como los colores en la paleta de un artista: verde racoccino, azul marelucino salpicado del cobre de los brillantes tejados y allí, en el confín del mundo, una celosía de blancos y dorados isolacuorinos.

He estado tan concentrada en mi tarea que no me he parado ni un segundo a admirar el reino que algún día será mío. Es espectacular. Tanto que casi se me olvida que estoy en lo alto de una colina.

Cuando recuerdo las palabras de Morrgot, escudriño el valle boscoso con ojos entrecerrados. Es verdad que hay un escuadrón de fae vestidos de blanco en torno al pie de la montaña, como un foso de sal.

El comandante notificó tu desaparición y les ordenó a sus hombres que te encontraran. Dante decidió dirigir la partida de búsqueda e hizo que Dargento se pusiese hecho una furia.

Poco a poco, mi pulso vuelve a la normalidad. Que me consideren una fugitiva no es que sea muy buena noticia, pero prefiero que me persigan por eso que por haber liberado a un enemigo alado.

—¿Cómo sabes todo eso?

Los estoy oyendo.

—¿Cómo? Eso es imposible. Están a miles de metros de distancia de nosotros.

El sonido viaja hacia arriba.

—Estoy justo a tu lado y yo no oigo nada.

Mis sentidos son más agudos que los tuyos, Ionnh Báeinach.

Describirlos como agudos es quedarse corto. Debe ser algo característico de su especie. Una característica de su especie *mágica.*

—No sé qué significará eso, pero llámame Fallon o Fallon Rossi o *signorina* Rossi. Lo dejo a tu elección. Y te agradecería que dejases de tratarme como a una niña, porque tengo veintidós años.

«Ionnh» significa «señorita» en nuestro idioma.

—Ah. —Me paso los dedos por el cabello; me siento un poco tonta por haber estallado—. Llámame Fallon. Al fin y al cabo, nos estamos dirigiendo el uno al otro por nuestro nombre de pila, ¿no, Morrgot?

El cuervo parece todavía más negro en contraste con los últimos rayos de sol.

Como desees, Fallon.

Habla de tal forma que consigue que mi nombre suene extraño e, inexplicablemente, mucho más melódico, como si todo el mundo lo hubiese estado pronunciando mal desde que nací. Quizá haya sido así.

¿Y si el hombre que me engendró le susurró ese nombre a mi madre y ella, cuando nací, me lo grabó con el dedo en el espacio que queda entre la nariz y el labio superior? Puede que ese ritual bautismal venga de la tradición lucina, pero tal vez mi nombre provenga del folclore córvido.

Bajo de la loma y sigo el camino de hierba pisoteada para dejar atrás el desfiladero. Camino casi dos kilómetros, perdida en el torbellino de mis pensamientos, antes de levantar la vista al cielo para asegurarme de que mi silencioso compañero me sigue la pista.

Tiene los ojos dorados clavados en mí, lo que me lleva a preguntarme si me habrá quitado la vista de encima en algún momento.

Arranco un puñado de hierba alta para Furia.

—Háblame de Kahol Bannock.

Esperaba que Morrgot volase más alto para evadir mi pregunta, pero pregunta:

¿Qué te gustaría saber?

—Todo. ¿Cómo conoció a mi madre? ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? ¿Está muerto?

El cuervo no responde enseguida. ¿Estará reviviendo los recuerdos que tiene de ese hombre para decidir qué partes de su vida puede compartir con una desconocida? Yo, desde luego, me lo pensaría dos veces antes de contarle nada a él.

Tu padre y Agrippina se conocieron gracias a Bronwen y, como ella confiaba en tu madre, Cathal también lo hizo.

—¿Y tú?

Yo confío en muy poca gente, Fallon.

—¿Te fías de mí?

No.

Me molesta que haya respondido con tanta rotundidad, sobre todo después de todo lo que he hecho por él.

Te has ofendido.

Mantengo la vista al frente, clavada en el interminable prado de hierba plateada, y recojo otro buen puñado.

—Estoy poniendo en riesgo mi vida al ayudarte a salvar la tuya.

Si te has embarcado en esta misión es porque buscas conquistar el corazón de tu querido príncipe. Para ti, yo solo soy un medio para lograr ese objetivo.

Me arden las mejillas al comprender que es consciente de los motivos por los que accedí a encontrar los cuervos de hierro.

—Bronwen es quien me habló de la profecía. Yo no me la inventé —me defiendo, aunque no tengo por qué darle explicaciones.

La tensión que crece entre nosotros opaca cualquier sentimiento de camaradería que haya podido desarrollarse entre el pájaro parlante y yo.

Un rato más tarde, por fin rompo el silencio.

—Volviendo al tema de Kahol. ¿Está muerto?

No.

—Entonces ¿dónde está? ¿Por qué fue Bronwen quien vino a por mí en vez de él? ¿Por qué me abandonó?

Porque está preso.

—¿Dónde?

Morrgot contempla el resplandeciente océano que se extiende desde debajo de la montaña como la cola del vestido de una castiza.

Bajo el mar.

Me hormiguea la piel.

—¿En el galeón? ¿El que hundió Marco? —Aunque apenas hablo en un susurro, para mí suena tan fuerte que temo que las tropas lucinas que me persiguen lo hayan oído.

¿Has oído hablar del galeón?

—Antoni lo mencionó la noche en que me habló de la batalla de Primanivi.

Y que Bronwen lo considere digno de confianza…

Vuelvo la cabeza para fulminar a Morrgot con la mirada.

—Antoni no ha hecho más que luchar por tu causa.

¿En serio crees que lo está haciendo porque le sale del corazón?

—Puede que su lucha no sea del todo desinteresada, pero te aseguro que no me contó ningún enorme secreto prohibido cuando me habló de la batalla que se libró antes de que yo naciera.

Respiro con dificultad, en parte por lo rápido que estoy andando y en parte por lo mal que me sienta que esta criatura desconfiada piense tan mal de las personas que están arriesgándolo todo por devolverlo a la vida.

—¿Sabes qué te digo? Que espero de corazón que consiga algo ayudándote.

Bronwen le prometió bañarlo en oro.

—Oro proveniente de las arcas de los Regio, supongo.

No.

—¿Eso quiere decir que la vidente tiene su propio alijo de riquezas enterrado en algún punto de la Rax?

No.

—Pues, a ver, ¿de dónde va a sacar el dinero?

Yo se lo daré.

—¿Tienes oro?

¿Por qué te muestras tan sorprendida?

—¿¡Porque eres un pájaro!? ¿De dónde saca dinero un pájaro? ¿Te lo dio tu amo?

Nadie me dio nada, Fallon.

Los ojos de Morrgot tienen un brillo sombrío en contraste con el cielo de la noche cerrada, como si le molestase que reduzca su esencia a su aspecto físico.

Me he ganado hasta la última moneda de mi patrimonio gracias a los acuerdos lucrativos a los que he llegado, así como al sudor de mi frente.

Se me escapa una risa en forma de un resoplido. No puedo evitarlo. Me estoy imaginando a Morrgot llamando de puerta en puerta con el pico, con rollos de pergamino entre las garras. Y luego se me ocurre algo todavía más ridículo y me lo imagino arrastrando un arado por un campo.

—¿Me estás diciendo que recurriste a tus extremidades de hierro para amasar una fortuna de manera honrada?

Me has pillado. Gracias a mi arsenal de poderes córvidos, he saqueado, espiado y asesinado lo que tanto a mi pueblo como a mí nos ha venido en gana. Hace una breve pausa. ***¿Cómo si no iba a conseguir un pájaro tanta lealtad?***

Puede que las historias que la directora Alice nos contó llegaran a nosotros a manos de los fae que temían a los cuervos, pero todas las historias tienen una parte de verdad, y la verdad es que Morrgot es una criatura peligrosa. Una que asesinaría a alguien en un abrir y cerrar de ojos.

La imagen de los duendes que cortó en dos me inunda la garganta

de bilis. Trago saliva con fuerza para que regrese a mi estómago.

Deberías tenerme miedo, Behach Éan.

¿Qué me ha llamado? Reprimo las ganas de saber qué significará exactamente, porque no tengo ningún interés en aprender apodos mezquinos y asumo que unas palabras tan desagradables al oído solo pueden significar algo malo tras nuestro intercambio poco amistoso.

—Dime, Morrgot: ¿me partirás en dos como a esos duendes una vez que haya liberado a tus cinco cuervos?

Ya no me servirás de nada una vez que completes la tarea, dice sin vacilar.

No sé si se comporta así porque es la criatura más desagradable del planeta o porque necesita revisar su sentido del humor.

—Habrá quien diga que tener a una reina de tu lado sería muy útil.

Depende de qué monarca se siente a su lado en el trono.

Frunzo el ceño, extrañada, puesto que, si conoce la profecía, debe de saber que me casaré con Dante. Ay, Dioses, espero que no crea que tengo intención de ser la reina de Marco.

Antes de que tenga oportunidad de aclarárselo, el cuervo se aleja de mí hasta que resulta tan difícil distinguirlo del firmamento como diferenciar el agua del cielo. Además de ser susceptible, el cuervo tiene un peor temperamento que Sybille cuando le viene el periodo.

Pese a que el viento sacude la copa de las coníferas que salpican el prado, el intenso silencio crece hasta tal punto que tengo que detenerme y mirar a mi alrededor para localizar a Morrgot. Empiezo a creer que me ha dejado abandonada en la montaña y eso hace que me ponga de peor humor todavía. ¿Y si estoy caminando hacia un precipicio? Sybille dijo que había muchos por Monteluce.

—A no ser que cuentes con más candidatas con una inmunidad al hierro y a la obsidiana a las que no les importe tener al ejército de su reino pisándole los talones, más te vale decirme si voy por buen camino —siseo.

Llevas estas montañas en la sangre, Fallon.

¿Debería corregirlo y explicarle que la genética no funciona así? Decido evitar otra pelea verbal y concentro mis limitadas reservas de energía en seguir el rastro del cuervo en la intensa oscuridad.

Dado que su voz reverbera en mi cabeza, no sé qué dirección seguir. Podría estar posado en la cima de la montaña, a cientos de metros por encima de mí. A no ser que su voz no tenga tanto alcance como su oído.

—¿Falta mucho, Morrgot?

La respuesta llega en forma de relincho, como si el cuervo le hubiese cedido la palabra a Furia.

Espero que no esté relinchando de angustia…

Todavía no estoy familiarizada con los sonidos equinos.

Pese a los moratones que me recorren el interior de los muslos, acelero el paso, impaciente por montarme en mi caballo y dejar que sea él quien se mueva. Prefiero los moratones a las ampollas. Aunque las botas de Giana son cómodas, los kilómetros que he recorrido al ir hasta el desfiladero y volver me han irritado la piel que ya de por sí tenía en carne viva. Si a Phoebus le dieron asco mis pies antes, al verlos ahora se quedaría aterrorizado.

Ojalá encontrase una corriente de agua, una que no esté encajada en el fondo de una cañada. Daría lo que fuera por un buen baño. Además, mi cantimplora está casi vacía después del apresurado paseo.

—¿Pasaremos de casualidad por algún arroyo o río de camino a Tarespagia?

Sí.

Nunca me ha alegrado tanto oír una única palabra.

—¿Está muy lejos?

Cuando veo las orejas levantadas de Furia, un suspiro escapa de mis labios. Me arrodillo y estoy a punto de lanzarle un buen puñado de hierba a la zanja cuando el temor me frena en seco.

—Esto no es venenoso, ¿no?

No.

Aliviada, dejo las ofrendas sobre las rocas húmedas que hay ante sus cascos y me subo con el cuerpo dolorido a la silla.

Mientras Furia da rápidamente buena cuenta de la comida, Morrgot dice:

Deberíamos llegar a Tarespagia por la mañana.

No veo la hora de que llegue ese momento, pero, cuando la primera luz del alba se asoma por el horizonte y me obliga a abrir los ojos, descubro que no estaba ni mínimamente preparada para lo que veo ante mí.

Capítulo 49

Hasta donde alcanza la vista, en las cimas de color ocre se han esculpido unas viviendas tan inmensas que parecen islas suspendidas en el cielo. Las nubes que envuelven los enormes pilares sobre los que se apoyan las casas no hacen sino reforzar la ilusión.

Parpadeo.

Las columnas tan lisas como el hueso y las viviendas de tres pisos no se han desvanecido.

Me froto los ojos, porque estoy segura, segurísima, de que estoy alucinando. Aunque las despojaran de toda su opulencia, las cumbres de talla artificial seguirían sin parecer reales. De serlo, habría oído hablar de ellas.

Cuando vuelvo a alzar la mirada, siguen estando ahí, recortadas contra el sol naciente, sólidas y rodeadas de un azul cada vez más luminoso.

Bebo de cada detalle con la boca tan abierta que podría atragantarme con las nubes si la sorpresa no me asfixia antes.

A diferencia de las típicas casas lucinas, estas no brillan, salvo por los cristales de las pequeñas ventanas, tan opacados por el polvo que se confunden con las fachadas de piedra. No hay tejas de cobre, detalles en oro ni gemas engastadas, pero la sutil magnificencia de estas maravillas arquitectónicas me ha dejado deslumbrada.

Ojalá estuviesen Phoebus y Sybille aquí conmigo. Me habría encantado compartir este descubrimiento con ellos.

—¿Qué es este lugar? —me descubro susurrando.

La respuesta de Morrgot sacude la superficie serena de las profundidades de mi mente, como quien lanza un ladrillo al agua en calma.

Rahnach bi'adh.

Saboreo las extrañas palabras.

—¿Y eso qué significa?

El Reino de los Cielos.

Cierro la boca con un sonoro chasquido.

¿Reino?

—¿Qué Regio lo construyó? ¿Y por qué nunca he oído hablar de él?

Se erigió mucho antes de que Costa Regio ascendiese al trono.

Recorro con la mirada cada vetusta curva y arista, deslizándola por el uniforme resplandor de los pilares. Debió de pertenecer a una de las primeras dinastías, cuando los hombres se consideraban reyes pese a comportarse como salvajes.

El viento sopla más y más fuerte a medida que subimos y sus aullidos se vuelven tan fieros que me ponen la piel de gallina.

—¿Vive alguien aquí todavía?

No.

Eso explica la acumulación de polvo y el desolado aire de la ciudad. También explica por qué no hay escaleras o lo que fuera que utilizasen para acceder a las viviendas. A lo mejor hay escaleras escondidas en los pilares. Los cascos de Furia repiquetean a medida que sube por la zanja y yo estudio las columnas en busca de alguna entrada oculta, pero no veo ninguna hendidura que revele su posición.

Echo un vistazo por encima del hombro a la pared de roca cubierta de musgo que he estado contemplando durante días sin parar. Qué alto hemos subido. La altitud explica la bajada de temperatura y el motivo por el que se me han taponado y destaponado los oídos unas cuarenta veces desde que me he despertado sobre el lomo de Furia.

Al estirar la espalda y los hombros, aparto la mirada del decrépito palacio y la poso sobre el cuervo, que, por una vez, no me está observando a mí.

—¿Saben los Regio de la existencia de este lugar?

Por supuesto que sí. ¿Por qué crees que lo han dejado enterrado bajo las nubes si no?

—¿Cómo que enterrado? ¿Quieres decir que…?

La canción del viento que se enrosca en mis cabellos y congela el sudor que me corre por la espalda ahoga mi voz.

¿Que se lo han ocultado a sus súbditos? Así es.

—¿Por qué?

Resentimiento. Miedo. Envidia.

—Creo que no te sigo —digo con expresión confundida.

Lo que no puede ser destruido u ocupado tiene que quedar oculto o minará el poder del monarca. Imagina lo que pasaría si los lucinos se enterasen de que existe un lugar en Luce al que los Regio no han logrado acceder.

—¿Y cómo se las arreglaban las personas que vivían aquí para subir?

Era un pueblo que podía volar.

Echo el cuello hacia atrás con un grito ahogado.

—¿Que volaban?

Nadie, ni los elementales que tienen afinidad con el aire, pueden siquiera levitar, así que de lo de moverse sin que sus pies toquen el suelo ya ni hablamos.

—¿Existieron personas con la capacidad de volar?

Morrgot no responde, sino que se limita a batir las alas para ascender con la vista clavada en la ciudad olvidada.

—No estás hablando de personas, ¿verdad? ¿Este era el lugar… donde vivía tu bandada?

Hablar de un «reino» suena demasiado humano para referirse a un nido.

Me gano una contundente mirada fulminante con las palabras que he decidido usar, molesto por haberse visto reducido a su naturaleza animal. Me habría reído de no ser porque me ha empapado de la nostalgia que lo embarga.

A cada minuto que pasa, siento una mayor empatía por sus sentimientos. Al igual que percibo el dolor de Minimus, ahora también noto el de Morrgot.

Otro episodio más de mi extraña afinidad con los animales…

Acaricio el cuello de Furia para tratar de leer también sus emociones, pero la mente y el corazón del caballo permanecen impenetrables, lo cual añade otro enigma más a mi relación con los animales.

Entonces caigo en la cuenta de algo. Algo que no tiene nada que ver conmigo, sino con los animales. ¿Y si la guarida de Minimus es tan espectacular como este enorme nido de piedra? ¿Y si, al igual que los cuervos, sus congéneres y él han construido un imperio submarino?

Estoy a punto de preguntarle a Morrgot si sabe algo del tema cuando se divide en dos cuervos. Me deja tan boquiabierta como cuando se lo vi hacer por primera vez. Bueno, cuando lo vi fusionarse con su compañero por primera vez.

Se me acelera el pulso, pero mis latidos quedan ahogados bajo el líquido y grave rugido del… agua.

La zanja que hemos estado recorriendo se estrecha y se hace menos profunda. Furia se detiene, resopla y patea la roca mojada.

—¿Qué está…?

Antes de que tenga oportunidad de terminar de formular la pregunta, el caballo retrocede y sale al galope a tal velocidad que tengo que pegarme a su cuello para no caerme.

¡Va a intentar saltar!

De nuevo, nos abalanzamos contra un muro, salvo que, esta vez, no hay posibilidad de girar. Furia salta y mi corazón brinca con él.

Contengo el aliento hasta que sobrepasa el obstáculo de piedra, tan alto como él, y sus cascos repiquetean en la explanada. Al igual que los pilares, el suelo es tan liso y resplandeciente como el hielo y refracta cada mota de luz solar.

—Bestia loca —le digo a Furia mientras le doy palmaditas en el cuello y lo acaricio.

Él se detiene y relincha, satisfecho.

Busco la corriente de agua que he oído mientras le doy tiempo a mi corazón para que se calme, pero no encuentro el origen del sonido. ¿Estaré tan cansada y sedienta que me lo he imaginado?

Puede que la cascada caiga al otro lado.

Chasqueo la lengua y sacudo las riendas, pero el caballo no se sumerge en las profundas sombras que acechan entre los pilares.

No sé si darle un golpecito en los flancos para que continúe, porque me da miedo que vuelva a salir al galope y salte de la muralla sin más. A diferencia de Morrgot, Furia no tiene alas y yo no soy de sangre pura, así que no soy prácticamente invencible.

—¿Debería desmontar?

Cuando nuestro alegre guía no ofrece respuesta, me giro sobre la silla y el abrupto movimiento hace que me cruja la espalda. No hay ni rastro de Morrgot Uno y Dos.

Espero que no me hayan dejado abandonada en su territorio… Tengo dos brazos y dos piernas, pero estoy muy lejos de dominar cada par lo suficiente como para escalar por unos pilares tan lisos como la superficie de un espejo.

—Morr…

La segunda sílaba de su nombre se pierde en el ensordecedor rechinar de una piedra contra otra piedra y en las escalofriantes vibraciones que trepan por cada columna.

Hasta llegar al techo y los muros que sustentan.

Hasta llegar a Furia.

Hasta llegar a mí.

Capítulo 50

Llamo a gritos a Morrgot, convencida de que los pilares se van a desmoronar y su hogar se va a derrumbar, convencida de que estoy a punto de morir aplastada bajo los escombros.

Al oírme, Morrgot Uno y Dos salen volando de la zanja como si fueran fuegos artificiales y dejan un par de estelas de humo negro a su paso. Los cuervos colisionan como un instrumento de percusión y me atrevería a jurar que la montaña entera se estremece.

—¿Q-qué está ocurriendo?

Furia ha aguzado el oído y sacude las orejas, pero, a diferencia de mí, el caballo no está sudando por cada poro de la piel. Me aferro a su crin cuando un chorro de agua sale disparado desde debajo de la explanada y litros y litros fluyen por la zanja, como si la montaña hubiese succionado todo un océano.

Tranquilízate, Fallon.

—¿¡Que me tranquilice!? —Mi voz suena estrangulada—. ¿¡Cómo coño voy a calmarme si la puñetera montaña ha temblado de abajo arriba!? ¿Qué has hecho, Morrgot?

He restaurado el equilibrio de la naturaleza y he conseguido algo más de tiempo.

Las gotitas de agua vuelan hacia arriba y brillan como el oropel ante el cielo que ya clarea.

—¿Y cómo se supone que has hecho eso?

Con el azote de nuestra cola.

Mi desconcertado cerebro tarda un poco en comprender a qué se refiere. En comprender qué es lo que ha hecho exactamente.

Debo de ponerme tan blanca como la blusa que llevo pegada a la acalorada piel, porque Morrgot añade:

Tu principito estará bien. Empapado, pero vivo. Al fin y al cabo, los fae de sangre pura no pueden morir ahogados.

—¿Y si había algún mestizo con ellos? ¡Podrían haber muerto! ¿Y los caballos? Puede que no te importen mis congéneres, pero sí que te preocupas por los animales, ¿no?

Los caballos saben nadar y no hay ningún mestizo con Dante. El

príncipe, al igual que el rey, no permite que los débiles formen parte de su regimiento.

—Porque la magia de los castizos es ilimitada. ¡No es porque los considere mejores soldados! —grito para hacerme oír por encima del estruendo de la roca y el agua.

Claro que sí.

Soy muy consciente del tono burlón que emplea conmigo. Lo fulmino con la mirada cuando pasa a mi lado y él me revuelve el pelo al sacudir las alas. El silencio empapa el aire entre nosotros, tan opresivo como la humedad.

—Si asesinas al futuro rey de Luce…

Te doy mi palabra de que tu principito saldrá ileso. ¿Con eso te quedarás más tranquila?

Tomo una temblorosa bocanada de aire tras otra mientras la zanja se llena y se llena de agua tan transparente como la corriente de aire que circula hacia abajo.

—¿Y qué hay de los humanos que viven en la Rax?

¿Qué pasa con ellos?

—El agua inundará el bosque.

El agua sabe qué camino seguir para llegar al océano.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

Lanzo una mano al aire, pero me doy cuenta de que no es la mejor idea que suelte a Furia, así que cierro el puño en torno a una buena mata de su negra crin.

Significa que la tierra no se inundará.

—¿Y qué hay del musgo tóxico? ¿Qué pasará si lo arrastra la corriente? ¿Envenenará a las serpientes? ¿Los cultivos? ¿Los pozos?

La sal neutraliza la toxina. En cuanto la corriente llegue a la costa, el musgo que lleve consigo será tan tóxico como las hojas de menta.

Mi rabia se retira como la marea.

—¿Así que el niño que se envenenó podría haberse salvado con un poco de sal?

El pecho de Morrgot se agita bajo sus plumas de color negro azulado.

Así es.

Permanezco en silencio mientras la tierra continúa sacudiéndose como un niño enrabietado. Cuando los temblores bajo los cascos de Furia disminuyen y el aluvión de agua queda reducido a una rápida corriente, paso una pierna por los cuartos traseros de mi montura y bajo de un salto.

Aterrizo con muy poca elegancia y me alegro de que no haya nadie

para ser testigo de ello. Podría haber sido peor, claro está. Podría haber caído en plancha y haberme desangrado sobre la piedra.

Apoyo una mano contra la silla para estabilizarme mientras las agujetas me sacuden los muslos e intento ponerme recta. Espero a que el dolor desaparezca, pero solo consigo que se mitigue un poco. Me parece que me va a tocar vivir con él por el momento.

Alejo la mano de Furia con miedo para buscar la cantimplora. Me termino el agua que me quedaba y me encamino hacia el punto de origen de la corriente. Ya que estoy, voy a aprovecharme del juego sucio de Morrgot.

Vuela ante mí para cortarme el paso.

No puedes beber de esta agua. No hasta que encuentre una solución para eliminar el musgo de las rocas.

—Claro. No hay sal. —Dejo la corriente prohibida a mi espalda y languidezco. Trago saliva antes de preguntar—: ¿Plantasteis vosotros el musgo para mantener lejos a los intrusos?

Él resopla.

¿Y envenenar a mi propio pueblo?

¿Su pueblo? Antoni comentó que los habitantes de las montañas habían domesticado a los cuervos, pero Morrgot habla como si hubiese sido al revés.

—Supongo que envenenar a tus acólitos humanos y a sus pájaros mascota no sería muy inteligente.

¿Pájaros mascota?, escupe en mi mente.

—Discúlpame. No debería haber utilizado la palabra «mascota».

Nota mental: hablar de sus cuervos como si fueran su pueblo.

Estudio la superficie lisa del techo que se cierne a tres pisos de altura de nosotros mientras me mordisqueo el labio.

—¿El musgo se plantó de forma artificial o empezó a crecer por sí solo?

Costa Regio lo plantó con la esperanza de que acabase con los mestizos. Lo único que consiguió fue envenenar a los habitantes de Racocci.

Mi mirada horrorizada vuela hasta Morrgot.

Miles murieron antes de que consiguiésemos erigir la presa y obligar a ese desgraciado a que nos revelara cuál era el antídoto. Aun así…, aun así todavía se considera una de sus maniobras más brillantes. Baja la voz y añade: ***Fue lo que desató la Magnabellum.***

Abro tanto los ojos que las pestañas me rozan las cejas.

—¿Estuviste…, estuviste allí?

No entiendo por qué me sigo sorprendiendo cuando descubro cualquier cosa sobre Morrgot, pero, de igual manera…

Sí, así es.

Repito sus palabras en la cabeza y me pregunto si me habrá dicho la verdad o si me habrá contado una historia lacrimógena.

—La Magnabellum fue una guerra que se libró entre Shabbe y Luce.

No. Fue un enfrentamiento entre cuervos y fae. Las shabbíes eran nuestras aliadas.

—Pero eso no es lo que pone en los libros de historia.

Porque quien escribe los libros de historia es el bando vencedor, Fallon. Habla con tal brusquedad que me vibra el cráneo. ***Que Costa les echase la culpa indignó a los humanos, quienes, hasta ese momento, habían sido leales a los cuervos. Tu padre sugirió que acabase con esa veleidosa criatura, pero yo me negué, porque Costa contaba con el respaldo de Nebba y Glace y temía que viniesen a ayudarlo con su golpe maestro.*** Su voz se apaga, pero no se sume en un silencio tranquilo, sino tempestuoso. ***De haber hecho caso a Cathal cuando me dijo que Costa había descubierto que nuestro punto débil era la obsidiana, Luce seguiría siendo nuestro.***

—¿Cómo se enteró?

Se lo contó Meriam, la amante shabbí de Costa. La mujer a la que luego sacrificó para erigir los hechizos de contención en torno al reino.

¿El gran rey feérico, el mismo que detestaba Shabbe, tuvo una aventura con una shabbí?

En un abrir y cerrar de alas, Morrgot ha conseguido tirar abajo todo cuanto sabía acerca de los albores del reino.

Un reino de pájaros… Qué locura.

Una vez que Marco y mi abuelo descubran mi creciente contacto aviar… Me estremezco al imaginar a Justus escalando por el otro lado de la montaña para venir a por mí con el filo acerado de su espada recubierta de joyas.

—Mi abuelo me va a matar —pienso en voz alta.

Los muertos no pueden matar.

Se me hiela la sangre de cintura para arriba.

—Mi abuelo… está… ¿Lo…, lo has matado?

¿Por eso se marchó en mitad de la noche? No sé si la sensación que me invade es de alivio o de conmoción.

Todavía no, pero ten por seguro, Fallon, que me encargaré de todo aquel que tenga el más mínimo deseo de hacerte daño.

Miro sorprendida al cuervo, que agita las alas negras con la languidez de una mariposa empachada de néctar. Ahora conozco a Morrgot lo suficiente como para saber que la calma con la que habla no es más que una ilusión y que, en realidad, «encargarse de alguien»

es un eufemismo para decir que lo matará.

—Supongo que debería darte las gracias por comprometerte a ser mi protector, pero te agradecería que no asesinases a nadie a la ligera, y menos en mi nombre. Y te lo digo porque, una vez que nos separemos, esas muertes recaerán sobre mí. —Dante perdonaría a una traidora, pero tiene demasiada integridad como para hacer lo mismo con una asesina—. Una cosa es tener las manos llenas de plumas y otra muy distinta tenerlas manchadas de sangre.

El cuervo deja de batir las alas, pero se queda suspendido en el aire, volando a la deriva, como las nubes que rodean la montaña. La calma que sigue es mucho más cruda que el clamor previo.

El calor pronto se hará abrasador y el arroyo que te prometí encontrar por el camino todavía está lejos. Deberíamos partir.

—¿No me enseñas tu ciudad?

¿Para que vuelvas junto a tu principito y le cuentes todos nuestros secretos? Me temo que no. Además, no tienes alas.

—Pero tengo dos piernas que funcionan perfectamente.

Bueno, más o menos.

Solo se puede acceder a la ciudad volando.

Morrgot ya se va planeando en una brisa con olores tropicales: arena caliente, palmeras mojadas y frutas dulces.

—Entonces, ¿cómo subíais a vuestros acólitos humanos hasta allí?

Recorro el techo con la mirada en busca de una trampilla antes de perseguir la sombra del cuervo entre el azul bañado en oro y los verdes exuberantes del paisaje.

Creía que lo que hay en el lado este era impresionante, pero las vistas del oeste, más allá de las nubes… Nunca había presenciado nada igual. El esmeralda está tallado en forma de grandes hojas de palma en vez de en hojitas más pequeñas; el color aguamarina se transforma en espuma contra los montículos de arena, tan pálida que parece azúcar, y los tonos más intensos —el magenta, el naranja de las mandarinas y el amarillo del sol— luchan por imponerse sobre los demás.

Tarespagia brilla gracias a su lacado de intensa luz solar y se mece en el aire tibio.

Un hocico aterciopelado me da un empujoncito en el hombro y me saca de mi ensimismamiento. Acaricio a Furia y él se apoya contra mi mano.

—Es preciosa, ¿verdad? —pregunto con un suspiro.

El caballo agita los ollares. Me lo tomaré como que coincide conmigo.

Cuando quieras, Fallon.

—Me alegro de que no seas tan temperamental como él, Furia. No creo que hubiese podido soportar viajar con dos compañeros gruñones.

Deslizo la mano desde un lado de su hocico hasta la cumbre de su cruz, apoyo un pie sobre el estribo y me impulso para subir al lomo. Me cruje todo el cuerpo como el casco de un barco ante un mar embravecido, lo cual me arranca un profundo quejido de los labios.

Me alegro de que vayamos camino de un arroyo, pero mataría por un colchón de plumas.

—Oye, Morrgot, has dicho que haría calor.

Furia se embarca en un alegre trote que me sacude los huesos de las nalgas.

—¿Podríamos parar un rato en alguna zona de sombra para echar una cabezadita? O, mejor aún, ¿y si paramos en una posada y descansamos en una habitación como los Dioses mandan?

Sí, descansaremos pronto.

—¿En una posada?

Rezo para que diga que sí, pero rezar para que Morrgot haga o diga algo es tan inútil como esperar que un duende devuelva una moneda de cobre robada.

Como mi optimismo no conoce límites, decido interpretar su silencio como un «tal vez». Luego, mientras mi cuerpo se mece como el bosque tropical cada vez más denso, empiezo a soñar con una posada y casi puedo oler el aroma del aceite que chisporrotea bajo unos huevos y saborear los panecillos dulces tostados al horno.

Por favor, que no sea otro producto de mi hambrienta imaginación.

Aunque el aroma del pan y los huevos no se va, concluyo que está todo en mi cabeza cuando recorremos los exuberantes bosques cubiertos de niebla sin encontrar una sola alma o vivienda en kilómetros. A diferencia de en el paisaje del este, aquí la cubierta de nubes no mitiga el calor, tan asfixiante como un paño empapado contra la boca y los labios.

Al verme empapada de sudor y humedad, mi estado de ánimo comienza a flaquear.

—Dijiste que alcanzaríamos el arroyo por la mañana y ya hace rato que es de día.

Dije que llegaríamos a Tarespagia por la mañana.

—¿Y qué hay del arroyo?

Descansa un poco, Fallon. Ya casi estamos.

—¿Dónde quieres que descanse?

Ahí mismo, sobre Furia.

Allá van las posadas y camas de mis sueños. Aunque Morrgot me

trae más bayas, estas apenas me sacian, pero no me quejo. Ya no me queda energía para hacerlo y no tardo en quedarme dormida. Cuando despierto…

Tengo la sensación de seguir soñando.

Capítulo 51

Oigo el rumor del agua.

Noto la humedad en la nariz.

Y también veo luz, gloriosa e intensa luz.

Morrgot ha cumplido con su palabra.

No es que dudara de él, pero… No, no me fiaba en absoluto.

Ha estado tan callado desde que dejamos atrás su ciudad abandonada en el cielo que pensaba que intentaría robarme parte de mi buen humor para que estuviésemos en igualdad de condiciones.

El arroyo que me prometió es mucho más que una corriente de agua. Es un oasis con cascada y todo. Aunque no hay arena blanca alrededor de la masa de agua, tan cristalina como un diamante, nunca había visto un lugar tan idílico en toda mi vida. Unas palmeras gigantes y unas enormes rocas envuelven en sombras las rocas más pequeñas y redondeadas que rodean el estanque poco profundo, resplandeciente bajo el intenso sol.

No espero a que Furia se detenga para desmontar. Me bajo de la silla con un balanceo, camino dando tumbos hasta el oasis y me dejo caer de rodillas, como si estuviese ante un altar y yo fuese una persona devota. Ahueco las manos y cojo un poco de agua para mojarme la cara y beber hasta que dejo de oír cómo cada gota cae en mi estómago vacío. Hasta que los pinchazos de hambre se mitigan y se me despeja la mente.

Una vez saciada, me pongo en pie, me deshago del morral y las botas, me adentro en el estanque sin desvestirme y sumerjo todo el cuerpo. Todavía en cuclillas, me abro las tiras de la camisa, me la saco por la cabeza y la froto entre mis manos doloridas. Después de dejarla sobre una roca caliente para que se seque, tiro del tenso nudo de la tela que me rodea los pechos. Al soltarla, mi caja torácica se expande como un paraguas y mis huesos reconquistan el espacio que se les había robado.

Me preocupa no ser capaz de colocarlo todo en su sitio de nuevo, pero, en realidad, si me tuve que someter a semejante tortura fue solo para parecer un hombre durante mi breve viaje por la Rax. Hasta que

no regresemos a la civilización, no tengo por qué preocuparme de engañar a nadie.

Morrgot me observa desde la roca más alta, donde monta guardia como un centinela feérico.

La alegría que me embarga brota de mi interior y me dibuja una sonrisa en los labios que se convierte en un suspiro satisfecho cuando la tela cae al estanque.

—Me siento tan feliz ahora mismo que te daría un beso.

Morrgot gira la cabeza, como si la idea le resultase tan ridícula que ni siquiera fuese capaz de mirarme.

Su repulsa solo hace que quiera seguir molestándolo. Y más cuando no tengo a nadie más con quien hablar.

—¿Alguna vez has tenido alguna novia cuervo?

Vuelve a posar la mirada en mí.

He tenido muchas amigas.

—¿Por tu posición o porque, pese a esa fachada de gruñón, en el fondo eres encantador?

Permanece en silencio durante tanto tiempo que me da la sensación de haberlo dejado desconcertado o indignado.

¿De qué le sirve a un rey ser encantador?

No sé si reírme o poner mala cara. ¿Habla en serio?

—Supongo que tienes razón, aunque me da pena por ti.

¿Por qué?

Lo contemplo durante un momento antes de pescar el compresor de pecho, dejarlo secar junto a la camisa y quitarme las medias, los pantalones y la ropa interior.

—Por el tipo de amistades que trae consigo el poder. No siempre son personas sinceras o leales.

Después de usar las rocas a modo de tabla de lavar, dejo los pantalones y la ropa interior extendidos y vuelvo a ponerme en cuclillas para frotarme la piel y el cabello hasta que he borrado todo rastro de sudor, suciedad y sangre seca.

Me retuerzo el pelo, giro la cabeza y poso la mirada en Morrgot, cuyos ojos, para variar, están clavados en mí. Empiezo a pensar que tiene miedo de que intente salir corriendo y dejarlo tirado sin haber encontrado los tres cuervos restantes.

Y hablando de ellos…

—¿Sabes si la obsidiana puede romperse?

¿Por qué lo preguntas?

—Por el cuenco que Marco mandó crear con uno de tus cuervos. Me preguntaba cómo liberarlo. Estaba pensando en dejarlo caer al suelo cuando me lleven a la sala de trofeos el día que me detengan y

me arrastren a las mazmorras, ya sabes. —Inclino la cabeza—. Justo antes de que Dante me salve y me convierta en su reina.

Morrgot estudia a Furia, que disfruta de una hoja de palma.

—¿Cómo piensas destronar a Marco exactamente?

¿Cómo se le suele arrebatar el poder a un rey, Fallon?

Enderezo la cabeza de golpe.

—¿Vas a matarlo?

Es lo que se merece después de lo que nos hizo a mi pueblo y a mí, pero Priya me ha pedido que se lo lleve para encargarse de él como ella crea conveniente.

—¿Priya?

Las gotas de agua se deslizan por mis brazos y entre mis pechos y recorren mi vientre consumido. Cuando mi estómago deja escapar un gruñido grave y corto, me doy unas palmaditas y recorro los árboles con la mirada en busca de algo para comer.

La reina de Shabbe.

—¿Eres amigo de…? ¿La conoces? —Estoy impresionada y perpleja a partes iguales—. He oído que acostumbra a desmembrar a los hombres y que empieza siempre por sus partes más íntimas. —Imagino a Marco a su merced, pero es una idea tan desagradable que me obligo a desterrarla—. He oído que las playas de Shabbe son rosas por toda la sangre que han derramado sobre ellas.

Impresionante.

—¿El qué? ¿Sus métodos de tortura o su habilidad para arrebatar una vida sin el más mínimo remordimiento?

Ni lo uno ni lo otro. Me sorprende cómo los fae han convertido a las shabbíes en unas auténticas criaturas de pesadilla.

—¿Quieres decir que son todo habladurías?

No todo. Las shabbíes son implacables, un pueblo de armas tomar, pero también son inteligentes y justas.

—Si tan listas son, entonces, ¿por qué dejan que el mundo piense que son unos monstruos?

¿Qué otra opción les queda? Llevan más de cinco siglos encerradas en su propia isla y las pocas almas lo suficientemente valientes o estúpidas que se atreven a cruzar las barreras mágicas se quedan atrapadas dentro con ellas.

—He oído que convierten a esas personas en esclavos.

Pues has oído mal.

—¿Cómo lo sabes? —le espeto.

¿Por qué te pones a la defensiva?

Me clavo los antebrazos contra el abdomen alborotado, aunque ya no es por la falta de comida.

—Porque estás insinuando que llevo toda la vida creyéndome una mentira tras otra.

No es culpa tuya, Fallon. No tenías forma de descubrir la verdad.

Su respuesta calma la frustración que hierve en mi interior hasta que me doy cuenta de que me estoy tragando sus palabras igual que me tragaba las de mis profesores, así como los rumores que volaban por Lecho de Paja, acompañados de litros de vino feérico.

—¿Y cómo sé que no eres tú quien me está mintiendo?

Supongo que no puedes saberlo. Tendrás que visitar Shabbe tú misma para decidir qué es cierto y qué no.

—Madre mía, eres bueno —resoplo—. Eres muy muy bueno. La cuestión es que no soy la chica tonta que crees que soy, Morrgot. No pienso hacer un viaje sin retorno a esa isla, que, según tú, es preciosa y justa. —Levanto el mentón—. Si intentas arrastrarme hasta allí, atravesaré hasta el último de tus cuervos con una estaca y los tiraré a todos a la Filiaserpens para que se pudran allí para toda la eternidad.

El dorado en los ojos de Morrgot se agita.

Una vez que esté completo, te deberé la vida, Behach Éan. No te haré ningún daño.

Y dale con los nombrecitos…

Si me está poniendo motes, más le vale compartir conmigo lo que significan para que yo pueda hacer lo mismo con él.

—¿Qué quiere decir Beiockin?

¿Te gustan los cocos?

—¿Significa eso?

Un claro resoplido de risa resuena en mi cabeza cuando el cuervo vuela hasta una palmera y agarra algo. Algo que se desplaza por el aire a toda velocidad e impacta con un sonoro golpe sordo contra una roca. Un líquido blanquecino brota de la cáscara rota y empapa la piedra grisácea donde los dos pedazos del coco partido por la mitad se balancean a punto de caer.

Una vez que me he recuperado de la sorpresa, nado hasta la roca manchada de agua de coco, me hago con uno de los pedazos de cáscara marrón y peluda y me lo llevo a los labios. El néctar me cubre la garganta y la lengua y, pese a que intento no desperdiciar ni una sola gota, bebo con semejante avidez que el líquido cae por mi barbilla, corre por mi clavícula y se me acumula entre los pechos.

Otro coco se parte contra una roca y a ese lo sigue otro más.

Morrgot me está regalando un verdadero festín. Lo más seguro es que lo haga para que me calle, pero estoy demasiado hambrienta como para que me importe.

Intento utilizar las uñas para sacar la cremosa pulpa que recubre el

interior de la cáscara, pero no consigo nada porque las llevo demasiado cortas. Después recurro a los dientes, pero casi me parto una muela. Estoy a punto de pedirle a Morrgot que me consiga alguna especie de utensilio que pueda utilizar para sacar la carne del coco, cuando lo encuentro posado ante mí, con un pedazo blanco colgando del pico.

Esperaba que se lo comiese de un bocado, pero estira el cuello para ofrecérmelo.

—Gracias —digo despacio al aceptarlo.

Cúoco. ***Así es como se dice «coco» en córvido,*** explica mientras mastico.

—*Cuocko.* —pruebo a decir una vez que he tragado.

Morrgot pela otro trozo y yo lo cojo con cuidado de no tocarle el afilado pico de hierro.

—¿Y cómo llamáis a esas bayas tan deliciosas que me trajiste antes?

Beinnfrhal.

—Benfrol.

Literalmente, significa fruto de la montaña.

—¿Y qué hay de Beiockin? ¿Eso qué quiere decir? ¿Persona molesta?

Aunque no puede esbozar una sonrisa, siento que está sonriendo cuando pregunta:

¿Cómo lo has adivinado?

Finjo fulminarlo con la mirada. Estoy segura de que no significa algo bueno, pero dudo que haya acertado.

—Eres un imbécil. —La risita que resuena entre mis sienes hace que abra los ojos, estupefacta—. ¿Te acabas de… reír, Morrgot?

¿Cómo iba un imbécil sin encanto como yo a reírse? Debes de estar oyendo voces.

Lo miro durante un buen rato. No solo se ha reído, sino que encima ahora me está tomando el pelo. Meto una mano en el estanque y, veloz como el aleteo de un colibrí, le salpico con una buena cantidad de agua.

Me doy cuenta, encantada, de que le corre por las plumas y le gotea desde el pico metálico porque yo, Fallon Rossi, una mestiza del montón, he conseguido pillar a un cuervo mágico y letal desprevenido.

—Ya no te cacareas tanto, ¿eh?

Él extiende las alas y las sacude hasta que quedan tan secas como la zanja antes de que desencadenase la riada.

¿Que no me cacareo? ¿Es esa una nueva expresión que tu pueblo ha adoptado en mi ausencia?

—No, pero debería. —Me recuesto y floto en el agua como una estrella de mar—. Es una palabra magnífica. A Phoebus le encantaría y a Sybille también, pero estoy segura de que ella le pondría pegas. —Dioses, cómo echo de menos a esos dos. Cierro los ojos y recuerdo su rostro para tenerlos, aunque sea en parte, aquí conmigo—. Pero volvamos al tema de lo de Beiockin. ¿Qué significa?

No negaré que soy un poco cabezota.

Cuando pasa un buen rato sin responder, abro un ojo. Morrgot ya no está posado sobre la roca. Echo un rápido vistazo alrededor de mi oasis, pero no me sirve de nada.

Se ha ido. O se ha escondido.

Aunque Morrgot no parece ser de los que se esconde, así que imagino que ha ido a hacer cosas de cuervo. A lo mejor está persiguiendo a algún pobre roedor para luego comérselo. Furia al menos sigue aquí. Ver al caballo me resulta extrañamente tranquilizador, como si su presencia demostrase que Morrgot no me ha abandonado en la espesura de Monteluce sin un escolta.

Salgo del agua y me tiendo sobre una roca.

Este lugar no es casi divino. Es del todo divino.

Si el supramundo existe, rezo para que sea como este sitio y esté conformado por una serie de oasis privados con agua dulce, cielos de intensos colores y rocas cálidas.

Aunque… ¿me dejarán entrar en el reino reservado para los fae de buen corazón después de haber ayudado a un cuervo o caeré derechita al inframundo?

Decido que no tiene ningún sentido que me preocupe por mi destino en este momento, así que cierro los ojos y me quedo dormida.

Capítulo 52

Me despierto con un incesante zumbido. Aunque nunca le he deseado ningún mal a una criatura, el insecto que me ha arrancado de las garras del sueño me está sacando de quicio. Al parpadear para que el mundo recupere la nitidez, descubro para mi gran sorpresa que estoy cubierta de hojas de palma.

¿Habrá pasado un vendaval por Monteluce mientras dormía? Me apoyo sobre los codos y las hojas se deslizan sin hacer ningún ruido por mi cuerpo cálido y descansado antes de caer hasta el estanque de aguas transparentes. Para haber sido cosa de un vendaval, resulta curioso que estén todas en un mismo lugar. Sobre mi cuerpo. No, alguien ha debido de ponerlas ahí. Aunque una persona que te protege del sol no debería inspirar ninguna desconfianza, se me acelera el pulso mientras recorro mi oasis privado con los ojos entrecerrados. Las únicas criaturas que veo, aparte de las hordas de insectos que zumban a mi alrededor, son mi caballo y mi cuervo.

Bueno, no es *mi* cuervo.

Es el cuervo al que estoy ayudando.

El cuervo que ahora mismo tiene los ojos cerrados. Mientras me pregunto si será él quien me ha cubierto de hojas, me veo arrastrada a un mundo desprovisto de luz, salvo por la que ofrecen un puñado de estrellas y una fogata lejana.

Estoy sobre una loma, a unos pasos de distancia de una mujer vestida con sedas rojas y un hombre ataviado con prendas negras de pies a cabeza. Ninguno de los dos me ve, puesto que están demasiado ocupados observando a la gente que hay reunida en torno a la fogata, así que me permito estudiarlos sin reparo.

La mujer tiene una melena que le llega a la altura de la estrecha cintura y sus apretados rizos se mecen con una brisa que yo no siento; la misma que agita la capa del hombre, así como los cabellos negros que se le rizan alrededor de las orejas curvas.

—Mi padre quiere que nos casemos.

La mujer se gira y puedo echarle un buen vistazo a su perfil. Nariz recta, ojos claros, piel tan oscura como su pelo y unos labios tan llenos

que me recuerdan a los cojines de seda de la barca de Ptolemy Timeus.

—Lo sé.

El hombre mira a la mujer y veo la mancha de maquillaje negro difuminado que le enmarca la mirada. Me recuerda a mi padre. Supongo que el hombre es otro seguidor de los cuervos.

—No tienes de qué preocuparte. No nos vamos a casar, Lore.

Lore. Me quedo sin aliento. Este es el dueño de los quintillizos alados. El amo de los cuervos. Es un concepto de lo más curioso teniendo en cuenta que Morrgot se considera el rey. A lo mejor este es el rebelde *humano* que dirige a los simpatizantes de los cuervos, mientras que Morrgot reina sobre los animales del clan.

—Qué poca delicadeza la tuya.

Caigo en la cuenta de que Lore suena muy parecido a Morrgot, pero quienes pasan mucho tiempo juntos suelen acabar actuando y hablando de forma similar.

La mujer deja escapar una risa despreocupada y melodiosa.

—Resérvate el numerito para quienes no te conozcan.

Lore esboza una sonrisa, una curva tan sutil que habría pasado desapercibida de no ser por el fulgor de sus dientes.

—Cian es mi compañero —añade ella.

—Lo sé. No ha dejado de hablar de ello desde que entraste en su mente. —Ambos se giran hacia la fogata—. ¿Tu padre se ha enterado ya?

—Mi padre no se enteraría ni gritándoselo al oído. Quiere que tú y yo nos casemos. Los matrimonios son un recurso más en la lucha de poder; no tienen nada que ver con el amor. —Tras una pausa, añade —: Quiere tu reino, Lore. Yo que tú no confiaría en él.

—Nunca confío en nadie, Bronwen, y tú lo sabes bien.

Me cubro la boca con la mano.

—Pero en mí sí que confías, ¿verdad? —dice ella.

¿Es esta la misma mujer que la adivina ciega que predijo mi futuro?

—Todavía no me has dado razones para no hacerlo.

Me acerco a ellos para estudiar las facciones de Bronwen con atención. La mujer en la cima de la loma es hermosa. Tiene la piel tan sedosa como el chocolate fundido y, aunque tiene los ojos claros, todavía hay color en ellos. Desde donde me encuentro, no sabría decir de qué tonalidad son exactamente, pero no son blancos.

—¿Qué te ha pasado? —susurro.

Aunque ella no reacciona, Lore se gira al oírme. Me mira desde arriba y lleva los ojos tan embadurnados de maquillaje negro que sus resplandecientes iris destacan como un par de monedas.

—¿Fallon?

Me quedo de piedra.

Sabe mi nombre. ¡Lore sabe mi nombre!

—¡Bronwen! —grito para llamar la atención de la mujer y pedirle que me explique por qué se hizo pasar por una anciana ciega y desfigurada.

Ella también se gira, pero no hacia mí. Contempla el valle y la fogata, cuyas chispas vuelan hacia el cielo nocturno. Y entonces tanto ella como Lore desaparecen. Al igual que la loma y las abundantes sombras.

Estoy sentada en la roca y miro asombrada a Morrgot.

—Por todas las criaturas del inframundo, ¿qué ha sido eso?

El cuervo se limita a devolverme la mirada ahora que, obviamente, vuelve a estar despierto después de mostrarme una visión de Bronwen y Lore.

—¿Qué le pasó a Bronwen en la cara?

Morrgot me mira sin pestañear. Aunque estoy tentada de meterme los meñiques en las orejas para descartar que el agua del estanque me haya taponado los oídos y me haya impedido escuchar su respuesta, sé que sería una pérdida de tiempo, porque Morrgot no habla en voz alta.

—Era toda una belleza. ¿Qué le pasó? ¿Y quién era el hombre del que hablabais? Además de su compañero, claro. Espera. ¿Con «compañero» queréis decir «esposo»? —Silencio—. ¿Por qué me miras como si hubiese perdido el juicio? ¿No has…? —Miro a nuestro alrededor mientras me cubro el pecho desnudo con las hojas de palma al sentirme repentinamente expuesta—. ¿No me has mostrado tú la visión?

Una ramita se rompe y me da un vuelco el corazón. Cuando veo a Furia paseando por la zona, mis latidos retoman su ritmo habitual.

Tenemos que ponernos en marcha.

El cielo ha adoptado unos colores más intensos y oscuros mientras dormía. Ahora está surcado por sedosos tonos dorados y naranjas, el mismo color del fuego que crepitaba en la visión de Bronwen y Lore.

Con un suspiro, recojo mis ropas y me las pongo a regañadientes. Aunque no huelen mejor que antes, al menos parecen más limpias. Echo mucho de menos el olor y la sensación del jabón contra la piel. Puede que, cuando lleguemos a Tarespagia, tenga la oportunidad de darme un baño en condiciones.

—Bueno, ¿qué le ocurrió a Bronwen? ¿Y a ese tal Kian? —pregunto mientras guardo la tela compresora en el morral, sin que me importe mucho que se acabe saliendo por el agujero como el resto de mis pertenencias.

No me corresponde a mí contarte esa historia, Fallon.

—Bueno, pero es que ella no está aquí para contármela —replico con un gruñido de frustración.

Morrgot vuela a mi alrededor.

Me aparto el mechón de pelo que se me ha pegado a la mejilla de un soplido.

—Bronwen lo sabe todo de mí, así que lo justo es que yo también lo sepa todo de ella.

El cuervo continúa en silencio.

—No me montaré en Furia hasta que…

Cian es el hermano de Cathal.

Me deja tan estupefacta al darme una respuesta que tardo un buen rato en asimilar el minúsculo detalle que me ha revelado.

—Entonces eso la convierte en… Ay, Dioses míos, ¿Bronwen es mi tía? —grito tan alto que asusto a dos pájaros de plumaje escarlata.

Con el enorme y terrorífico cuervo que tengo al lado comportándose como si fuera el rey del gallinero, me sorprende que no hayan huido antes. Supongo que Morrgot no acostumbra a atacar a los de su propia clase.

Te he dado una respuesta. Monta en el caballo, por favor.

No me muevo, pero es porque no soy capaz. Sigo intentando asimilar que tenga un familiar del que nunca he oído hablar. Aunque las mujeres aseguran que somos capaces de hacer dos cosas a la vez, creo que esa habilidad se saltó una generación conmigo, al igual que los poderes feéricos. Cada vez estoy más segura de que me han tocado los peores genes. Puede que la relación de mi padre con los cuervos haya neutralizado todo lo bueno.

Furia patea la hierba y resopla.

—Ya voy, ya voy.

Me pongo las botas, me cruzo el morral al pecho y luego me agarro a las riendas y me subo a la silla de montar con facilidad. Furia ha debido de notar que ya empiezo a pillarle el tranquillo, así que echa a andar antes de que me haya sentado.

Llegaremos a Selvati al amanecer y pasaremos allí el día antes de partir hacia Tarespagia.

Selvati es el equivalente a Racocci al otro lado de Monteluce salvo porque tiene el cuádruple de población, pobreza y suciedad. He oído que la mayoría de los humanos viven en la más absoluta miseria y se dedican a timar a los incautos tarespagianos para sobrevivir.

—¿Dónde pasaremos el día exactamente?

Rezo para que no sugiera dormir bajo una plancha de metal oxidado.

En casa de un amigo.

Estoy a punto de comentar que me sorprende que tenga amigos, pero decido preguntar algo más amable.

—¿Con paredes, techo y cama?

Casi añado una bañera a la lista, pero no quiero parecer exigente o melindrosa. Me resulta curioso pensar así, porque, en realidad, no me importa en absoluto lo que Morrgot piense de mí.

Con paredes, techo y cama.

Tomo una profunda bocanada del aire del atardecer y el nudo que notaba en el pecho comienza a aflojarse.

—Ahora sí que tengo ganas de explorar Selvati.

Pues no dejes que ese entusiasmo se lleve consigo tus agallas cuando se esfume. Los humanos han pasado tantos siglos oprimidos bajo el yugo de los Regio que se han vuelto mezquinos.

La presión que sentía en el pecho regresa multiplicada por diez, como si me hubiese vuelto a envolver los pechos, pero esta vez le hubiese dado dos vueltas a la tela antes de atarla.

—Entonces, ¿por qué vamos a pasar el día con ellos?

Porque es más fácil pasar desapercibido cuando está oscuro que cuando hay luz.

—¿Todavía nos siguen el rastro Dante y sus hombres?

No. Nos han adelantado.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

Se subieron a un barco esta mañana y llegarán a Tarespagia cuando caiga la noche.

—¿Y cómo te has enterado?

Pillé a unos cuantos duendes hablando del tema mientras dormías.

Me quedo blanca porque, cuando dice que los pilló, debe significar que…

—¿Siguen con vida?

Morrgot gira al llegar a un árbol de corteza parda y enormes ramas salpicadas de hojas verdes de aspecto correoso, apenas más grandes que la mano de un niño.

—¿Los mataste?

No tenía otra opción, dice por fin.

—¡Siempre hay otras opciones!

¿Preferirías que hubiese dejado que escapasen volando para que les contaran a los demás dónde estás y con quién viajas? ¿Sabes lo que haría Marco entonces? Enviaría a todo su ejército a por ti y no para apresarte, sino para matarte.

—Dante no permitiría que me matasen. Y, en cuanto a los duendes,

podrías haber… —Lanzo las manos al aire—. Yo qué sé. Podrías haberlos atado a un árbol hasta que liberemos a los otros cuervos.

Dante no tiene ningún poder de decisión. Y, de haber atado a esos duendes a un árbol, los gatos monteses que viven a este lado de la montaña se los habrían comido antes de que se hiciera de noche.

La sangre que ya empezaba a colorearme las mejillas vuelve a abandonar mi rostro.

—¿Gatos monteses?

O los propios selvatinos.

La bilis me sube por la garganta al mirar en todas direcciones, en busca de cualquier animal o humano sediento de sangre.

—¿Los selvatinos son caníbales? —susurro temerosa de levantar más la voz y conducirlos hasta el aperitivo que va directo hacia ellos.

No todos.

Eso no me ayuda en absoluto.

—He dormido lo suficiente como para aguantar una semana entera despierta. No nos hace falta remolonear en Selvati. Me haré con una capa con capucha y…

No tienes de qué preocuparte, Fallon.

—Me acabas de decir que a los selvatinos les gusta comer gente. ¡Yo no quiero que me coman! No sé tú, pero mis brazos y piernas no se regene…

Con un relincho febril, Furia retrocede y se encabrita, de manera que consigue que me escurra y que, del zarandeo, se me muevan las entrañas hasta chocar con mi columna. Aprieto los muslos contra la silla y me agarro a la crin del caballo.

Cuando los cascos delanteros de Furia vuelven a tocar la tierra de la jungla, veo a una mujer con tatuajes hechos con tinta marrón hasta en las pestañas.

Me muestra sus dientes ennegrecidos en una sonrisa de oreja a oreja.

—Es ella.

Capítulo 53

La mujer se balancea como el péndulo de un reloj gracias a la liana que tiene enrollada alrededor del antebrazo y el tobillo, y sus largas rastas bailan al ritmo de su ágil y musculoso cuerpo. Una pechera compuesta de cadenas superpuestas que lleva atada al cuello y a la cintura se sacude contra su torso decorado con henna.

—¿Ella?

Recorro el espeso follaje con la mirada en busca de Morrgot, pero solo veo decenas y decenas de hombres y mujeres agazapados entre las ramas, ataviados con cadenas y tatuados de pies a cabeza, igual que la mujer de dientes negros que tengo frente a mí.

—La chica que habla con los animales —continúa la mujer.

Furia se sacude y cambia el peso de una pata a otra.

—Tienes a todo el reino hablando de ti —añade un niño desgarbado al que se le marcan más las costillas bajo el torso decorado que a mí al llevar un vestido encorsetado.

—No deberíais creeros todos los rumores que oigáis —digo tragando saliva.

—Entonces, ¿hablabas con otra persona hace un momento? —pregunta otra de las personas abrazadas a los árboles. A juzgar por la nariz y la barbilla puntiagudas, además de la delicadeza de sus pómulos, juraría que es una mujer, pero su pecho desnudo es el de un hombre.

—Em… No. Hablaba con mi caballo. —Me sudan tanto las manos que empapo las riendas de cuero—. Pero él nunca me contesta ni nada. —Me encojo de hombros—. Son manías que una desarrolla después de estar mucho tiempo sola. En fin, eh…, debería retomar la marcha.

Varias personas se ríen entre dientes y me doy cuenta, con creciente congoja, de que todos tienen la dentadura negra y plumas sobresaliendo desde detrás de los hombros. Aunque tengo la esperanza de que sean accesorios con los que se decoran las rastas, enseguida se esfuma cuando una de las mujeres saca una larga flecha con una afiladísima punta de marfil para colocarla en un arco.

—Morrgot —lo llamo en apenas un susurro.

—No hace falta que te acuerdes de todos nuestros ancestros, niña. No pensamos matarte.

Solo comerme dedo a dedo…

—No veremos ni una moneda si mueres.

—¿Qué?

Mi corazón, que lleva aporreándome el pecho desde que la mujer se ha dejado caer del árbol como un coco, se detiene.

—Le han puesto precio a tu cabeza —responde el hombre de facciones delicadas.

—¿Quién…? —Trago saliva para librarme de la agudeza de mi voz y lo vuelvo a intentar—: ¿Quién le ha puesto precio a mi cabeza?

—El mismísimo rey.

Vaya… *merda.* Por todos los diablos del inframundo, ¿dónde está mi fiel guardaespaldas alado? ¿Se habrá escapado por miedo a que le eche la bronca si asesina a todos estos arborícolas?

A ver, seguramente me enfadaría, pero siempre es mejor contar con una compinche enfadada que con una cautiva, ¿no? Rezo para que siembre un poco el caos, que corte un par de lianas y ramas para que Furia pueda salir quemando cascos de aquí.

—Bájate del caballo o nos lo cargamos —dice la mujer.

Me da un vuelco el corazón y se eleva tanto que tengo que apretar los dientes para evitar que se me salga por la boca.

—¡Morrgot!

Pregúntales cuánto oro les ha ofrecido el rey.

¿Va en serio?

—¿Piensas negociar mi rescate? —farfullo entre dientes.

La mujer abrazada a la liana arquea una ceja, de manera que las espirales de tinta que le adornan la frente se pliegan.

—¿Es que eres dura de mollera? ¿No acabas de oír que vamos a pedir dinero por ti?

No, Fallon. Mi intención es pagarles lo que pidan para que podamos seguir adelante.

—Dudo que tengas el dinero suficiente para igualar la recompensa del rey —murmuro.

—¿Qué ha dicho? —pregunta alguien.

—Estoy hablando con mi caballo. —Me inclino hacia delante y le doy a Furia unas palmaditas en el cuello empapado de sudor—. ¿Cuánto ofrece por mí?

—Cien monedas de oro.

Uf. Es una exageración, y más cuando se nos recuerda a diario que los mestizos no valemos nada.

Ofréceles las cien.

—No tengo tan… —empiezo a decir entre dientes.

Yo sí.

Frunzo el ceño, extrañada, porque no recuerdo haber visto ningún saco de monedas atado a sus patas.

—¿Dónde?

—Baja el culo del caballo, señorita —exige la mujer, que se deja caer al suelo sin hacer ningún ruido.

Furia retrocede antes de dar una vuelta completa en el sitio, porque estamos rodeados.

¡Hazles mi oferta!

—Igualaré la recompensa del rey si me dejáis pasar.

Se hace un silencio absoluto, como si las hojas y los insectos de la jungla también estuviesen conteniendo el aliento.

—¿Tienes cien monedas de oro? —pregunta la mujer.

—Sí.

Levanto la vista al cielo para pedirle a Morrgot que haga que llueva el dinero, pero ninguna moneda cae del cielo.

El de las facciones cinceladas chasquea la lengua en un idioma que no comprendo.

—Lyrial dice que te estás tirando un farol.

Asumo que Morrgot permanece en silencio porque se ha ido a buscar el dinero.

—En absoluto.

—Entonces queremos cien por tu cabeza y otras cincuenta por tu caballo.

—¿Qué? —Se me escapan las riendas—. Eso es…

Vale. Diles que aceptas.

No sé si me alegra o me preocupa que el cuervo siga aquí y no esté sacando monedas de sus arcas.

—Trato hecho. Ahora…

Se desata un coro de cloqueos.

—Lo hemos hablado y todos coincidimos en que has aceptado demasiado rápido —dice la que se abraza a la liana.

—Porque tengo cosas que hacer. —*Cuervos que reunir*—. ¿Sabéis qué os digo? Que os ofrezco ciento veinticinco. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

¿Qué haces, Fallon?

—No hay trato.

Lyrial se coloca al lado de la que se abraza a la liana y agarra las riendas de Furia; no con tanta fuerza como para arrebatármelas de las manos, pero sí como para que el inquieto caballo tenga que dejar de moverse.

—Lo que mis hermanos y yo nos preguntamos es cómo una puta de orejas curvas como tú puede tener tanto dinero.

—¿Cómo que «puta»?

—Sabemos dónde trabajas, niña. —Los labios de la de la liana se curvan en una mueca de repulsión.

—Trabajo en una taberna, no en un burdel —aclaro con un resoplido molesto.

¿Por qué todo el mundo piensa que Lecho de Paja es una casa de citas? No es que se llame Pechos y Pajas. Por no hablar de que el único lecho que ven la mayoría de los clientes es el del Mareluce cuando se caen borrachos del muelle.

Fallon, ruge Morrgot.

No le hago ningún caso. Me gustaría ver su reacción si alguien definiese su ciudad en el cielo como un nido lleno de pájaros libidinosos que se pasan los días haciendo cosas sucias, sea como sea que copulen los cuervos. Todavía no estoy segura de cómo lo hacen.

Las espirales en el rostro de Lyrial vuelven a cambiar de posición.

—¿Cómo puede ser tan rica una chica que trabaja en una *taberna?*

Agradezco que haga hincapié en la palabra.

—Tengo amigos pudientes.

—¿Pudientes? —Los bucles de tinta de sus cejas se mueven.

Aunque lo único que quiero es seguir con mi camino, le explico la palabra al pobre salvaje.

—«Pudientes» significa ricos.

—¿Cómo de ricos?

—Muy ricos.

Fallon. El bramido de Morrgot me saca de la absurda conversación. ***Diles que les conseguirás esas ciento cincuenta piezas de oro y que nos dejen pasar.***

Ciento cincuenta… Imagino todo lo que podría comprar con ciento cincuenta monedas de oro, todos los bienes con los que podría hacerle la vida más fácil a mi *nonna* y a *mamma* y en todas las formas en que podría ayudar a los Amari. Llevaría Lecho de Paja a Tarecuori. Y le daríamos un nuevo nombre, con un letrero escrito en caligrafía plateada en vez de pintura negra descascarillada. Lo llamaríamos algo como «Lecho de Plumas» o «El Jergón Plateado».

—Dado que tus amigos son tan ricos, queremos doscientas monedas. —Lyrial inclina la cabeza hacia un lado—. Y las queremos ya.

Habla con un cierto tono burlón, como si no creyese que de verdad pueda conseguirles lo que piden.

¿Puedes deshacerte de ellos de una vez, Fallon? Diles que sí y

sigue adelante.

¿Que acepte pagar doscientas monedas de oro? Que esté dispuesto a ofrecer una suma tan desorbitada de dinero hace que me arrepienta de no haber negociado una tarifa por involucrarme en su caza del tesoro o, como mínimo, alguna especie de indemnización en caso de que las cosas se pongan feas y tenga que retirarme.

—¡Está bien! ¡Pero no os daré ni un solo cobre más! —exclamo, porque el bullicio se ha vuelto vertiginoso.

Oigo tantos cloqueos a la vez que parece que todos los árboles a este lado de Monteluce sean un nido de pollos.

Lyrial inclina la cabeza. El aire se agita a mi espalda y unos brazos me rodean la cintura, sujetan las riendas y me dejan inmovilizada.

—Quietecita —dice el niño delgado de antes; el aliento le huele tan mal que me lloran los ojos.

Espero que usen una parte del oro de Morrgot para hacerse algo en esos dientes podridos.

—¿Qué crees que estás…?

Me corta la tira del morral con una hoja que luego me pasa por debajo de la mandíbula. La bolsa cae ante los pies descalzos de Lyrial. El hombre se agacha, rebusca en el interior y saca la cantimplora llena y la tela con la que llevaba atado el pecho. Tira ambas cosas a un lado y vuelca el morral. Para su enorme decepción, nada más sale de dentro, sin importar cuánto lo sacuda.

—Aquí no hay monedas. ¡Comprobad la silla de montar!

Otros dos me rodean y pasan las manos por toda la silla y, en consecuencia, por mis piernas. Me encantaría darles un par de patadas, pero la cosa no acabaría muy bien para mí, dado que todavía me están apuntado con esa arma oxidada y no tengo un cuello de repuesto.

Cuando informan con un cloqueo al cabecilla de que no hay oro escondido entre las costuras de la silla de Furia, Lyrial levanta la cabeza. Al caerle el cabello hacia atrás, sus orejas quedan al descubierto.

Son unas orejas muy puntiagudas.

Tan puntiagudas como sus facciones.

Tan puntiagudas como las del comandante castizo que armó todo este lío a mi costa.

—Sois de sangre pura. —Recorro con la mirada a todos los selvatinos que alcanzo a ver—. ¡Sois todos fae de sangre pura!

Debería haber atado cabos al ver lo largo que llevan el pelo, pero su hábitat y esos dientes negros me han despistado.

A no ser, claro está, que vivan en una mansión de Tarespagia y que

solo se vistan como salvajes con una pésima higiene dental para sacarles todo el dinero de un susto a los viajeros.

—Sois fae… Estáis mucho más arriba que los mestizos en la escala socioeconómica lucina. ¿Cómo es que estáis aquí en la jungla con gentuza como yo? ¿No se trata a los castizos como semidioses a este lado del reino?

—¿Dónde está el dinero, niña? —pregunta Lyrial.

Está claro que no son como los castizos con los que estás acostumbrada a tratar, Fallon.

No me digas.

Me tiembla un párpado ante el subidón de adrenalina que me inunda mientras escudriño la creciente oscuridad en busca de la silueta de un pájaro.

Imagino que los habrán dest… ¿Te están apuntando al cuello con una puta cuchilla?

—Eso parece, sí —digo rechinando los dientes y sin apenas abrir los labios.

Su comentario confirma que no estaba aquí cuando el niño se ha dejado caer sobre la silla.

Me gustaría pedirle que no me deje sola de nuevo, pero se me quitan las ganas cuando la punta metálica me atraviesa la piel y una gota de sangre me corre por el cuello como una perla solitaria.

Morrgot pronuncia una retahíla de palabras extrañas. Todas suenan peor que el apodo que acuñó para mí.

A mi espalda, oigo un tintineo metálico seguido de un suave quejido. El niño que se ha subido a mi caballo sin permiso se queda sin fuerza y se escurre hacia un lado como un fideo pasado. Con un ligero movimiento de cadera por mi parte, cae del lomo de Furia junto a un saquito cargado de monedas.

Todos los selvatinos irrumpen en siseos y se ponen en guardia mientras las miradas vuelan entre el monedero que ha dejado inconsciente a su compañero y los parches de cielo púrpura.

—Menuda puntería —refunfuño.

—¿Cómo has…? ¿Cómo…? —Lyrial tiene los ojos verdes tan abiertos como la boca ennegrecida.

—Magia —digo antes de preguntarme por qué su gente, todos esos fae de sangre pura, no me han atacado con su arsenal de poderes mágicos.

Decido no burlarme de él para no tentar a la suerte.

Retuerzo una y otra vez las riendas entre los dedos.

—He cumplido mi parte del trato. Fuera de mi camino.

Ni él ni la mujer se mueven.

—¿Es que tenéis esas orejotas de adorno?

—Te hemos oído, niña. —La voz de la mujer es tan desagradable como el sonido de las monedas al caer cuando uno de los suyos vuelca el saquito—. Tenemos que contarlas.

A la velocidad que van, me tendrán aquí hasta que salga el sol.

—Está todo.

—Tenemos. Que. Contarlas.

Me quito un mechón de pelo del rostro de un soplido.

La contable levanta la vista media hora más tarde y dice algo que hace que las comisuras de la boca de Lyrial se curven hacia arriba. ¿Habrá intentado Morrgot colarles menos dinero? No tengo poderes mágicos matemáticos, así que no podría contar todas las monedas de oro de un simple vistazo, pero puedo asegurar que hay una buena suma de dinero.

Yo nunca había visto tanto en un mismo lugar y momento.

—¿Qué pasa? —ladro.

Aunque Lyrial sigue sujetando las riendas, Furia empieza a encabritarse.

—Haz que los cielos nos envíen otro saco de dinero y entonces te dejaremos marchar.

Capítulo 54

¿Tú también has oído a ese cerdo de orejas puntiagudas pedir que algo les caiga del cielo, Behach Éan?

—Sé que me consideras mitad fae mitad zoquete —murmuro con todo el aplomo que puedo teniendo en cuenta que estoy rodeada por un grupo de habitantes del bosque con los que no se puede razonar—, pero te aseguro que mis sentidos funcionan perfectamente.

Llegados a este punto, ya me da igual que los fae de la jungla asuman que hablo sola.

No te pongas a la defensiva. Solo quería asegurarme de que nos estamos entendiendo.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle de qué narices habla, una nube de humo pasa por delante de los ojos de Lyrial y le corta el brazo a la altura del codo. De un tajo. No queda tejido ni hueso uniendo el antebrazo que ahora cuelga de las riendas de Furia al cuerpo de su dueño.

Me da un vuelco el estómago al tiempo que Furia echa a correr y se abraza a su libertad con pezuñas y dientes.

Lo último que veo es el bonito rostro de Lyrial con los ojos en blanco y a la mujer que lo acompaña, que lo agarra con un alarido justo cuando se desmaya.

Empiezan a dispararnos flechas. Dado que Furia parece saber a dónde se dirige, giro el tronco para seguir la pista a los proyectiles con plumas y así poder esquivarlos como es debido. Mi *nonna* me enseñó a no darle la espalda nunca al enemigo, puesto que hay muchas más opciones de esquivar un ataque que se ve venir.

Aunque reacciono rápido, Morrgot se me adelanta. La mancha negra sin forma en la que se ha convertido parece hincharse al volar de izquierda a derecha, de arriba abajo, interceptando la lluvia de flechas. Casi bajo la guardia lo suficiente como para darme la vuelta, pero percibo un destello blanco justo cuando una flecha pasa de largo por delante del escudo de humo.

Inclino la cabeza hacia un lado tan apresuradamente que me golpeo la oreja con el hombro y la flecha silba al pasar junto a mi sien.

¡Fallon!

Morrgot se ha materializado y me mira con una expresión horrorizada, como si fuera la primera vez que algo ha atravesado sus defensas.

Me alegro de no haber bajado la guardia, porque, de lo contrario, tendría una flecha enterrada en medio de la frente.

Bendita nonna.

—Estoy bien, Morrgot.

Otra flecha se entierra en un tronco cercano y lo saca de su trance. No pronuncia ni una sola palabra mientras me protege de los últimos ataques y no vuelve a materializarse hasta que Furia echa espuma por la boca y hemos puesto un kilómetro de distancia entre nosotros y los malvados fae.

¿La flecha te ha…? ¿Te han dado?

—No.

Pese a mi respuesta, da una vuelta a mi alrededor para comprobar que estoy bien.

Querría preguntarle por qué nunca se fía de mi palabra, pero Morrgot tiene un montón de problemas para confiar en la gente y parece preocupado de verdad, así que le permito que vea por sí mismo que estoy bien.

—¡Tu dinero!

¿Qué pasa?

—Tenemos que volver a por él.

¿Por qué?

—Uno, porque había muchísimo y, dos, porque estoy segura de que esos camorristas lo van a despilfarrar.

Los mantendrá alejados de ti y eso es lo único que importa. Además, en el sitio de donde he sacado esas monedas, hay muchas más.

—¿Y de dónde las has sacado?

Y no, aunque no tengo intención de robarle, no le haré el feo de rechazarle dos o tres monedas si me las ofrece. Estoy aguantando carros y carretas por él.

De… ¿Cómo lo llamaste? Ah, de mi nido lleno de pájaros libidinosos.

Me quedo de piedra porque no recuerdo haber dicho eso en voz alta, pero se me debió de escapar.

—No me puedo creer que le hayas cortado el brazo a Lyrial —digo por cambiar de tema.

Morrgot se toma su tiempo para contestar.

Debería darme las gracias por seguir con la cabeza sobre los

hombros.

Trago saliva para frenar la ola de bilis que me sube por la garganta. Las patas y el pico del cuervo son de hierro.

—No le va a volver a crecer, ¿verdad?

El corazón me late al ritmo del brioso trote de Furia.

Has de admitir que me he comportado de manera ejemplar. A los demás no les he hecho ningún daño. De haber sido por mí, no habrías tenido tiempo siquiera de estar de cháchara con ellos y ninguno habría quedado con las extremidades suficientes para dispararte esas flechas.

Decido pasar por alto su segundo comentario y me centro en el que no ha hecho que los cocos del almuerzo amenacen con escapar de mi estómago.

—¿De cháchara? ¿De verdad crees que eso era lo que estaba haciendo?

Bueno, te pusiste a hablarles del estatus de los fae en la sociedad lucina.

—¡Para ganar tiempo y que así pudieses sacarme del puñetero apuro! Que, por cierto, ha sido del todo culpa tuya.

No recuerdo haber sido yo quien le ha puesto precio a tu cabeza.

Echo el cuello hacia atrás y fulmino con la mirada el dosel de ramas iluminadas por las estrellas.

—No me refería a la recomp…

Furia salta por encima de un tronco caído y me cierra la boca en el acto. Vuelve a cabalgar a un ritmo desenfrenado, así que o ha percibido más fae malvados o Morrgot le ha pedido que vaya más deprisa para que no pueda seguir replicándole.

Paso el resto de la noche abrazada a Furia mientras vuela como el viento por el vertiginoso terreno irregular y me maravillo ante el paisaje iluminado por la luz del crepúsculo. Soy consciente de que no estamos haciendo un viaje de turismo, pero ya vuelvo a estar lo suficientemente tranquila como para apreciar el esplendor que me rodea.

Hasta que oigo una rama caer por encima de mi cabeza, seguida de un ronco siseo.

Morrgot baja en picado.

—¿Qué ha sido eso?

La respuesta llega un segundo después, cuando veo una enorme cabeza de resplandecientes ojos separados y pelaje moteado.

—¿Eso es… un leopardo? —susurro tan tensa como el depredador, cuyo cuerpo, comprendo mientras trago saliva, es casi tan grande como el de Furia.

Morrgot profiere un ensordecedor graznido que me sobresalta y hace que me atragante. Mientras toso, el leopardo destensa los hombros, se sacude y se da la vuelta para desaparecer en la espesura.

—No sabía que eras capaz de sonar así —comento con voz ronca y débil después de casi echar un pulmón por la boca.

Prefiero el psicoambulismo.

—Conque psicoambulismo, ¿eh? ¿Es ese un poder típico de los cuervos?

No. Es algo que solo yo puedo hacer.

—¿Cómo es posible que puedas entrar en la mente de los animales y las personas sin su consentimiento?

Ya te lo explicaré más adelante.

—¿Por qué no ahora? Todavía nos queda mucho camino por delante, ¿no? Lo mejor que podemos hacer para pasar el rato es charlar. Así el viaje se hará más corto.

También alertará a cualquier bandido de nuestra presencia.

Aprieto los labios y escudriño el terreno y los árboles. El canto de las aves nocturnas es lo único que interrumpe el silencio, que parece volverse más y más denso, al igual que la humedad, cuanto más nos acercamos a la costa.

A medida que la adrenalina va abandonándome, cada zona dolorida de mi cuerpo anuncia su incomodidad y la peor parte parece habérsela llevado mi pecho. Me llevo una mano a los senos y el simple roce de mi palma contra los pezones erectos hace que se me escape un quejido.

Morrgot vuelve a bajar a toda velocidad.

¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Sabes que las mujeres tienen unas cosas llamadas pechos?

El círculo dorado que rodea sus pupilas se vuelve tan delgado como los anillos de boda de los padres de Sybille, que casi parecen estar hechos de alambre. Morrgot tiene la vista clavada en mi rostro. No baja de ahí. O no está familiarizado con la anatomía humana o es demasiado educado.

¿Qué pasa con tus… pechos?

Debe de haberse tragado un insecto o un grano de arena, porque, de pronto, su voz suena ronca.

Un momento. Se comunica mentalmente, practica el psicoambulismo o como quiera que lo llame. Sus palabras no nacen en sus cuerdas vocales, ¿no? A lo mejor no le desconcierta tanto la anatomía femenina como pensaba.

Me coloco el antebrazo con firmeza bajo la parte de mi cuerpo en cuestión para evitar que boten. Ahora que he notado la quemazón, ya

no puedo pensar en otra cosa.

—Esos matones se han llevado mi bolsa. Dentro tenía la tela con la que me envolvía los pechos.

Deseaba que desapareciera, pero ahora que ya no la tengo conmigo… Suspiro y oigo a la supersticiosa de Giana recordándome que no desee nada que no quiera que se cumpla.

Se me ocurre algo. No es una idea brillante, pero podría suponer un pequeño alivio.

Cuando suelto las riendas y me saco la camisa de los pantalones, Morrgot baja todavía más, como si se le hubiese olvidado cómo utilizar las alas. Se transforma en humo justo antes de chocar con las orejas erguidas de Furia y vuela hacia el cielo. Una vez que tiene vía libre, vuelve a materializarse.

¿Qué haces?

Suena molesto, como si el desliz hubiese sido mi culpa de alguna manera.

Tiro del dobladillo arrugado de la camisa y me lo ato en torno a las costillas.

—Estoy intentando minimizar la fricción.

La solución no es la ideal, pero ayuda.

—Porras —murmuro cuando vuelvo a tomar las riendas.

¿Qué pasa ahora?

Signore Gruñón parece estar de peor humor que nunca. Ha sido una noche larga, una noche que por fin está a punto de terminar. Aunque el cambio es apenas perceptible, la jungla se ha quedado en silencio y la oscuridad se derrite, se vuelve gris, y el contraste de color que la noche había mitigado vuelve a revivir.

—No creo que pueda hacerme pasar por un chico sin el sostén.

Morrgot estudia mi vientre expuesto antes de posar la mirada en la camisa atada. No le hace falta ser capaz de arrugar la nariz; el desagrado que siente ante mi ingenioso atuendo es más que evidente.

—Relájate. Cuando lleguemos al pueblo, me soltaré la camisa. —Acaricio el pétalo de una orquídea y su color naranja tostado me recuerda al cabello de *mamma*—. ¿Crees que ya se habrá enterado todo el mundo de lo de la recompensa?

Creo que el clan de las montañas lo sabe, por lo que asumo que sí.

—Deberíamos seguir adelante entonces. Vayamos directos al vergel de mi familia.

No. No deberíamos avanzar a plena luz del día y sin que tú descanses antes.

Levanto la vista.

—Pese a la recompensa, ¿confías en que tu contacto selvatino no

me secuestrará y me llevará ante el rey?

Sí.

—¿Por qué?

Porque esta persona sabe que, si yo regreso, ganará mucho más que cien monedas de oro.

Ah. Por supuesto. Bronwen debe de haberle prometido cubos enteros de oro por ayudar a la futura reina de Luce a deshacerse del actual monarca.

—¿Y esta persona sabe lo… tuyo? —pregunto mientras lo señalo con gestos vagos.

Así es.

—¿Lo sabe mucha gente?

¿Saben que existo? Sí. ¿Saben que he regresado? No. Y así tiene que seguir, porque, de lo contrario, el precio que le han puesto a tu cabeza se multiplicará considerablemente, dice con una mirada cargada de significado.

¿De verdad me cree capaz de correr por las calles de Selvati mientras grito a los cuatro vientos que estoy sacando a un puñado de cuervos letales de su hibernación? Cuando regresó hace dos décadas, ¡desató una guerra! Incluso si los lucinos no tienen en alta estima a su rey, estoy segura de que escogerían la paz antes que otro derramamiento de sangre.

Andrea Regio estuvo dispuesto a negociar. Acordamos repartirnos el reino, pero su hijo intervino.

—De ser así, ¿por qué mataron los cuervos a Andrea? —pregunto extrañada—. ¿Porque cambió de idea?

Nosotros no matamos al hijo de Costa.

—¿Quién lo hizo entonces?

Quien mató a Andrea fue alguien de su propia sangre. Su hijo.

Capítulo 55

Morrgot me ha dejado muda.

Después de acusarnos del asesinato de su padre, Marco reunió a todos los humanos de Racocci en una cueva. Les dijo que lo hacía para protegerlos de los rebeldes montelucinos y sus pájaros con garras de hierro, pero, en realidad, lo que buscaba era usarlos de señuelo para llegar hasta mí y los míos. Me dio un ultimátum: o accedíamos al cese de las hostilidades o derribaría las paredes de la cueva.

Estoy tan impactada que tardo un momento en comprender lo que Morrgot me está contando. Nunca he sentido ningún aprecio por el monarca, pero ahora…, ahora lo odio con todo mi ser.

Por si haber matado a su propio padre fuese poco, ¿Marco también estuvo a punto de sacrificar a miles de inocentes?

—Como te convertiste en metal, imagino que accediste.

Su mirada de oro fundido se posa en la mía, recorre mi rostro, como si intentase descubrir a quién le soy fiel antes de compartir más detalles sobre la Primanivi.

Así es, pero él ordenó a sus elementales de tierra que sacudiesen el terreno de igual manera. Se detiene con los ojos clavados en el horizonte, que se está inundando rápidamente de color. ***Les pedí a los míos que socorriesen a los humanos y ellos malinterpretaron nuestras intenciones y nos atacaron con las estacas de obsidiana con las que Marco les había provisto.*** Traga saliva. ***Subestimé lo mucho que los Regio les habían lavado el cerebro a los humanos durante los cinco siglos que estuve ausente. Bronwen trató de advertírmelo.***

Se hace otra larga pausa, seguida de un escalofrío que le eriza las plumas negras de patas a cabeza.

Aquella tarde, nosotros nos convertimos en los heraldos de la muerte, mientras que Marco se alzó como un prodigioso salvador. Apresó a los guerreros de nuestras filas, quienes cayeron víctimas de nuestra maldición, y atrapó a dos de mis cuervos; uno se lo entregó a Justus para que se encargara de él y otro lo empaló él mismo. Luego, nos avisó de que mataría a un humano cada hora si no deponíamos

el resto de los cuervos. No le creí capaz de hacer algo así, pero el número de víctimas no tardó en empezar a crecer.

Se me pone la piel de gallina y no solo la franja que me queda expuesta a los elementos en la zona del vientre.

Dejó los cuerpos en Racocci para que yo los encontrara y se aseguró de que pareciese que los cadáveres habían muerto a manos de un animal y no de uno de los suyos. El odio hacia mi pueblo creció tanto que varios grupos de humanos subieron a la montaña para tratar de capturar al malvado rey ellos mismos. Fue un humano quien derribó al cuervo del desfiladero.

Una parte de mí quiere acariciarle el ala porque está claro que revivir la batalla le está afectando, pero otra no deja de interceder para recordarme que esta es su versión de la historia. ¿Veo a Marco capaz de asesinar a su padre? La verdad es que no, porque yo no los llegué a ver interaccionar. ¿Lo veo capaz de utilizar a los humanos para luego deshacerse de ellos? Desde luego.

Pero también he sido testigo de lo fácil que le resulta a Morrgot acabar con la vida de otros. Él también está muy lejos de ser una criatura inocente.

—¿Y qué hay de los últimos dos cuervos?

¿Qué otra opción tenía aparte de entregárselos?

Me resulta extraño que hable en primera persona, dado que imagino que fue Lore quien le pidió que se rindiese. A no ser que Lore estuviese en aquella cueva y ya se hubiese convertido en metal.

Solo me quedaba condenar a todos y cada uno de los humanos en el reino o maldecir a mi pueblo durante un par de años más.

—¿A qué te refieres con lo de maldecir a tu pueblo?

La magia de mi gente está unida a la mía. Si yo caigo, ellos también. El motivo por el que estoy conformado de cinco cuervos fue precisamente para evitar eso. Sin embargo, aun así, ya van dos veces…, dos veces que les fallo.

—Tal vez deberías pedirle a tu dios aviar que la próxima vez te divida en cien cuervos. —Mi comentario hace que me gane una contundente mirada asesina—. A ver, es verdad que tu próximo recolector de cuervos tendría que enfrentarse a un trabajo mucho más farragoso, pero así las probabilidades de que esquivases la maldición se multiplicarían. Imagina lo minúsculo que serías si te dividieses en cien cuervos. Nunca he intentado atravesar a una avispa con un palillo, pero estoy segura de que tiene que ser difícil.

Él resopla y yo sonrío, pero mi mente no tarda en volver al tema de la batalla de Primanivi y se me marchita la sonrisa en los labios.

Acaricio el cuello de Furia, que está empapado de sudor.

—¿Significa eso que, ahora que has vuelto, algunos de tus hombres han despertado?

Solo podrán escapar de la obsidiana una vez que mis cinco cuervos se hayan reunido.

—¿Se transforman en piedra? Pensaba que se habrían convertido en hierro, como tú.

No, eso solo me pasa a mí.

Entrecierro los ojos ante el resplandor y la luminosidad del mar. Y pensar que en el fondo yace un barco lleno de estatuas de hombres y pájaros hechas de obsidiana. Las lejanas puntas blancas que veo en el agua catapultan una idea a la superficie de mi mente.

Poso la mirada en Morrgot.

—¿La obsidiana les afecta también a las serpientes o ellas son inmunes?

No, en ellas no tiene ningún efecto. ¿Por qué?

Es un alivio, porque tiré esas estacas al canal. El suspiro que dejo escapar podría hacer zozobrar un barco.

—Sabes que puedo comunicarme con los animales, ¿verdad? Bueno, pues soy amiga de una serpiente. —Me mira con suspicacia y añado—: A lo mejor podría enseñarle a quitarles las estacas a tus hombres y a tus cuervos. O pedirle que acerque el barco a la costa o algo así. Es una criatura enorme y muy fuerte.

Me mordisqueo los labios y pienso en la logística del plan. Primero tendría que conducir a Minimus hasta el punto exacto en la costa sur de Luce donde el barco se hundió. Me retrasaría un par de días, pero, de funcionar…

Antoni y su tripulación están trabajando en arrastrar el barco hasta la playa para que liberes a mi último cuervo.

Se me abren tanto los ojos como la boca y tomo una bocanada demasiado grande de aire.

—¡Todos los navíos que surcan esas aguas acaban hundiéndose! Lo has condenado a morir.

No morirá.

—¿Por qué? ¿Porque Bronwen ha vaticinado que estará bien?

Así es.

—¿Y si se equivoca?

Eso nunca ha pasado.

—¿Cómo es que tiene ese poder? Ninguna criatura feérica puede predecir el futuro.

Hizo un trato con una hechicera shabbí. Renunció a ver el presente para acceder al futuro.

Se me hiela la sangre al pensar en las shabbíes con semejante

poder.

—¿Qué le dio a cambio a la hechicera?

Sus ojos.

—No, eso lo he captado. Hablo de… ¿monedas, joyas, su primogénito?

Le dio sus ojos. Las shabbíes ven todo lo que ella ve. Se ha convertido en sus ojos.

Ah… ¡Ah!

—¿Nos están espiando?

Son nuestras aliadas. Lo único que quieren es que nos hagamos con el poder y recuperemos lo que es nuestro para que las ayudemos a derribar las barreras mágicas.

Qué extraño resulta saber que Luce quedará repartido entre dos monarcas.

—¿De verdad puede ver el futuro?

Te lo prometo.

Corrijo la postura que llevo sobre la silla de montar, como si ya contara con una corona sobre la cabeza. Me gustaría saber cuándo me propondrá Dante matrimonio y cómo lo hará. Sueño con una velada fastuosa, con música y flores, pero llego a la conclusión de que preferiría algo más sencillo.

Espero que le pida mi mano a la *nonna* antes de hincar una rodilla en el suelo y ofrecerme un precioso anillo. Me encantaría tener algo bonito. Algo que no le haya pertenecido a otra persona antes. Algo hecho solo para mí.

Madre del Caldero, estoy muy chapada a la antigua.

Al cabo de una hora elaborando la proposición perfecta en mi cabeza, una digna de aparecer entre las páginas de un libro, levanto la vista para asegurarme de que Morrgot sigue conmigo. Tengo que recorrer el cielo con la mirada unas cuantas veces antes de dar con él.

Vuela alto, con los ojos clavados en el horizonte y las amplias alas atravesando el calor inerte del alba. No tengo manera de leerle la mente, pero sé que él también está pensando en el futuro. Una vez que haya logrado tanto sus objetivos políticos como los de Lore, ¿sentará cabeza con alguna amiga? O con cinco amigas, para que así cada cuervo tenga su compañera.

Me lanza una mirada divertida.

Supongo que un corazón que solo ha anhelado la venganza no latirá por nada más hasta que tenga a todos sus cuervos al lado, y no hablo de los cinco que componen su cuerpo, sino de los que forman parte de… ¿A las camadas de cuervos también se las llama polladas?

Nos reímos mucho del término cuando nos lo explicaron en clase y

la directora Alice nos recordó que no era motivo de risa.

¡Ah, no, sería una bandada!

En fin.

Un escalofrío me araña la espalda, como unas uñas contra una pizarra, y me retuerce el rostro en una mueca. No me imagino cómo se pondrá la directora Alice cuando vea a los cuervos oscurecer el cielo. Dioses, cuando mi reinado dé comienzo, todos los fae me odiarán.

Siempre que unos pocos me quieran —Phoebus, Sybille, *mamma,* la *nonna* y Dante—, nada más importará.

Unos tejados planos aparecen en la distancia y acallan mis pensamientos. Aunque había oído que Selvati era un asentamiento de chabolas —igual que Racocci—, al verlo bañado por la luz del amanecer, me recuerda a una de las ciudades mágicas de las historias de *mamma.*

No le cuentes a nadie lo de mi conversación con Bronwen, ni siquiera a tu principito, o la sentenciarán a muerte. Estoy a punto de decirle que no soy una chivata cuando añade: ***Espero que entiendas que haré todo lo que haga falta, lo que sea, para protegerla, Fallon Rossi.***

Aprieto los labios. Su amenaza es tan clara como el agua y más cuando ha utilizado el apellido de mi familia feérica.

—Si tú no me traicionas, yo no te traicionaré a ti.

Espoleo a Furia para que acelere el paso y se ponga al galope. Aunque sé que no me libraré de Morrgot hasta que haya cumplido mi cometido, necesito alejarme de él.

¿Cómo iba yo a traicionarte?

Lo siento sobrevolar por encima de mí, pero mantengo la vista clavada en el caótico pueblo.

—Siendo demasiado codicioso y eliminando no solo a uno, sino a los dos hermanos Regio.

El aire caliente atrapa mis palabras y se las lanza a mi acompañante.

Capítulo 56

La camisa.

Morrgot y yo no hemos hablado desde nuestro último encontronazo, si es que el acalorado intercambio se pudiese definir así.

—Pídemelo con delicadeza y a lo mejor me lo pienso.

Creía que habíamos alcanzado una especie de entendimiento mutuo, pero al final solo hemos acabado en un punto muerto.

Él no confía en mí y yo no confío en él.

Menudo equipazo.

Me parece que suelta una palabrota, pero, a diferencia de las palabras lucinas, que suenan melodiosas incluso al gritar, el lenguaje córvido siempre suena gutural y enfadado.

—Y baja la voz. Me duele el cerebro.

Consigo que deje de farfullar.

Espero a que me pida que me desate la camisa.

Y espero un poco más.

¿Cuán orgulloso puede llegar a ser un pájaro?

Si no te desatas la puta camisa, machacaré a todo aquel selvatino que se atreva a echarte la más mínima mirada lasciva. ¿Es eso lo que quieres?

Deshago el nudo y dejo que la camisa vuelva a cubrirme el vientre.

—No me lo has pedido con delicadeza.

No soy una persona delicada.

Ni siquiera eres una persona.

La casa de Sewell está a cuatro calles de aquí. Furia sabe cuándo parar. No establezcas contacto visual con nadie y no llames la atención.

Selvati es un amasijo de casas de madera con tejados de paja, lona o una combinación de los dos materiales. Podría haber llegado a considerarse pintoresco, una especie de pueblecito pesquero, pero ahora la tonalidad que reina en el lugar es un apagado color ocre y las casas más decentes solo parecen mejores porque tienen puertas, ventanas con cristales intactos y un tejado cubierto de una buena capa

de paja.

Aunque está empezando a amanecer ahora, Selvati ya está abarrotado de tráfico humano y equino, así que me confundo entre el gentío sin ningún esfuerzo. Salvo por un par de miradas, en general, los humanos están demasiado ocupados yendo a trabajar, a la escuela o a donde sea que vayan con tanta prisa como para fijarse en la muchacha sudada y llena de polvo que monta sobre un caballo todavía más sudoroso y polvoriento.

O eso pensaba.

Un hombre trota junto a mí.

—Menudo caballo tienes.

Furia destaca tanto por su estatura como por su porte. Ningún otro caballo en la calle cubierta de arena es tan robusto o alto como el mío. ¿No sería irónico que me parasen por mi caballo y no por mi identidad?

Acaricio el cuello de Furia solo por enterrar los dedos inquietos en algo sólido.

—Así es.

—¿Eres una chica? —pregunta el hombre, que enseguida se olvida de Furia.

—No.

El hombre deja volar la mirada hasta mi pecho y ahí la deja clavada. *Qué maleducado.*

¿Qué parte de «no llames la atención» no has entendido, Fallon?

—Pero tienes tetas —comenta el avispado tipo.

—Se me acumula la grasa en el pecho. Todos tenemos nuestros defectos —digo sin ninguna emoción.

El hombre arruga el rostro, confundido. No parece ser capaz de decidir si es verdad que soy un chico con un pecho considerable o si soy una chica y le estoy tomando el pelo.

Como la mayoría de los humanos, el tipo es muy delgado. Como todos los humanos, lleva el pelo rapado y tiene las orejas como yo, salvo que las suyas destacan más al no tener pelo con el que cubrírselas.

—No eres un chico —dice por fin, aunque no suena muy convencido.

¿Me vas a obligar a intervenir o te desharás tú misma de tu admirador?

—Está admirando a Furia —mascullo.

El hombre vuelve a arrugar la frente.

—¿Qué?

—Tengo prisa.

Azuzo a Furia con las rodillas para que eche a trotar sin molestarme en desearle al hombre que tenga un buen día.

Se me está pegando el mal humor del cuervo. Más vale que se me pase pronto.

Me duele el trasero cada vez que choca con la silla de montar y tengo los pezones ardiendo, pero me basta con echar un buen vistazo a mi alrededor para ponerle fin al momento de autocompasión. Casi todos los humanos con los que me cruzo son como sacos de huesos, con las mejillas y los ojos hundidos, consumidos por la precariedad. Al menos, el hombre joven de antes tenía una chispa de vida.

La chispa de la esperanza y la juventud.

Mi primer trabajo como reina consistirá en avivar esa chispa y hacer que se propague por el rostro de todos los humanos. Seré la reina de los humanos; seré sus ojos, sus oídos y su corazón.

Furia se detiene ante una puerta, que debió de ser de color turquesa hace mucho tiempo. Ahora es de un gris envejecido salpicado de parches de color azul verdoso que apenas destaca contra el apagado panel de madera.

Ya hemos llegado.

Escudriño los tejados en busca del cuervo, pero no hay ni rastro de él.

Al desmontar, estudio la calle cubierta de arena con ojos entrecerrados, pero tampoco veo ninguna nube de humo. Se le da tan bien desaparecer cuando no quiere ser visto que me pone los pelos de punta. Al menos no tendré que preocuparme porque me pillen con un cuervo.

Coloco las riendas alrededor del cuello de Furia justo cuando la puerta principal se abre de par en par y aparece un hombre sonriente con los dientes torcidos y la piel tan marrón y quebradiza como el pan de centeno. Su expresión me distrae de su curtida complexión.

No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos las sonrisas genuinas hasta ahora que me encuentro ante el rostro abierto y amigable de este hombre. Echo un rápido vistazo por encima del hombro para asegurarme de que me sonríe a mí antes de permitirme devolverle la sonrisa.

Respiro con más tranquilidad de lo que he respirado en días y digo:

—Usted debe de ser Sewell.

Señala con la cabeza al lateral de su casa, al pequeño callejón que separa uno de los muros de su vivienda de la del vecino. Conduzco a Furia hasta la estrecha callejuela, que huele a humedad. A orines, algas y grava. Allí donde Racocci está envuelto en una fría humedad tanto en verano como en invierno, aquí el aire es cálido y asfixiante.

Un cubo de agua espera a Furia en el callejón, así como una bala de heno. Mi caballo —sí, siento que Furia es mío— tironea frenéticamente para tratar de alcanzar la comida, pero las manos hábiles de Sewell, tan tostadas por el sol como el resto de su cuerpo, lo detienen para quitarle la brida de la cabeza.

Una ola de culpabilidad me embarga al darme cuenta de que no se me ocurrió quitarle el bocado o desensillarlo cuando descansamos en el oasis.

Sewell ata las riendas a un arbolito bajo, que parece tan reseco como este lugar y sus habitantes, y luego procede a quitarle la silla a Furia, revelando todo el sudor espumoso y la arena pegajosa que se le había acumulado debajo. El hombre permanece en silencio en todo momento. Saca otro cubo de lo que asumo que debe de ser un pozo, puesto que cuenta con un sistema de cuerdas y poleas, y baña al caballo, que se sacude para secarse y relincha alegremente con la cabeza enterrada en su ración de heno.

Sewell da un paso atrás y lo observa.

—Es una criatura preciosa.

Coincido con un asentimiento.

—Supongo que usted también querrá darse un baño —dice.

Me humedezco los labios resecos y lanzo un rápido vistazo al pozo.

Sewell se ríe.

—Tranquila, *signorina*. No tenía intención de tirarle encima un cubo lleno de agua.

Siendo sincera, creo que no me habría importado demasiado. No digo nada por miedo a que decida cambiar la oferta de un buen baño por una ducha rápida.

Me conduce al interior de su casa por la puerta de atrás.

—Hemos olvidado atar a Furia —digo justo cuando cierra la puerta.

—No se va a ir a ningún lado.

Suena tan seguro que supongo que Morrgot le ha avisado de que puede controlar mentalmente al animal.

A diferencia del hombre a caballo de antes, Sewell no tiene acento. O, al menos, no uno tan pronunciado. No marca las erres o arrastra las eses tanto como yo, pero yo estudié en una escuela tarecuorina, así que aprendí a hablar como la aristocracia feérica.

—Gracias por acogerme —le digo mientras estudio su casa, mucho más austera que la mía.

No hay flores ni conchas marinas ni un ejército de cestas de mimbre colgadas de las paredes ni cortinas cosidas a mano. Me parece que es la casa de un hombre, aunque podría estar equivocada. A lo mejor la comparte con una mujer que no tiene tiempo o a la que no le

interesa la decoración.

—Es un honor.

Me doy cuenta de que utiliza la palabra «honor» en vez de «placer», como si fuese alguien importante. Debe de sentir un profundo respeto por Morrgot.

Sewell coge una jarra y me ofrece un vaso de agua.

—Tengo galletas. Están un poco secas, pero la saciarán. ¿Quiere?

—Me encantaría.

Igual que Furia, bebo con avidez y engullo tres galletas acompañadas de un segundo vaso de agua.

El hombre sigue sonriéndome y de pronto me veo embargada por los remordimientos. ¿Y si me acabo de comer lo que supondría su ración diaria de comida?

El hombre hace una reverencia que me deja desconcertada. Estoy a punto de decirle que todavía no soy reina cuando una nube de humo se cuela entre las vigas del techo y adopta la forma de un pájaro.

—Cuánto tiempo, mi señor.

Morrgot debe de pedirle que se incorpore, porque Sewell abandona la postura inclinada que había adoptado.

—Sí. Está todo listo. Venid.

El hombre me conduce a través de la única puerta que hay en el interior de la casa hasta una habitación de dimensiones un poco más reducidas que la mía y que se queda todavía más pequeña al contar con una bañera de cobre junto a la cama.

Una persiana de madera bloquea la ventana e impide que entre la solanera, pero hace un calor asfixiante de igual manera. El sol debe convertir estas casas en un horno a mediodía. Morrgot se posa sobre el tablero de madera a los pies de la cama.

—¿Necesita algo más, mi señor?

—¿Una fuente para pájaros y un cuenquito de semillas, tal vez? —sugiero con tono cordial.

—¿Cómo? —pregunta Sewell, que pierde la sonrisa.

No le tomes el pelo. Es un buen hombre.

Me pongo colorada.

—Te estaba tomando el pelo a ti, no a él. —Me giro hacia Sewell y agito la mano para señalar vagamente al cuervo—. Morrgot y yo estamos pasando por un bache ahora mismo.

El rubor abandona el rostro de Sewell y sus mejillas adquieren un tono tan cenizo como el de las paredes de su hogar.

Morrgot debe de decirle que estoy bromeando, porque poco a poco recupera el color.

—Ha sido una semana muy larga —explico a modo de disculpa.

—Bueno, entonces será mejor que les deje descansar. Todavía tienen mucho que hacer —dice antes de cruzar el umbral del dormitorio y empezar a cerrar la puerta.

Ah, sí, no me lo recuerdes.

—Gracias otra vez por su hospitalidad —le digo con una sonrisa cansada.

—No hay de qué. Los amigos de Lore son mis amigos también.

—No soy…

La puerta se cierra.

—Amiga de Lore —termino, pese a que ya se ha ido. Me doy la vuelta hacia Morrgot, que todavía sigue conmigo—. ¿Por qué le has dicho que soy amiga de tu amo?

Lo ha dado por hecho él.

Resoplo con irritación, pero la bañera me llama y, en pocos segundos, ya me he desnudado y me he metido en el agua. Está fría, pero la sensación es maravillosa. Cierro los ojos y doblo las rodillas para meter el cuerpo en el agua tanto como sea físicamente capaz.

Hay jabón en la jabonera.

—¿Todavía sigues aquí? —refunfuño con los ojos cerrados.

Prometí velar por ti, ¿recuerdas?

Abro los ojos y clavo la mirada en él.

—También prometiste matarme.

Eso no fue una promesa, Fallon, sino una advertencia.

—Viene a ser lo mismo.

Saco la mano por los laterales de la bañera para pescar la pastilla de jabón, que está tan desgastada que se deshace al entrar en contacto con mi palma y se convierte en un sedoso revoltijo de color rosa pálido y olor a rosa del desierto. Me recuesto con cuidado de no dejar caer el preciado jabón al agua, me froto el cuero cabelludo hasta que dejo de notarlo lleno de tierra y grasa, y luego me lavo las axilas y el espacio entre las piernas. Procuro no tocarme los pezones, que han pasado de tener un color rosa apagado a un alarmante tono entre amoratado y carmesí.

Me vuelvo a apoyar contra la bañera y, en vez de enjuagarme, me quedo perezosamente a remojo.

Fallon. A la cama.

—Hmm…

Fallon.

Abro los ojos. Los rayos de sol que se cuelan por la ventana son más intensos, más blancos.

No te duermas en la bañera.

—¿Por qué no?

Podrías ahogarte.

—Pero si apenas hay agua. —Deslizo la mano por el charquito jabonoso y estallo un par de burbujas—. Puede que me guste tentar a la suerte, pero…

Por favor.

Con tan solo esas dos palabras, consigue hacer que me levante de la bañera y me arrastre hasta la cama. Dejo escapar un gemido cuando las sábanas me besan la piel y mi mejilla encuentra la almohada.

—Estoy destrozada, Morrgot. Me has destrozado.

Me parece oírle suspirar, pero ese sonido bien podría haber brotado de mis labios.

Descansa, Behach Éan.

—Todavía no me has dicho qué significa esa expresión —murmuro contra la almohada.

Si me responde, estoy ya demasiado dormida como para oírlo.

Capítulo 57

Me despierto con la sensación más maravillosa del mundo: con unas manos suaves masajeándome los doloridos músculos de la espalda. Me parece que he muerto y he ascendido al supramundo. O sigo dormida y estoy soñando. O Sewell se ha colado en mi habitación.

Esa última opción me espabila de golpe. Al girarme, solo veo oscuridad. Vuelvo a cerrar los ojos y dejo escapar un quejido, deseando volver a sumergirme en ese fantástico sueño.

Como por arte de magia, los dedos vuelven a aparecer y trazan la silueta de mis huesos antes de enterrarse en los agarrotados tendones y manipularlos hasta que se derriten como la manteca de cacao.

Siento haber sido tan duro contigo, Behach Éan.

¿El masaje del fisioterapeuta imaginario viene con una disculpa de mi compañero alado?

Es el mejor sueño del mundo.

Me hundo en el colchón de paja.

Me dejo llevar por los dedos fantasma que trabajan mi dolorida piel, así como por la fresca neblina que me acaricia la nuca.

—No soy tu enemiga, Morrgot —murmuro antes de desligarme del mundo real, sus artificios y sufrimientos para sumirme en este sueño donde solo existe el placer.

Las manos navegan por mi espalda y trazan con languidez una serie de pequeños arcos por mi columna. Me estiro boca abajo para dejar que el masajista imaginario tenga un mejor acceso a mi cuerpo, aunque, siendo imaginario, seguramente no lo necesite. Estará hecho de algo tan divino como el aire o la luz de las estrellas. No me cabe duda de que sus dedos etéreos podrían atravesarme las costillas y acariciarme el corazón.

Las caricias se detienen a la altura de mi cintura, como si mi asistente ficticio dudase de pasar más allá de ese punto.

Apreciaría esa caballerosidad en la vida real, pero, Dioses de mi vida… Estas manos imaginarias tienen carta blanca para hacer lo que quieran conmigo.

—No pares —gimoteo.

Estoy segura de que sueno como una fresca y que cada uno de mis gemidos resuena por toda la casa de mi amable huésped, pero no parece importarme.

Las manos, que aún no se habían movido, por fin se deslizan por mi cintura y más abajo y más, más, más. Con una suave caricia, alcanzan mis tobillos y me rozan la planta del pie antes de subir de nuevo por las curvas y valles de mis pantorrillas, muslos y nalgas.

—Madre mía —gimo.

Este sueño es casi mejor que aquel en el que el agua del canal se transformaba en helado de fresa.

La yema de los dedos del masajista me recorre cada centímetro del cuerpo con suavidad…, una inmensa suavidad.

Me retracto de mi anterior comentario.

Este sueño le da mil vueltas al del reino del helado.

Aunque no quiero que acabe nunca, me dejo llevar una vez más por una espiral de oscuridad.

***

Cuando despierto, lo primero que veo es a Morrgot posado sobre el poste de la cama más cercano a la puerta. Aunque los párpados ocultan el dorado de sus ojos y tiene las alas plegadas contra el cuerpo, parece estar listo para atacar.

Por una vez, lo estudio con atención. Sus plumas negras como la medianoche desprenden, incluso mientras duerme, ese innato y en ocasiones apabullante orgullo suyo. Creo que es por la postura que tiene. O tal vez sea algo más profundo, una especie de fuerza tenebrosa que brota de su interior como una nube de humo, que resplandece en su brillante pico y sus afiladísimas garras.

Recuerdo la precisión con la que sus extremidades desgarran la carne.

La mía.

La de los duendes.

La de Lyrial.

Es peligroso, formidable. Una criatura imparable que nadie debería subestimar. Una criatura digna de ser temida.

«Mi señor.»

Soy consciente de que Morrgot se considera un rey entre los suyos, pero me resultó de lo más raro oír a un hombre adulto utilizar un título tan importante para referirse a un pájaro. Cuando se le agitan las alas, pienso que se ha despertado al sentirse observado, pero se le relaja el plumaje ahuecado hasta que queda tan liso como el cabello

de *mamma* después de que la peine por las mañanas.

Y pensar que *mamma* se acostó con uno de los seguidores de Morrgot. Un hombre que, para el cuervo, parece ser digno de admiración y confianza. Es una de las pocas personas de las que se fía. Me pregunto qué tendré que hacer para ganarme su confianza, porque, para ser sincera, no me apetece tener a este rey alado como mi enemigo.

Y no porque lo tema —pese a que esas garras y ese pico afiladísimos lo convierten en una criatura de lo más aterradora— o porque sea capaz de entrar en mi mente —tengo que ponerme firme con los límites—, sino porque es atento e inteligente y se preocupa por mí. Son todo cualidades que busco en mis amistades. Debería trabajar en su sentido del humor y su carisma, pero, en general, quiero seguir teniendo de mi lado a este pájaro que no considera que mis orejas curvas sean un defecto ni que mis ojos color violeta sean una mancha en mi naturaleza feérica.

Te necesita, Fallon, me recuerdo. *Su verdadera naturaleza saldrá a la luz una vez que hayas cumplido con tu cometido.*

Madre del Caldero, mi consciencia a veces me resulta insoportable. Es demasiado arisca y pragmática.

Parpadeo para ahuyentar a esa vocecilla en mi cabeza, y no se va sola; me las arreglo para deshacerme también del oscuro dormitorio.

Ahora estoy de pie en una estancia tan amplia y alta como toda mi casa. Aunque las ventanas son pequeñas, iluminan toda la sala y bañan de un color dorado las altas vigas de madera y las paredes de piedra, que no son rectas ni pulidas, como mis congéneres suelen preferir. Esta habitación es extraña y tosca, con una enorme cama colocada sobre una amplia plataforma de piedra cubierta de pieles oscuras y una estantería de pie tallada a partir de ramas entrelazadas y reforzada con losas grises.

Un ligero cambio en el ambiente desvía mi atención de los gruesos lomos encuadernados en piel y me fijo en la imponente silueta de un hombre que se encuentra junto a una de las ventanas, con las manos entrelazadas a la espalda y el cabello tan negro que tiene un resplandor azul, como las plumas de Morrgot. Los hombros del desconocido son rectos e increíblemente amplios, acentuados todavía más gracias a la estrechez de su cintura y la delgadez de sus caderas.

Trato de ver qué forma tienen sus orejas, puesto que, al llevar el cabello cortado por encima de los hombros, imagino que deben de ser redondas, pero los mechones negros con reflejos azulados las ocultan de mi vista. La curiosidad me pone en movimiento. Me doy cuenta de que no solo voy descalza, sino que también estoy completamente

desnuda… Qué extraño.

Supongo que sigo soñando, porque esto no coincide ni con un recuerdo ni con la realidad. Me acordaría de haber irrumpido desnuda en el dormitorio de un completo desconocido.

Por un instante, me preocupa que sea una premonición, pero en mi futuro solo hay lugar para una relación monógama en Isolacuori y, aunque el hombre está de espaldas, está claro que no es Dante.

Los hombros del príncipe son más estrechos, tiene los brazos tonificados, pero más delgados, y sus cabellos son del color de la caoba en vez de negros como la noche. Por no mencionar que Dante tiene la piel de un tono marrón intenso, mientras que este hombre es pálido, como si no acostumbrase a ponerse al sol.

Me acerco todavía más, envalentonada ante la idea de presenciar otro producto de mi animada imaginación. Noto el frío de la roca bajo los pies descalzos y, para mi enorme sorpresa, me doy cuenta de que el material no está segmentado. El suelo está compuesto por una única losa. Me resulta fascinante. Tanto, que me olvido de que estoy caminando hacia el desconocido hasta que sus botas entran en mi campo de visión, con la punta mirando en mi dirección.

Levanto la mirada de golpe y se me escapa un grito ahogado por la sorpresa cuando reconozco el rostro que me observa desde arriba. Es el hombre al que Bronwen llamó Lore en el recuerdo que Morrgot me envió. Esta debe de ser otra visión.

Inclino la cabeza hacia un lado y espero a que diga algo, ya que dudo que el cuervo me haya enviado con su amo sin un motivo.

Sin embargo, no pronuncia una sola palabra.

Se limita a observarme.

Así que yo hago lo propio.

No me parece nada justo que él pueda ir vestido mientras que yo he aparecido como los Dioses me trajeron al mundo.

Aunque tampoco es que quiera verlo desnudo.

Para ponerle fin al incómodo silencio, digo:

—Tienes los ojos del mismo color que los de tu cuervo. Perdón, cuervos. —Marco bien la ese—. A no ser que te refieras a él como uno solo, claro.

No hago ningún comentario sobre su maquillaje ni sobre el tatuaje que tiene en la mejilla. Supongo que los dos son una muestra de fidelidad para con sus compañeros alados. La forma en que la pintura negra le rodea los ojos recuerda a un par de alas, y el tatuaje de la pluma… pues recuerda a una pluma.

—Fallon.

Me doy cuenta de que su mandíbula es tan firme como los

muros que nos rodean. Y también me fijo en que está apretando los dientes.

—Fallon Báeinach —completa.

—Rossi. Pero supongo que también soy una Bannock. Tú debes de ser Lore, ¿no? —Le ofrezco una mano—. No voy a negar que me resulta un poco raro conocernos así —me señalo el cuerpo desnudo con la cabeza—, pero es un placer igualmente.

—¿Cómo es que estás aquí?

Lore no me estrecha la mano, sino que se limita a observarla sin dejar de apretar los dientes.

—Ha sido cosa de tu pájaro. Supongo que quería que nos conociésemos. Lo que no entiendo muy bien es por qué me ha enviado aquí desnuda. ¿Tal vez sea algo simbólico?

Me mira de arriba abajo.

—¿Simbólico?

Noto como me voy poniendo colorada.

—Ya sabes…

—Creo que no.

Me muerdo el labio y lo dejo escapar.

—No llevo ningún arma encima, así que no supongo una amenaza. —Me señalo la mano con la cabeza—. Mis dedos no están hechos de obsidiana, Lore.

Vuelve a clavar su mirada en la mía, con las pupilas dilatadas y rodeadas por el color del atardecer.

Asumo que los cuervos no tienen por costumbre darse la mano, así que la bajo y, al hacerlo, me rozo la cadera. Tengo la piel fría y húmeda pese a que tengo calor, mucho más ahora que estoy sometida a la intensa mirada enmarcada de negro de Lore. No me sorprendería que sus iris estuviesen hechos de verdadero fuego. Tendré que preguntárselo a Morrgot cuando me devuelva al mundo real.

Como todavía no me ha sacado de la visión, me pongo a parlotear para llenar el silencio.

—Menuda gruta tienes aquí montada. Es muy… —señalo la austera decoración mientras intento encontrar una palabra que la defina— córvida.

—¿Córvida?

Se le curva una de las comisuras de la boca, lo que resulta un agradable cambio después de tanto bruxismo.

—*Au naturel.* Ruda. Desprovista de todo artificio feérico. Masculina —enumero con un encogimiento de hombros.

Su media sonrisa se hace todavía más evidente.

—La odias.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte. ¿Viviría aquí voluntariamente? Lo más seguro es que no, pero eso es irrelevante porque es tu casa, no la mía y, aunque puede que no tardemos en hacernos amigos una vez que te haya devuelto a la vida, probablemente no quieras tenerme en tus aposentos privados. — Siento la tentación de coger una de las pieles que hay extendidas sobre la cama para cubrirme los hombros con ella, pero imagino que mis dedos la atravesarían—. Bueno, ¿qué estabas mirando antes?

Me acerco a la ventana y, al asomarme…, me quedo sin aliento porque las vistas son espectaculares. Azules cristalinos, arena perlada y olas espumosas que se funden hasta crear un océano que resplandece como una alfombra de zafiros tallados y se extiende hasta una isla que el atardecer ha teñido de rosa.

—¿Eso es Shabbe?

—Así es.

Eso significa que…

—¡Estamos en el Reino de los Cielos! —Mi mirada se precipita hacia la de Lore—. No me puedo creer que Morrgot me haya dejado entrar. Estaba decidido a mantenerme alejada de aquí.

Lore permanece en silencio, pensativo, pero no es su tierra lo que contempla, sino a mí. Imagino que, si una desconocida se pavonease desnuda por mi dormitorio, yo también me la quedaría mirando. Aunque no es que esté pavoneándome como tal.

Ahora que su rostro está del todo iluminado, distingo sus pestañas entre todo ese maquillaje negro. Tienen una largura y un espesor indecentes y son rizadas. Su nariz es larga y afilada, no como un pico, sino perfectamente recta. Estoy segura de que, de deslizarla por mi mejilla, me cortaría la piel.

Pero… ¿por qué demonios he pensado eso?

Me acaloro tanto que siento la tentación de apoyar el rostro contra la pared de piedra porque estoy segura de que estará fría, pero seguro que quedaría como una loca.

Me giro hacia la ventana y cruzo los brazos, centrando toda mi atención en el paisaje de abajo.

—Y, bueno, eh, ¿de qué querías hablar?

—Dímelo tú.

Poso la mirada de nuevo en él. Ya no sonríe, pero sus rasgos no son ni la mitad de duros que cuando he aparecido aquí.

Salvo por sus pómulos.

Y su mandíbula.

Y su nariz.

¿Por qué tengo esta fijación con su nariz? No es tan distinta de

otras. Lo más probable es que destaque tanto por el maquillaje, como una isla en medio del océano.

—¿Yo?

Unas volutas de humo brotan de sus cabellos, como si estuviese a punto de desvanecerse.

—Tú eres quien ha entrado en mi mente, Behach Éan. Otra vez.

Capítulo 58

Parpadeo, pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, Lore ha desaparecido y en su lugar se encuentra el techo bajo de la casa de Sewell, así como mi fiel compañero alado.

Tomo aire. Lo suelto. Espero a que las partículas de oxígeno se deshagan de la conmoción que me sacude el cuerpo. Sin embargo, mi cerebro reproduce las palabras de Lore y neutralizan el efecto reparador de las profundas inspiraciones que he tomado.

«Tú eres quien ha entrado en mi mente, Behach Éan.»

¿Ahora puedo entrar en las mentes ajenas? ¿Y en la mente de completos desconocidos, por si fuera poco?

No tiene sentido.

Soy una mestiza sin ningún poder. Soy inmune al hierro, a la sal y a la obsidiana, pero eso no se puede considerar una habilidad mágica.

Me incorporo tan deprisa que las sábanas caen sobre mi regazo.

—Adivina qué.

Tiro de la sábana y la sujeto bajo las axilas, sin que me importe ya el estado de mis pezones.

¿Qué?

—Creo que me has pegado parte de tu poder, porque acabo de entrar en la mente de alguien. ¡Y no te imaginas de quién! —La imagen de Lore con su extraño maquillaje y su mirada penetrante aparece grabada a fuego en mi mente—. Madre del Caldero, ¡mi lado córvido debe de estar empezando a despertar!

Y, si el lado córvido se despierta, puede que mi lado feérico también lo haga.

Lanzo una mirada a la bañera e intento mover el agua.

No se forma ni una triste olita. Entrecierro los ojos para volver a intentarlo.

De nuevo, no ocurre nada.

No puedo pegarte nada, Fallon.

—Pero he visto a tu maestro. He hablado con él. Y te puedo asegurar que me ha visto de sobra. —El recuerdo de su intensa mirada sobre mi piel desnuda me calienta las mejillas—. Y me ha respondido.

—Mi voz pierde intensidad a medida que voy perdiendo la seguridad en lo que digo—. Incluso me ha llamado por ese apodo que tú…

Dejo de vomitar todo lo que pienso.

La única razón por la que Lore usaría el mismo apodo que Morrgot es porque yo misma he puesto esas palabras en su boca.

Nuestro encuentro no ha sido más que un producto de mi imaginación, una consecuencia del cansancio extremo.

—No ha sido más que un sueño —farfullo al tiempo que mi pulso recupera su ritmo normal e incluso se ralentiza un poco más de la cuenta. Juraría que prácticamente se me detiene el corazón.

No es que quisiese que lo ocurrido fuese real, pero me gustaba la idea de tener poderes.

Morrgot debe de pensar que se me ha ido el caldero. Ay, ¿por qué he tenido que ponerme a parlotear sin pensar?

Con la sábana bien sujeta contra el torso, me froto los ojos con los puños para deshacerme de la desilusión. Cuando bajo las manos, Morrgot todavía me está mirando.

—¿Ya es hora de retomar el viaje?

El silencio se alarga. Y se alarga.

Entonces lo rompe por medio de su psicoambulismo.

Así es.

¿Por qué ha dudado? ¿Porque le preocupa que mi estado mental afecte a la siguiente parte del viaje? En todo caso, me siento invadida por una especie de energía maníaca nacida de una mezcla entre la frustración y la sensación de estar descansada.

—¿Voy a tener que cavar mucho?

Espero que diga que sí. Mis renovados músculos se mueven al ritmo de mis latidos. Necesito descargar energía y abrir un hoyo en la arena suena de maravilla.

Los ruidos nocturnos de Selvati se cuelan por las delgadas paredes y me revigorizan todavía más. Bajo las piernas de la cama. Estoy a punto de soltar la sábana para coger la ropa que me quité antes de meterme en la bañera cuando me doy cuenta de que ya no está sobre la silla de mimbre de la esquina.

—Emm… ¿Sabes qué ha pasado con mis cosas?

Sewell te lo está lavando todo.

Ah.

—Qué amable por su parte. ¿Debería… —señalo la puerta— ir a por ello?

No. Ya viene.

Me aseguro de estar bien tapada. Aunque no me importe caminar desnuda en sueños o delante de un pájaro, no tengo por costumbre ir

por ahí sin ropa en la vida real. Me paso las manos por el pelo, que ha ganado mucho volumen mientras dormía. Y, cuando digo mucho, es *mucho*. Me pongo en pie, me contoneo hasta la bañera y me agacho para contemplar mi reflejo. Aunque apenas hay luz, veo el revoltijo de rizos alrededor de mi cabeza sobre la superficie lisa como un espejo.

Ahueco las manos para coger agua y alisarme un poco el caos en que se ha convertido mi melena antes de peinarme con los dedos. Mientras me voy desenredando el pelo, mi mente regresa a los hábiles dedos que corrieron por mi piel anoche, así como al dueño de los cuervos que he logrado conjurar con todo lujo de detalles tras un rápido vistazo. Mi cabeza es un lugar de lo más extraño.

Alguien llama a la puerta y me aparto las manos del pelo del susto.

—Adelante.

—¿Ha dormido bien? —pregunta Sewell con una sonrisa.

Me parece que se está riendo de mí, que ha oído los gemidos o la charla que he tenido con Morrgot acerca de entrar en mentes ajenas, pero, cuanto más estudio su rostro, más sincera me parece su sonrisa.

—Sí, gracias por prestarme la cama.

Miro la tela que cuelga de su brazo. Es amarilla y aterciopelada. A no ser que haya lavado mi ropa con polen, las prendas que me trae no son mías.

—Espero que esto le valga —dice cuando me las ofrece.

El vestido se desenrolla y veo que está hecho de terciopelo del color de la miel, decorado con unos grandes motivos florales en negro. La falda es larga y voluminosa y el estrecho corsé que la acompaña hace que parezca todavía más abultada.

—Eso es, eh… —Miro fijamente a Morrgot con la esperanza de que intervenga. Cuando Sewell sigue ofreciéndome la prenda con esa sonrisa suya tan luminosa, comprendo que el cuervo quiere que me encargue yo solita de la situación—. Es un vestido.

—Vaya que sí. —La sonrisa de Sewell crece.

—¿Cree que será la mejor ropa para… lo de esta noche?

No digo nada más sobre el plan porque no sé cuánto sabrá Sewell del tema.

—Seis monedas de plata me ha costado. No había comprado nada tan caro en mis cuarenta y cuatro años de vida.

¿Cuarenta y cuatro? Vaya. Yo le había echado sesenta y tantos. El paso del tiempo hace mella enseguida en el rostro de los humanos.

—No tengo tanto dinero encima —ofrezco mientras me mordisqueo el labio.

—Ah, no se preocupe. Su Majestad lo ha pagado antes de enviarme a buscarlo al mercado de Despeñadero del Mare.

Se me deben de salir los ojos de las órbitas, porque Sewell pierde la sonrisa y cambia el peso de un pie a otro. El vestido de terciopelo susurra con el movimiento de su cuerpo.

—¿No le gusta el que he escogido? No sé mucho de moda femenina, pero el dependiente me ha asegurado que sería perfecto para esta noche.

—No, es precioso. De verdad. Supongo que esperaba unos pantalones.

—No puede acudir a la fiesta en pantalones.

—¿Qué? —Miro a Morrgot—. ¿Mi tarea es acudir a una fiesta?

Exacto.

—Pensaba…, pensaba que… —Hago como que cavo y casi se me cae la sábana—. No es que quiera poner en duda tu decisión, pero ¿no crees que ver a una chica vestida de gala usando una pala levantará sospechas? Con unos pantalones, al menos me confundirán con un chico.

Sewell se encargará de cavar.

—Ah. Vale…

Aunque me alegro de contar con otro par de manos, no puedo evitar fruncir el ceño.

Tú, Fallon, te encargarás de distraer a Marco y a tu príncipe.

Balbuceo y me atraganto con mi propia saliva.

—¿Me vas a entregar a ellos en bandeja?

No te pienso entregar a nadie.

—Si me ven, me atraparán, Morrgot. Hay una… —Echo un rápido vistazo a Sewell. Si no sabe lo de la recompensa, desde luego, no seré yo quien ponga a prueba su lealtad hacia Morrgot al hablar de una suma de dinero que cambiaría el curso de su vida sin tener que arriesgar el pellejo por un cuervo, así que me limito a decir—: Me están buscando.

Porque dan por hecho que has huido. Les dirás que has venido a Tarespagia en busca del consejo de tu bisabuela y que no eras consciente del revuelo que se ha desatado en tu ausencia.

Me humedezco los labios y saboreo la sal que el rey seguramente me obligue a consumir para asegurarse de que digo la verdad.

—¿Y qué hay de la zanja?

¿Qué pasa con ella?

—Que se llenó de agua y la inundación se llevó por delante a todo un regimiento.

No sospechan de ti. No te ofendas, Behach Éan, pero romper el dique no entra dentro de tus capacidades.

Cruzo los brazos y levanto la barbilla, indignada.

—Soy fuerte.

Estoy segura de que Morrgot se ríe entre dientes.

Tu propio abuelo trató de derribarlo y no lo consiguió.

Vaya. Suelto los brazos, pero mantengo la cabeza alta.

—Bueno. Vale. —Marco cada palabra con rotundidad.

Sewell deja el vestido sobre la cama.

—¿Necesita ayuda para vestirse? —Echa la cabeza hacia atrás y su eterna sonrisa se reduce hasta desaparecer por completo—. Discúlpeme. Solo quería ayudar.

Fulmino con la mirada al cuervo, que debe de haberle regañado. Solo los Dioses saben por qué lo habrá hecho; no soy un pedazo de obsidiana que envenenará a todo aquel humano que me toque.

—Agradecería mucho su ayuda. A no ser que tengas intención de atarme el corsé con las garras y el pico, Morrgot.

Sewell inclina la cabeza y se retira.

—Ensillaré a Furia.

Una vez que la puerta se cierra, refunfuño un poco más.

—Está claro que no sueles llevar vestidos, porque, de lo contrario, sabrías que ponérselos es un incordio.

Cuanto más sofisticados son, más ojales y lazos y ganchos minúsculos hechos para deditos diminutos tienen. Pero, bueno, las mujeres que llevan vestidos tan elaborados como este tienen duendes y mestizos a su servicio que se encargan de ayudarlas a vestirse y nunca van a ningún lado con prisas.

Sewell está soltero y, a no ser que quieras convertirte tú en su compañera, te aconsejo que intentes vestirte tú solita. Si no consigues encorsetarte sola, yo te ayudaré.

—Por lo general, lo que te lleva a emparejarte con alguien es desnudarte, no vestirte —murmuro entre dientes—. Aunque dudo que un pájaro sepa cómo funciona el cortejo entre personas.

Dejo la sábana de vuelta en la cama, cojo el vestido y me lo paso por la cabeza. La sensación del forro de seda contra la piel limpia es como la de la loción fría.

—No me habrá traído ropa interior nueva, ¿verdad?

Te traeré la que te ha lavado.

Morrgot se convierte en una sombra y atraviesa el marco de la puerta. Menudo truquito. Me pregunto si todos los cuervos son capaces de cambiar de consistencia o si es otro de esos poderes que solo los reyes de su especie poseen.

Cuando regresa y consigue abrir la puerta con las garras, aparece con mi ropa interior en el pico. La deja caer sobre la cama como si fuese carroña podrida y luego empuja la puerta con todo el cuerpo

para cerrarla con un rotundo chasquido.

Me la meto por una pierna y luego por la otra. La tela está caliente y seca y, pese a que el jabón la ha dejado un poco tiesa, agradezco la sensación de llevarla limpia. Ya con la ropa interior, me pongo manos a la obra con las tiras que sujetan el rígido corsé.

Aunque acabo con los hombros doloridos de tanto retorcerme y tirar, consigo atármelo relativamente bien. ¿Podría quedar más prieto? Sí. ¿Me importa? Siempre que no se me suelte, no.

Apriétatelo más. Se te ven los pechos.

Me aliso la sofisticada tela y levanto la vista hacia el cuervo.

—¿Por qué me estás mirando los pechos para empezar?

Morrgot baja del poste de la cama y se desvanece tras mis hombros. Un segundo después, una brisa fría se me pega contra la espalda. La sensación es vagamente familiar. ¿Es este el tacto de las plumas o del humo?

Giro la cabeza. Unas volutas negras colorean el corsé de terciopelo y se enroscan alrededor de las gruesas cintas negras.

Un fuerte tirón me quita el aliento, me aplasta el pecho y me golpea los doloridos pezones. Otro fuerte tirón vuelve a dejarme sin respiración. El cuervo trabaja en silencio, con diligencia y una destreza que nunca habría imaginado atribuirle, ni en forma de pájaro ni en forma de nube.

Listo.

Su cuerpo de humo frío me acaricia los omoplatos y juro que es la misma sensación que la de unos dedos al recorrerme la espalda, suaves pero fuertes, delicados pero firmes.

Me estremezco antes de quedarme muy muy quieta, alarmada al darme cuenta de que es una sensación similar a las manos que me han masajeado en sueños. El rubor me devora la piel, seguido de una violenta confusión.

¿Ha sido él quien me ha dado aquel masaje? La pregunta se abre paso cautelosamente hasta mi boca, pero no llega a dar el salto desde la punta de mi lengua. Es una idea demasiado absurda, un auténtico disparate.

No te lo he apretado tanto como para dejarte sin aliento.

El humo se enrosca alrededor de mi oreja y me arranca otro escalofrío.

—¿Q-qué?

Has dejado de respirar.

Ya me había sentido avergonzada antes, pero nunca había deseado tanto que me tragase la tierra como en este momento. Me alejo del frío aterciopelado del cuerpo de Morrgot mientras la confusión se abre

paso por mis venas. Vuelve a estar hecho de plumas. Aparto la mirada antes de que adivine los descabellados pensamientos que me han asaltado.

¿En qué piensas, Behach Éan?

En un millar de cosas, y muchas tienen que ver con el cuervo y el sueño. Aunque no me apetecía acudir a un baile, de pronto me alegro de estar a punto de volver a verme rodeada de los míos.

—¿Estará Dante en la fiesta?

El barco de la princesa de Glace ha atracado hace poco más de una hora. Tu príncipe viajaba a bordo.

—¿Ha venido con ella? —pregunto con la mirada desencajada.

¿De qué te sorprendes? Los rumores sobre su relación vuelan por todo Luce.

Siento que se me han quebrado las costillas y se me están clavando en el corazón.

—Bueno, también se dice que puedo comunicarme con las serpientes —espeto mientras me encamino hacia la puerta—, pero ambos sabemos que eso es una mentira tan grande como el sagrado templo feérico.

¿Estás segura?

Me detengo en el umbral y le lanzo una mirada fulminante.

—El único animal con el que puedo hablar es contigo.

Se le encogen las pupilas.

Aunque haya sido un golpe bajo, lo justo era que se la devolviese, porque él ha ido a darme donde más duele y no hay nada que esta criatura odie más en el mundo que verse reducido a su naturaleza primaria.

Te olvidas de que eres hija de Cathal, Fallon, y él era tan cuervo como yo, dice mientras recorro la casa de Sewell para llegar hasta Furia, que me espera en el patio trasero.

Al darme la vuelta con la respiración agitada, la falda del vestido ondea alrededor de mis piernas.

—¿Y qué? ¿Él podía transformarse en un pájaro charlatán de plumas negras y extremidades de hierro?

Morrgot vuela por encima de mi cabeza y me levanta los finos mechones de pelo que me enmarcan el rostro inclinado hacia arriba. Como le gusta tanto compartir sus opiniones conmigo, espero que me responda, pero me deja atrás y desaparece en la oscuridad sin decir nada.

Su silencio me llama la atención.

Los humanos no pueden transformarse en animales…, ¿verdad?

Capítulo 59

Noto la presencia de Morrgot, pese a que no he posado la mirada en él desde que salimos de casa de Sewell. El amable hombre lleva cabalgando a mi lado una hora, pero no hemos hablado mucho porque las calles están llenas de metomentodos.

O eso me ha dicho.

Casi todas las personas con las que nos cruzamos parecen demasiado ocupadas y cansadas como para inmiscuirse en asuntos ajenos, aunque la mayoría nos miran al pasar. No puedo evitar agarrar las riendas de Furia un poco más fuerte.

Qué pensarán de mí con este vestido de seda…

Por suerte, mi acompañante es uno de los suyos. Vamos dejando un rastro de susurros a nuestro paso, pero parecen estar más movidos por la curiosidad que por la codicia.

Las mujeres que lavan las prendas en las aguas marrones del río levantan la vista al tiempo que escurren sus respectivas pilas de ropa. Los restos de jabón serpentean hacia los varios grupos de hombres que se bañan a unos pocos metros. Se frotan la cara para deshacerse de la suciedad con el agua igual de sucia mientras espantan las moscas que los rodean y salpican a los niños.

Los pequeños son las únicas criaturas alegres en Selvati. Todos los demás se muestran adustos, cautelosos. Una pelota roja rueda justo por delante de Furia y lo hace retroceder.

—Lo siento, señorita —dice un niño consumido antes de recoger la pelota y lanzársela al resto de niños vestidos con harapos.

Algunos tienen el vientre hinchado, aunque todos tienen las piernas como palillos.

No llegué a adentrarme tanto en Racocci como para saber si se encuentran en condiciones mejores, peores o similares a las de los selvatinos, pero la extrema miseria en la que viven aquí hace que se me encoja el corazón. ¿Cómo es capaz Marco de dejar que esta gente subsista entre tanta suciedad y con tan pocos recursos? Aunque no llegase al punto de redistribuir la riqueza del reino, enviar a un equipo de fae a potabilizar el agua y cultivar la tierra no le costaría nada.

Aprieto los dientes para intentar no explotar de rabia y enfilar hacia Tarespagia para ponerle fin a la vida de Marco sin la ayuda de Morrgot.

Al menos, después de ver este terrible espectáculo, ya no me siento tan mal por las últimas decisiones que he tomado. Ya me da igual que el rey cuervo planee llevar al monarca lucino hasta las playas de Shabbe. Por mí como si lo torturan y lo dejan morir de hambre. Le estará bien empleado.

A medida que recorremos las calles torcidas y cubiertas de arena, el aire se vuelve más denso, cargado del olor a leña, cerveza y estofado. El humo se cuela por cualquier abertura que encuentra, ya sea una ventana sin cristal o un agujero en el techo. Inunda la oscuridad iluminada por las antorchas con el aroma del arroz cocido, las alubias y la grasa animal.

Los perros, tan famélicos como los niños que jugaban a la pelota junto al río, se asoman a las casas destartaladas. Uno incluso sale corriendo con un pollo, perseguido por una persona que echa sapos y culebras por la boca mientras lo amenaza con una escoba.

La gran mayoría de los establecimientos de Selvati están expuestos a los elementos. No sé si es porque los comerciantes no pueden permitirse contar con cuatro paredes o porque las temperaturas permanecen lo suficientemente altas durante todo el año como para que la gente no necesite resguardarse.

Como las calles son tan estrechas, Sewell tiene que frenar a su desmejorada yegua unas cuantas veces para que camine detrás de Furia. Aunque la rabia que siento no deja espacio en mi interior a ninguna otra emoción, cada vez que un humano acaricia a mi caballo o el vestido aterciopelado con otra cosa que no sea la mirada, una ola de inquietud se abre paso a través de la rabia y me recuerda que, aunque mis orejas son curvas, no tengo que raparme el pelo ni estoy en los huesos.

Cuanto más nos adentramos en Selvati, menos personas vemos y más silenciosos se vuelven los alrededores, como si los habitantes de la zona más próxima al territorio de los fae temiesen hacer ruido.

Sewell se pone a mi altura y su calva resplandece bajo la luz de la gruesa vela que se derrite en el alféizar de una casa a pocos metros de nosotros.

—Casi hemos llegado al puesto de control. Cuando los guardias nos pidan que nos identifiquemos, dígales que soy el mozo encargado de su caballo.

Estudio el interior de la casa, más allá de la rutilante llama de la vela, donde un anciano está encorvado sobre un libro, con una pluma

en la mano. Imagino que estará dibujando, puesto que los humanos son analfabetos.

Cuadro los hombros, tensa de nuevo. Daría lo que fuera por otro masaje fantasma.

—¿Los caballos tienen mozos?

—En Tarespagia siempre hay un miembro del servicio destinado a atender las necesidades de los animales.

Me imagino a Morrgot contando con una criada que le atuse las ramitas del nido y otra que le llene la fuente de agua.

—¿Es un vestigio del legado de los cuervos?

Sewell traga saliva y su nuez sube y baja al mismo ritmo que sus ojos recorren la calle con la mirada.

—Es mejor que no los mencione, mi señora.

La arena da paso a un camino adoquinado atravesado por una verja dorada que se extiende más lejos de lo que alcanza la vista.

Tarespagia.

Hemos llegado…

—Nunca he visto a mi bisabuela en persona.

Sewell me lanza una mirada antes de volver a centrarse en el hombre uniformado que monta guardia ante uno de los puestos de control.

—Es… todo un personaje.

—¿En qué sentido? —Sonrío por primera vez desde que hemos salido de casa—. ¿Es aterradora? ¿Vivaracha? ¿Cariñosa?

—Cariñosa desde luego que no.

—Mi abuela, que fue quien me crio, odia con toda su alma a su suegra —digo antes de acercarnos al guardia, cuyas cejas se han desplazado hasta casi tocarse.

Da un paso hacia nosotros con las manos levantadas y rodeadas de unas resplandecientes telarañas de magia verde.

—¡Alto!

¿Pensaría que íbamos a intentar saltar la verja coronada por unos pinchos de un brillo tan letal como las garras de Morrgot?

Hablado del cuervo…, ¿dónde se habrá metido? Alzo la vista al cielo y recorro el firmamento salpicado de estrellas en busca de los dos orbes dorados que han seguido todos y cada uno de mis movimientos desde que entré en la cámara de los Acolti.

—¿Motivo de la visita? —ladra el guardia, que apoya la mano que ya no chisporrotea con magia sobre la empuñadora de su espada envainada.

—Somos invitados de Xema Rossi.

—No hable en plural —susurra Sewell junto a mí.

Lo miro con expresión confundida hasta que caigo en la cuenta del motivo por el que me ha corregido en un siseo.

—Me refiero a mi caballo y a mí. El humano se encarga de cuidar de mi montura.

El guardia me mira con ojos entrecerrados y luego pasa a estudiar a Furia y a Sewell antes de volver a mí. Esperaba que me reconociese en algún momento, pero en su rostro solo veo desconfianza.

—¡Nombres!

Pensaba que todo adulto, niño y duende me estaría buscando a estas alturas. Me pregunto si debería inventarme un alias.

—Su nombre es Fallon Rossi —dice una voz grave que, como siempre, me arrebata un par de latidos.

Escudriño la oscuridad en busca de Dante y lo encuentro montado sobre un caballo blanco tan alto y robusto como Furia, flanqueado por cuatro hombres que también montan a caballo, de entre los cuales reconozco a dos: al grosero de Tavo y al discreto Gabriele.

Han pasado unos cuantos días desde que Dante y yo nos vimos por última vez, desde que yacimos juntos en su tienda, pero siento que han pasado años desde aquella tarde.

Casi pronuncio su nombre, pero sustituyo esas dos sílabas por otras tres.

—*Altezza.* —Sueno como si me faltara el aliento y espero que nadie más que yo lo haya notado—. ¿Qué le trae por Tarespagia?

Sus ojos azules resplandecen tanto como las cuentas doradas que le adornan las largas trenzas.

—Tú.

Capítulo 60

La respuesta de Dante retumba contra la verja dorada que nos separa de Tarespagia.

Su caballo está empapado de sudor, al igual que los de su guardia personal, como si hubiesen cruzado Selvati al galope.

—Todo el reino te está buscando —dice con una voz tan tensa como la mueca en sus labios.

—¿En serio? —Furia se mueve con cierto nerviosismo, así que le acaricio el pelaje negro para ayudarlo a calmarse—. ¿Por qué iba a causar semejante revuelo?

—Porque huiste —dice con voz queda, como si no quisiese que los demás nos escuchasen.

Me obligo a esbozar un exagerado gesto de confusión.

—¿Qué motivo tendría para huir?

Tavo nos señala a Sewell y a mí.

—¿Quién es tu nuevo amigo, Fallon?

Una brisa salada agita las altas palmeras plantadas a lo largo de la verja y me sacude los mechones sueltos.

Me coloco los rizos que juguetean en torno a mi rostro tras la oreja.

—Es el mozo que se encarga de mi caballo.

—Ah, ¿sí? —Tavo arquea las cejas—. ¿Desde cuándo tienes tú un caballo?

—Desde que decidí venir a Tarespagia a conocer a mi bisabuela antes de que el rey me tire a la fosa de las serpientes. Me pareció que sería bonito verla, aunque fuese una vez en la vida.

La tensión abandona el hermoso rostro del príncipe por completo.

—Fallon —exhala y siento mi nombre como una caricia, como un suspiro—, no vas a morir.

No, es verdad. Pero solo porque no tengo ninguna intención de meterme en el Mareluce.

—¿Ha venido hasta aquí a caballo, *princci?*

Furia patea el suelo; por lo que parece, está impaciente por retomar la marcha.

—Pues… —Traga saliva—. Vine por mar. —Sondea mi rostro con

una mirada perspicaz—. El camino de montaña que encontró el comandante se inundó.

—¡Ah, será por eso por lo que tembló la tierra cuando llegaba a la cima de la montaña!

Aunque pronto no habrá más secretos entre Dante y yo, tengo que asegurarme de ocultarle ciertos detalles hasta que Morrgot vuelva a estar completo.

Dante me estudia con tanto detenimiento que me preocupa que note lo rápido que me late el corazón.

Tras un angustioso minuto, su mirada abandona la mía y se posa en Sewell, que tiene la vista clavada en el suelo para mostrar la deferencia que se espera de los humanos.

—¿Viajaste acompañada de este hombre?

—Así es.

Siempre he sido una embustera de lo más hábil, pero me siento fatal por mentirle a Dante. Me encantaría alejarlo de su séquito y contarle que estoy a tres cuervos de cambiarnos la vida.

Los largos cabellos pelirrojos de Tavo vuelan desenfrenadamente alrededor de sus hombros.

—¿Os habéis topado con algo interesante durante vuestro viaje?

¿Estará preguntando por el Reino de los Cielos del que nadie habla?

—Árboles. Nubes. Más nubes. Hay montones en Monteluce.

Casi cometo el error de mencionar la emboscada, pero eso me obligaría a confesar que estoy al tanto de lo de la recompensa por mi cabeza.

—¿No visteis nada más? —La suspicacia brilla en la mirada ambarina de Tavo.

Aprieto los labios. ¿Debería contarles lo del hogar de los cuervos o hacerme la tonta? Levanto la vista de nuevo con la esperanza de que Morrgot comparta su opinión sobre el tema conmigo.

Díselo. El Reino de los Cielos es demasiado imponente como para pasar desapercibido.

Magnífico.

Estoy a punto de contárselo a Dante cuando mi mente trastabilla y se interrumpe bruscamente. No le he preguntado nada a Morrgot en voz alta, así que…

¿¡Puedes leerme el pensamiento!?

Comunicarse telepáticamente con otra persona es una cosa, pero ¿lo de escuchar a hurtadillas los pensamientos de alguien sin que lo sepa? Es…, es… Me siento engañada. Y tonta. Y enfadada. Muy pero que muy enfadada.

Ya hablaremos de eso más tarde, Fallon.

Puedes apostarte un par de plumas a que sí.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Dante, que me distrae de la rabia que siento.

—Las estrellas —respondo entre dientes, porque, aunque no sea la mayor admiradora del cuervo ahora mismo, todavía lo necesito—. En esta parte del reino, son cegadoras.

Los resplandecientes ojos del príncipe se posan sobre los míos.

—¿Te parecen más brillantes que en nuestra zona?

Sigo apretando tanto los dientes que mis palabras suenan constreñidas.

—Desde luego, brillan más que en Tarelexo, aunque supongo que el cielo de Isolacuori se parece más a este.

Dante me estudia como si tratase de ver más allá de los muros de mi mente. Me aseguro de reforzarlos bien.

—¿Le importaría continuar con la conversación en la hacienda de mi familia? Se me ha olvidado coger una capa y el aire viene frío.

Su mirada salta desde mi barbilla para viajar por mi clavícula y mis hombros desnudos. Pese a que el talento clandestino de Morrgot todavía me tiene alterada, no puedo evitar estremecerme ante el prolongado escrutinio de Dante, así como la chispa que se le enciende en los ojos.

Puede que haya venido hasta aquí con otra mujer, pero yo causo cierto efecto sobre él.

Desliza los dedos por los botones dorados de su chaqueta blanca y los suelta uno a uno. Azuza a su caballo para que se acerque al mío, se quita la elegante prenda y suelta las riendas para inclinarse desde su silla y cubrirme los hombros con la pesada tela.

El cuello de la chaqueta está impregnado de su aroma mineral, con toques salados y almizcles… Un olor familiar. Inspiro hondo para dejar que me envuelva y apacigüe mi mal humor.

Dante se queda a mi lado, rozándome la pierna con la suya y con la mirada posada en mí.

—Me has dado un buen susto.

El calor de su susurro arrasa con todo lo que nos rodea, con cada sonido, cada color, cada espectador.

De pronto, el engaño de Morrgot me importa un bledo. Con tal de que nos lleve a Dante y a mí hasta el trono, el cuervo puede colarme tantos trucos como quiera.

Furia le da un mordisco al caballo de Dante en los cuartos traseros y le hace proferir un relincho de dolor.

—¡Furia! —regaño a mi montura.

Estoy a punto de preguntarle qué mosca le ha picado cuando

me doy cuenta de que seguramente no haya sido una mosca, sino un cuervo.

Aunque me encantaría lanzar una mirada fulminante al cielo, evito levantar la vista y me conformo con llamarle de todo al pajarraco en mi mente.

Más te vale ponerte en marcha, Behach Éan, porque no tendrás un trono en el que sentarte hasta que yo esté completo.

Ese apodo empieza a sacarme de quicio.

—¿Fallon? —El surco entre las cejas de Dante me dice que no es la primera vez que me llama.

Señala con la cabeza la puerta abierta de la verja.

Ni siquiera tengo que clavarle los talones en el flanco a Furia o sacudir las riendas. Mi caballo, como siempre, sabe a dónde tiene que ir.

Al entrar en Tarespagia, se me empieza a relajar la mandíbula y la irritabilidad que me embarga mengua, aunque eso no quiere decir que esté dispuesta a perdonar a Morrgot.

Sin apartar la vista de las murallas de arenisca que rodean las fincas de los castizos, decido aprovecharme al máximo de la intrusión del cuervo.

Dado que puedes leer mentes, Morrgot, haz el favor de decirme qué se le está pasando por la cabeza a Dante. ¿Sospecha que estoy mintiendo?

—¿Por qué no viniste a contármelo? —pregunta Dante, que pone su caballo a la altura del mío.

Mientras que por las calles de Selvati teníamos que movernos en fila de a uno, por estas avenidas podría pasar toda una estampida de caballos colocados unos al lado de los otros.

Me abrocho el botón superior de la chaqueta que me ha prestado para que no se me caiga.

—¿Que te contase qué?

—Que querías venir a Tarespagia.

—Oí que tenías compañía y que no debía molestarte.

¿Quién me iba a decir que la presencia de la princesa de Glace iba a resultar ser tan conveniente?

Bronwen…, responde una vocecilla que no es la de Morrgot. Seguro que Bronwen lo orquestó todo. Se me pone la piel de gallina al recordar, una vez más, que solo soy una marioneta.

¿Fue Bronwen quien invitó a la princesa, Morrgot?

Dante aprieta los dientes.

—Me prometiste…

—¿Qué te prometí? —pregunto al ver que no acaba la frase.

—Que no te meterías en problemas.

—Y tú prometiste no besar a ninguna otra mujer.

Le doy tiempo para que me diga que no ha besado a nadie, pero esas palabras nunca llegan y su silencio me atraviesa el corazón.

—¿Es simpática?

Por favor, di que no.

Su mirada cae de mi rostro al suelo, pero no creo que esté viendo los adoquines o la línea de palmeras que delimita su recorrido.

—Lo es.

Lucho por reprimir los celos y contemplo los árboles. Son tan rectos, gruesos y altos que parecen unos solemnes gigantes engalanados con descomunales hojas mecidas por el viento. Estoy segura de que son obra de los elementales de tierra, al igual que estoy segura de que las enredaderas y las flores que decoran la parte superior de las murallas también están hechas por los fae.

—Pero ella no es tú.

Mi corazón se estaba hundiendo, pero su respuesta tardía lo atrapa entre sus redes y lo arrastra de vuelta a la superficie.

El sonido de mis latidos, tan salvaje y atronador como el de las olas de un mar embravecido, debe de llegar hasta sus oídos, porque una sonrisa vacilante les da una nueva forma a sus labios.

Pero la ha besado de igual manera, comenta una voz en mi cabeza sin que le haya pedido opinión.

—Ya hemos llegado.

Dante tira de la brida de su caballo y encabeza la marcha por un camino pavimentado con la misma arenisca resplandeciente que decora las cercas amuralladas y las amplias vías que se abren entre ellas.

—La fiesta es en honor a Marco, así que estará presente.

—Bien.

Si le sorprende que esté dispuesta a pasar tiempo con su hermano, no hace ningún comentario.

—¿Tu bisabuela estaba al tanto de tu visita?

—No, es una sorpresa.

—No es el tipo de persona a la que le gusten las sorpresas.

Su comentario no me molesta, porque yo siempre me la he imaginado como la versión femenina de mi abuelo. Igual de cruel y avergonzada de *mamma* y de mí.

Si supiera quién es mi padre… Dioses, si cualquiera se enterase…

Incluso Dante se quedaría horrorizado.

Ahuyento ese pensamiento de inmediato. Él siempre me ha aceptado tal y como soy, con orejas curvas y todo. La imagen que

tiene de mí no cambiaría al descubrir de dónde proviene la sangre que corre por mis venas.

Y lo acabará descubriendo.

Pronto.

Nos detenemos ante una mansión que deja la de los Acolti a la altura del betún. A diferencia de los hogares en Selvati, este está hecho de un mosaico de cristal color turquesa y madreperla que resplandece como los canales isolacuorinos.

Dante me ofrece su mano. Aunque ahora ya soy capaz de desmontar con un ápice de elegancia, la acepto. Cualquier excusa es buena para tocarlo.

Me suelta en cuanto mis botas tocan el suelo. Sí, llevo botas. A Sewell, con las prisas, se le ha olvidado comprarme unos zapatos elegantes. Sin duda, me ganaré unas cuantas malas caras por parte del resto de invitados. Pero me da un poco igual que mi insulto a la moda cause revuelo, porque mi objetivo no es ni dar una buena impresión ni estrechar lazos con un miembro de mi familia que no se preocupa en absoluto por mí.

He venido a servir de distracción.

Me giro hacia Sewell y le ofrezco las riendas de Furia.

—Asegúrate de que recibe comida y agua.

Intercambiamos una larga mirada.

—Por supuesto, mi señora —dice asegurándose de marcar su acento selvatino.

Me muero por levantar la vista al cielo.

¿Y ahora qué, Morrgot?

Ahora tendrás que deslumbrar a los invitados feéricos con tu encanto.

Me río entre dientes, porque Morrgot me considera tan encantadora como un calcetín mojado.

—¿Te ocurre algo? —pregunta Dante, que me ofrece su brazo.

—Solo me estaba imaginando la cara que pondrán todos cuando me vean entrar —digo una vez que recupero la compostura. El fantasma de una sonrisa le curva los labios—. Y de tu brazo, nada menos. ¿Le reclamarás la recompensa a tu hermano?

Noto como se le tensa el brazo bajo mis dedos y me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. ¿Cómo iba a saber lo de la recompensa si antes he fingido no saber que estoy en la lista de los más buscados del rey?

Merda. Merda. Merda.

Sí, la situación merece tres mierdas. Antes de que Dante pueda decir nada, añado otra mentira a la anterior.

—¿Me equivoco al asumir que se le puso un precio a mi rescate?

—No, pero…

—Por curiosidad… —continúo—, ¿cuánto valgo? Espero que una moneda de oro, como mínimo.

Al mismo tiempo que dos sirvientes con turbante abren una puerta de doble anchura con los mismos motivos de madreperla y cristal que el resto del edificio, Dante se gira hacia mí.

—Ofreció cien monedas de oro por ti, Fallon.

Finjo quedarme sin aliento y me llevo una mano al corazón.

—¿En serio?

—El sueño de Marco siempre ha sido quedarse con la isla de Shabbe.

Dejo caer la mano, que se desliza por el terciopelo.

—¿Te refieres al reino de Shabbe?

—Es una isla con una monarca autoproclamada y apenas un puñado de súbditos. Yo no lo consideraría un reino.

Aunque me molesta que insista en negarse a hablar de las ciudadanas de Shabbe en femenino pese a ser un reino matriarcal, evito contradecirlo para oír más detalles sobre el sueño de Marco y cómo encajo yo en él.

—Nuestros barcos nunca consiguen llegar a los hechizos de contención sin que esos salvajes les ordenen a sus serpientes que nos hagan naufragar.

—¿Sus serpientes?

—Se rumorea que obedecen a los shabbíes —explica, y mi corazón se revuelve dentro del pecho como un pez atrapado—. Igual que te obedecen a ti.

Capítulo 61

Esta vez, mi sorpresa no es fingida.

—Mi hermano cree que tu madre tuvo una aventura con uno de los shabbíes que llegaron a nuestras costas cuando los hechizos de contención se debilitaron hace dos décadas.

Madre. Del. Caldero. *¿¡Qué!?*

Casi le digo a Dante que eso no puede ser verdad porque mi padre es Kahol Bannock, pero, por suerte, no consigo mover los labios. Está claro que explicarle que mi madre mantuvo relaciones con un cuervo no solucionará nada.

—Es imposible, claro, porque los hechizos te habrían expulsado de Luce. Sin embargo, si resulta que puedes comunicarte con las serpientes, podríamos acercarnos a sus costas y… —se inclina hacia mí hasta que me roza la oreja con los labios— comenzar a negociar.

¿Negociar?

—¿Comprendes ahora por qué eres tan valiosa para él?

Un cristal se rompe y el tintineo es tan estruendoso que se alza por encima del ruido sordo que abunda entre mis sienes.

Doy un respingo y Dante se pone recto y me suelta el brazo, como si le preocupase lo que el resto de los invitados piense de él al verlo tocando a la mestiza de ojos raros que podría o no ser capaz de hablar el lenguaje de las serpientes.

Todavía confundida, sigo el rastro zigzagueante que ha dejado la copa de vino al romperse hasta el bajo de una falda de seda roja como las granadas y luego mi mirada vuela hacia arriba, hasta un rostro pálido y alargado enmarcado por una melena de pelo negro cortado a la altura de la cintura.

Tengo la sensación de estar mirando a mi abuela, pero mi *nonna* está en Tarelexo y ella tiene los ojos verdes y arruguitas alrededor de la boca y los ojos. Esta mujer tiene los ojos azules y la piel perfecta, como la de *mamma*.

—¡Xema! —grita la mujer.

A lo mejor no es mi tía, pero el parecido es…

Alguien murmura algo desde el gigantesco recibidor lleno de

invitados con llamativos atuendos. Todos se van girando poco a poco hacia la mujer vestida de rojo.

—¿Qué ocurre ahora, Domitina?

Entonces sí que es mi tía…

La voz de Xema no es estridente, pero resuena por toda la estancia, que se ha quedado tan en silencio que oigo tragar saliva a Dante.

La multitud le abre un camino a la mujer de esponjoso pelo plateado y orejas puntiagudas decoradas con una hilera de lustrosas perlas. Lleva un pájaro de vistosos colores posado en el hombro. Renquea hacia nosotros apoyándose en un intrincado bastón.

Aunque no tiene el pelo rojo fuego como yo había imaginado, sus ojos sí que son de ese color. Cuando posa la mirada en mí, resplandecen con más intensidad que las fogatas que salpican Selvati.

—¿Por qué ha arrastrado a una vagabunda hasta mi casa, *princci?*

Me quedo muda. No esperaba un abrazo ni nada parecido, pero ¿en serio? ¿Vagabunda?

Aprieto los puños.

—Corríjame si me equivoco, pero los vagabundos son personas sin un techo bajo el que vivir. Dado que yo tengo un hogar, uno que amo con locura, me temo que el término que busca es «visitante». O «invitada». Además, le aseguro que nadie me ha arrastrado hasta aquí. He venido por mi propio pie.

Los ojos de mi bisabuela arden. Me parece que estoy a dos segundos de morir incinerada.

—*Scazza.*

Estoy tan acostumbrada a oír ese término despectivo que ya no me afecta cuando me llaman rata callejera, pero la cosa cambia cuando te lo llama alguien de tu propia familia. Puede que los insultos resbalen por las orejas curvas, pero esas palabras se cuelan en nuestro interior y permean otras partes de nuestro ser.

No dejaré que lo que me ha dicho cale en mí.

La *nonna* me avisó de que Xema era una persona desagradable, pero no esperaba que fuese el resultado de cruzar un atizador con un duendecillo cascarrabias.

—Silencio, Beau —le ordena con un siseo al pájaro que lleva en el hombro.

Un momento…, ¿quien me ha insultado ha sido su loro? ¿Ella también los oye o es que ha hablado en voz alta?

Dante debe darse cuenta de que me he quedado boquiabierta, porque se inclina hacia mí y dice:

—Ese loro insulta a todo el que pilla, príncipes incluidos.

Xema se detiene junto a Domitina y las dos me miran de arriba

abajo. Se les tuercen los labios en una mueca al mismo tiempo que la nariz. Me siento como si hubiese salido de uno de los libros de *mamma,* del que cuenta la historia de una chica con una madrastra horrible y hermanastras malvadas; del de la chica que acaba siendo reina pese a haber sido siempre considerada una alimaña.

Qué apropiado.

Mi mente vuela hasta Morrgot. ¿Estará presenciando la escena desde las sombras o estará demasiado ocupado supervisando el trabajo de Sewell? Ojalá pudiese posarse en mi hombro y retar con la mirada a todas estas detestables personas. Tal vez incluso pudiese desgarrarles esos bonitos atuendos y arañarles la piel.

¿En qué estoy pensando? Ahuyento esas mezquinas ideas, avergonzada. Mi *nonna* no me educó así.

Aunque nunca me posaré en tu hombro, una vez que esté completo, podemos hacerles otra visita y enseñarles a comportarse con educación.

—No —exhalo.

—¿No? —Xema arquea una ceja tan negra que desentona con sus cabellos.

—¿No… me ofrecen algo para beber? —Me humedezco los labios secos.

Domitina se cruza de brazos.

—No atendemos a criaturas de orejas curvas en nuestro establecimiento —dice al tiempo que posa la mirada sobre la rubia de pelo corto que recoge los pedazos de cristal roto con las manos desnudas.

La chica arrodillada, una mestiza como yo, se estremece. No me quiero ni imaginar la calidad de vida que tendrá aquí el servicio.

Esbozo una sonrisa llena de confianza.

—No esperaba que me atendiese, *bisnonna.*

Considerando que Domitina no la ha llamado *nonna,* estoy segura de que llamarla bisabuela hará que se suba por las paredes.

Y así es, porque profiere un siseo como si le hubiese apoyado un lingote de hierro contra la piel arrugada.

—Por si no se han enterado, trabajo en una taberna, así que se me da bastante bien servir vino en copas y gaznates. O donde los clientes quieran que se lo sirvamos.

Dejo que mi insinuación penda entre nosotras. Aunque nunca me cansaré de corregir a quienes insinúen que soy una trabajadora sexual, ver a mi bisabuela y a mi tía empalidecer es demasiado gratificante.

Dante deja escapar un sonido ahogado a mi lado.

—Prometo marcharme después de tomar un trago —digo con

dulzura mientras estudio a los elegantes invitados.

Veo un par de caras conocidas: los Acolti y su hija, Flavia; su prometido, Victorius Surro, que es tan viejo como el padre de Phoebus e igual de condescendiente, y muchos clientes habituales de Lecho de Paja. Algunos me sostienen la mirada y me estudian durante tanto rato que se me revuelve el estómago; otros me rehúyen, como si tuviesen miedo de que fuera a saludarlos y manchar su reputación.

Sin embargo, todas las mujeres me observan sin ningún reparo y cuchichean con el mismo descaro. Las pocas palabras que alcanzo a oír tienen que ver con mis orejas y con la chaqueta que me cubre los hombros, propiedad del príncipe.

—Veo que has heredado el estridente gusto de Ceres a la hora de vestir —comenta Xema, que tiene una postura tan altanera que le veo los estrechos orificios nasales.

¿Estridente?

Las ropas de mi abuela son tan sencillas como las que los humanos visten en la Rax.

—Por desgracia, el dinero que gana vendiendo infusiones y cataplasmas no llega para comprar vestidos estridentes. Aunque tampoco es que tenga ocasión de ponérselos. Ya sabe, es una persona no grata por no darle la espalda a su hija ni a mí, por muy despreciables que seamos y todo eso.

Compórtate, Fallon. Necesitamos más tiempo.

Pero se lo merecen.

Lo sé, Behach Éan.

Oigo el suspiro en su voz y, aunque debe de estar en la otra punta de la finca, escucharlo supone un ligero consuelo.

—¡Fuera! Sal de mi casa, sucia…, sucia…

—¿Mestiza? —ofrezco.

—¡Bastarda! —grita tan alto que toda Tarespagia lo oye.

El resto de los invitados se queda en silencio, tanto que oigo las burbujas de los decantadores de cristal llenos de vino feérico. También oigo el sonido del algodón blanco al deslizarse por la piel de Dante cuando este se cruza de brazos.

—Bastarda —repite el loro.

—Ya está bien —interviene Dante.

Levanto la barbilla, agradecida por que Dante se haya puesto de mi lado, aunque haya sido para regañar al pájaro.

—Ya está bien, Fallon —repite en un susurro.

Al buscar la mirada del príncipe, veo una sonrisa de suficiencia en los labios rojos de Domitina.

Me siento como si me hubiese abofeteado al haberse puesto del

lado de mis despreciables parientes.

—Gracias, *princci* —dice Xema, que apoya ambas manos sobre la empuñadura de su bastón.

Los pedazos de concha incrustados entre las losas de arenisca se desdibujan. Parpadeo para que mi visión recupere la nitidez y luego me llevo los dedos al cuello de la chaqueta de Dante para soltar el botón.

—Me ha entrado calor de repente, *altezza*.

La pieza de su uniforme queda colgando entre nosotros cuando no la acepta.

¿Acaso considera que ha quedado mancillada al haber estado en contacto con mi piel?

—¿Quiere que la queme o le bastará con que la lave?

—Ya vale, Fal. Te estás comportando… Esta no eres tú.

Sí que lo soy. Estoy hablando sin tapujos.

—Siento que prefieras la versión de mí que se deja pisotear por los demás.

—Yo no he dicho eso.

Oigo a Victorius comentar que debo de estar en uno de esos días del mes, lo que hace que un buen puñado de mujeres, incluida su prometida, lo fulminen con la mirada. Si no tuviese el orgullo por los suelos, se me habría escapado una sonrisa.

Acabo dejando la chaqueta blanca sobre un trozo de madera esculpido por el viento que hay junto a la puerta.

Lo siento, Morrgot, no puedo quedarme aquí ni un segundo más.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando la multitud, que había vuelto a fundirse tras el paso de Xema, se abre una vez más, en esta ocasión para dejarles vía libre a dos hombres. Uno lleva una corona y tiene una mancha de carmín en la mandíbula, mientras que el otro luce una expresión de repulsión visceral.

—¡Fallon Rossi! —exclama Marco, que se acerca con Justus pisándole los talones—. Me pareció oír su animada voz.

Los dos rodean mi hostil comité y, pese a que el rey sonríe, mi abuelo mantiene el semblante serio. Me observa con una mirada asesina y la mano apoyada sobre la empuñadura de la espada que, sin duda, desearía enterrar en mi cuerpo.

Menuda familia me ha ido a tocar…

—¿Dónde se escondía? —pregunta Marco a su hermano.

—Junto a la verja de la entrada —responde Dante, que cambia el peso de un pie a otro, como si la cantidad de miradas que está atrayendo le resultase incómoda.

—¿La verja? ¿Qué verja?

—La de Tarespagia.

Marco aprieta los dientes y sonríe.

—No podía haber escogido un peor escondite, *signorina* Rossi.

—No me estaba escondiendo.

—Entonces, ¿qué diantres estaba haciendo allí?

—Esperar a que me dejaran pasar. Quería conocer a las mujeres de la familia Rossi de las que tanto he oído hablar antes de mi inminente chapuzón en el mar.

Me observa con suspicacia antes de mirar a Dante. Me gustaría dar otro paso más para alejarme de su hermano. Unos cuantos pasos.

—Gracias por tu ayuda, hermano. Ya me encargo yo. Ve a disfrutar de la fiesta y de Alyona.

Aprieto los dientes al oír el nombre de la princesa glacita.

Dante cuadra los hombros y se queda quieto.

—Estoy seguro de que Alyona es del todo capaz de entretenerse ella sola en estos momentos.

Marco se acerca a su hermano y le susurra algo que hace que Dante se tense. Ojalá tuviese un oído tan fino como el de Morrgot.

¿Oyes lo que dicen?

No obtengo respuesta.

¿Hola?

Nada.

El pavor se acumula bajo mi piel y hace que se me ponga de gallina.

Contemplo la oscuridad que titila más allá de la entrada con el pulso taladrándome la garganta. Algo va mal.

A no ser que nuestro canal de comunicación se haya extinguido. Le rezo a todos los Dioses —incluidos los de los cuervos— para que esa sea la razón por la que Morrgot se ha quedado mudo de repente.

Sin embargo, pierdo la esperanza cuando veo llegar a dos guardias corriendo por el sendero del jardín.

—Siento interrumpir, majestades —jadea uno—, pero ha surgido un problema.

Capítulo 62

El rey posa su ardiente mirada en los dos guardias sudorosos.

—¿A qué esperáis? ¡Hablad!

Dante se gira hacia los dos mensajeros.

—¿Qué problema hay, Roberto?

La mirada del susodicho recorre la estancia y se detiene más de la cuenta en mí.

¿Hola?, grito en mi mente.

Estoy a punto de salir corriendo hacia el vergel, pese a que no tengo ni la más remota idea de dónde debe de estar, cuando una serie de palabras dispersas se abren paso a través del martilleo que la adrenalina ha desatado en mis oídos: «Isolacuori», «ataque», «unos duendes acaban de venir a informarnos».

Marco desvía la mirada furiosa de Roberto y su compañero para clavarla en su hermano.

—Te encomendé una única tarea, Dante. Una. Única. Puta. Tarea. ¿Y tú qué haces? Metes la pata. —Entre dientes, musita—: Puto inútil.

Un hombre con menos temple se habría humillado, pero Dante se mantiene firme y con la cabeza bien alta.

—¿Quién ha sido?

—Los humanos —escupe el otro guardia como si fuese la palabra más repugnante de todo el diccionario lucino.

—¿Humanos? —repite Marco, como si no los viese capaces de rebelarse.

Dante se gira del todo hacia el guardia y las cuentas que decoran sus largas trenzas tintinean.

—¿Cómo se las han arreglado para franquear a Dargento y a la guardia real?

—Con una distracción, señor. Un grupo de serpientes atacó los barcos que estaban atracados en el puerto. Fue un caos. Hundieron tres navíos antes de que el comandante consiguiese espantarlas.

Todas las miradas se posan en mí. ¿Se creen que yo he orquestado el ataque? ¿Cómo iba a hacerlo si estoy aquí mismo?

Mi abuelo sale de detrás del rey y ladra:

—Como me entere de que esto es cosa tuya, Fallon… —Deja que la amenaza penda en el silencio sepulcral del recibidor.

—Venga ya. —Pongo los ojos en blanco—. Si lo de hundir la flota real hubiese sido cosa mía, *nonno,* me había asegurado de que estuvieses a bordo de alguno de esos barcos.

La coleta de Justus oscila como un péndulo cuando retrocede ante mis palabras.

—¿Pero qué clase de demonio dio a luz tu hija? —le grita Xema.

El insulto rebota contra cada cristal tallado y concha que pende de las diez o doce lámparas de araña que bañan la enorme estancia con su luz feérica.

—¿Fuiste tú quien les ordenó atacar, Fallon? —Dante baja la vista hasta mí.

Nada, ni siquiera el momento en que ha apoyado a las horribles mujeres de mi familia, me habría preparado para esa pregunta.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a hacer algo así? Estoy aquí.

—El ataque tuvo lugar por la mañana —dice Roberto tras aclararse la garganta.

—¿Y qué? ¿De verdad veis posible que estuviese en la otra punta del reino esta misma mañana? Puede que mi caballo sea rápido, pero no deja de ser un caballo.

—A lo mejor vino montada en una serpiente —interviene Domitina, que despierta una ola de susurros sobre mi relación con las serpientes entre el fascinado público.

Me muerdo el interior de las mejillas para contener mi mal genio.

—Por muy conveniente que hubiese sido, *zia,* te aseguro que no viajé hasta aquí por mar.

Aunque admiro profundamente las agallas que estás demostrando tener, Behach Éan, quizá deberías contenerte un poco o mi distracción no habrá servido de nada.

Doy un respingo al oír la voz de Morrgot. Aunque una parte de mí quiere estrangularlo por haberme dejado sola en medio de este nido de víboras de orejas puntiagudas —con perdón a todas las serpientes del reino—, otra quiere felicitarlo por su astucia.

De todas maneras, ¿no podías haber elegido otro animal? ¿Uno que la gente no asocie conmigo? Tal vez podrías haberle ordenado a un ejército de termitas que devorase la madera de los barcos.

—¡Dadle sal! —exclama Xema.

—¡Traidora! —grita su loro al mismo tiempo.

Ese bicharraco es el primer animal que no me gusta y me lo imagino convertido en la cena de Minimus.

Dante saca una cajita metálica del bolsillo de su pantalón, la abre y

me la ofrece.

Sin apartar la mirada de Xema y su maleducada mascota, cojo la cajita y la vuelco sobre mi lengua, para que nadie pueda acusarme de que he tragado muy poca sal. Aunque me dan arcadas, me la trago toda.

Entonces proclamo alto y claro:

—Yo no orquesté el ataque al puerto real. No tengo ningún control sobre las serpientes.

Los presentes se quedan boquiabiertos y con los ojos como platos. Los he dejado mudos.

—¿Tenéis alguna otra pregunta que queréis que conteste con sinceridad aprovechando que estoy bajo juramento? —pregunto mientras recorro los rostros desconcertados de mi público con la mirada.

Aunque los miembros de mi familia parecen seguir dudando de mi palabra, Dante y Marco ya no me miran como si quisiesen matarme. No es más que un momento de calma en medio de una tormenta que acabará volviendo a empaparme, pero es un respiro que agradezco de igual manera.

—¿Qué se han llevado de Isolacuori? —pregunta Marco, a quien se le están poniendo los nudillos blancos de apretar la empuñadura de la daga que lleva atada a la cintura.

—Según los duendes que ha enviado el comandante, han accedido a la sala del trono y han apagado la llama eterna.

Toma una violenta bocanada de aire, como si el guardia le hubiese contado que han tirado abajo el palacio entero.

—¿Algo más? —interviene Dante.

—Eso es todo, *altezza* —dice el segundo guardia, que se seca el sudor de la frente.

—¿Os parece poco? —escupe Marco.

Su túnica decorada con brocados de oro ha empezado a humear, al igual que sus nudillos apretados.

Dado que el monarca no es un cuervo, doy por hecho que no está a punto de explotar y convertirse en un pegote amorfo.

¿Cómo que «pegote»?

Sonrío ante la reacción de Morrgot, hasta que me doy cuenta de que es capaz de leer todos y cada uno de mis pensamientos.

—¡Esto es un ataque directo a la Corona! —Pese a que Dante está entre Marco y yo, el calor que emana del monarca me baña la piel—. ¡Prepara mi navío, Justus! Partiremos esta misma noche. Quiero destripar yo mismo a las ratas traidoras que han orquestado todo esto y luego quemaré sus cadáveres para esparcir sus cenizas por Racocci.

Me llevo las manos al vientre, que da un violento vuelco ante una venganza tan desproporcionada. Miro a Dante, rezando para que ahogue la sed de sangre de su hermano al recordarle que, aunque lo del pebetero haya sido un insulto, no es algo tan grave como para cobrarse la vida de los culpables.

Marco camina hecho una furia hacia la puerta, pero se detiene cuando uno de los dos guardias lo llama con suavidad:

—*Maezza.*

—¿Qué? —ladra.

De pronto, Roberto parece sentir una tremenda fascinación por sus botas cubiertas de arena.

—No ha habido detenidos.

El alivio que me invade es tal que casi me desmayo.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñe el rey.

—Que se han escapado.

—¿A quién coño dejaste al mando del reino, Dante?

Dante aprieta los dientes.

—Como ya te había dicho, dejé al comandante Dargento a cargo de todo.

La corona de Marco se desliza por su frente bañada de sudor. Se la coloca bien sobre sus trenzados rizos antes de quitársela de nuevo con un movimiento brusco y lanzársela a uno de los guardias, que consigue atraparla por muy poco.

—Dargento es un imbécil impotente.

Nunca creí que fuera a estar de acuerdo con el rey en ningún tema, pero he de admitir que tiene bien calado a Silvius.

—Espero que estés contento —le dice a su hermano.

Le golpea en el pecho con un dedo y de la camisa blanca de Dante se desprenden volutas de humo. Entonces Marco le agarra por la pechera y lo arrastra hacia él para acercarle los labios a la oreja y sisearle algo que no alcanzo a oír. Cuando lo aparta de un empujón, la tela de la camisa del príncipe está chamuscada.

—Dile a mi prometida que regreso a casa para que mi reino no caiga en manos de unos imbéciles por culpa de otro imbécil.

Con eso, sale pisando fuerte por la puerta, con Justus y un grupo de soldados detrás.

¿El imbécil del que habla será su hermano o Silvius?

Pese a que sigo enfadada con Dante, no puedo evitar tocarle el brazo.

—¿Te encuentras bien?

Me fulmina con la mirada, como si hubiese sido yo quien le ha quemado la camisa, y luego echa a andar hacia la multitud de

invitados. Antes de abrirse camino entre ellos, una joven con la piel pálida como la nieve y un vestido que parece estar tejido con copos de nieve lo intercepta.

Le toca la muñeca y posa la mirada, tan plateada como su propio vestido, en Dante. Aunque sigue respirando agitadamente, no se aparta de ella al sentir su contacto. La joven le pregunta algo que no alcanzo a oír por encima del alboroto de los demás presentes, pero veo que el pecho de Dante se hincha para dejar escapar un suspiro.

Cuando le acaricia la mejilla con una mano enguantada, pese a que él le agarra la muñeca y se la aparta, noto una punzada de celos en el pecho. La mirada de ella se aleja de Dante y se posa en mí. Aunque nunca nos han presentado, está claro que hemos oído hablar la una de la otra.

Dante desliza la mano por su brazo y se detiene a la altura del codo para tirar de ella, hacer que se dé la vuelta y perderse con ella en la multitud. Como es mucho más alto que la media, cuando gira la cabeza, nuestras miradas se encuentran. ¿Verá el daño que me ha hecho? Y, de ser así, ¿estará haciendo que se sienta culpable?

Un aroma a flores secas me embarga cuando mi tía se detiene ante mí.

—Será mejor que te vayas. No abuses de nuestra hospitalidad, Fallon.

Se alisa los pliegues satinados de su vestido con unas manos decoradas con resplandecientes diamantes amarillos y puntiagudas uñas rojas. Son las manos de una mujer que no ha tenido que mover un solo dedo en toda su vida.

—Me resulta curioso que uses esa palabra cuando habéis sido de todo menos hospitalarias desde el momento en que nos hemos conocido en persona. —Espero de corazón que Morrgot y Sewell hayan terminado ya. No veo el momento de marcharme—. ¿Quieres que les dé algún mensaje a tu hermana y a tu madre de tu parte?

—¿Qué hermana? —pregunta, y yo la miro con expresión confundida—. ¿Y qué madre?

Aunque no se me parte el corazón, siento que se me resquebraja. Sobre todo al recordar todas las anécdotas que mi *nonna* me ha contado a lo largo de los años sobre lo unidas que estaban sus hijas. Domitina adoraba a mi madre, quien solía llevar consigo a su hermana pequeña a todas partes.

Me alejo de la mujer de rostro bello pero corazón horrendo y salgo al exterior. Una vez fuera, echo un vistazo a los alrededores.

¿Dónde está el vergel, Morrgot?

Sigue el sendero iluminado por las antorchas.

Camino deprisa y sin dejar de lanzar miradas por encima del hombro. Nadie me sigue.

Qué familia más mezquina tengo. Me sorprende haber acabado siendo como soy.

¿Humilde y obediente, quieres decir?

Me río entre dientes ante su comentario jocoso.

¿Cómo te las has arreglado para sembrar semejante caos? ¿Has volado a Luce mientras dormía?

Espero que diga que sí. Al menos significará que no ha sido testigo de mi animado sueñecito.

No, no he ido hasta allí.

Mi gozo en un pozo.

¿Ha sido Bronwen?

No, aunque quienes se encargaron de recuperar la parte de mí que estaba encerrada en el salón del trono fueron personas de confianza de Bronwen.

Me tropiezo al pisarme el vestido y me agarro a una de las antorchas doradas para no caerme. Siseo cuando mis dedos entran en contacto con la llama.

¿Qué ocurre?

Nada. Que soy una torpe.

Agarro los pliegues de la pesada falda y me la recojo para echar a correr.

¿Han conseguido hacerse con el cuenco?

Sí.

¿Y?, pregunto a la vez que echo los hombros hacia atrás para asegurarme de que mis senos reboten lo menos posible. ***¿Han liberado al cuervo?***

Solo tú puedes hacer eso.

Se me acelera el corazón hasta que casi se me sale del pecho.

¿Por qué?

Porque eres inmune tanto a la obsidiana como al hierro.

¿Y eso cómo es posible?

Tras un largo silencio, lo llamo a través de nuestro vínculo. Como no responde, me concentro en el camino que estoy siguiendo, que serpentea hasta el punto de tener la sensación de estar avanzando en círculos.

Vas bien. Mira arriba.

Ver su sombra volando por encima de mí me calma los nervios.

Ve con Sewell por si…

Sewell está bien, Fallon.

Le has avisado de que no toque la obsidiana, ¿verdad?

Él ya estaba al tanto de ello, Behach Éan. Su voz es tan suave como el viento que corre por mi pelo.

Odio correr.

Ya casi has llegado.

Espero que no esté haciendo como mi *nonna.* Siempre que me quejaba cuando algo duraba más de la cuenta, ella me decía que ya casi había acabado. Nunca era verdad.

Cuando habla, estoy segura de que oigo una sonrisa en su voz.

***Yo no soy como tu* nonna.**

Ahora que hemos hecho las paces, ¿por qué no me dices qué significa ese apodo que usas conmigo?, pregunto al ver que Morrgot está más sociable que nunca.

¿Cómo que hemos hecho las paces? ¿Es que estábamos peleados?

Pese a que intento mantener el ritmo, empiezo a perder velocidad.

Estaba enfadada contigo.

No es ninguna novedad.

Deja de evadir el tema.

Ya hemos llegado.

Aunque es verdad que los adoquines se han convertido en musgo, una vez más, siento que está evitando el tema.

Pero ¿por qué?

¿Tan horrible es el apodo que me ha puesto?

Capítulo 63

Unos tallos verde jade crecen hacia el cielo y se abren para formar nubes de follaje decoradas con guirnaldas de lucecitas feéricas que caen como gotas de rocío y le confieren al vergel un resplandor hipnótico.

Me imagino a *mamma* en mi lugar, contemplando la frondosa vegetación que parece ser inmune a las áridas arenas de Selvati. No me sorprendería que los fae hubiesen erigido un escudo invisible alrededor de los hogares castizos, igual que rodearon Monteluce de nubes.

No toques nada, dice Morrgot, que apenas sacude las alas para volar por encima de mi cabeza.

¿Por qué? ¿Haría saltar una alarma mágica?

El agua forma olitas en los someros estanques cubiertos de nenúfares que brillan como diminutas lunas, mientras que las lianas, salpicadas de flores rojas como la sangre, serpentean por los árboles tropicales que se alzan por encima de los bambúes alrededor del vergel.

Cuanto más nos adentramos entre los árboles, más gruesos se tornan sus troncos. Uno de ellos es tan descomunal que le han hecho un agujero en la base para pasar a través de él. Unas plantas fosforescentes decoran su interior como galaxias lejanas. Galaxias que se mueven. Cuando una se desenrolla para tocarme, Morrgot se lanza en picado a por ella y profiere un chillido sobrecogedor.

El tímido tallo vuelve a enroscarse sobre sí mismo.

¿Sabrías decirme por qué es este vergel el lugar más visitado en Tarespagia?

—¿Por su biodiversidad y exuberancia?

Por el carácter alucinógeno de estas plantas. La gran mayoría de ellas contienen unas toxinas que dejan a los fae atontados durante días. ¿Sabes qué efecto tiene en quienes no cuentan con sangre feérica?

Me mordisqueo el labio y me agacho para salir del pasaje del tronco y seguir el camino de musgo.

¿Que nunca vuelven a la normalidad?

Que se mueren.

Dejo escapar un grito ahogado.

¿Eso es lo que les pasa a los humanos?

No, Fallon, eso es lo que le pasa a cualquiera que no sea de sangre pura. El musgo que plantaron en mi arroyo se cultiva aquí.

Me llevo una mano al pecho para aliviar la repentina presión que me embarga. Asumo que el malestar es resultado de la advertencia de Morrgot, pero ¿y si…? ¿Y si me ha picado algo? Me quedo inmóvil en lo alto de un puente de bambú suspendido sobre una zanja poco profunda y llena de flora tropical.

No te ha picado nada. Morrgot vuela a mi alrededor y sus plumas me acarician los hombros desnudos y me ponen la piel de gallina. ***Nunca dejaría que te pasase algo, Fallon.***

Por supuesto que no. Si me pongo a delirar o me muero, desbarataré su reunión con el resto de los cuervos y su amo. Cuando el pavor que siento se mitiga, arrastro los pies por el puente y evito por todos los medios tocar los pasamanos de cuerda, pese a que Morrgot insiste en que son seguros.

Si me muero, ¿quién librará a tus cuervos de la obsidiana?

No vas a morir.

Mis dedos saltan por la cuerda al ritmo de los latidos de mi corazón cuando veo que el río que nutre el vergel resplandece y borbotea a unos cuantos metros de mí.

Pero, en caso de que muera, ¿tendríais otra manera de liberaros?

No.

¿En serio?

¿Por qué solo yo puedo completar esta tarea?

Porque eres la última de tu linaje.

¿La última? Querrás decir la primera, ¿no?

Tu padre es un bloque de obsidiana.

Ah, claro. No cuenta.

Pero ¿no podrían usar los humanos alguna especie de guantes reforzados para liberaros?

Para asegurar nuestra protección, ni los fae ni los humanos pueden separar la obsidiana de nuestro cuerpo.

Su voz es tan lúgubre como el cielo que pende sobre el vergel y que empieza a parecerse más a la cúpula de un anfiteatro en el que tendré que luchar por mi vida y la del cuervo que he de encontrar aquí.

Entonces, ¿solo alguien mitad cuervo podría hacerlo? Antes de que tenga oportunidad de contestar, se me viene otra pregunta a la cabeza. ***¿Cómo es que yo no me he convertido en un bloque de***

obsidiana?

Porque bloquearon tus poderes mientras estabas en el vientre de tu madre.

Tengo la sensación de que el puente se tambalea bajo mis pies. Me agarro a la cuerda, puesto que mi miedo a intoxicarme con alguna planta queda enterrado por un sentimiento mucho más intenso.

—¿Qué? —exclamo.

Antes de que nacieras, una bruja shabbí atravesó los hechizos de contención debilitados y bloqueó tu magia.

Hace una pausa para que yo pueda asimilar lo que me acaba de contar, pero ¿cómo podría digerir semejante revelación?

Llevo veintidós años preguntándome por qué nunca he tenido poderes. Bueno. Puede que veintidós años sea una exageración, pero sí que lleva una década rondándome la cabeza.

No era un defecto… Me han tenido reprimida.

Y ha sido obra de una bruja shabbí.

No hay nada malo en mí.

Bendito sea el Caldero, no hay nada malo en mí.

Siento tener que meterte prisa, Fallon, pero no podemos perder más tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué ahogaron mi magia? ¿Mi madre…? —Noto un incipiente nudo en la garganta—. ¿Se prestó a ello o me hechizaron en contra de su voluntad?

Tu madre sabía que era algo que había que hacer. Fue para protegerte, Fallon. ¿Qué crees que te habrían hecho los fae si se hubiesen enterado de tu ascendencia?

Habría llegado al mundo hecha un bloque de obsidiana, así que estoy bastante segura de que me habrían tirado al canal.

No hay nada malo en mí.

Me arden los ojos. El ritmo caótico al que me late el corazón hace que me duela el pecho.

No hay nada malo en mí.

Quiero llorar de lo aliviada que me siento, pero también quiero gritar de rabia por haber sido manipulada.

Si reprimieron mis poderes, ¿cómo es que puedo hablar contigo?

Acaban de avisar a tu tía de que han captado movimientos en el vergel. Te prometo que te lo explicaré todo después de que…

Se interrumpe tan bruscamente que me hace fruncir el ceño, confundida.

—¿Qué pasa?

Estudio sus plumas por miedo a que estén a punto de volver a transformarse en hierro, pero siguen tan negras y mullidas como

siempre. Cierra los ojos y la ausencia de su color dorado hace que me dé un vuelco el corazón.

¿Qué ocurre?

Una criatura alta y oscura aparece al final del puente. Es un hombre. Sewell. Se ha envuelto un par de tiras del turbante alrededor del rostro, de manera que solo sus ojos quedan a la vista. Tiene la mirada desencajada, vidriosa, turbada.

Da un paso hacia mí.

Flaquea.

Da otro paso.

Vuelve a tropezar.

Y entonces extiende los brazos hacia mí con la boca llena de humo.

Capítulo 64

¿Qué le pasa?, grito a través del vínculo.

El segundo cuervo de Morrgot cruza el puente a toda velocidad, se abalanza sobre el que me está guiando y, juntos, se convierten en un muro de humo que me obliga a retroceder.

Date la vuelta.

—¿Por qué?

Obedece, Fallon. Date. La. Vuelta. La seriedad y rotundidad de su voz son lo único por lo que le hago caso. ***Y no mires.***

¿Qué le está pasando a…?

Un desgarrón húmedo seguido de un abundante borboteo me obliga a cerrar los ojos con fuerza y me forma un nudo en la garganta. Rezo para que el sonido haya provenido del vergel.

Ya puedes girarte.

Me doy la vuelta poco a poco escudriñando la oscuridad en busca de Sewell. Ya no está en el puente ni tampoco en la otra orilla.

Morrgot vuela junto a mí.

Camina.

Pongo un pie delante del otro, sacudida y temblorosa por lo sucedido.

¿Qué le ha pasado?

Ha debido de tocar algo de obsidiana.

¿Por qué no lo sabes con seguridad? ¿No estabas con él?

La gruta donde está enterrado mi cuervo es de obsidiana. No podía pasar más de un par de segundos allí dentro.

Cuando mi mirada baja al denso entramado de plantas que hay bajo el puente, unos dedos esponjosos como el algodón de azúcar me levantan la barbilla para que mire a la masa nebulosa que es Morrgot.

No.

Entiendo que la orden completa es «No mires abajo».

Recorro el puente centímetro a centímetro deslizando las manos por la cuerda para que me sirva de apoyo porque se me han quedado las piernas sin fuerza. Cuando toco algo viscoso y caliente, me detengo un instante y aparto las manos de la cuerda con una sacudida.

Aunque Morrgot todavía me tiene inmovilizada por la barbilla, bajo la vista. Es noche cerrada, pero la oscuridad no es tan opaca como

para camuflar la mancha roja de mi mano.

Sangre. Trago con fuerza para frenar la bilis que me sube por la garganta.

—¿Por qué tuviste que meterlo en esto, Morrgot? —musito con los dientes apretados.

Porque lo necesitábamos.

Doy un paso atrás y me libero de su agarre.

¿Su muerte también era necesaria?

No, Fallon. Morrgot suena enfadado.

Bronwen me dijo que no le hablase a nadie de la profecía y mientras tanto el cuervo puede meter a quien le plazca en este lío.

Noto a través del vínculo que Morrgot echa humo.

Su muerte ha sido una tragedia, una que pesará sobre mi conciencia para siempre, pero Bronwen insistió en que alguien tendría que desenterrar al cuervo, porque de lo contrario no te daría tiempo a liberarme.

No soy tan inútil como creéis.

Eso no es lo que… Un graznido frustrado recorre nuestro desafortunado vínculo mental cuando recupera la compostura. Si fuese un hombre, lo más probable es que se hubiese llevado las manos a la cabeza y se estuviese tirando de los pelos. Pero no es un hombre, sino un animal. Un animal mágico, pero no lo suficiente como para salvarle la vida a otras personas.

Una parte de mí espera que me deje a mi suerte en el puente, pero permanece a mi lado. Al fin y al cabo, tiene mucho que perder si alguna toxina se adentra en mi torrente sanguíneo.

Vienen duendes.

Encojo un hombro.

Los matarás igual que has matado a Sewell.

Le he puesto fin a su sufrimiento, gruñe. ***No lo he matado.***

Es lo mismo, pero dicho con otras palabras.

No responde, pero su silencio es atronador. No, el silencio de Morrgot es como el de un mar en calma antes de una tormenta.

De haber podido salvarlo, lo habría hecho. Pero no he podido. No he podido, joder. Agita las alas una vez y sus plumas bailan con el húmedo aire de la costa. ***Ódiame si quieres, no me importa, pero no hagas que su muerte haya sido en vano.***

Se oye el sonido de unos cascos, unos caballos relinchan. Dado que los duendes no montan a caballo, imagino que Xema Rossi ha enviado a algún guardia. Cierro los dedos empapados de sangre en un puño. Con la pena y la rabia impulsando mis pasos, llego al final del puente colgante y salto al camino cubierto de musgo.

A la cúpula negra. Morrgot habla en un susurro y su voz está ribeteada de una oscuridad tan turbulenta como la de su silueta de pájaro.

Escudriño el paisaje con los ojos entrecerrados hasta que veo una superficie lisa y tan negra como una canica semienterrada. La entrada a la caverna de obsidiana es amplia y alta, lo suficientemente grande como para dar espacio a un jinete, aunque yo vaya a pie. Antes de cruzar el umbral, vuelvo a escudriñar la oscuridad en un intento por encontrar el hoyo que cavó Sewell, pero es como si tratara de ver a través de una tela completamente negra y opaca.

Me adentro en la cueva con el corazón en un puño y el pulso desbocado. Aunque piso tierra firme, las tinieblas son tan densas que me siento como si hubiese entrado en una gruta submarina.

Doy otro paso más con los pulmones estrangulados. Comprimidos.

—No puedo… respirar —jadeo. Me arden los párpados—. No… veo.

Sal. Sal INMEDIATAMENTE.

Sin aire, me doy la vuelta y tropiezo. Mi brazo choca con la pared de obsidiana y me dejo caer contra ella.

¡Fallon!

Doy un respingo al oír mi nombre y abro los ojos irritados.

SAL. AHORA MISMO.

Un siseo estalla a mi alrededor cuando el aire se inunda de humo. Me alejo de la pared y camino con torpeza hacia la entrada, pero el mundo se tambalea y me arrebata el equilibrio. Abro lo boca para llamar a Morrgot, pero ni siquiera soy capaz de proferir un quejido.

La imagen de Sewell con la boca abierta y los brazos extendidos hacia mí me golpea justo al mismo tiempo que otra cosa. Algo frío y etéreo, pero lo suficientemente fuerte como para moverme. Me empuja hasta que salgo de la cúpula y me hace caer de rodillas al suelo.

Me arden las vías respiratorias. Me queman las pestañas. Mi sangre está en ebullición. Tomo una bocanada de aire tras otra, desesperada por respirar sin que todo me sepa a hollín.

Focá. El aleteo de Morrgot es tan frenético como la extraña palabra que no deja de repetir. ***Focá.***

Se me llena la garganta con lo que parece fuego líquido. Mana de mis fosas nasales y me sale a chorro por la boca y juro que sabe a brasas encendidas.

Me obligo a abrir los ojos. Las lágrimas desdibujan el musgo, que parece haberse ennegrecido.

Vuelvo a toser y unas volutas de humo escapan de mi boca.

Madre del Caldero, tengo los pulmones literalmente en llamas.

¿Cómo es posible?

Humo feérico. Sewell debió de activar una trampa.

Santos Dioses, mi familia es el mal personificado.

Me tiemblan los codos y las rodillas. Cierro los ojos de golpe para tratar de aliviar el escozor.

Cuando vuelvo a abrirlos, el cielo pasa a toda velocidad por encima de mi cabeza, como un difuso bordado de estrellas, ramas plateadas y plumas negras como la tinta.

Respira, Behach Éan. Respira.

Las alas de Morrgot, frescas como la seda y suaves como los pétalos de una rosa, me acarician la clavícula y las mejillas.

Respira.

Antes de morir, quiero saber qué significa ese apodo que me has puesto.

No vas a morir.

Mira lo que le ha pasado a Sewell.

Sewell era humano y tú no.

Las estrellas se sacuden y su brillo se apaga antes de volver a encenderse. Poco a poco, dejo de sentir espasmos en los pulmones y la garganta. Aunque la boca me sabe a ceniza, ya no tengo la sensación de que alguien me esté sacando el tejido que me reviste la garganta con una cuchara al rojo vivo.

Morrgot se cierne sobre mí y sus aterciopeladas plumas me acarician la clavícula, el cuello, los hombros y las mejillas. Puede que solo trate de calmarme por su propio bien, pero agradezco no estar tirada aquí sola.

Se me despeja la mente lo suficiente como para darme cuenta de que los duendes y los guardias deben de estar a punto de alcanzarnos.

No van a venir.

Frunzo el ceño.

¿Los has matado a todos?

No.

Entierro las manos en el musgo y percibo el pulso regular de la tierra. Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum. A no ser que esté sintiendo mis propios latidos, algo se acerca.

Un agudo relincho reverbera a mi alrededor.

Furia.

Giro la cabeza para intentar encontrar a mi preciosa montura, pero el caballo que trota en torno a mí no es negro, sino blanco. Y lleva a alguien sobre el lomo. Una persona con la melena por la cintura y vestido de uniforme blanco.

El jinete se baja del caballo y aterriza junto a mí, envuelto en impoluta tela blanca y cuero negro.

—Me parece que tenemos que hablar, Fal.

Capítulo 65

La forma en que Dante me mira hace que se me ericen los vellos de la nuca.

—Habla.

Me incorporo hasta quedar sentada y el sabor amargo que notaba en la boca se ve reemplazado por el del metal.

No sabe qué es lo que te propones, me recuerdo.

—No tengo nada que decirte, Dante Regio —resuello.

Su mirada vuela hasta el humo grisáceo que sale de la cúpula de obsidiana antes de volver a posarse en mí. Un músculo tiembla por encima del cuello dorado de su chaqueta desabrochada. La misma que me ha prestado hace un rato y yo le he sugerido quemar. Por lo que parece, no ha necesitado recurrir a las llamas para purificar la tela.

Me aparto de él y procedo a ponerme de pie de la forma más elegante que puedo.

—No después de que no me escucharas y te marchases con tu princesa.

—Si me hubiese ido con ella, no estaría aquí contigo. —Dante se levanta y me mira de arriba abajo un par de veces—. Además, no es *mi* princesa.

No debería importarme, y menos cuando me ha tratado con tan poco tacto antes, pero siento que su confesión me sana el vapuleado orgullo de igual manera.

—¿Dónde está ese escolta tuyo? —pregunta Tavo, tan excesivamente observador como siempre—. ¿No debería estar escoltándote ahora mismo?

—Se ha quedado vigilando a mi caballo mientras yo doy un paseo por los famosos jardines de mi familia —toso.

Todavía me siento como si Marcello me hubiese ensartado los pulmones y los hubiese puesto a tostar en el fuego de su cocina.

—¿Qué te pasa en la voz? —pregunta Gabriele al tiempo que su nervioso caballo gira sobre sí mismo.

—Ha inhalado humo feérico. Ha activado el escudo —dice Dante sin dudar—. Eso es lo que le pasa.

Gabriele abre los ojos plateados de par en par.

—Pero eso solo pasa si…

—¿Cuántos, Fallon? —La mano de Dante se cierne sobre la empuñadura de su espada—. ¿Cuántos?

Por primera vez en mi vida, desearía que Dante estuviese con esa otra mujer.

—¿Cuantos qué? —finjo no saber de qué habla.

—¿Cuántos cuervos has encontrado?

—¿Cuervos? —pregunto con voz aguda pese a la ronquera.

—¡Deja de hacerte la tonta!

Me atraganto con la intensidad de sus palabras y la avalancha de latidos que las sigue. Dante nunca me había levantado la voz hasta esta noche. Entiendo que esté alterado, pero no consentiré que me hable como si no fuese más que algo pegado a la suela de su bota.

—Aunque los hubiese encontrado, no podría quitarles las estacas. Es fae —le recuerda Gabriele, que por fin ha conseguido calmar a su caballo.

—Mitad fae. —La mirada de Dante es tan fría como las esquirlas de hielo—. Tiene sangre de otra cosa.

—Sí —resopla Tavo divertido—, de humana.

—No —dice Dante con tono sombrío—. No de humana.

Los labios de Tavo pierden la mueca burlona.

Un duende vestido con un uniforme militar avanza con dificultad hasta el corrillo de músculos que me impide huir. Recuerdo haberlo visto durante mi visita a la tienda de Dante: es Gaston.

—Xema Rossi ha enviado a su —jadea— loro, *altezza*. No confía en… nosotros.

—Empieza a hablar antes de que esa alimaña llegue hasta aquí o no tendré más remedio que informar de lo que has hecho, Fallon.

—Siempre hay otra opción, Dante.

Baja la cabeza.

—Te lo plantearé de otra forma. Dime qué has hecho con los cuervos o dejaré que el loro informe a su dueña de que su bisnieta está metiendo las narices donde no le llaman.

Tavo y Gabriele acercan tanto sus respectivos caballos a mí que noto la calidez de la rápida respiración de los animales en el brazo.

—Hasta donde yo sé, sigo siendo una Rossi y este lugar es propiedad de la familia. —Me aclaro la dolorida garganta—. Así que, si alguien está cometiendo un allanamiento, esos sois vosotros.

Tavo me mira con maldad.

—Hablas como una loca con delirios de grandeza.

Rezo para que se caiga del caballo y se rompa, como mínimo, seis

huesos.

—¿Se te olvida cuál es la forma de tus orejas? Otra vez…

—¡Ya basta, Tavo! —interviene Dante.

Tu principito no se merece que lo tengas en tan alta estima.

Aprieto los dientes.

Y tampoco que tú no lo aprecies nada. Me paso la mano por la cara para borrar cualquier rastro de emoción de mis facciones, pero el corazón me late desbocado y me inunda la lengua con un sabor a cobre. ***¿Qué quieres que haga? ¿Correr?***

No hagas nada.

¿Nada? Mi corazón abandona la maratón en la que se había embarcado. ***Dante acaba de amenazarme con avisar a mi bisabuela y ella estará más que encantada de atravesarme con una espada de acero. O de prenderme fuego.***

Shh.

¡No me mandes callar! Mi vida pende de un hilo.

Qué poca fe tienes en mí.

Para mi sorpresa, sus palabras me arrancan una amarga carcajada de la laringe chamuscada.

La cuestión no es que tenga poca fe en ti o no, sino que sé lo leales que son los hombres que me rodean. Harían cualquier cosa por proteger a su príncipe. Cualquier cosa.

Y yo haré cualquier cosa por protegerte a ti.

Es evidente. Pongo los ojos ligeramente en blanco. ***Todavía me necesitas.***

Un suspiro revolotea por nuestro vínculo al mismo tiempo que Tavo se burla de mí:

—Ya veo que sigues los pasos de la majara de tu *mamma.*

Me doy la vuelta.

—Ni se te ocurra hablar de mi madre.

Su caballo da una sacudida y Tavo sale despedido de su silla y aterriza en el suelo con un gruñido de sorpresa de lo más satisfactorio.

La yegua de Gabriele retrocede y Dante murmura:

—¿Qué coñ…?

Gaston agarra las riendas de Tavo y las sostiene en alto.

—Le han cortado las riendas, *altezza.*

Sonrío para mis adentros. Bueno, para mis adentros y para Morrgot, ya que imagino que esto ha sido cosa suya.

Muy bien.

A la próxima, iré a por sus muñecas.

Doy un grito ahogado al mismo tiempo que Dante. ¿Habrá oído él también a Morrgot?

El príncipe abre un poco los ojos azules y luego esboza una expresión de auténtico horror. La mirada se le ha vuelto vidriosa, pese a tenerla posada en mí.

La sorpresa hace que entreabra los labios.

Espera… ¿Le estás enviando una visión?

Los ojos de Dante vuelan hasta las ramas que hay por encima de mi cabeza. Desenvaina su espada y asesta una estocada con la que me apunta al hueco entre las clavículas.

Asumo que ha sido un acto reflejo. Por muy molesto que esté conmigo, Dante nunca me haría daño.

Pero doy un paso atrás…, por si acaso.

Tavo se pone en pie y, antes de que pueda retroceder más, me rodea el cuello con un brazo y la cintura con el otro.

—¿Qué has hecho?… —me susurra al oído—. ¿Qué coño has hecho?

Gabriele blande su espada y sus movimientos espasmódicos asustan al caballo sobre el que está montado.

—¿Ha cortado las riendas? ¿Cómo?

—No ha sido ella —dice Dante, que vuelve a clavar la vista en mí y, esta vez, su mirada es heladora.

—Lo ha traído de vuelta —ruge Tavo, y el calor que irradia su piel se vuelve insoportable—. ¡Ha traído al puto Cuervo Carmesí de vuelta del puto inframundo!

Capítulo 66

El olor de la tela chamuscada me sube por la nariz. ¿Está Tavo quemándome el vestido?

Miro a Dante horrorizada, rezando para que haga o diga algo, pero hay algo por encima de mi cabeza que tiene absorto al príncipe. Imagino que es Morrgot. Giro la cabeza tanto como puedo al tener un brazo en torno al cuello, pero entonces consigo echar la cabeza hacia atrás sin que la nariz o la barbilla de Tavo me obstaculicen. El fae se ha esfumado.

Me doy la vuelta y enseguida levanto la vista para ver al fae colgado de las garras de hierro de los dos cuervos de Morrgot, chillando como una cerda en celo.

Dante tira la espada al suelo.

—¡Está bien! —Levanta las manos—. Acepto tus condiciones. Gabriele, tira el arma.

Su amigo obedece.

—Ahora, bájalo.

Morrgot sube más alto. Y entonces, solo entonces, suelta al insufrible fae. El cuerpo de Tavo impacta contra el musgo con un satisfactorio crujido. Por fin… alguien le ha dado su merecido. Lo más seguro es que le haya herido el orgullo. Con suerte, le habrá roto la polla.

La realidad ejerce presión sobre la suave curva de mis labios y la vuelve a convertir en una línea sombría.

Por mucho que quisiera contarle a Dante lo que estaba haciendo, quería hacerlo una vez que los cinco cuervos se hubiesen convertido en uno. Una vez que estuviese más cerca de completar la primera parte de la profecía.

¿Por qué te has dejado ver?

Porque no tolero que un hombre le ponga la mano encima a una mujer.

Dante habría intervenido. Me masajeo el cuello mientras recuerdo la sensación de tener el brazo de Tavo pegado a la piel como una telaraña. ***En algún momento, lo habría hecho.***

Morrgot es lo suficientemente considerado como para no llevarme la contraria. O puede que coincida conmigo. Siempre hay una primera vez para todo. Lo más probable es que esté distraído y no esté leyéndome el pensamiento.

Gabriele está intentando calmar a su agitado caballo.

—¿Cómo ha…? Es mitad fae y los fae no podemos…

—Fíjate en sus puñeteros ojos. —Dante sigue sacudiendo la cabeza con la mirada clavada en Tavo, que se está empezando a levantar poco a poco de la oquedad que su cuerpo ha dejado en el musgo—. ¡Fíjate, joder! ¿Quién tiene los ojos de color violeta?

—Fallon —dice Gabriele con expresión confundida.

—¿Quién más? —ladra Dante.

Gabriele abre tanto los ojos que sus iris plateados quedan rodeados por completo de blanco.

—Las shabbíes.

—Pero esas salvajes los tienen rosas, ¿no? —pregunta Tavo, que se ha sentado y se frota la frente con una mano mientras se limpia los restos de tierra pegados a la chaqueta blanca con la otra.

—Solo sin son de sangre pura —escupe Dante.

—¿Y los hechizos de contención? —exclama Gabriele.

—No deben de ser tan impenetrables como Marco cree —masculla Dante.

Supongo que lo mejor es dejar que crean que soy shabbí, ¿verdad?

Un humo negro me envuelve los hombros, frío y resbaladizo como la niebla y, de algún modo, también como las plumas.

—Fallon no sufrirá ningún daño, *corvo*. —Dante pronuncia la palabra lucina reservada para «cuervo» en un gruñido, lo que hace que suene como un insulto.

¿Qué habéis acordado, Morrgot?

Tengo algo que tu principito desea.

Soy lo suficientemente ilusa como para creer que habla de mí, pero no tanto como para pensar que Dante aceptaría colaborar con Morrgot solo por mí.

¿Y qué es?

Tarda un momento en contestar, pero, cuando lo hace, una profunda amargura empapa sus palabras.

El poder de ascender al trono.

—¡Beau está aquí! —anuncia Gaston volando hacia Tavo.

Aunque las volutas oscuras del cuerpo de Morrgot no desaparecen del todo, se hacen más pequeñas. Comprendo por qué cuando algo cae con un golpe sordo a los pies de Dante.

Un loro sin cabeza.

Trago saliva ante la imagen de otro cadáver más.

No es que fuera a echar de menos a esta criatura en concreto, pero, aun así…

El príncipe retrocede de un bandazo al tiempo que la nerviosa yegua de Gabriele. El duende profiere un grito ahogado y vomita a chorro sobre la mejilla de Tavo.

El pelirrojo le da un puñetazo al hombrecillo alado y lo deja inconsciente en el acto. Entonces se queda mirando la sangre que mana del cuerpo sin vida del pájaro.

—¿Qué habéis acordado? —pregunta Tavo, que me lanza una mirada cargada de miedo y rabia al ver la estola de humo que me envuelve el cuello desnudo en actitud protectora.

Quiero decirle a Morrgot que ha conseguido doblegar al arrogante fae. Que se está pasando un poco con lo de protegerme, pero hasta que no oiga a Dante prometer que se va a comportar, aceptaré que el cuervo me defienda.

Mi guardián alado resopla, burlón.

¿Qué?

Nada, Behach Éan. Nada.

Mentiroso, susurro.

Puede que nuestra relación no haya empezado con muy buen pie, pero tengo la sensación de que Morrgot y yo ya nos vamos entendiendo. No somos amigos todavía, pero nos une una cierta camaradería.

Tavo me mira y de su tensa mandíbula escurre un pegote de vómito de duende que cae sobre el rígido cuello de su uniforme.

—Qué. Habéis. Acordado —repite, dado que Dante todavía no le ha ofrecido ninguna respuesta.

Dante estudia con atención la sombra que me envuelve.

—Vamos a ayudar a Fallon…

—¿Has perdido la puta cabeza?

Tavo se limpia la mejilla con el hombro para quitarse la brillante bilis de encima.

—… a cambio de… —continúa Dante, que apenas mueve los labios.

—Marco te matará, Dante. —Pese a que Gabriele habla con tono tranquilo, la fuerza con la que aferra las riendas lo traiciona y demuestra que está de los nervios.

—No me va a matar.

Tavo por fin se pone en pie.

—Lo hará, Dee.

La irritación baña las mejillas del príncipe.

—¡Por el amor de los Dioses! —Lanza las manos al aire—. ¡Callaos

y escuchadme!

Silencio.

—Vamos a ayudar a Fallon y a cambio Lore depondrá a Marco.

Contemplo la sombra fusionada de los cuervos de Lore y me pregunto si Bronwen preveía este momento, este trato entre los fae y el príncipe. Inmediatamente después, me pregunto si Morrgot estaba avisado de ello. Sin embargo, otra idea destierra esas preguntas de mi mente.

¿Lore? Pensaba que serías tú quien destituiría a Marco.

—¿Cómo sabemos que no te «depondrá» a ti también? ¿Cómo sabemos que no nos quitará a todos de en medio? —La mirada ambarina de Tavo es tan ardiente como su enojo.

Aunque la presencia de Morrgot me reconforta, no consigue tranquilizarme.

—¡Porque no es un asesino maniaco! —exclamo.

—A ese hombre se le conocía como el Cuervo Carmesí. —Tavo se agarra a la silla de su caballo para subirse de un impulso antes de coger los dos extremos de las riendas cercenadas y atarlos—. Y créeme cuando te digo, Rossi, que no se ganó ese apodo porque le gustase el color rojo.

Mi corazón aletea desbocado dentro de los confines de mi pecho.

¿Es verdad lo que dice?

¿Que he derramado sangre? Sí.

Pero ¿de cuánta sangre estamos hablando?

La menor cantidad posible, pero tanta como fuese necesaria.

El recuerdo del cadáver de los dos duendes del bosque arde tras mis párpados, que todavía siguen irritados. ¿De verdad esperaba que el dueño de estos pájaros letales fuese un hombre bueno?

Te juro, Fallon Báeinach, que tu principito vivirá.

No me molesto en corregirlo por haber usado el apellido de mi padre. Ahora mismo importa poco.

Y no le haréis ningún daño, insisto. ***Ni tú ni Lore.***

Espero sentir el calor de su juramento al enroscarse alrededor de mis brazos, pero, al igual que la piel de Antoni no reaccionó ante mis palabras, la mía tampoco sufre ningún cambio ante las de Morrgot.

La sangre córvida debe de impedirnos hacer tratos. Un segundo… ¿No acaba de hacer uno con Dante?

—Tavo, ve a prender un fuego en los establos para ganar algo de tiempo —dice Dante antes de que tenga oportunidad de preguntarle a Morrgot si le ha salido alguna marca bajo las plumas tras llegar a un acuerdo con el príncipe.

—¡En los establos no! —Respiro agitadamente—. Nada de quemar

sitios con seres vivos cerca.

Dante se cruza de brazos.

—Está bien. Los establos quedan descartados.

Tavo aprieta los dientes. Los aprieta con fuerza.

—No me creo que vayamos a confiar en ella.

—No estamos confiando en ella —replica Dante con la cabeza gacha y la mirada más ensombrecida que un océano sin estrellas—, sino que confiaremos en Lore.

Una estocada en el corazón con una espada de acero me habría dolido menos que esas palabras.

Capítulo 67

—Gabriele, airea la gruta.

Dante señala la cúpula negra con la cabeza al tiempo que se quita la chaqueta. La misma que me dejaba durante nuestros años de amistad, cuando todavía significaba algo para él.

Gabriele, que chasquea la lengua para obligar a su caballo a pasar por delante de mí, extiende una mano envuelta en telarañas de magia plateada. Los pálidos zarcillos revolotean alrededor de sus hombros y, cuando traza un arco con el brazo, lanza una ráfaga de viento tan potente que levanta la pesada falda de mi vestido.

—Toma. —Dante se saca la camisa chamuscada por la cabeza y empapa la tela de agua—. Cúbrete la boca y la nariz con esto.

Nunca me he considerado una persona particularmente orgullosa, pero me niego a aceptar su camisa y su ayuda.

Ojalá no hubiese venido nunca a Tarespagia.

Ojalá no hubiese presenciado nunca este lado cruel del príncipe.

Me encamino hacia la gruta con la cabeza hecha un revoltijo de pensamientos lúgubres.

—¡Fallon!

Oír mi nombre en un rugido no consigue que relaje los puños por arte de magia. Si acaso, solo hace que los apriete todavía más.

Dante profiere un gruñido mientras viene hacia mí pisando fuerte por el musgo.

Me detengo ante la entrada y olfateo el aire en busca del olor acre del humo feérico.

—¿Ya se puede entrar?

Gabriele, que no se baja del caballo, me mira desde arriba.

—Voy a seguir ventilando el interior.

Dado que Morrgot no me grita que acepte la camisa mojada de Dante, me adentro en la gruta. El aire está cargado. Me irrita los ojos y la nariz con cada acelerada respiración, pero no me asfixia.

—¿Quieres coger la maldita camisa de una vez, por favor? —Dante la empuja contra mi pecho.

No levanto los brazos para cogerla, así que, cuando aparta la mano,

la prenda cae al suelo entre nosotros.

Paso por encima de ella y luego lo rodeo a él.

—No la necesito.

—¿Qué te ha pasado, Fallon? —Dante habla tan cerca de mi oído que noto el filo hiriente de sus palabras—. ¿Por qué te has vuelto tan fría?

—¿Desde cuándo se la tacha a una de fría por rechazar un trozo de tela empapado? —pregunto mientras permito que mis ojos se acostumbren a la falta de luz para buscar el agujero que Sewell empezó a cavar.

—No lo digo porque hayas rechazado mi ayuda. Hablo de las mentiras y de tu actitud. La chica que conocía antes de viajar a Glace era dulce y amable. —Al recorrer la cúpula con la mirada, veo que hace un vago movimiento con las manos—. Cuando he regresado, me he encontrado con que esa misma chica se ha vuelto calculadora y hostil.

Echo la cabeza hacia atrás y le sostengo la mirada.

—Dime, Dante, ¿quién tiene más probabilidades de sobrevivir? ¿Un puercoespín recién nacido de piel rosada y púas débiles o uno adulto bien desarrollado?

Con la esperanza de haberme hecho entender, me doy la vuelta y escudriño la oscuridad con los ojos entrecerrados para tratar de encontrar el resplandor del cuervo de Morrgot.

La suave caricia de unas plumas por los nudillos me hace mirar hacia abajo.

Agárrate a mí. Yo te conduciré hasta él.

¿No es peligroso para ti que estés aquí?

Es incómodo, pero sobreviviré.

Eres inmortal, así que no hay problema.

Extiendo la mano esperando sentir la cabeza o las patas de Morrgot. Sin embargo, su forma etérea se desliza entre mis dedos y los envuelve como una mano fantasma.

Esa sensación…

¡Céntrate!, me reprendo a mí misma. *Ahora no es el momento de intentar descubrir si fue Morrgot quien te dio ese masaje.*

Agáchate.

Obedezco.

El agujero no es profundo.

Suspiro aliviada. Al menos no tendré que pedirle a nadie que me ayude a salir.

Voy a tener que soltarte.

Vale.

Se desliza entre mis dedos como una cálida brisa.

Respiro hondo, me agarro al borde del agujero y me dejo caer. Como Morrgot había dicho, mis botas tocan el suelo enseguida. Me pongo en cuclillas y paso las manos por el fondo hasta que encuentro algo duro y frío. Algo que resplandece pese a la oscuridad y la delgada capa de tierra que lo cubre.

Me pongo de rodillas y retiro la tierra granulosa pasando la mano con más suavidad por la cabeza del cuervo y la daga que sobresale de su pecho. Agarro la empuñadura y noto una inscripción llena de florituras bajo el pulgar.

Doy un tirón. La daga sale igual que un remo del agua. De inmediato, el cuervo de hierro desaparece en la oscuridad. Me guardo la daga en la bota, me incorporo, salgo del agujero y paso por delante de Dante, que sigue todos y cada uno de mis movimientos con la mirada.

Al cruzar el umbral de la gruta, tomo una profunda bocanada de aire fresco, que me limpia los pulmones del nocivo hedor de la cueva de obsidiana.

—Gabriele, mete al loro en el agujero y cúbrelo de tierra.

El fae pone mala cara, pero Dante se une a mí ante la entrada de la gruta. Sus ojos se deslizan hasta el lugar donde el tercer cuervo de Morrgot se une a los otros dos. El pájaro resultante se hace tan grande que tapa la luna.

No me imagino la bestia en que se convertirá cuando esté completo…

A este paso, podrás llevarme de vuelta a casa volando. Sonrío para mis adentros y juro que noto como Morrgot me devuelve la sonrisa, como si me retase a subirme a su lomo. ***Me encantaría ver Luce desde el cielo.***

Entonces más te vale aprender a volar, Behach Éan.

Ahogo una risa, porque hacer que me crezcan un par de alas es, por desgracia, imposible. Una sonrisa desafiante eleva las comisuras de mis labios.

Si no me dices lo que significa ese apodo, saltaré sobre tu lomo cuando menos te lo esperes.

¿Se te ha olvidado que puedo convertirme en humo?

Vale. No te preocupes. Me conformaré con conseguir que uno de tus amigos me deje montarlo.

Las pupilas de Morrgot se reducen hasta convertirse en cabezas de alfiler, como si mi sugerencia le hubiese sentado todavía peor que la anterior. Madre del Caldero, menudo gruñón está hecho.

Además, ahora es un gruñón todavía más grande. Lo mejor será no

buscarle las cosquillas. Y mucho menos en el lomo.

La daga… La mirada de Morrgot vuela hasta donde Gabriele está llenando el agujero con una ráfaga de viento que cubre de tierra al loro.

Por una vez, me he adelantado. Me la he guardado en la bota.

Camino hasta el puente y me agacho para agarrar la empuñadura del arma. Encuentro los surcos de la inscripción con el pulgar. Es una erre, ¿de Regio o de Rossi?

De Rossi.

La letra refuerza el odio que siento por la familia en cuyo seno tuve que nacer. Puede que sí que acabe adoptando el apellido Bannock. Bueno, hasta que me case, claro, porque entonces pasaré a tener el apellido de mi esposo.

Regio…

De pronto ya no estoy tan segura de querer casarme con Dante. ¿Cuáles fueron las palabras exactas de Bronwen? «Libera a los cinco cuervos de hierro y entonces serás reina.»

Ojalá hubiese añadido un «Si eso es lo que deseas».

Agarro la empuñadura con más fuerza y entonces echo el brazo hacia atrás para lanzar la daga a la espesa jungla que se extiende bajo el puente. Me quedo ahí un instante mientras escudriño la exuberante vegetación y, con el corazón tan lleno como el cuerpo de Morrgot ahora que cuenta con tres de sus cuervos, murmuro:

—*Grazi,* Sewell. Descansa en paz.

Cuando me doy la vuelta, descubro que Dante me corta el paso.

—Deberías haberte quedado el arma.

Estudio sus ojos entornados y le lanzo una sonrisa desafiante.

—Teniendo en cuenta que la obsidiana no convierte a los fae en hierro o piedra, no me serviría de mucho.

Me estoy comportando como una niña pequeña, lo sé, pero después de cómo me ha tratado él esta noche… Me ha hecho mucho daño con sus palabras.

Dante aprieta los labios.

—Eres demasiado confiada.

—Lo sé.

El sonido de unos cascos resuena contra la madera y el puente se mece bajo el avance a caballo de Tavo.

—Tenemos que irnos ya. Xema ha enviado a todo su personal a buscar a su adorado loro.

Me atuso la falda de terciopelo, tan llena de manchas de musgo que, en caso de que llegue algún guardia, podría tirarme al suelo y confundirme con la jungla.

Morrgot suspira.

Serías incapaz de pasar desapercibida, Fallon.

Hago caso omiso de su comentario porque la verdad es que no se equivoca. Llamo demasiado la atención. Puede que me apellide Rossi, pero tengo las orejas curvas, por no hablar de mi extraño nombre, que ni siquiera es lucino. Nunca entenderé por qué mi *nonna* dejó que *mamma* me bautizara con el nombre de Fallon.

Es córvido. Significa «gota de lluvia».

Me quedo boquiabierta.

Mi* nonna *me llama Goccolina, que significa lo mismo en lucino. ¿Eso quiere decir que…? ¿Que…?

No sabe nada.

Entonces, ¿cómo…?

Furia ya está aquí.

Me doy la vuelta y veo a mi hermoso caballo negro salir desde detrás de la cúpula del mismo color que su pelaje. Se dirige directo hacia mí, aparta a Dante de un empujón con el hombro —*Buen chico, Furia*— y solo se detiene cuando sus ollares me rozan la clavícula. Le acuno la cabeza y le doy un beso en el hocico antes de subirme a su lomo con sorprendente agilidad.

—Encantadora de Serpientes. Encantadora de Caballos. Encantadora de Cuervos. —El rostro de Tavo está cubierto por una resplandeciente película de sudor, al igual que el pelaje rojo oscuro de su caballo—. ¿Hay algún animal capaz de resistirse a tus encantos?

—No. Puedo controlarlos a todos, así que más te vale dormir con un ojo abierto. —Le ofrezco una empalagosa sonrisa que le hace entornar los ojos—. O con los dos.

Un rayo atraviesa el cielo como las vetas en el mármol y provoca un gran estruendo que aleja mi atención de Tavo. El viento me sacude la melena al tiempo que las nubes se abalanzan sobre las estrellas y descargan sus aguas. La lluvia azota la jungla, me fustiga la piel y emborrona la oscuridad hasta que apenas veo nada más allá de las orejas de Furia.

Siento lo de la tormenta, Behach Éan, pero os mantendrá ocultos y borrará vuestras huellas.

Ahogo un grito de sorpresa y escudriño mis alrededores.

¿Puedes crear tormentas?

Es mi último… ¿Cómo definiste mis habilidades? ¿Truquito de feria?

Mi jadeo asombrado se transforma en una sonrisa que se desvanece en cuanto una mano se desliza por mis antebrazos y se agarra a mi silla de montar. Entre las pestañas empapadas de agua, veo que Dante

se sube detrás de mí.

—Gaston, necesito que seas mis ojos y mis oídos en la casa de los Rossi. Avísame de inmediato si visitan la gruta y se dan cuenta de que hemos sacado al cuervo. Gabriele, Tavo, cabalgaremos hacia el sur.

A través de la incesante lluvia, veo que a Tavo le tiembla una vena en la sien.

—¿Al sur?

—Al galeón —espeta Dante con los dientes apretados, desestimando el ceño fruncido de su amigo. Me rodea para tratar de quitarme las riendas de las manos—. Permíteme guiar al caballo.

—Si quieres llevar las riendas, móntate en tu propio caballo.

Noto como su pecho se pone rígido contra mi espalda.

—Para ya, Fallon. Deja de oponer resistencia. No solo soy tu mejor opción para salir con vida de Tarespagia, sino que también estoy de tu lado.

Debe de enterrar los talones en los flancos de Furia, porque mi caballo da la vuelta antes de salir disparado como un cohete, rodear la cúpula y continuar por el camino de musgo. Gabriele y Tavo nos siguen de cerca al galope, con el caballo de Dante atado al de Gabriele.

—No pienso correr ese riesgo, *corvo* —dice Dante en un gruñido que hace que me vibren los tímpanos.

—¿Qué riesgo?

—Que tú y tu compañero alado os marchéis sin nosotros.

Trato de poner algo de espacio entre su cuerpo y el mío, pero la velocidad a la que Furia galopa, la estrechez de la silla de montar y la humedad de nuestra piel hacen que sea imposible.

—Entonces, ¿me vas a tratar como a una rehén hasta que el cuervo te coloque la corona en la frente?

—Exactamente —dice, y noto como su nuez sube y baja en la nuca.

Aprieto los labios. Que no confíe en Morrgot es una cosa, pero ¿que no se fíe de mí?

—Me preocupa lo bien que se te da mentir, Fallon —exhala Dante en mi oreja mientras atravesamos el empapado vergel a toda velocidad, recorriendo los sinuosos caminos delimitados por plantas que me acarician las piernas con sus lustrosas hojas en forma de corazón.

Aunque echo de menos mis pantalones, me alegro de llevar un vestido tan largo y voluminoso. Puede que aquí las plantas no sean venenosas, pero prefiero no tentar a la suerte.

—¿De qué mentira me acusas ahora?

—¿Por dónde empiezo? Según tú, llegaste a la cima de una

montaña sin fijarte en el lecho inundado o en ese bonito nido que los de su especie consideran un castillo. Dijiste que viniste a Tarespagia para una visita familiar. Te acostaste conmigo cuando lo único que te importaba era Isolacuori y el cuervo encerrado en la sala de trofeos de mi hermano. ¿Quieres que siga?

Giro la cabeza hasta donde mi cuello me lo permite y entrecierro los ojos para protegerlos de la intensa lluvia.

—Me acosté contigo porque estaba loca por ti, Dante, no porque fueses mi billete de ida a la isla real.

Me doy cuenta de que he hablado en pasado. ¿Lo habrá notado él también?

Salimos del vergel, pero tardamos otros quince minutos en llegar a la verja de los Rossi. Dante le ordena a los fae que la guardan que le dejen pasar y eso es exactamente lo que hacen, porque es el hermano del rey.

Los cascos de los caballos resuenan contra la resbaladiza arenisca al galopar por las amplias avenidas en dirección contraria a la costa; en dirección contraria a la zona de los fae de sangre pura. Antes de alcanzar siquiera el puesto de control, la verja se abre de par en par.

Tras pasar a medio galope por delante del mismo guardia que nos dejó entrar antes, Dante me acerca los labios al oído.

—Si sintieses algo por mí, Fallon, no habrías actuado a mis espaldas para despertar al mayor asesino de fae que ha existido en la historia.

—Ese asesino de fae será quien te consiga el trono.

Dante desliza la nariz por mi mejilla húmeda y, aunque se me pone la piel de gallina, no es por deseo.

—Me lo creeré cuando mi hermano esté muerto.

—¿Muerto? —balbuceo—. Morrgot dijo que lo llevaría a las costas shabbíes para dejar que ellas se encargaran de Marco.

—Puede que odie a mi hermano, Fallon, pero soy lo suficientemente misericordioso como para darle una muerte digna y no una sádica.

¿Misericordioso? Su confesión me ha dejado con la boca abierta, pero la bocanada de lluvia que me trago me la vuelve a cerrar. No me creo que Dante esté tan dispuesto a acabar con la vida de su hermano. Que hable de ello con semejante indiferencia.

—¿A quién apoyarás una vez que todo esto haya acabado? —murmura.

—A ti. Siempre te he apoyado a ti. —¿Es que acaso Morrgot no le ha mostrado la visión en la que aparezco a su lado con una corona a juego con la suya?—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Porque has llamado al cuervo «Su Majestad» y eso hace que dude

de tu lealtad.

—¿De qué hablas? ¿Cuándo le he llamado yo así?

—¿Qué crees que significa la palabra «Mórrgaht»?

—Es… ¡Ese es su nombre!

Dante se ríe, y es un sonido despreciable porque se está riendo de mí.

—Fallon, el *corvo* se llama Lorcan. Lorcan Ríhbiadh.

—¿Lorcan? —balbuceo mientras pasamos a toda velocidad por delante de casas y personas destrozadas—. Pero… yo…

—También conocido como el Rey de los Cielos. O Lore, para su círculo más cercano.

Capítulo 68

Frunzo el ceño.

—¿El cuervo se llama igual que su amo? Debe resultar confuso.

—¿Su amo? —Esta vez es Dante el que suena desconcertado.

—Lore. El amo de los cinco cuervos.

—¿Es que no sabes nada sobre el pueblo córvido?

Sé que mi padre era uno de ellos. Ahora sé que tienen un rey al que he estado llamando «Su Majestad» todo este tiempo.

Lanzo una mirada asesina hacia el cielo gris acerado con la esperanza de que Morr…, digo, Lorcan, la intercepte.

¿Cómo me has dejado que te llamase así? ¿Tanto necesitabas que alimentara tu ego? ¿Por eso no me corregiste nunca? Me siento embaucada, aunque no es la primera vez.

Mi intención no era engañarte, Fallon.

Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué he tenido que enterarme de tu verdadera identidad por Dante?

Por si pronunciabas mi nombre en voz alta, cosa que hiciste en varias ocasiones. Todo el mundo ha oído hablar del nombre de Lore, pero pocos conocen el término «Mórrgaht».

Si me hubieses dicho la verdad, si me lo hubieses explicado… Dioses, me siento tonta.

No tienes ni un pelo de tonta, Fallon.

—¡Para! ¡Déjalo ya! —exclamo, y me cubro las orejas con las manos.

—¿Está intentando contarte más mentiras? —La pregunta de Dante se cuela entre mis dedos.

Me arde la garganta a causa de la ola de rabia que se alza en mi interior. Poco a poco, bajo las manos.

—Cuéntamelo. Cuéntame todo lo que sepas acerca de Lorcan Ríhbiadh y sus cuervos.

¿Eres consciente de que te va a contar la versión feérica de nuestra historia?

Prefiero la versión feérica a la falsa.

Fallon…

Para.

Si Dante no me tuviese atrapada sobre la silla, me bajaría al suelo y caminaría por las empapadas arenas de Selvati hasta que consiguiera controlar mi rabia.

—Hace mucho tiempo, cuando el territorio de Luce todavía estaba dividido entre grupos enfrentados, uno de los clanes de las montañas hizo un trato con un demonio shabbí para ser más poderosos que el resto. Para ser invencibles.

Morrgot —o sea, Lore— gruñe.

Eso no es…

Cállate.

Mientras cabalgamos, las largas trenzas de Dante tintinean cada vez que las cuentas de oro chocan las unas con las otras.

—El demonio exigió su recompensa y, pese a las quejas de muchos de los miembros de su clan, Lore se la concedió. Pago un precio muy alto, de hecho.

—¿Fue mucho dinero?

—No, Fallon, tuvo que darle algo mucho más valioso. Pagó con su humanidad. Con la humanidad de su pueblo.

—No…, no lo entiendo —digo confundida.

—Renunciaron a ser personas. Renunciaron a ser personas y aceptaron convertirse en monstruos, pájaros gigantescos con extremidades convertidas en armas que pueden ser transformados en piedra o hierro, pero no pueden morir.

—Entonces, ¿Lore fue un hombre en algún momento?

Dante tira de las riendas de Furia y lo dirige hacia el sur.

—Lore sigue siendo un hombre. Uno que puede transformarse a voluntad en un horrible cuervo o en una nube de humo tóxico que asfixia a los fae de sangre pura.

Se me pone la piel de gallina.

—¿Y qué hay de su amo? ¿Él también puede… metamorfosearse?

Noto la curva de la boca de Dante contra mi sien y detesto que esté disfrutando de mi ingenuidad.

—El Rey de los Cielos no responde ante nadie, Fallon. No tiene dueño.

Los ojos dorados de Lore brillan tras mis párpados. Recuerdo pensar que se parecían muchísimo a los de Morrgot. Qué ironía. No se parecían; ¡eran los mismos ojos! Unos ojos ante los que me he paseado desnuda.

La vergüenza queda ahogada bajo la ira.

¿Eres un hombre?

Nunca he ocultado que fuese varón, Fallon.

No, ¡solo me hiciste creer que eras un macho!, bramo. ***Puede que tú te lo tomes a risa, pero yo no. ¿Cómo has podido, Lore?,*** digo con la voz ahogada. Estoy a punto de derrumbarme. ***¿Cómo has podido?***

Esto no es ninguna broma para mí, Behach Éan.

Aunque su voz demuestra que se ha aplacado, no ha conseguido aplacarme a mí.

—¿Entiendes la lengua de los cuervos, Dante?

—Estoy familiarizado con el dialecto. ¿Por qué?

—¿Sabes lo que significa «Beiockin»?

Repite la palabra y la divide en dos sonidos bien definidos: «beiock» e «in».

—Significa «pájaro bobo», ¿por qué lo preguntas?

¿Pájaro bobo? ¿Es eso lo que me ha estado llamando? ¿Boba? Aunque sospechaba que no era algo bueno, no me esperaba para nada la ola de dolor que rompe sobre el mar de rabia que me inunda.

«Behach» no significa «bobo», Fallon, sino «pequeño». Te llamo Pajarito. La palabra para «bobo» es «bilbh», por si algún día te apetece usarla.

¿Por qué iba a creerte?

¿Por qué llamaría eso a la chica que me está ayudando?

Porque me trago las mentiras bonitas como los fae se tragan su vino.

Fallon, te juro por Mórrígan que la traducción de Dante no es correcta.

No sé quién es esa tal Mórrígan, pero imagino que será alguna deidad córvida porque de lo contrario no habría mencionado su nombre para hacer un juramento.

¿Por qué me llamas Pajarito?, pregunto tras pasar unos instantes apretando los dientes.

Porque eso es lo que eres.

Pero no tengo ni el tamaño de un duende ni la forma de un pájaro.

El diminutivo es por tu edad, no por tu tamaño. Y, por tu genética, un día serás capaz de transformarte en pájaro.

La idea de cambiar de forma, de sustituir mi piel por plumas y desarrollar un par de alas, de volar, aplaca mis emociones. Todavía estoy enfadada, pero también estoy estupefacta.

¿Y si no quiero cambiar?

No tienes por qué hacerlo, pero todavía no he conocido a un cuervo que no ansíe la libertad de volar.

Pienso en ello mientras viajamos por el empapado territorio en ruinas de los humanos y por infinitas llanuras arenosas hacia la verde

espesura de la jungla. Aunque la tormenta amaina cuando nos adentramos bajo el dosel de palmeras y otras plantas tropicales, el aire retiene la humedad y no permite que mi cabello y mi vestido se sequen.

Los minutos se transforman en horas antes de volver a cruzarnos con alguna criatura que no sean los animalillos exóticos que no tienen tiempo de camuflarse antes de que lleguemos a su altura. No diría que es un viaje tranquilo —porque no lo es—, pero me da tiempo para asimilar la nueva información que he adquirido.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que, cuando cabalgamos por delante de una casa hecha a partir de cañas de bambú, casi ni me fijo en ella. Pero entonces trotamos por delante de otra y otra más. A diferencia de los edificios de Selvati, aquí las casas son grandes y tienen buen aspecto, con cristales en las ventanas, tejados de paja y parcelas de terreno cultivado.

—¿Seguimos en Selvati?

—No, esto es Tarescogli. El equivalente de Tarelexo en la zona oeste.

—Nunca he oído hablar de este sitio.

—Porque es un emplazamiento que todavía no sale en los mapas. La verdad es que el nombre ni siquiera es oficial, pero la gente lo llama Tarescogli porque está asentado sobre los acantilados.

—La Tierra de los Despeñaderos. Es bonito.

—Si alguna vez te cansas de Tarelexo, siempre puedes mudarte aquí.

Las palabras de Dante viajan por mis oídos hasta mi corazón, pasando por mi orgullo. Aunque habría esperado un comentario así de Marco o Tavo, no me imaginaba que Dante me sugeriría que me quedase en un lugar lleno de gente como yo: con orejas curvas, pero con magia en la sangre.

Capítulo 69

La profecía de Bronwen resuena en mi mente y me recuerda que el último lugar en el que me instalaré será la isla real.

—A lo mejor prefiero un terreno en Tarespagia.

No es verdad, pero quiero ver cómo reacciona.

Dante suelta una profunda y lenta exhalación.

—Nadie te vendería un terreno en Tarespagia. Sería una ilegalidad. Además de un desembolso enorme para ti.

—Una vez que seas rey, puedes hacer que deje de ser ilegal.

—Desataría un levantamiento. ¿De verdad es así como quieres que dé comienzo mi reinado?

—Por supuesto que no te deseo ninguna revuelta, pero hay mucho que cambiar en Luce. Los humanos necesitan mejores condiciones de vida y los mestizos deberían tener el derecho de utilizar la magia tanto como los fae de sangre pura.

—Estoy de acuerdo.

—Y hay que dejar de darles caza a las serpientes.

Ante esa sugerencia, la única respuesta que recibo es su silencio.

Me giro sobre la silla.

—¿Me has oído?

—Sí, pero mientras nos ataquen…

—Si dejáramos de atacarlas, ellas harían lo mismo.

—No todos somo shabbíes.

—No soy shabbí, Dante.

—Hablas con las serpientes. Por el amor del Caldero, ¡deja de negarlo ya!

El tono con el que me habla me hace apretar los dientes.

—Te vuelvo a repetir que no puedo comunicarme con las serpientes, solo siento una conexión con ellas, al igual que con la mayoría de los animales.

Porque eres cuervo, Fallon. Los animales lo huelen en nuestra sangre.

Abro los ojos al recordar la reacción de Minimus ante mi herida. Morrgot también…

Nunca voy a conseguir llamarlo por su nombre a la primera.

Lorcan. Lorcan. Lorcan. Sustituyo la otra palabra por su nombre real en mi mente y me la grabo a fuego.

Lorcan por fin ha resuelto uno de mis misterios. No logro comprender cómo no fui capaz de verlo en cuanto me enseñó quién es mi padre. ¿Será porque todavía no he asimilado de dónde vengo?

Aunque tampoco es que lo haya aceptado de momento.

—¿Cómo sabes que no eres shabbí? —El brusco tono de voz de Dante me araña el lateral de la cabeza—. ¿Has conocido a tu padre? ¿Es ese otro de los secretos que guardas?

Pese a que me pongo a la defensiva, me recuerdo que Dante todavía debe de estar conmocionado.

—Sé que no soy shabbí porque Lorcan…

—Es tu padre. —Afloja los brazos a mi alrededor, en una clara muestra de aversión—. Por eso se muestra tan protector contigo.

—¿Qué? No. Soy la hija de un cuervo, pero no —señalo al cielo con la cabeza— la suya. Lorcan solo se comporta así porque soy la única persona que puede liberarlo.

—Conque la única, ¿eh? —interviene Tavo justo antes de que su rostro se contorsione en una mueca de dolor tan intensa que imagino que Lorcan ha debido de clavarle las garras de hierro en una parte delicada del cuerpo—. No tenía intención de matarla, psicópata del inframundo.

Gabriele también me está mirando, pero él tiene el sentido común o la educación de mantenerse callado.

—Un cuervo… —murmura Dante con la mirada ligeramente vidriosa.

—No es contagioso —mascullo al darme cuenta de que sigue sin agarrarme.

Me mira a la cara y en sus ojos hay un brillo frío y reservado. Terminará por ver más allá de mi estirpe, pero, hasta que eso ocurra, su actitud duele.

—Sigo siendo yo —insisto.

El silencio se hace tan denso y pegajoso como la humedad del aire. Uf. No debería habérselo contado.

No te avergüences nunca de quién eres, Fallon.

No es por eso, gruño. ***Y sal ahora mismo de mi cabeza. ¡Aquí no eres bienvenido!***

La separación entre los edificios se hace más y más pequeña.

—¿Cómo has conseguido ocultar tu habilidad para metamorfosearte durante tanto tiempo?

Su pregunta suena como una acusación.

—No he ocultado nada. No puedo metamorfosearme, igual que no controlo la magia feérica.

—¿Y cómo es eso posible?

Me paso la lengua por los labios para quitarme la sal del mar y la frustración que me genera sentirme tan impotente.

—Bloquearon mi magia cuando todavía estaba en el vientre de mi madre.

—Para que no te convirtieses en obsidiana… —Suena casi asombrado, pero entonces ese sentimiento desaparece por completo—: Los cuervos ya no estaban presentes cuando naciste, así que ¿quién te la bloqueó?

Dante ya desconfía tanto de mí que decido no mencionar la implicación de las shabbíes en el asunto.

—Como te decía, la bloquearon *antes* de que naciera, *antes* de que cayeran presa de la maldición.

—A mí me huele a magia shabbí. —Gabriele mira al cielo—. Por aquel entonces, los hechizos de contención eran débiles. Puede que una de ellas se colara en el reino.

—¿Para bloquear mi magia? Me parecería un desperdicio de tiempo y habilidades tremendo —resoplo, aunque una ola de nervios me recorre el esternón.

—No si eras la clave para devolver a esas bestias al mundo de los vivos. —Tavo se frota la parte de atrás de la cabeza, como si todavía le doliese por la caída—. Si tú no hubieses intervenido, esos asesinos de fae habrían pasado otros cinco siglos inactivos.

—Si no hubiese intervenido, Marco habría acabado matando a Dante para asegurarse el trono, ¡igual que mató a su propio padre!

Un silencio atronador cae sobre mis acompañantes al oír mi revelación.

Ni siquiera los caballos profieren sonido alguno y se quedan parados en medio de un camino envuelto en sombras.

—¿El rey buitre te ha dicho eso? —pregunta Tavo por fin—. Porque lo que pasó en realidad es que…

Lore debe de estar mostrándole «lo que pasó en realidad», porque la mirada del fae se vuelve vidriosa. Al igual que la de Dante y Gabriele.

—Siempre hay dos versiones de una misma historia, *corvo* —refunfuña Tavo, y eso hace que su caballo sacuda las orejas.

—Si lo que nos acaba de enseñar es cierto… —La luz de la luna que se cuela entre los árboles incide sobre el rostro de Gabriele y resalta la repentina palidez de su rostro—. Si Marco…

Tavo lanza las manos al cielo.

—Puede que Marco sea una persona impulsiva, pero, si hubiese

decapitado a su propio padre, nos habríamos enterado.

—¿Estás seguro de eso? —Las pupilas de Dante se han dilatado hasta eclipsar todo el azul de sus ojos—. Lazarus una vez me contó que… —Habla en voz baja. Casi en un susurro—. Me dijo que mi padre quería pactar la paz con los cuervos —se humedece los labios— y que Marco nunca le permitió darle sepultura a nuestro padre de acuerdo con la tradición feérica. Mi hermano quemó el cuerpo de nuestro padre en la Rax, justo donde cayó muerto.

Gabriele toma una bocanada de aire tan violenta que consigue que los rubios mechones sueltos que le enmarcan el rostro se agiten.

—Porque un sanador se habría dado cuenta de cómo murió.

—Joder. —Por una vez, Tavo parece intimidado—. A su propio padre. A *tu* padre.

Me retuerzo en la silla.

—Lo siento, Dante.

Asiente con la cabeza para agradecérmelo.

—Busquemos un sitio donde dormir. Los caminos de los acantilados son demasiado peligrosos como para recorrerlos a oscuras.

Furia retoma la marcha sin apenas tener que azuzarlo. Dos calles más abajo, encontramos un edificio de dos pisos iluminado pese a la hora que es. Sobre la puerta hay un rótulo escrito con conchas que reza taverna mare. Una taberna costera suena como un lugar de descanso idílico.

Dante suelta las riendas.

—Ayuda a Fallon a desmontar, Gabriele.

—No necesito ayuda.

Tavo baja del lomo de su yegua de un salto.

—Estás pensando en bajar volando, ¿eh?

Le hago un gesto obsceno con el dedo al tiempo que paso una pierna por encima del cuello de Furia y aterrizo en el suelo sobre una pila de terciopelo.

El pelirrojo sonríe.

Dioses, cómo lo odio.

Gabriele mantiene la vista en el cielo.

—¿Nos habrá seguido hasta aquí?

—¿Tú qué crees? —dice Dante, que señala con la cabeza las conchas pegadas del letrero, donde una nube tiznada se divide en tres volutas individuales.

Hace horas que no hablo con Lorcan y, aunque sigo tan enfadada como antes, hay algo que me preocupa demasiado como para seguir dándole la espalda.

Puedes transformarte en un hombre, ¿verdad?

Sí.

Pienso en las manos que me recorrieron la espalda anoche.

¿Lo has hecho? ¿Te has transformado ya?

Necesito a mis cinco cuervos para volverme completamente sólido.

No puedo evitar arrugar la nariz.

¿Eso quiere decir que te vería las tripas?

Una suave carcajada viaja a través de nuestro vínculo.

En absoluto. Solo verías una sombra que se va haciendo más y más sólida con cada cuervo.

—¿Te importaría compartir lo que te está contando con nosotros? —interviene Dante.

No le cuentes que puedes entrar en mi mente, ¿de acuerdo?

Me muerdo el labio, intrigada por saber por qué debería mantener ese detalle en secreto ahora que Dante y sus amigos forman parte del equipo. Sin embargo, sospecho que Morr… Lore tiene un buen motivo para pedírmelo.

¿Morrlore? No suena mal.

No te acostumbres. Estoy intentando quitarme la manía de llamarte majestad, pero ¿sabes lo que se dice de los malos hábitos?

Ilumíname. ¿Qué se dice?

Que son como los* castagnole*… Tardan un poco en digerirse.

—Seguro que están conspirando en tu contra —dice Tavo, que intenta conducir a Furia al abrevadero, pero mi caballo se niega a seguir al soldado feérico.

—Desde luego, más os vale a todos dormir con un ojo abierto —replico, y le quito las riendas de la mano.

Mi comentario sarcástico le arrebata parte del color ambarino a sus iris.

—Si me ocurre algo —murmura Dante lentamente—, el *corvo* nunca volverá a pisar la tierra.

Miro a Dante, confundida. ¿Quiere decir que me ordenará dejar de revivir a los cuervos de Lorcan?

No te lo impedirá con una orden. La profunda voz de Lorcan me acaricia la mente como un dedo envuelto en terciopelo.

¿Me encerraría?

Cuando el cuervo no me responde, miro a Dante, que se está limpiando la suela de las botas en el felpudo de la posada.

—¿Cómo me lo impedirías, Dante?

Mantiene la mirada clavada en la áspera alfombrilla bajo sus pies.

—Tengo la esperanza de que baste con un juramento.

—¿Cómo que «tengo la esperanza»? —pregunto en vez de contarle

que los juramentos no se me graban en la piel.

Dante suspira.

—No me hagas decirlo, Fal. Te sentará mal y ya estás de un humor de perros.

Se me abren tanto los ojos como la boca. ¿Significa eso…? ¿Significa que…?

—¿Me matarías?

—Preferiría no tener que hacerlo, pero mi reino…

Levanto la mano para hacer que se calle.

Dante me mataría.

Estaría dispuesto a hacerlo.

Mi rabia fluctúa entre el cuervo, el fae y de vuelta al cuervo que inició todo esto antes de pasar al fae que no debe de amarme lo suficiente si está dispuesto a acabar con mi vida.

Dante sigue limpiándose las botas cuando lo que necesita limpiarse es ese corazón tan frío que tiene, porque esa parte de él ha perdido el brillo.

Con el ánimo por los suelos, ato a Furia al abrevadero que hay en el lateral de la posada y luego me froto la clavícula manchada de barro. No es que me importe lo que la gente piense de mí ahora mismo, pero me paso las manos por la cabeza y me quito más tierra del pelo empapado.

—¿Qué vamos a decir? —pregunta Gabriele, que tiene la mano apoyada en el pomo de la puerta, pero todavía no lo ha girado.

Dante se toca las mangas mojadas de la chaqueta y luego los pantalones.

—Cabalgamos de regreso a casa.

Tavo inclina la cabeza y me mira.

—¿Y qué hay de la chica de la recompensa? ¿Deberíamos dejarnos ver con ella?

La mirada de Dante es tan dura como el mármol cuando la posa en mí, pero la mía lo es todavía más.

—Marco me pidió que la vigilara, así que nos viene bien que nos vean juntos.

—No sé qué planes tienes —Tavo se abre camino entre sus amigos de un empujón—, pero no me apetece acampar en el felpudo. Quiero comida, un baño y compañía. Además, he oído que las chicas de por aquí son más guapas. Más exóticas. —Mueve las cejas y abre la puerta con el hombro.

En condiciones normales, el olor que escapa del interior habría hecho que mi famélico estómago hubiese pedido comida a gritos, pero lo tengo tan lleno de nudos que ni siquiera puede rugir.

Gabriele, que es más educado que el bruto de su amigo, le sostiene la puerta a Dante y este sube los tres escalones de entrada y se agacha para cruzar el umbral demasiado bajo, no sin antes echarme una mirada por encima del hombro.

—Vamos.

A su lado es el último sitio en que me gustaría estar.

—Entraré cuando esté lista.

Deja escapar un suspiro.

—No voy a matarte, Fallon. Tenemos intereses comunes.

Pero, de no ser así…

Dioses, yo pensaba que odiaba a Lorcan, pero no tiene ni punto de comparación con lo que siento por Dante.

Lo mataría yo a él primero, Behach Éan.

Me río entre dientes. Por supuesto. Haría lo que fuera por sus queridos cuervos. Mi mirada cae bajo el peso de la desgarradora decepción que me embarga.

Se te olvida que tú eres una más, Fallon. Tú también eres uno de mis queridos cuervos.

Solo me quieres porque soy tu títere, Lorcan Ribyau.

Eso es exactamente lo que soy. Un títere. Un peón. Un objeto del que estos hombres se desharán cuando haya dejado de resultarles útil.

«Libera a los cinco cuervos de hierro, Fallon, y serás reina.» La profecía de Bronwen resuena en mi cabeza mientras miro al Rey de los Cielos y al Príncipe de la Tierra, que me necesitan por igual.

Bronwen nunca dijo que fuese a ser la reina de Dante, solo que Luce sería mío.

Mi rabia se convierte en sorpresa. Sorpresa y confusión. Lorcan iba a darme el trono de Isolacuori a mí. Sacudo la cabeza y aprieto los puños. Habría sido una maravillosa marioneta para él.

Eso no…

Levanto la mano para silenciarlo. No quiero oír más mentiras golosas o verdades amargas. Ni esta noche ni nunca.

Cuando todo esto acabe, Lorcan, cuando os haya ayudado a tus cuervos y a ti a volver a casa, me marcharé de Luce y os dejaré a los dos a vuestra suerte. Por mí como si os matáis el uno al otro, pedazo de idiotas.

La determinación me seca los ojos y paso por debajo de Lorcan y junto a Dante pisando fuerte.

Capítulo 70

Nuestra llegada deja a unos cuantos clientes boquiabiertos.

Pese a que la arena mojada opaca el esplendor de mi vestido empapado, sigo llamando la atención como una fae en medio de una reunión de duendes. Por suerte, los tres hombres vestidos con el uniforme militar completo destacan más que yo.

Me estremezco ante el calor que me envuelve, que me pone la piel de gallina y me relaja las articulaciones. No me había dado cuenta del fresco que hacía fuera. Desde luego, el fuego es un elemento maravilloso. Mientras evalúo el pequeño y rústico establecimiento, lo comparo con Lecho de Paja.

Aquí no hay sillas, solo bancos; tras la barra apenas caben dos mujeres, y las mesas son compartidas. Sin embargo, los hombres y mujeres jóvenes que se dedican a la prostitución se pasean por la sala con el pecho al descubierto. Todos ellos llevan el cabello por los hombros, se sientan a horcajadas sobre el regazo de la clientela y les dan de comer y de beber usando la yema de los dedos, los dientes y el pecho. Ninguno tiene las orejas puntiagudas, pero tampoco llevan el pelo rapado.

Cuento tres pares de orejas puntiagudas entre los clientes, sin incluir las de los hombres que me acompañan.

La estancia permanece en silencio. Incluso las prostitutas de risa tonta se han quedado con la boca tan abierta como los pescados que se asan al fuego del enorme hogar.

—Madre del Caldero, es… —Una de las chicas se levanta tan abruptamente que la comida que se había extendido por la clavícula para que el cliente se la lamiera cae al suelo—. *Princi* Dante.

La joven hace una reverencia y un pegote de salsa marrón se desliza por el espacio entre sus pechos.

—Siéntese, por favor —dice Dante con un movimiento de la mano —. Déjense de formalismos.

Una mujer de penetrantes ojos verdes y mejillas sonrojadas por el calor y el trabajo físico sale de detrás de la estrecha barra.

—Qué sorpresa, *altezza.* Bienvenido. —No puede evitar inclinar la

cabeza—. ¿En qué podemos servirle a usted y a sus acompañantes?

—Heno y un mozo para nuestros caballos. Comida, alojamiento y un baño para nosotros.

—Por supuesto, mi señor. Le pediré a uno de mis empleados que los atienda. —Da un silbido y un muchacho vestido con un peto azul lleno de remiendos sale de lo que debe de ser la cocina—. Orian, ve a encargarte de los caballos de nuestros huéspedes.

Tavo lo detiene con una mueca en los labios.

—Este chavalín es un tirillas. ¿Está segura de que podrá enfrentarse a un ladrón si se da el caso?

La mujer rodea el cuello del chico con un brazo en gesto protector.

—Por aquí no hay ladrones, *signore*.

Aunque Tavo le saca dos cabezas, la mujer demuestra tal aplomo que se gana mi más absoluto respeto.

—Qué suerte —masculla Tavo—. Nuestra zona de Tareluce está llena de rateros.

Me mira directamente a mí mientras pronuncia su segundo comentario.

Lo fulmino con la mirada. ¿Qué se supone que he robado según él? ¿Los cuervos? No se puede hablar de robo si la persona no era la verdadera dueña de lo que te has llevado.

—No son más que mortales tratando de sobrevivir, Tavo.

—¿Qué hay de las camas y los baños? —pregunta Dante, seguramente para reducir la tensión.

—Tenemos tres habitaciones libres. ¿Serán suficientes? De lo contrario…

—Nos las arreglaremos.

Dante deja caer uno de sus pesados brazos alrededor de mis hombros y me arrastra contra su cuerpo. Nunca me había pasado, pero me pongo tan rígida como un cadáver que lleva muerto un día entero.

Permanezco en silencio cuando el muchacho sale a atender a los caballos y la posadera se pone a prepararlo todo, empujando a otros comensales para que dejen el extremo de una mesa libre. Una vez que estamos sentados, no obstante, pego los labios a la oreja llena de pendientes de Dante.

—Una de esas habitaciones será para mí. Solo para mí.

—Tenemos que vigilarte —replica él, que coge un panecillo de la cesta de tela que una de las empleadas ha dejado entre nosotros cuatro.

Pese a que no tengo ni pizca de hambre, cojo un pedazo de pan y lo muerdo como si fuese una manzana.

—¿Te da miedo que me escape con tu enemigo y tu corona? —le

pregunto con una empalagosa sonrisa.

El príncipe se pone tenso tan repentinamente que le crujen los huesos cuando gira el torso hacia mí.

Abandono la sonrisa falsa y la mala actitud y me concentro en el pan, que está delicioso y llena uno de los vacíos que siento en mi interior.

—Por suerte para ti, la corona lucina no me interesa en absoluto.

Para llenar los otros vacíos que el príncipe y el cuervo han dejado, pienso en todo lo que amo, en todo lo que recuperaré cuando esto haya acabado: la ternura de Phoebus, la risa contagiosa de Sybille, el amor incondicional de mi *nonna,* el cabello rojizo de *mamma,* el crujido de los libros viejos, la dulce acidez de las bayas, el tronar de las tormentas, el color de los arcoíris, el brillo de las estrellas y el aroma del mar.

Lo siento, Behach Éan.

Me meto otro pedazo de pan en la boca y lo bajo con un poco de agua.

No le hagas daño al chico que está cuidando de los caballos.

Parece que su respuesta tarda una eternidad en llegar: ***Nunca atacaría a un niño.***

Nos traen una jarra de vino feérico junto a otra cesta de panecillos recién hechos. Luego, llega la comida. Aunque mi *nonna* me enseñó buenos modales, me echo una buena ración de verduras y guiso de cereales en el plato y me pongo a comer antes de que el príncipe se haya servido.

Cuando me siento felizmente saciada, dejo la servilleta arrugada sobre la mesa y me levanto.

—Os veré por la mañana. Despertadme cuando sea hora de salir.

Tavo sacude la jarra vacía de vino sobre su vaso.

—Tráenos otra antes de que te vayas, anda.

¿Me está hablando a mí?

Me mira por encima de la chica que tiene sentada sobre el regazo, perplejo, por lo que parece, al ver que no le hago caso.

—Ah, claro… Se me ha olvidado añadir la palabra mágica: *pefavare.*

Como si pedírmelo por favor fuese a arreglar algo…

—Entiendo que puede resultar confuso, dado que estamos en una taberna y yo en casa trabajo en una, pero no son estas amables personas quienes me pagan el salario. —Hablo en voz baja para que no se propaguen los cuchicheos entre los demás clientes—. De todas formas, le pediré a Rosa que te traiga una de camino a la habitación.

Rosa es la hija mayor de nuestra anfitriona. Junto con su madre y

sus cuatro hermanos pequeños, dirige la posada que su padre mestizo construyó antes de fugarse con una fae de sangre pura de Tarespagia. Me he enterado de todos esos detalles gracias al chismoso que tenía sentado al lado, que ha ido acercándose cada vez más y más a nuestro grupo en cuanto nos hemos sentado.

Tavo ha bromeado diciendo que el hombre acabaría sentándose sobre el regazo de Gabriele si su amigo no le ponía límites. Sin embargo, Gabriele es demasiado amable y, aunque no me parece que sea el tipo de persona que dejaría que otros lo pisaran y mucho menos que se le sentaran encima, no ha quitado los codos de la mesa en toda la noche.

Me alejo de la mesa revigorizada.

—Oye, Rosa, mis encantadores compañeros quieren otra jarra de vino.

La chica, que es tres años mayor que yo —otro dato que nuestro parlanchín vecino ha compartido con nosotros—, les echa un vistazo antes de volver a centrar su atención en mí.

—Ahora mismo se la llevo. ¿Usted necesita algo, mi señora?

Me sorprende que se dirija a mí con ese título cuando tengo las orejas tan curvas como las suyas.

—Fallon —le digo, y, cuando me mira confundida, añado—: Es mi nombre. En cuanto a lo de si necesito algo, te lo agradecería enormemente si pudieses decirme cuál es mi habitación y mostrarme dónde está el baño.

La chica sonríe, coge una jarra llena y se la lleva a los demás. Dante aparta la mirada para darle las gracias, pero sus cautelosos ojos vuelven a posarse en mí enseguida. Mentiría si dijera que no echo de menos la forma en que me miraba antes, pero ya hemos perdido esa góndola.

Algún día, encontraré a alguien que me quiera y me admire al ver la persona en quien me he convertido. Mi mente vuela hasta Antoni mientras Rosa regresa. ¿Estará pensando en mí?

La chica se seca los dedos en la falda.

—Sígueme.

Subimos por una estrecha escalera y me conduce por un pasillo de las mismas proporciones. Al fondo, abre la puerta de una pequeña habitación con una bañera redonda de madera.

—Mis hermanos se han encargado de llenarte la bañera con agua caliente del pozo del pueblo.

—¿Vuestro pozo tiene agua caliente?

Aunque no ha tocado nada, la chica se frota las manos contra la falda.

—No han utilizado sus poderes, si lo preguntas por eso.

Que esté a la defensiva me dice que sus hermanos —elementales de agua y fuego seguramente— sí que han recurrido a sus poderes para llenar y calentar la bañera.

—Si yo tuviese poderes, los usaría para todo. Aunque agotara mi limitada magia enseguida.

Una arruga le surca la tersa piel de la frente, oculta, en parte, tras un flequillo rubio.

—¿No eres mestiza?

—Sí —suspiro—, pero mis poderes no han despertado. Aun así, no pierdo la esperanza.

—Nunca había conocido a un mestizo sin magia.

—Pues ahora ya sí.

Se aparta un mechón de pelo que se le había enredado en las pestañas.

—Estoy segura de que lo sabes, pero utilizar la magia es ilegal.

—Una ridiculez, en mi opinión. —Cuando se le dilatan las pupilas ante mi franqueza, añado—: El príncipe está de acuerdo conmigo. Aunque con eso no quiero decir que debas recurrir a tus poderes en su presencia.

Permanece callada durante un largo minuto, pero entonces aprieta los labios.

—Los de orejas puntiagudas no suelen venir por aquí. ¿Qué ha traído al príncipe a Tarescogli?

—Nos dirigimos de vuelta al este.

—Esta no es la ruta que se suele tomar para ir hacia allí.

—Es que nos apetecía disfrutar del paisaje.

Los goznes de la puerta crujen y Rosa da un respingo.

En parte esperaba encontrar a Dante o a uno de sus dos amigos, pero solo veo oscuridad. Una oscuridad muy intensa. Clavo los ojos entrecerrados en una zona particularmente opaca.

¿Eres tú, Lorcan?

Sí.

Sal de mi habitación.

¿Qué te hace pensar que estoy ahí dentro?

Arqueo las cejas. ¿Me habré imaginado el movimiento de las sombras?

Rosa se gira para ver qué estoy mirando y luego se acerca a mí.

—No conseguimos librarnos de las telarañas. Espero que no te den miedo las arañas.

Cuando agita la mano en el aire, se me para el corazón.

Como era de esperar, la sombra se dispersa.

Te veo, le digo.

—No me dan miedo —le respondo a Rosa con los labios apretados.

—Las pequeñitas de color rojo pican, pero, como eres mestiza, su veneno no debería dejarte secuelas.

—Me aseguraré de tener cuidado con las criaturas pequeñas y rojas de patas largas. Gracias por el baño. —Trato de hacer que salga de la habitación para decirle cuatro cositas a Lore y echarlo a él también, pero entonces recuerdo que necesito una cosa más—: ¿Podrías darme algo de ropa limpia a cambio de este vestido? Unos pantalones y una camisa, a ser posible.

Echa la cabeza hacia atrás como si le hubiese pedido que llenase la bañera de esos desagradables bichitos rojos.

—¿Pantalones?

—¿Quizá alguno de tus hermanos tiene un par que le sobre?

—Pues…, eh… —Me mira de arriba abajo—. Voy a ver si encuentro algo.

Le dedico una sonrisa, pero ella no me la devuelve.

—Gracias, Rosa.

Con el ceño fruncido, se escabulle de la habitación.

Una vez que la puerta se cierra, me giro hacia la parte más oscura del techo.

Fuera. Ya.

El astuto monarca se transforma en pájaro. En uno solo, a juzgar por su tamaño.

Cierra la puerta con llave.

En cuanto te vayas.

¿Crees que un cerrojo me impedirá volver a entrar? Hay un toque de diversión en su voz.

No, es porque sigo teniendo la esperanza de no seas un indecente que espía con mirada lasciva a las mujeres mientras se bañan.

Yo no espío con lascivia, dice y suena como si lo hubiese pillado por sorpresa.

Apoyo una mano en la cadera.

¿Seguro?

Eres mi destructora de maldiciones, dice con ligera exasperación, como si estuviese comportándome como una niña pequeña. ***Tengo que velar por tu seguridad.***

Me río de la manera en que trata de justificarse.

Bueno, pues ahora mismo no tienes por qué hacerlo. No me voy a ahogar en un palmo de agua.

Si quieres deshacerte de mí, cierra la maldita puerta con llave.

Vale. Tenía intención de hacerlo de igual manera. Una vez que oigo

el chasquido del cerrojo, digo: ***Listo. Ahora esfúmate.***

No aparta la mirada de mi rostro ni por un segundo al transformarse en humo, y, una vez que esos ojos dorados desaparecen, la espesa sombra en la que se ha convertido repta hacia mí.

La habitación no es tan pequeña como para impedirle rodearme. Sin embargo, cuando la nube de humo se desplaza por el espacio entre la puerta y la pared, se las arregla para rozarme los brazos cruzados y ponerme la piel de gallina.

—Capullo —musito.

En cuanto se ha ido, me doy la vuelta y retuerzo los brazos con el vello erizado para alcanzar el cierre del vestido. Para ser alguien a quien no le gusta que le toquen, Lorcan no parece tener ningún problema en hacerle lo propio a otras personas.

Una sonrisa me curva una de las comisuras de la boca mientras me imagino acariciándolo. Estoy segura de que eso lo mantendría lejos de mí.

Tienes que trabajar a fondo tus tácticas de intimidación, Behach Éan.

Lo que de verdad tengo que hacer es proteger mis pensamientos, pero, aparte de eso…

¿Te gusta que te acaricien?

Depende de quién lo haga. Y dónde me acaricie.

Mi mente se va por unos derroteros tan retorcidos que se me borra la sonrisa malvada de golpe.

Estoy a punto de despertar a tus amigos de piedra. Estoy segura de que alguno de ellos estará más que encantado de hacerle unas cuantas caricias a su rey donde él prefiera.

Me peleo con los lazos del vestido, pero, en vez de soltarlos, tengo la sensación de estar apretándolos más.

El sudor me cubre la frente cuando por fin consigo deshacerme de los diez o doce kilos de terciopelo húmedo. Por desgracia, no soy capaz de quitarme de la cabeza la imagen de Lorcan —el pájaro— fornicando con otra ave. Cierro los ojos con fuerza con la esperanza de apretarlos tanto que la imagen desaparezca, pero solo consigo grabármela más a fuego en la cabeza.

Capítulo 71

Unos sonoros golpes a la puerta me sacan de la bañera antes de que esté lista para salir del agua.

Con un quejido, cojo la delgada toalla que hay doblada sobre la silla, la sacudo y me envuelvo con ella. Aunque esperaba encontrar a Rosa con la ropa limpia, quien está ante la puerta es Dante, y sin mi ropa.

Entra en la habitación y la estudia con la mirada, como si hubiese esperado pillarme con alguien. Seguramente con un cuervo en particular.

—Ves. —Agito una mano mientras me sujeto la toalla con la otra—. Sigo aquí.

Los ojos de Dante recorren mi cuerpo envuelto.

—¿Necesitas algo?

Cierra la puerta y nos aísla del mundo.

—Quería confirmar que no habías huido.

—El único lugar al que voy a huir es a la cama. —Cuando su mirada vuela hasta ella, añado—: Sola.

Se ríe entre dientes.

—No temas. No tengo intención de meterme en la cama con una cuervo.

Aunque ya he tomado una decisión sobre Dante, le respondo con total seriedad:

—Él tampoco dormirá en mi cama.

—No hablaba de Lorcan.

—Ya me lo imaginaba. —Alzo la barbilla—. Es una suerte para ti que no tenga ninguna gana de acostarme con un hombre que me aborrece, así que supongo que todos salimos ganando. —Rodeo al príncipe y abro la puerta de un tirón—. Ahora que ya sabe dónde estoy, le agradecería que saliese de mi habitación, *princci*.

Se le marcan los músculos de la mandíbula al apretar los dientes.

—No era mi intención hacerte daño.

—Puede, pero cuanto más me miras como si fuera un monstruo, Dante, más inhumana me siento.

—¿Y cómo quieres que te mire? —Lanza una mano al aire, exasperado.

—¡Como siempre! Como a una puta chica normal. —Se estremece —. Como me mirabas cuando era tu amiga o lo que fuera que me considerases.

Da un paso hacia mí, se cierne sobre mi menuda figura, y le veo capaz de agarrarme del cuello para besarme. Igual que me veo capaz a mí misma de permitírselo, aunque solo fuese por pasar página. Sin embargo, se le agitan las aletas de la nariz, se da la vuelta, cruza el pasillo y se adentra en la habitación que hay al otro extremo. Cierra de un portazo, lo cual es muy impropio de un futuro rey.

Aunque también es cierto que el trono nunca ha estado reservado para él.

Una vez que he cerrado mi propia puerta, bajo la vista y contemplo el cuerpo que tanto asco le produce, pese a que todavía no se me han endurecido las uñas hasta convertirse en garras de hierro y no tengo ni una pluma en la piel.

Echa la llave, Behach Éan.

Me muerdo el labio.

No va a volver.

Puede que él no, pero hay una decena de hombres en el piso de abajo y, aunque no tienen la más mínima posibilidad de llegar hasta ti estando yo presente, preferiría no tener que bañar el suelo de sangre.

Se me revuelve el estómago ante la imagen que describe, así que cierro con llave y me dirijo a la cama.

No sé si lo sabes, pero no tienes por qué resolver todos los conflictos recurriendo al asesinato.

Se puede sangrar sin morir.

Sin quitarme la toalla, me siento sobre el colchón blando y lleno de bultos y me arrebujo bajo las sábanas que huelen a luz del sol y madera tropical. Como me he pasado el día durmiendo, no consigo conciliar el sueño. Además, la anticipación me tiene con los nervios a flor de piel.

Mañana Lore estará casi completo.

¿Qué hay del quinto cuervo? El que está en palacio.

Bajo la intensidad de la luz del candil que hay sobre la mesilla y veo cómo las sombras juguetean por la lisa superficie de madera lacada del techo.

La persona que lo trae llegará a las costas del sur justo después del amanecer.

Imagino a Giana cargando con el cuenco, porque ¿quién si no iba a

estar involucrada en esto?

No es…

Se interrumpe tan bruscamente que me siento en la cama y vuelvo a subir la luz feérica.

¿Hola?

Nada.

—¿Lore? —susurro antes de gritar su maldito nombre—: ¡Lore!

Con el corazón desbocado, me abalanzo contra la ventana para abrirla y sacar la cabeza al exterior. El muchacho, Orian, está sentado sobre una bala de heno y silba mientras Furia y los otros tres caballos comen los pálidos tallos que les ha esparcido por el suelo.

Mi grito o tal vez el crujido de la ventana ha debido de alertar al chico, porque levanta la vista.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Todo bien —miento.

La adrenalina me sacude los huesos.

¿Lore?

Corro hacia la puerta y me tropiezo con una de las esquinas de la toalla. Me lleva tres intentos abrir el maldito pestillo y otros dos girar el pomo y abrir la puerta. Estoy a punto de ir a buscar a Dante cuando veo que Rosa está en el pasillo, con los ojos abiertos como platos y los brazos cargados.

—Te traigo la ropa que me has pedido. —Las cejas se ciernen sobre sus ojos. Igual que su hermano, pregunta—: ¿Te encuentras bien?

Le digo la misma mentira, me obligo a sonreír y cojo las prendas que lleva en brazos. Entonces cierro la puerta ante su expresión cautelosa, me visto y dejo la ropa interior empapada en el borde de la bañera para que se seque. Los pantalones me quedan un poco prietos y cortos, mientras que la camisa es un poco áspera, pero estoy demasiado nerviosa como para preocuparme porque se me vayan a reventar los pantalones o me sangren los pezones.

¿¡Lore!?, grito a través de nuestro vínculo.

Sigue sin contestar. Es imposible que hayan atravesado con un pedazo de obsidiana a los tres cuervos.

Como me he dejado los calcetines mojados junto a la ropa interior, me pongo las botas con los pies descalzos y salgo a toda prisa de la habitación. Llamo a la puerta de Dante y un ronco «¿Qué?» retumba desde el otro lado del panel de madera.

—Soy yo.

Un segundo más tarde, abre la puerta con una toalla alrededor de la delgada cintura y con la piel oscura resplandeciente y mojada. Y pensar que tuve ese pecho presionado contra el mío hace una semana.

Me regaño por ponerme a pensar en eso en el momento más inoportuno.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces vestida? Y en pantalones, por si fuera poco.

Aparto la mirada de su firme cuerpo para posarla en sus firmes ojos.

—Lore no me responde.

Se le crispa un músculo en el lado izquierdo de la frente.

—¿Y a mí qué me importa?

Me echo hacia atrás.

—Pues porque ha tenido que pasarle algo.

Justo en ese momento, unos pasos resuenan por la escalera y Tavo y Gabriele aparecen ante nosotros, con la parte superior de la cabeza rozando el techo bajo.

El duende de Dante, Gaston, se abre camino entre ellos respirando con dificultad.

—*Altezza,* Xema Rossi ha ordenado llevar a cabo una excavación en el suelo de la cúpula. —Resuella agitadamente—. ¡Lo sabe! Lo sabe y ha enviado… a sus duendes para que avisen al rey.

—Te dije que algo iba mal —le digo a Dante en un siseo.

—¿Y este muchachito quién es? —pregunta Tavo, que me sonríe con afectación.

Pongo los ojos en blanco porque no estoy de humor para una de sus bromitas. Aunque en realidad no estoy de humor para bromas en general.

—Cierra el pico, Tavo.

El rey ha zarpado hacia el sur.

Me giro al tiempo que me da un vuelco el corazón.

¡No desaparezcas de esas maneras!

Lo siento, Behach Éan. Tuve que enviar a mis cuervos en direcciones diferentes y para comunicarme contigo al menos dos de ellos tienen que estar juntos.

Mi pulso todavía está desbocado, pero saber que no se ha convertido en un bloque de hierro me hace sentir mil veces más tranquila.

¡Bueno, pues más te vale enviarme una visión la próxima vez!

A lo mejor he exagerado un poco con lo de estar mil veces más calmada.

Cuéntales todo lo que te diga, Fallon. Tenéis que partir esta misma noche. Yo os guiaré. El comandante Dargento se ha dado cuenta de que han sustraído mi cuervo de palacio y le ha enviado un duende a Marco para hacérselo saber, pero él ya había cambiado de

rumbo gracias a los mensajeros de Xema Rossi. Está volviendo a Tarespagia en estos mismos instantes y debería llegar al sur antes del alba.

Me he quedado tan boquiabierta que tardo unos valiosísimos minutos en asimilar sus palabras.

—*Merda* —susurra Gabriele.

La criada de los Acolti informó a las autoridades de que Phoebus y tú entrasteis en la cámara acorazada. Dargento ha enviado a sus soldados para que vayan a por tu amigo.

Me cubro la boca con una mano y siento como una fría ola de miedo me inunda el pecho y la humedad me empaña los ojos.

Y un soldado de pelo blanco ha ido corriendo a tu casa.

Cato. Ha tenido que ser Cato. Es un buen hombre. ¿Ha podido hablar con mi* nonna*? ¿Las ha ayudado a escapar?

Bronwen y Giana ya las habían llevado a un lugar seguro.

Dejo caer la mano al pecho, donde mi corazón late a toda velocidad.

Están a salvo, Behach Éan.

—Pero Phoebus…, Phoebus no —gimoteo.

Lorcan no lo niega. Aunque antes temblaba a causa de la adrenalina, ahora es el pavor lo que me sacude.

—¿Qué pasa con Phoebus? —interviene Dante.

—Silvius se lo ha llevado. Lo ha detenido para-para-para…

—Haz el favor de terminar la puñetera frase —me espeta Tavo—. Que te follen a ti también, cuervo.

Dante me apoya una mano en el hombro y me da un suave apretón.

—¿A dónde se lo han llevado?

—A la cámara. —Me muerdo el labio, que no deja de temblar.

—¿Qué cámara? —Gabriele habla con voz calmada, pero tan tensa como la driza de un navío.

—La cámara acorazada de su familia. Donde guardaban uno de los cuervos de Lore —susurro.

—No hay una familia más fiel a la Corona que los Acolti —dice alguno de los tres.

No sé quién ha hablado y me da igual a quién le sean fieles los Acolti. Lo único que me importa es que Silvius tiene a mi mejor amigo. En cuanto descubra que la cámara está vacía, que Phoebus me ha ayudado…

Las palabras que me susurró Dargento al oído cuando me llevó a palacio regresan a mi mente junto a una de las visiones de Lorcan. Imagino al comandante sujetando un arma contra el cuello de Phoebus en vez de contra el de mi *nonna*.

Dioses de mi vida, voy a vomitar. Corro hasta el cuarto de baño y echo la cena.

Lore, protege a Phoebus. Te lo ruego.

He dejado a uno de mis cuervos en el este para vigilar que no le pase nada.

Ahueco las manos para coger un poco del agua que no he llegado a manchar con el contenido de mi estómago y me limpio la boca.

Debéis partir ya o el esfuerzo que ha hecho Antoni habrá sido en vano.

Me enderezo al oír el nombre de Antoni y me doy la vuelta.

—Nos marchamos. ¡Ahora mismo!

Capítulo 72

El murmullo de la adrenalina crece hasta volverse un zumbido ensordecedor que restalla contra mi cráneo como las olas contra los acantilados. No dejo de imaginarme a Phoebus con unos grilletes. Debe de estar muerto de miedo. Y todo por mi culpa.

Santo Caldero, como le pase algo, voy a… No puedo seguir pensando así. Lore dijo que lo mantendría a salvo y prefiero creer que así será.

Paso apresuradamente por delante del príncipe y empujo a sus amigos.

Oigo al príncipe ordenarle a Gabriele que me siga y a Tavo que pague por nuestra estancia en la posada. Al salir del establecimiento, mi visión se reduce hasta centrarse en una sola dirección. Hacia delante.

Antes de que acabe el día, se instaurará un nuevo orden en Luce. Uno por el que lucharé junto al Rey Cuervo y el Príncipe Feérico.

Me abro camino a través de la húmeda oscuridad y ya me veo a mí misma en la costa sur de Luce, donde liberaré a los dos últimos cuervos de Lore de la prisión submarina y el cuenco de obsidiana respectivamente.

El muchacho se sobresalta al vernos girar la esquina y se levanta de la bala de heno con un palo afilado por uno de los extremos en ristre.

Gabriele levanta las manos.

—Descansa, jovencito. Venimos a por nuestros caballos.

El chico baja el brazo y me doy cuenta de que está temblando.

—¿Ya se van?

Me acerco a Furia con el cuerpo palpitante, como si mi corazón se hubiese dividido en mil pedazos y se hubiera repartido por mis extremidades.

—El deber nos llama.

Me alegro de que Dante le pidiese a Gabriele que me acompañase porque, donde Tavo es como el mar abierto, Gabriele es como una cala. El plácido tono de su voz se las arregla para calmarme incluso a mí. No es mucho, pero lo suficiente como para que mis manos dejen

de temblar mientras ensillo a Furia.

Dante, por suerte, no tarda mucho en llegar. Gira la esquina justo cuando me subo al caballo. Pensaba que se montaría en el suyo, pero le cede la montura de Tavo al estupefacto chico de la posada y se agarra a la perilla de mi silla. Me señala el pie con la cabeza y yo lo quito del estribo para que pueda apoyarse y montar detrás de mí.

No digo nada por tener que compartir caballo porque estoy demasiado nerviosa por iniciar la marcha y, en parte, porque me conmueve que el niño haya sacado un caballo de todo esto.

—Qué bonito gesto por tu parte lo de darle un caballo.

—No lo he hecho por tener un detalle con él.

Por supuesto. Lo ha hecho porque no se fía de mí.

—Más te vale que no estés intentando engañarnos, cuervo —refunfuña a mi espalda cuando Furia sale al galope y levanta una nube de astillas y arena.

Gracias a Lore, mi caballo sabe a dónde tiene que ir.

La jaula de los brazos de Dante no cede ni un milímetro. Aunque no quiera tocarme, tampoco quiere que me aleje mucho de él, porque soy la chica que puede liberar al rey que, a su vez, lo convertirá también a él en monarca.

Mientras recorremos el paisaje barnizado en luz de luna al galope, pienso en Phoebus y en mi *nonna.* Espero que me perdonen. Recuerdo la repulsión en los ojos de Dante y de pronto me imagino a mi amigo y a mi abuela mirándome con la misma expresión. Si ya resulta doloroso viniendo de Dante, en el caso de ellos dos me destrozaría.

Levanto la mirada hacia el lienzo azul oscuro de la noche y veo un resplandor dorado y una mancha negra en lo alto, por encima de mí. El Rey Cuervo está hecho de viento, sombras y una pizca de luz de las estrellas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunto por encima del rugido de las olas que rompen contra los acantilados.

—Unas cuantas horas —responde Dante con voz tensa por los nervios.

—¿Estás preparado? —le pregunto.

—¿Para qué?

Me giro para mirarlo a la cara.

—Para que todo esto sea tuyo.

Frunce tanto el ceño que sus iris se convierten en dos pozos de tinta.

—Luce no será mío, Fallon. —Al ver mi expresión confundida, añade—: He renunciado a Monteluce y Racocci, junto a la zona entre Selvati y Ríhbiadh. Es la mitad de mi reino.

Me quedo muda, porque es la primera vez que me hablan del trato.

—¿Por qué?

—¿De verdad creías que el motivo por el que el Rey de los Cielos me va a ayudar es porque tiene un gran corazón?

—P-pues…

La verdad es que no lo había pensado.

—Los cuervos son criaturas egoístas y traicioneras y lo único que los mueve es la promesa de obtener algún beneficio. Solo me permite colaborar porque quiere instaurar la paz con los fae, y nuestro pueblo…, *mi* pueblo nunca se dejaría gobernar por un cuervo.

—¿*Tu* pueblo? Yo sigo formando parte de él.

—¿Estás segura?

—Lo desperté por ti, cabeza hueca de orejas puntiagudas. Lo desperté para que tú accedieras al trono, ¡así que deja de dudar de mi lealtad!

Permanece en silencio durante un tiempo, pero entonces dice:

—¿Por mí?

—Sí. Resulta difícil de creer viniendo de una chica que es mitad cuervo, ¿no? Porque, ¿cómo has dicho hace un momento? Ah, porque somos avariciosos y traicioneros.

Noto como su pecho sube, me roza la espalda y su corazón acelerado revolotea contra la piel entre mis omoplatos. Aparta una de las manos de la perilla de la silla de montar y la apoya sobre mi estómago.

—Lo siento —murmura contra mi pelo—. Ten paciencia, Fal. Apenas he tenido un par de horas para asimilar todo esto.

Inspiro hondo cuando comienza a trazar arcos con el pulgar por encima de mi ombligo. Justo cuando cierro los dedos en torno a los suyos para apartarlos de mí, Lore desciende en picado ante Furia con un graznido que hace que el caballo se detenga en seco y que mi corazón y mi cuerpo den un bandazo. Dante vuelve a sujetar las riendas con ambas manos.

—Por todos los Dioses de Luce, ¿qué coño te pasa, cuervo? —ruge Dante justo cuando la roca hacia la que nos estábamos dirigiendo se desmorona y cae al mar.

Acaba de salvarnos la vida.

Bueno, la mía, porque caer sobre unas rocas aserradas desde unos cuantos metros de altura no habría matado a Dante.

Dile a tu principito que deje de distraerse con tu puto cuerpo y que mire por dónde va, Fallon.

Capítulo 73

El susto de casi caernos por el acantilado hace que cabalguemos con especial cuidado y en absoluto silencio. Las rocas no se desmoronan por hacer ruido, pero nadie habla, ni siquiera el duende posado sobre la silla de Gabriele.

Dado que los duendes solo se callan cuando están dormidos o muertos, su silencio dice todo lo que hay que saber sobre lo peligroso que es el camino. Sobre todo si tenemos en cuenta que él tiene alas y los demás no.

El acantilado es de piedra caliza y tan resbaladizo que tenemos que frenar a los caballos para que vayan al paso. Y, con todo y con eso, la roca se desintegra como las hojas secas más de una vez. Cuanto más y más avanzamos hacia el sur, casi parece que estemos caminando junto al límite del mundo.

Me habían dicho que esta zona del reino era inhóspita, pero nunca imaginé que fuera hasta tal punto. Contengo la respiración cuando el camino se estrecha y no la suelto hasta que mis pulmones empiezan a pedir oxígeno a gritos.

¿Falta mucho?

No me veo capaz de preguntárselo a Dante en voz alta por miedo a que afecte a la estabilidad del camino.

No. La voz de Lorcan suena tan afilada como una espada; ha perdido todo rastro de ligereza.

Supongo que está tan tenso como el resto de nosotros. Está muy cerca de recuperar su humanidad. A su pueblo. Su reino.

Me parece igual de increíble que Lorcan haya exigido quedarse una porción tan grande de Luce como que Dante haya aceptado su petición. Aunque ¿qué otra opción tenía? ¿Qué pensarán los monarcas vecinos de un reino dividido entre un fae y un metamorfo? ¿Aceptarán esta nueva división territorial? ¿Se prestarán a ser aliados de ambos reyes?

Dos reyes.

El cielo empieza a clarear, puesto que el sol naciente ha devorado las sombras que cubrían el mundo y lo ha coloreado con tonos grises y

azules. Las dos manchas negras de los cuervos son tan visibles con la luz del día que temo que cualquier barco que pase por aquí cerca las divise.

—Mira arriba.

Hago lo que Dante me pide porque son las primeras palabras que pronuncia desde que le ha gritado a Lore sin comprender los motivos del cuervo.

—Lorcan ha quitado la nube artificial con la que cubrimos su ciudad y la ha dejado a la vista para que todo Luce la vea.

Menuda jugada.

—Marco debe de estar hecho una furia —añade en apenas un susurro.

Giro la cabeza y miro hacia arriba.

Y más arriba.

Y entonces parpadeo lentamente, porque hay ventanas en la pared del acantilado. Esta debe de ser otra parte del Reino de los Cielos. ¿Cuánto territorio abarca el hogar de Lore?

—Construyeron sus nidos en las cimas que recorren esta longitud. Se dice que esta cumbre en particular alberga las dependencias privadas de Ríhbiadh —explica Dante, así que supongo que he formulado la pregunta en voz alta.

—Me sorprende que siga en pie.

—Marco trató de destruirla, pero la piedra está hechizada para que sea impenetrable. Las cuerdas y las enredaderas feéricas quedan reducidas a cenizas. Las flechas y las balas de cañón rebotan. El fuego feérico no rompe las ventanas.

Aparto la vista de los cristales, que brillan pese a estar cubiertos de sal, y miro a los cuervos de Lore.

Ya casi estás en casa.

Las dos aves clavan sus ojos dorados en mí. Me sorprende la intensidad y rabia que desprenden. Daba por hecho que Lorcan estaba tenso, pero no que estuviese enfadado…

No te fallaré, susurro a través del vínculo.

Me sostiene la mirada por un segundo. Dos. Y entonces cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, ya no me observa a mí, sino que ha clavado la vista más allá, en las aguas envueltas por la luz dorada de la mañana que rompen contra los escarpados acantilados de Luce como si quisieran derribarnos.

Sigo la trayectoria de su mirada, pero me detengo al ver las costas rosadas de Shabbe en la distancia antes de volver a centrarme en las nuestras, donde hay un barco varado. La proa de madera sobresale de entre la espuma, mientras que el resto del casco cubierto de corales

permanece sumergido bajo las olas.

Me quedo perpleja. ¡Antoni se las ha arreglado para sacar el barco hundido!

Lo busco con la mirada y lo primero que encuentro es la rubia melena de Mattia, seguida de la piel dorada por el sol de los brazos y los hombros del capitán, el cabello castaño oscuro pegado a la cabeza de Riccio, que parece haber salido del agua hace un momento, y…

Y…

—¿Sybille? —grito.

Capítulo 74

Los cuatro levantan la cabeza hacia el cielo.

Madre del Caldero. ¿Sybille sabe lo de los cuervos? ¿Desde cuándo? Aunque no tengo motivos para sentirme traicionada, no puedo evitar preguntarme por qué y, lo que es más importante, cómo me lo ha ocultado.

Le dijo la cazuela al Caldero.

Bronwen debe de haberla asustado para que no diga nada, igual que hizo conmigo.

Furia baja por el sinuoso sendero que conduce hasta la cala y yo contengo la respiración, pero —si bien es cierto que el camino es demasiado estrecho para mi gusto— no es porque me dé miedo, sino porque no veo el momento de encontrarme con Sybille abajo.

Porque casi hemos llegado al galeón.

Porque estamos a punto de cambiar el curso de la historia.

En cuanto llegamos a la playa, desmonto de un salto y corro hacia mi amiga para envolverla en un abrazo.

—¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí.

Antoni tiene los brazos cruzados, con los prominentes músculos y las marcas de pactos a la vista, y es el primero en contestar:

—Eso mismo pienso yo, pero se vino de polizón. Imagina la sorpresa que me llevé cuando el barco chocó con ese arrecife y salió disparada del casco.

—Sybille —la regaño, aunque debería estar más preocupada porque el barco de Antoni se haya hundido. Ese navío era su vida. Lo que le daba de comer.

—Veeenga yaaa. Hiciste que me tragara una patraña sobre estrechar lazos con tu vieja *bisnonna* Rossi. Imagina la sorpresa que me llevé *yo* cuando me enteré de que me la habías colado como una serpiente. —Suena enfadada. Muy enfadada, pero me está devolviendo el abrazo—. Estás como una verdadera cabra.

—Siento interrumpir vuestra encantadora reunión —interviene Tavo, que se baja de su yegua—, pero Gaston acaba de ver un barco que se aproxima por el oeste y lleva la bandera real.

—Joder, viene a toda mecha. —Riccio se aparta un mechón mojado de la frente—. ¿Es que el rey ha reunido a todos los elementales de aire del reino?

Me separo de Sybille, la rodeo y entrecierro los ojos. Es cierto que el buque real está surcando el agua a una velocidad alarmante.

—Otra embarcación se acerca por el este —anuncia Gabriele—. Y viaja igual de rápido.

Hora de ponerse manos a la obra.

—¿Dónde está el cuervo de Lore?

—Todos están dentro del casco. —Antoni se pasa una mano por el pelo y mira al príncipe y a los otros dos hombres con suspicacia—. *Altezza.*

Dante le ofrece a Antoni un asentimiento de cabeza casi imperceptible.

—Greco.

—Santos Dioses, es él de verdad. —El susurro de Sybille me revuelve el pelo junto a la oreja.

Levanto la vista para mirar al culpable de su asombro.

—Es él de verdad, sí.

Mi amiga se muerde el labio y tiene la mirada tan desencajada que sus rizadas pestañas le rozan las cejas.

—¿Percibe la presencia de su cuervo, *Mórrgaht?* —pregunta Antoni.

Oírle pronunciar el título córvido me transporta al bosque de la Rax, a la noche en que Antoni le dijo a Bronwen que yo tenía derecho a saber más. ¿Se refería a que «Morrgot» no era el nombre del cuervo? ¿A que Lore era su propio amo? ¿A que en realidad era un hombre bajo las plumas?

Los dos cuervos de Lore vuelan bajo alrededor del galeón. Contengo la respiración cuando una serpiente con un cuerno tan brillante como la nieve virgen sale del agua. Lore se transforma en humo y la serpiente lo atraviesa. Aunque tengamos una conexión con los animales, parece que a esa serpiente no la avisaron de que los cuervos no son el enemigo, lo cual hace que se me ponga la piel de gallina.

Que Minimus me tenga cariño debe de ser una mera coincidencia. Busco su cuerpo rosado entre el resto de los reptiles que se retuercen alrededor de la parte sumergida del barco, pero solo veo escamas amarillas, naranjas y turquesa. Lore vuela en un círculo por encima de la popa, en el extremo más alejado de donde nos encontramos.

La madera cruje cuando el agua arrastra el navío abandonado y tira de los cabos que Antoni y los demás han atado entre la proa y los peñascos que delimitan la cala.

Mi cuervo está encerrado en una jaula de obsidiana en el

camarote del capitán. Señala el casco con la cabeza. ***Allí.***

Trago saliva al calcular la distancia y profundidad a la que tendré que nadar.

—¿Cómo os las habéis arreglado cuatro mestizos para sacar un barco que estaba lejos de la costa y arrastrarlo hasta esta acogedora calita? —pregunta Tavo.

—Con nuestro barco —dice Antoni, pese a que la mirada que intercambia con uno de los cuervos de Lorcan da a entender que ha habido algo más. Que han utilizado otra cosa. Que han contado con ayuda.

—¿Y dónde está?

—En aquel arrecife. —Sybille apunta con el pulgar al farallón de rocas afiladas más alejado—. ¿No nos has oído cuando hemos dicho que chocamos?

—¿Qué llevas ahí? —interrumpe Dante, que estudia con atención la oreja de Sybille, decorada con un aro atravesado por una cuenta de esmeralda.

Mattia y Riccio llevan uno igual. Antoni es el único sin pendiente.

Sybille se cubre la oreja con el pelo, como si quisiese ocultar lo que el príncipe ya ha visto.

—Parece uno de los cristales curativos de Lazarus. —Los ojos grises de Gabriele vuelan entre Syb y los otros.

Lazarus, el hombre que me curó el brazo cuando me llevaron a Isolacuori.

Lazarus, el hombre que mintió acerca de la presencia contaminante del hierro en mi sangre.

El hombre que sabía que Marco estuvo involucrado en la muerte de Andrea.

Tavo frunce el ceño.

—¿El viejo conspira contra la familia Regio?

Sybille hincha las mejillas y resopla.

—No va contra los Regio, sino contra Marco.

Dante sigue con la mirada a los dos pájaros negros, que continúan volando en círculos por encima de la zona del barco donde su hermano permanece preso.

—Marco nos alcanzará enseguida, Fallon. —La voz de Gabriele se abre paso por el repentino silencio.

—Hora de mojarse, Encantadora de Serpientes. ¿O debería llamarte Chica Cuervo? —Tavo coge la daga que lleva colgada del cinturón y se limpia las uñas con la punta. Más le vale no estar pensando en utilizarla con las serpientes.

—¿Chica Cuervo? —pregunta Sybille con el ceño fruncido.

—¿No te has enterado? —Tavo señala el barco con la daga—. Uno de los cuervos que hay en el galeón es quien engendró a la tabernera más popular de Lecho de Paja. Lo siento, Syb. Estoy seguro de que tú también les caes bien a los clientes. Es tu hermana la que se les atraviesa un poco más.

Creo que Sybille no escucha las sandeces que salen por la boca de Tavo después del primer bombazo.

—¿Eres mitad cuervo?

—Eso parece —suspiro.

—Bueno, ahora que hemos aclarado ese detalle, explicad cómo trajisteis ese barco hasta la costa —exige saber Tavo, que señala el galeón una vez más.

—Hemos aunado nuestra magia para sacarlo —confiesa Sybille, que lo reta con la mirada a que le diga que han incumplido la ley.

Tavo le da vueltas a la daga.

—No sabía que los de orejas curvas fueseis tan poderosos, por mucho que hayáis colaborado.

—Como no podemos recurrir a ella en el día a día, contamos con una buena reserva de magia. —Sybille le lanza una sonrisa sombría al soldado de orejas puntiagudas.

—Con la ayuda de algún castizo, deberíamos poder sacar el barco por completo del agua —dice Riccio, que tiene los brazos cruzados ante el pecho.

Al igual que Antoni, solo lleva pantalones, pero, a diferencia de él, sus brazos no están llenos de resplandecientes favores acumulados.

—¿Por qué agotar nuestra magia cuando Fallon no solo es una elemental de agua, sino que es amiguita de las serpientes? —Tavo arruga el ceño y echa la cabeza hacia atrás—. No hace falta que me grites. —Entre dientes, murmura—: Puto cuervo.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Gabriele.

—Que el barco es demasiado inestable como para recorrerlo a nado —masculla Tavo.

—Tiene razón —coincide Antoni con un asentimiento.

Dante tiene toda su atención puesta en el barco de su hermano.

—Va demasiado rápido. Marco se acerca demasiado rápido. Tenemos que darnos prisa. —Cuando gira la cabeza para mirar el barco que se aproxima por el este, las cuentas doradas de su pelo tintinean—. Dargento viene más despacio.

Debería haber adivinado que el comandante navegaba a bordo del otro navío.

—Pero está cerca también.

Antoni da una palmada.

—¡Manos a la obra!

—Mi elemento es el fuego, Greco —dice Tavo mientras se guarda la daga—, así que yo me quedo fuera.

—Riccio también es un elemental de fuego. —Sybille señala al mestizo de cabellos oscuros, que tiene los ojos tan entrecerrados que parecen más negros que rojos—. Y ha desempeñado un papel esencial al mantener a las serpientes a raya. Así que estoy segura de que, por una vez, podremos ponerte a hacer algo de provecho.

Tavo da un paso hacia ella.

—Cuidadito con lo que dices, mestiza.

—¿O qué? —Syb se mantiene firme mientras su melena lisa y negra como el ébano baila alrededor de su rostro y parece exudar magia por los mismísimos poros de la piel—. ¿Vas a achicharrarme?

—Suena tentador.

Mi amiga pone los brazos en jarras.

—Siempre fuiste un abusón y siempre lo serás, ¿verdad?

—Sybille —interviene Dante con suavidad—, ahora no, por favor.

Syb y Tavo se lanzan miradas asesinas.

—Tavo, tú acompañarás a Fallon hasta la cubierta y tendrás tu fuego preparado en caso de que las serpientes ataquen —le ordena el príncipe.

Aunque la idea de hacerles daño a las serpientes me revuelve el estómago, la posibilidad de que una de ellas me tire al mar hace que se me revuelva todavía más. A lo mejor estas son tan buenas como Minimus. Soñar es gratis.

Tavo traga saliva.

—¿Y qué pasa con Riccio?

—Irá con vosotros. —Antoni levanta la vista hacia los cuervos que dan vueltas sobre nuestras cabezas—. El cuervo de Lorcan está en una jaula. Fallon necesitará ayuda para abrirla.

—¡Es de obsidiana, Antoni! Riccio no puede tocarla.

Riccio se da un golpecito en el lóbulo y hace que la diminuta cuenta de esmeralda reluzca.

—Gracias a esta chuchería, sí que puedo.

—Contrarresta el efecto que el mineral tiene en nuestra sangre —explica Sybille.

—Maravilloso —dice Tavo—. Lazarus siempre tiene una maravillosa baratija mágica en la manga. ¿Dónde ha dicho que las consigue?

Dante aprieta los labios.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Primero tenemos que llegar hasta el cuervo.

El cabello suelto de Tavo ondea al viento como una serpentina carmesí.

—¿Y por qué no le prendemos fuego al galeón? Una vez que haya quedado reducido a cenizas, el cuervo de hierro será más fácil de encontrar.

Antoni niega con la cabeza.

—La madera está demasiado mojada como para poder prenderle fuego. Ya lo hemos intentado.

—Lo intentasteis con vuestro fuego mestizo. El mío…

—No tenemos tiempo para experimentar —gruñe Antoni—. Si Marco llega antes de que encontremos el cuervo de Lorcan, se asegurará de enterrar el galeón en lo más profundo del mar para que el Rey Cuervo nunca vuelva a ser un hombre.

Me quedo sin aliento.

—No me parece un desenlace tan malo —bromea Tavo.

Dante aprieta los dientes.

—Solo se deshará de Marco cuando esté completo —dice.

Tavo estudia a su amigo durante un buen rato y no puedo evitar preguntarme qué estará pasando por su cabeza. ¿Otras maneras de librarse de Marco sin la ayuda de Lorcan? A lo mejor está pensando en la posición que le pedirá a Dante cuando este instaure su nuevo régimen. Estoy segura de que querrá la de mi abuelo.

Ahora que lo pienso… ¿Qué le pasará a él?

Las shabbíes controlan a las serpientes. No te harán daño, pero no se lo digas al resto. Ellas no quieren que el príncipe se entere de que nos están ayudando.

Establezco contacto visual con uno de los cuervos de Lore. Ah…, eso explica la mirada que ha intercambiado con Antoni.

¿Las serpientes han ayudado a mover el barco?

Así es. Oigo una sonrisa en su voz.

Como si formasen una cadena de muñecas de papel, Antoni, Sybille, Dante, Mattia y Gabriele se ponen en fila mientras Riccio y Tavo se colocan uno a cada lado de mí. El viento baila a mi alrededor, me revuelve el pelo y les planta cara a las espumosas olas del mar. Poco a poco, el agua retrocede y deja al descubierto una zona más amplia del galeón.

Mástiles astillados. Cubiertas destrozadas. Cabos envueltos en algas.

—Tendrás que darte prisa —dice Riccio.

Asiento con la cabeza y, de camino hacia el navío, el crepitante fuego que se desprende de mis dos acompañantes me calienta la piel a través de la camisa.

—¿No sería más fácil nadar hasta el extremo sumergido?

—La marea es demasiado fuerte, Fal.

—Y hay serpientes —añade Tavo.

¿Está temblando? Pensaba que no le tenía miedo a nada, pero parece que no le gustan las serpientes ni en pintura.

—Seguidme —dice Riccio, que comienza a trepar por el mascarón.

—Si ellas no te atacan, no les hagas daño, ¿vale? —le pido a Tavo antes de seguir a Riccio y escalar por la talla con forma de mujer de orejas puntiagudas.

Riccio extiende un brazo y yo me agarro a él para que tire de mí y me ayude a subir a la cubierta, que está resbaladiza por los corales y el agua.

—Agárrate a donde puedas —me indica antes de encabezar la marcha en cuanto Tavo sube al galeón.

Avanzo sin soltarme de las zonas de la barandilla que el mar no ha devorado mientras sigo a Riccio por la cubierta inclinada, aplastando conchas bajo las botas.

Una ola rebelde impacta contra el lateral del barco y me hace perder el equilibrio. Empiezo a resbalarme, pero Tavo, de entre todos los fae, me agarra del brazo y, aunque me quema la manga de la camisa, consigue enderezarme. Le oigo murmurar algo sobre haber tenido que comerse la peor tarea de todas.

—Pronto te encargarás de algo mejor —le recuerdo—. Concéntrate en eso.

Pues yo quiero que se centre en protegerte, gruñe Lorcan.

La motivación es mucho más efectiva que las amenazas.

Cuando ya hemos recorrido un trecho, me dejo caer de rodillas y continúo a cuatro patas como ha hecho Riccio. Ayudándonos con las manos, avanzamos por la cubierta torcida. Otra ola rompe contra el galeón. Cierro los ojos y me mantengo firme mientras el barco se balancea.

—¿Qué co…?

Tavo, que sigue en pie al haber preferido saltar de un mástil roto a otro, se protege los ojos del sol con la mano.

Cuando se le desencaja la mirada, Riccio y yo giramos la cabeza en dirección al navío de Marco.

—Joder. Joder. Joder —susurra Riccio—. Joder.

Entonces se abalanza sobre mí y me aplasta contra la cubierta. Al menos tiene la decencia de mascullar una disculpa.

—¡Bajad del barco! ¡Fallon, baja de ahí! —aúlla Sybille.

Pero no puedo hacer lo que me pide, y no es porque el miedo a lo que se avecina me haya dejado paralizada, sino porque el barco que va a arrollarnos no solo se llevará por delante este galeón.

También va a destruir las esperanzas y sueños de todas las personas presentes en la playa y en el cielo.

Capítulo 75

¡Deja el cuervo! Lo volveremos a encontrar. Los dos cuervos de Lorcan vuelan bajo e intentan conducirme de vuelta por donde he venido. ***¡Déjalo!***

El camarote está justo ahí. Si cruzo la cubierta corriendo, puedo alcanzarlo en menos de tres segundos. Solo tengo que calcular la trayectoria para no desviarme y caerme por la borda.

Que ni se te pase por la cabeza intentarlo.

Pero ya es tarde. ¿Cómo no voy a intentarlo? Está prácticamente al alcance de la mano.

—¡Suéltame, Antoni! —ruge Sybille—. Se avecina un maremoto. No pienso irme sin Fallon. ¡Fallon!

Miro por encima del borde del galeón, allí donde mi amiga chapotea en el agua. Antoni la sigue de cerca.

—Ya voy, Syb. Estaré justo detrás de vosotros. ¡Vete!

—¡No me voy a ir sin ti!

Intercambio una mirada con Antoni.

Accede a mi orden silenciosa y agarra a Sybille de la cintura para echársela al hombro y alejarla del galeón entre gritos y patadas.

—¡Saca a Fallon del barco, *Mórrgaht!*

Me parece oír a Lore gruñir algo, pero puede que lo haya confundido con alguno de los sonidos salvajes que todavía salen de la boca de Sybille.

El navío cruje y se inclina a medida que el agua se ve arrastrada hacia las profundidades del mar.

¡Fallon…, baja del puto barco! ¡Baja YA!

Lanzo una mirada al camarote del capitán, otra a la ola que se avecina y otra a los cuervos de Lore. Antes de tener tiempo de arrepentirme, me arrastro hasta el centro de la cubierta.

Se acabó. Te voy a bajar volando.

¿Cómo que…?

Sus dos cuervos se lanzan a por mí con las garras de hierro extendidas, como si fuesen a cogerme por los brazos.

Me pongo en pie con torpeza.

—No, ya bajo sola. Ya bajo sola.

No es que me dé miedo que vaya a desgarrarme la piel sin querer,

pero no puedo arriesgarme a que la jaula se pierda en el mar. Aunque Lore sienta la presencia de sus pájaros, el fondo marino está a tantos metros de profundidad que cualquier fae, incluso uno de pura sangre, se quedaría sin aire antes de llegar a alcanzarlo.

En cuanto alza el vuelo —porque, por mucho que diga, sí que confía en mí—, echo a correr.

¡Fallon! El grito de Lorcan me perfora los tímpanos. ***¡NO!***

Me llevo las rodillas contra el pecho y me deslizo a través del espacio donde una vez debió de haber una puerta, pero que lleva tiempo siendo un agujero abierto. El camarote está semisumergido, así que la caída es breve pero húmeda. Aterrizo con los pies por delante. Pensaba que estaba pisando el suelo, pero, cuando intento incorporarme, una de mis botas se cuela por el objeto sobre el que he caído.

¡Fallon!

Los pájaros de Lorcan entran en el camarote detrás de mí. Uno de ellos me agarra de un brazo mientras lo estoy moviendo en todas direcciones y me rodea el bíceps con sus frías garras. Un siseo escapa de su pico y abre las garras de par en par.

He debido de aterrizar sobre la jaula. Con la mirada desencajada, me agacho y miro a mi alrededor para descubrir que estoy de pie sobre una jaula negra dentro de la cual un pájaro de hierro cuelga perezosamente de una cadena terminada en un enorme gancho negro.

Lo que Marco les ha hecho a los cuervos de Lore despierta en mi interior una rabia y una aversión que hacen que la adrenalina bombee por mis venas. Agarro la jaula y tiro de mi pie para liberarme antes de sacar la cabeza del agua, respirar hondo y sumergirme de nuevo.

Nado alrededor de la jaula hasta que localizo la puerta. Coloco un pie a cada lado de la abertura, agarro el tirador e intento abrirla, pero está cerrada a cal y canto. Recorro la estancia con la mirada en busca de la llave, pero, si alguna vez estuvo aquí, hace tiempo que el mar se la llevó, junto a todo lo demás que había en el camarote.

—*¡Merda!* —exclamo, y unas preciadas burbujas de aire escapan de mis labios.

Salgo a la superficie, tomo otra bocanada de aire y me vuelvo a sumergir. Si se me ha colado el pie entre los barrotes, seguro que el brazo también me cabe.

Lorcan me grita mentalmente para que salga del barco. Oigo su voz incluso bajo el agua.

¿Cuánto falta para que la ola nos alcance?, pregunto con una voz tan calmada que me sorprendo a mí misma.

Dos minutos, tal vez tres, pero te voy a dar solo uno. Suelta la

obsidiana para que pueda sacarte de aquí.

Hago justo lo contrario a lo que me dice. Paso ambos brazos entre los gruesos barrotes negros hasta que mis hombros entran en contacto con la obsidiana. Agarro el gancho con una mano y el cuervo de hierro con la otra y tiro.

Y tiro.

Hasta que noto que el cuervo de Lorcan comienza a soltarse. Deslizo los dedos hacia abajo por el gancho, hasta el punto donde conecta con el lomo del pájaro de hierro, y tiro con tanta fuerza que me aúllan los hombros de dolor.

¡Fallon! ¡SAL YA!

No pienso marcharme sin tu cuervo.

El pájaro se suelta otro centímetro, y luego otro. Ajusto el ángulo del gancho y empujo el pesado cuerpo metálico con ambas manos. Aunque me arden los ojos por la sal del agua, los mantengo abiertos y clavados en los de Lore. Lo noto vigilando cada uno de mis movimientos. Desde debajo del agua y también desde la superficie.

Hay un brillo nervioso en su mirada dorada, aunque también percibo dolor en ella. Muchísimo dolor.

Lo siento si te estoy haciendo daño, le susurro mientras tiro de su cuello y hago presión contra sus alas.

Un estallido tan imperceptible como el de una burbuja de aire recorre el cuerpo del cuervo de metal al quedar libre del gancho negro. Lo agarro del ala antes de que se hunda y lo sostengo ante mí. Con el corazón en un puño, espero a que el hierro se transforme en plumas. O, lo que sería aún mejor, en humo.

Entonces me acuerdo del siseo que el cuervo de Lore ha dejado escapar cuando ha entrado en contacto con mi piel y suelto al pájaro de hierro. Permanece suspendido por un instante y luego empieza a caer. Si entra en contacto con el fondo de obsidiana de la jaula, ya no podrá transformarse.

Venga. Venga.

El pesado hierro se hunde más.

Y más.

Se me contraen los pulmones y se me nubla la vista. Sin soltar la jaula para que el resto de los cuervos de Lorcan no puedan sacarme del barco antes de que salve al pájaro atrapado, saco la cabeza del agua para tomar aire y sumergirme una vez más.

Los rayos de sol que se cuelan por el ojo de buey reventado del camarote se reflejan en las plumas peltre y dibujan cenefas de oropel por la estancia. ¡Todavía no ha cambiado de forma!

Cambia, Morrgot.

La puta ola impactará contra el galeón en menos de un minuto, Fallon. No me pidas que me tranquilice.

He dicho cambia, no calma…

De pronto, el cuervo deja de caer y el brillo de sus plumas de hierro se ennegrece.

Santo Caldero, ha funcionado.

¡Ha funcionado!

Los ojos dorados del cuervo me devuelven la mirada entre las barras de obsidiana.

Transfórmate. Conviértete en humo, le insto.

Aléjate de la jaula primero.

Con un impulso, me alejo de la jaula tanto como puedo. La silueta de Lore se desdibuja, emborrona el agua como la tinta y entonces se desliza con cuidado entre los barrotes de la prisión. En cuanto queda libre, Lore sale del agua y se lanza contra los otros dos cuervos, que, a juzgar por el tamaño del pájaro resultante, ya debían de haberse unido antes.

El agua se agita a mi alrededor cuando intento salir a la cubierta y el galeón empieza a sacudirse.

Lore abre sus enormes garras. Sin hacerme un solo rasguño, me rodea los brazos, agita las alas y me saca volando del camarote.

Una sombra se abalanza sobre el sol, sobre nosotros.

Una sombra proveniente de un muro de agua tan alto como el mástil de un navío.

Me da un vuelco el corazón.

Lore bate las alas con más fuerza, más rápido.

Justo cuando me doy cuenta de que estoy volando, la ola alcanza su altura máxima y las gotas comienzan a caer.

Y, en ese preciso momento, algo todavía más pesado nos alcanza, algo que lanza un alarido cuando cae desde la espumosa cresta de la ola, algo que arrastra el enorme cuerpo de Lorcan consigo. La serpiente se desploma sobre la cubierta del galeón y queda empalada en el pedazo que quedaba de uno de los mástiles.

Ahogo un grito cuando la sangre brota a chorro de la herida y salpica hacia arriba.

Noto que me mancha las mejillas y los párpados, y eso me indica que estamos volando demasiado bajo. El cielo se oscurece, pero Lorcan no deja de mover las alas.

—Sabes nadar. No te pasará nada —me susurro a mí misma, pese a que el miedo me atraviesa la columna y siento que mi corazón se ha disuelto en una nube de humo.

Lorcan resopla.

Como caigas sobre ese mástil astillado, sí que te pasará algo. Y, como te choques con ese puto muro de piedra, lo mismo. ¡Todavía no eres inmortal, Fallon!

Eres un aguafiestas, Lore.

La ola se cierne sobre nosotros.

Las garras de Lore, que me agarraban como si fueran un par de grilletes, desaparecen. Sospecho que algo lo ha apartado de mí hasta que noto lo que parece ser un brazo alrededor de la cintura y algo mullido contra la espalda.

Hazte un ovillo, le oigo murmurar.

Al bajar la barbilla y pegar las rodillas contra el pecho, juraría que noto una presión creciente a mi alrededor, como si una especie de cascarón protector se hubiese formado en torno a mí. Mullido pero resistente. Etéreo pero lleno de vida.

Respira hondo, Behach Éan.

Tomo una profunda bocanada de aire que sabe a sal y a viento. Como el mar y el aire. Como mi mundo y el de Lore.

Cierro los ojos con fuerza y me preparo para el brutal impacto que está a punto de engullirme.

Esto no va a acabar así.

No puede acabar así.

La ola colapsa sobre nosotros. Es un torrente de agua que parece una avalancha de nieve y un corrimiento de rocas, como si Marco Regio nos hubiese tirado la montaña entera encima.

Capítulo 76

Doy vueltas y vueltas, me veo arrastrada en una dirección y empujada hacia otra. La presión que notaba alrededor del abdomen desaparece cuando me golpeo la cabeza contra algo duro antes de que el agua me zarandee y me aplaste de nuevo.

No me suelto las rodillas ni por un segundo y mantengo la boca cerrada con tanta fuerza como los ojos.

Giro y giro, recibo empujones y golpes. La arena me zurce las mejillas y la frente, me enreda la melena alborotada al tiempo que el agua me tira de las raíces como si fuera una mano gigante. Doy una voltereta tras otra hasta que ya no sé si volveré a saber qué es arriba y qué es abajo. La presión que siento en los oídos crece. No quiero alejar los brazos del cuerpo por miedo a que la fuerza del agua me los aprisione o los rompa, así que asomo las manos entre las rodillas y me tapo la nariz. Enseguida se me despejan los oídos, pero el alivio es pasajero.

El mar no deja de arrastrarme y zarandearme. La profundidad a la que me encuentro no tarda en taponarlos de nuevo. Me aprieto la nariz y soplo, esperando volver a oír el suave estallido de la presión al liberarse, pero lo único que oigo es el golpe de mi espalda al impactar con algo puntiagudo.

Me topo con otra violenta corriente submarina que me empuja y me empuja, pero ya no me arrastra. Se me han debido de enganchar los pantalones en lo que sea contra lo que he chocado. Gracias a los Dioses.

El mar se agita enfurecido a mi alrededor. Los sedimentos del fondo vuelan por doquier. Algo afilado se me clava en la mejilla. Siento cómo se me abren heridas en la piel, noto quemaduras y el dolor… casi me nubla la mente. Pero me mantengo alerta porque, si me desmayo, puedo darme por muerta.

La falta de aire hace que note los pulmones apretados como un par de puños y el corazón me lata desbocado, bombeando como si me lanzara puñados de arena contra las costillas y la columna. El Mareluce chilla y rechina, restalla y da golpes rítmicos. Parece que

pasa una eternidad antes de que el estruendo se detenga, antes de que una serie de lánguidos quejidos y suaves gruñidos sustituyan a la cacofonía.

Solo entonces me atrevo a abrir los ojos para ver dónde he acabado. A mi alrededor, la luz del sol baila entre las nubes de arena y baña de color los corales y los astillados e irregulares pedazos de madera que flotan por el agua.

Apoyo la mano contra la dura superficie sobre la que he acabado y noto la suavidad del metal. Hago fuerza y algo se rasga. En un principio, pienso que no ha sido más que la tela, pero entonces veo una mancha de sangre carmesí. Me doy la vuelta para ver con qué me he golpeado y encuentro la estatua de un cuervo negro.

Uno enorme. Hay cientos de pájaros repartidos por el fondo marino. Es el silencioso y latente ejército de Lore.

No sé dónde me habré clavado el pico del cuervo, pero no debe de ser una parte vital, porque mi mente sigue despierta. Aun así, me palpo el costado. Mis dedos se abren camino entre la tela y aterrizan sobre la piel igual de desgarrada que mi vestido. Recorro los bordes de la herida. Tiene la longitud de una de mis falanges y es posible que también tenga la misma profundidad.

Se me convulsionan los pulmones y mis prioridades cambian. Me agazapo para alejarme del fondo marino cuando una sombra se desliza por encima de mí. Me quedo petrificada; ni siquiera me atrevo a mirar hacia arriba. Levanto la vista y veo un destello de escamas amarillas.

El cuerpo de la serpiente me roza la frente, las mejillas, la curva de las orejas. Me arden los pulmones. Tengo que salir cuanto antes a la superficie. Espero a que la criatura me deje atrás, pero es tan larga que tarda una eternidad en quitarse de mi camino.

Los bordes de mi campo de visión comienzan a desdibujarse. Parpadeo para que el mundo submarino recupere la nitidez.

No sé si la serpiente intentará atacarme. Lo único que sé es que necesito salir a respirar. Pero ya.

Sin perder ni un segundo más, me alejo del fondo marino agitando las piernas y empujando el agua con las manos abiertas. El agua se agita a mi alrededor en un destello amarillo. Muevo los brazos más rápido y pataleo con más fuerza. La serpiente se mueve a la misma velocidad que yo y luego me adelanta. Entonces comienza a enroscarse a mi alrededor como una cinta. Más y más prieta.

Hasta que no me permite mover las piernas. Acaricio la superficie con la punta de los dedos. Ya estoy. Ya casi estoy.

No me hagas esto, le pido a la serpiente. *Déjame respirar. Déjame*

vivir.

Pero la serpiente no es como Lorcan. No me entiende.

Su cuerpo se convierte en un nudo a la vez que pone su rostro equino a la altura del mío para sostenerme la mirada con unos ojos completamente negros. Vuelvo a tener doce años y estoy en el canal tarecuorino, pero no me acompaña una cría de escamas rosas, sino una criatura desarrollada del todo.

La serpiente desliza sus ollares por la parte superior de mi cabeza mientras yo entierro los dedos en su cuerpo para tratar de soltarme e impulsarme hacia la superficie.

Fallon.

Oigo mi nombre deslizarse hasta mí, líquido como la corriente, maleable como el humo de Lore, suave como sus plumas.

¡Aquí!, grito a través del vínculo antes de luchar con más fuerza contra el cuerpo que se ha enroscado a mi alrededor.

Me arden los pulmones y me siento como si unas llamas me estuviesen devorando por dentro. Mis movimientos solo consiguen que la serpiente se ponga más rígida.

Decido cambiar de estrategia, porque la bestia va a acabar partiéndome en dos, aunque no sea esa su intención. Levanto las manos hacia su cabeza y le acaricio los laterales del largo hocico.

La criatura abre la boca y sus colmillos resplandecen como agujas. Vuelvo a acariciarlo sin apartar la mirada de la suya ni por un segundo. Articulo un «por favor» sin emitir sonido alguno. La serpiente cascabelea y no sé si es por placer o para avisarme de que me va a destrozar todos los huesos, igual que el mar ha destrozado el galeón.

¡FALLON!

Doy un respingo al oír el rugido de mi nombre. La criatura aparta la cabeza de mis manos flojas y sisea. Al principio, pienso que lo hace por mí, pero está barriendo las profundidades con la mirada, como si buscase lo que me ha alterado.

Le doy una palmadita en la dura mejilla en un intento por tranquilizarla y parece que surte efecto, porque deja de aplastarme. Sin embargo, algo atraviesa el agua a toda velocidad a nuestro lado y la bestia me arrastra hacia el galeón destrozado tan rápido que me zumban los oídos.

Rodeo la enorme cabeza de la bestia con las manos, la obligo a mirarme y levanto el mentón hacia la superficie. La serpiente se detiene en seco. Vuelvo a señalar la superficie. Un cangrejito navega por delante de nuestros ojos mientras la serpiente parpadea. ¿En un gesto de entendimiento? Por favor, espero que me haya entendido.

Mi nombre vuelve a resonar en mi cabeza, pero suena apagado. Como si el sonido viajase desde la otra punta de Luce. Desde la otra punta del mundo.

La serpiente saca la lengua de esa boca sin labios y me lame un lateral de la cara, seguido del otro. Cascabelea una vez más y entonces…, entonces me suelta por fin. Intento levantar la cabeza hacia la superficie, intento patalear, pero ya no tengo fuerzas. Contemplo a la bestia amarilla, que no se ha apartado de mi lado, y extiendo las manos hacia ella con la esperanza de que me lleve a la superficie. Sin embargo, antes de que alcance su escamoso cuerpo, algo frío y duro me rodea la cintura y los brazos, algo que brilla como el peltre bajo la luz arenosa.

Una nueva ola de pánico me embarga hasta que una voz familiar me hinca los dientes en la cabeza.

Nunca. Jamás. Vuelvas a desobedecer una de mis órdenes directas.

Los resplandecientes ojos negros de la serpiente me observan en medio de un mar de escamas doradas mientras floto hacia la superficie.

Nunca.

Cuando el aire frío me golpea las mejillas y la frente, tomo una profunda bocanada de aire que hace que me ardan los pulmones.

Aunque agradezco que hayas vuelto a por mí, tú no eres mi dueño, Lore. No lo digo con intención de enfadarlo, sino como un mero recordatorio. ***No soy uno de tus cuervos. No te pertenezco.***

O ach thati*, Behach Éan.*

Una nube de humo negro como la tinta se fusiona a mi alrededor y teje una telaraña en forma de rostro que se deshace y acaba convirtiéndose en una masa de plumas negras y unos ojos con un poder desproporcionado.

Thu leámsa, concluye.

—¿Qué rayos significa eso?

El pico de Lore no se curva, pero percibo una enigmática sonrisa en su voz.

Significa, Pajarito, que le perteneces al cielo. Cuando el cuervo sale por completo de las agitadas aguas, veo que es negro, enorme, mucho más grande que nunca, un monstruo de plumas y hierro. ***Y que el cielo… me pertenece a mí.***

Capítulo 77

Una olita me golpea en la cara al mismo tiempo que la arrogancia de Lorcan. Me atraganto con la sal y sus palabras. El cielo no le pertenece a nadie, igual que el mar, igual que yo.

Bate las enormes alas —cuya envergadura coincide con mi altura— como para rebatir mi afirmación. Al ascender, vuela en torno a mi cuerpo y juro que noto la caricia de unos dedos por el cuello y el roce de un pulgar por la mandíbula.

Aprieto los dientes. No sé a qué está jugando. Ya le prometí que liberaría a todos sus cuervos. ¿Qué más quiere de mí? ¿Sumisión? ¿Lealtad? Puede que sea rey, pero no tiene ningún poder sobre mí, ni ahora ni nunca.

Acabemos con esto antes de que cambie de opinión sobre lo de ayudarte a ser un cuervo completo.

Me rodea los brazos con las garras y yo me agarro a sus patas con más fuerza de la necesaria. No creo que le esté haciendo daño, dado que están hechas de metal macizo.

A medida que nos elevamos, mantengo la vista clavada en el agua, en las serpientes que se retuercen y en las embarcaciones que se acercan a nosotros y que parecen tan pequeñas como la maqueta que construí con Phoebus cuando éramos pequeños; la misma que Tavo tiró del pupitre que compartíamos y aplastó con el pie.

No es que estuviese empezando a cogerle cariño al fae, pero esa imagen del pasado aviva la aversión que siento hacia él y me recuerda que tendré que advertirle a Dante de su comportamiento para que no le deje formar parte de su nuevo régimen.

Busco al príncipe entre la hilera de figuras que ensombrece el borde del acantilado y me sorprendo al descubrirlo oculto tras la sombra de un hombre grande y envuelto en una túnica negra.

¿Es…, es ese Lazarus?

En efecto.

¿Qué hace aquí?

Te ha traído el último de mis cuervos.

¿Cómo narices se las arregló Bronwen para convencerlo de ayudar?

No fue difícil, dado que su soberano asesinó a su amante.

¿A… su amante?

A Andrea Regio.

Ah. Vaya. Me pregunto si Dante estará al tanto de ese detalle.

No lo sabe y Lazarus preferiría que siguiese siendo un secreto.

No diré ni una palabra.

El repentino aullido de Sybille, que pronuncia mi nombre, interrumpe la conversación que estoy teniendo con Lorcan en medio del cielo. Tiene las mejillas húmedas por las lágrimas que no deja de secarse.

Antoni ha apoyado una mano sobre los temblorosos hombros de mi amiga, mientras que Mattia y Riccio permanecen detrás de ellos, con la mirada clavada en el cielo, en nosotros. Syb me dice a voz en grito que está harta de mí.

Sonrío, porque sé que no lo dice en serio.

Lorcan se desvía un poco hacia la derecha del grupo, hacia una zona más amplia, protegida del sol por un único árbol. Me preparo para el impacto, pero aterrizamos con suavidad. Aun así, cuando mis pies descalzos entran en contacto con el suelo, una punzada de dolor me atraviesa el costado y hace que me flaqueen las rodillas.

Lorcan me sujeta los brazos con más firmeza, como si hubiese notado que me fallan las fuerzas, y me ayuda a dejarme caer a cuatro patas antes de soltarme. Encorvo la espalda, agradecida por pisar la tierra firme, agradecida al saber que esta eternidad de día por fin va a llegar a su fin, porque me duele, me arde y me tiembla todo el cuerpo.

El dolor empeora cuando Syb se abalanza sobre mí y estruja mi cuerpo maltrecho en un abrazo.

—¡Ni se te ocurra decirme cómo sujetar a mi amiga, Lorcan Ríhbiadh! ¡Se ha quedado atrapada en ese barco por tu culpa! ¡Casi se ahoga por tu culpa! —Aunque me está dejando sorda y su abrazo hace que me duela la piel, no la aparto de mí—. ¡No creo que seas consciente de la cantidad de años de vida que me has quitado al jugártela de esa manera!

Sonrío contra su cuello e inhalo el dulce aroma del aire que siempre se ha desprendido de ella.

—Lo siento.

Syb resopla, como si mi disculpa le sonase ridícula, pero entonces vuelve a echarse a llorar.

—No es por interrumpiros —la voz de Tavo me rechina en los oídos —, pero la nave de Marco llegará a la bahía en cualquier momento y todavía hay que liberar un cuervo más.

Me alejo de Sybille y dirijo la mirada hacia el punto que el fae me

señala con la cabeza, donde hay algo envuelto en varias capas de yute y tela, antes de posarla más allá de las piernas de Tavo, en el sanador de proporciones titánicas, cuyas puntiagudas orejas resplandecen con los tonos rojos, azules y verdes de todos los pendientes que las decoran.

—Lazarus lo trajo hasta aquí. Llegó justo al mismo tiempo que la ola… —explica Syb con labios temblorosos, y, pese a que se los muerde, se le escapa un suave sollozo.

Le acuno la mejilla mojada.

—Mírame. Estoy bien.

—Pues no lo parece. Estás horrible. Como si te hubieses peleado con un pedrusco y hubieses perdido.

Se me escapa una carcajada.

—Qué amable eres, gracias. —Ella esboza una sonrisa pícara—. Y, para que lo sepas, aunque no me haya peleado con un pedrusco, sí que he tenido un encontronazo con una ola enorme antes de quedar empalada en el pico de uno de los amigos de Lore, y, por si fuera poco, una serpiente luego se ha encariñado de mí.

Syb se queda boquiabierta.

—Madre del Caldero —susurra.

Un cuerno sale del agua, seguido de una enorme cabeza amarilla. La preciosa bestia que me ha lamido la cara salta y su largo cuerpo se enrosca a través del agua que ahora cubre la playa y los salientes rocosos.

Lazarus se acerca a mí y su silueta me bloquea la imagen del Mareluce y mi serpiente.

—He oído que tiene un par de heridas a las que habría que echarles un ojo.

Me muerdo el labio y me pregunto quién se lo habrá dicho. Con tan solo echarme un vistazo, veo una mancha carmesí en mi camisa mojada. Supongo que él también la ha visto.

Se agacha junto a mí.

—¿Me permite?

Asiento con la cabeza y me sube la camisa.

Sybille sisea al verme la espalda.

—¿Eso es…, eso es… un hueso?

Antoni, que se asoma por detrás de Lazarus, aprieta tan fuerte los labios que le desaparecen. Imagino que debe de ser una herida bastante fea.

El sanador se toca una de las cuentas de sus pendientes y luego me toca la herida con la yema de los dedos.

Me arde la piel, chisporrotea. Aprieto los dientes y los puños.

—Mis disculpas, *Mórrgaht,* pero un analgésico habría ralentizado el proceso de curación. Imaginé que preferiría que me diese prisa.

Encuentro la mirada de Lorcan.

—Sí. Que se dé prisa.

Lorcan, que se ha dividido en cuatro cuervos al aterrizar, vuela en círculos a nuestro alrededor, inquieto e impaciente.

¿Su cuarto cuervo no debería estar protegiendo a Phoebus? ¿Significa eso que Phoebus está a salvo?

Está vivo.

Pero eso no significa que esté a salvo. Dado que Lorcan parece preocupado, decido no insistir más. Mi amigo sigue vivo y pronto estará también a salvo. Eso es lo único que importa.

Mientras Lazarus frota otro de sus cristales curativos y me posa los dedos sobre la piel abrasada, pregunto:

—Aquel día en Isolacuori, sabía que había hierro en mi herida. —Bueno, en realidad no es una pregunta, sino una deducción—. ¿Sabía también que tenía algo que ver con uno de los cuervos de Lorcan?

—Me lo imaginé porque olía a obsidiana, *signorina.* —Me masajea la piel como si estuviese tratando de persuadir a los tejidos para que se cierren más rápido—. Bronwen me avisó de que una chica llegaría a su debido tiempo, así que la estaba esperando.

—¿Sabía que sería yo?

—No. Ni las serpientes protegen las riquezas que cubren el lecho de su guarida con tanta fiereza como esa mujer protege los secretos que guarda.

—¿Es cierto lo de que tienen riquezas?

—Cuando las medusas bioluminiscentes cruzan el estrecho en pleno invierno, su luz permite ver el fondo marino y la guarida de las serpientes parece una veta de oro y diamantes. ¿Nunca la ha visto?

Niego con la cabeza.

—Es espectacular —dice a la vez que se toca otra cuenta y me acerca la mano a la frente, aunque no es para rozarme la piel, sino para apartarme un mechón mojado de la cara.

—¿Qué ocurre?

Lazarus levanta la mirada hacia el halo de cuervos negros.

—La herida de su sien. Ya está curada. Su Majestad dice que ha sido obra de una serpiente.

Ah. Una ola de calor me inunda el pecho al recordar el comportamiento de la serpiente y al darme cuenta de que es cierto que tengo una conexión especial con las bestias que habitan nuestras aguas.

Miro al hombre que me apodó Encantadora de Serpientes. No se ha

movido de donde estaba, junto al borde del acantilado, ni ha desviado la atención de los barcos de su hermano. ¿Estará dudando de la decisión que ha tomado al permitir que maten a Marco?

No. Está impaciente porque su reinado dé comienzo.

Entiendo que no le tengas mucho aprecio, Lore, pero Dante no es tan desalmado como lo pintas.

Está dispuesto a permitir que le corten la cabeza a su hermano.

Como si percibiese que estamos hablando de él a través de nuestro vínculo mental, Dante echa un vistazo por encima del hombro y posa la mirada en mí y en los cuervos de Lore antes de volver a centrarse en los dos navíos que cortan la espumosa extensión de agua color zafiro.

Aunque nadie me pide que me dé prisa, me pongo en pie.

Despacio, gruñe Lore, que vuela a una velocidad vertiginosa a mi alrededor, como si quisiera asegurarse de que uno de sus cuervos me coja en caso de que la gravedad me juegue una mala pasada.

Syb me pasa un brazo por la cintura.

Los cuervos de Lore vuelan en bandada hacia lo alto y nos dan espacio para maniobrar, pero sus ojos, sus cuatro pares de ojos, permanecen clavados en mí.

No me puedo creer que esos ojos que me han seguido durante días a través de los bosques, la jungla, la montaña y el mar, de sol a sol, pronto ya no volverán a vigilarme. Aunque nos peleemos y no nos pongamos de acuerdo prácticamente en nada, echaré de menos al gruñón Rey de los Cielos.

Me arrodillo ante el fardo. Aunque Sybille lleva una cuenta que la protege de la obsidiana, le pido que se aparte mientras desenvuelvo una capa tras otra. Cuando el cuenco por fin queda a la vista, su brillo plateado y dorado se ve opacado por la cera acumulada.

—¿Cómo lo saco?

Dale la vuelta.

Hago lo que me pide y aprieto los dientes. Hay unos clavos de obsidiana incrustados en el hierro. Decenas y decenas de ellos. Agarro uno y tiro.

No se mueve.

Gíralo.

Lo retuerzo y comienza a soltarse. Lo que yo pensaba que eran clavos son largas puntas de obsidiana en forma de sacacorchos.

—Tal vez deberías ir ayudándola, Syb —sugiere Tavo—. Por lo de que vamos a contrarreloj y todo eso…, ya sabéis.

—Se haría daño al tocar el hierro, imbécil —siseo.

El fae suspira antes de lanzarle una mirada a Lazarus.

—Puede que el sanador más querido de Luce tenga algún pendiente especial con el que contrarrestar el hierro.

Lazarus cruza sus gruesos brazos y levanta la barbilla.

—Solo Fallon puede romper la maldición de la obsidiana.

—Bueno, pues estamos bien jodidos.

Me doy toda la prisa que puedo, pero no por Tavo, sino porque no quiero alargar el sufrimiento del cuervo.

—Ya solo queda uno —anuncio unos minutos después.

—¡Ya van tres veces que dices lo mismo! —exclama Tavo, que pasea de un lado para otro.

Asiento y recorro cada milímetro de hierro primero con la mirada y luego con los dedos. Lo único que noto son los agujeros que todavía no se han cerrado. Al deshacerme del último clavo en espiral, el cuervo de Lore queda libre del cuenco dorado y cae sobre mi regazo. Lo cojo y lo sostengo en el aire mientras rezo para que los agujeros desaparezcan y el peltre se vuelva negro.

La estatua me observa a través de la cera que todavía nubla sus ojos citrinos, pero se va haciendo más ligera y su cuerpo se vuelve más suave. Sus rápidos latidos me inundan las manos y se mezclan con mi propio pulso desbocado.

Una lágrima se desliza por mi mejilla al ser consciente de la magnitud de lo que yo, una chica nacida en el lado equivocado del canal, con sangre extraña y sin poderes, acabo de conseguir.

Me seco la mejilla con el hombro antes de que la lágrima caiga sobre Lorcan.

—¡Ha terminado! —aúlla Tavo, que arruina el momento—. ¡Por fin ha terminado!

Me siento tentado de silenciar a ese antes de encargarme del rey, dice Lorcan, que pliega las alas y me arrastra sus aterciopeladas plumas por las manos húmedas y pegajosas.

Me rio entre dientes.

Contrólate, anda.

Me pides hacer un esfuerzo titánico, Behach Éan.

—¡DANTE! —grita Gabriele, lo cual desvía mi mirada de Lore y la lanza hacia el cielo y la enorme bola de fuego que viene directa hacia nosotros—. ¡Cuidado!

Lore se aleja de mí y se abalanza contra el resto de sus cuervos. En un abrir y cerrar de ojos, un pájaro del tamaño de un hombre atraviesa el cielo y va directo a por el misil de Marco. Me pongo en pie con torpeza y corro hacia el borde del acantilado.

Más le vale no estar a punto de hacer lo que creo que piensa hacer.

Unas enormes manos me rodean los brazos y tiran de mí hacia

atrás, pero yo clavo los pies en el suelo y lucho por zafarme de la persona que intenta alejarme del acantilado.

—Siento mucho inmovilizarla, pero Su Majestad ha amenazado con devolverme a Isolacuori si sufre el más mínimo rasguño y no me apetece en absoluto regresar a la corte feérica.

Nada de lo que dice tiene sentido. ¿De quién habla? ¿De Dante?

He debido de pronunciar el nombre del príncipe en voz alta, porque Lazarus acerca su cabeza a la mía y susurra:

—No, *signorina* Rossi. Me refiero a Lorcan.

Capítulo 78

Miro a Lazarus con una ceja enarcada durante medio segundo, pero entonces Sybille da un grito ahogado y vuelvo a posar la vista en Lore.

Lore, que ha arrancado una bola de fuego del mismísimo cielo y la sostiene entre las garras. Gira y la suelta. Los gritos que se escuchan desde el navío del rey amenazan con hacer que se me salga el corazón del pecho y que se me revienten los tímpanos. Todos los elementales de aire a bordo deben de estar empleando su magia en las velas, porque la tela se hincha y el barco sale disparado para apartarse del camino de la bola de fuego.

Nos disparan flechas. Algunas doradas y otras negras.

Dejo escapar un grito.

—Shh, querida, no lo distraiga —me advierte Lazarus, que me cubre los temblorosos labios con su enorme manaza cuando Lore se divide en sus cinco cuervos y se pierde de vista tras una nubecilla al volar hasta alcanzar una altura vertiginosa.

Las flechas caen en picado como si fuesen palillos justo al mismo tiempo que una ola rompe contra el casco de la embarcación. No se puede comparar con la que Marco les ha ordenado generar a sus elementales de aire, pero consigue escorar el barco y hacer que el mástil roce el agua. Cuando vuelve a enderezarse, el Mareluce se ha tragado a la mitad de los fae que había en cubierta, mientras que la otra mitad corretea alrededor de un hombre envuelto en oro de pies a cabeza y otro con un atuendo borgoña de acentos dorados y la melena pelirroja al viento.

—¿Y el ejército de cuervos? ¿Por qué no reaccionan? —le pregunta Sybille a Antoni.

Ambos están a mi lado, con la mirada fija en el espectáculo, mientras que yo solo tengo ojos para Justus Rossi. Pese a la distancia, noto que mi abuelo me observa con desprecio.

—Porque tiene que pronunciar un antiguo hechizo para despertarlos —explica Lazarus—. Y eso solo puede hacerlo habiendo adoptado su forma humana.

—Pues quizá debería parar un momento y cambiar —dice Syb antes de dejar escapar otro grito ahogado al ver que nos lanzan más bolas de fuego, esta vez desde el navío de Dargento.

Como si la batalla fuera un juego para ellos, los cuervos de Lore golpean las esferas ardientes con las alas y las lanzan directas a las velas de ambos barcos.

Una de ellas prende el mástil del barco del rey y otra hace un agujero en una de las velas del de Silvius. Aunque los fae tratan de apagar el fuego con agua, ambos navíos acaban reducidos a un ardiente amasijo de pedazos de madera en llamas.

—¿Cuántos castizos dirías que se están cagando encima de miedo? —pregunta Riccio a Mattia.

—No tantos como los mestizos —murmura el interpelado.

—No hay ningún mestizo entre las filas de la tropa real, Matt. No nos consideran dignos de formar parte de ella.

—¡Está hecho! —exclama Tavo—. ¡Ya está hecho!

¿El qué?

Entrecierro los ojos y veo que uno de los cuervos de Lore se aleja volando a toda velocidad del barco naufragado, cargado con algo de un resplandeciente brillo dorado entre las garras.

Algo dorado y…

¿Eso es…?

Me flaquean las piernas y el mundo se vuelve tan negro como el cuervo que transporta la cabeza del rey.

Capítulo 79

Recupero el conocimiento justo cuando Lore llega al acantilado y deja la cabeza cercenada de Marco a los pies de Dante. La corona todavía sigue enredada entre las trenzas del monarca caído.

—Madre… del… Caldero —jadea Sybille antes de darse la vuelta y correr hacia el árbol para vomitar.

Estudio con atención el rostro de Dante para tratar de detectar una muestra de remordimiento, de aversión, de lo que sea, pero permanece impasible y con una actitud tan tranquila que me pone los pelos de punta. Se agacha para contemplar los ojos ambarinos de su hermano, que ya han empezado a adquirir el color blanquecino de la muerte, le quita la corona tallada en forma de rayos de sol, la limpia contra los pantalones blancos manchados de polvo y se la pone sobre su propia cabeza.

—¡Larga vida al rey! —brama Gaston a la vez que Tavo y Gabriele hacen una profunda reverencia y aúllan de alegría.

Yo apenas puedo respirar, y mucho menos inclinarme ante él. Si Lazarus no me estuviese sosteniendo todavía, me habría unido a Syb junto al árbol.

Los ojos de Dante encuentran los míos bajo la brillante luz del mediodía.

—Gracias, Fallon.

Siento que me está dando las gracias por la muerte de su hermano y no quiero que me agradezca algo así. Aparto la mirada con el estómago revuelto.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Por Luce.

No asiento con la cabeza. No digo una sola palabra. El nudo horrorizado que me atenaza la garganta es demasiado grande como para permitirme hablar.

—Deberíamos irnos. Tenemos un reino que dirigir, Dante —dice Tavo al subirse a su caballo.

Fulmino con la mirada al soldado que se cree en posesión de la corona.

—¿Por qué hablas en plural? Luce es de Dante y de Lore, no tuyo.

Sus ojos ambarinos se encienden.

—Conque de Lore, ¿eh? ¿Ves a ese todopoderoso pajarraco por aquí? A lo mejor se ha ido a pescar a sus guerreros.

Alejo la mirada del despreciable fae y escudriño el mar en busca de plumas negras. O humo negro. O la forma que haya adoptado el Rey de los Cielos. Al no encontrarlo, entro en pánico. ¿Dónde está? ¿A dónde ha ido? Como se haya marchado sin despedirse, voy a…

¿Vas a qué, Behach Éan?

El sonido de su voz consigue que el errático músculo que martillea tras mis costillas se tranquilice.

Voy a echarte un buen rapapolvo.

Ah…, menuda novedad. Haces que esté impaciente por regresar.

Se me curvan las comisuras de los labios hacia arriba, pero no tardan en volver a caer cuando por fin lo veo emerger dando tumbos de entre las caóticas olas del Mareluce con un cuerpo equilibrado entre las garras de sus cinco cuervos. La melena rubia que cubre la cabeza de su presa se mece con el viento.

Aunque hay un millón de personas rubias en Luce, reconozco ese cuerpo.

Reconozco ese cabello.

Reconozco esa camisa verde manzana.

Se me empañan los ojos.

—¡Sybille!

—¿Qué? —grazna ella.

—¡Sybille! —Un sollozo me entrecorta la voz.

—¿Qué?

—¡Syb!

—Dioses de mi vida, hija, ¿qué pasa?

—Phoebus.

—¿Le está dando algo? —Oigo a Syb acercarse a mí arrastrando los pies—. ¿Por qué nos está llamando a todos?

Señalo a la figura lánguida que pende de Lore.

Un jadeo escapa de los labios de Syb.

—¿Qué…? ¿Qué narices…? ¿Es ese… Phoebus?

—Debía de ir a bordo del barco de Silvius —susurro.

—¿Por qué?

—A lo mejor se coló como polizón, igual que una que yo me sé —comenta Riccio, que se gana un manotazo en el brazo por parte de Sybille, a quien no le ha hecho gracia la broma.

—¿Has hablado alguna vez con el comandante? Nadie querría colarse en su barco. A no ser… ¿Crees que intentaba detenerlo?

—No viajaba como polizón. Silvius lo trajo aquí —respondo.

Me estremezco al recordar la imagen que el comandante plantó en mi cabeza al describir cómo torturaría a mis seres queridos para hacerme daño.

Espero que Minimus haya encontrado a ese hombre despreciable y le haya partido todos los huesos del cuerpo. Por mucho que se regenere, mientras no pueda nadar, no nos hará daño ni a mí ni a los míos.

—¿Para qué lo trajo aquí?

—Para utilizarlo como baza para negociar.

En vez de contarle a Syb que la intención del comandante era, seguramente, cortarle la cabeza con una espada de acero a Phoebus, decido hablarle de nuestra excursión a la cámara de los Acolti.

Cuento el número de veces que Lore bate las alas y no le quito ojo en su descenso al suelo. En cuanto deja a Phoebus en tierra firme, me abalanzo sobre mi amigo. Tiene sangre en la frente, en el pecho y en uno de los muslos.

Lazarus se arrodilla junto a mí, con los dedos ya puestos sobre sus cristales.

—¿Alguna de las heridas del joven son producto de sus garras, *Mórrgaht?*

—No, Lazarus —responde Lore.

Su voz suena tan nítida que casi parece que haya hablado en voz alta, pero él no puede…

Un segundo… ¿Se ha dirigido a Lazarus?

Mi mirada abandona los párpados amoratados de Phoebus y se posa en un par de piernas envueltas en cuero negro, unidas a una cintura estrecha y un torso que se expande bajo una coraza oscura y unas hombreras de hierro. Un torso unido a un cuello musculado, tan fibroso y firme como el resto del cuerpo. Unido, a su vez, a un rostro de resplandecientes ojos dorado oscuro y un cabello tan negro que parece azul.

Me empiezan a pitar los oídos y a hormiguearme las venas. Ya había visto a Lore en una visión y en un sueño, pero el hombre que se alza por encima de Phoebus y de mí parece un completo desconocido.

—¿Lore?

—*Álo,* Fallon.

—Madre mía, ¿he subido al supramundo? —La voz de Phoebus arranca mi mirada de la encarnación humana del Rey Cuervo y vuelvo a centrarme en los ojos verdes recién abiertos de mi amigo.

Sonrío mientras las lágrimas me surcan las mejillas.

—No, Pheebs. Estás vivito y coleando.

—¿Estás segura, Picolina? Porque… —Vuelve a posar la mirada en

Lore, que todavía me mira como si hubiese sido yo la que se ha metamorfoseado—. ¡Ay! ¿A qué ha venido eso, Syb?

—¿Ves? Estás vivo. Y comiéndote con los ojos a uno de los nuevos monarcas de Luce —añade en voz baja.

Phoebus la mira perplejo, pero su sorpresa enseguida se ve reemplazada por un siseo cuando Lazarus lo cura con uno de sus cristales mágicos.

No me aparto de ellos, pero mi atención vuela de nuevo hacia Lore, cuyos labios de color rosa oscuro se mueven para articular unas palabras que no reconozco, pero que suenan casi como un cántico:

—*Tach ahd a'feithahm thu, mo Chréach.*

—¿Qué está diciendo? —me pregunta Sybille.

—No lo sé. No hablo la lengua de los cuervos.

Lore gira la cabeza hacia el mar y brama esas mismas palabras una y otra vez. *«Tock ad a faizam zu, mo kreyok.»* Consiguen que se me ponga la piel de gallina al abrirse paso por el aire, caer desde el acantilado y extenderse por el agua.

El suelo que piso comienza a temblar, el mar se llena de espuma y el cielo vibra.

Lore repite el cántico en voz tan baja como su mirada de pestañas espesas y negras. Casi parece que está rezando y puede que no vaya muy desencaminada. Ha pasado dos décadas atrapado y torturado, alejado de su gente, indefenso y, antes de eso, fueron cinco siglos más. Ni me imagino la profundidad de su soledad y su dolor, su horror y su furia.

Si yo estuviese en su lugar, arrasaría el mundo y a todos los fae que habitan en él.

Cuando se gira para posar sus ojos del color del atardecer en mí, tomo aire. Su mirada arde, se abre un camino de fuego hasta mi mente desprotegida y de pronto ya no estoy en los acantilados, sino en la misma habitación de la visión en que conocí a mi padre, junto a él y una mujer desconocida. Ella mira hacia abajo, hacia el abdomen ligeramente abultado que no deja de acariciarse. Imagino que está embarazada.

—*Tienes que marcharte esta misma noche, Zendaya.* —La voz brota de unos zarcillos de humo negro que se transforman intermitentemente en un cuervo gigante. No necesito que muestre su rostro para reconocer a Lore, cuya voz ahora me resulta tan familiar como la de mi *nonna*—. *Ahora que Justus Rossi sabe que llevas a la destructora de maldiciones en tu vientre, solo en Shabbe estarás a salvo.*

—*¿Y si…? ¿Y si encuentran una manera de reforzar los hechizos de contención? ¿Y si no puedo re…?* —Se le entrecorta la voz; un sollozo

escapa de sus carnosos labios y hace que la cascada de oscuros rizos caoba que le cae por la espalda hasta la cintura se sacuda.

Mi padre se acerca a la desconsolada mujer y, pese a que mantiene la compostura, tiene los ojos oscuros enrojecidos, como si estuviese conteniendo las lágrimas. Envuelve a Zendaya en un fiero abrazo y le besa la coronilla.

Le echo un vistazo al Lore de la visión y me pregunto por qué me estará mostrando esta escena. ¿Para demostrarme que mi padre es un hombre compasivo?

Cuando me giro, veo que la mujer ha clavado la mirada en mí y el corazón…, el corazón se me para, porque sus iris son de un color rosa intenso. Es shabbí. La mujer que llora en brazos de mi padre es shabbí.

Kahol le seca las mejillas húmedas con los nudillos y luego le acuna el rostro entre ambas manos antes de darle un beso en la frente. De su boca salen palabras pertenecientes a una lengua que nunca antes había oído hablar, pero que entiendo de igual manera.

—*Nuestra hija saldrá adelante, Daya, mi amor. Bronwen se asegurará de ello. Nuestra gotita sobrevivirá.*

Sus labios se encuentran y salgo catapultada de la visión.

Aunque también es posible que me haya catapultado yo misma.

Un escalofrío tras otro me recorre la columna. Me castañetean los dientes. El pulso desenfrenado me sacude el esternón. Aunque el azul reinante está plagado de ruidos y movimiento, mi mente está atrapada en la visión que Lore me ha enviado. Se repite y se repite y se repite hasta que siento que me voy a volver loca.

Me suelto del brazo de Syb y me llevo los dedos a la sien.

—No lo entiendo.

¿Es posible que la mujer shabbí perdiese su bebé y luego mi padre gestase otro con mi madre al que acabaron apodando Gotita también? ¿No sería de lo más retorcido?

El bebé sobrevivió, Fallon. La mirada de Lore es tan oscura como los surcos de maquillaje negro que le enmarcan los ojos.

¿Tengo una hermanastra?

No.

Entonces…

Frunzo el ceño, arqueo las cejas, frunzo el ceño. ¿Está diciendo…? ¿Está…?

—Mi *nonna* me vio nacer. Me vio con sus propios ojos.

Santo Caldero. Me tambaleo hacia atrás. ¡Soy una niña cambiada!

Lore no me corrige, así que… Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito.

Marco tenía razón. Tengo sangre shabbí. ¡Shabbí!

Mamma no sufrió porque hubiese perdido al amor de su vida o la punta de sus orejas. Sufrió porque alguien se llevó a su bebé y… me puso a mí en su lugar. La rabia me corroe el pecho y se lleva consigo la emoción que me inundaba tras el logro de hoy.

Me paso las manos por el pelo y me doy un tirón de las raíces.

¡Toda mi vida ha sido una mentira!

Una mentira no, un secreto.

Se me nubla la vista y Lorcan se transforma en un borrón dorado, negro y blanco. ¿Cómo puede justificar lo que hicieron? Fue injusto y cruel para mucha gente. Me masajeo las sienes.

Mi *nonna* renunció a su vida y a su estatus para nada.

Mamma perdió la cabeza.

Fulmino a Lorcan con la mirada y me dirijo hacia Dante, que se ha subido a un caballo, a *mi* caballo, y estudia las oscuras sombras que crecen bajo el caótico mar embravecido.

—Hazme un hueco, *maezza.*

Me echa un vistazo antes de mover la vista con pesadez hasta un lugar junto a mi cabeza. No me hace falta girarme para saber qué es lo que monopoliza su atención. Tarda tanto en responder que no me cabe duda de que el hombre que ha arruinado tantas vidas siendo cómplice está hablando con él.

—Lo siento, Fal, pero no puedo llevarte de vuelta a casa.

—Bájate de mi caballo y ya me encargaré yo de volver solita.

Dante frunce los labios ante mi falta de decoro, pero no estoy de humor para andarme con formalismos.

—No puedo dejar que regreses, y te lo digo como amigo —dice en voz más baja—. Es por tu propia seguridad.

—¿Por mi seguridad? ¿Me tomas el puto pelo, Dante?

—Has traicionado a la Corona.

—¡Para ayudarte a ti!

—El resto de los fae no lo verán así. Te considerarán la traidora involucrada en el asesinato de Marco.

Lanzo una mano al aire.

—¡Pues explícaselo! Por el amor del Caldero, ahora tú eres el rey. ¡Actúa como tal!

Tavo interpone su caballo entre nosotros.

—Cuidado con lo que dices, Fallon.

Le hago una peineta.

—¿Fallon acaba de hacerle una peineta a alguien? —pregunta Phoebus al mismo tiempo que Tavo azuza a su caballo para que avance.

—Su lado córvido debe de estar empezando a aflorar. —Sybille casi

suena orgullosa.

Dante levanta la vista hacia la cada vez más espesa nube de cuervos.

—Ríhbiadh, te dejamos para que te reúnas con los tuyos —le dice a Lore antes de espolear a Furia para que el traidor de mi caballo salga disparado hacia delante.

—Espera una visita por mi parte dentro de dos semanas.

El cabello negro de Lore baila alrededor de su cabeza mientras sus cuervos comienzan a descender.

—No vemos el momento de que llegues —murmura Tavo antes de que los tres hombres se alejen cabalgando por la montaña, con el duende a la zaga.

Me giro hacia Lazarus, que tiene la vista clavada en la nube de cuervos negros que bloquea el sol. Al igual que su rey, todos son descomunales.

—¿Se queda con nosotros o regresa a Isolacuori, Lazarus?

—Me quedo —responde el sanador una vez que aparta la mirada del torbellino de oscuridad.

—¿Me prestas tu caballo? —le pregunto.

—¿Qué…?

Se oye un relincho por encima del rumor de las plumas cuando su caballo se encabrita y sale al galope montaña abajo.

Aprieto los puños. No sé si ha sido cosa de Lore o una desafortunada coincidencia, pero no contar con un caballo no me detendrá.

—Supongo que me tocará ir andando.

—¿Estás loca, Fallon? No puedes regresar a pie —grita Syb para hacerse oír sobre el creciente zumbido del aire.

Phoebus entrelaza un brazo con el de Sybille para cortarme el paso.

—Tiene razón, Picolina. No puedes caminar hasta allí. Ni siquiera llevas zapatos.

—No me hacen falta, me basto solo con mis pies.

—Querida… —suspira Phoebus.

—¿Cómo vais a volver vosotros?

Syb le lanza una mirada a Antoni.

—Lorcan va a conseguirle un barco a Antoni. Debería llegar en un día o dos. Él nos llevará a casa.

Un día o dos…

No me pienso quedar aquí ni un segundo más. Intento rodearlos, pero se mueven al unísono.

—Apartaos de mi camino.

—No, Fal.

—Apartaos. De. Mi. Camino —exijo entre dientes mientras el polvo y las plumas se agitan a nuestro alrededor, se nos meten en los ojos y nos revuelven el pelo.

El hierro y las plumas desaparecen para dar paso a la carne y el pelo. Phoebus y Sybille se quedan boquiabiertos al ver como los hombres y mujeres de ojos oscuros y cabellos negros como la tinta crecen y ocupan el espacio a nuestro alrededor. Aunque se me va la vista hacia los desconocidos, aprovecho que mis amigos están distraídos para esquivar a Phoebus.

Consigo dar dos pasos antes de chocarme con un muro de cuero negro y armadura de hierro. Levanto la cabeza y fulmino con toda mi indignación al rey, que me devuelve la mirada con sus ojos dorados.

—Aparta.

El Rey Cuervo no se mueve.

—Ya he cumplido con mi cometido. —Me niego a retroceder—. Nuestros caminos se separan aquí, Lorcan Ribyau.

El oro que abraza sus pupilas parece agitarse.

—Nuestros caminos solo acaban de encontrarse, Fallon Báeinach.

Epílogo

Lore

Las pupilas de Fallon se encogen en las profundidades violeta de sus ojos.

—El apellido Báeinach encaja tanto conmigo como el título de rey contigo.

No logro reprimir la sonrisa que se adueña de mis labios. He conocido a muchas mujeres a lo largo de mi larga vida, pero ninguna tan… briosa como la hija de Cathal y Zendaya. Dado su linaje, su carácter no debería resultarme ninguna sorpresa.

Fallon baja la voz y, aunque su intención es sonar amenazadora, el efecto que consigue es justo el contrario:

—Apártate antes de que te haga caer de culo al suelo delante de tus súbditos.

Mi sonrisa se hace más amplia. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Puede que la menuda muchacha blanda la determinación de una serpiente, pero tendría la misma probabilidad de derribarme a mí que a un árbol.

—El humor de Mórrígan nunca deja de sorprenderme.

Las cejas oscuras de Fallon se arrugan para formar ese pequeño ceño que suele aparecer en su frente cuando su mente absorbe nueva información. Está tratando de averiguar la identidad de nuestra Diosa sin tener que preguntármelo.

En cualquier caso, sus cejas se separan tan pronto como se rozaron y Fallon alza el mentón otro poco más.

—No sé quién es esa tal Mórrígan y tampoco me importa. Ahora ahueca la puta ala, Morrgot.

La grosería me borra la sonrisa.

—No hables así. No es digno de unos labios tan bonitos. —Sus pupilas se dilatan ante mi reproche—. En cuanto a Mórrígan, te diré que es la Madre de los Cuervos. Una bruja shabbí de tu sangre. Supongo que eso no te lo enseñaron en la escuela feérica.

Su boca, que nunca suele tardar en curvarse deleitada, no es más que un trazo rojo en su rostro dorado por el sol. Incluso cuando está

furiosa, es toda una belleza. ¿Quién iba a decir que Cathal, con su nariz torcida y su mandíbula peculiar, podía engendrar una joven como esta?

Aunque no aparto la mirada de la de Fallon, siento que su padre nos observa. Todavía no ha recuperado el habla, pero, para cuando caiga la noche, las palabras ya deberían brotar de los labios de mis cuervos. Esta vez solo hemos estado atrapados durante dos décadas.

Tras nuestra ausencia de cinco siglos, mi pueblo tardó varias semanas en poder utilizar la lengua, atrofiada tras pasar tanto tiempo inutilizada.

Me pregunto cuánto tardaré en dejar de martirizarme por haberlos sometido a la maldición después de haber escapado de ella hacía tan poco. Si Marco no hubiese amenazado a los humanos, les habría permitido vivir y me habría transformado en una sombra hasta que mi destructora de maldiciones hubiese madurado.

Me tiemblan los dedos, cubiertos por la viscosidad fantasma ligada a todas las vidas con que los fae acabaron para obligarme a rendirme.

Nos vengaremos.

Pronto.

Las manos de Fallon aterrizan sobre mi pechera para tratar de apartarme de su camino. Se le ponen los nudillos blancos, pero solo percibo sus descontrolados latidos y acalorados jadeos. Deja escapar un gruñido.

Lo siento, Behach Éan, pero no puedo dejarte marchar.

Deja de empujar lo suficiente como para verter toda su ira en mi mente.

¿Cómo que no puedes…?, resopla. ***Es una suerte que no dependa de ti,* Bilbh Éan.**

Enarco las cejas al tiempo que una sonrisa curva una de las comisuras de mis labios.

Veo que has estado practicando tu lengua paterna.

Fallon pone mala cara.

Puede que tú te tomes todo esto en broma, pero yo no.

—Estoy harta de ser una marioneta. Déjame pasar ahora mismo. Tengo que ir a casa con mi abuela y mi madre…

El sonido de unos cascos al chocar con el suelo suave y pálido de la montaña aleja su mirada de la mía. ¿De verdad espera que ese príncipe cobarde regrese a por ella?

Todavía me duele la mandíbula por lo mucho que he apretado los dientes cuando le ha puesto la mano encima. He estado a punto de cortarle el cuello y las manos a la altura de las muñecas, pero Fallon nunca me lo habría perdonado. Apenas parece haberme perdonado

por haberle ocultado su árbol genealógico.

—¿Giana? —Fallon entreabre esos preciosos labios suyos y me saca de mis desagradables ensoñaciones—. ¿Bronwen?

Todavía no ha apartado las manos de mi pecho y estas irradian su calor a través del espeso cuero y acompasan mi pulso con el suyo.

Aunque tengo la sensación de que esta será la última vez que me toque en una buena temporada, me transformo en mis cinco cuervos y le engancho la ropa con las garras. En un abrir y cerrar de ojos, seguido de un gruñido, la he llevado hasta el tejado de mi morada, la he colado por la trampilla que mis cuervos ya habían abierto y la he depositado sobre el viejo suelo de piedra de mi hogar.

La dejo caer con cuidado y recupero mi forma humana.

—Te traeremos a tu familia y amigos lo antes posible. ¿Quieres que te enseñe tu nuevo hogar, Behach Éan?

—¡Este lugar nunca será mi hogar! —gruñe a medida que los cuervos entran, vuelan por los silenciosos pasillos y los llenan de música.

Apoyo una mano en las piedras frías, que albergan un millar de recuerdos. Recuerdos alegres, pero también trágicos.

—¿No soñabas con vivir en un castillo y sentarte en un trono?

Su ira crece como una de las olas que rompen contra los cimientos de mi hogar y, pese a que yo soy el objeto de esa rabia, aprecio su belleza.

—¿Me estás ofreciendo tu trono, Lore?

Su respuesta me sorprende tanto que un sonido que hace años…, siglos que no brota de mis pulmones se me escapa por la boca. Una carcajada.

Y Fallon…

Me ofrece una sonrisa con la que pretende mutilar mi oscuro corazón, y yo la devoro latido a latido.

Agradecimientos

Aquí va otra historia que se ha liberado de la jaula de mi mente.

Nunca imaginé que escribiría una saga sobre cuervos metamorfos, y mucho menos que crearía un romance donde el héroe pasa el 99,3 % del tiempo siendo un pájaro. Pero así ha sido y, aunque el primer volumen ha llegado a su fin, la historia de Lore y Fallon solo acaba de empezar.

Gracias por pasar tiempo en este nuevo mundo conmigo. Espero que me acompañes en las siguientes entregas, aunque sea para ver a Lore en forma humana, porque es un hombre de toma pan y moja…

Cuando estaba barajando ideas para una nueva saga, mi mentora me animó a desarrollar un mundo lleno de diferentes criaturas sobrenaturales. Nunca las he mezclado —por mi bien y también por el de quienes me leen— porque me apasiona inventar costumbres y lenguas que acompañen a los distintos sistemas de magia.

Así que gracias, Rebecca, por sacarme de mi zona de confort y lanzarme a este nuevo campo de batalla. Sí, me tiré del pelo, me mordí las uñas, pasé noches sin dormir y momentos en los que quise estrangular a mis personajes y borrar todo rastro de magia de Luce, pero, después de todo, me lo he pasado bomba viviendo en el Reino de los Cuervos.

Gracias a mi hijo, Adam, por darme la idea de convertir a Lorcan en cinco cuervos en vez de en uno. El metamorfo que he creado es uno entre un millón. ¿O debería decir cinco entre un millón?

Gracias a mis dos hijas, las animadoras y cajas de resonancia más monas del mundo.

A mi marido, gracias por estar siempre ahí para mí, para nuestros hijos y para mis personajes. No quiero ni imaginar lo difícil que debe de ser querer a alguien que se pasa más de la mitad del tiempo viajando por todo tipo de universos alternativos.

Katie, Astrid, Maria, mi extraordinario equipo de lectoras beta. Mis personajes y yo no podríamos ser más afortunados de teneros a nuestro lado.

Laetitia, mi lectora y ahora editora. Fue todo un placer trabajar contigo en esta novela. ¡Espero que te animes a embarcarte en muchas más aventuras conmigo!

Anna, gracias por pulir mi novela hasta hacerla resplandecer.

Rachel, ¿qué haría yo sin ti? ¡Me salvas la vida!

Y, por último, gracias a mi *street team* y lectores de Facebook por darles nombre a mis personajes y adorar su aventura. Las preciosas reseñas que habéis compartido conmigo después de haberos hecho llegar mi novela con el alma en vilo me han dado alas.

Os envío un corazoncito enorme. ❤

Título original: *House of Beating Wings*

Publicado por primera vez por Olivia Wildenstein.
Derechos de traducción gestionados por Metamorfosis Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: 2024

© 2022 by WildStone Publishing
© de la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2024
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-21-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

Glosario lucino

Glosario córvido

Cronología

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Epílogo

Agradecimientos

Créditos